LAS REVOLUCIONES DE 1848

CARLOS MARX
FEDERICO ENGELS

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA • 70 AÑOS



COLECCIÓN CONMEMORATIVA
70 ANIVERSARIO

56

Carlos Marx / Federico Engels

Las revoluciones de 1848

Selección de artículos de la Nueva Gaceta Renana

CARLOS MARX / FEDERICO ENGELS

LAS REVOLUCIONES DE 1848

Traducción
WENCESLAO ROCES

Selección de artículos de la Nueva Gaceta Renana

Prólogo
ALBERTO CUE



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Edición conmemorativa 70 Aniversario, 2006

Marx, Carlos y Federico Engels
Las revoluciones de 1848. Seleción de artículos de la Nueva Gaceta Renana / Carlos Marx, Federico Engels ; trad. de Wenceslao Roces ; pról. de Alberto Cue. — . 2ª ed. — México : FCE, 2006
876 p. ; 21 × 14 cm — (Colec. Conmemorativa 70 Aniversario; 56)
Selección de artículos de la Rheinische Zeitung
ISBN 968-16-7779-X

1. Marxismo 2. Economía Marxista 3. Política I. Engels, Federico, coaut. II. Roces, Wenceslao, tr. III. Cue, Alberto, pról. IV. Ser. V. t

LC HX39.5 M3718 Dewey 339 M392

Distribución mundial en lengua española

Primera edición del FCE, 1989

Comentarios y sugerencias: editorial@fondodeculturaeconomica.com
www.fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672 Fax (55) 5227-4694

Empresas certificada ISO 9001: 2000

Editor: Martí Soler
Diseño de forro e interiores: Mauricio Gómez Morin / Francisco Ibarra

ISBN 968-16- 7779-X

Impreso en México • *Printed in Mexico*

ÍNDICE

PRÓLOGO

Los movimientos democráticos de 1848 en Europa fueron acontecimientos decisivos en la formación de las ideas sociopolíticas en Marx y Engels, así como en el desenvolvimiento de su teoría política, centrada en la revolución de la clase obrera. De hecho, estos acontecimientos, que abarcaron desde Italia hasta cerca de los Cárpatos, poniendo en jaque ya fuese el orden semifeudal de ciertos territorios o el orden francamente burgués y desarrollado, como en Francia, de toda Europa, casi sorprendieron a los autores del *Manifiesto* cuando este famoso escrito apenas comenzaba a circular entre unos pocos trabajadores exiliados en Londres. De pronto, se hacía necesario enfrentar el hecho de la revolución, poner a prueba su táctica y su verdad haciendo del llamado "partido comunista" algo más que una corriente ideológica mal definida. Así, la teoría de la revolución tenía que ser propagada, aplicada de distinta forma según las condiciones de lucha en lo político, en lo social y en lo económico. Era en sí una ardua tarea. El espectro de la revolución parecía extenderse hacia muchos puntos. Toda Francia, Prusia, Austria, Baviera, Sajonia y algunos Estados de la Confederación germánica; los territorios polacos ocupados por Prusia; Bohemia y Hungría, en su lucha contra el cetro austriaco; el norte de Italia (Lombardía), ocupado por los austriacos, así como el resto de los Estados italianos: reino de Cerdeña (Piamonte), los territorios papales y el reino de Nápoles. A todo esto, habíase espe-

rado el inicio del movimiento en Inglaterra, o cuando menos en el conjunto de los países europeos más desarrollados.

Las fuerzas de la Santa Alianza, las monarquías, el papado, las clases reaccionarias ven, todos, levantarse las primeras filas de los insurrectos en París y Berlín, en Viena y Milán. El gran combate se escenificó en París, durante el mes de junio de 1848, entre las fuerzas de la burguesía y las del proletariado.

Pero ¿qué era entonces esa Europa que de pronto se puso en lucha contra sus monarquías? Era, en cierta forma, representativa de la época del Antiguo Régimen. Intentaremos un bosquejo general de esa Europa de mediados del siglo XIX abordando diversos aspectos de su desarrollo histórico, al analizar cuál era la situación económica y social en el campo; el avance económico y político en las ciudades y territorios; las corrientes del pensamiento socio-político y, en términos generales, la posición de Engels y Marx ante la crisis económico-política de 1847-1848; y, finalmente, los resultados políticos más importantes derivados de estos procesos.

En efecto, es una Europa predominantemente rural, y es la economía rural la que suministra la mayor parte de los medios de subsistencia. El avance tecnológico de la agricultura se halla notablemente avanzado, pero está en muchos puntos irregularmente distribuido. Es Europa occidental donde se encuentran los campos mejor cultivados; allí, la agricultura es más regular y la alimentación básica está mejor asegurada. Pero existe un elevado índice de crecimiento demográfico, hay que extender la superficie cultivada, y el mejor método para ello es la roturación. Así es como de Norfolk a Flandes, hasta las regiones prusianas y Bohemia, se multiplican los cultivos forrajeros, las praderas recién conquistadas, la rotación de cultivos sin barbecho, la cruza intensiva de ganado y el empleo de fertilizantes industriales. El periodo de 1815 a 1865 ve duplicarse la superficie cultivable, pues en esta época tiene lugar el punto culminante de la sobrepoblación europea y la utilización extensiva del suelo en el siglo XIX. Ahora bien, los sistemas de propiedad y explotación son extremadamente diversos. Existe ya un

gran sector de pequeños propietarios, arrendatarios y colonos acomodados, sobre todo en Francia y los Países Bajos. Pero a su lado se erige aún la gran propiedad tanto en Francia como en Inglaterra, en España y en los territorios italianos. En Inglaterra el antiguo movimiento de los *enclousers* (sistema de cercados) y la subsecuente "revolución agraria" condujeron a un exorbitante acaparamiento de tierras, consolidando el régimen de los *landlors:* tan sólo en el periodo de 1843 a 1875 cuatro mil de ellos llegaron a poseer la mitad de los territorios agrícolas y ganaderos de su país. En el resto de Europa gran parte de la propiedad territorial permanece en manos de la nobleza terrateniente tradicional o de formación burguesa reciente, lo cual reduce a una difícil situación de subsistencia a las capas populares más extensas: jornaleros y agricultores sujetos a caducas servidumbres, aparceros, medieros y trabajadores agrícolas asalariados. Italia, ciertos cantones suizos y España, para no hablar de las regiones de Europa oriental, adolecen de las estructuras más arcaicas y gravosas, que someten al miserable pueblo al hambre y las enfermedades. En Alemania dos regímenes agrarios dividen los territorios rurales. Si bien la servidumbre de la gleba ha desaparecido formalmente en las regiones occidentales, meridionales y centrales, la *Grundherrschaft* resiste sin embargo al movimiento de liberación campesina, teóricamente otorgada mediante unas reformas que se han mantenido inaplicables en virtud de las antiguas trabas del endeudamiento personal y la sobreexplotación. Por otro lado, el sistema de la *Guterherrschaft,* más arcaico en apariencia, que domina al este del Elba, permite a la clase de los *Junkers* obtener algunas ventajas a partir de ciertas leyes de "regularización" promulgadas desde 1807, ya que les facilita el acaparamiento, concentración y explotación intensiva y extensiva de la tierra. La masa de los agricultores, si bien ha recibido libertad personal, ha evolucionado en distintos sentidos —ahora que puede llegar a ser propietaria y que con facilidad, también, puede dejar de serlo ante la voracidad de los más grandes—. En suma, si el campesino alemán no es ya un siervo, el complejo régimen de "feudalismo" envilecido y

de capitalismo ávidamente explotador (el capitalismo de los "destiladores alemanes de aguardiente", como le llamara Marx), que sigue a un movimiento vacilante de reformas nunca del todo aplicadas, hace siempre de él un dependiente, sujeto a restricciones que impone la gran producción agrícola y, más tarde, la gran producción industrial a través de la agricultura. Éste es el subsuelo de lo que desde los clásicos de la economía hasta Marx se llamó el sector de la renta de la tierra, que formó, junto con el salario y la ganancia industrial, la llamada fórmula trinitaria. Pero hay que añadir algo más: el burgués advenedizo, haciéndose eco de ese símbolo de seguridad, de estabilidad y de respetabilidad, ve en el acaparamiento de la tierra un desenlace normal de su ascensión social. Esta situación refuerza no sólo un estado económico de cosas, sino también una situación política favorable para los gobiernos de la época: de este modo se mantiene el monopolio del poder local entre los grandes señores de la tierra, quienes se erigen a su vez como puntales del poder central autárquico.

Para 1848, es Inglaterra el país económicamente más desarrollado. A él corresponde la mitad de las vías férreas de toda Europa; es allí donde tienen lugar los cambios técnicos esenciales que acabarán por imponerse, poco a poco, en todo el continente: el uso generalizado del carbón y de la máquina de vapor, la mecanización de la hilatura y el tejido, la fundición a gran escala a base del coque y el pudelado, la producción acerera y de gran maquinaria, la instalación de vías telegráficas, el uso de alumbrado de gas en las ciudades, etc. Siguen a este movimiento Francia y Bélgica, y ciertas regiones alemanas como Sajonia y Renania-Westfalia, donde llega a concentrarse el 90 por ciento de las máquinas de vapor alemanas. Siguen luego Italia (el Piamonte, Lombardía y la Toscana) y España, aunque es verdad que en esta última sólo puede mencionarse la región de Cataluña, donde se desarrolla la industria textil española más importante. Incluso surgen de manera aislada algunos centros industriales en los territorios del Imperio austriaco: Estiria-Carintia y Bohemia. Pero habrá de notarse sin embargo que, aun cuando

se ha extendido esta "gran industria" mecanizada, no se han eliminado del todo, ni mucho menos, los modos artesanales o el sistema del trabajo domiciliario con que se habían iniciado las viejas manufacturas desde principios del siglo XVII. Este avance, a su vez, se ve acompañado de un desarrollo de las instituciones y sistemas financieros, remodelados en Inglaterra a partir de las reformas de 1826 y, en el continente, sobre todo en Francia y Bélgica, donde ya funcionaban las *societés générales.* Esta es la época en que da comienzo la implantación de nuevas formas de actividad, cuando se gestan los mercados nacionales y se va rompiendo el aislamiento. Son los comienzos de la gran producción en masa. No es aún la época del mercado mundial, de la absoluta universalidad de la hegemonía político-económica de Occidente sobre el resto del mundo. Es más bien el periodo en que se prepara la llamada "época de los imperialismos". Para estos años, el gran espacio mundial está todavía insuficientemente controlado; se han penetrado lejanos países y mercados enteros: territorios de China, India y el Oriente Medio así como los países latinoamericanos, pero la navegación transoceánica y la comunicación terrestre aún no permiten el dominio adecuado para una completa cohesión monopólica. Falta aún consolidar ciertos poderes imperialistas y la exploración del continente africano y Australia, etc. De este modo las relaciones entre Europa y los demás continentes presentan aún cierta ambigüedad ante la supervivencia de enormes territorios como *terra incognita.* Puede decirse que la idea de Marx respecto a que "la gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América" *(Manifiesto del Partido Comunista)* resulta, en términos generales, un tanto apresurada, aunque el desarrollo que señala se encuentra ya muy avanzado.

Más confusa es la situación política de entonces. Al margen de la gran diversidad de formas de gobierno —entre las de hecho y las puramente teóricas—, el régimen monárquico había sufrido sensibles cambios. La monarquía pertenecía a aquello que denominamos genéricamente como Antiguo Régimen, pero ni aun entonces

—como sí a mediados del siglo XIX— se pretendía como un régimen tan exclusivo y tan conceptualizado. El periodo que va de 1815 a 1848 es un tiempo agitado en que se confunden las diversas formas políticas heredadas de un pasado rico en experiencias y contradicciones —incluidos los teóricos del siglo XVIII— alrededor del movimiento de la Gran Revolución en Francia. Más tarde, la época napoleónica, de por sí ya preñada de contradicciones, traía a la memoria esos negros años en que, con aparente facilidad, un incontenible vendaval lo arrasaba todo: fronteras, ciudades libres, pequeños reinos, leyes centenarias, caducas soberanías. La tormenta napoleónica pareció limpiar de impurezas a todo el continente. Incluso el movimiento de Restauración en Francia no hizo sino amoldarse a una situación de hecho, al parecer irreversible.

Lo cierto es que —pese a la sobrevivencia de grandes y pequeñas monarquías, principados, ducados, etc.— surge una nueva división política continental. Y sin embargo la mayor parte de la población parece aceptar a sus nuevos soberanos con esa misma lealtad de súbditos. La adhesión a las iglesias, la unión del trono y el altar, la ideología tradicionalista, etc., siguen siendo piezas clave del edificio, pero ello no impide el peligro de conflictos y recelos que lo hacen inseguro.

Lo más importante es que la monarquía puede y tiene que avenirse a una limitación del absolutismo, a una distribución y equilibrio de poderes que ya Inglaterra había practicado desde mucho antes. Ante esta transformación de la monarquía, mediante la cual no se altera aparentemente el fundamento teórico de su soberanía —recuérdese cómo Luis Felipe de Orleáns, el llamado "rey de las barricadas", tuvo que legitimar su poder integrándose al círculo de los monarcas "respetables"—, el derecho de voto, en cuanto institución constitucional, se afirmaba frente al príncipe como una función vinculada a la capacidad económica —reservada a la nobleza y a un cierto sector de la burguesía— y no en cuanto atributo del *homme* o del *citoyen*. Así pues, las capas aristocráticas u oligárquicas se afirmaban frente a estas monarquías, surgidas después de la

Viena de 1815, como la cabeza de una pirámide social basada en un régimen de igualdad muy relativo si no es que nulo. Los órganos constitutivos de la sociedad están destinados a representar los órdenes y estamentos subsistentes otorgándoles, no obstante, una función meramente consultiva, sin que se reconociera ninguna separación de poderes como contrapartida a una mayor injerencia económica de la burguesía en la sociedad.

Legitimidad monárquica y estatuto privilegiado, de hecho o de derecho, hacen de la sociedad europea de mediados del siglo XIX un cenáculo de notables más o menos abierto, más o menos rejuvenecido. Ésta es la sociedad que hace frente en su momento a las violentas sacudidas del año 48.

Caen Guizot, Luis Felipe y la monarquía censataria. Se confirma por segunda vez después de 1789 —la primera fue en 1830— que, desde los acuerdos de Viena en 1815, la vida de la monarquía europea es inestable e insegura. Al parecer, no bastan su fuerza centralizadora, su poderío militar y administrativo, su rejuvenecido despotismo ilustrado —que, en muchos casos, se perfila patéticamente degradado—. Su control sobre la sociedad es cada vez más aparente que real. Mayor fragilidad e inestabilidad hubo en Grecia, Italia, España, Portugal. Pero las sacudidas finales de 1848 parecen más definitivas que las de años anteriores. Metternich acusaba con dedo flamígero la propagación de las ideas subversivas, la fiebre revolucionaria que invadía a toda Europa. La Gran Revolución de 1789 es el pecado de soberbia cometido por los europeos de ese siglo; las causas de la caída de las monarquías se deben, según él, a un siglo irreligioso que alardea de sus "pedantes filósofos" con sus "falsas doctrinas" que han producido una "espantosa catástrofe social" engendrada por la crítica, los códigos del *tiers état,* los supuestos derechos del hombre y, sobre todo, por Napoleón, esa terrible "Revolución encarnada". El liberalismo, el constitucionalismo, las libertades públicas, la proclamación de igualdad de derechos ante la ley surgieron, en efecto, en Francia gracias al movimiento iniciado en 1789. La ola no había podido ser contenida. No

sólo Francia y el Reino Unido, incluso diversos territorios alemanes, gozaban de una legislación moderada o francamente liberal, aunque en buena medida en provecho del soberano y de las clases tradicionalmente dominantes, y que a la postre se sacudiría de ese absolutismo patriarcal evolucionando hacia un orden de libertades públicas más definido. Monarquías constitucionales fueron también Bélgica, España, Portugal, aunque las libertades allí reconocidas fueron recortadas tras altibajos políticos en las décadas de los años treinta y cuarenta. En fin, el problema de la democracia, implícito en todo este movimiento, es ya inquietante por cuanto encierra el advenimiento de esa nueva y peligrosa "cuestión social" que pocos hasta entonces se atrevían a tocar. El año de 1848 va a poner en claro este desplazamiento de problemas con una violencia y rapidez desconocidas. Parece surgir un desequilibrio de fuerzas imposible de contener en los términos de un régimen de liberalismo insuficientemente desarrollado. La organización del trabajador fabril parece ser la punta de lanza de este desplazamiento y del subsecuente desequilibrio que introduce. Fuera de los estrechos márgenes que la intervención estatal ofrece o de las dudosas garantías de que la antigua organización gremial dispone, la protesta socialista se perfila como el único recurso ante la explosiva "cuestión social" que comienza a ventilarse.

El inicio del siglo XIX coincidió con el brote de los primeros pensadores socialistas modernos: Saint-Simon, Fourier, Cabet, Leroux y Owen, principalmente. En 1802 Saint-Simon publicó sus famosas *Cartas de Ginebra,* en 1800 Owen se hizo cargo de la dirección de la fábrica de hilados de New-Lanark, donde puso en práctica sus ideas sociales, y en 1808 Fourier publicó su *Théorie des quatre mouvements et des destinées générales.* Caracterizados por Marx y Engels como "socialistas utópicos", estos pensadores, de personalidades tan divergentes entre sí, al mismo tiempo que iniciaban las ideas socialistas modernas, esbozaron todas y cada una de sus propuestas de reforma social como soluciones aplicables al conjunto de la sociedad, proyectando un cuadro detallado acerca del futuro

universal inmediato y, no pocas veces, fueron apreciados por sus seguidores como profetas.

Herederos en cierta forma de la Ilustración francesa, todos ellos se rigieron, en general, por el criterio de la perfectibilidad del ser humano y de la sociedad en su conjunto. La base de su pensamiento descansaba en la idea de que hasta ese momento la humanidad había ignorado su propio orden de coexistencia y, por tanto, había vivido sometida a un orden artificial dañino, llamado *civilización*, contrario a la naturaleza del ser humano, postrándolo, así, en un estado de miseria material y espiritual y en un desorden generalizado capaz de conducirlo a su ruina. Creían en el poder de la razón y el pensamiento para descubrir un *régimen natural* que extinguiera las discordias y procurara los beneficios imaginables de toda sociedad racionalmente organizada. Con una orientación principalmente filosófica, echaron mano de la economía —entonces una ciencia relativamente joven— y la historia para descubrir las leyes-clave del desarrollo social. Descreían de todo individualismo y cifraban sus esperanzas de regeneración en una saludable vida institucional según los modelos ofrecidos —particularmente en el orden civil— por la Revolución francesa, pero ahondando, de acuerdo con sus fines constructivos, los conceptos fundamentales —igualdad, libertad, fraternidad— que la animaron, a fin de suprimir la desigualdad económica, basada en el mal uso (o abuso) de la propiedad privada. En conjunto, estos pensadores tenían la firme creencia de que el paso de la necesidad a la libertad, el acceso al reino de la felicidad y la armonía, se daría casi automáticamente, tan sólo ajustando el ejercicio de la razón, a través de la regulación de las instituciones para que éstas fueran efectivas, con los adelantos hasta entonces alcanzados en el orden de la técnica y la ciencia. En un principio, decían, esta tarea se vería facilitada por la propagación, entre los hombres, de la verdad incontestable de su teoría (de allí deriva, como elemento inherente al propio discurso utópico-socialista, la tendencia a asociarse y a formar sectas de adeptos). Sin embargo, no parecen sentir la más mínima necesidad por unir sus

ideas socialistas a una práctica similarmente orientada allí donde se forman, casi naturalmente, los núcleos de trabajadores que, para entonces, se encuentran en una incipiente etapa gremial. Asimismo, en relación con lo anterior, adoptan una actitud apolítica basada en la fe que tienen en el filantropismo, lo cual les alejaba de cualquier posición teórica o práctica respecto a las posibilidades específicas de la clase trabajadora dentro de la sociedad capitalista.

Más que ninguno de estos teóricos, Saint-Simon fue visto como un auténtico profeta. Él fue quien primero destacó el hecho de que la causa fundamental de la explotación humana —y, en consecuencia, de la desigualdad y la miseria entre los hombres— era la propiedad privada. (El pensamiento utópico en su conjunto prolongó su vida y su desarrollo incluso más allá de Marx y el anarquismo de Proudhon y Bakunin.) Saint-Simon postuló a lo largo de sus numerosos escritos una *filosofía social* capaz de aglutinar los conocimientos de cada ciencia particular en forma de una síntesis metódica orientada hacia la historia y lo que más tarde habría de ser la sociología. Soñó con forjar el método positivo para el estudio de la sociedad humana y señaló las diversas fases de su desarrollo hasta detenerse en el análisis de la futura sociedad industrial, cuyo principio rector, la economía, ya dejaba sentir su influencia en el cuerpo social.

Fourier, por su parte, pensó que se podía reflexionar acerca del orden social del mismo modo que podía interpretarse la naturaleza, descubriendo sus leyes propias, a cuya "aplicación deben dedicarse los hombres para su felicidad". Pensó que toda formación social, así como sus valores y principios rectores, eran transitorios y perecederos, que el perpetuo cambio de las sociedades humanas responde al régimen económico y a la industria humana y, finalmente, que las contradicciones que sacuden a las sociedades son inherentes a todo progreso aun cuando son susceptibles de armonizarse. Fourier fue el más meticuloso exponente de las supuestas fases por las que, de acuerdo con él, atravesaría la sociedad humana, hizo un detallado inventario de las posibles instituciones socia-

les y fue un implacable crítico de la moral de su tiempo, por la cual sentía un enorme desprecio.

Fueron numerosas las sectas de discípulos. La escuela sainsimoniana llegó a tener hacia la tercera década del siglo XIX decenas de miles de adherentes y contó con influyentes órganos de prensa, como *Le Globe* y *Le Producteur*. Por su parte, los adeptos de Fourier, no obstante que llegó a ser el pensador francés más conocido fuera de Francia, no fueron tan numerosos como los sainsimonianos.

Los pensadores más importantes directamente relacionados con la filosofía social de los utopistas fueron Comte y Spencer, principalmente. Éstos acentuaron aun más la distancia que separaba al pensamiento positivista-utópico del movimiento de los trabajadores, concentrándose en el desarrollo puramente teórico de las leyes históricas de la sociedad. La otra vertiente social del siglo XIX que postulaba leyes de la historia, que estableció un sistema crítico de la sociedad basado en la nueva clase social, el proletariado, proviene precisamente de Carlos Marx y Federico Engels.

Pero los sistemas sociales surgidos de la confianza ingenua y la ilusión romántica no hacían sino revelar sus flaquezas congénitas. Sin abandonar nunca el reino de la Utopía, se ofrecían revoluciones que o bien ponían delante un mundo idílico inaccesible, sólo realizable por virtud de la razón, o, en un extremismo desesperado, degeneraban en conspiraciones fraguadas por una camarilla de revolucionarios, totalmente al margen de la sociedad y de las propias clases beneficiadas. Una especie de romanticismo impregna este "espíritu del 48". Sin duda, hay detrás una genuina dimensión social irresuelta, más o menos marcada según cada país o región, pero que rebasa, de cualquier modo, todo planteamiento anterior respecto a las sociedades y los hombres. El impulso social de este nuevo espíritu consiste la mayoría de las veces en insertar una concepción espiritual y cultural en la historia general de las sociedades. Pero este movimiento generalizado es tan complejo y vasto que resulta difícil dibujar sus contornos, enfrentar sus ambigüedades, definir sus términos extremos. En Francia, podemos recordar a

Joseph de Maistre, Chateaubriand, Vigny, Lamartine, Hugo y otros en cuanto auténticos legitimistas, católicos y teocráticos. En Inglaterra, el conservadurismo militante contaba con la adhesión de Walter Scott y de Coleridge, teniendo en Thomas Burke a un ilustre antecesor. En Alemania, los *Naturphilosophen* —aun cuando no tomasen en cuenta la política— y Goethe fueron enemigos de la Ilustración y de la Gran Revolución y sus secuelas del Terror. Pero ya antes de 1848 Lamartine y Victor Hugo se declaran partidarios de un humanitarismo democrático. Por su parte, Keats, Byron y Scheller eran, en el más pleno sentido de la expresión, unos inconformistas irreductibles al orden reinante. El espíritu romántico de estos hombres tenía las mismas raíces, e incluso, como llega a ser frecuente, sus razonamientos ante los hechos sociales e históricos se sostienen en una misma o parecida lógica, pero sus propósitos, en cambio, llegan a ser radicalmente opuestos.

Lo cierto es que los ánimos se hallan más o menos preparados para aceptar la revolución no sólo por simpatía, sino incluso por el ansia de participar en ella: la revolución se hace drama, celebración, evocación, representación de los grandes recuerdos. Incluso podría acusarse la percepción de un *ethos* en que, ramificado socialmente, se rendía un doble culto al cual ni Marx ni Engels, que pretendían desde entonces establecer las leyes de la sociedad y de la historia, pudieron sustraerse: el acceso hacia un ideal y la instauración del progreso y la justicia social.

El análisis de ambos acerca de la situación política apuntaba ya al supuesto de la proximidad de la revolución. Para ellos, y esto era lo más importante, el elemento revolucionario fundamental era el proletariado. Tenían a la vista indicios de que se avecinaba una etapa de profundos cambios: la insurrección polaca de 1846, la victoria de los cantones democráticos sobre los clericales en la guerra civil suiza de 1847, la victoria electoral belga en ese mismo año, la creciente agitación en los diversos territorios italianos a mediados de 1847 y la rápida evolución política de Alemania. Todo ello les hizo ver la posibilidad de la recomposición del cuadro político euro-

peo, lo que efectivamente sucedió en la primavera de 1848. Alentaron con grandes esperanzas las luchas de liberación nacional, surgidas en 1847-1848: italianos, húngaros y checos contra el yugo austriaco, los polacos contra la dominación de Rusia, Austria y Prusia, los irlandeses contra la dominación inglesa, etc. Alemania, y Francia, sobre todo, encaran cambios que parecen intensificarse en el corto lapso de unos meses.

Pero ¿por qué la rapidez y amplitud de los hechos? Hay que apuntar que la crisis económica de 1847 hizo posible en buena medida la crisis política europea, de tal manera que el movimiento insurreccional se generalizó por toda Europa. Ahora no se trataba de conjuras tramadas, como en décadas anteriores, por camarillas secretas o conspiradores sectarios, ni fueron tampoco movimientos aislados de limitada importancia local que, como hasta entonces, eran fácil y rápidamente aplastados por los gobiernos despóticos.

Inglaterra fue el núcleo vital de las fuertes sacudidas que, por medio de crecientes oleadas, afectaron al continente europeo. Esta situación se había anunciado en forma de crisis agrícolas semiaisladas a partir de 1845. Primero en Irlanda y Flandes, donde escasez y epidemias diezmaron a la población, suscitando fuertes corrientes migratorias. En 1846, la crisis se agudizó extendiéndose hasta el punto de observarse una drástica reducción de las cosechas —principalmente de subsistencias—, difícil de compensar mediante la importación de granos debido a un fuerte gravamiento de los precios y a una difícil situación de las finanzas públicas y el crédito. Los desórdenes, asaltos y motines se reprodujeron a granel por todo el territorio inglés; se acentuaron la penuria, el desempleo y la mendicidad, mientras que, como contraparte, se multiplicaban las maniobras especulativas en diversas ciudades y poblaciones. El sistema del *workhouse* (como medida contra el desempleo) y la asistencia en las casas de pobres, que constituían los métodos paliativos tradicionales, resultaban ya insuficientes para contener los profundos desajustes a que se veía sometido todo el sistema económico y social.

El año de 1847 pareció proporcionar un respiro; el aumento de las cosechas, el restablecimiento de su distribución y de su nivel anterior de precios superaron temporalmente la crisis. Sin embargo, las olas cíclicas abarcaban a todo el continente y la crisis había ya traspasado las fronteras del campo.

En realidad el inicio de la crisis se manifestó inicialmente en el campo, provocando una reacción en cadena: un brusco descenso de la producción agrícola provocó una severa disminución de los productos alimenticios; el mercado, de pronto, resentía un alza súbita de los precios en especial de los productos de consumo popular (alimentos); a su vez, el consumo de ramas industriales —sobre todo de la industria textil y de la construcción— se replegó dando lugar a una menor producción, subempleo de la fuerza de trabajo, disminución de los salarios y una contracción masiva de las rentas precisamente en el momento en que el costo de la vida —tanto en la ciudad como en el campo— alcanzaba su más alto nivel. Al parecer se trataba de una crisis similar a la de 1837 o a la de 1842, una crisis típica del joven capitalismo industrial, cuyos caracteres eran más bien conocidos en Inglaterra que en el continente. Sin embargo, el año 1847 vio extenderse una crisis más profunda que estas anteriores, cuyos inicios databan de los primeros años del siglo XIX y eran calculadas en periodos cíclicos de más o menos diez años. Así, la crisis de 1847 no parece haber sido una crisis agrícola, sino más bien comercial que contemplaba ya los primeros síntomas de una crisis industrial y financiera, rasgos que se acusarían cada vez más en los ciclos posteriores. Era pues desconocida la magnitud de esta nueva depresión económica europea. El rápido desarrollo industrial y tecnológico empujó a una febril especulación bursátil. Se crearon numerosas compañías, las cuales ampliaron el mercado de bienes de capital, maquinaria y equipo, el mercado metalúrgico y la industria siderúrgica. Pero esta rápida expansión se detuvo; los ciclos de recuperación de capital no aseguraban una rotación favorable a las continuas inversiones industriales, por lo que el mercado de dinero se vio notablemente restringido para poder sostener

el ritmo anterior de expansión, particularmente en lo que se refiere a la construcción del transporte ferroviario. A su vez, las dificultades subsistentes en el campo —la crisis agrícola— restringían la capacidad de empréstitos públicos, que era entonces el principal renglón de la banca inglesa. En el transcurso del año sobrevino una segunda fase de la crisis con la caída del mercado bursátil y bancario, la paralización industrial, el cierre de empresas en quiebra, una nueva extensión del desempleo y la generalización de la miseria.

Engels creía (como puede verse en un artículo publicado en el diario *La Réforme*, 26 de octubre de 1847) que el paso siguiente en esta situación sería la crisis política directa entre el proletariado y la burguesía, y manifestó un gran optimismo ante ello. Pensó que la crisis provocaría "una agitación extraordinaria entre los obreros, que ahora se veían despedidos a montones después de haber sido explotados por los industriales durante el periodo de auge comercial". Advertía que en Lancashire, Ashton, Manchester y otros centros industriales algodoneros tenían lugar reuniones de delegados obreros (tradeunionistas) y asambleas en que podría exigirse una huelga general de todas las fábricas, la cual se uniría a la de los obreros metalúrgicos y mineros de Birmingham. Es claro que, tanto para Engels como para Marx, Inglaterra representaba el país más desarrollado —lo cual implicaba la máxima extensión de las fuerzas productivas y la burguesía políticamente más sólida— y, en consecuencia, el proletariado inglés, la clase trabajadora con mayores posibilidades organizativas y revolucionarias. En este sentido, Inglaterra jugaba a sus ojos un papel central en cuanto al planteamiento estratégico de la revolución. Allí el antagonismo entre la burguesía y el proletariado había alcanzado su etapa más alta. Un triunfo del proletariado inglés sobre la burguesía inglesa significaba prácticamente un triunfo del proletariado sobre todas las burguesías y opresores de Europa. Ambos pusieron grandes esperanzas en el triunfo del movimiento cartista y el avance de la clase obrera inglesa. El movimiento cartista inglés, la lucha irlandesa de liberación *(repeal)* y la organización tradeunionista aseguraban una posibilidad de

triunfo revolucionario. Sin embargo, el gran movimiento estaba por declinar y no sería Inglaterra el país más afectado por los movimientos revolucionarios del año 48.

En febrero de ese año se produjo en Francia el primer indicio de la crisis política. La monarquía de Julio, la monarquía burguesa de Luis Felipe de Orleáns, agonizaba. El viejo compromiso establecido en 1830 entre las capas oligárquicas, gracias al cual se había contenido todo intento de insurrección radical, se hallaba agotado. Se había prolongado una situación en la que se negó reiteradamente cualquier reforma significativa, en particular la reforma electoral. El inmovilismo y el despotismo de Guizot habían alternado pacientemente con el autoritarismo de Luis Felipe. Ambos cooperaron, junto con los sectores más privilegiados de Francia, en la tarea de sostener una diplomacia desprestigiada, que había traicionado a la causa liberal, de solapar innumerables escándalos políticos y de corrupción, sobre todo en los últimos años, y de articular una política de desprecio (Lamartine hablaba, con vistas al año de 1847, de una "revolución del desprecio") por las clases populares de la nación. Los mayores peligros a la vista eran el estado cada vez más crítico de las finanzas públicas, una creciente depresión comercial y el surgimiento de *coups d'etats* cada vez más radicales y que podían acarrear la expresión general del descontento popular.

La "campaña de los banquetes" en el verano de 1847 ofrecía la posibilidad de que una oposición política se organizara con sus propios jefes a la cabeza. Esta oposición en su conjunto representaba una proporción considerable del electorado francés, con Thiers dirigiendo la fracción centro-izquierda y Odilon Barrot al frente del ala izquierda. Al ser prohibido un banquete parisino —en los departamentos de la provincia una larga campaña de banquetes políticos había logrado reunir una nutrida asistencia militante— se provocó una manifestación popular celebrada el 22 de febrero de 1847. La manifestación pasó a ser motín y la Guardia Nacional, al contrario de otras veces, no ejecutó las órdenes de reprimirlo. Cuando Guizot estaba prácticamente al mando de las acciones, tuvo lugar

un sangriento choque entre las fuerzas del gobierno y la muchedumbre. El motín pasó a ser insurrección, tan generalizada, que el día 24 las tropas no podían ya controlar la ciudad. El rey abdicó, se impidió la instalación de una regencia y los republicanos tomaron la Cámara de Diputados, adueñándose de la situación. Se proclamó un Gobierno provisional.

El anuncio de este hecho provocó en el resto del continente una súbita e incontrolable agitación. Siguen entonces los dominios de los Habsburgos, la Confederación alemana y los territorios italianos.

El 3 de marzo, en la Dieta húngara, instalada en Presburgo, Kossuth lanza un programa autonomista y democrático; el día 11 los liberales de Bohemia lanzan otro en la ciudad de Praga; del 13 al 15 un motín en las calles de Viena provoca la huida de Metternich abriendo la posibilidad de un gobierno de coalición y el establecimiento de un orden constitucional; el 18, en Milán, el mariscal austriaco Radetzky halla amenazado su poder militar a causa de los levantamientos; el 22 son expulsados los austriacos de la ciudad de Venecia, y los duques de Parma y Módena son expulsados de sus palacios; el 23, el príncipe Carlos Alberto de Cerdeña decide luchar por la independencia de la península y a él se unen, de grado o por fuerza, Leopoldo I de Toscana, Fernando II de Nápoles y el papa Pío IX; el 22 se instala un nuevo gobierno de Hungría que otorga, el 11 de abril, una reforma electoral limitada y una Asamblea Legislativa, aun cuando no se decide a reconocer ninguna autonomía étnica y mantiene su dependencia en relación con la monarquía habsburguesa; el 13 de abril se crea un Comité Nacional en Bohemia con vistas a la instalación de una Dieta Constituyente y Legislativa.

En Alemania el movimiento se inicia en Mannheim y Heidelberg, Hessen, Nassau, Francfort, las ciudades hanseáticas, Brunswick y los Estados de Turingia. En todas partes se observa la presión popular en contra de sus soberanos con objeto de arrancarles derechos civiles y políticos, libertades públicas y separación de poderes. El 18 de marzo Federico Guillermo IV aceptó el compro-

miso, ante los representantes de la alta burguesía renana, de establecer una Constitución y un orden político acorde con ella. El 19 de marzo Luis I se ve obligado a abdicar en sus territorios de Sajonia, Hanover y Baviera.

Contagio o incendio fulminantes, lo cierto es que en unas cuantas semanas el panorama político europeo está totalmente transformado. Ahora presenta una fisonomía de carácter democrático y nacionalista en algunos casos. Las estructuras estatales parecen mágicamente transformadas. Semeja en verdad otra Europa, muy distinta desde aquel lejano año de 1815 en que el Congreso de Viena, bajo la alianza de las potencias, había decretado la represión de todo intento democrático y contrario a la monarquía. Después de esta primera crisis, sin embargo, surge el difícil periodo que obliga a sostener este nuevo orden, así como las recientes alianzas que, inseguras, acusarán pronto signos de debilidad. Por otro lado, el conflicto latente que estimula la situación social imperante suscita recelos y conflictos de acuerdo con las partes que entonces actúan en la escena política.

En Francia el conflicto político, aparentemente superado con la creación de un Gobierno provisional, cede pronto ante el problema de la crisis económica, aún sin solución. Toma cuerpo la pugna entre los propietarios y los campesinos sin tierra, entre la burguesía y el proletariado y tiene lugar una eclosión de socialismo (que es una amalgama de corrientes y partidos muy diversos allegados práctica o doctrinalmente al ámbito obrero de las ciudades). No tarda en cundir el pánico en la Bolsa, las finanzas, el comercio, el crédito y en la actividad industrial. El Gobierno provisional es una coalición de diversas tendencias muy desequilibradamente representadas: republicanos moderados —mayoría—, demócratas socializantes, un teórico socialista —Louis Blanc— y un obrero —el mecánico Albert, más tarde internacionalista y partidario de la línea de Marx—. Este Gobierno provisional provoca fuertes resistencias entre los vencedores de Febrero —la burguesía—. La vaga y estrecha tendencia obrerista —caracterizada por un tímido reglamento

laboral (la "organización del trabajo") y la instauración de la Jornada de Diez horas— es sistemáticamente obstaculizada ante la seria amenaza social que representa. Como dirá Marx, poco después de estas jornadas, en su célebre folleto *Las luchas de clases en Francia,* la República no hizo más que "adaptarse a las condiciones de la sociedad burguesa". Se instala una Asamblea Constituyente ante una débil fracción de representantes demócratas y socialistas. El gobierno en Francia se asume plenamente como republicano moderado.

En los Estados alemanes la situación es más incierta aún. Por lo pronto, la participación de los obreros y artesanos se limita a su lucha en las calles durante los días de revuelta contra el régimen; su oposición organizada casi no existe si la comparamos con Francia. La concesión de derechos por parte de los Parlamentos locales sólo beneficiaba a ese sector de la sociedad alemana mediante la abolición de los derechos señoriales y la aplicación de libertades públicas. De hecho, como diagnosticaba el *Manifiesto del Partido Comunista,* el conflicto principal se halla entre la aristocracia terrateniente y la joven burguesía industrial y mercantil. La rebelión de las clases inferiores se manifiesta autónomamente y mediante sublevaciones de tipo arcaico —en una especie de *jacquerie* no tan sangrienta ni cruel— en contra de los señores, administradores, guardabosques, justicias locales y usureros judíos.

La primera Asamblea sesiona en Francfort del 31 de marzo al 3 de abril de 1848 con una mayoría de representantes moderados —en realidad monarquistas constitucionales— y se limita a proclamar la "soberanía" de la próxima Asamblea, a ser elegida por sufragio universal y directo; decide reunirse hasta la apertura de esta segunda Asamblea. Mientras tanto, el partido republicano, que hace las veces de la oposición frente al partido moderado, sufre casi de inmediato la derrota decisiva tanto dentro como fuera de la Asamblea, con el aniquilamiento de la insurrección armada (encabezada por Hecker, Struve y Herwegh, ex miembros de la Liga de los Comunistas), que había penetrado con muy pocas fuerzas y pertrechos desde Francia. La Asamblea, reunida en los meses de abril y

mayo, delibera inútilmente sobre proyectos incoherentes que debilitan progresivamente toda oposición real frente a la Corona. Otra serie de golpes acabará por debilitar a la Asamblea. En los territorios dominados por Prusia, los liberales desembocan en una lucha nacionalista. Los líderes Palacky y Rieger se niegan a enviar representantes a la Asamblea de Francfort y convocan en Praga a un Congreso eslavo con la pretensión de unirse a una Austria federal. Toma auge el movimiento de los nacionalismos eslavos: los rumanos de Transilvania luchan por una Hungría unificada; los croatas por un reino de Croacia, Eslovania y Dalmacia, directamente asociado también a una Austria federal; los servios reivindican su autonomía. El propio Imperio de los Habsburgos se halla impedido de intervenir. No obstante el otorgamiento de una Constitución austriaca el 25 de abril, los estudiantes vieneses, organizados en la llamada "Liga académica", instigan nuevos motines el 15 y 16 de mayo que obligan a la Corte a huir. El gobierno formado en la capital por el archiduque Juan se halla a su vez dividido y semiparalizado en medio del enfrentamiento de las distintas nacionalidades.

A partir de junio el movimiento se repliega. Los Habsburgos son los primeros en rehacer sus fuerzas para controlar la situación en sus dominios. Primero en Praga, que es bombardeada por las tropas del príncipe Windischgrätz durante los llamados "motines de Pentecostés", del 12 al 17 de junio.

Luego sigue Italia, ante la vacilación y traición de Carlos Alberto de Cerdeña, pues las olas revolucionarias que él mismo había suscitado lo rebasaban con un movimiento nacionalista y de unificación contrario a sus intereses dinásticos. Carentes de unidad para enfrentar el poder austriaco (Lamartine había ofrecido un auxilio francés al Piamonte que ya no era posible debido a la mayoría moderada y la desaparición del Gobierno provisional), las fuerzas piamontesas y de Lombardía fueron prácticamente aniquiladas por los austriacos al mando del príncipe Radetzky en la batalla de Custozza, el 25 de julio. No obstante, Roma y Florencia parecen evolucionar contra la corriente reaccionaria y se proclaman repúblicas

en febrero de 1849. Luego de una nueva derrota, Carlos Alberto abdicará el 23 de marzo de ese año y el Piamonte abandonará a su suerte la Lombardía, sobre la que se abate la feroz represión de Radetzky y de su lugarteniente Haynau, conocido como la "hiena de Brescia".

La corte vienesa había podido instalarse en su capital el 12 de agosto de 1849, luego de los triunfos de Radetzky y Windischgrätz. Desde Viena, se lanza un ataque contra el movimiento autonomista encabezado por Kossuth. Estalla la guerra a fines de septiembre entre Austria y Hungría. En tanto, el movimiento demócrata vienés —estudiantes, burgueses radicales, militares obreros— no se muestra muy favorable al *Reichstag* constituyente surgido de la Constitución del 25 de abril e intentan una nueva insurrección. Las tropas, al mando de Windischgrätz y Jelacic —el jefe propuesto por la Corte para el mando en Hungría—, reprimen la rebelión vienesa (23-31 de octubre).

En Francia han cambiado mucho las cosas. Para julio de 1848 el orden se había restablecido. El 4 de mayo la Comisión ejecutiva del Gobierno provisional había prescindido de Blanc y de Albert, depurando así su composición. El 15 de mayo, ante el apoyo parisino de la causa polaca, Lamartine y Ledru-Rollin prefieren mantenerse en actitud de espera sin ganar la confianza del gobierno burgués. Los *Ateliers Nationaux* son suprimidos por los moderados que dominan la Asamblea y ahora también la Comisión ejecutiva del gobierno. De los barrios obreros parisinos se levantó una insurrección. Investido de plenos poderes por la Asamblea Constituyente, el general Cavaignac deja levantarse las barricadas para aplastar de un solo golpe a todas las fuerzas revolucionarias. Después de tres días de encarnizados combates, derrota a la revolución el 26 de junio. Muchos prisioneros capturados fueron exterminados peor que enemigos extranjeros. De este modo, la reacción acababa no sólo con los sueños de organización y emancipación de los trabajadores, surgidos de los acontecimientos de febrero, sino con los proyectos de nacionalización, que tanto preocupaban a la burguesía y

a la pequeña burguesía. Cambios como la reforma fiscal, la asistencia social y la educación gratuita se vieron frustrados y, en resumen, la revolución de Febrero se limitaba provisionalmente a la forma del régimen republicano y al sufragio universal.

El 12 de noviembre de 1848 quedó establecida la segunda República francesa. Los poderes se dividieron entre una Asamblea única y el presidente. Los jefes conservadores de la nueva república deciden dar su apoyo a la candidatura de Luis Napoleón. Así se retribuyó a los servicios de Cavaignac, el vencedor de junio. Elegido por aplastante mayoría, Luis Napoleón asume el cargo y cinco meses después de las elecciones presidenciales tienen lugar las elecciones mediante las cuales se sustituye a la Asamblea Constituyente con una Legislativa. En lugar de la mayoría de los moderados, surge en la nueva legislatura un bloque considerable (la tercera parte de los diputados) de los llamados de "la Montaña" o "rojos". Así, la derrota de la República social se ve acompañada, a su vez, de una radicalización de la opinión. Por una parte, aparecen los propietarios —moderados y reaccionarios— y, por otra, la democracia urbana y rural —avanzados y radicales—, cuyo enfrentamiento es un exponente de la profundidad que ha alcanzado la lucha de clases en Francia. Más tarde, el 2 de diciembre de 1852, sobrevendrá el golpe de Estado de Luis Napoleón. Sin embargo, Francia era el país donde se habían logrado mayores conquistas.

En Alemania tiene lugar también un retroceso significativo durante el año de 1848. La llamada "soberanía" de la Asamblea sigue siendo quimérica por cuanto el ejército, la marina, la diplomacia y la administración —todo lo cual podía haberla hecho posible— no han llegado a sus manos. Los conflictos daneses y poznianos, principalmente, la hacen caer en ridículas contradicciones. Los demócratas radicales, que no han encontrado eco en esta Asamblea, son cada vez eliminados en la lucha callejera. Para septiembre, la burguesía se halla en perfecta armonía con los intereses de la causa conservadora. La Corona desgasta más y más la supuesta independencia de los burgueses cambiando un gabinete tras otro bajo su fiel

custodia, mientras que la política del reino, a través de estos gabinetes colaboracionistas, se ve afincada en posiciones más conservadoras y reaccionarias. No hay prácticamente oposición real al régimen entre los demócratas y los obreros. Surgen manifestaciones populares en contra de la política del reino, pero no se puede lograr una organización más cohesionada; por el contrario, poco a poco se va extinguiendo. La Constitución del rey, "impuesta" u "otorgada", sanciona la victoria del principio monárquico por más que presente ciertos rasgos liberales. En Francfort las discusiones se eternizan en torno al problema de la "Gran Alemania" o la "Pequeña Alemania". Las fronteras del futuro *Reich* con Austria es un conflicto pendiente de primer orden. La "Pequeña Alemania" significaba la unificación alemana sin incluir los territorios alemanes del Imperio austriaco, la "Gran Alemania" la anexión de dichos territorios al nuevo *Reich* unificado. Federico Guillermo IV de Prusia se muestra indeciso a convertirse en emperador de Alemania. Finalmente, decide disolver la Cámara prusiana (la Asamblea de Berlín), elegida de acuerdo con la Constitución de diciembre de 1848, cerrando así el paso al sufragio universal, que no se implantará hasta 1918.

En la primavera de 1849 se agita un movimiento democrático de intelectuales, pequeña burguesía, obreros, artesanos y demócratas, pero el rey prusiano se siente fortalecido. Las tropas aplastan a los insurrectos sin la menor consideración. La Asamblea de Francfort se traslada a Stuttgart, donde los demócratas intentan un levantamiento contra el absolutismo para después dispersarse, el 18 de junio. Luego de estas victorias sobre los últimos reductos opositores, la Corona reemprende el proyecto de unificación, pero en completo provecho suyo y bajo el régimen de un constitucionalismo inspirado en la tradición monárquica y conservadora. Se opta por una "unión restringida" que posibilita, hasta marzo-abril de 1850, el establecimiento de una Asamblea federativa en Erfurt, que votará una nueva Constitución para el *Reich*, en tanto que se va modificando el estatuto prusiano en un sentido cada vez más conservador. De cualquier manera, Prusia y Austria se encuentran enfrentadas

en un conflicto sumamente complicado y la situación, después de todo, no resulta tan favorable a Prusia. Baviera y Wurtemberg buscan su propia independencia frente a Prusia con el apoyo de Austria. La política austriaca, que va dominando cada vez más la situación en Hungría e Italia, con el apoyo de Rusia y la habilidad de su gobierno, dirigido por el príncipe Schwarzenberg, logra aislar al cabo de confusas negociaciones a Federico Guillermo IV, quien tiene que acceder a una humillante retirada acordada en Olmütz.

Éstos son los resultados fundamentales de los movimientos revolucionarios de 1848.

Europa se transformó sensiblemente, aunque el restablecimiento del absolutismo no permitiera ir más allá de los meros intentos por establecer regímenes democráticos o que, habiendo logrado establecerlos, éstos fueran más tarde sustituidos. Como quiera, era una Europa compleja, contradictoria. De ello da ejemplo la campaña bonapartista de junio-julio de 1849 contra la República romana con objeto de restaurar el poder pontificio. Puede decirse que muchas regiones del continente apenas si experimentaron leves agitaciones, cuando no ninguna. Inglaterra veía extinguirse, en 1848, la agitación cartista, concluyendo así diez años de oposición frente a la burguesía. España, por su parte, sólo vio recrudecer las medidas policiacas de prevención, pero no conoció ninguna agitación relacionada con los demás movimientos revolucionarios. Los Países Bajos se acercaron, pacíficamente, a un régimen constitucional. Suiza estableció su Constitución federal el 12 de septiembre de 1848 como consecuencia de la lucha cantonal de un año antes.

Definitivamente, la clase que salió más fortalecida fue la burguesía. Las burguesías europeas, muy diversamente desarrolladas, pudieron amoldarse en los distintos casos sin ser excesivamente requeridas por parte de unas monarquías que, después de todo, ya se habían visto ellas mismas en la necesidad de amoldarse a las exigentes condiciones. Esta convivencia no supone una continuidad estricta, pero toda sospecha entre sí ha sido superada: la real amenaza contra las clases dirigentes está representada por las clases ple-

beyas. Las constituciones, tan sólo parcialmente liberales, terminan no obstante por imponerse incluso en los reinos más conservadores, y si bien no son del todo satisfactorias para la burguesía en su conjunto, cuando menos le permiten compartir lo mínimamente necesario el poder político. Las transformaciones sociales y jurídicas —y, por supuesto, las económicas— facilitan a fin de cuentas el desarrollo de las fuerzas productivas y del régimen capitalista, si no igual que en una república constitucionalmente establecida, sí de modo que le fue favorable.

Ahora bien, el centro de atención de Marx y Engels era por supuesto Alemania. Pese a advertir la diversidad de luchas posibles en los distintos frentes según se lo habían planteado en el *Manifiesto,* estimaban, como allí mismo claramente lo expresaron, que el objetivo central era muy claro: constitución de los obreros en clase, derrocamiento de la dominación burguesa y conquista del poder político por parte del proletariado. Se trataba de impulsar un movimiento hacia estos objetivos, no de crear dicho movimiento al margen de la lucha de las demás clases ni por encima de la clase trabajadora. Tal empresa, consideraban, sólo podía ser llevada a cabo por los comunistas, "que no forman un partido aparte", sino que se han constituido en el sector más consciente de la clase obrera misma. Habían previsto una táctica específica de acuerdo con la cual era necesario desarrollar el partido de los comunistas alemanes.

La cuestión de cómo intervenir en la revolución alemana divide a los grupos de la Liga de los Comunistas. Unos se proponen internarse en pie de lucha contra los regímenes establecidos. Otros, apoyados y dirigidos por Marx, se niegan a cualquier movimiento que pueda fácilmente convertirse en una aventura riesgosa e inútil, que pusiera en peligro el movimiento en su conjunto así como a las organizaciones revolucionarias y el triunfo de la revolución. Siguiendo los principios del *Manifiesto* y su interpretación aplicada al caso de Alemania en la hoja que contenía el Programa de acción del partido obrero alemán, evitando despertar los prejuicios nacionales y reaccionarios "contra el pueblo francés", condenan la vía

aventurera y deciden, junto con sus compañeros de la Liga, volver como ciudadanos a las distintas ciudades alemanas, y desde allí, mezclados en el movimiento ya en marcha, luchar por la estrategia revolucionaria. Tarea fundamental de los miembros de la Liga que marcharon a Alemania fue fortalecer las organizaciones existentes o crearlas allí donde no existían, haciendo uso de la propaganda legal, los comités de correspondencia y la distribución del *Programa* de 17 puntos.

Este programa de la sección alemana de la Liga, distribuido en una hoja impresa en diversas partes del territorio alemán, lanzaba un programa político para la lucha de los comunistas al lado de las demás fuerzas revolucionarias. Se reivindicaban los siguientes puntos de lucha: una amplia reforma electoral, la instalación de un Parlamento popular, una administración general de justicia, la abolición de las cargas y tributos feudales, la confiscación por parte del Estado de las grandes propiedades, la abolición de las cargas impositivas sobre la mediana y pequeña propiedad, el establecimiento de una banca pública que regulara el curso legal de la moneda así como el movimiento crediticio en favor de la producción social y fomentara el proceso de producción y de cambio, confiscación de los medios de transporte y comunicación de acuerdo con el interés público, redistribución racional de todos los servidores y funcionarios públicos, separación de la Iglesia y el Estado, restricción del derecho de herencia, equilibrio impositivo entre la producción y el consumo, nacionalización de la industria e instrucción pública y gratuita. Era un programa avanzado supeditado al periodo de transición, es decir, un programa que representaba los intereses de las clases trabajadoras frente a la burguesía después de que ésta tomara el poder. Éste era el programa estratégico de las clases trabajadoras de Alemania. Pero la táctica implicaba una alianza con esa misma burguesía en su lucha contra la monarquía y las clases de la nobleza. En la *Alocución de marzo de 1850* de la Liga de los Comunistas, acorde con el *Manifiesto* y los lineamientos fundamentales de 1848, Marx y Engels expresaron que la época de las conspiracio-

nes había sido ya superada. La tarea fundamental de los comunistas consistía, de acuerdo con ello, en crear el partido democrático de los trabajadores, en oposición a los partidos burgueses y pequeño burgueses que, cuando mucho, aspiraban a un orden burgués más o menos democrático, pero que carecían de los instrumentos reales para resolver la cuestión social que afectaba a Alemania. Así pues, se declaraba como principio básico la independencia de este partido obrero, aunque tuviese que luchar, durante cierto periodo, al lado de la burguesía.

Para entonces, Marx y Engels iban llegando a varias conclusiones de carácter político. Consideraban que la situación en que se encontraban en la sociedad moderna las clases enfrentadas en lucha dependía en gran medida de la coyuntura económica. Tenían en mente la posibilidad de un progresivo debilitamiento y posible aislamiento de la burguesía como producto de las crisis comerciales inherentes al régimen capitalista; y que su fortalecimiento dependía siempre de la prosperidad industrial y comercial, cada vez más difícil mientras no se transformaran las relaciones de producción imperantes. Pensaban, asimismo, que el éxito de la revolución proletaria no dependía tan sólo de la clase trabajadora industrial sino que también dependía de su capacidad para establecer una alianza efectiva con las clases campesinas empobrecidas en su lucha ante la burguesía y el Estado. Por otra parte, creían que toda su fuerza debía dirigirse contra el aparato del Estado en la medida en que éste era el instrumento por excelencia de toda dominación y el garante de las condiciones imperantes de explotación. En buena medida, la estrategia y la táctica impulsadas por la Liga Comunista suponía una intensificación de las contradicciones burguesas y, en consecuencia, un paulatino debilitamiento de su hegemonía.

Pero la derrota y sus consecuencias dejaron en pie varias lecciones. Primeramente, la coyuntura económica, que tanta importancia tenía para Marx y Engels, representaba para el capitalismo una severa prueba que, sin embargo, no lo hizo sucumbir ni aislarse bajo la presión de sus contradicciones; por el contrario, era evidente que

la dictadura del capital sobre los ejércitos de obreros salía fortalecida en todos los frentes. Contra lo que supuso Marx, esta crisis no hizo imprescindible el remplazo de las relaciones sociales capitalistas por aquellas nuevas que configuraría el proletariado. Asimismo, se puso de manifiesto que las alianzas del proletariado eran hasta entonces inseguras e inestables, sobre todo con el sector agrícola, tan diversificado e impredecible, pues o bien respondía a posiciones reaccionarias o bien se dejaba arrastrar, como en Francia, por ideologías ya consagradas que pretendían reavivar viejas luchas fácilmente capitalizables para quienes tenían el mando militar y político. Por otra parte, el papel de la pequeña burguesía de las ciudades contribuyó en mucho a enrarecer la contradicción básica entre la burguesía y la nobleza, por un lado, y la burguesía y el proletariado, por el otro.

Lo cierto es que después de la derrota cabía suponer el futuro del partido de los trabajadores. Al menos en Alemania cabía esperar una cosa: una muy lenta institucionalización democrática. Más aún: las condiciones obligaban a pensar en la estrategia revolucionaria como un proceso largo, complicado y difícil. En Alemania, la clave de la situación se sustentaba en el entendimiento surgido entre la burguesía y las clases privilegiadas y el incipiente desarrollo de la clase obrera. Así pues, la burguesía alemana no sólo abandonó rápidamente toda posible alianza con la pequeña burguesía y los obreros, sino que consolidó ella sola su poder preservando el orden político existente, ya entonces avenido con un régimen social capitalista. Además, durante la etapa de una extensiva industrialización, consolidó su acceso al mercado mundial en la segunda mitad del siglo XIX. La política restauradora aplicada por la burguesía y la nobleza de las potencias de la Alemania Central, Austria y Prusia dio paso, más tarde, a la política de Bismarck, partidario de la unificación alemana bajo la hegemonía de Prusia y diseñador de una política exterior basada en el criterio de "la conveniencia", la cual finalmente consolidó un fuerte Estado alemán. Representaba la apertura de un periodo de prosperidad económica para la burguesía alemana,

periodo que se prolongó a lo largo de veinte años hasta 1872 o 1873. Durante ese periodo, Alemania fue convirtiéndose en una potencia industrial con mayor población urbana, una floreciente pequeña burguesía, mayor empleo de maquinaria y vías férreas y una renta nacional considerablemente más elevada. La creación de sociedades industriales por acciones, el surgimiento de un nuevo sistema financiero y la ampliación de los créditos venían a sustituir al viejo y anárquico sistema proteccionista de los diversos territorios alemanes y hacían notar un nuevo sistema de concentración vertical auspiciado por el propio Estado. La burguesía alemana no tenía, a partir de los años cincuenta, ya nada que envidiarle a la vieja nobleza; se sentía cada vez más segura de su poder, y ha de reconocerse que, en su afán de dominio, cuando supo conquistar paulatinamente su libertad y su independencia económica, no incurrió en la tentación de derrocar violentamente a los viejos estamentos, con los cuales decidió compartir el poder político.

Marx había iniciado el estudio de la economía política y desarrollado una destacada actividad política en el ámbito de las organizaciones obreras en Alemania, en París, en Bruselas y en Londres. Era, sin duda, junto con Engels, uno de sus teóricos más capaces. Entendía la economía política desde el punto de vista del proletariado —con lo cual rompía el esquema burgués de un "orden natural" de la economía y la sociedad—, por lo que había adoptado más bien la crítica de la economía política burguesa. Así, en un principio concebía las leyes básicas del modo de producción capitalista en cuanto tal y no en cuanto ejemplar histórico y concreto —esto último, que podía dar pie a un análisis *coyuntural* de sus leyes básicas luego de este estudio inicial abstracto, lo completó muchos años después en los manuscritos del tercer tomo de *El capital*—. En 1848, pues, Marx no contaba con los suficientes elementos para fundar un análisis que proyectara todas las posibles condiciones de una revolución por parte de las clases trabajadoras. Parecía necesario que el proletariado, en su lucha, prefigurara él solo las relaciones sociales cualitativamente nuevas que no respondieran a las condi-

ciones de sometimiento y explotación, propias del capitalismo y que, al mismo tiempo, el desarrollo de las fuerzas productivas del capital liberaran a los trabajadores en la medida en que ese mismo desarrollo fomentara las contradicciones del sistema capitalista de explotación y ganancia. Sin embargo, el desarrollo de las fuerzas productivas no condujo a una intensificación de las contradicciones burguesas, sino a una recomposición ampliada de sus facultades productivas no sólo en el ámbito capitalista, sino también en el ámbito periférico, es decir, en el resto del mundo, sometido ya a la fuerza centralizadora del capital. Esta dinámica histórica del capitalismo no podía ser captada, pues a pesar de haber advertido la contradicción básica, Marx distaba de haber esclarecido, entre otros, precisamente el problema de las "crisis".

Fue planteada de nuevo la estrategia revolucionaria de la clase obrera. En los años siguientes, Marx y Engels trabajaron sobre el asunto, hasta que en 1864 se fundó la Asociación Internacional de Trabajadores, y, con ella, una nueva estrategia revolucionaria que dejaba atrás todo espejismo de una "revolución de la esperanza".

Desde Colonia y Elberfeld, respectivamente, Marx y Engels, al frente de la *Nueva Gaceta Renana* en 1848, siguieron, a través de su actividad periodística, el desarrollo de la revolución. Ambos se sintieron obligados a abordar problemas del momento sin prescindir de un enfoque que necesariamente exigía un análisis histórico; cuestiones de estrategia y de táctica, las formas de lucha y organización, la naturaleza de las alianzas, dependían en uno y otro lado de las condiciones históricas de cada región, del desarrollo alcanzado en cada una de ellas, etc., y todo ello era examinado en el ejercicio de una hábil crónica, sarcástica, feroz y realista. Testigos excepcionales de su tiempo, Marx y Engels fueron periodistas natos, no sólo en su carácter de inmejorables organizadores, sino como reporteros, corresponsales y analistas políticos. Luego de su trayectoria en varios diarios democráticos de Londres, Manchester, Bruselas y París, principalmente, la *Nueva Gaceta Renana* constituyó para ambos la prueba más importante en esa etapa de transición. Marx

y Engels, como lo confirman más tarde en el *New York Daily Tribune* de Nueva York, sabían crear un estilo periodístico incisivo, culto y antisolemne, cuyo sarcasmo solía ser prácticamente demoledor para aquello o aquellos que eran objeto de sus críticas. Al contrario de lo que podría suponerse, no hay en ellos un obstinado apego a los esquemas teóricos: su realismo político en el análisis de los hechos es en ambos inflexible; no se permiten concesión alguna frente a la realidad: las ideas pertenecen al orden del discurso y no pueden nunca suplantar los hechos, les sean o no favorables.

Los cientos de artículos que publicaron en la *Nueva Gaceta Renana* revisten especial interés, ya que lo esencial de dicho análisis lo confrontan con la acción política directa que se vieron obligados a llevar a cabo en el periodismo.

En este contexto, la tarea más importante realizada por Marx y Engels fue la de mantener abierto el órgano de lucha, la *Nueva Gaceta Renana*. Éste fue editado en Colonia desde el 1 de junio de 1848 hasta el 19 de mayo de 1849, fecha en que la censura prusiana decide retirarlo. La *Nueva Gaceta Renana* se anuncia como "órgano de la democracia" y, de hecho, alberga o tiene que albergar diversas tendencias, las cuales confluyen en aquello que se denominó el "partido demócrata" alemán. El panorama abarcó un republicanismo moderado, lindante con un monarquismo constitucional, hasta la tendencia francamente preocupada por la "cuestión social", representada por Marx y Engels, pasando por todas las variantes políticas del "socialismo verdadero".

Los artículos de Marx y Engels fueron en conjunto poco más de doscientos. Reproducimos aquí una apretada selección de ellos, considerando en lo fundamental aquellos que trataron directamente los movimientos revolucionarios de 1848. Hemos adoptado un orden estrictamente cronológico y añadimos al final un índice bibliográfico y otro biográfico.

ALBERTO CUE

LA ASAMBLEA DE FRANCFORT

[F. ENGELS]

COLONIA, 31 DE MAYO. ALEMANIA POSEE DESDE HACE DOS SEMAnas una Asamblea Nacional Constituyente, emanada de unas elecciones de todo el pueblo alemán.[1]

El pueblo alemán había conquistado su soberanía en las calles de casi todas las grandes y pequeñas ciudades del país y, especialmente, en las barricadas de Viena y Berlín. Y había ejercido esta soberanía en las elecciones a la Asamblea Nacional.

Lo primero que tenía que haber hecho la Asamblea Nacional era proclamar en voz alta y públicamente esta soberanía del pueblo alemán.

Lo segundo, elaborar una Constitución alemana basada en la soberanía del pueblo y eliminar de la realidad alemana todo cuanto se hallase en contradicción con el principio de la soberanía popular.

Debió adoptar durante su periodo de sesiones las medidas necesarias para frustrar todos los intentos de la reacción, para afianzar el terreno revolucionario sobre el que pisaba, para salvaguardar

[1] Engels, se refiere a la Asamblea Nacional de Francfort. El 18 de mayo de 1848 se reunió en la iglesia de San Pablo, en Francfort del Meno, en la solemne apertura de sus sesiones, constituida por 384 diputados, entre los que no figuraba un solo obrero o pequeño campesino. La mayoría estaba en manos de la burguesía liberal. Sus debates fueron una sucesión interminable de huecos e inútiles discursos. Las citas que de ellos hacen Marx y Engels se basan en las actas taquigráficas de los debates, recogidas en *Stenographischer Bericht über die Verhandlungen der deutschen constituierenden Nationalversammlung zu Frankfurt am Main*, ed. Franz Wigard, 9 volúmenes, Francfort del Meno, Leipzig, 1848-1849.

contra todos los ataques la conquista de la Revolución, que era la soberanía del pueblo.

Pues bien, la Asamblea Nacional alemana ha celebrado ya una docena de sesiones y no ha hecho nada de eso.

En cambio ha garantizado la salvación de Alemania mediante los grandiosos hechos siguientes:

La Asamblea Nacional ha reconocido que necesitaba un reglamento, pues sabido es que dos o tres alemanes no pueden reunirse sin acordar unas normas reglamentarias en que se diga cómo han de hacerse las cosas. Un maestro de escuela cualquiera, habiendo previsto el caso, se encargó de redactar un reglamento especial para la alta Asamblea. Fue puesta a votación la aprobación provisional de este trabajo escolar; la mayoría de los diputados no lo conocía, pero la Asamblea lo votó sin el menor reparo, pues ¿qué iba a ser de los representantes de Alemania sin un reglamento? *"Fiat reglamentum" partout et toujours!*[a]

El señor Raveaux, de Colonia, presenta una propuesta absolutamente nada caprichosa sobre los posibles conflictos entre la Asamblea de Francfort y la de Berlín.[2] Pero la Asamblea está deliberando acerca del reglamento definitivo, y aunque la propuesta de Raveaux es urgente, aún lo es más el reglamento. *Pereat mundus, fiat reglamentum!*[b] No obstante, la sabiduría de aquellos burgueses de empalizada[3] designados por una elección no puede hacer menos que decir algo acerca de la propuesta de Raveaux, y poco a poco, mientras se sigue discutiendo si debe darse prelación al reglamento o a la propuesta, se presentan cerca de dos docenas de enmiendas a ésta. Se platica acerca del asunto, se habla, se dan largas, se arma ruido,

[a] ¡Hágase un reglamento, siempre, en todas partes!

[2] El 19 de mayo, Raveaux propuso que los diputados prusianos que pertenecían al mismo tiempo a la Asamblea de Berlín y a la de Francfort tuvieran derecho a ejercer los dos mandatos, y así lo dispuso un decreto del ministerio del Interior.

[b] Aunque el mundo se hunda, ¡hágase un reglamento!

[3] En la Edad Media, algunos vecinos establecidos en los aledaños de las ciudades (más allá de las empalizadas) obtenían en ocasiones el derecho de vecindad al contribuir a la defensa militar de la ciudad. En sentido figurado, se daba este nombre a la gente venida del campo a la ciudad y que se hallaba en un nivel cultural más bajo que la burguesía urbana.

se deja pasar el tiempo y se aplaza la votación del 19 al 22 de mayo. El 22 vuelve a ponerse el asunto a discusión; llueven nuevas enmiendas y nuevas digresiones, hasta que, por último, tras largos discursos y varios forcejeos, se acuerda enviar a las comisiones el asunto ya puesto en el orden del día. Afortunadamente, ha transcurrido el tiempo, y los señores diputados se van a comer.

El 23 de mayo comienza la disputa en torno al acta; en seguida, vuelven a recibirse innumerables propuestas, y ya se dispone la Asamblea a pasar al orden del día, es decir, al amadísimo reglamento, cuando un diputado por Maguncia, Zitz, informa acerca de las brutalidades cometidas por las tropas prusianas y de los despóticos abusos del comandante prusiano en aquella ciudad. Se trataba de un intento indiscutible y consumado de la reacción, de un caso que correspondía específicamente a la competencia de la Asamblea. Había que exigir cuentas al arrogante soldado que, casi ante los mismos ojos de la Asamblea Nacional, osaba amenazar a Maguncia con un bombardeo; había que proteger a los inermes vecinos de la ciudad, en sus propias casas, de las brutalidades de una soldadesca lanzada y azuzada en contra de ellos. Pero el señor Bassermann, el aguador badense, declara que sólo se trata de bagatelas, que hay que dejar a Maguncia confiada a su propia suerte, que todo pasará, que la Asamblea está reunida deliberando en interés de toda Alemania acerca de un reglamento. ¿Y, en efecto, qué significa en realidad, el bombardeo de Maguncia? *Pereat Maguntia, fiat reglamentum!*[c] La Asamblea, no obstante, tiene un corazón blando y elige una comisión encargada de ir a Maguncia para investigar el asunto y... entre tanto ha llegado la hora de levantar la sesión y de irse a comer.

Por último, el 24 de mayo perdemos el hilo parlamentario. Al parecer, el reglamento ha sido terminado o se ha dejado a un lado, en cualquier caso no volvemos a oír nada de él. En cambio, cae sobre nosotros una verdadera granizada de bien intencionadas propuestas, en las que numerosos representantes del pueblo soberano se

[c] ¡Que se hunda Maguncia, pero hágase un reglamento!

empeñan en poner de manifiesto la tozudez de su "limitada inteligencia" de súbditos.[4] Viene luego una serie de mociones, peticiones, protestas, etc., hasta que, por último, el sumidero nacional arrastra numerosos, interminables discursos. No debemos, sin embargo, dejar de lado que en esta sesión fueron consignados cuatro comités.

Por último, pide la palabra el señor Schlöffel. Tres ciudadanos alemanes, los señores Esselen, Pelz y Löwenstein, han recibido órdenes de salir de Francfort antes de las 4 de la tarde del mismo día. La sabia y prudente policía afirmaba que los susodichos señores habían concitado contra sí el enojo de los vecinos de la ciudad por sus discursos ante la Sociedad obrera, razón por la cual debían ser expulsados. ¡Y la policía se permitía proceder de este modo después de haber sido proclamado por el Preparlamento el derecho de ciudadanía alemana[5] y después que este derecho había sido reconocido en el proyecto de Constitución de los diecisiete "compromisarios"[6] *(Hommes de confiance de la diète)* la cuestión no admite demora! El señor Schlöffel pide la palabra sobre este asunto; le es denegada y exige que se le deje hablar acerca del carácter de urgencia de la cuestión, cosa que el reglamento autoriza, pero esta vez la consigna es: *Fiat politia, pereat reglamentum!*[d] Naturalmente, había pasado el tiempo y era ya hora de irse a casa a comer.

[4] Frase del ministro del Interior de Prusia que se hizo famosa.

[5] En el "Preparlamento", reunido en Francfort del 31 de marzo al 4 de abril de 1848, deliberaron representantes de los Estados alemanes, miembros de las asambleas por estamentos o delegados de una asamblea popular, partidarios en su mayoría de la monarquía constitucional. Este "Preparlamento" acordó convocar a una Asamblea Nacional de toda Alemania y redactar un proyecto de ley acerca de "Los derechos fundamentales del pueblo alemán", en el cual se proclamaban algunas libertades civiles, pero sin atentar contra el fundamento del orden semifeudal absolutista. En abril de 1848, el "Preparlamento" eligió una comisión permanente de cincuenta miembros, con una mayoría liberal, que actuó hasta el momento de constituirse la Asamblea Nacional.

[6] Estos "compromisarios" u "hombres de confianza" representaban a los gobiernos alemanes convocados por la Asamblea Federal, que era el órgano central de la Confederación alemana. Deliberaron en Francfort del 30 de marzo al 8 de mayo de 1848 y elaboraron un Proyecto de Constitución del Imperio, concebido bajo el espíritu monárquico-constitucional dominante.

[d] ¡Hágase la policía, aunque se hunda el reglamento!

El día 25, las cabezas de los diputados, cargadas de ideas, vuelven a doblarse bajo la masa de las propuestas presentadas como las espigas de trigo maduras bajo el vendaval. Dos diputados intentan hablar de nuevo del asunto de las deportaciones, pero también a ellos se les deniega la palabra, incluso para razonar la urgencia del asunto. Algunas mociones, principalmente una de los polacos, revestían mucho mayor interés que todas las propuestas de los diputados. Por fin, se concede la palabra a la comisión enviada a Maguncia. Declara que no podrá informar sino hasta el día siguiente; pero, por lo demás, como es natural, el informe llegó demasiado tarde, cuando ya 8 000 bayonetas prusianas habían restablecido el orden, después de desarmar a 1 200 guardias cívicos. Entre tanto, podía pasarse al orden del día. Así se hizo, en efecto, poniendo sobre el tapete el orden del día, es decir, la propuesta de Raveaux. Pero como este asunto, en Francfort, aún no estaba listo para afrontarse y en Berlín hacía ya mucho tiempo que había perdido su razón de ser por un rescripto de Auerswald, la Asamblea Nacional acordó dejar la cosa para mañana e irse a comer.

El 26 volvieron a anunciarse miríadas de propuestas, después de lo cual la comisión de Maguncia pasó a rendir su definitivo y muy ambiguo informe. Fue ponente el señor Hergenhahn, ex diputado y a la fecha ministro interino. Aunque el informe no podía ser más moderado, la Asamblea, tras larga discusión, encontró que incluso este sumiso informe resultaba demasiado fuerte. Acordó dejar a los maguncianos a merced de los prusianos al mando de un húsar y pasó al orden del día, después de expresar su "confianza de que los gobiernos cumplirían con su deber". El punto central del orden del día era, naturalmente, que los señores representantes se fuesen a comer.

Por último, el 27 de mayo, tras largos preliminares en torno a la lectura y aprobación del acta, se puso a discusión la propuesta de Raveaux. Se habló en pro y en contra hasta las dos y media, hora en que los diputados se fueron a comer. Pero, esta vez, la Asamblea celebró una sesión vespertina y el asunto llegó, por fin, a una solu-

ción. Como, en vista de la excesiva lentitud de la Asamblea Nacional, el señor Auerswald había liquidado ya la propuesta de Raveaux, el señor Raveaux aceptó una enmienda del señor Werner, en la que, por razón de la soberanía del pueblo, no se afirmaba ni se negaba nada.

Las noticias que poseemos acerca de la Asamblea Nacional no van más allá. Pero tenemos todas las razones para creer que, una vez tomado el acuerdo anterior, se levantaría la sesión para ir a comer. Y si esta vez llegaron a comer tan pronto, fue gracias a las palabras de Robert Blum:

> Señores: si dan ustedes cima al orden del día de hoy, todo el orden del día de esta Asamblea podría acortarse de un modo extraordinario.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 1, 1 de junio de 1848]

HÜSER*

COLONIA, 31 DE MAYO. EL SEÑOR HÜSER, DE MAGUNCIA, AYUdado por viejos reglamentos de fortalezas y enmohecidas leyes federales, ha inventado un nuevo método para convertir a prusianos y otros alemanes en esclavos todavía más oprimidos de lo que lo eran antes del 22 de mayo de 1815.[7] Aconsejamos al señor Hüser patentar su nuevo invento, pues no cabe duda de que resultaría muy rentable. En efecto, según este método, basta enviar a dos o a varios soldados borrachos, los cuales, naturalmente, se van a las manos por sí mismos con los vecinos de la ciudad. La fuerza pública interviene y detiene a los soldados; esto basta para que la comandancia de cualquier fortaleza pueda declarar a la ciudad en estado de sitio, procediendo a confiscar todas las armas y dejando a los vecinos a merced de la brutal soldadesca. Este plan ha resultado en Alemania más lucrativo, porque aquí es mayor el número de fortalezas que apuntan hacia el interior que las dirigidas contra el extranjero; y tiene que resultar la cosa especialmente lucrativa, porque aquí cualquier comandante de plaza pagado por el pueblo, ya se trate de un Hüser, de un Roth von Schreckenstein o

[7] El 22 de mayo de 1815 se publicó el "Decreto sobre la futura representación del pueblo", en el que el rey de Prusia anunciaba la creación de asambleas provisionales por estamentos, la convocatoria de un órgano representativo para toda Prusia, y prometía la futura vigencia de una nueva Constitución. Sin embargo, la ley del 5 de junio de 1823 se limitaba a crear asambleas por estamentos en las provincias (dietas provinciales) con funciones consultivas muy limitadas.

de otros nombres feudales por el estilo, pueden atreverse a más incluso que el rey o el emperador, puesto que tienen poderes para ahogar la libertad de prensa, pudiendo por ejemplo prohibir a los vecinos de Maguncia que no son prusianos dar rienda suelta a sus antipatías contra el rey de Prusia y el sistema del Estado prusiano.

El proyecto del señor Hüser es sólo una parte del gran plan de la reacción berlinesa, la cual aspira a desarmar lo antes posible a todas las guardias cívicas, principalmente junto al Rin, a ir destruyendo gradualmente todo el armamento del pueblo que está comenzando a crearse y a entregarnos inermes en manos del ejército, integrado en su mayoría por extranjeros y al que es fácil azuzar contra nosotros, cuando esto no se ha hecho ya.

Esto ha sucedido, en efecto, en Aquisgrán, en Tréveris, en Mannheim, en Maguncia, y lo mismo puede suceder en otros lugares.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 1, 1 de junio de 1848]

LA ÚLTIMA HAZAÑA DE LA CASA DE BORBÓN

[F. Engels]

La casa de Borbón no ha llegado aún a la meta de su gloriosa carrera. Es cierto que, en estos últimos tiempos, su blanca bandera se ha visto bastante cubierta de lodo y que los marchitos lirios[a] que la adornan doblan tristemente sus cabezas. Carlos Luis de Borbón convirtió en dinero un ducado y se ha visto obligado a abandonar ignominiosamente el segundo; Fernando de Borbón ha perdido Sicilia y no ha tenido más remedio que conceder, en Nápoles, una Constitución a los revolucionarios; Luis Felipe, a pesar de no ser más que un cripto-Borbón, ha tenido que correr la suerte de todos los Borbones de Francia, cruzando el canal hacia Inglaterra. Pero el Borbón napolitano ha salvado brillantemente el honor de su familia.

Son convocadas en Nápoles las Cámaras. El día de la apertura del Parlamento daría la señal para la batalla decisiva contra la revolución. Se hace regresar de Malta, silenciosamente, a Campobasso, uno de los principales jefes de policía del tristemente célebre Del Carreto; los esbirros, con sus viejos jefes a la cabeza, vuelven a pasearse por vez primera desde hace mucho tiempo por la calle de Toledo, armados y en tropel; desarman a los ciudadanos, los despojan de sus ropas, los obligan a cortarse el bigote. Se acerca el 14 de mayo, el día de la apertura del Parlamento. El rey exige que las Cámaras se comprometan bajo juramento a no modificar la Constitución

[a] Escudo de la casa de Borbón.

otorgada por él. Las Cámaras se niegan. La Guardia Nacional se manifiesta a favor de los diputados. Se abren negociaciones; el monarca cede, los ministros dimiten. Los diputados piden que el rey proclame por medio de un ordenanza la concesión que ha hecho. El rey promete emitir esta ordenanza al día siguiente. Pero, en el curso de la noche, entran en Nápoles todas las tropas apostadas en los alrededores de la ciudad. La Guardia Nacional se da cuenta de que ha sido traicionada; levanta barricadas y tras ellas se parapetan de 5 000 a 6 000 hombres. Tienen enfrente, sin embargo, a 20 000 soldados, napolitanos y suizos, con 18 cañones. En el medio, en actitud aún expectante, los 20 000 lazzaroni de Nápoles.

Todavía el día 15 por la mañana declaran los suizos que no atacarán al pueblo. Pero uno de los agentes de la policía, mezclado entre la gente, dispara contra los soldados, en la *Strada* de Toledo. Se iza inmediatamente la bandera roja en el fuerte de San Telmo; es la señal convenida para que los soldados se lancen contra las barricadas. Comienza una espantosa carnicería; los guardias nacionales se defienden heroicamente contra un enemigo cuatro veces superior en número y contra el cañoneo de los soldados. La lucha dura desde las diez de la mañana hasta la medianoche. Y, pese a la superioridad de la soldadesca, el pueblo habría triunfado, a no ser por la miserable conducta del almirante francés Baudin, que fue la que movió a los lazzaroni a sumarse al partido del rey.

El almirante Baudin mandaba una flota bastante importante fondeada en la bahía de Nápoles. La simple, pero oportuna, conminación a bombardear el palacio y los fuertes habría obligado al rey Fernando a ceder. Pero Baudin, viejo servidor de Luis Felipe, habituado a su condición anterior, simplemente tolerada, de la flota francesa en los tiempos de la *Entente cordiale,*[8] permaneció quieto

[8] *Entente cordiale:* nombre que se daba a las buenas relaciones existentes entre Francia e Inglaterra bajo la monarquía de Julio (1830-1848). Servía de base a este "entendimiento cordial" la política de transacción mantenida permanentemente ante Inglaterra por la burguesía industrial y financiera imperante bajo el rey Luis Felipe de Orleáns. En un principio, esta política tropezaba con grandes resistencias por parte de la burguesía francesa. Pero más tar-

y, con ello, ordenó a los lazzaroni, que ya se inclinaban hacia el pueblo, a pasarse al lado de las tropas.

Este paso del lumpenproletariado napolitano decidió la derrota de la revolución. Se lanzaron unidos contra los defensores de las barricadas la Guardia suiza, los soldados de línea napolitanos y los lazzaroni. Los palacios de la *Strada* de Toledo, previamente despejados por las granadas incendiarias, se abatieron bajo el cañoneo de los soldados. Las bandas vesánicas de los vencedores irrumpieron en las casas, apuñalaron a los hombres, mataron a los niños, violaron a las mujeres antes de quitarles la vida, lo saquearon todo y entregaron las viviendas asoladas a las llamas. Los más avariciosos de todos fueron los lazzaroni, los más brutales los suizos. Imposible describir las infamias y los actos de barbarie desencadenados contra la Guardia Nacional de Nápoles, ya casi aplastada por la victoria de los mercenarios de la casa de Borbón, cuatro veces superiores en número, y los lazzaroni, afiliados desde siempre a los grupos santafedistas.[9]

Por último, hasta el almirante Baudin vio colmada su paciencia. Constantemente llegaban a sus barcos fugitivos que relataban lo que estaba ocurriendo en la ciudad. Hervía en las venas la sangre francesa de los marinos. Por fin, cuando ya la victoria del monarca estaba sellada, pensó en bombardear. Fue cesando poco a poco el derramamiento de sangre; ya no se asesinaba en las calles, los vencedores limitábanse a robar y violar; pero los prisioneros eran conducidos a los fuertes, donde los fusilaban sin más contemplaciones. Hacia medianoche todo había terminado, se había restaurado, de hecho, el poder absoluto de la Casa del rey Fernando y el honor de la Casa de Borbón había sido lavado en sangre italiana.

He ahí la última hazaña de la Casa de Borbón. Y, como siempre, han sido los suizos quienes han impuesto, peleando, la causa

de, después de los movimientos de 1848, fue apoyada por ella, para afianzar su poder en el interior del país.

[9] Sanfedistas: partidarios de la "Santa Fe", miembros de grupos terroristas manejados a comienzos del siglo XIX por las fuerzas del Vaticano, reclutados principalmente entre los elementos del lumpenproletariado y que actuaban contra el movimiento de liberación de Italia.

de los Borbones contra el pueblo. El 10 de agosto de 1792, el 29 de julio de 1830, en los combates napolitanos de 1820,[10] en todas partes encontramos a los nietos de Guillermo Tell y de Winkelried convertidos en lansquenetes a sueldo de esa familia cuyo nombre es en toda Europa, desde hace años, sinónimo de monarquía absoluta. Claro está que pronto va terminar esto. Los cantones suizos al civilizarse, han decretado, tras muchas vacilaciones, la prohibición de que su gente se contrate como soldados al servicio de potencias extranjeras.[11] En lo sucesivo, los recios hijos de la libre Suiza tendrán que renunciar a pisotear a las mujeres de Nápoles, a vivir a cuerpo de rey con lo que robaban en las ciudades sublevadas y, en caso de derrota, a que su memoria sea perpetuada por los leones de Thorwaldsen,[12] como la de los caídos del 10 de agosto.

Pero, entre tanto, la Casa de Borbón puede volver a respirar. La reacción, que ha vuelto a entronizarse desde el 24 de febrero,[13] no ha logrado en ninguna parte una victoria tan decisiva como en Nápoles; y ha sido precisamente de Nápoles y Sicilia de donde partió la primera de las revoluciones de 1848. Pero la oleada revolucionaria desatada sobre la vieja Europa no podrá contenerse con conspiraciones absolutistas ni golpes de Estado. Con la contrarrevolución

[10] *10 de agosto de 1792:* fecha en que fue derrocada en Francia la monarquía mediante la sublevación popular.

29 de julio de 1830: día en que el pueblo de París triunfó sobre las tropas reales, derrocando en Francia a la dinastía de los Borbones.

1820: en este año se encendió en Nápoles un movimiento, revolucionario, acaudillado por los carbonarios. Mediante la injerencia de las potencias de la Santa Alianza, este movimiento revolucionario fue reprimido.

[11] Los cantones suizos se servían de una organización mediante la cual pactaban con los Estados europeos (desde el siglo XV hasta mediados del siglo XIX) a fin de movilizar, para sus ejércitos contingentes de mercenarios suizos. En una serie de revoluciones burguesas durante los siglos XVIII y XIX, los suizos mercenarios actuaban como instrumento de la contrarrevolución monárquica.

[12] La figura del escultor danés Thorwaldsen a que se hace referencia representa a un león moribundo y se exhibe en Lucerna para recordar a los mercenarios suizos que, el 10 de agosto de 1792, murieron en la defensa del Palacio real de París, en lucha contra el pueblo sublevado.

[13] *24 de febrero de 1848:* fecha en que fue derrocada la monarquía de Luis Felipe de Orleáns.

del 15 de mayo, Fernando de Borbón ha puesto la primera piedra para lo que será la República italiana. Calabria está en llamas, en Palermo se ha instaurado un gobierno provisional; también los Abruzzos se levantarán, los habitantes de todas las provincias esquilmadas marcharán sobre Nápoles y, unidos al pueblo de esta ciudad, tomarán venganza del rey felón y de sus brutales lansquenetes. Y cuando Fernando caiga, morirá por lo menos con la satisfacción de haber vivido y haber muerto como un auténtico Borbón.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 1, 1 de junio de 1848]

CUESTIONES DE VIDA O MUERTE

COLONIA, 3 DE JUNIO. LOS TIEMPOS CAMBIAN Y NOSOTROS cambiamos con ellos. Es este un dicho del que nuestros señores ministros *Camphausen* y *Hansemann* podrían decirnos algo. Antes, cuando no eran más que modestos diputados sentados en los bancos de escuela de una Dieta, ¡cuántas cosas tuvieron que aguantar de los Comisarios de Gobierno y los Mariscales![14] En la segunda fase, en la Dieta provincial renana, ¡veíanse detenidos por Su Alteza, el Ordinario Solms-Lich! E incluso, cuando después de aprobar la primaria, se vieron ascendidos a la Dieta Unificada,[15]

[14] Los presidentes de las dietas provinciales ostentaban el título de Mariscal de la Dieta. Las dietas provinciales se crearon en Prusia en 1823. Estaban integradas por jefes de familia de los príncipes y por representantes de la nobleza urbana y de las comunidades territoriales. Como puede suponerse, estas dietas eran de carácter restringido y la mayor parte de la población se hallaba al margen de sus elecciones y, así, la nobleza tenía asegurada la mayoría. Estas dietas eran convocadas por el rey, y su competencia se limitaba a las cuestiones económicas locales y a las de la administración provincial. En el terreno político, apenas tenían limitadas funciones consultivas.

[15] *Primera Dieta Unificada:* se reunió a partir de un mandato real el 11 de abril de 1847, deliberando hasta el 26 de junio del mismo año. Representaba la agrupación de las ocho dietas provinciales existentes (véase nota anterior), debía convocarse cuando el rey lo dispusiera y aparecía dividida en dos curias. La curia del estamento señorial estaba formada por 70 representantes de la alta nobleza y la curia de los tres estamentos restantes abarcaba 237 representantes de los caballeros, 182 de las ciudades y 124 de las comunidades territoriales. La competencia de la Dieta Unificada se limitaba a la aprobación de nuevos empréstitos en tiempos de paz y a la aceptación de nuevos impuestos o de aumentos tributarios. El rey prusiano trataba de presentar su convocación como el cumplimiento de las promesas constitucionales formuladas y de las normas de la ley acerca de la deuda del Estado. En la Dieta se

aunque se les permitían unos cuantos ejercicios de elocuencia, ¡había que ver cómo su maestro de escuela, el señor Adolf v. Rochow, manejaba contra ellos la palmeta! ¡Con qué humildad teníαn que someterse a las impertinencias de un Bodelschwingh y con qué devoción escuchaban el balbuciente alemán de un Boyen, a pesar de que no era la suya más que la "limitada inteligencia" de un súbdito,[16] al lado de la tosca ignorancia de un Duesderg, a quien debían obediencia!

Ahora, las cosas han cambiado. El 18 de marzo ha puesto fin a toda la escolaridad política y los antiguos escolares de la Dieta se declaran maduros. El señor Camphausen y el señor Hansemann se han convertido en ministros y manifiestan, encantados, toda su grandeza como "hombres necesarios".

Cuán "necesarios" se consideran y cuánto han crecido después de pasar por la escuela ha podido apreciarlo claramente todo el que haya tenido que ver algo con ellos.

Han comenzado inmediatamente poniendo otra vez en pie provisionalmente el viejo salón escolar, que es la Dieta Unificada. En este salón debía celebrarse el gran acto de transición del gimnasio burocrático a la universidad constitucional donde se lleva a cabo la solemne exposición del certificado de bachillerato, presentado ante el pueblo prusiano en todas las formas prescritas.

El pueblo ha declarado en numerosos memoriales y peticiones que no quiere saber nada de la Dieta Unificada.

El señor Camphausen ha replicado (véase, por ejemplo, la sesión de la Constituyente celebrada el 30 de mayo) que la convocatoria de la Dieta era una *cuestión vital* para el ministerio y, con ello, como es natural, quedaba todo resuelto.

manifestó una fuerte oposición liberal, expresada por los representantes de la gran burguesía renana (Hansemann, Camphausen y otros) y por una parte de la nobleza de la Prusia oriental, pero quienes más tarde se manifestaron más aliados del reino que de la oposición. Al declararse la Dieta incompetente para aprobar un nuevo empréstito, el rey decidió clausurarla.

[16] *Inteligencia limitada:* se trata de una expresión conocida del ministro prusiano del Interior, Rochow.

La Dieta se reunió,[17] una ante el mundo, ante un dios que dudaba de sí mismo, abatido y rechinando los dientes. Se le había hecho saber que sólo debía aceptar la nueva ley electoral, pero el señor Camphausen no exigió de ella solamente una ley sobre el papel y la celebración de elecciones indirectas, sino además veinticinco millones contantes y sonantes. Las curias cayeron en la confusión, no comprendían claramente cuál era su competencia y balbucían incoherentes conclusiones; pero esto no servía de nada, es algo que flota silenciosamente en la mente del señor Camphausen, y si las sumas de dinero no son autorizadas, si "el voto de confianza" es denegado, el señor Camphausen se marchará a Colonia y dejará que la monarquía prusiana se las arregle como pueda. Los señores de la Dieta sudan frío al pensar en esto, toda resistencia cesa y el voto de confianza es otorgado con una sonrisa entre dulce y amarga. Y puede uno ver estos 25 millones cotizables en el reino de los aires, que es el reino de los sueños,[18] cómo, dónde y cuándo han sido vetados.

Son proclamadas las elecciones indirectas, se levanta en contra de ellas un alud de mensajes, peticiones y diputaciones. Los señores ministros contestan que el ministerio se sostiene o cae con las elecciones indirectas. Y, con esto, todo vuelve al silencio y ambas partes pueden echarse a dormir.

Se reúne la Asamblea del Pacto. El señor Camphausen se ha propuesto pronunciar la respuesta al discurso del Trono. Tiene que formular la protesta el diputado Dunker.[19] Se abre la discusión. Se pro-

[17] *Segunda Dieta Unificada:* estaba formada por representantes de las ocho dietas provinciales de Prusia y fue convocada el 2 de abril de 1848. A propuesta del ministerio Camphausen, el 8 de abril votó la "Ley electoral de la Asamblea llamada a votar la Constitución del Estado prusiano" y aprobó un empréstito de 25 millones de táleros, que había rechazado la primera Dieta Unificada. Después de esto, fue disuelta el 10 de abril de 1848.

[18] Palabras de un verso de Heine en el poema titulado *Alemania. Cuento de invierno,* cap. VII.

[19] En sus artículos acerca de las deliberaciones de la Asamblea Nacional, Marx y Engels hacen uso de los *Stenographischen Berichte über die Verhandlungen der zur Vereinbarung der preussischen Staats-Verfassung berufenen Versammlung,* tomos 1-3, Berlín, 1848, publicados más tarde en edición aparte.

nuncian palabras bastante vivas contra el mensaje. El señor Hansemann se aburre del eterno y confuso ir y venir, y declara, lisa y llanamente, que todo este devaneo puede ahorrarse; una de dos: o se pronuncia el mensaje, en cuyo caso todo estará bien, o no se pronuncia mensaje alguno, en vista de lo cual dimitirá el ministerio. La discusión prosigue y, por fin, sube a la tribuna el propio señor Camphausen para dejar constancia de que la cuestión del mensaje constituye un problema vital para el ministerio. Por último, en vista de que tampoco esto resuelve el asunto, se levanta también el señor Auerswald y protesta por tercera vez que el ministerio se mantiene o cae con el mensaje. Ahora, la Asamblea se muestra por fin convencida y, como es natural, vota a favor del mensaje.

De este modo, nuestros ministros "responsables" adquieren en dos meses aquella experiencia y seguridad en la dirección de una asamblea que el señor Dûchatel, personaje nada despreciable, sólo llegó a adquirir al cabo de varios años de comercio íntimo con la penúltima Cámara de Diputados de Francia. También el señor Dûchatel, en los últimos tiempos, cuando la izquierda le aburría con sus largos parlamentos, solía declarar que la Cámara era libre de votar en pro o en contra, pero que si votaba en contra "todos nosotros dimitiríamos" y la vacilante mayoría, para la que el señor Dûchatel era el hombre "más necesario del mundo", se agolpaba como un rebaño de corderos al estallar la tormenta, rodeando a su amenazado líder. El señor Dûchatel, que era un francés ligero, siguió haciendo este juego hasta que sus compatriotas se cansaron de él. Pero el señor Camphausen es un reflexivo y tranquilo alemán, que sabrá hasta dónde puede llegar.

No cabe duda de que si nuestra gente está tan segura de sus "pactistas", como el señor Camphausen, será posible ahorrar por este camino tiempo y razones. A la oposición, se le arrebata la palabra casi en redondo, convirtiendo cada uno de los puntos en una cuestión de gabinete. De ahí que este método sea también el que mejor cuadra a los hombres decididos, aquellos que saben de una vez por todas lo que quieren y que se muestran incompatibles con

toda charlatanería inútil, hombres como Dûchatel y Hansemann. Pero para hombres a quienes gusta la discusión y que prefieren "exponer sus opiniones e intercambiarlas en un gran debate, tanto con respecto al pasado y el presente como en lo referente al futuro" (Camphausen, sesión del 31 de mayo), para hombres que pisan en el terreno de los principios y que contemplan los sucesos del día con la mirada sagaz del filósofo, para espíritus superiores como Guizot y Camphausen, de nada sirve este pequeño recurso terrenal que nuestro presidente del Consejo ha descubierto en su práctica. Lo confía a su Dûchatel-Hansemann y sigue manteniéndose en la elevada esfera en la que a nosotros nos gusta contemplarlo.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 4, 4 de junio de 1848]

EL MINISTERIO CAMPHAUSEN[20]

[C. MARX]

COLONIA, 3 DE JUNIO. ES SABIDO QUE LA ASAMBLEA NACIONAL francesa de 1789 fue precedida por una Asamblea de Notables, integrada por *estamentos*, lo mismo que la Dieta Unificada de Prusia. En el decreto por el que el ministro Necker convocaba a la Asamblea Nacional, se refería a la exigencia manifestada por los Notables de que se convocara a los Estados Generales. El ministro Necker le llevaba, así, gran delantera al ministro Camphausen. No necesitaba esperar a la toma de la Bastilla ni al derrocamiento de la monarquía absoluta para empalmar *a posteriori*, de manera doctrinaria, lo viejo a lo nuevo y despertar así, trabajosamente, la *apariencia* de que Francia había llegado a formar una nueva Asamblea Constituyente recurriendo a los medios legales de la vieja Constitución. Contaba, además, con otras ventajas. Era ministro de Francia, y no ministro de Lorena y Alsacia, mientras que el señor Camphausen no era ministro de Alemania, sino de Prusia. Y, con todas estas ventajas, el ministro Necker no logró convertir un movimiento revolucionario en una pacífica reforma. La gran enfermedad no podía curarse con agua de

[20] El *ministerio Camphausen* disolvió el 29 de marzo de 1848 el gobierno del conde Arnim, creado el 19 de marzo del mismo año. Fue nombrado jefe del nuevo gobierno el banquero renano Camphausen, presidente de la Cámara de Comercio de Colonia; el ministro de Hacienda fue Hansemann, otro de los representantes de la gran burguesía renana. Este gobierno consideraba su misión el mediar entre la gran burguesía y la Corona.

rosas[21] y menos aún podrá el señor Camphausen cambiar el carácter del movimiento mediante una complicada teoría que trace una línea recta entre su ministerio y la vieja situación de la monarquía prusiana. La revolución de Marzo y el movimiento revolucionario alemán en general no pueden convertirse en *episodios interinos* mediante un ardid artificioso más o menos importante. ¿Acaso Luis Felipe ha sido elegido rey de los franceses por ser un Borbón? ¿O ha sido elegido *aunque era ya* un miembro de la dinastía de los Borbones? Recuérdese que esta pregunta dividió a los partidos poco después de la revolución de julio,[22] ¿y qué venía a demostrar dicha pregunta? Que la revolución se ponía en tela de juicio, que el interés de la revolución no era el interés de la clase elevada al poder y de sus representantes políticos.

Pues bien, el mismo significado tiene la declaración hecha por el señor Camphausen de que su ministerio no ha venido al mundo *por* la revolución de Marzo, sino *después* de ella.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 4, 4 de junio de 1848]

[21] Heine, *Alemania.* Cuento de invierno, cap. XXXI.

[22] Cuando, días después de la instauración de la monarquía de Julio (1830), se puso a discusión el problema de si el nuevo rey adoptaría el nombre de Felipe VII, Dupin el Viejo (1783-1865) declaró que "el duque de Orleáns era llamado al trono no porque fuera un Borbón, sino a pesar de ello".

LA COMEDIA DE LA GUERRA[23]

[F. ENGELS]

SCHLESWIG-HOLSTEIN. EN REALIDAD, LOS ANALES DE TODA LA historia no nos hablan de semejante campaña ni de un cambio de juego tan sorprendente entre la fuerza de las armas y la diplomacia como el que ahora nos presenta nuestra unificada guerra alemana-nacional contra el pequeño Estado de Dinamarca, las hazañas del ejército imperial, con sus 600 jefes, estados generales y consejos de guerra, los mutuos enredos de los jefes de la coalición de 1792, las órdenes y contraórdenes del sacrosanto Consejo de la Corte, todo ello como una afirmación seria, conmovedora y trágica contra la comedia de la guerra, que el nuevo ejército federal ale-

[23] *La guerra prusiano-danesa en torno al Schleswig-Holstein.* Como consecuencia de la revolución de Marzo de 1848 en Alemania, se creó en Schleswig-Holstein un gobierno provisional y una Dieta territorial que, al ser dictadas leyes democráticas y ante un proyecto progresivo de Constitución, entró en conflicto abierto con la monarquía danesa. La población de Schleswig-Holstein exigía la incorporación a Alemania. Su justa lucha tenía el apoyo completo del pueblo alemán; sectores de la juventud, de sentimientos revolucionarios y patrióticos, se presentaron como voluntarios en Schleswig-Holstein. Prusia hizo que la Confederación Alemana la encargara de librar la guerra contra Dinamarca, actuando bajo el pretexto de mantener los intereses alemanes, pero en realidad para fortalecer sus propias posiciones de fuerza y desviar los sentimientos revolucionarios de las masas alemanas hacia el exterior, impidiendo el desarrollo democrático en Schleswig-Holstein. Después de esto, la camarilla militar prusiana se limitó a sostener una guerra aparente, haciendo marchar inútilmente a las tropas y viendo cómo los destacamentos del ejército revolucionario de Schleswig-Holstein y los voluntarios alemanes eran derrotados por los daneses. Más tarde, Prusia se limitó a pactar el armisticio de Malmö, en el que se pasaban por alto las instrucciones del poder central en Alemania, dejándose en la estacada a la población y al gobierno provisional de Schleswig-Holstein.

mán[24] despliega en el Schleswig-Holstein bajo las sonoras carcajadas de toda Europa.

Sigamos brevemente la intriga de esta comedia.

Los daneses avanzaron desde Jutlandia y desembarcaron tropas en el Norte del Schleswig. Los prusianos y hanoveranos ocupan Rendsburgo y la línea del Eider. Los daneses, que a pesar de todas las bravatas alemanas son un pueblo rápido y valiente, atacan sin perder un momento y por medio de una batalla hacen retroceder al ejército de Schleswig-Holstein sobre Prusia. Los prusianos contemplan las cosas tranquilamente.

Por último, llega de Berlín la orden de avanzar. Las tropas alemanas reunidas atacan a los daneses y los aplastan cerca del Schleswig, gracias a la superioridad de sus fuerzas. En efecto, la victoria se decide por la destreza de los soldados de la Guardia pomerania en el manejo de la culata del fusil, como en su día ocurrió cerca de Grossbeeren y en Dennewitz.[25] El Schleswig fue reconquistado y Alemania se muestra jubilosa por la heroica hazaña de su ejército.

Entre tanto, la flota danesa —que en conjunto no cuenta con 20 barcos importantes— moviliza los buques mercantes alemanes, bloquea todos los puertos de Alemania y toma los pasos a las islas sobre las que el ejército se ha retirado. Jutlandia es abandonada y ocupada parcialmente por los prusianos, quienes le imponen una contribución de guerra de dos millones en especies.

Pero, antes de haberse desembolsado un solo tálero, Inglaterra

[24] La Confederación alemana, creada el 8 de junio de 1815 en el Acta federal del Congreso de Viena, abarcaba primeramente 35 y por último 28 principados y cuatro ciudades libres, manteniéndose en vigor hasta 1866, después de lo cual no se creó ningún gobierno central, manteniéndose la desmembración feudal de Alemania. La Asamblea federal de los embajadores acreditados formaba la Dieta Federal, que deliberaba bajo la presidencia permanente de Austria en Francfort del Meno, convirtiéndose en un bastión de la reacción alemana. En lucha contra la unificación democrática de Alemania, las fuerzas reaccionarias intentaron, después de la revolución de Marzo de 1848, dar nuevo impulso a la Dieta Federal.

[25] En las batallas libradas cerca de Berlín, en Grossberen (23 de agosto) y Dennewitz (6 de septiembre de 1813) obtuvieron las tropas prusianas pertenecientes al ejército de coalición una victoria sobre Napoleón.

hace propuestas de mediación, basadas en una retirada y en la neutralidad del Schleswig, enviando a Rusia notas conminatorias. El señor Camphausen cae derecho en la celada y, siguiendo sus órdenes, los prusianos, ebrios de victoria, avanzan desde Veile hacia Königsau, retrocediendo sobre Hadersleben, Apenrade y Flensburg. Inmediatamente, reaparecen allí los daneses que hasta ahora habían desaparecido; persiguen día y noche a los prusianos, causan desorden en su retirada, desembarcan en todas las esquinas, derrotan cerca de Sundewitt a las tropas del 10° cuerpo federal y retroceden solamente ante la superioridad en número de sus adversarios. En la batalla del 30 de mayo vuelven a decidir las culatas de los fusiles, esta vez manejadas por los fuertes puños de los meclemburgueses. Los habitantes alemanes huyen con los prusianos y todo el Norte del Schleswig es abandonado al asolamiento y el saqueo, mientras en Hadersleben y Apenrade ondea de nuevo el pabellón de Dinamarca. Como se ve, los soldados prusianos de todos los grados obedecen en Schleswig las órdenes lo mismo que en Berlín.

De pronto, se recibe de Berlín la orden de que los prusianos vuelvan a avanzar. Ahora, el avance hacia el Norte es verdaderamente divertido. Pero la comedia dista mucho de haber terminado. Esperemos a ver dónde los prusianos reciben esta vez la orden de retirarse.

En una palabra, estamos ante una verdadera contradanza, ante un ballet belicoso que el ministerio Camphausen ordena ejecutar en su propio deleite y a la gloria de la nación alemana.

No olvidemos, sin embargo, que la iluminación de la escena es asegurada por las aldeas del Schleswig incendiadas y que el coro lo forman los gritos de venganza de los merodeadores y guerrilleros daneses.

El ministerio Camphausen ha proclamado ante el mundo, con este motivo, su alta misión de representar a Alemania en el exterior. El Schleswig, abandonado dos veces a la invasión danesa, formará el primer experimento diplomático de nuestros ministros

"responsables" y conservará esta misión en un recuerdo lleno de gratitud.

¡Confiemos en la sabiduría y la energía del ministerio Camphausen!

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 5, 5 de junio de 1848]

LA REACCIÓN

COLONIA, 5 DE JUNIO. LOS MUERTOS CABALGAN DE PRISA.[26] EL señor Camphausen desautoriza a la revolución y la reacción se atreve a proponer a la Asamblea del Pacto el marcarla como una insurrección. Un diputado ha hecho ante ella, el 3 de junio, la propuesta de levantar un monumento a los soldados caídos el 18 de marzo.[27]

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 6, 6 de junio de 1848]

[26] De la balada Leonora, de Gottfried August Bürger.
[27] Véase *supra*, nota 19.

COMITÉ DE SÛRETÉ GÉNÉRALE

COLONIA, 5 DE JUNIO. TAMBIÉN BERLÍN CUENTA AHORA CON SU Comité de Sûreté Générale, como París en 1793.[28] Pero con la diferencia de que el de París era un comité revolucionario, mientras que el de Berlín es un comité reaccionario. En efecto, según una notificación dada a conocer en Berlín, "las autoridades encargadas de mantener el orden" han considerado necesario "unirse para una actuación común". Con este motivo, han designado un Comité de seguridad que ha establecido su sede en la Oberwallstrasse. Esta nueva autoridad está formada del siguiente modo. 1) el presidente, director del Ministerio del Interior, Puttkamer; 2) el comandante y ex jefe de la Milicia Cívica, Aschoff; 3) el presidente de la Policía, Minutoli; 4) el procurador del Estado Temme; 5) el alcalde Naunyn y dos concejales; 6) el presidente de los diputados de la ciudad y tres diputados; 7) cinco oficiales y dos hombres de la Milicia Cívica. Este Comité

> conocerá de cuanto afecte al orden público o pueda perturbarlo y someterá los hechos a un examen completo y fundamental. Dará los pasos adecuados respecto a la transgresión de los viejos e inexcusables medios y formas, evitando el cambio innecesario de notas escritas y,

[28] Comité de Sûreté Générale: fue creado en París en 1792 por la Convención. Consideraba como su misión principal la defensa de la República contra todos los asaltos de la contrarrevolución.

por medio de los diferentes círculos de la administración, promoverá una acelerada y enérgica ejecución de las órdenes necesarias. Mediante esta cooperación común podrá conseguirse la rapidez y seguridad necesarias, combinadas con las precauciones de rigor, en la marcha de los asuntos, muchas veces difíciles, bajo las circunstancias actuales. Pero, principalmente, la Milicia cívica a quien se halla confiada la protección de la ciudad *deberá estar en condiciones de procurar a las autoridades la ejecución de sus acuerdos, con la fuerza necesaria.* Con plena confianza en la participación y cooperación de todos los habitantes, sobre todo los que pertenecen al estamento honorable (!), de los artesanos y (!) a los obreros, los diputados, *libres de todas las preocupaciones y aspiraciones de partido,* cumplen con su importante misión y confían en poder cumplirla, principalmente, por la vía pacífica de la mediación en pro del bienestar.

El lenguaje anterior, tan untuoso, tan sugerente y humilde, permite ya sospechar que de lo que se trata es de crear aquí un centro de actividad reaccionaria, enfrentándolo al pueblo revolucionario de Berlín. Así lo sugiere con toda claridad la composición de este Comité. Figura en él, en primer lugar, el señor Puttkamer, el mismo que se ha dado gloriosamente a conocer por sus instrucciones como presidente de Policía. Igual que bajo la Monarquía burocrática, no habrá ninguna alta autoridad sin contar por lo menos con un Puttkamer. Viene luego el señor Aschoff, tan odiado por sus torpezas corporales y sus intrigas reaccionarias en la Milicia cívica, que ha decidido mantenerse alejada de él. En vista de lo cual, el señor Aschoff ha declinado su cargo. En seguida, el señor Minutoli, quien en 1846 salvó en Posen a la patria, al descubrir la conspiración de los polacos[29] y que recientemente ha amenazado con denun-

[29] En febrero de 1846 se preparó en Polonia una insurrección que tenía como meta la emancipación nacional del país. Los principales iniciadores de ella eran demócratas revolucionarios polacos (Dembowski y otros). Al ser traicionado el movimiento por la Dieta y detenidos los dirigentes de la insurrección por la policía prusiana, el movimiento quedó desperdigado y sólo se produjeron levantamientos revolucionarios aislados. Solamente en Cracovia, que desde 1815 se veía sometida al control común de Austria, Rusia y Prusia, lograron

ciar a los cajistas de imprenta, al ponerse éstos en huelga por un mejor salario. A continuación, los representantes de dos corporaciones que son hoy extraordinariamente reaccionarias: el alcalde y los diputados de la ciudad y, por último, entre los oficiales de la Milicia cívica el archirreaccionario comandante Blesson. Esperamos que el pueblo de Berlín no se deje en modo alguno arrastrar por este Comité reaccionario constituido por su propia iniciativa.

Por lo demás, el Comité ha iniciado ya sus actividades reaccionarias, al tratar de disuadir al pueblo de asistir a la procesión que debía celebrarse ayer domingo, delante de la tumba de los caídos en Marzo, por tratarse de una manifestación, pues es bien sabido que las manifestaciones son siempre dañinas.

[*Neue Reihnische Zeitung,* núm. 6, 6 de junio de 1848]

los insurgentes obtener la victoria el 22 de febrero, creando un gobierno provisional, que lanzó un manifiesto sobre la abolición de las cargas feudales. Pero la insurrección de Cracovia fue aplastada a comienzos de marzo de 1846 por las tropas de Austria, Prusia y Rusia. En noviembre de 1846 suscribieron estos Estados el tratado sobre la incorporación de Cracovia al Imperio austriaco, quebrantando con ello los tratados vieneses de 1815, en que se garantizaba el Estado libre de Cracovia.

PROGRAMAS DEL PARTIDO DEMÓCRATA-RADICAL Y DE LA IZQUIERDA, EN FRANCFORT

COLONIA, 6 DE JUNIO. AYER DÁBAMOS A CONOCER A NUESTROS lectores el "Manifiesto motivado del partido demócrata-radical en la Asamblea Nacional constituyente de Francfort d. M." Bajo la rúbrica de "Francfort" encontrarán ustedes hoy el manifiesto de la izquierda.[30] Los dos manifiestos parecen, a primera vista, no distinguirse más que por la forma, puesto que el partido demócrata-radical tiene como redactor a una persona torpe y el de la izquierda es hombre hábil. Un examen más atento pone de manifiesto las diferencias fundamentales. El manifiesto radical exige una Asamblea nacional fruto de "*elecciones directas* y no *sujetas a censo*", el de la izquierda pide una Asamblea nacional nacida del "*libre sufragio de todos*". *El libre sufragio* de todos excluye el *censo,* pero en modo alguno el sufragio *indirecto.* ¿Por qué, en términos generales, esta vaga expresión, de sentido múltiple?

Volvemos a encontrarnos aquí, una vez más, con esta mayor extensión y flexibilidad de reivindicaciones de la izquierda, en contraste con las del partido radical. La izquierda exige "un poder ejecutivo central elegido *para* un lapso de tiempo determinado por la Asamblea nacional y responsable ante ésta". No se precisa si este

[30] En la Asamblea Nacional de Francfort, la izquierda incluía dos facciones. El dirigente más destacado de la izquierda propiamente dicha era Robert Blum. La extrema izquierda, llamada partido demócrata-radical, contaba entre sus diputados a Arnold Ruge, Zitz, Simon, Schöffel y Trützschler. *La Nueva Gaceta Renana* sostenía a este partido, aun fustigando su indecisión y sus vacilaciones.

poder central debe emanar del *seno de la Asamblea Nacional,* como expresamente lo define el manifiesto radical.

El manifiesto de la izquierda pide, por último, que queden inmediatamente establecidos, proclamados y garantizados los derechos fundamentales del pueblo alemán frente a toda posible violación por los diversos gobiernos. El manifiesto radical no se atiene a esto, sino que declara que

> la Asamblea sigue reteniendo la totalidad de los poderes del Estado, que debe hacer entrar en vigor inmediatamente los diferentes poderes y formas de vida política que está llamada a reunir y que debe tomar en sus manos la política interior y exterior de todo el Estado.

Los dos manifiestos están de acuerdo en un punto: en pedir que "la redacción de la Constitución de Alemania se encomiende a la Asamblea Nacional por sí sola" y en eliminar la participación de los gobiernos. Ambos coinciden en dejar a cada Estado, "sin perjuicio de los derechos del pueblo que la Asamblea Nacional deba proclamar", la libre elección de su régimen, ya se trate de una República o de una monarquía constitucional. Y ambos coinciden, por último, en pretender que Alemania se transforme en un Estado federal o federativo.

El manifiesto radical expresa, por lo menos, el carácter *revolucionario* de la Asamblea Nacional. Apela a una actividad revolucionaria adecuada. ¿Acaso el mero hecho de que exista una Asamblea Nacional *constituyente* demuestra que ya no *existe* Constitución? Y, no existiendo Constitución, no existe tampoco gobierno. Y, al no existir gobierno, es la misma Asamblea Nacional la que debe gobernar. De allí que su primer signo de vida tendría que ser, necesariamente, un decreto que dijera, en siete palabras: "*La Dieta federal*[31] *queda disuelta para siempre*".

Una Asamblea Nacional constituyente debe ser, ante todo, una

[31] Véase *supra,* nota 24.

asamblea *activa,* es decir, *activa* en un sentido revolucionario. La Asamblea de Francfort se dedica a desarrollar tareas parlamentarias escolares, dejando actuar a los gobiernos. Supongamos que este sabio concilio lograse, tras maduras reflexiones, redactar el mejor orden del día y la mejor Constitución. ¿De qué servirían ambas cosas, si entre tanto los gobiernos pusieran a la orden del día las bayonetas?

La Asamblea Nacional alemana, prescindiendo de que ha surgido del sufragio *indirecto,* padece de una enfermedad típicamente germánica. Reside en Francfort d. M., y Francfort no es más que una capital ideal; corresponde a la unidad alemana ideal hasta entonces, es decir, puramente imaginaria. Francfort d. M. no es ya tampoco una gran ciudad dotada de una fuerte población revolucionaria que se mantenga detrás de la Asamblea Nacional, protegiéndola, de una parte y de otra empujándola. Por primera vez en la historia del mundo reside en una pequeña ciudad la Asamblea Constituyente de una gran nación. Ello es consecuencia de toda la evolución que Alemania ha seguido hasta hoy. Mientras que las asambleas nacionales de Francia e Inglaterra se reunían sobre un volcán —en París y en Londres— la Asamblea Nacional ha podido considerarse feliz al encontrar un *terreno neutral,* en el cual puede pararse a meditar serenamente acerca de la mejor Constitución y del mejor orden del día. Sin embargo, el estado actual de Alemania le brindaba la ocasión de triunfar sobre esta situación material desfavorable. Para conquistar en la opinión popular un poder que habría hecho saltar en pedazos todas las bayonetas y todas las culatas de los fusiles, le habría bastado con dictar en todas partes medidas dictatoriales contra las injerencias reaccionarias de gobiernos anticuados. Pero, en vez de esto, lo que hace es abandonar a Maguncia a la arbitrariedad de la soldadesca y de los extranjeros alemanes[32]

[32] Se hace aquí referencia a Esslen, Pelz y Löwenstein, expulsados de Francfort. En aquel entonces no existía la nacionalidad alemana; había tan sólo ciudadanos prusianos, sajones, de la ciudad libre de Francfort, etc. Las tres personas expulsadas, al no ser ciudadanos de Francfort, se consideraban extranjeros, pero no por ello dejaban de ser alemanes.

y a las mortificaciones causadas por los pequeños burgueses de Francfort. Aburre al pueblo alemán, en vez de arrastrarlo con ella o de dejarse arrastrar. Es cierto que cuenta con un *público* que aún contempla con humorismo apacible las gesticulaciones burlescas del fantasma reaparecido de la Dieta del Sacro Imperio Romano-Germánico, pero no existe para ella *un pueblo* que pueda encontrar en su seno. Lejos de ser el órgano central del movimiento revolucionario, no ha acertado a ser hasta ahora ni siquiera el eco de él.

Si la Asamblea Nacional pone en pie un poder central cuyos hombres se elijan entre sus miembros, teniendo en cuenta su actual composición y el hecho de que ha dejado pasar el momento favorable sin valerse de él, nada bueno podrá esperarse de este Gobierno provisional. Si no constituye un poder central, habrá firmado entonces su propia abdicación y al menor soplo revolucionario se dispersará, arrastrada por todos los vientos.

El programa de la izquierda, como el del grupo radical, tiene el mérito de haber comprendido esta necesidad. Ambos programas dicen con Heine:

> Cuanto más reflexiono, más me convenzo de que podemos arreglárnoslas sin un emperador;[33]

y la dificultad de saber "*quién* debe ser el emperador" teniendo en cuenta todas las buenas razones a favor de un emperador elegido y las razones no menos buenas en pro de un emperador hereditario, obligarán a la mayoría conservadora de la Asamblea a cortar el nudo gordiano,[34] no eligiendo *ningún emperador.*

No es posible concebir cómo el partido llamado demócrata-radical ha podido proclamar que la Constitución definitiva de Alemania sería una *Federación* de monarquías constitucionales, de

[33] Del poema de Heine, *Alemania. Cuento de invierno,* cap. VI.

[34] *Nudo gordiano:* muy complicado y muy difícil de desenredar y que figuraba en el carro del rey Gordio, en el templo de Júpiter de una ciudad frigia y del que el oráculo decía que quien supiera deshacerlo se haría dueño del Asia. Se dice que Alejandro Magno lo cortó de un golpe de espada en su campaña contra los persas, en el año 333 a. n. e.

fragmentos de principados y repúblicas, un Estado federal formado por elementos tan heterogéneos y con un gobierno republicano a la cabeza, pues no se trata de otra cosa, en el fondo, que del Comité central aceptado por la izquierda.

No cabe duda. Es necesario, que el gobierno central de Alemania, elegido por la Asamblea Nacional, se levante *al lado* de los gobiernos que aún subsisten de hecho. Pero, con su existencia, comienza ya su lucha contra los gobiernos de cada Estado y, en esta lucha, o bien caerán el gobierno común a toda Alemania y la unidad de la Alemania misma, o bien se derrumbarán los gobiernos de cada Estado, con sus príncipes constitucionales y sus minúsculas repúblicas.

No pedimos, pues sería utópico, que se proclame de antemano la *República alemana una e indivisible,* pero pedimos al partido llamado demócrata-radical que no confunda el punto de partida de la lucha y del movimiento revolucionario con su punto de llegada. La unidad alemana, al igual que su Constitución, no puede ser otra cosa que el resultado de un movimiento en que los conflictos internos y las guerras con el Oriente empujen a tomar una decisión. La organización definitiva no puede ser obra de un *decreto,* sino que discurre paralelamente con el movimiento que tenemos que recorrer. No se trata de poner en práctica tal o cual opinión, tal o cual idea política, sino de comprender la marcha de los acontecimientos. La Asamblea Nacional tiene por única tarea la de dar inmediatamente los pasos prácticamente posibles.

Aunque se nos asegure que "todos se sienten felices al salir de la confusión en que se encuentran", nada más confuso que la idea sustentada por el redactor del manifiesto demócrata cuando pretende cortar la Constitución alemana a la medida del *Estado federal de Norteamérica.*

Los Estados Unidos de Norteamérica, aun sin tener en cuenta que se hallan todos constituidos del mismo modo, se extienden sobre un territorio tan grande como la Europa civilizada. Sólo podríamos encontrar una analogía en una Federación *europea.*

Y para que Alemania pueda federarse con otros países, hace falta ante todo que ella se convierta en un *país*. En Alemania, la lucha por la centralización contra un sistema federativo es la lucha entre la civilización moderna y el feudalismo. Alemania caía en un feudalismo aburguesado en el momento mismo, en que se creaban las grandes monarquías de Occidente, pero se ha visto también excluida del mercado mundial en el mismo momento en que éste se abría a la Europa occidental. Alemania se empobreció, mientras los otros se enriquecían. Siguió siendo un Estado agrícola, mientras los otros se cubrían de grandes ciudades. Si Rusia no ejerciera una presión a las puertas de Alemania, las condiciones económicas por sí solas obligarían a la centralización más extrema. Aunque enfocada solamente desde el punto de vista de la burguesía, la unidad de Alemania es, sin disputa, la condición primordial para salvarla de la miseria en que se ha venido debatiendo hasta aquí y para crear la riqueza nacional. Pero, ¿cómo resolver los problemas sociales de nuestro tiempo, en un territorio desperdiciado en treinta y nueve pequeños países?

El redactor del programa demócrata no necesita, por lo demás, tratar en detalle las condiciones económicas y materiales secundarias. Se atiene en su exposición de motivos al concepto de la Federación. *La Federación es la unión* de copartícipes *libres* e *iguales*. Alemania debe convertirse, *por tanto*, en un *Estado federativo* ¿Y acaso los alemanes no pueden llegar a federarse en *un solo* gran Estado sin atentar contra el concepto de una unión de copartícipes libres e iguales?

[*Neue Reihnische Zeitung*, núm. 7, 7 de junio de 1848]

LOS DEBATES EN TORNO AL PACTO, EN BERLÍN[35]

[F. ENGELS]

COLONIA, 6 DE JUNIO. LOS *DEBATES SOBRE EL PACTO*[36] MARCHAN en Berlín viento en popa. Se presentan propuesta tras propuesta, la mayoría de ellas incluso cinco y seis veces, para que no se pierdan en los devaneos a través de los sectores y las comisiones. Cuestiones previas, cuestiones accesorias, cuestiones intermedias, cuestiones complementarias y cuestiones fundamentales: todas ellas se plantean abundantemente a la menor ocasión. En cada una de estas grandes y pequeñas cuestiones se entabla, por lo general, una conversación espontánea, "sobre la marcha", con el presidente, los ministros, etc., que forma entre tanto la labor activa de los "grandes debates", que giran en torno a ellas. Sobre todo, aquellos innumerables pactistas que el taquígrafo suele llamar "una voz" y que gustan de exponer sus opiniones en estos cambios de impresiones tan espontáneos. Por lo demás, estas "voces" se sienten tan orgullosas de su derecho de voto que, en ocasiones, como ocurrió el 2 de junio, *"votan que sí y al mismo tiempo que no"*. Pero junto a estos idilios, se desata a veces, con toda la sublimidad de la tragedia, la lucha propia de los grandes debates, lucha que no se libra en pa-

[35] *Debates sobre el pacto:* así llamaban Marx y Engels a los debates sostenidos en las sesiones de la Asamblea Nacional prusiana de Berlín en mayo de 1848 y encaminados a elaborar una Constitución "mediante un pacto con la Corona". Marx y Engels llamaban, en ocasiones, a esta Asamblea "Asamblea del Pacto" y, en consecuencia, consideraban, y así los llamaban, a los diputados unos "capituladores".

[36] Véase *supra,* nota 19.

labras solamente desde la tribuna de los oradores, sino en la que toma parte también el coro de los pactistas por medio de rumores, siseos, interrupciones, etc. Como es natural, el drama termina siempre con la victoria de las virtuosas derechas y se decide casi siempre con la petición de ¡a votar!, formulada por el ejército conservador.

En la sesión del 2 de junio, el señor *Jung* dirigió una interpelación al ministro de Asuntos Exteriores con motivo del tratado de negocios comunes con Rusia. Es sabido que ya en 1842 la opinión pública obligó a suspender estos negocios comunes, que sin embargo se reanudaron bajo la reacción de 1844. Y es sabido asimismo cómo la reacción rusa castigó a latigazos o desterró a Siberia a los culpables. Como es también sabido cuáles son los deseados pretextos que encuentra la extradición condicionada de los delincuentes y vagabundos comunes para entregar en manos de los rusos a los asilados políticos.

El señor *Arnim*, ministro de Asuntos Extranjeros, replicó:

> Seguramente que nadie tendrá nada que objetar en contra de que sean entregados los desertores, ya que es normal que los Estados amigos se auxilien mutuamente.

Tomamos nota de que, a juicio de nuestro ministro, Rusia y Alemania son "Estados amigos". Claro está que las masas de tropas concentradas por Rusia junto al Bug y el Niemen no persiguen precisamente la finalidad de liberar a la "amiga" Alemania, lo antes posible, de los tormentos de la revolución.

> El fallo acerca de la entrega de delincuentes se halla, por lo demás, en manos de los tribunales, lo que hace que existan todas las garantías de que los acusados no sean entregados antes de que finalice la investigación criminal.

El señor Arnim quiere hacer creer a la Asamblea que son los tribunales prusianos quienes entienden de los hechos atribuidos a los

delincuentes. Todo lo contrario. Las autoridades judiciales rusas o ruso-polacas envían a las prusianas un fallo en el que se declara al fugitivo en estado de acusación. Los tribunales prusianos se limitan a indagar si las actas que allí figuran son auténticas y, en caso afirmativo, se lleva a cabo la entrega del reo. Ello hace que existan "todas las garantías" de que el gobierno ruso maneja como quiere a sus jueces para que los acusados de delitos políticos sean puestos en sus manos, cargados de cadenas prusianas.

> Y no es necesario pararse a demostrar, pues se entiende por sí mismo, que nunca son entregados los *propios súbditos.*

Diremos al señor barón feudal Von Arnim que no puede tratarse, desde luego, de "los propios súbditos", por la sencilla razón de que en Alemania no existe ya ninguna clase de "súbditos", puesto que el pueblo ha sabido emanciparse, luchando en las barricadas.

"¡Los propios súbditos!" Nosotros, que elegimos nuestros parlamentos y sujetando a los reyes y emperadores a la ley soberana, difícilmente podemos ser "súbditos" de Su Majestad, el rey de Prusia.

"¡Los propios súbditos!" Si la Asamblea tuviera al menos una chispa de orgullo revolucionario, ese orgullo al que debe su existencia, habría llamado la atención del servil ministro, desde la tribuna y ante el escaño ministerial con un grito de protesta y de indignación. Pero no, ha dejado pasar tranquilamente esa expresión vergonzosa sin manifestar la menor reclamación.

El señor Rehfeld ha interpelado al señor Hansemann con motivo de las renovadas compras de lana a la Sociedad marítima[37] y de

[37] Se refiere a la "Sociedad prusiana de comercio marítimo", fundada en 1772 como sociedad de crédito comercial y dotada de una serie de importantes privilegios de Estado. Esta sociedad puso a disposición del gobierno grandes empréstitos, desempeñando así, de hecho, el papel de su banquero y corredor. En 1810 las acciones y obligaciones de la Sociedad se transformaron en títulos de deuda del Estado, eliminándose así la forma de Sociedad. Mediante real orden del 17 de enero de 1820, la Sociedad se convirtió en Casa de finanzas y Banco del Estado prusiano, con lo que el gobierno obtenía la posibilidad de burlar la ley vigente sobre la deuda pública.

las ventajas ofrecidas a los comerciantes ingleses en detrimento de los alemanes. La industria de la lana, oprimida por la crisis general, tenía ocasión de haber obtenido, por lo menos, un pequeño proteccionismo en las compras a los precios bajos de este año. Pero, en vez de ello, la Sociedad marítima hizo subir los precios con sus enormes compras. Y, al mismo tiempo, se ofrece el descuento de buenas letras de cambio sobre Londres para facilitar sus compras a los clientes ingleses, medida ésta que servirá para elevar los precios de la lana, al atraer a nuevos compradores, brindando a éstos una importante ventaja sobre los del país.

La Sociedad marítima es herencia de la monarquía absoluta, que se valía de ella para todos los fines posibles. Durante veinte años hizo ilusoria la ley de deudas del Estado de 1820,[38] mezclándose de una manera muy desagradable en los asuntos del comercio y la industria.

La cuestión promovida por el señor *Rehfeld* tiene, en el fondo, poco interés para la democracia. Se trata aquí de unos cuantos miles de táleros de ganancia más o menos para los productores de lana en una de las partes y para los fabricantes de artículos de lana del otro lado.

Los productores de lana son casi todos ellos grandes terratenientes, señores feudales de las Marcas, prusianos, silesianos y de Posen.

Los fabricantes de artículos de lana son en su mayoría grandes capitalistas, señores de la alta burguesía.

Por consiguiente, en lo que a los precios de la lana se refiere, no se trata de intereses generales, sino de intereses de clase; se trata de saber si la alta nobleza de la tierra debe prevalecer sobre la alta burguesía, o a la inversa.

[38] *Ley de la Deuda pública (1820):* así se llamaba al "Decreto sobre el tratamiento futuro que debía darse a los títulos de la Deuda pública", establecido el 17 de enero de 1820 y en que se disponía que la aceptación de empréstitos por parte del gobierno prusiano podría hacerse mediante la comparecencia y la cogarantía de la futura Asamblea por estamentos del Imperio y, asimismo, debía someterse a la administración de la Deuda en el presupuesto anual.

El señor Hansemann, enviado al gobierno de Berlín como representante de la alta burguesía, del partido ahora dominante, traiciona sus intereses para favorecer a la nobleza de la tierra, que es el partido derrotado.

Para nosotros, los demócratas, el problema tiene solamente el interés de ver que el señor Hansemann se pone al lado del partido derrotado para apoyar no solamente a la clase conservadora, sino, más aún, a la clase *reaccionaria.* Y confesamos que no habríamos esperado esto de un burgués como Hansemann.

El señor *Hansemann* comenzó asegurando que no era amigo de la Sociedad marítima, para añadir luego:

> No es posible sacrificar de golpe tanto los negocios de compra de la Sociedad marítima como sus fábricas. En lo tocante a la compra de lana existen tratados con arreglo a los cuales, durante el año actual, la Sociedad marítima se halla obligada a comprar una cierta partida de lana... y yo creo que, si en un año cualquiera estas compras no perjudican al comercio privado, será precisamente durante el año actual (?)... porque los precios podrían, de otro modo, resultar muy bajos.

Por todo el contexto de su discurso, vemos que el señor Hansemann no se sentía muy a gusto cuando hablaba. Se dejó inducir a complacer a los Arnim, a los Shaffgotsch y los Itzenplitz en detrimento de los fabricantes laneros y ahora se ve obligado a dar pasos en favor de la nobleza y en perjuicio de la economía nacional. Y él mismo sabe mejor que nadie que, al hacerlo así, se burla de toda la Asamblea.

"No es posible abandonar de pronto los intereses de los compradores en el comercio de la lana y los de sus fábricas." Por tanto, hay que dejar que la Sociedad marítima compre la lana y permita a sus fábricas trabajar ventajosamente. Y si las fábricas de la Sociedad marítima no pueden "abandonarse de pronto", tampoco se podrá, como es natural, desatender las ventas. Por tanto, la Sociedad marítima seguirá llevando los artículos de lana al mercado y contribui-

rá con ello a abarrotar todavía más el mercado de la lana y a hacer que bajen los precios, ya de suyo presionados. En una palabra, se actuará a favor de los terratenientes de las Marcas, etc., para ayudarlos a vender su lana, aunque con ello se acentúe todavía más la presente crisis comercial y se ahuyente a los clientes con que todavía cuentan los fabricantes de tejidos de lana.

Por lo que se refiere a la historia inglesa de las letras de cambio, el señor Hansemann ha hablado largo y tendido sobre las enormes ganancias que ello reportaría a todo el país, si las guineas inglesas fueran a parar a los bolsillos de los terratenientes aristócratas. Nosotros, por nuestra parte, nos guardaremos mucho de estar de acuerdo con él. Y no comprendemos cómo el señor Hansemann ha podido sostener seriamente sus argumentos.

En la misma sesión se discutió acerca de una comisión que debe nombrarse para los asuntos de Posen. Pero de esto hablaremos mañana.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 7, 7 de junio de 1848]

LA CUESTIÓN DEL MENSAJE

COLONIA, 7 DE JUNIO. ASÍ, PUES, LA ASAMBLEA DE BERLÍN HA acordado dirigir al rey un mensaje[39] para dar al ministerio ocasión de exponer sus puntos de vista y de justificar sus actos anteriores. No deberá tratarse de un mensaje de gracias al estilo de la vieja Dieta, ni siquiera de un testimonio de respeto: según el consejo del más ilustre de sus "responsables", Su Majestad brinda la ocasión "mejor" y "más pertinente" para poner los principios de la mayoría "en consonancia" con los del gobierno.

Si, según esto, la persona del rey es simplemente una pieza de intercambio —nos remitimos una vez más a las propias palabras del presidente del Consejo—, un signo de valor para negociar el verdadero asunto, su persona no es, por ello, ni mucho menos, indiferente en cuanto a la forma del debate. En primer lugar, los representantes de la voluntad del pueblo se pondrán directamente en relación con la Corona, de donde puede fácilmente deducirse que el debate en torno al mensaje podría implicar el reconocimiento de la teoría del pacto[40] y la renuncia a la soberanía del pueblo. Pero, en segundo término, no será posible hablar al jefe del Estado, a quien se debe mostrar respeto, como si se hablara directamente a los

[39] Véase *supra,* nota 19.

[40] *Teoría del Pacto:* la burguesía, representada por Camphausen y Hansemann, trataba, mediante un pacto con la Corona, de justificar su traición a la revolución. Este pacto consistía en que la Asamblea Nacional prusiana, "manteniéndose en el terreno de la legalidad", se limitara en lo posible a la instauración de un orden constitucional (véase *supra,* nota 35).

ministros. Habrá que expresarse con la mayor prudencia, sugiriendo las cosas en vez de decirlas lisa y llanamente, y, en estas condiciones, dependerá más bien de la decisión del gobierno el que una suave censura se considere compatible con la permanencia del ministerio en el poder. Los puntos difíciles, en los que podrán manifestarse con mayor dureza las contradicciones, no se tocarán, probablemente, o sólo se aludirá a ellas superficialmente. El temor a una ruptura prematura con la Corona, que podría llevar aparejadas consecuencias lamentables, cuando se plantee, se envolverá en un suave manto, con la seguridad de que la discusión a fondo en torno a los problemas de detalle no será evitada.

De este modo, se armonizarán el sincero respeto a la persona del monarca o al principio monárquico en general con la preocupación de llegar demasiado lejos, con el miedo a las tendencias anárquicas, que brindará al gobierno inestimables ventajas en el debate sobre el mensaje, y el señor Camphausen podrá con razón considerar esta ocasión como "la mejor" y "la más indicada" para obtener una fuerte mayoría.

Cabrá preguntarse, ahora, si los representantes del pueblo estarán realmente dispuestos a que se les coloque en esta posición sumisa y dependiente. La Asamblea Constituyente se ha comprometido ya mucho al no pedir por su propia iniciativa cuentas a los ministros acerca de su Gobierno provisional; ésta habría debido ser su primera tarea, y si se la ha convocado tan pronto ha sido, al parecer, para que apoyara las medidas del gobierno en torno a la voluntad popular indirecta. Lo cierto es que, *después* de haberse reunido, la Asamblea Constituyente no parece tener más funciones que la de "entenderse con la Corona acerca de una Constitución que se espera será duradera".

Pero, en vez de haber proclamado que su verdadera misión era esa, la Asamblea se ha sometido a la humillación de que los ministros la obligaran a aceptar un informe de rendición de cuentas. Es sorprendente que ni uno solo de sus miembros se haya opuesto a la proposición de constituir una Comisión del Mensaje, a la exigencia

de que el gobierno "no se presente ante la Cámara *fuera* de ocasiones especiales, más que para responder a su gestión actual". A pesar de que éste era el único argumento de peso que podría oponerse al mensaje, ya que, en lo que a los otros motivos se refiere, los ministros estaban plenamente en su derecho.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 8, 8 de junio de 1848]

NUEVO REPARTO DE POLONIA

[F. ENGELS]

COLONIA, 8 DE JUNIO. *SÉPTIMO REPARTO DE POLONIA.*[41] LA NUEVA línea de demarcación del señor Von Pfuel en Posen constituye un nuevo robo contra Polonia. Limita a menos de una tercera parte todo el Gran Ducado que debe "reorganizarse", atribuyendo, con mucho, la mayor parte de la Gran Polonia a la Confederación alemana. La lengua y la nacionalidad polacas solamente se reconocen en una estrecha faja a lo largo de la frontera rusa. Esta faja está formada por los círculos de Wreschen y Pleschen y partes de los círculos de Mogilno, Wongrowic, Gnesen, Schroda, Schrimm, Kosten, Fraustadt, Kröben Krotoschin, Adelnau y Schildberg y todos los del círculo: Buk, Posen, Obornik, Samter, Birnbaum, Meseritz, Bomst, Czarnikau, Chodziesen, Wirsitz, Bromberg, Schubin e Inowroclaw, todo ello por decreto del señor Von Pfuel, quedando así convertidos todos estos lugares en territorio alemán. A pesar de que no cabe ni la menor duda de que incluso en estos "territorios alemanes" la mayoría de sus habitantes habla el polaco.

La vieja línea de demarcación daba a los polacos, por lo menos, el Warta como frontera. La nueva vuelve a limitar a una cuarta parte el territorio sujeto a reorganización. El pretexto para ello lo ofre-

[41] *Siete repartos de Polonia:* se hace referencia aquí a las tres divisiones polacas de los años 1772, 1792-1793 y, a la creación del Gran Ducado de Varsovia por Napoleón en 1807 y a los Acuerdos del Congreso de Viena en 1794-1795, así como también a la anexión de la parte más importante del Gran Ducado de Posen por parte de Prusia en 1848, sancionada en cuatro etapas por la Dieta Federal y la Asamblea Nacional de Francfort.

ce, de una parte, "el *deseo*" del ministro de la Guerra de excluir de la reorganización los alrededores de la fortaleza de Posen en un radio de tres a cuatro millas y, de otra parte, la petición de diversas ciudades, como Ostrowo, etc., de ser anexionadas a Alemania.

Por lo que se refiere al deseo del ministro de la Guerra, no puede ser más natural. Después de robar a Polonia la ciudad y la fortaleza de Posen, situadas diez millas más adentro del territorio polaco, se afirma ahora, para poder disfrutar en paz de lo robado, el robo de una nueva zona de tres millas; zona que conduce, a su vez, a toda una serie de lugares polacos, con lo cual se afirma una excelente ocasión para ir adelantando la frontera alemana cada vez más allá de la ruso-polaca.

En lo tocante a los apetitos anexionistas de las ciudades "alemanas", la cosa está del modo siguiente. Alemanes y judíos forman en toda Polonia el tronco de los habitantes que se dedican a la industria y el comercio; se trata de los descendientes de aquellos inmigrantes que huyeron de su patria, empujados casi siempre por las persecuciones religiosas. Estos pobladores han fundado ciudades en medio del territorio polaco y han contribuido en el destino de Polonia en los últimos siglos. Estos alemanes y judíos, que constituyen la enorme minoría del país, tratan de aprovecharse de la situación momentánea de éste para elevarse al poder. Apelan a su condición de *alemanes,* aunque tienen tan poco de esto como los germano-americanos. El empeño por incorporarlos a Alemania representa la opresión lingüística y nacional de más de la mitad del Posen polaco y constituye precisamente aquella parte de la provincia en que la insurrección nacional aparece representada con mayor violencia y energía; nos referimos a los círculos del Bunk, Samter, Posen y Obornik.[42]

[42] En el Gran Ducado de Posen estalló después de la revolución de Marzo de 1848 una insurrección de los polacos por su liberación nacional del yugo prusiano. En este movimiento revolucionario participó por vez primera la masa de campesinos y artesanos cuya dirección se hallaba en manos de individuos de la baja nobleza polaca. Sin embargo, la aristocracia de la nobleza no quiso aceptar la alianza con el movimiento revolucionario-democrático de Polonia y Alemania, optando por entenderse con el rey de Prusia. A fines de marzo de

El señor Von Pfuel declara que considerará definitiva la nueva frontera tan pronto como el ministerio la haya ratificado. No habla ni de una asamblea de habitantes para apoyar el acuerdo ni de las asambleas nacionales alemanas, que tienen derecho a decir su palabra cuando se trata de fijar las fronteras de Alemania. Pero, aunque el ministerio y las partes que median en el acuerdo y la Asamblea de Francfort puedan ratificar la decisión del señor Von Pfuel, la línea de demarcación no sería "definitiva" mientras no la ratifiquen otras dos potencias, que son el pueblo alemán y el pueblo polaco.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 9, 9 de junio de 1848]

1848 y a la vista del gran movimiento popular, el gobierno prusiano prometió crear una Comisión encargada de la reorganización nacional del Gran Ducado de Posen, que aseguraba a los polacos la creación de un ejército nacional, la distribución de Polonia en cargos administrativos y de otras clases y el reconocimiento oficial de la lengua polaca. El gobierno prusiano nombró como mandatario al general Willisen, quien logró, recurriendo a promesas semejantes, cancelar la Comisión de Jaroslaw y mover a los rebeldes a deponer las armas. Pero todas las promesas hechas fueron vergonzosamente burladas. Ya el 14 de abril de 1848 ordenó el rey de Prusia la división del Gran Ducado en una parte oriental polaca, y otra occidental, "alemana", que no se hallaría sujeta a reorganización y se incorporaría directamente a la Confederación alemana. El real decreto del 26 de abril excluía de la organización a otros territorios. Provocados por estas medidas y por los constantes abusos de las tropas prusianas, los rebeldes reanudaron la lucha y alcanzaron cerca de Miloslaw una victoria sobre las tropas prusianas, aunque hubieron de rendir sus armas ante la gran superioridad de fuerzas, el 9 de mayo de 1848. El sucesor de Willisen, general Von Pfuel, persiguió por medios más brutales a los insurrectos del movimiento de guerrilleros. Después de la sangrienta represión de los polacos, en los meses siguientes fue desplazada hacia el Este la línea de demarcación, hasta que los territorios adjudicados a Prusia representaban tres cuartas partes del ámbito del Gran Ducado de Posen. De este modo, lejos de implantar la prometida reorganización, Prusia se adjudicó nuevos territorios polacos.

EL ESCUDO DE LA DINASTÍA

COLONIA, 9 DE JUNIO. SEGÚN INFORMAN PERIÓDICOS ALEMANES, el señor Camphausen ha pronunciado ante sus pactistas, el 6 del corriente, un discurso en el que se vuelca su corazón rebosante.

> Este discurso, más que brillante, era un *desbordamiento de lo más profundo de su corazón*, y en él recuerda a San Pablo allí donde dice: "Y al hablar en lenguaje de hombres y de ángeles, si no me moviera el amor no sería más que un bronce resonante". Su discurso estaba lleno de aquel movimiento sagrado a que llamamos amor... era un entusiasta hablando a gente entusiasmada... la ovación parecía interminable... y fue necesario que mediara una larga pausa para poder entregarse al entusiasmo y asimilarlo.[43]

¿Quién era el héroe exaltado en este discurso rebosante y amoroso? ¿Cuál era el tema que tanto exaltaba al señor Camphausen, hablando como un entusiasta a gente entusiasmada? ¿Quién era el Eneas de esta Eneida[44] del 6 de junio?

[43] *Kölnische Zeitung*, núm. 161, del 9 de junio de 1848.

Kölnische Zeitung: diario que con este título se publicó en la ciudad de Colonia desde 1802. Durante la década del treinta y comienzos de la del cuarenta, se postulaba como defensor de la Iglesia católica contra el protestantismo imperante en los territorios prusianos. En 1848-1849 reflejaba la cobarde y traidora política de la burguesía liberal prusiana y proclamaba, además, una lucha a muerte contra la *Nueva Gaceta Renana*.

[44] De acuerdo con la mitología griega, uno de los defensores de Troya, hijo de Anquises y

¿Quién podía ser sino el *príncipe de Prusia?*

Leamos en la versión taquigráfica[45] cómo este poeta, que es el presidente del Consejo, describe los viajes y aventuras del moderno hijo de Anquises; cómo, al llegar el día

> en que la sagrada Ilión se hundió,
> Y con él Príamo, rey del pueblo diestro con la lanza,[46]

cómo, después de caer la noble Troya, tras largos devaneos por tierra y por mar, hasta llegar por último a las playas de la moderna Cartago y ser amistosamente recibido por la reina Dido, y cómo le fue mejor que a Eneas I, al encontrar a un Camphausen, quien se encargó de restaurar lo mejor posible a Troya y de descubrir de nuevo el sagrado "terreno jurídico"; de cómo Camphausen devolvió por fin a Eneas a sus penates y de cómo de nuevo reina la paz en los campos de Troya.[47] Todo esto, adornado con incontables galas poéticas, hay que leerlo para darse cuenta de lo que significa el hecho de que un entusiasta hable a gente entusiasmada.

Por lo demás, toda la epopeya sirve al señor Camphausen solamente como pretexto para entonar un ditirambo a su propia persona y a sus ministros.

> Sí —exclama—, hemos creído que corresponde al espíritu del régimen constitucional el que nosotros ocupemos el lugar de una alta personalidad, el que nosotros nos erijamos en el lugar de las personalidades contra

de la diosa Afrodita. Fue puesto a salvo durante la conquista y el saqueo de Troya por los dioses. La *Eneida* es el relato de las peregrinaciones de Eneas, poema heroico de Virgilio.

[45] Véase *supra*, nota 19.

[46] De la *Ilíada*, de Homero.

[47] El príncipe de Prusia era uno de los dirigentes de la camarilla reaccionaria de la corte, principal responsable de los excesos cometidos por la tropa contra la población de Berlín antes del 18 de marzo de 1848; por miedo al pueblo, huyó hacia Inglaterra. Su palacio fue declarado propiedad nacional. Sin embargo, el ministerio Camphausen abogó ya a comienzos de mayo en favor de la restitución de dicho bien, sin preocuparse para nada de las protestas de la indignada población de Berlín. El 8 de junio, el "príncipe de los cartuchos" apareció ante la Asamblea Nacional prusiana como diputado del círculo de Wirsitz.

> las que van dirigidos todos los ataques… así ha acontecido. ¡Nos hemos convertido en el escudo de la dinastía, atrayendo sobre nosotros todos los peligros y todos los ataques!

¡Magnífico homenaje a la "alta personalidad" y a la "dinastía"! Sin el señor Camphausen y sus seis paladines, estaría perdida la dinastía. ¡El señor Camphausen, para hablar así, tiene que considerar a la casa de los Hohenzollern como una "dinastía vigorosa y profundamente arraigada en el pueblo"! ¡No cabe duda de que el señor Camphausen hablaría "con menos entusiasmo a gente entusiasta" si no "se sintiera rico de ese sagrado movimiento que llamamos amor" o si se hubiera limitado simplemente a dejar hablar a su Hansemann, quien se contenta con ser un "bronce resonante", y a la dinastía le habría ido mucho mejor con ello!

> ¡Pero yo, señores, no digo esto con retador orgullo, sino con la humildad nacida de la conciencia de que la alta misión que nos habéis asignado sólo podrá cumplirse si el espíritu de la *Gracia* y de la *Conciliación* desciende también sobre esta asamblea, si además de vuestra justicia nos favorecéis con vuestra indulgencia!

El señor Camphausen tiene razón en invocar para sí de la Asamblea la gracia y la indulgencia que tanto necesita él mismo de su público.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 10, 10 de junio de 1848]

COLONIA EN PELIGRO

[F. ENGELS]

COLONIA, 10 DE JUNIO. HA LLEGADO LA PASCUA, LA AMABLE FIESta; verdean los campos, florecen los árboles[48] y, donde quiera que hay gente incapaz de distinguir el dativo del acusativo, se disponen a derramar en un día sobre todos los países el Espíritu Santo de la reacción.

El momento está bien elegido. En Nápoles, los tenientes de la guardia y los lansquenetes suizos han conseguido ahogar la recién nacida libertad en la sangre del pueblo.[a] En Francia, una asamblea republicana de capitalistas aprieta las tuercas de las leyes draconianas y nombra comandante de Vincennes al general Perrot, que el 23 de febrero ordenó abrir fuego delante de la casa de Guizot. En Inglaterra e Irlanda se arroja a las cárceles por montones a los cartistas[49] y los *repealers*,[50] y los dragones dispersan a quienes se congregan en

[48] Palabras iniciales del poema de Goethe, *Reinecke Fuchs.*

[a] Véase *supra*, pp. 51-55 de este volumen.

[49] Cartistas: representantes del movimiento revolucionario, aunque no socialista, de los obreros ingleses en el periodo de 1836 a 1848, años a lo largo de los cuales lucharon por la implantación de la "Carta del pueblo" *(Peoples Charter),* cuyas reivindicaciones se encaminaban a la democratización del Estado inglés, en oposición a la burguesía y la aristocracia de Gran Bretaña, que acabaron por imponerse a este prolongado movimiento de la clase trabajadora inglesa.

[50] Nombre derivado de *Repeal of Union* ("Supresión de la Unión"). Eran los partidarios de que se revocara la unión de Irlanda a Inglaterra, implantada en 1801, después de aplastada la sublevación irlandesa de 1798 y que había destruido los últimos restos de independencia nacional de Irlanda. La consigna del *Repeal* era en los años veintes una de las más populares del movimiento irlandés de liberación nacional. En 1840, los defensores del movimiento

mítines pacíficos. En Francfort, es la misma Asamblea Nacional la que se encarga de instaurar ahora el triunvirato[51] propuesto por la difunta Dieta del Reino y rechazado por el Comité de los Cincuenta. En Berlín, la derecha va triunfando golpe tras golpe, por la superioridad numérica y el tronar de los tambores, y el príncipe de Prusia, al instalarse de nuevo en el edificio "propiedad de la nación",[52] declara que la revolución es un cero a la izquierda.

Se concentran tropas en el Hessen renano; en torno a Francfort acampan los héroes que ganaron sus entorchados combatiendo junto al lago contra los contingentes de los voluntarios republicanos;[53] Berlín está cercado, Breslau está cercado, y en seguida veremos qué aspecto presentan las cosas en la provincia renana.

La reacción prepara un gran golpe.

Mientras se combate en el Schleswig,[54] mientras Rusia envía notas conminatorias y se concentran trescientos mil hombres en tomo a Varsovia, la Prusia renana se ve inundada de tropas, a pesar de que los burgueses de la Cámara parisina han vuelto a proclamar "¡la paz a toda costa!"

En la Prusia renana, Maguncia y Luxemburgo se hallan estacionados (según la *Gaceta Alemana*)[55] *catorce regimientos completos* de

irlandés de independencia, dirigidos por el liberal inglés O'Connell, crearon una organización, la "Repeal Association", para luchar por la independencia de Irlanda.

[51] El Comité de los Cincuenta rechazó la propuesta de la Dieta Federal de instituir un Directorio de tres personas como poder central provisional de la Confederación germánica. En junio de 1848, una comisión elegida por la Asamblea Nacional de Francfort formuló una propuesta análoga. Por fin, la Asamblea acordó, el 28 de junio de ese año, crear un Gobierno provisional formado por el regente del Imperio y los miembros del gabinete ministerial.

[52] Después de la huida del príncipe prusiano (véase nota 47), durante la revolución de Marzo, los trabajadores armados pusieron en el Palacio real de Berlín un cartel que decía: "Propiedad de la nación".

[53] En abril de 1858 fue reprimido en Baden un levantamiento republicano encabezado por los demócratas Hecker y Struve. El área principal del movimiento fueron los lugares cercanos al Lago de Constanza y a la Selva Negra.

[54] Véase *supra,* nota 23.

[55] *Deutsche Zeitung:* diario liberal-burgués que abogaba por un régimen monárquico constitucional y la unificación prusiana de Alemania. Este diario circuló de 1847 a 1848 bajo la dirección del historiador Gervinus.

infantería (el 13°, el 15°,* el 16°, el 17°, el 25°, el 26°, el 27°, el 28°, el 30°, el 34°, el 35°, el 38°, el 39° y el 40°), es decir, la tercera parte de toda la infantería prusiana de línea y de la guardia (45 regimientos). Una parte de estas fuerzas se halla totalmente en pie de guerra y las restantes han sido reforzadas mediante la movilización de la tercera parte de las reservas. Están aquí, además, tres regimientos de ulanos, dos de húsares y uno de dragones, y se espera en poco tiempo la llegada de un regimiento de coraceros. A esto hay que añadir la mayor parte de la 7ª y la 8ª brigadas de artillería, de las cuales la mitad por lo menos está ya movilizada (el número de caballos se ha elevado de 19 a 121 por batería de a pie o de dos a ocho cañones tirados por caballos). Se ha formado además una tercera compañía con destino a Maguncia y Luxemburgo. Estas tropas cubren un gran arco que va desde Colonia y Bonn, pasando por Coblenza y Tréveris, hasta la frontera de Francia y Luxemburgo. Todas las fortalezas han sido artilladas, los fosos empalizados y talados los árboles de las explanadas delante de los parapetos, en la línea de fuego de los cañones.

¿Y cuál es el cuadro aquí, en la ciudad de *Colonia?*

Los fuertes de la plaza han sido artillados. Se han aplanado las plataformas, se han limpiado las troneras, se han emplazado y apuntado los cañones. Se trabaja diariamente en esto, desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde. Se dice que, por las noches, para evitar el ruido, se han sacado de la ciudad los cañones sobre *ruedas envueltas en trapos.*

Se están artillando las murallas que rodean la ciudad, y las obras, a partir de la Torre Bávara, llegan ya hasta el bastión núm. 6, es decir, hasta la mitad del cerco amurallado. En el sector I se han emplazado ya veinte cañones.

En el sector II (Puerta de Severino) se han colocado cañones sobre la puerta. No hay más que darles la vuelta para enfilarlos sobre la ciudad.

La mejor prueba de que estos preparativos militares que apa-

* Esto no es enteramente exacto. Una parte del regimiento 13° y todo el 15° se hallan en Westfalia, aunque por ferrocarril pueden trasladarse a la Renania en unas cuantas horas.

rentan dirigirse contra un enemigo exterior, van dirigidos en realidad *contra la misma ciudad de Colonia,* la tenemos en el hecho de que aquí se han dejado en pie todos los árboles de las explanadas. En previsión de que las tropas tengan que salir de la ciudad y marchar sobre los fuertes, fortines, y, en cambio, podrían disparar sus bombas y granadas sobre la ciudad, por encima de los árboles, los morteros, obuses y cañones de veinticuatro libras de los fuertes. Éstos quedan solamente a 1 400 pasos de las murallas, lo que permite a los fuertes disparar contra cualquier parte de la ciudad bombas que tienen un alcance de 4 000 pasos.

Veamos ahora las medidas *tomadas directamente contra la ciudad.*

Se está desalojando el arsenal situado frente al edificio del gobierno. Los fusiles se embalan bonitamente en cajas, para no llamar la atención, y se llevan a los fuertes.

Se traslada a la ciudad, en cajas de fusiles, la munición de la artillería, para depositarla en lugares protegidos de las bombas a lo largo de las murallas.

Mientras escribimos esto, se distribuyen entre la *artillería fusiles* con *bayoneta,* aunque es bien sabido que la artillería, en Prusia, no está entrenada en el manejo de estas armas.

La infantería se halla ya, en parte, acuartelada en los fuertes. Y toda Colonia sabe que anteayer se repartieron 5 000 cartuchos de gran potencia por cada compañía.

En previsión de un choque con el pueblo, se han adoptado las siguientes providencias.

A la primera señal de alarma, marchará sobre los fuertes la 7ª compañía artillera (de fortaleza).

La batería núm. 37 se emplazará también, cuando se dé la señal, delante de la ciudad. Esta batería se halla ya, en previsión de ello, totalmente equipada y en "plan de campaña".

Las compañías de artillería 5ª y 8ª permanecerán por el momento en la ciudad. Estas compañías llevan veinte granadas en cada avantrén.

Los húsares avanzarán desde Deutz hasta Colonia.

La infantería ocupará el Mercado Nuevo, la Puerta de los Gallos y la Puerta de Honor para cubrir la retirada de la ciudad de todas las tropas, marchando luego también ella hacia los fuertes.

Al mismo tiempo, los altos oficiales hacen cuanto está de su parte para inculcar a las tropas el viejo odio prusiano contra el nuevo orden de cosas. Ante la furia reaccionaria desatada, nada más fácil que aprovechar el pretexto de un discurso en contra de los agitadores y revolucionarios para desatar los más rabiosos ataques contra la revolución y contra la monarquía constitucional.

Y, en medio de todo esto, jamás Colonia había estado más tranquila que en estos últimos días. Fuera de un alboroto sin importancia ante la casa del presidente del gobierno y de una refriega en el Mercado de la Paja, no ha ocurrido en las últimas cuatro semanas nada que pudiera alarmar ni siquiera a la Milicia Cívica. Por tanto, todas estas medidas *no responden a la más leve provocación.*

Lo repetimos: a la vista de estas medidas, que de otro modo serían completamente inexplicables, de las concentraciones de tropas en torno a Berlín y a Breslau, que nos han sido confirmadas por cartas, y del gran número de tropas que inundan la provincia renana, tan odiada por los reaccionarios, no podemos dudar ni por un momento de que la reacción prepara un gran golpe general.

Todo parece indicar que el estallido, aquí en Colonia, ha sido fijado para el *segundo día de Pascua.* Se difunde diligentemente el rumor de que en ese día "comenzará la danza". Se provocará un pequeño escándalo, el que sea, para que las tropas entren inmediatamente en acción, amenazando con el bombardeo de la ciudad, desarmando la Milicia Cívica y encarcelando a los cabecillas; en una palabra, para atropellarnos como se ha hecho ya con los de Maguncia y Tréveris.[b]

Prevenimos seriamente a los obreros de Colonia contra esta celada que trata de tenderles la reacción. Encarecidamente les pedimos que no den al partido de la vieja Prusia *ni el más mínimo pre-*

[b] Véase *supra*, p. 49.

texto para poner a Colonia bajo el despotismo de las leyes de guerra. Les instamos a que *dejen transcurrir en absoluta calma los dos días de Pascua,* haciendo fracasar así todo el plan de la reacción.

Si damos a la reacción pie para atacarnos, estamos perdidos; nos sucederá lo que a los de Maguncia. Si los obligamos a atacarnos y ellos se atreven realmente a lanzar el ataque, tampoco los de Colonia vacilarán ni un momento en demostrar que están dispuestos a dar su sangre y su vida en defensa de las conquistas del 18 de marzo.

Postescrito. Acaban de cursarse las siguientes órdenes:

Se cancela la *consigna dada para los dos días de Pascua* (y que había sido cursada con toda solemnidad). Las tropas permanecerán *acuarteladas,* y les dirigirán la palabra los oficiales.

Las compañías artilleras de fortaleza y de trabajos manuales recibirán a partir de hoy, además de la ración ordinaria de pan, avituallamiento diario para cuatro días, lo que quiere decir que *se les avituallará de hoy en adelante con ocho días de antelación.*

La artillería hará la instrucción con *fusil* desde hoy a las siete de la tarde.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 11, 11 de junio de 1848]

EL DEBATE DE BERLÍN SOBRE LA REVOLUCIÓN

[F. ENGELS]

COLONIA, 13 DE JUNIO. POR FIN, LA ASAMBLEA DEL PACTO SE ha manifestado sin ambages.[56] Ha desautorizado la revolución y se ha manifestado en favor de la teoría del pacto.[57]

La situación de hecho acerca de la cual debía pronunciarse era la siguiente:

El 18 de marzo, el rey prometió una Constitución, introdujo la libertad de prensa con fianzas[58] y, en una serie de propuestas, se manifestó en el sentido de que la unidad de Alemania debía llevarse a cabo mediante la absorción de Alemania por Prusia.

Tales fueron las concesiones del 18 de marzo, reducidas a su verdadero contenido. El hecho de que los berlineses se declararan contentos con estas concesiones y se congregasen ante el Palacio para dar las gracias al rey, demuestra con palpable claridad la necesidad de la revolución del 18 de marzo. Era necesario revolucionar no sólo al Estado, sino también a sus *ciudadanos.* Sólo en una sangrienta lucha de liberación podían éstos despojarse de su condición de súbditos.

[56] Véase *supra,* nota 19.

[57] Véase *supra,* nota 40.

[58] Los editores de diarios políticos debían depositar una suma de dinero como fianza para responder de que no se publicaría en ellos nada que fuera desagradable a las autoridades gubernamentales. Hasta la Ley de prensa del año 1874, se mantuvo vigente en Alemania este sistema de multas a la prensa que había sustituido el régimen de la previa censura, suprimido en 1848.

Fue el consabido "malentendido" el que provocó la revolución. Y no cabe duda de que hubo un malentendido. El ataque de los soldados, la prolongación de la lucha por espacio de dieciséis horas y la necesidad en que se vio el pueblo de obligar a las tropas a replegarse, demuestran sobradamente que el pueblo estaba completamente equivocado con respecto a las concesiones del 18 de marzo.

Los resultados de la revolución fueron: de una parte, el armamento del pueblo, el derecho de asociación, la soberanía del pueblo, arrancada de hecho; de otra parte, el mantenimiento de la monarquía y el ministerio Camphausen-Hansemann, es decir, el gobierno de los representantes de la alta burguesía.

Así pues, la revolución llegaba a dos resultados necesariamente contradictorios. El pueblo había vencido, había conquistado libertades de carácter claramente democráticas; pero el poder inmediato no estaba en sus manos, sino en las de la gran burguesía.

En una palabra, la revolución no había terminado. El pueblo había consentido la formación de un gobierno de grandes burgueses, y los grandes burgueses revelaron inmediatamente sus tendencias ofreciendo una alianza a la vieja nobleza prusiana y a la burocracia. Entraron en el ministerio Arnim, Kanitz y Schwerin.

Por miedo al pueblo, es decir, a los obreros y al sector democrático de la población, la alta burguesía, siempre antirrevolucionaria, selló una alianza ofensiva y defensiva con la reacción.

Los partidos reaccionarios coaligados comenzaron su lucha contra la democracia al *poner en tela de juicio la revolución.* Se negó la victoria del pueblo; se fabricó la famosa lista de los "diecisiete militares muertos"[59] y se hizo todo lo posible por desacreditar a los combatientes de las barricadas. Pero las cosas no pararon ahí. El gobierno reunió realmente a la Dieta que había sido convocada antes de la revolución[60] y construyó *a posteriori* el paso legal del

[59] Además de la cifra oficial de quince soldados y dos suboficiales muertos, se sabía de bastantes más soldados caídos en lucha, sepultados en secreto, tratando así de negar importancia a los enfrentamientos del 18 de marzo.

[60] Véase *supra,* nota 17.

absolutismo a la Constitución. Con ello, negaba en redondo la revolución. Inventó, además, la teoría del pacto, con la que volvía a negar la revolución, negando al mismo tiempo la soberanía del pueblo.

Se ponía, pues, realmente en tela de juicio la existencia de la revolución, cosa que podía hacerse porque ésta no era más que una revolución a medias, el comienzo de un largo movimiento revolucionario.

No podemos entrar aquí a examinar por qué y hasta qué punto la dominación momentánea de la alta burguesía constituye en Prusia una fase necesaria de transición hacia la democracia y por qué la alta burguesía se inclinó hacia la reacción inmediatamente después de entronizarse en el poder. Nos limitamos, por el momento, a registrar el hecho.

Ahora, la Asamblea del Pacto tenía que manifestar si reconocía o no la revolución.

Pero, en estas condiciones, reconocer la revolución equivalía a reconocer el lado democrático de la revolución, frente a la alta burguesía, que trataba de confiscarla.

Reconocer la revolución significaba cabalmente, en este momento, admitir que la revolución se había llevado a cabo a medias, reconociendo por tanto el movimiento democrático, dirigido contra una parte de los resultados de la revolución. Significaba reconocer que Alemania se halla impulsada por un movimiento revolucionario, en el que el ministerio Camphausen, la teoría del pacto, las elecciones indirectas, el poder de los grandes capitalistas y los productos emanados de la Asamblea misma, aun pudiendo ser puntos inevitables de transición, no son en modo alguno, los resultados finales.

Ambas partes llevaron el debate abierto en la Cámara en torno al reconocimiento de la revolución con gran amplitud y gran interés, pero manifiestamente con poco ingenio. Resultaría imposible leer algo más aburrido que estos difusos debates, interrumpidos a cada paso por rumores o por sutilezas reglamentarias. En vez de las grandes pasiones de la lucha de partidos, una fría tranquilidad de

espíritu, que amenaza con caer a cada paso en el tono de la plática; en vez del tajante filo de la argumentación, una prolija y confusa cháchara sobre minucias; en vez de una respuesta categórica, aburridas prédicas éticas sobre la naturaleza y la esencia de la moral.

Tampoco la izquierda se ha distinguido gran cosa en este debate.[61] La mayoría de sus oradores se repiten unos a otros; ninguno se atreve a ir directamente al problema y a manifestarse abiertamente en un sentido revolucionario. Todos temen escandalizar, herir, espantar. Mal estarían las cosas en Alemania si los combatientes del 18 de marzo no hubiesen dado pruebas de mayor energía y pasión en la lucha que los señores de la izquierda en su debate.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 14, 14 de junio de 1848]

Colonia, 14 de junio. El diputado *Berends,* de Berlín, inició el debate, con la presentación de la siguiente propuesta:

> La Asamblea, reconociendo la revolución, declara que los combatientes del 18 y 19 de marzo han merecido el bien de la patria.

La forma de la propuesta, el lacónico estilo arcaico romano, hecho suyo por la gran Revolución francesa, eran perfectamente adecuados. Más inadecuada resultaba, en cambio, la manera como el señor *Berends* desarrolló su propuesta. Su modo de expresarse no era el de un revolucionario, sino el de un conciliador. En vez de dar rienda suelta a la cólera de los combatientes de las barricadas injuriadas ante una asamblea de reaccionarios, hablaba como un profesor tranquilo y seco en su clase, como si siguiese dando cáte-

[61] Formaban parte de la izquierda en la Asamblea Nacional prusiana, entre otros, Waldeck, Jacoby, Georg Jung y J. Berends. La *Nueva Gaceta Renana* criticaba con frecuencia su actitud vacilante, animándola a proceder con mayor energía y a recurrir a la lucha extraparlamentaria.

dra en la Asociación de artesanos de Berlín. Para defender una causa perfectamente simple y clara, empleaba el lenguaje más embrollado del mundo.

El señor *Berends* comenzó diciendo:

> ¡Señores!: el reconocimiento de la revolución se halla implícito en la naturaleza misma de la cosa (!). Nuestra misma Asamblea es un reconocimiento formal del gran movimiento que ha sacudido a todos los países civilizados de Europa. La Asamblea ha salido de esta revolución; su misma existencia es, por tanto, de hecho, el reconocimiento de la revolución.

Primero. No se trata, en modo alguno, de reconocer como un hecho, en general, "el gran movimiento que ha sacudido a todos los países civilizados de Europa", pues esto sería superfluo e inoperante. Se trata, concretamente, de reconocer como una verdadera y auténtica revolución la lucha librada en las calles de Berlín, que se pretende presentar como una simple revuelta.

Segundo. Es cierto que la Asamblea de Berlín constituye, en un aspecto, un "*reconocimiento* de la revolución" por cuanto que, de no haber mediado la lucha en las calles de Berlín, no tendríamos una Constitución "pactada", sino, cuando más, una Constitución otorgada. Pero, por el modo como ha sido convocada y por el mandato recibido por ella de la Dieta Unificada y del ministerio, estamos también ante una *repulsa* de la revolución. Una Asamblea "fundada en la revolución" no pacta, sino que decreta.

Tercero. La Asamblea había reconocido ya la teoría del pacto en su voto de respuesta al Mensaje[a] y había negado ya la revolución en su voto en contra del desfile hacia la tumba de los caídos.[62] Ha negado la revolución, al "coexistir" con la Asamblea de Francfort.

Por tanto, la propuesta del señor *Berends* había sido ya rechaza-

[a] Véase *supra*, pp. 83-85 del presente volumen.

[62] El 3 de junio de 1848, la Asamblea Nacional de Berlín rechazó por mayoría de votos la propuesta de unirse a la manifestación luctuosa organizada por los estudiantes ante las tumbas de los caídos durante lo jornadas de marzo de 1848 en Berlín.

da de hecho por dos veces. Y con tanta mayor razón tenía que ser derrotada ahora en que se llamaba a la Asamblea a pronunciarse abiertamente.

Siendo la Asamblea, como lo era, reaccionaria, y sabiéndose a ciencia cierta que el pueblo nada podía esperar de ella, la izquierda estaba interesada en que la minoría que votara *en favor* de la propuesta fuese lo más reducida posible y sólo incluyera a los miembros más resueltos.

El señor *Berends* no tenía, pues, por qué inquietarse. Debía actuar del modo más resuelto y más revolucionario que fuera posible. En vez de aferrarse a la ilusión de que la Asamblea era y quería ser una Asamblea constituyente, una Asamblea que *se mantenía* sobre el terreno de la revolución, tenía que haberle hecho saber que ya había renegado indirectamente de la revolución e invitarla a que lo hiciera abiertamente.

Pero ni él ni los oradores de la izquierda siguieron esta política, la única adecuada al partido democrático. Se dejaron llevar por la ilusión de que podrían convencer a la Asamblea de dar un paso revolucionario. Hicieron, por tanto, concesiones, suavizaron su lenguaje, hablaron de reconciliación y *ellos mismos* negaron así la revolución.

En seguida, el señor *Berends* comienza a hablar, con fría mentalidad y en lenguaje bastante opaco, de las revoluciones en general y de la revolución berlinesa en particular. Y, al hilo de sus disquisiciones, entra a examinar la objeción de que la revolución era innecesaria, ya que el rey se había mostrado de antemano de acuerdo con todo. He aquí su respuesta:

> Es cierto que Su Majestad el Rey se había mostrado de acuerdo con *muchas cosas*... pero ¿se daba con ello satisfacción a la voluntad del pueblo? ¿Y se nos daba a nosotros la garantía de que aquella declaración se convirtiera en realidad? Yo creo que esta garantía... ¡sólo la tuvimos después de la lucha!... Está demostrado que semejante transformación del Estado sólo puede surgir y establecerse firmemente en las grandes catás-

> trofes de la lucha. El 18 de marzo aún no se había accedido a un gran hecho: éste fue el armamento del pueblo... Sólo al verse armado se sintió seguro contra la posibilidad de malos entendidos... La lucha es, *por tanto* (!), evidentemente, *una especie de suceso natural* (!), pero un suceso necesario..., la catástrofe en que se hace realidad, en que se hace verdad la transformación de la vida del Estado.

De esta larga y confusa disquisición, abundante en redundancias, se desprende claramente que el señor *Berends* no ve absolutamente nada claro en cuanto a los resultados y a la necesidad de la revolución. Lo único que conoce de sus resultados es la "garantía" de las promesas del 18 de marzo y el "armamento del pueblo"; la necesidad de la revolución es construida por él por la vía filosófica, transcribiendo una vez más la "garantía" en elevado estilo y asegurando, por último, que ninguna revolución puede ponerse en práctica sin revolución.

Decir que la revolución era necesaria sólo significa, evidentemente, que lo era para alcanzar lo que ahora hemos alcanzado. La necesidad de la revolución se halla en razón directa a sus resultados. Y como el señor *Berends* no ve claro acerca de los resultados, tiene que recurrir, naturalmente, a grandilocuentes aseveraciones para construir su necesidad.

¿Cuáles fueron los resultados de la revolución? Lejos de residir en la "garantía" de lo prometido el 18 de marzo, residen, por el contrario, en haber echado por tierra estas promesas.

El 18 de marzo se había prometido una monarquía en la que seguirían empuñando el timón la nobleza, la burocracia, los militares y los curas, pero consintiendo a la alta burguesía ejercer el control mediante una Constitución *otorgada* y libertad de prensa con fianzas.[63] Para el pueblo, banderas alemanas, una flota alemana y servicio militar obligatorio alemán, en vez de la bandera, la flota y el servicio obligatorio alemán de Prusia.

La revolución derrocó a todos los poderes de la monarquía

[63] Véase *supra,* nota 58.

absoluta, nobleza, burocracia, militares y curas. Elevó al poder exclusivamente a la alta burguesía. Entregó al pueblo el arma de la libertad de prensa sin fianzas, del derecho de asociación y, en parte al menos, también las armas materiales, los mosquetes.

Pero todo esto no es tampoco el resultado principal. El pueblo que ha peleado y vencido en las barricadas es un pueblo completamente distinto del que el 18 de marzo desfiló ante el Palacio Real para convencerse, gracias a los ataques de los dragones, de lo que significaban las concesiones obtenidas. Este pueblo es capaz de cosas muy distintas y mantiene muy otra actitud ante el gobierno. La más importante conquista de la revolución es *la revolución misma.*

> Como berlinés, puedo aseguraros que fue para nosotros un *sentimiento doloroso* —(¡nada más!)—... ver cómo se desdeñaba esta lucha... Hago mías las palabras del señor Presidente del Consejo de Ministros, quien... decía que un gran pueblo y todos su representantes debían contribuir con *clemencia a la reconciliación. Esta clemencia es la que yo invoco* al proponer ante vosotros, como representante de Berlín, el reconocimiento de las jornadas del 18 y el 19 de marzo. No cabe duda de que el pueblo de Berlín, en su conjunto, se ha comportado muy honrosa y dignamente durante todo el tiempo después de la revolución. Puede ser que se hayan cometido algunos excesos... *Creo,* por tanto, que es *oportuno* que la Asamblea declare, etc., etc.

A este cobarde final, en que se niega, la revolución, sólo tenemos que añadir dos palabras: después de semejante exposición de motivos, la propuesta presentada merecía realmente fracasar.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 16, 16 de junio de 1848]

Colonia, 14 de junio. La primera enmienda presentada en contra de la propuesta de Berends debió su fugaz existencia al diputado *Breh-*

mer. Era una extensa y bien intencionada declaración, en la que 1) se reconocía la revolución, 2) se reconocía la teoría del pacto, 3) se reconocía la actuación de cuantos habían contribuido al viraje producido y 4) se reconocía la gran verdad de que

> Ni caballos ni gigantes
> Escalan la escarpada altura
> Donde se entronizan los príncipes,[64]

con lo que la revolución volvía a traducirse, a la postre, a un lenguaje auténticamente prusiano. El buen señor maestro de enseñanza superior *Brehmer* quiso hacérselo comprender a todos los partidarios, pero éstos no quisieron saber nada de él. Su enmienda fue rechazada sin discusión, y el señor Brehmer se retiró de la escena con toda la resignación de un filántropo decepcionado.

Pasó en seguida a la tribuna el señor *Schulze* (von Delitzsch). El señor Schulze es también un admirador de la revolución, aunque no admira tanto a los combatientes de las barricadas como a la gente del día siguiente, a la que se suele llamar "el pueblo", para distinguirla de aquellos combatientes. La "actitud del pueblo *después* de la lucha" debe ser —así lo desea él— objeto de especial reconocimiento. Su entusiasmo no conoció límites, al oír hablar

> de la moderación y la prudencia del pueblo, cuando ya no tenía delante a ningún enemigo (!)..., de la seriedad del pueblo y su actitud conciliadora..., de su posición ante la dinastía... Pudimos comprobar que el pueblo, en aquellos momentos, era indudablemente consciente *¡¡de mirar directamente a la Historia cara a cara!!*

El señor *Schulze* no se entusiasma tanto con la acción revolucionaria del pueblo *en* la lucha como con su inacción absolutamente nada revolucionaria *después* de ella.

[64] Verso de una canción patriótica, de la cual se tomó la letra para el Himno nacional de Prusia.

Reconocer la magnanimidad del pueblo después de la revolución sólo puede significar una de dos cosas:

o injuriar al pueblo; o sea, reconocerle como un mérito el no haber cometido infamias *después* de la victoria,

o reconocer que el pueblo se ha adormecido después del triunfo de las armas, permitiendo que la reacción levante de nuevo la cabeza.

Para "hermanar ambas cosas", el señor Schulze expresa su "admiración exaltada hasta el entusiasmo" porque el pueblo se comportara decorosamente y, además, diera lugar a la reacción para ponerse de nuevo en pie.

La "posición del pueblo" consistió, según él, en "mirar directamente a la Historia, cara a cara", lleno de entusiasmo, en vez de hacerla él mismo; en no haber sido, a fuerza de "posición", "moderación y prudencia", "seriedad" y "actitud conciliadora", capaz de impedir que los ministros fuesen escamoteando, trozo a trozo, las libertades por él conquistadas; en haber dado por terminada la revolución, en vez de llevarla adelante. ¡Cuán de otro modo se comportaron los vieneses, al descargar golpe tras golpe contra la reacción, logrando conquistar así una Dieta *Constituyente,* en vez de una Dieta Unificada![65]

Por tanto, el señor Schulze (von Delitzsch) reconoce la revolución bajo la condición de no reconocerla. Fue premiado, por tanto, con un aplauso resonante.

Tras una breve negociación intermedia reglamentaria, sube a la tribuna el señor *Camphausen* en persona. Hace notar que, ante la propuesta presentada por Berends, "la Asamblea debe pronunciarse acerca de una *idea,* emitir un juicio". Para el señor Camphausen, la revolución es solamente una *"idea"*. Deja, por tanto, al criterio de la Asamblea el hacerlo o no. En cuanto al fondo mismo del asunto, cree que "tal vez no haya existido nunca una diferencia de opinio-

[65] Bajo la presión del movimiento popular, el emperador austriaco Francisco I se vio obligado a reconocer a la Dieta del Imperio austriaco poderes propios de una Asamblea constituyente.

nes importantes", a tono con el hecho generalmente conocido de que, cuando dos alemanes discuten, están, en el fondo, de acuerdo.

> Si se trata de repetir que... hemos entrado en un periodo que habrá de traer como consecuencia las más importantes transformaciones —[lo que quiere decir, lógicamente, que aún no las ha traído]— nadie estará más de acuerdo con ello que yo.
>
> Pero si, por el contrario, se quiere expresar que el Estado y el poder público han perdido su razón jurídica de ser, que *se ha producido un derrocamiento, por la fuerza, del Estado existente..., tengo que protestar contra semejante interpretación.*

Hasta ahora, el señor Camphausen había considerado siempre como su gran mérito el haber reanudado el hilo roto de la legalidad; ahora afirma que ese hilo no se había roto nunca. No importa que los hechos mismos lo desmientan; el dogma de la transmisión legal ininterrumpida del poder desde Bodelschwingh hasta Camphausen no tiene por qué preocuparse de los hechos.

> Si se trata de dar a entender que nos encontramos en los inicios de situaciones como las que conocemos de la historia de la revolución inglesa del siglo XVII o de la revolución francesa del XVIII y que acabarán poniendo el poder en manos de un dictador,

si se trata de eso, el señor Camphausen tiene también que protestar. Como es natural, nuestro amigo reflexivo de la historia[66] no podía dejar pasar la ocasión de formular, con motivo de la revolución berlinesa, las reflexiones que los alemanes gustan de escuchar y a las que son tanto más aficionados cuanto más las han leído en el libro de Rotteck. La revolución berlinesa no puede haber sido

[66] *Nuestro amigo reflexivo de la historia:* nombre irónico que Marx y Engels daban a Camphausen en alusión al subtítulo de la obra *Historia general desde los inicios del conocimiento histórico hasta nuestros días,* el cual decía: "Para los amigos reflexivos de la historia, redactada por Karl von Rotteck."

una revolución, entre otras cosas porque, de haberlo sido, no habría tenido más remedio que engendrar un Cromwell o un Napoleón, contra lo que protesta el señor Camphausen.

Por último el señor Camphausen consiente a los pactantes "expresar sus *sentimientos* en pro de las víctimas de un *funesto choque*", pero hace notar que, esto, "mucho depende, esencialmente, de la expresión" y desea que todo el asunto se someta a una comisión.

Finalmente, después de un nuevo intervalo reglamentario, sube a la tribuna un orador que sabe conmover los corazones y las vísceras, porque va al fondo del problema. Se trata de Su Reverencia el señor pastor *Müller* de Wohlau, quien aboga en pro de la enmienda de Schulze. El señor pastor *"no va a entretener mucho tiempo la atención* de la Asamblea, sino a tocar solamente un punto muy *esencial*".

Con este fin, formula a la Asamblea la siguiente pregunta:

> La propuesta nos lleva al terreno *moral*, y si no la tomamos en su *superficie* [¿cómo podrá tomarse una cosa en su superficie], sino en su profundidad [existe una profundidad vacía, como existe una anchura vacía], no podremos por menos de reconocer, por difícil que se nos haga esta consideración, que se trata ni más ni menos que del reconocimiento moral de la insurrección, *y yo pregunto: ¿es una insurrección moral, o no lo es?*

No se trata, pues, de un problema político de partido, sino de algo infinitamente más importante: de un problema teológico-filosófico-moral. La Asamblea no tiene por qué pactar con la Corona una Constitución, sino un sistema de filosofía moral. "¿Es una insurrección moral, o no lo es?" De eso depende todo. ¿Y qué contesta el señor pastor ante la Asamblea, temblorosa de expectación?

> ¡¡*Pero yo no creo que estemos en condiciones* de *tener que resolver* aquí este elevado principio moral!!

El señor pastor sólo ha entrado en el fondo del asunto para declarar que no puede encontrar en él fondo alguno.

Muchos hombres de *gran talento* se han parado a meditar acerca de este problema, sin haber podido llegar a *ninguna solución precisa.* Tampoco nosotros alcanzaremos esta claridad en el curso de un rápido debate.

La Asamblea queda como fulminada. El señor pastor le formula un problema moral, con tajante nitidez y con toda la seriedad que el objeto reclama; e inmediatamente después de formularlo, declara que el problema es insoluble. Ante esta angustiosa situación, los pactantes debieron sentir como si se hallasen ya, realmente, "en el terreno de la revolución".

Pero todo esto no era más que una simple maniobra de la estrategia de cura de almas del señor pastor para mover a la Asamblea a penitencia. El señor pastor tiene preparada la gotita de bálsamo para depositarla sobre la herida de quienes sufren:

Creo que hay todavía otro punto que debe ser tenido en consideración: las víctimas del 18 de marzo *obraron en una situación que no les permitía adoptar una actitud moral* [!!].

Es decir, los combatientes de las barricadas eran irresponsables.

Pero, si se me pregunta si se los considera dotados de un título moral, contestaré rotundamente que *sí.*

Nosotros preguntamos si sería *moral* o *inmoral* elegir la palabra de Dios para representar al país en Berlín, simplemente para aburrir a todo el público por medio de una casuística moralizante.

El diputado *Hofer* protesta contra todo el asunto, en su calidad de campesino pomeranio.

¡Pues ¿quiénes eran los militares? ¿No eran nuestros hermanos y nuestros hijos? Piensen ustedes qué impresión producirá cuando el padre, a la orilla del mar [*po more,* junto al mar, es decir, en la Pomerania], se entere de cómo han tratado aquí a su hijo!

Los militares pueden haberse comportado como mejor creyeran, pueden haberse prestado a ser instrumento de la más infame de las tradiciones: no importa, eran nuestros muchachos pomeranios y, por tanto, ¡tres vivas en su honor!

El diputado *Schultz,* de Wanzleben: señores, hay que reconocer lo que hicieron los berlineses. Su heroísmo no tuvo límites. Lo único a que no pudieron sobreponerse fue al miedo a los cañones.

> Pero, ¿qué significa el miedo a ser destrozados por las *granadas,* cuando se piensa, frente a esto, en el *peligro* de verse condenados a deshonrosas penas como *causantes de desórdenes callejeros*? ¡El *valor* que supone haber hecho frente a esta lucha es tan sublime, que ante él ni siquiera puede tomarse en cuenta para nada el de enfrentarse a las bocas de los cañones!

Por tanto, los alemanes no hicieron la revolución antes de 1848, por miedo al comisario de policía.

El ministro *Schwerin* interviene para declarar que dimitirá si se aprueba la proposición presentada por Berends.

Elsner y *Reichenbach* se pronuncian en contra de la enmienda de Schulze.

Dierschke hace notar que debe reconocerse a la revolución porque "la lucha de la libertad moral aún no ha terminado" y porque la Asamblea ha sido "convocada también por la libertad moral".

Jacoby reclamó "el reconocimiento total de la revolución, con todas sus consecuencias". Su discurso fue el mejor de cuantos se pronunciaron en toda la sesión.

Por último, y al cabo de tanta moral, de tanto hastío, de tanta indignación y conciliación, nos produce alegría ver subir a la tribuna a nuestro *Hansemann.* Vamos a escuchar, por fin, algo decisivo, algo con pies y cabeza; pero no, pues también el señor Hansemann habla hoy en términos de mediación y conciliación. Y tiene sus razones para hacerlo así quien como él no hace nada sin su cuenta y razón. Ve que la Asamblea vacila, que la votación se muestra inse-

gura, que aún no se encuentra la enmienda adecuada. Trata de que el debate se aplace.

Para lograrlo, apela a todas sus fuerzas con el fin de expresarse en los términos de mayor suavidad posible. El hecho está allí, es indiscutible. Lo que pasa es que unos lo llaman "revolución" y otros lo califican de "grandes hechos". No debemos

> olvidar que aquí no se ha producido una *revolución,* como en París o como antes en Inglaterra, sino que ha mediado una transacción entre la Corona y el pueblo [¡una curiosa transacción, con granadas y balas de fusil!]. Precisamente porque nosotros [los ministros] no tenemos, en cierto sentido, nada que objetar contra la *esencia del asunto,* debiendo, en cambio, elegir con cuidado la expresión, de modo que permanezca en pie, dentro de lo posible, la base del gobierno sobre la que nos mantenemos,

precisamente por ello, debe ser aplazado el debate, para que los ministros puedan deliberar.

¡Cuánto trabajo tiene que haberle costado a nuestro Hansemann emplear palabras como éstas y reconocer que "la base" sobre la que se mantiene el gobierno es tan débil, que puede echarla por tierra una simple "expresión"! Lo único que le resarce es el placer de poder convertir de nuevo el asunto en una cuestión de gabinete.

El debate quedó, por tanto, aplazado.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 17, 17 de junio de 1848]

Colonia, 14 de junio. *Segundo día.* El debate se reanuda nuevamente con largas disquisiciones parlamentarias. Ventiladas éstas, sube a la tribuna el señor *Zachariä.* Presenta la enmienda llamada a sacar a la Asamblea del atolladero. Se ha encontrado, por fin, la gran consigna ministerial, que dice así:

Teniendo en cuenta que es indiscutible [!!] la alta significación de los grandes acontecimientos de marzo, a los que, en unión de la aquiescencia constitucional [que fue también un "acontecimiento de marzo", aunque no "grande"], debemos agradecer el actual estado de derecho constitucional, y considerando, además, que no es misión de la Asamblea emitir juicios [lejos de ello, la Asamblea debe reconocer que carece de juicio], sino *armonizar la Constitución con la Corona,* la Asamblea decide pasar al orden día.

Esta confusa y precaria proposición, que dobla el espinazo hacia todos lados y de la que el señor Zachariä se jacta diciendo que "todo el mundo, incluso el señor Berends, encontrará en ella *todo cuanto haya podido proponerse*", en el buen sentido en que ha sido presentada por él la propuesta, esta amarga papilla es, por tanto, "la expresión" "sobre la que se mantiene" y puede mantenerse el ministerio Camphausen.

El señor pastor *Sydow,* de Berlín, sube también a la tribuna, estimulado por el éxito de su colega Müller. La cuestión moral le da vueltas en la cabeza. Cree que puede resolver él lo que no había logrado resolver Müller.

Permítanme ustedes, señores, expresar *inmediatamente* [después que llevaba media hora hablando], desde este lugar, lo que mi sentimiento del deber me impulsa a decir: si el debate sigue su curso, nadie podrá, en mi opinión, callarse antes de haber cumplido con su deber de conciencia. *(Aplausos)*

Permítanme ustedes una observación de carácter personal. *Mi punto de vista acerca* de la revolución es que [gritos de: "¡Al grano¡ ¡Al grano] allí donde estalla una revolución, ésta es solamente el síntoma de que ambas partes, gobernantes y gobernados, son culpables. Y esto [es decir, esta vulgaridad, la manera más barata de liquidar el asunto] constituye el *alto criterio moral* acerca del problema, y [!] no nos adelantemos al *juicio cristiano-moral* de la nación. [¿Para qué creen que están allí esos señores?] (Animación en la sala. Gritos de "¡Al orden del día!")

> Pero yo, señores [sigue diciendo, impertérrito, el campeón del alto criterio moral y del imprejuzgable juicio cristiano-moral de la nación], yo no opino que no puedan llegar a presentarse los tiempos en que el derecho de legítima defensa política [!] de un pueblo estalle con el empuje de un acontecimiento natural, y si sucediera, entiendo que el *individuo* debe *participar* en ese acontecimiento de *un modo totalmente moral.* [¡Gracias a la casuística, estamos salvados!] *Y también, claro está, tal vez de un modo inmoral,* ¡¡eso depende de su conciencia!!

Los combatientes de las barricadas no tienen su puesto en la llamada Asamblea Nacional, sino en el tribunal de la penitencia. Y no hay más que decir.

El señor pastor *Sydow* sigue hablando y explica que es hombre de "valor", se manifiesta ampliamente acerca de la soberanía del pueblo desde el punto de vista del alto criterio moral, se ve interrumpido tres veces más por impacientes rumores y se vuelve a su sitio con la alegre conciencia de haber cumplido con su deber moral. El mundo sabe ahora qué piensa y qué no piensa el pastor Sydow.

El señor *Plönnis* declara que hay que dejar la cosa en paz. Realmente, una declaración atormentada hasta el cansancio mortal por tantas enmiendas y subenmiendas, por tantos debates y minucias, carece ya de todo valor. El señor Plönnis tiene razón al pensar así. Pero no podía hacer más flaco servicio a la Asamblea que el de poner sobre el tapete este hecho, esta prueba de la cobardía de tantos diputados de ambas partes.

El señor *Reichensperger,* de Tréveris:

> No hemos venido aquí a construir teorías ni a *decretar historia,* sino, dentro de lo posible, a *hacerla.*

¡Nada de esto! Al votar el orden del día razonado, la Asamblea acuerda que su misión consiste, por el contrario, en lograr que *la historia no se haga.* Lo cual es también, después de todo, una manera de "hacer historia".

> Recordemos las palabras de Vergniaud: la revolución nace para devorar a sus propios hijos.

¡Desgraciadamente, no! Nace más bien para ser devorada por ellos.

El señor *Riedel* ha descubierto que la propuesta de Berends, "*no debe interpretarse exclusivamente por lo que dicen las palabras,* sino que envuelve una lucha de principios". ¡Y esta víctima del "alto criterio moral"' es consejero, archivero áulico y profesor!

De nuevo ocupa la tribuna un venerable señor párroco. Es el señor *Jonas,* el predicador de las damas berlinesas. Y parece como si realmente hablara en la Asamblea a un auditorio de hijas de la buena sociedad. Con toda la pretenciosa prolijidad de un auténtico discípulo de Schleiermacher, el párroco predica una serie inacabable de los más vulgares lugares comunes sobre la importantísima diferencia entre una revolución y una reforma. Por tres veces se ve interrumpido, antes de poder terminar el preámbulo a su sermón; hasta que, por fin, pronuncia las grandiosas frases siguientes:

> La revolución es algo que contradice rotundamente a nuestra actual conciencia religiosa y moral. Una revolución es un hecho que sin duda pasaba por ser grande y glorioso entre los antiguos griegos y romanos, pero bajo el cristianismo... *[Santa interrupción. Confusión general. Esser, Jung, Elsner, el Presidente e incontables voces se mezclan en el debate. Por último, el admirado predicador recobra el uso de la palabra.]*
>
> En todo caso, niego a la Asamblea el derecho de votar acerca de principios religiosos y morales; estos principios no puede decidirlos por sufragio ninguna Asamblea. [¿Y el Consistorio y el Sínodo?] Empeñarse en decretar o declarar que la revolución constituye un elevado ejemplo moral o cualquier otra cosa [es decir, en general, que es algo] me parece exactamente lo mismo que si la Asamblea quisiera decidir por votación si existe un Dios o existen varios dioses o ninguno.

Allí lo tenemos. El predicador para damas ha logrado situar de nuevo el problema en el terreno del "alto criterio moral", y, así for-

mulado, sólo compete resolverlo, como es natural, a los concilios protestantes, a los fabricantes de catecismos del Sínodo.

¡Gracias a Dios! Después de todos estos tormentos morales, aparece por fin nuestro *Hansemann.* Ante este espíritu práctico, podemos sentirnos completamente seguros del "alto criterio moral". El *señor Hansemann* da de lado a todo el punto de vista moral con esta despectiva observación.

> Me pregunto si disponen ustedes del ocio necesario para poder dedicarse a estas luchas en torno a los principios.

El señor Hansemann recuerda que un diputado hablaba ayer de obreros sin pan. Y se apoya en esta referencia para pronunciar unas ingeniosas palabras. Habla de la penuria de la clase obrera, deplora su miseria, y se pregunta:

> ¿Cuál es la causa de la penuria general? Yo creo... que todo el mundo abriga el sentimiento de que nadie puede sentirse seguro de lo existente mientras no se ponga orden en las normas jurídicas de nuestro Estado

El señor Hansemann habla aquí con el corazón en la mano. "¡Hay que restablecer la confianza!", exclama, y el mejor medio para restablecer la confianza es renegar de la revolución. Y, ahora, el orador del ministerio, que "no ve ninguna reacción", se entrega a pintar con pavorosos colores la importancia de los amistosos sentimientos de la reacción.

> Apelo ante ustedes para que se fomente a toda costa la concordia entre *todas las clases* [¡al paso que se injuria a las que han hecho la revolución!]; apelo ante ustedes para que se estimule la unidad entre pueblo y ejército; tengan ustedes presente que sobre el ejército descansan nuestras esperanzas de afirmar nuestra independencia [¡en Prusia, donde cada ciudadano es un soldado!]; consideren ustedes en qué situación tan difícil nos encontramos; no tengo para qué detenerme más en esto, pues *quien lea aten-*

tamente los periódicos [y seguramente todos esos señores lo harán] reconocerá que la situación es difícil, *sumamente difícil.* En estas condiciones, considero inoportuno emitir una declaración que vendría a sembrar una *simiente de discordia* en el país... Por eso, señores, deben ustedes *conciliar* a los partidos, no plantear ningún problema que *provoque al adversario,* pues *así sucedería, ciertamente.* La aceptación de la propuesta acarrearía *las más dolorosas consecuencias.*

¡Cómo debieron de reírse los reaccionarios, al ver que un hombre tan resuelto como Hansemann no sólo inculcaba el miedo a la Asamblea, sino que se lo inculcaba a sí mismo!

Esta apelación al miedo de los grandes burgueses, abogados y maestros de escuela de la Cámara produjo mayor efecto que todas las frases sentimentales acerca del "alto criterio moral". El asunto estaba zanjado. D'Ester se lanzó de nuevo al combate con el fin de contrarrestar el efecto de aquellas palabras, pero infructuosamente; se cerró el debate y por 196 votos contra 177 se acordó pasar al orden del día con los razonamientos de Zachariä.

La Asamblea emitía, con ello, un juicio acerca de sí misma, al manifestar que carecía de todo juicio.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 17, 17 de junio de 1848]

LA ASAMBLEA DEL PACTO DEL 15 DE JUNIO[67]

COLONIA, 17 DE JUNIO. OS DECÍAMOS HACE ALGUNOS DÍAS[a] QUE negabais la existencia de la revolución. Mediante una segunda revolución, se confirmará la existencia de la primera.

Los acontecimientos del 14 de junio[68] no son más que el primer chispazo de esta segunda revolución, y el gobierno Camphausen se halla ya en plena disolución. La Asamblea del Pacto ha acordado conceder un voto de confianza al pueblo de Berlín, al colocarse bajo su protección.[69] Con lo cual viene a reconocer *a posteriori* la acción de los combatientes de Marzo. Arranca la obra constitucional de manos de los ministros y trata de "pactar" con el pueblo, al nombrar una Comisión encargada de examinar todos los mensajes y peticiones referentes a la Constitución. Lo cual no es más que la

[67] Véase *supra,* nota 19.

[a] Véase *supra,* pp. 98-101.

[68] Sublevados contra el hecho de que la Asamblea Nacional prusiana renegara de la revolución de Marzo, los obreros y artesanos de Berlín, el 14 de junio de 1848 asaltaron la armería para defender mediante el armamento del pueblo las conquistas ya logradas y llevar adelante la revolución. Sin embargo, la acción de los obreros berlineses tuvo un carácter espontáneo y desorganizado. Los refuerzos militares enviados, unidos a los destacamentos de la Milicia Cívica, lograron obligar rápidamente al pueblo a volver a retirarse y desarmarse. Los jefes del asalto contra la armería fueron más tarde condenados por un tribunal de guerra a largas penas de prisión.

[69] En la resolución votada por la Asamblea Nacional prusiana el 15 de junio de 1848 bajo la influencia de las acciones revolucionarias de las masas trabajadoras de Berlín, se dice que la Asamblea no necesita de la protección de las fuerzas armadas y se coloca al amparo de la población de Berlín.

casación tardía de su declaración de incompetencia. Promete comenzar la obra constitucional con un hecho, que es la anulación del fundamento de la antigua construcción: la abolición de las cargas feudales sobre la tierra. Lo que es algo así como la promesa de una noche del 4 de agosto.[70]

En una palabra: la Asamblea del Pacto niega el 15 de junio su propio pasado, lo mismo que el 9 de junio negaba el pasado del pueblo. Con lo cual ha vivido su 21 de marzo.[71]

Pero todavía no se ha tomado la Bastilla.

Entre tanto, avanza desde el Este, incontenible, un apóstol de la revolución. Ya se alza ante las puertas del trono. Este apóstol es el zar. *El zar se encargará de salvar a la revolución alemana, centralizándola.*

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 18, 18 de junio de 1848]

[70] En la noche del 4 de agosto de 1789, la Asamblea Nacional francesa, presionada por el creciente clamor campesino, proclamó solemnemente la supresión de una serie de cargas feudales, que durante algún tiempo habían sido suprimidas en los hechos por los campesinos insurrectos. Sin embargo, las leyes dictadas al poco tiempo sólo suprimían los tributos personales sin indemnización. La abolición de todas las cargas feudales sin indemnización sólo se llevó a cabo durante el periodo de la dictadura jacobina, por una ley del 17 de junio de 1793.

[71] Atemorizado por las luchas de barricadas en Berlín, el 21 de marzo de 1848 el rey Federico Guillermo IV prometió, hipócritamente, mediante una proclama, "A mi pueblo y a la nación alemana", crear una corporación permanente de representantes; otorgar una Constitución, implantar la responsabilidad de los ministros y de la administración pública y oral de justicia, tribunales del Estado, etcétera.

LA INSURRECCIÓN DE PRAGA

[F. ENGELS]

COLONIA, 17 DE JUNIO. EN BOHEMIA SE PREPARA UNA NUEVA carnicería a la manera de la de Posen.[72] La soldadesca austriaca ha ahogado en sangre checa la posibilidad de que permanezcan pacíficamente unidas Bohemia y Alemania.[73]

El príncipe Windischgrätz emplaza en Wyschehrad y Hradschin[74] cañones apuntados sobre Praga. Se concentran tropas y se prepara un golpe de mano contra el Congreso eslavo,[75] contra los checos.

[72] Véase *supra,* nota 42.

[73] Una Asamblea del pueblo celebrada en Praga en marzo de 1848 pidió que fuesen abolidas las cargas feudales, que se otorgaran derechos constitucionales y se unieran los territorios de Bohemia, Moravia y Silesia. Al estallar la revolución en Viena y Budapest, cobró fuerza el postulado de la plena equiparación de las nacionalidades, que tropezaba con la fuerte resistencia de la burguesía en la Bohemia alemana y de la nobleza bohemia, por temor a la emancipación campesina. Los demócratas checos rechazaban los planes pangermanistas, pero se mostraban dispuestos a hacer causa común con los austriacos y los demás pueblos danubianos.

[74] Wyschehrad: parte del sur de Praga, con la vieja ciudadela del mismo nombre, en la orilla derecha del Moldavia.

Hradschin: parte noroeste de Praga, con la vieja ciudadela que se yergue ante toda la ciudad.

[75] El *Congreso eslavo* se reunió en Praga el 2 de junio de 1848. El Congreso puso en manifiesto la lucha existente entre dos tendencias del movimiento nacional de los pueblos eslavos, reprimidas en el Imperio de los Habsburgos. La tendencia de la derecha, liberal-moderada, de la que formaban parte los líderes del Congreso Palacky y Safarik, trató de resolver el problema nacional mediante el mantenimiento y la consolidación de la monarquía de Habsburgo, convirtiéndola en una federación de nacionalidades iguales en derechos. La tendencia de la izquierda democrática (Sabina, Fric, Ribelt y otros) se manifestó resueltamente en contra de esto y preconizaba una acción común con el movimiento, democrático-revoluciona-

El pueblo tiene noticia de estos preparativos. Afluye ante la residencia del príncipe y demanda armas. Le son negadas. La excitación aumenta, crecen las masas armadas e inermes. De pronto, parte un tiro de una hostería situada frente al palacio del comandante en jefe y la princesa Windischgrätz cae mortalmente herida. Se dan inmediatamente órdenes de lanzarse al ataque, avanzan los granaderos y el pueblo es rechazado. Por todas partes se levantan barricadas que contienen el avance de las tropas. Avanzan los cañones y las barricadas son abatidas con granadas. La sangre corre a raudales. Se lucha toda la noche del 12 al 13 y todavía durante este día. Por fin, los soldados logran adueñarse de las anchas calles y rechazan al pueblo a los barrios más estrechos, donde no puede operar la artillería.

Es todo lo que sabemos, hasta ahora. Se dice que muchos miembros del Congreso eslavo han sido expulsados de la ciudad con fuerte escolta. Las noticias que poseemos parecen indicar que las tropas han triunfado, por lo menos en parte.

De cualquier modo que la insurrección termine, la única solución posible parece ser, ahora, una guerra de exterminio de los alemanes contra los checos.

Los alemanes tienen que expiar en su revolución los pecados de todo su pasado. Los han expiado en Italia. En Posen han vuelto a atraer sobre sí las maldiciones de toda Polonia. A todo esto se añade ahora Bohemia.

Los franceses han sabido cosechar respeto y simpatías incluso allí donde se presentan como enemigos. Los alemanes no son res-

rio en Alemania y en Hungría. Sin embargo, la mayoría de los congresistas, partidarios de la teoría austro-eslava, adoptó una posición contraria al movimiento europeo revolucionario, ya que la destrucción del Imperio reaccionario de los Habsburgos constituía uno de los principales objetivos del movimiento democrático. Marx y Engels abrazaban precisamente este punto de vista para condenar la política de la burguesía checa, que triunfó en el primer Congreso y que, capitaneada por Palacky, sellara una alianza abierta con la nobleza de los Habsburgos en contra del movimiento revolucionario. Los delegados adheridos al ala democrática-radical tomaron parte activa en el levantamiento de Praga, siendo condenados a crueles represalias. Los representantes del ala liberal-moderada que habían permanecido en Praga, aplazaron las sesiones del Congreso por tiempo ilimitado.

petados ni conquistan simpatías en parte alguna. Son rechazados con befa y escarnio aun en los sitios en que se hacen pasar por magnánimos apóstoles de la libertad.

Y así debe ser. Una nación que se ha prestado a ser en todo el pasado instrumento de opresión en contra de todas las otras naciones tiene que empezar por demostrar que se ha operado en ella una verdadera revolución. Tiene que demostrarlo con algo más que con un par de revoluciones a medias cuyo único resultado es dejar en pie bajo nuevos rostros la vieja indecisión, debilidad y desunión; revoluciones que mantienen en sus puestos a un Radetzky en Milán, a un Colomb y un Steinäcker en Posen, a un Windischgrätz en Praga y a un Hüser en Maguncia, como si no hubiera pasado nada.

La Alemania revolucionaria tendría que romper con todo su pasado, sobre todo en lo que se refiere a su actitud ante los pueblos vecinos. Tendría, al mismo tiempo, que proclamar con su propia libertad la libertad de los pueblos a quienes hasta ahora ha venido oprimiendo.

¿Pero, qué *ha hecho,* en vez de eso, la Alemania revolucionaria? Ratificar enteramente la vieja opresión, de Italia, Polonia y ahora de Bohemia por la soldadesca alemana. Kaunitz y Metternich se hallan plenamente justificados.

Y, en estas condiciones, ¿exigen los alemanes que los checos confíen en ellos?

¿Puede echarse en cara a los checos que no quieran unirse a una nación que, al liberarse a sí misma, oprime y maltrata a otras naciones?

¿Puede tomárseles a mal que no quieran enviar diputados a un Parlamento como nuestra "Asamblea Nacional" de Francfort, triste, lánguida y que tiembla ante su propia soberanía?

¿Puede reprochárseles que se desentiendan del impotente gobierno austriaco, que en su perplejidad y cobardía sólo parece existir para no impedir, o por lo menos organizar, la separación de Austria, sino simplemente para tomar nota de ella? ¿De un gobier-

no que es incluso demasiado débil para liberar a Praga de los cañones y los soldados de un Windischgrätz?

Pero la suerte más deplorable de todas es la de los valientes checos. Lo mismo si triunfan que si son derrotados, están condenados a perecer. Los cuatro siglos de opresión bajo los alemanes, que ahora tiene su secuela en los combates de las calles de Praga, los echan en brazos de los rusos. En el gran encuentro entre el Este y el Oeste de Europa que se producirá pronto —tal vez en unas cuantas semanas— los checos se verán empujados por un sino fatal a luchar al lado de los rusos, al lado del despotismo, en contra de la revolución. La revolución triunfará y los checos serán los primeros en verse arrollados por ella.[76]

La culpa de este desastre que aguarda a los checos recae una vez más sobre los alemanes, ya que son ellos quienes traidoramente los han entregado en manos de Rusia.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 18, 18 de junio de 1848]

[76] Este juicio acerca de los checos sólo puede comprenderse teniendo en cuenta que Marx y Engels consideraban el problema nacional desde el punto de vista de los intereses del movimiento revolucionario total de Europa.

En el movimiento social del año 1848 en Bohemia, pueden distinguirse intrínsecamente dos etapas fundamentales distintas. En la primera, que abarca desde el comienzo de los sucesos de Marzo hasta el aplastamiento de la insurrección de Praga, tomaron parte participando activamente las masas del pueblo checo, los campesinos y el proletariado en el movimiento revolucionario contra el feudalismo y el absolutismo. Esta lucha del pueblo checo armonizaba con los intereses del movimiento revolucionario europeo, y era apoyada por Marx y Engels.

Después del aplastamiento de la insurrección de Praga, la burguesía liberal checa, que en su lucha contra la revolución y la democracia, hacía causa común con la nobleza y los Habsburgos, logró oprimir a las fuerzas democráticas de la Bohemia y llevar adelante el movimiento social bajo la dirección y en la tendencia de la lucha nacional. Este movimiento se puso así en frente a la revolución europea, porque contaba ahora con el apoyo contrarrevolucionario de los Habsburgos y representaba también, indirectamente, la causa del zarismo ruso. Los elementos democráticos del pueblo checo no lograron, en la segunda etapa, apoyar activamente a la revolución y hacer fracasar la política contrarrevolucionaria de la burguesía, lo cual pone claramente de relieve el hecho de que Marx y Engels, en 1848-1849, calificaron justamente como contrarrevolucionario el movimiento nacional checo y enjuiciaron como reaccionaria la posición del pueblo checo en toda la etapa decisiva del movimiento.

Pero Marx y Engels subrayaban al mismo tiempo que la política nacionalista y antieslava de la burguesía alemana era la principal responsable de que los checos se vieran empujados al lado de la contrarrevolución.

CAÍDA DEL MINISTERIO CAMPHAUSEN[77]

[F. ENGELS]

COLONIA, 22 DE JUNIO.

¡Por muy bello que nos parezca el sol,
Algún día tendrá que perecer![78]

Y también ha perecido el sol del 30 de marzo,[79] teñido por la cálida sangre de Polonia.

El ministerio Camphausen había tendido sobre la contrarrevolución su manto liberal-burgués. Ahora, la contrarrevolución se siente lo bastante fuerte para quitarse la molesta máscara.

Cualquier ministro insostenible de centro izquierda podrá suceder por unos cuantos días al gobierno del 30 de marzo. Pero el verdadero sucesor de este gobierno es el *ministerio del príncipe de Prusia.* Camphausen tiene el honor de haber asignado su jefe natural al partido feudal-absolutista, designando con ello a su sucesor.

[77] Después del asalto a la armería, en Berlín (véase *supra,* nota 68), el 17 de junio de 1848, dimitieron varios ministros y el 20 de junio renunció en pleno el ministerio Camphausen. La *Nueva Gaceta Renana* veía en este "derrocamiento de Camphausen" la expresión de que la gran burguesía proyectaba pasar del periodo de transición pasiva del pueblo a favor de la Corona, al periodo de la sumisión activa del pueblo, mediante su pacto con la Corona.

[78] Tomado de Ferdinand Raimund, *La doncella del mundo de las hadas o el campesino millonario,* Segundo Acto, escena VI.

[79] El 30 de marzo de 1848 el ministerio Camphausen, formado la víspera, comenzó su obra de represión sangrienta contra la insurrección de Posen.

¿Para qué seguir halagando por más tiempo a los tutores burgueses?

¿Acaso los rusos no se hallan ya en la frontera oriental y las tropas prusianas en la occidental? ¿Acaso los polacos no han sido llamados para la propaganda rusa mediante las granadas incendiarias y la piedra infernal?

¿Acaso no se han tomado todas las medidas para repetir el bombardeo de Praga en casi todas las ciudades renanas?

¿Acaso en la guerra polaca, en la danesa y en los muchos pequeños conflictos entre las tropas y el pueblo no ha dispuesto el ejército de todo el tiempo necesario para convertirse en una soldadesca brutal?

¿Acaso la burguesía no se halla ya cansada de la revolución? ¿Y acaso no se alza, en medio del mar, la roca sobre la que puede edificar su iglesia la contrarrevolución con *Inglaterra?*

El ministerio Camphausen trata de ganar todavía unos cuantos centavos de popularidad y de atraerse la misericordia pública haciendo creer que se retira del escenario del Estado como víctima de un *engaño.* Y no cabe duda de que se trata de un estafador estafado. Al servicio de la gran burguesía, no tuvo más remedio que arrebatar a la revolución sus frutos democráticos y, luchando contra la democracia, hubo de aliarse al partido aristocrático, convirtiéndose en instrumento de sus apetencias contrarrevolucionarias. Ahora, la reacción se halla ya lo bastante fuerte para poder echar por la borda a su protector. *El señor Camphausen ha sembrado la reacción al servicio de la gran burguesía y ha cosechado los frutos al servicio del partido feudal.* Aquello era la buena intención del hombre y esto su fruto maligno. ¡Por favor un centavo de popularidad[80] para este hombre desengañado!

¡Un centavo de popularidad!

[80] De Heinrich Heine, *Alemania. Cuento de invierno,* cap. XXIV.

¡Por muy bello que nos parezca el sol,
Algún día tendrá que perecer!

Sin embargo, en el Este vuelve a salir el sol.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 23, 23 de junio de 1848]

PRIMERA HAZAÑA DE LA ASAMBLEA NACIONAL DE FRANCFORT

[F. Engels]

Colonia. ¡La Asamblea Nacional alemana[81] ha dado, por fin, señales de vida! Ha tomado por fin un acuerdo de resultados prácticos inmediatos: se ha interferido en la guerra italo-austriaca.[82]

¿Y cómo se ha interferido? ¿Lo ha hecho acaso para proclamar la independencia de Italia? ¿Acaso ha enviado a Viena un correo con la orden de que Radetzky y Welden se retiren inmediatamente

[81] Fueron elegidos para la Asamblea Nacional de Francfort, en los distintos países alemanes, 589 diputados; el 18 de mayo de 1848 se reunieron 384 diputados para el acto de solemne apertura en la Iglesia de San Pablo. Entre los diputados figuraban 122 empleados administrativos, 95 funcionarios de justicia, 103 eruditos, así como 81 abogados, 21 sacerdotes, 17 industriales y comerciantes, 15 médicos, 12 oficiales y 40 terratenientes sin que aparezca un solo obrero o pequeño campesino.

[82] Por entonces, el norte de Italia pertenecía a la monarquía austriaca. A comienzos de 1848 surgió una sublevación contra los señores extranjeros y a favor de la unidad e independencia italianas. La noticia del triunfo de la revolución en Viena condujo el 18 de marzo a una violenta sublevación popular en Milán. En una reñida lucha que duró cinco días, favorables a los insurrectos, Radetzky, al frente de 15 000 soldados austriacos, fue forzado a desocupar la plaza. El 22 de marzo se estableció un Gobierno provisional, formado con representantes de la burguesía liberal. El príncipe de Cerdeña y Piamonte, Carlos Alberto, favorable al movimiento de liberación, se puso a la cabeza del mismo, abrigando intereses dinásticos y personales con vistas a todo el norte de Italia; pero entonces la incapacidad militar de Carlos Alberto y sus generales fue motivo de una serie de derrotas. Milán cayó de nuevo bajo el poder de los austriacos. Por miedo a una completa derrota y a sacrificar las posiciones hasta entonces adquiridas, Carlos Alberto concluyó un armisticio con Austria el 9 de agosto de 1848, hasta el término de seis semanas. El 20 de marzo del año siguiente se reanudaron algunas acciones militares, pero muy poco después el ejército de Cerdeña fue aniquilado, y Carlos Alberto renunció al trono.

detrás del Isonzo? ¿Acaso ha cursado un mensaje de adhesión al Gobierno provisional de Milán?

¡Nada de eso! Lo que ha hecho ha sido declarar que *considerará como un* casus belli cualquier *ataque contra Trieste.*

Es decir, ¡que la Asamblea Nacional alemana, en cordial inteligencia con la Dieta federal, permite a los austriacos cometer en Italia las mayores brutalidades, saquear, asesinar, lanzar granadas incendiarias sobre cualquier ciudad, asolar todas las aldeas (véase bajo *Italia),* retirándose luego, muy seguros, a territorio neutral de la Confederación alemana!, lo que es lo mismo, ¡permite a los austriacos, en cualquier momento y partiendo de territorio alemán, invadir la Lombardía con croatas y panduros,[83] al mismo tiempo que pretende prohibir a los italianos perseguir en sus madrigueras a los austriacos derrotados. Permite bloquear a los austriacos, desde Trieste, en Venecia y en las desembocaduras del Piave, del Brenta y del Tagliamento; pero niega a los italianos toda hostilidad contra Trieste!

La Asamblea Nacional alemana no podía comportarse más cobardemente de lo que lo hace con este acuerdo. No tiene valor para sancionar abiertamente la guerra italiana. Pero aún menos para prohibir la guerra al gobierno austriaco. Y, llevada de esta perplejidad, toma —y además lo hace por aclamación, encubriendo con el clamor público su miedo secreto— un acuerdo acerca de Trieste que, en la forma no aprueba ni reprueba la revolución italiana, pero que en el fondo la autoriza.

Este acuerdo es indirectamente una *declaración de guerra a Italia,* doblemente injuriosa por ello para una nación de 40 millones, como la alemana.

El acuerdo de la Asamblea de Francfort provocará una oleada de indignación en toda Italia. Si los italianos tienen todavía algún

[83] *Croatas:* soldados del ejército imperial austriaco, cuya caballería ligera e infantería se reclutaban originariamente entre miembros de esta rama popular sudeslava.

Panduros: formación militar del ejército imperial austriaco que representaba un tipo especial de tropas irregulares de infantería y se manifestaban bajo una forma brutal y sin el menor miramiento.

orgullo y alguna energía de qué dar pruebas, contestarán a esto con el bombardeo de Trieste y una marcha a través del Brénero.

Pero la Asamblea de Francfort propone y el pueblo francés dispone. Venecia ha pedido la ayuda de Francia; después de este acuerdo, es probable que los franceses crucen pronto los Alpes y, de ser así, no tardaremos en verlos junto al Rin.

Un diputado[a] ha reprochado a la Asamblea de Francfort, el haberse cruzado de brazos. Por el contrario. Ha trabajado tanto, que hoy nos encontramos con una guerra en el Norte y otra en el Sur y con que, además, son inevitables una guerra en el Oeste y otra en el Este. Nos veremos en la venturosa situación de tener que luchar al mismo tiempo contra el zar y contra la República francesa, contra la reacción y contra la revolución. La Asamblea de Francfort se ha cuidado de que soldados rusos y franceses, daneses e italianos se citen para encontrarse en la Iglesia de San Pablo, en Francfort. ¡Y aún se dice que la Asamblea no hace nada!

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 23, 23 de junio de 1848]

[a] Franz Kohlparzer.

[LA REVOLUCIÓN DE JUNIO EN PARÍS][84]

[F. Engels]

[I]

Detalles sobre el 23 de junio

La insurrección de París ha sido una insurrección puramente obrera. Se ha desbordado la cólera de los trabajadores contra el gobierno y la Asamblea, que habían defraudado sus esperanzas, que día tras día adoptaban nuevas medidas en interés de la burguesía y en contra de los trabajadores, que habían disuelto la Comisión obrera del Luxemburgo,[85] restringido los Talleres Nacionales[86] y promulgado la ley contra las concentraciones. En todos los detalles resalta el carácter decididamente proletario de la insurrección.

[84] Bajo el título de "La revolución de Junio en París" hemos reunido en la presente edición los artículos de Marx de mayor importancia respecto a estos acontecimientos publicados en diversas fechas en varios números de la *Nueva Gaceta Renana* y cuyos subtítulos, en la presente disposición, corresponden a los títulos originales de cada uno de ellos.

[85] Comisión de gobierno para asuntos obreros, presidida por Louis Blanc, que deliberaba en el Palacio Luxemburgo. Se constituyó el 28 de febrero de 1848 bajo la presión de los obreros, quienes exigían un ministerio del Trabajo. La actividad práctica de la Comisión de Luxemburgo, formada por representantes de los obreros y los patronos, se limitaba a dirimir los conflictos laborales; las decisiones recaían con frecuencia a favor de los empresarios. Después de la acción de las masas populares el 15 de mayo, el gobierno, al día siguiente, disolvió esta Comisión.

[86] Los *Talleres Nacionales* se crearon inmediatamente después de la revolución de Febrero de 1848 por un decreto del Gobierno provisional francés. Se trataba, por una parte, de desacreditar entre los obreros las ideas de Louis Blanc sobre la organización del trabajo y, por otra, de utilizar en la lucha contra el proletariado revolucionario a los obreros, militarmente organizados, de los Talleres Nacionales. El plan de escindir a la clase obrera fracasó, fortaleciendo cada vez más la mentalidad revolucionaria de los obreros agrupados en los Talleres Nacionales. En vista de ello, el gobierno adoptó una serie de medidas para eliminar estos Talleres (reducción del número de trabajadores ocupados, envío a las provincias para ejecu-

Los bulevares, la gran arteria de la vida parisina, fueron el escenario de las primeras concentraciones obreras. La gente se agolpaba por todas partes, desde la Puerta St. Denis hasta la vieja calle del Temple. Obreros de los Talleres Nacionales declararon que no estaban dispuestos a ir a Sologne, a los talleres de la nación allí situados; otros explicaron que ya habían tratado de hacerlo el día anterior pero que en la barrera de Fointainebleau habían aguardado inútilmente las hojas de marcha y la orden de partir que les habían sido denegadas la tarde anterior.

Hacia las diez se dio la orden de levantar barricadas. Rápidamente, pero todavía a lo que parece, de un modo atropellado y sin orden, se cubrió de parapetos toda la parte este y sudeste de París, desde el Quartier y el Faubourg Poissonière. Se levantaron barricadas más o menos sólidas en las calles de St. Denis, St. Martin, Rambuteau, Faubourg Poissonière y, en la orilla izquierda del Sena, en los accesos a los faubourgs de St. Jacques y St. Marceau, en las calles de St. Jacques, La Harpe y La Huchette y los puentes contiguos fueron más o menos bien atrincherados. En lo alto de ellos tremolaban banderas, con estas inscripciones: *¡Pan o muerte! ¡Trabajo o muerte!*

Como se ve, la insurrección se apoyaba resueltamente en la parte este de la ciudad, habitada principalmente por obreros; en primer lugar, en los faubourgs de Saint Jacques, Saint Marceau, Saint Antoine, del Temple, Saint Martin y Saint Denis, en los "aimables Faubourgs"[87] y luego en los barrios de la ciudad enclavados entre dichos lugares (los barrios de Saint Antoine, el Marais, Saint Martin y Saint Denis).

Tras las barricadas vinieron los ataques a la fuerza pública. El puesto de guardia del bulevar de la Bonne Nouvelle, el primero que

tar obras públicas, etc.). Estas medidas provocaron gran descontento entre los obreros de París y fueron uno de los motivos que determinaron la insurrección de Junio. Después de sofocada la insurrección, el gobierno Cavaignac, el 3 de julio de 1848, dictó un decreto disolviendo los Talleres Nacionales.

[87] *Amables arrabales:* así llamaba Luis Felipe de Orleáns a los barrios situados al este de París y habitados principalmente por obreros, para así pretextar afecto a éstos.

se toma por asalto en casi todas las revoluciones, estaba ocupado por la Guardia Móvil.[88] Fue desarmado por el pueblo.

Poco después, avanzó como refuerzo la Guardia Civil de los barrios del oeste de la ciudad, que volvió a ocupar el puesto tomado por asalto. Otro pelotón ocupó la acera elevada que está delante del Teatro del Gimnasio y que domina un gran trecho de los bulevares. El pueblo intentó desarmar a los puestos avanzados. Pero, entre tanto, ninguna de las dos partes había disparado todavía.

Por último, llegó la orden de tomar la barricada que cortaba el bulevar, junto a la Puerta de Saint Denis. Avanzó la Guardia Nacional,[89] con el comisario de policía a la cabeza; se iniciaron conversaciones; repentinamente, sin que se sepa de dónde, partieron algunos tiros y pronto se generalizó el fuego.

De pronto, abrió fuego también el puesto de la Bonne Nouvelle y avanzó, con los fusiles cargados, un batallón de la segunda legión, apostado en el bulevar Poissonière. El pueblo estaba cercado por todas partes. Desde sus posiciones ventajosas y en parte seguras, la Guardia Nacional abrió nutrido fuego graneado contra los obreros. Éstos se defendieron durante una media hora; por último, los asaltantes ocuparon el bulevar de la Bonne Nouvelle y las barricadas, hasta la Puerta de Saint Martin. En este punto, la Guardia Nacional había tomado también, hacia las once, las barricadas de la parte del Temple y los accesos a los bulevares.

Los héroes que asaltaron estas barricadas fueron los burgueses del segundo Arrondissement, que va desde el antiguo Palais Royal[90] hasta el Faubourg Montmartre, incluyendo éste. En este barrio

[88] *Guardia Móvil:* este cuerpo militar fue creado en febrero de 1848 por un decreto del Gobierno provisional para luchar contra las fuerzas revolucionarias. Se encuadraban en ella, principalmente, los lumpenproletarios y fue movilizada para reprimir la insurrección de junio de 1848.

[89] *Guardia Nacional:* fuerza armada creada en Francia en 1848 expresamente para la defensa del "orden establecido". Se componía, preferentemente por elementos burgueses y pequeñoburgueses.

[90] *Palais Royal:* Palacio situado en París. Fue residencia de Luis XIV desde 1643 y, a partir de 1692, se hallaba en poder de los Borbones de la línea de Orleáns. Este Palacio fue declarado propiedad de la nación después de la revolución de Febrero.

viven los ricos "boutiquiers"[a] de las calles de Vivienne y de Richelieu y del bulevar de los Italianos, los grandes banqueros de las calles de Laffitte y Bergère y los voluptuosos rentistas de la Chausse d'Antin. Aquí tienen sus palacios Rothschild y Fould, Rougemont de Lowemberg y Ganneron. Aquí se hallan, en una palabra, la Bolsa, Tortoni[91] y todo lo que vive y bulle en torno suyo.

Estos héroes, los primeros y los más amenazados por la República roja, fueron también los primeros que se presentaron en el campo de batalla. Es significativo que *la primera barricada del 23 de junio fuese tomada por los sitiados del 24 de febrero.* La arrollaron como tres mil hombres, mientras tres compañías tomaban por asalto un ómnibus volcado. Parece, sin embargo, que los insurrectos han vuelto a hacerse fuertes en la Puerta Saint Denis, pues hacia mediodía hubo de avanzar el general Lamoricière con nutridos destacamentos y fuerzas de la Guardia Móvil, de línea, de caballería y dos cañones, para tomar una poderosa barricada, juntamente con la segunda legión (la Guardia Nacional del segundo Arrondissement). Los insurrectos obligaron a retroceder a un pelotón de la Guardia Móvil.

La lucha librada en el bulevar de Saint Denis fue la señal para los encuentros producidos en todos los barrios del este de París. Los combates fueron sangrientos. Los insurrectos tuvieron más de treinta bajas, entre muertos y heridos. Los obreros, furiosos, juraron que a la noche siguiente avanzarían por todas partes y pelearían a vida o muerte contra la "Guardia Municipal de la República".[92]

A las once se luchaba también en la calle de Planche-Mibray (la continuación de la calle de Saint Martin, bajando hacia el Sena), donde fue muerta una persona.

[a] Tenderos.

[91] *Tortoni:* famoso café, situado en el barrio de la Bolsa de París, donde tenían lugar operaciones bursátiles durante la clausura de la Bolsa, por lo que incluso se le llegó a conocer como la "Pequeña Bolsa".

[92] La llamada *Guardia republicana* o *Guardia municipal de la República* fue creada el 16 de mayo de 1848 por el gobierno francés, inquieto ante la actitud revolucionaria de los obreros de París. Dependía de la Dirección de Policía y se hallaba bajo las órdenes del Prefecto de este ramo. Sus efectivos ascendían a 2 600 hombres.

Hubo también colisiones sangrientas en la zona de los Halles, calle Rambuteau, etc. Aquí, quedaron tendidos sobre el suelo cuatro o cinco cadáveres.

Hacia la una se registró un encuentro en la calle del Paradis-Poissonière; la Guardia Nacional abrió fuego; no se conoce el resultado. En el Faubourg Poissonière tras una sangrienta escaramuza fueron desarmados dos suboficiales de la Guardia Nacional.

La calle de Saint Denis fue despejada por cargas de caballería.

En el Faubourg Saint Jacques se libraron durante la tarde violentos combates. En las calles de Saint Jacques y la Harpe y en la plaza Maubert se libraron asaltos contra las barricadas con variables resultados *y hubo fuerte tiroteo de cañones.* También en el Faubourg Monmartre dispararon las tropas sus cañones.

En general, los insurrectos fueron rechazados. El Ayuntamiento quedó libre; hacia las tres, la insurrección se había localizado en los faubourgs y en el Marais.

Por lo demás, veíanse bajo las armas pocos guardias nacionales *no uniformados* (es decir, obreros carentes de recursos para comprarse uniformes). En cambio, había algunos que portaban *armas de lujo,* escopetas de caza, etc. Y también guardias nacionales de caballería (que han sido siempre los hijos de familia de casas ricas) que luchaban a pie en las filas de la infantería. En el bulevar Poissonière, unos cuantos guardias nacionales se dejaron desarmar por el pueblo sin ofrecer resistencia, para emprender después la huida.

A las cinco duraba todavía el combate, cuando un fuerte aguacero vino a suspender las hostilidades.

Sin embargo, en algunos sitios se siguió luchando hasta entrada la noche. Hacia las nueve se oían todavía disparos en el Faubourg Saint Antoine, que es el centro del París obrero.

Nunca hasta ahora se había librado una lucha como ésta, con toda la violencia de una verdadera revolución. La Guardia Nacional, exceptuando la segunda legión, parece que vaciló casi en todas partes en asaltar las barricadas. Los obreros, llevados por su furia, se limitaron, como fácilmente se comprende, a defender sus posiciones.

Así quedaron las cosas ya en la noche, mientras ambas partes se separaban, citándose para la mañana siguiente. El balance del primer día de lucha no fue muy favorable para el gobierno; durante la noche, los insurrectos rechazados, ocuparon de nuevo los puestos de que habían sido desalojados. En cambio, el gobierno tenía en contra suya dos hechos: había disparado con cañones y no había logrado dominar la revuelta el primer día. Y cuando suenan los cañones y hay de por medio una noche, que no es de victoria sino simplemente de tregua, *cesa la revuelta y comienza la revolución.*

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 26, "Suplemento extra", 26 de junio de 1848]

[II]
El 23 de junio

Tenemos todavía multitud de circunstancias sobre la lucha del 23 que comunicarles. Disponemos de un material prácticamente inagotable; sin embargo, el tiempo sólo nos permite relatar lo más importante y característico.

La revolución de Junio ofrece el espectáculo de una enconada lucha, como jamás hasta ahora la habían contemplado ni París ni el mundo. De todas las revoluciones anteriores, la lucha más furiosa fue la que se libró en las jornadas de Marzo en Milán.[93] donde una población casi inerme de 170 000 almas derrotó a un ejército de 20 000 a 30 000 hombres. Y, sin embargo, aquellas jornadas de marzo fueron un juego de niños comparadas con los combates de junio en París.

Lo que distingue a la revolución de Junio de todas las anteriores es la *ausencia de toda clase de ilusiones, de todo entusiasmo emocional.*

El pueblo no sube, como en febrero, a las barricadas cantando

[93] Véase *supra,* nota 82.

el "Mourir pour la patrie",[94] los obreros del 23 de junio luchaban por su existencia, y la patria había perdido para ellos todo significado. Se habían borrado la "Marsellesa" y todos los recuerdos de la Gran Revolución. Pueblo y burgueses intuyen que la revolución en que entran es más grande que los hechos de 1789 y 1793.

La revolución de Junio es la revolución de la desesperación. Se libra con la silenciosa cólera y la taciturna sangre fría de los desesperados; los obreros saben que están librando una *lucha a vida o muerte,* y ante la pavorosa seriedad de esta lucha hasta el alegre espíritu francés enmudeció.

La historia sólo nos habla de dos hechos que guardan cierta semejanza con la lucha que tal vez sigue librándose todavía en París en estos momentos: la guerra de los esclavos romanos y la insurrección de Lyon en 1834. La vieja divisa de los insurrectos lioneses: "Vivir trabajando o morir combatiendo", vuelve a resurgir de pronto y se inscribe de nuevo en las banderas al cabo de catorce años.

La revolución de Junio es la primera que ha escindido realmente a toda la sociedad en dos grandes campos enemigos, representados el uno por el este de París y el otro por el oeste. Ha desaparecido la unanimidad de la revolución de Febrero, aquella poética unanimidad llena de seductores engaños y de hermosas mentiras, tan dignamente personificadas por el elocuente traidor Lamartine. Hoy, la seriedad inexorable de la realidad se encarga de desgarrar todas las ilusorias promesas del 25 de febrero. Los luchadores de Febrero combaten hoy los unos contra los otros y —lo que jamás hasta ahora había sucedido— no se conoce ya la indiferencia: todo hombre capaz de empuñar las armas toma realmente parte en la lucha, *en* las barricadas o *delante* de ellas.

Los ejércitos que pelean en las calles de París son tan poderosos como los que se enfrentaron en la batalla de las Naciones de Leipzig.[95]

[94] *Morir por la patria:* es el estribillo de una canción patriótica francesa, muy popular durante las jornadas de la revolución de Febrero.

[95] *Batalla de las Naciones:* esta batalla se libró del 16 al 19 de octubre de 1813 con tropas

Esto por sí solo demuestra la enorme importancia de la revolución de Junio.

Pero pasemos a relatar el desarrollo mismo de la lucha.

Las noticias de ayer nos llevaban a la conclusión inevitable de que las barricadas habían sido levantadas sin orden ni concierto. Los informes más minuciosos de hoy revelan lo contrario. Jamás las obras de defensa de los obreros se han emprendido y ejecutado con tal meticulosidad y de un modo tan sistemático y ordenado.

La ciudad aparecía dividida en dos grandes campamentos. La línea de demarcación corría por el borde nordeste de París, bajando de Montmartre hasta la Puerta Saint Denis y desde aquí, calle de Saint Denis abajo, pasando por la isla de la Cité y la calle de Sain Jacques hasta la barrera. Los barrios de la parte Este habrían sido ocupados y cubiertos de trincheras por los obreros; la burguesía atacaba y recibía sus refuerzos desde la parte Oeste.

El pueblo comenzó a levantar silenciosamente sus barricadas desde las primeras horas de la mañana. Eran más altas y más sólidas que nunca. En lo alto de la que se alzaba a la entrada del Faubourg Saint Antoine ondeaba una enorme bandera roja.

El bulevar Saint Denis aparecía fuertemente defendido por barricadas. Las del bulevar y la calle de Cléry y las casas circundantes, convertidas en verdaderas fortalezas, formaban un sistema completo de defensa. Fue aquí, como ayer informábamos, donde se entabló el primer combate importante. El pueblo se batía con un impresionante desprecio a la muerte. Un fuerte destacamento de la Guardia Nacional lanzó un ataque de flanco contra la barricada de la calle de Cléry. La mayoría de sus defensores se replegaron. Solamente permanecieron en su puesto siete hombres y dos mujeres, dos bellas jóvenes "grisettes".[b] Uno de los siete se irguió sobre la barricada, empuñando la bandera. Los otros abrieron el fuego. La Guardia Nacional contestó, y el hombre que agitaba la bandera cayó

rusas, austriacas y suecas en lucha contra los franceses. Terminó con el triunfo de los ejércitos coligados contra Napoleón.

[b] Modistillas.

muerto. Al verlo, una de las dos "grisettes", una muchacha alta y hermosa, mal vestida, con los brazos desnudos, empuñó la bandera, cruzó la barricada y avanzó hacia la Guardia Nacional. El fuego no se detuvo y los burgueses de la Guardia Nacional abatieron a la muchacha, cuando ésta tocaba ya casi las bayonetas. Inmediatamente, saltó la otra muchacha, tomó la bandera, levantó la cabeza de su compañera y, al comprobar que estaba muerta, comenzó, fuera de sí, a lanzar piedras contra el enemigo. También ella cayó bajo las balas de los burgueses. El fuego era cada vez más nutrido; llovían disparos desde las ventanas y desde la barricada; las filas de la Guardia Nacional iban clareando. Por último, llegaron refuerzos y fue tomada por asalto la barricada. De sus siete defensores sólo uno quedó con vida; fue desarmado y hecho prisionero. Los autores de esta heroica hazaña perpetrada contra siete obreros y dos modistillas fueron los leones y los lobos de la Bolsa de la segunda legión.

Después que se unieron los dos cuerpos y fue tomada por asalto la barricada, sobrevino un angustioso silencio momentáneo. Pero duró poco. La valiente Guardia Nacional abrió un nutrido fuego de pelotón contra las masas de gente tranquila e inerme que ocupaba una parte del bulevar. La gente huyó despavorida. Pero las barricadas no cayeron. Hubo de presentarse allí el propio Cavaignac con tropas de líneas y caballería y, tras larga lucha, ya cerca de las tres de la tarde, lograron los atacantes apoderarse del bulevar hasta la Puerta Saint Martin.

En el Faubourg Poissonière se habían levantado varias barricadas, principalmente una en la esquina de la avenida Lafayette, donde varias casas servían también de fortalezas a los insurrectos. Éstos se hallaban dirigidos por un oficial de la Guardia Nacional. Avanzaron en contra de estas posiciones el 7º regimiento de infantería ligera, la Guardia Móvil y la Guardia Nacional. La lucha duró media hora, al cabo de la cual vencieron las tropas, pero no sin haber sufrido cien bajas, entre muertos y heridos. Este combate ocurrió después de las tres de la tarde.

También se levantaron barricadas delante del Palacio de Justi-

cia, en la calle Constantine y en las otras adyacentes, así como en el puente Saint Michel, donde ondeaba la bandera roja. Estas barricadas fueron tomadas igualmente por asalto, tras largos combates.

El dictador Cavaignac emplazó su artillería delante del puente de Nôtre-Dame. Desde allí cañoneó las calles de Planche-Mibray y la Cité y pudo enfilar fácilmente los cañones contra las barricadas de la calle de Saint Jacques.

Esta última calle estaba cortada por numerosas barricadas y sus casas convertidas en verdaderos fortines. Sólo la artillería podía resolver allí la situación, y Cavaignac no vaciló ni un momento en emplearla. Toda la tarde tronaron los cañones. Las granadas barrieron la calle. A las siete de la noche ya sólo quedaba en pie una barricada. El número de muertos era muy elevado.

También en el puente Saint Michel y en la calle de Saint André des Arts entró en acción la artillería. Fue cañoneada, asimismo, una barricada levantada al extremo nordeste de la ciudad, en la calle del Château Landon, hasta donde se había aventurado un destacamento de tropa.

Por la tarde, se hizo cada vez más intenso el combate en los barrios del nordeste. Los vecinos de los suburbios de la Villette, Pantin y otros acudieron en ayuda de los insurrectos. Constantemente se levantaban barricadas por todas partes y en gran número.

En la Cité, una compañía de la Guardia Republicana,[96] pretextando querer confraternizar con los insurrectos, logró deslizarse entre dos barricadas y abrió fuego. El pueblo furioso, se abalanzó contra los traidores y los abatió uno tras otro. Apenas unos veinte lograron escapar.

La violencia de la lucha arreció por todas partes. Mientras fue de día, se disparó en todos los sitios con cañones; más tarde, sólo se escuchaba fuego de fusilería, que continuó hasta bien entrada la noche. Todavía hacia las once sonaban las trompetas en todo París, y como a media noche aún se escuchaban descargas por el rumbo

[96] Véase *supra*, nota 92.

de la Bastilla. La plaza de la Bastilla con todos sus accesos estaba en poder de los insurrectos. El Faubourg Saint Antoine, centro del poder de la revolución, se hallaba fuertemente defendido. En el bulevar de la calle Montmartre hasta la calle del Temple veíanse fuertes concentraciones de caballería, infantería, Guardia Nacional y Guardia Móvil.

Hacia las once de la noche se registraban ya más de mil bajas, entre muertos y heridos.

Tal fue el primer día de la revolución de junio, jornada sin paralelo en los anales revolucionarios de París. Los obreros parisinos lucharon completamente solos contra la burguesía armada, contra la Guardia Móvil y la Guardia Republicana de reciente creación y contra las tropas de todas las armas. Y se comportaron con una extraordinaria valentía, comparable solamente a la brutalidad igualmente extraordinaria de sus adversarios. Cuando vemos cómo la burguesía de París se suma con verdadero júbilo a las matanzas organizadas por Cavaignac, siente uno realmente cierta indulgencia por figuras como las de Hüser, Radetzky y Windischgrätz.

En la noche del 23 al 24, la Sociedad de los Derechos del Hombre,[97] que había sido restaurada el 11 de junio, acordó aprovechar la insurrección en beneficio de la *bandera roja* y tomar de este modo parte en ella. Con este fin, organizó una reunión, acordó las medidas necesarias y nombró dos comités permanentes.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 28, 28 de junio de 1848]

[97] *Sociedad de los Derechos del Hombre:* organización democrática dirigida por Barbès, Huber y otros líderes, creada durante el periodo de la monarquía de Julio y que reunía a una serie de clubes de la capital y la provincia francesas. Algunos miembros de esta sociedad fueron dirigentes de la insurrección de junio de 1848.

[III]
El 24 de junio

París pasó la noche bajo la ocupación militar. Fuertes destacamentos de tropa se hallaban en las plazas y los bulevares.

A las cuatro de la mañana tocaron diana las trompetas. Un oficial y varios infantes de la Guardia Nacional recorrían las casas, sacando de ellas a los hombres de su compañía que no se habían presentado voluntariamente.

Hacia la misma hora comenzaron a tronar los cañones. El cañoneo más violento se escuchaba en la zona del puente de Saint Michel, punto de contacto de los insurrectos de la orilla izquierda y los de la Cité. El general Cavaignac, nombrado dictador hoy en la mañana, arde en deseos de ejercer su nuevo cargo contra la revuelta.

Ayer sólo se había empleado la artillería en casos excepcionales; casi todo el fuego era de fusilería; hoy, en cambio, en todas partes ha entrado en acción la artillería no sólo contra las barricadas sino también contra los edificios, disparando cartuchos, balas de cañón, e incluso granadas y cohetes incendiarios.

En la parte alta del Faubourg Saint Denis comenzó por la mañana un violento combate. Los insurrectos habían ocupado en las cercanías del ferrocarril del Norte una casa en construcción y varias barricadas. La primera legión de la Guardia Nacional se lanzó al ataque, pero sin conseguir ventaja alguna. Agotó sus municiones y tuvo alrededor de cincuenta muertos y heridos. Apenas pudo sostener su posición hasta que (hacia las diez de la mañana) avanzó la artillería, que barrió a cañonazos la casa en construcción y las barricadas. Las tropas volvieron a ocupar la vía del ferrocarril. Sin embargo, la lucha en toda esta zona (llamada Clos Saint Lazare)[a] duró todavía largo tiempo y se mantuvo con gran furia. "Es una verdadera carnicería", escribe el corresponsal de un periódico belga.[98] Delante de las barreras de Rochechouart y Poissonnière se construyeron

[a] Véase *infra*, p. 150.

[98] Se trata del diario *L'Indépendance Belge*, de tendencia burguesa y que se publicaba en

fuertes barricadas; y volvió a levantarse el parapeto de la avenida Lafayette, que sólo en el transcurso de la tarde cedió al cañoneo.

También en las calles de Saint Martin, Rambuteau y Grand Chantier fue necesario recurrir a la artillería para abatir las barricadas.

El Café Cuisinier, frente al puente de Saint Michel, ha sido demolido por las balas de cañón.

Pero el combate principal se libró hacia las tres de la tarde en el muelle de las Flores, donde el famoso almacén de ropa llamado "A la Belle Jardiniere" había sido ocupado por 600 insurrectos y convertido en una fortaleza. El edificio fue asaltado por la artillería y la infantería de línea. Una esquina del edificio fue demolida por las granadas. Cavaignac, que dirigía personalmente las operaciones en este lugar, intimó a los insurrectos a rendirse, amenazándolos con pasarlos *a todos* a cuchillo, si no lo hacían. Los insurrectos rechazaron la intimación. Se reanudó el cañoneo, disparándose por último cohetes incendiarios y granadas. El edificio quedó totalmente destruido y entre los escombros se encontraron los cadáveres de ochenta insurrectos.

También en el Faubourg Saint Jacques y en el barrio del Panteón se habían parapetado los obreros en todas las direcciones. Fue necesario asediar y tomar por asalto casa por casa, como en Zaragoza.[99] Pero los esfuerzos del dictador Cavaignac para apoderarse de estos edificios resultaron tan infructuosos, que el bestial soldadote de Argel declaró que les pegaría fuego si sus ocupantes no se rendían.

En la Cité, las muchachas disparaban desde las ventanas contra los soldados y la Guardia Nacional. También aquí fue necesario emplazar los obuses, para poder obtener algún resultado.

El 11º batallón de la Guardia Móvil, dispuesto a pelear al lado

la ciudad de Bruselas. En la época de los años cuarenta del siglo pasado fue el órgano de los liberales belgas.

[99] Se hace referencia a la heroica defensa de la ciudad española de Zaragoza contra el asedio de las tropas napoleónicas.

de los insurrectos, fue ametrallado por las tropas y por la Guardia Nacional. Por lo menos, así nos lo han relatado.

Hacia mediodía, la insurrección iba logrando resueltamente ventajas. Estaban en sus manos todas las barricadas exteriores, los suburbios de Les Batignolles, Montmartre, La Chapelle y la Villette, en una palabra, todo el cinturón exterior de París, desde Batignolles hasta el Sena y más de la mitad de la orilla izquierda del río. Los insurrectos se habían apoderado en esta zona de trece cañones, que no llegaron a emplear. Por el centro, penetraron en la Cité y en la parte baja de la calle de Saint Martin hasta el Ayuntamiento, donde se hallaban apostados grandes contingentes de tropa. Sin embargo, según declaró Bastide en la Cámara, en una hora más el Ayuntamiento podría ser tomado por los insurrectos, y, en medio del aturdimiento causado por esta noticia, se proclamaron la dictadura y el estado de sitio.[100] Apenas investido de plenos poderes, Cavaignac recurrió a las medidas más brutales y más extremas, como jamás hasta ahora se habían puesto en práctica en un Estado civilizado y como el propio Radetzky titubeó en emplear en Milán. El pueblo volvió a demostrar una vez más su magnanimidad. Si hubiese respondido a los cohetes incendiarios y a los obuses con la quema de edificios, no cabe duda de que aquella noche habría resultado vencedor. Pero no quiso recurrir a las mismas armas que sus adversarios.

La munición de los insurrectos era casi exclusivamente el algodón-pólvora, que se fabricaba en grandes cantidades en el Faubourg Saint Jacques y en el Marais. En la plaza Maubert se instaló una fundición de balas.

El gobierno recibía constantemente refuerzos. Toda la noche estuvieron llegando tropas a París: la Guardia Nacional de Pontoise, Rouen, Meulan, Nantes, Amiens y el Havre; llegaron tropas de Orleáns y artillería e infantería enviadas de Arras y Douai; de Orleáns enviaron un regimiento. El 24 por la mañana se recibieron en la ciu-

[100] Medida tomada durante la sesión de la Asamblea Nacional francesa, celebrada el 24 de junio de 1848.

dad 500 000 cartuchos y 12 cañones. Hay que señalar que los obreros ferroviarios de la línea del Norte habían levantado los rieles entre París y Saint Denis para impedir la llegada de más refuerzos.

Todas estas fuerzas reunidas y esta inaudita brutalidad lograron rechazar a los insurrectos en la tarde del día 24.

El hecho de que no sólo Cavaignac sino también la Guardia Nacional quisiera *pegar fuego* a todo el barrio del Panteón revela con cuánta furia se batía la Guardia Nacional, convencida de que estaba luchando por su propia existencia.

Como puntos de concentración de las tropas atacantes se habían señalado tres lugares: la Puerta Saint Denis, donde ostentaba el mando el general Lamoricière, el Ayuntamiento, en el que se hallaba emplazado el general Duvivier, con 14 batallones, y la plaza de la Sorbona, desde la que el general Damesme dirigía el combate contra el Faubourg Saint Jacques.

Hacia el mediodía se tomaron las entradas a la plaza Maubert y se cercó la plaza. Ésta cayó hacia la una; ¡en el combate hubo cincuenta bajas de la Guardia Móvil! Hacia la misma hora y tras un violento y sostenido cañoneo, fue tomado o, mejor dicho, entregado el Panteón. Los mil quinientos insurgentes allí parapetados hubieron de capitular, probablemente ante la amenaza del señor Cavaignac y de los burgueses, espumeantes de rabia, de pegar fuego a todo el barrio.

Al mismo tiempo, los "defensores del orden" fueron avanzando por los bulevares, tomando las barricadas de las calles adyacentes. En la calle del Temple, los obreros fueron rechazados hasta la esquina de la calle de la Corderie; en la calle Boucherat seguía peleándose, y también al otro lado del bulevar, en el Faubourg del Temple. En la calle de Saint Martin se escuchaban todavía disparos aislados de fusil; en la punta de Saint Eustache se sostenía aún una barricada.

Hacia las siete de la noche, le fueron asignados al general Lamoricière dos batallones de la Guardia Nacional de Amiens, que destinó inmediatamente a cercar las barricadas levantadas detrás del Château d'Eau. Para aquel entonces, ya el Faubourg Saint Denis se

hallaba libre y tranquilo, lo mismo que casi toda la orilla izquierda. del Sena. Los insurrectos habían quedado cercados en una parte del Marais y en el Faubourg Saint Antoine. Pero estos dos barrios se hallan separados por el bulevar Baumarchais y el canal de Saint Martin situado a sus espaldas, y este camino quedaba libre para la tropa.

El general Damesme, comandante de la Guardia Móvil, fue herido de bala en un muslo, cerca de la barricada de la calle de l'Estrapade. La herida no es peligrosa. Tampoco los representantes Bixio y Dornès han sido heridos de gravedad, como en un principio se creyó.

La herida del general Bedeau es también leve.

Hacia las nueve casi habían sido tomados por asalto el Faubourg Saint Jacques y el Faubourg Saint Marceau. La lucha había sido extraordinariamente violenta. El mando de este sector estaba ahora a cargo del general Bréa.

El general Duvivier, en el sector del Ayuntamiento, había tenido poco éxito. Sin embargo, también aquí habían sido rechazados los insurrectos.

El general Lamoricière logró tomar, tras enconada resistencia, los faubourgs Poissonière, Saint Denis y Saint Martin, hasta las barreras. Los obreros se sostenían todavía en el Clos Saint Lazare y habían logrado atrincherarse en el Hospital Louis-Phillippe.

Esta misma noticia fue comunicada hacia las diez de la noche por el presidente[b] de la Asamblea Nacional. Pero hubo de desmentirse a sí mismo varias veces. Reconoció que en el Faubourg Saint Martin persistía un intenso tiroteo.[101]

El estado en que se hallaban las cosas en la noche del día 24 era, en resumen, el siguiente:

Los insurrectos defendían todavía la mitad del terreno que tenían en su poder en la mañana del 23. Formaban esta zona la parte este de París, los faubourgs de Saint Antoine, del Temple, de Saint

[b] Antoine-Marie-Jules Senard.

[101] Véase *supra*, nota anterior.

Martin y el Marais. Sus puestos avanzados eran el Clos Saint Lazare y algunas barricadas cercanas al Jardín Botánico.

El resto de París se hallaba en manos del gobierno.

Lo que más llama la atención en esta desesperada lucha, es la furia con que pelean los "defensores del orden". Estos burgueses, que antes mostraban unos nervios tan delicados por cada gota de "sangre burguesa" vertida y que el 24 de febrero se habían dejado llevar de arrebatos sentimentales ante la muerte de los miembros de la Guardia Municipal,[102] abatían ahora a los obreros como a bestias salvajes. No salía de las filas de la Guardia Nacional ni de los bancos de la Asamblea Nacional una sola palabra de compasión o de reconciliación, ni un solo rasgo de sentimentalismo sino, por el contrario, las explosiones violentas de un odio feroz y una fría rabia en contra de los obreros sublevados. La burguesía, con clara conciencia de lo que se ventila, libra en contra de ellos una guerra a muerte. Ya triunfe momentáneamente, ya sucumba, los obreros se vengarán de ella de un modo espantoso. Después de una lucha como la de las tres jornadas de junio, sólo cabe esperar una oleada de terror ejercido por una u otra de las partes.

Citaremos, para terminar, algunos párrafos de la carta de un capitán de la Guardia Republicana acerca de los acontecimientos del 23 y el 24:

> Os escribo entre el tiroteo de los mosquetes y el tronar de los cañones. Hacia las 2, tomamos tres barricadas levantadas al extremo del puente de Nôtre-Dame; después, avanzamos hasta la calle de Saint Martin y la cortamos a todo lo largo. Al llegar al bulevar, vimos que estaba abandonado y desierto, como si fuesen las 2 de la mañana. Subimos por el faubourg del Temple; antes de llegar al cuartel, hicimos alto. Doscientos pasos más allá se levantaba una formidable barricada, protegida por algunas otras y defendida por unos 2 000 hombres. Parlamentamos con ellos

[102] Guardia Municipal de París: fuerza militar creada después de la revolución de Julio (1830), bajo el mando del prefecto de Policía de la ciudad de París. Fue disuelta después de la revolución de Febrero.

por espacio de dos horas. Inútilmente. Por fin, hacia las 6, avanzó la artillería; los insurrectos fueron los primeros en abrir fuego.

Los cañones repelieron el fuego y hasta las 9 saltaron los cristales y las tejas bajo las explosiones de la artillería; es un cañoneo espantoso. Corre a raudales la sangre, al tiempo que se descarga una pavorosa tormenta. Hasta donde alcanza la vista, el pavimento se halla enrojecido por la sangre. Mi gente cae bajo las balas de los insurrectos; se defienden como leones. Veinte veces nos lanzamos al asalto y otras tantas somos rechazados. El número de muertos es enorme y el de heridos mayor todavía. Hacia las 9 conseguimos tomar la barricada en un asalto a bayoneta. Hoy (día 24 de junio) hacia las 3 de la mañana, estamos todavía de pie. El cañón truena incesantemente. El centro es el Panteón. Me encuentro en el cuartel. Vigilamos a los *prisioneros* que son conducidos a cada momento. Hay entre ellos muchos heridos. *A algunos se les fusila inmediatamente.* De ciento doce hombres que mandaba, he perdido cincuenta y tres.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 28, 28 de junio de 1848]

[IV]
El 25 de junio

Cada día que pasa crecen la violencia, la furia y la cólera de la lucha. La burguesía siente un odio cada vez más fanático contra los insurrectos, al darse cuenta de que sus brutalidades no la conducen directamente a la meta, al sentirse cada vez más desfallecida en la lucha, en las velas nocturnas y en los vivaques y a medida que va acercándose a su victoria final.

La burguesía no ha declarado a los obreros enemigos vulgares a quienes se derrota, sino *enemigos de la sociedad* a quienes se extermina. Y ha difundido la absurda afirmación de que lo único que buscan los obreros, empujados por sus enemigos, mediante la vio-

lencia a la insurrección, es el saqueo, el incendio y el asesinato; que se trata de una horda de bandoleros con los que hay que acabar como con las fieras de la selva. Y, sin embargo, los insurrectos fueron dueños de una gran parte de la ciudad por espacio de tres días y se comportaron ejemplarmente. Si hubiesen querido aplicar los mismos medios que los burgueses y lacayos de burgueses mandados por Cavaignac, París sería hoy un montón de ruinas; pero habrían triunfado.

Todos los detalles indican de qué manera tan bárbara han procedido los burgueses en esta lucha. Sin hablar de las bombas de metralla, de las granadas y los cohetes incendiarios, se sabe con certeza que *en la mayoría de las barricadas tomadas por asalto no se dio cuartel a los vencidos.* Los burgueses abatían cuanto encontraban por delante. En la noche del 24 fueron fusilados en la avenida del Observatorio, sin formación de proceso, más de 50 insurrectos prisioneros. "Es una guerra de exterminio", escribe un corresponsal de la *L'Indépendance Belge,*[103] a pesar de tratarse de un periódico burgués. En todas las barricadas existía la creencia de que todos los insurrectos sin excepción serían pasados por las armas. Cuando Larochejaquelein dijo en la Asamblea Nacional que había que hacer algo para salir al paso de aquella creencia, los burgueses no le dejaron siquiera hablar y armaron tal griterío, que el presidente hubo de cubrirse y levantar la sesión.[104] Y cuando más tarde el propio señor Senard, el presidente, trató de pronunciar algunas hipócritas palabras de moderación y reconciliación, se produjo el mismo estrépito de voces. Los burgueses no querían ni oír hablar de moderación. Aun a riesgo de que los bombardeos destruyeran una parte de sus propiedades, estaban dispuestos a acabar de una vez por todas con los enemigos del orden, los saqueadores, bandoleros, incendiarios y comunistas.

Pero no se crea que, al obrar así, se hallaban animados del heroísmo que sus periódicos se esfuerzan en atribuirles. De la sesión

[103] Véase *supra,* nota 98.

[104] Se trata de la sesión de la Asamblea Nacional francesa, celebrada el 25 de junio de 1848.

de hoy de la Asamblea Nacional[105] se desprende que, al estallar la insurrección, la Guardia Nacional temblaba de miedo; y la lectura de los informes de todos los periódicos de los más diversos matices deja entrever, por debajo de la ampulosa fraseología, que el primer día la Guardia Nacional se presentó al combate en muy reducido número y que, al segundo y al tercero, Cavaignac tuvo que sacar a sus miembros de la cama y llevárselos a la línea de fuego, conducidos por un cabo y cuatro infantes. El odio fanático de la burguesía contra los obreros insurrectos no bastaba para vencer su natural cobardía.

Los obreros, en cambio, se batieron con una bravura sin igual. No desfallecieron ni por un momento, a pesar de que eran cada vez más incapaces de sustituir sus bajas y se veían obligados cada vez más a retroceder ante la supremacía del número. Desde la mañana del 25 hubieron de convencerse ya de que las perspectivas de la victoria se volvían resueltamente en contra suya. Llegaban de todas partes del país nuevas y nuevas masas de tropas de refresco; afluía a París en grandes contingentes la Guardia Nacional de los suburbios y de las ciudades alejadas de la capital. Las tropas de línea lanzadas al combate sumaban, el día 25, más de 40 000 hombres a los de la guarnición ordinaria; la Guardia Móvil se incorporó a la lucha con 20 000 a 25 000 hombres, a los que hay que sumar los efectivos de la Guardia Nacional de París y de fuera y varios miles de hombres de la Guardia Republicana. En total, los efectivos armados que se lanzaron contra la insurrección oscilaron seguramente, el día 25, entre 150 000 y 200 000 hombres. Por su parte, los obreros no llegarían ni a la cuarta parte de esta cifra, disponían de escasa munición y carecían totalmente de dirección militar y de cañones en buen uso. No obstante lo cual, se batieron silenciosa y desesperadamente contra la aplastante supremacía. Contingente tras contingente, se lanzaba a cubrir las brechas que la artillería pesada abría en las barricadas; los obreros recibían sus descargas sin un solo grito y luchaban en

[105] Se trata de los comentarios a la sesión de la Asamblea Nacional francesa del 25 de junio de 1848 publicados en la *Nueva Gaceta Renana* (núm. 29, del 19 de junio de 1848).

todas partes hasta el último hombre, sin abandonar sus posiciones al enemigo hasta que se veían rebasados. En Montmartre, los insurrectos gritaban a los vecinos. "¡Dejaremos que nos hagan pedazos o los haremos pedazos nosotros a ellos, pero no capitularemos, y podéis pedir a Dios que triunfemos, pues de otro modo pegaremos fuego a todo Montmartre!" Claro está que esta "amenaza incumplida" era el designio criminal y, en cambio, las granadas y los cohetes incendiarios de Cavaignac eran las "hábiles medidas militares dignas de admiración".

En la mañana del día 25, los insurrectos mantenían las siguientes posiciones: el Clos Saint Lazare, los suburbios de Saint Antoine y el Temple, el Marais y el barrio de Saint Antoine.

El Clos Saint Lazare (donde antes se levantaba el convento) es una gran extensión de terreno, en parte edificado y en parte cubierto de casas en construcción, trazados de calles, etc. El centro de este terreno lo ocupa precisamente la Estación del Norte. Este barrio, en el que abundan los edificios emplazados de un modo irregular y en el que había amontonada, además, una gran cantidad de materiales de construcción, fue convertido por los insurrectos en una poderosa fortaleza. Dentro de él se alza el Hospital Louis-Philippe en construcción; los defensores del barrio levantaron en él formidables barricadas, que los testigos oculares describían como absolutamente inexpugnables. Atrás quedaba el cinturón amurallado de la ciudad, cercado y ocupado por los insurrectos. Desde allí, se extendían sus parapetos hasta la calle de Rochechouart y la zona de las barreras. Las barreras de Montmartre se hallaban fuertemente defendidas, y Montmartre estaba totalmente en manos de los obreros. Cuarenta cañones que todavía no habían logrado silenciar llevaban dos días tronando contra ellos.

Nuevamente abrieron fuego los cuarenta cañones todo el día contra estas defensas; por último, hacia las seis de la tarde, fueron tomadas las dos barricadas de la calle de Rochechouart, y poco después caía también el Clos Saint Lazare.

En el bulevar del Temple, la Guardia Móvil logró ocupar a las

diez de la mañana varias casas desde las que los insurrectos disparaban sobre los asaltantes. Los "defensores del orden" habían avanzado, aproximadamente, hasta el bulevar de las Filles du Calvaire. Entre tanto, los insurrectos habían conseguido subir hasta más arriba por el Faubourg del Temple, ocupar parte del canal de Saint Martin y bombardear fuertemente desde allí y desde el bulevar, con su artillería, las anchas y rectas calles de aquella parte de la ciudad. La lucha era sumamente enconada. Los obreros sabían perfectamente bien que los estaban atacando en el mismo corazón de sus posiciones. Y se defendían furiosamente. Llegaron incluso a recuperar algunas barricadas de las que habían sido desalojados. Pero, tras un largo combate, fueron arrollados por la superioridad del número y de las armas. A la caída de la noche, las tropas del gobierno habían logrado conquistar no sólo el Faubourg del Temple, sino también, gracias a sus posiciones en el bulevar y en el canal, los accesos al Faubourg Saint Antoine y varias barricadas de este barrio.

Junto al Ayuntamiento hacía el general Duvivier lentos pero uniformes progresos. Desde los muelles del Sena se acercó por los flancos a las barricadas de la calle de Saint Antoine y pudo enfilar también su artillería pesada sobre la isla de Saint Louis, a la vez que sobre la antigua isla Louvier.[106] También aquí se entabló un rudo combate, pero acerca de él carecemos de detalles y sabemos solamente que hacia las cuatro caían la alcaldía del noveno *arrondissement* con las calles adyacentes, que fueron tomadas por asalto entre otras, una barricada de la calle de Saint Antoine y el puente de Damiette, por el que se pasaba a la isla de Saint Louis. A la caída de la noche, los insurrectos habían sido desalojados aquí de todas sus posiciones y quedaban despejadas todas las entradas a la plaza de la Bastilla.

De este modo, los insurrectos habían sido derrotados en todos los puntos de la ciudad, con excepción del Faubourg Saint Antoine. Ésta era su posición más fuerte. Los muchos accesos de este fau-

[106] Isla Louvier: separada hasta 1843 de la orilla derecha del Sena por un pequeño brazo de río, que más tarde fue unida a tierra firme.

bourg, verdadero hogar de todas las insurrecciones parisinas, aparecían defendidas con mucha pericia. Barricadas levantadas de lado, que se cubrían unas a otras y que contaban, además, con el refuerzo del fuego de las casas cercanas, ofrecían un temible frente de ataque. Tomarlas por asalto habría costado una inmensa cantidad de vidas.

Delante de estos parapetos se emplazaron los burgueses o, mejor dicho, sus lacayos. La Guardia Nacional[107] no había hecho gran cosa durante esta jornada. La mayor parte de la faena había corrido a cargo de los soldados de línea y de la Guardia Móvil;[108] la Guardia Nacional ocupaba las partes tranquilas de la ciudad, ya conquistadas.

Las que peor se habían portado eran la Guardia Republicana y la Guardia Móvil. La Guardia Republicana,[109] recién organizada y depurada, se batió con una furia enorme contra los obreros, a quienes debía sus entorchados como Guardia Municipal Republicana.

La Guardia Móvil, reclutada en su mayor parte entre el lumpenproletariado de París, había ido convirtiéndose durante el breve tiempo que lleva de existencia y gracias a la buena soldada en una guardia pretoriana del gobernante que en cada momento ocupaba el poder. El lumpenproletariado, organizado ha dado la batalla al proletariado laborioso no organizado. Se ha puesto, como era de esperar, a disposición de la burguesía, lo mismo que los *lazzaroni* (desharrapados) de Nápoles se pusieron a las órdenes del rey Fernando de Borbón.[a] Sólo se pasaron al otro bando los destacamentos de la Guardia Móvil integrados por *verdaderos* trabajadores.

¡Cuán bochornoso parece todo lo que está ocurriendo en París cuando se ve cómo estos antiguos mendigos, vagabundos, pícaros, pilluelos y pequeños rateros encuadrados en la Guardia Móvil, que en marzo y en abril cualquier burgués motejaba como una banda

[107] Véase *supra,* nota 89.
[108] Véase *supra,* nota 88.
[109] Véase *supra,* nota 92.
[a] Véase *supra,* pp. 51 y ss.

de ladrones y carteristas capaces de todas las infamias y que ya no era posible seguir tolerando, cuando se ve, digo, cómo este hatajo de maleantes es ahora halagado, ensalzado, puesto por las nubes, bien pagado y condecorado, sencillamente porque estos "jóvenes héroes", estos "leales hijos de París", valientes y esforzados, que "escalaron las barricadas desafiando la muerte", etc., etc., porque estos individuos que en febrero habían luchado en las barricadas sin conciencia de lo que hacían, enfilaron ahora sus fusiles contra el proletariado trabajador con la misma falta de conciencia con que antes dispararon contra los soldados, porque se dejaron sobornar por treinta *sous* (centavos) al día, alquilándose por ese precio para ametrallar a sus hermanos! ¡Por eso honra la burguesía a esos vagabundos vendidos, porque por esa mísera soldada se han prestado a disparar contra la parte mejor y más revolucionaria de los obreros parisinos!

Causa pasmo, verdaderamente, la valentía con que se han batido los obreros. ¡De treinta a cuarenta mil trabajadores se han sostenido tres días enteros contra más de ochenta mil soldados y cien mil hombres de la Guardia Nacional, frente a bombas de metralla, granadas y cohetes incendiarios y desafiando la noble estrategia guerrera de generales que no se sonrojan en emplear contra sus compatriotas los recursos de la guerra argelina! Sus muertos no recibirán los honores que se tributaron a los de julio[110] y febrero,[111] pero la historia les asignará un lugar mucho más alto, como a las víctimas de la primera batalla decisiva del proletariado.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 29, 29 de junio de 1848]

[110] Véase *supra*, nota 10.
[111] Véase *supra*, nota 13.

[V]
La revolución de Junio

[El curso de la insurrección en París]

Poco a poco, se van reuniendo los elementos necesarios para formarse una idea de conjunto acerca de la revolución de Junio; se completan los informes, se va haciendo posible distinguir los hechos de los rumores y de las mentiras, y se destaca cada vez con mayor claridad el carácter de la insurrección. Y cuanto más vamos logrando ver en su entrelazamiento los acontecimientos de las cuatro jornadas de junio, más nos asombran las proporciones gigantescas de la insurrección, su heroísmo, la organización rápidamente improvisada y la unanimidad de los insurrectos.

El plan de batalla de los obreros, atribuido a Kersausie, amigo de Raspail y ex oficial del ejército, era el siguiente:

Los insurrectos avanzaron en cuatro columnas y en movimiento concéntrico sobre el Ayuntamiento.

La primera columna, cuya base de operaciones eran los suburbios de Montmartre, La Chapelle y La Villete, avanzó hacia el Sur desde las barreras de Poissonnière, Rochechouart, Saint Denis y La Villette, ocupó los bulevares y se acercó al Ayuntamiento por las calles de Montorgueil, Saint Denis y Saint Martin.

La segunda columna, que tenía como base los faubourgs del Temple y de Saint Antoine, habitados casi en su totalidad por obreros y cubiertos por el canal de Saint Martin, avanzó hacia el centro de la ciudad por las calles del Temple y de Saint Antoine, atravesando los muelles de la orilla norte del Sena y por todas las calles paralelas del barrio intermedio.

La tercera columna, apoyada en el Faubourg Saint Marceau, avanzó sobre la isla de la Cité por la calle de Saint Victor y los muelles de la orilla sur del río.

Por último, la cuarta columna, tomando como base el Faubourg Saint Jacques y la zona de la Escuela de Medicina, avanzó también

sobre la Cité por la calle de Saint Jacques. Desde la Cité, las dos columnas, unidas, avanzaron por la orilla derecha del Sena y tomaron el Ayuntamiento de flanco y por detrás.

Este plan se basaba, por tanto, con mucho acierto, en los barrios de la ciudad habitados exclusivamente por obreros, que rodean en semicírculo toda la mitad este de París y que van ensanchándose conforme se avanza hacia el Este. Se trataba de limpiar primero de enemigos el este de París y de avanzar luego por las dos márgenes del Sena hacia el Oeste y sus centros, las Tullerías y la Asamblea Nacional.

Las columnas avanzaban apoyadas por una serie de cuerpos volantes, operaban entre ellas y en sus flancos, pero por cuenta propia, levantaban barricadas, ocupaban las pequeñas calles y mantenían los contactos.

Para el caso de un repliegue, las bases de operaciones habían sido fuertemente, atrincheradas y convertidas con todas las reglas del arte en temibles fortalezas, como ocurría con el Clos Saint Lazare, el Faubourg y el barrio de Saint Antoine y el Faubourg de Saint Jacques.

Si este plan adolecía de algún defecto era el no tener en cuenta para nada, al comienzo de las operaciones, la parte oeste de París. En esta parte, a los dos lados de la calle de Saint Honoré y junto a los Halles y el Palais National, hay varios barrios que se prestan magníficamente para revueltas populares, con calles muy estrechas y tortuosas, habitadas preferentemente por obreros. Habría sido importante haber establecido aquí una quinta columna de la insurrección, aislando así el Ayuntamiento y obligando a concentrar una gran masa de tropas en este baluarte avanzado. El triunfo de la insurrección dependía de que los insurrectos pudieran llegar lo antes posible al centro de París y asegurarse la conquista del edificio del Ayuntamiento. No sabemos hasta qué punto resultaría imposible para Kersausie organizar aquí la insurrección. Pero es un hecho que jamás ha logrado imponerse en París un movimiento insurreccional sin apoderarse desde el primer momento de este cen-

tro de la capital que linda con las Tullerías. Baste recordar la insurrección que estalló en el entierro del general Lamarque,[112] la cual, habiendo logrado penetrar también hasta la calle Montorgueil, fue luego rechazada.

Los insurrectos avanzaron con arreglo a los planes trazados. Inmediatamente, se pusieron a separar su territorio, el París de los obreros, del París de los burgueses, mediante dos grandes obras de defensa: las barricadas de la Puerta Saint Denis y las de la Cité. Fueron desalojados de las primeras, pero lograron mantenerse en las segundas. El primer día, el 23, fue un simple preludio. El plan de los insurrectos estaba ya claro (y la *Nueva Gaceta Renana* supo comprenderlo certeramente desde el primer momento, véase núm. 26 suplemento extra),[a] sobre todo después de los primeros encuentros de la mañana entre las avanzadas. El bulevar Saint Martin, que cruza a través de la línea de operaciones de la primera columna, se convirtió en escenario de enconadas luchas, las cuales terminaron aquí con la victoria de las fuerzas del "orden", impuesta en parte por las condiciones locales.

Fueron cortados los accesos a la Cité, a la derecha por un cuerpo volante que fue a emplazarse en la calle de Planche-Mibray, y a la izquierda por la tercera y la cuarta columnas, que ocuparon y fortificaron los tres puentes del sur de la Cité. También aquí se trabó un combate muy violento. Las fuerzas del "orden" lograron apoderarse del puente Saint Michel y avanzar hasta la calle de Saint Jacques. Se jactaban de que pondrían fin a la revuelta antes de que cayera la noche.

Si el plan de los insurrectos estaba ya claro, más lo estaba aún el

[112] El 5 de junio de 1832 las fuerzas del ala izquierda del partido republicano, entre ellos la Sociedad de los Amigos del Pueblo, aprovecharon los funerales del general Lamarque para organizar una manifestación pacífica. Lamarque era el portavoz de los pocos diputados republicanos de la nueva Cámara. Esta manifestación se convirtió, por culpa del gobierno, en un choque sangriento que se prolongó hasta la tarde del 6 de junio, principalmente en los alrededores del antiguo convento de Saint Merry, donde lucharon tras las barricadas los últimos republicanos, entre los que se encontraban muchos obreros.

[a] Véase *supra,* pp. 130 y ss.

de las fuerzas del "orden". Este plan se reducía por el momento a aplastar la insurrección por todos los medios. Esta intención fue dada a conocer a los insurrectos mediante el disparo de granadas de cañón y cohetes incendiarios.

Pero el gobierno creía habérselas con una banda desorganizada de revoltosos que actuaban sin plan alguno. Después de despejar hacia el anochecer las calles principales, declaró que la revuelta estaba liquidada y ocupó con tropas, bastante descuidadamente, las partes conquistadas de la ciudad.

Los insurrectos supieron aprovechar magníficamente esta negligencia para iniciar la gran batalla, después de las escaramuzas del día 23 entre las avanzadas. Es en verdad asombrosa la rapidez con que los obreros se asimilaron el plan de operaciones, la uniformidad con que combinaban sus movimientos y la pericia con que sabían aprovechar un terreno tan complicado como aquel en que se movían. Todo lo cual habría sido inexplicable si los obreros no se hubieran hallado ya bastante bien organizados militarmente en los Talleres Nacionales[113] y distribuidos en compañías, gracias a lo cual les bastaba con trasplantar su organización industrial a las actividades de la guerra para poner en pie inmediatamente un ejército perfectamente estructurado.

En la mañana del 24, los insurrectos no sólo habían recuperado todo el terreno perdido, sino que habían conquistado, además, nuevas posiciones. Es cierto que la línea de los bulevares, hasta la del Temple, seguía ocupada por las tropas, lo que hacía que la primera columna de los insurrectos quedara cortada por el centro; pero, a cambio de ello, la segunda columna avanzó desde el barrio de Saint Antoine hasta lograr cercar casi por completo el Ayuntamiento. Estableció su cuartel general en la iglesia de Saint Gervais, a 300 pasos del Ayuntamiento, y se apoderó del convento de Saint Merry y calles adyacentes; y, avanzando hasta mucho más allá del Ayuntamiento, logró aislarla casi totalmente, junto con las columnas de la Cité. Sólo quedó libre un acceso a ella: los muelles de la orilla derecha del Sena.

[113] Véase *supra*, nota 86.

En el Sur, los insurrectos volvían a ocupar totalmente el Faubourg Saint Jacques, habían restablecido las comunicaciones con la Cité, la fortificaron y prepararon el paso hacia la orilla derecha.

Estaba claro que no había tiempo que perder. El Ayuntamiento, centro revolucionario de París, se hallaba amenazado y debía caer antes de que el enemigo procediese a adoptar medidas decisivas.

[*Neue Reihnische Zeitung*, núm. 31, 1 de julio de 1848]

[VI]
La revolución de Junio

La Asamblea Nacional, empavorecida, nombró dictador a Cavaignac[114] y éste, habituado desde Argelia a intervenir "enérgicamente", sabía lo que tenía que hacer.

Inmediatamente, avanzaron diez batallones a lo largo del muelle de l'École hacia el Ayuntamiento. Cortaron las comunicaciones de los insurrectos de la Cité con la margen derecha, aseguraron el Ayuntamiento y se permitieron, incluso, lanzar asaltos contra las barricadas levantadas a su alrededor.

Fue despejada y mantenida constantemente limpia la calle de Planche-Mibray y su continuación, la calle de Saint Martin. La artillería pesada barrió el puente de Nôtre-Dame, situado en frente y que conduce a la Cité. Logrado esto, Cavaignac avanzó directamente sobre la Cité para proceder allí con toda "energía". El puesto principal de los insurrectos, el almacén de la "Belle Jardinière", fue cañoneado primero por la artillería y luego incendiado por medio de cohetes; tres puentes tendidos hacia la orilla izquierda fueron tomados por asalto, y los insurrectos, rechazados, hubieron de replegarse sobre aquella margen del río. Entre tanto, los 14 batallones emplazados en la plaza de Grève y en los muelles del Sena levantaron el

[114] Se hace referencia a la sesión de la Asamblea Nacional francesa, del 24 de junio de 1848.

cerco del Ayuntamiento, y la iglesia de Saint Gervais quedó reducida de cuartel general a un puesto avanzado y perdido de los insurrectos.

La calle de Saint Jacques no sólo fue atacada por la artillería desde la Cité, sino tomada además de flanco desde la orilla izquierda. El general Damesme avanzó a lo largo del Jardín de Luxemburgo hacia la Sorbona, tomó el Barrio Latino y envió sus columnas hacia el Panteón. La plaza del Panteón estaba convertida en una temible fortaleza. Hacía ya mucho tiempo que había sido tomada la calle de Saint Jacques, cuando las fuerzas del "orden" seguían encontrándose aquí con un baluarte inexpugnable. Habían fracasado los cañones y los ataques a la bayoneta, hasta que, por último, la fatiga, la falta de municiones y la amenaza formulada por los burgueses de pegar fuego al barrio obligaron a los 1 500 obreros, cercados por todas partes, a rendirse. Casi al mismo tiempo caía en manos de las fuerzas del "orden" la plaza Maubert, tras larga y valerosa resistencia, y los insurrectos, desalojados de sus posiciones más sólidas, veíanse forzados a abandonar toda la orilla izquierda del Sena.

Entre tanto, las posiciones que las tropas y los guardias nacionales ocupaban en los bulevares de la margen derecha fueron utilizadas también para presionar hacia ambos lados. Lamoricière, que mandaba este sector, ordenó que fuesen despejadas por la artillería gruesa y los rápidos ataques de las tropas las calles de los faubourgs, Saint Denis y Saint Martin, el bulevar del Temple y media calle del Temple. Este general podía jactarse de haber logrado brillantes éxitos antes del anochecer: había dejado cortada y cercada a medias la primera columna insurrecta en el Clos Saint Lazare, había logrado rechazar a la segunda y, con su avance en los bulevares, había introducido una cuña entre las dos.

¿Cómo pudo Cavaignac conseguir estas ventajas?

En primer lugar, gracias a la enorme superioridad de fuerzas que le fue posible desplegar contra los insurrectos. Para el día 24 tenía a su disposición no sólo los 20 000 hombres de la guarnición de París, los 20 000 a 25 000 hombres de la Guardia Móvil y los 60 000 a 80 000 de la Guardia Nacional disponible, sino también

los efectivos de la Guardia Nacional de todos los alrededores de París y de varias ciudades alejadas (de 20 000 a 30 000 hombres), y además 20 000 a 30 000 soldados enviados con toda celeridad de las guarniciones cercanas a la capital. El 24 por la mañana, tenía ya bajo su mando a más de 100 000 hombres, que en el transcurso del día aumentaron en 50 000 más. Y los contingentes de los insurrectos sumaban, cuando mucho, ¡de 40 000 a 50 000 hombres!

En segundo lugar, gracias a los medios brutales que empleó. Hasta entonces, solamente *una vez* habían disparado los cañones en las calles de París: en el Vendimiario de 1795, el día en que Napoleón dispersó con bombas de metralla a los insurrectos, en la calle de Saint Honoré.[115] Pero nunca hasta entonces se había empleado la artillería contra barricadas y contra casas, y menos aún las granadas y los cohetes incendiarios. El pueblo no estaba todavía preparado contra estas armas; se hallaba inerme frente a ellas, y el único recurso que habría podido emplear en contra de tales ataques, el incendio, repugnaba a sus nobles sentimientos. Hasta ahora, el pueblo no había sospechado siquiera que en pleno París pudiera desatarse una guerra de éstas, a la argelina. Por eso retrocedió, y su primer repliegue decidió ya su derrota.

El 25, Cavaignac avanzó a la cabeza de tropas aún muy superiores. Los insurrectos se hallaban ya circunscritos a un solo barrio, a los faubourgs de Saint Antoine y el Temple; tenían, además, en sus manos dos puestos avanzados, el Clos Saint Lazare y una parte del barrio de Saint Antoine, hasta el puente de Damiette.

Cavaignac, que había vuelto a recibir de 20 000 a 30 000 hombres de refuerzo, aparte de considerable parque de artillería, ordenó que se atacasen primeramente los puestos avanzados de los insurrectos, y principalmente el Clos Saint Lazare. Los insurrectos se habían atrincherado allí como en una ciudadela. Por último, tras doce horas de continuo cañoneo y lanzamiento de granadas, Lamoricière logró desalojar a los obreros de sus posiciones y ocupar el

[115] El 12 y 13 Vendimiario (4 y 5 de octubre) de 1795, aplastó Napoleón en París una sublevación de los realistas, que se oponían a la Convención.

Clos; pero, para conseguir esto, tuvo primero que hacer posible un ataque de flanco desde las calles de Rochechouart y Poissonnière y demoler las barricadas, el primer día, con cuarenta cañones, y el segundo día, con un número todavía mayor de piezas de artillería.

Otra parte de su columna avanzó por el Faubourg Saint Martin hasta el Faubourg del Temple, pero sin conseguir nada; entre tanto, otra columna bajada por los bulevares hasta la Bastilla, pero sin lograr tampoco llegar lejos, pues sólo pudo destruir, después de un violento cañoneo, una serie de barricadas verdaderamente temibles. Allí quedaron espantosamente destruidas las casas.

La columna de Duvivier, que atacó desde el Ayuntamiento, hizo retroceder más y más a los insurrectos bajo un fuego constante de la artillería. Fue tomada la iglesia de Saint Gervais y despejada la calle de Saint Antoine hasta muy lejos del Ayuntamiento, mientras varias columnas que avanzaban a lo largo del muelle sobre el Sena y las calles paralelas limpiaban el puente de Damiette, lo que permitía a los insurrectos del barrio de Saint Antoine comunicarse con las islas de Saint Louis y la Cité. Flanqueado el barrio de Saint Antoine, a los insurrectos no les quedaba otro camino que replegarse sobre el faubourg, como en efecto lo hicieron, en medio de violentos combates, con una columna que se movía por los muelles hasta la desembocadura del canal de Saint Martin y desde allí, bordeando el canal, por el bulevar Bourdon. Unos cuantos que quedaron copados fueron pasados a cuchillo, y sólo unos pocos fueron entregados como prisioneros.

Mediante esta operación, lograron las fuerzas del gobierno tomar el barrio de Saint Antoine y la plaza de la Bastilla. Hacia el anochecer, consiguió la columna de Lamoricière conquistar totalmente el bulevar Beaumarchais y logrando así, en la plaza de la Bastilla, reunirse con las tropas de Duvivier.

La toma del puente de Damiette permitió a Duvivier desalojar de sus posiciones, a los insurrectos de la isla de Saint Louis y de la antigua isla Louvier.[116] Y lo hizo, hay que reconocerlo, con un ver-

[116] Véase *supra*, nota 106.

dadero derroche de barbarie argelina. En pocas partes de la ciudad se empleó la artillería pesada con efectos tan devastadores como en la isla de Saint Louis. Pero ¿qué importa? Los insurrectos fueron desalojados o pasados a cuchillo, y el "orden" triunfó sobre un montón de ruinas humeantes y cubiertas de sangre.

En la orilla izquierda del río quedaba todavía un puesto por conquistar. El puente de Austerlitz, que al este del canal de Saint Martin une al Faubourg Saint Antoine con la margen izquierda del Sena, aparecía fuertemente cubierto de barricadas y, en la orilla izquierda, donde desemboca en la plaza Valhubet delante del Jardín Botánico, provisto de una fuerte cabeza de puente. Esta cabeza de puente, que después de la caída del Panteón y de la plaza Maubert era el último parapeto que les quedaba a los insurrectos en la orilla izquierda, fue tomado tras una empeñada resistencia.

Para el día siguiente, el 26, sólo les quedaba, pues, a los insurrectos su última fortaleza, el Faubourg Saint Antoine y una parte del Faubourg del Temple. Estos dos faubourgs no son muy apropiados para combates callejeros; tienen calles bastante anchas y casi totalmente rectas, que ofrecen magnífico campo a la artillería. Por el lado oeste aparecen magníficamente cubiertas por el canal de Saint Martin, mientras que por la parte norte quedan completamente al descubierto. De aquí parten cinco o seis calles derechas y anchas que van a internarse hacia abajo en pleno corazón del Faubourg Saint Antoine.

Las principales defensas eran las de la plaza de la Bastilla y la calle más importante de todo el barrio, la calle del Faubourg Saint Antoine. Se habían levantado aquí barricadas más poderosas, amuralladas en parte con los grandes adoquines y en parte apuntaladas por fuertes vigas. Se hallaban construidas en ángulo hacia adentro, de una parte para debilitar el efecto de los cañonazos y, de otra, para ofrecer un frente de defensa más ancho, que permitiera el fuego graneado. En las casas se habían derribado los muros medianeros, comunicando de este modo entre sí todo un grupo de casas, lo que permitía a los insurrectos, según las exigencias del momento,

abrir fuego de tiradores sobre el enemigo o parapetados los combatientes en los puentes y muelles del canal y en las calles paralelas a éste. En una palabra, los dos faubourgs que todavía se hallaban en manos de los insurrectos semejaban una perfecta fortaleza, en la que las tropas tenían que arrancar con fuertes bajas cada pulgada de terreno.

La lucha debía reanudarse el 26 por la mañana. Pero Cavaignac no tenía ninguna gana de aventurar a sus tropas en aquel dédalo de barricadas. Amenazó, pues, con un bombardeo. Fueron emplazados los morteros y los obuses. Se abrieron negociaciones. Entre tanto, Cavaignac mandó minar las casas más cercanas —aunque sólo pudo hacerse de manera muy limitada, dado el poco tiempo de que se disponía y teniendo en cuenta el canal que cubría una de las líneas de ataque— y desde las casas ya ocupadas se abrieron comunicaciones interiores con las adyacentes por medio de boquetes realizados en los muros medianeros.

Las negociaciones fracasaron y se reanudó la lucha. Cavaignac ordenó al general Perrot atacar desde el Faubourg del Temple y al general Lamoricière desde la plaza de la Bastilla. En ambos puntos se desató un intenso fuego de artillería contra las barricadas. Perrot avanzó bastante aprisa, tomó el resto del Faubourg del Temple y en algunos lugares llegó incluso al Faubourg Saint Antoine. Lamoricière se movió más lentamente. Sus cañones encontraron la resistencia de las primeras barricadas, a pesar de haber sido incendiadas por las granadas las primeras casas del suburbio. Lamoricière volvió a parlamentar. Reloj en mano, aguardó tranquilamente el minuto que habría de depararle el placer de reducir a escombros el barrio más poblado de París. Por fin, capituló una parte de los insurrectos, mientras que la otra, atacada por los flancos, se replegaba tras breve lucha.

Así terminaron los combates de barricadas de la revolución de Junio. En las afueras de la ciudad seguían librándose algunos combates aislados de tiradores, pero ya sin importancia. Los insurrectos fugitivos se dispersaron por los alrededores de la capital y fueron apresados uno a uno por la caballería.

Hemos hecho este relato puramente militar de la lucha para poner de manifiesto ante nuestros lectores la heroica bravura, la unanimidad, la disciplina y la pericia militar con que se batieron los obreros de París. En número de 40 000 pelearon durante cuatro días contra fuerzas cuatro veces mayores y no faltó mucho para que triunfaran. Estuvieron a punto de llegar al centro de París, tomando el edificio del Ayuntamiento, instituyendo un Gobierno provisional y duplicando sus efectivos con los contingentes de los barrios de la ciudad conquistados y los de la Guardia Móvil, que, tal como estaban las cosas, sólo necesitaban de un empujón para pasarse al otro bando.

Algunos periódicos alemanes sostienen que esta batalla ha sido la decisiva entre la República roja y la tricolor, entre los obreros y los burgueses. Nosotros estamos convencidos de que esta batalla no decidirá *nada,* como no sea la división de los vencedores entre ellos mismos. Por lo demás, la marcha de las cosas, vista en su conjunto, demuestra aunque enfoquemos la cosa desde el punto de vista puramente militar, que los obreros habrán de vencer en plazo no muy lejano. ¡Si 40 000 obreros han podido desplegar una lucha tan gigantesca frente a fuerzas cuatro veces mayores, hay que imaginarse de lo que será capaz la gran masa de los obreros de París cuando actúen todos juntos y de un modo coherente!

Kersausie ha sido hecho prisionero y es muy posible que a estas horas haya sido fusilado. Los burgueses podrán quitarle la vida, pero no la gloria de haber sido el *primero en organizar la lucha urbana.* Podrán fusilarlo pero no habrá poder en el mundo capaz de impedir que sus planes y sus ideas sean utilizados en el futuro en todos los combates callejeros. Podrán fusilarlo, pero no impedir que su nombre quede inscrito para siempre en la historia como el del *primer general de las barricadas.*

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 32, 2 de julio de 1848]

LA REVOLUCIÓN DE JUNIO

[C. MARX]

LOS OBREROS DE PARÍS HAN SIDO APLASTADOS POR LA SUPERIOridad del número, pero no han *sucumbido.* Han sido *derrotados,* pero son sus adversarios los *vencidos.* El triunfo momentáneo de la fuerza bruta se ha pagado con la destrucción de todos los engaños e ilusiones de la revolución de Febrero, con la disolución de todo el viejo partido republicano, con la escisión de la nación francesa en dos naciones, la de los poseedores y la de los trabajadores. La República tricolor tiene ya un *solo color:* el color de los derrotados, el *color de la sangre.* La República francesa es ya la *República roja.*

El pueblo no respeta ya ninguna reputación republicana, ni la del *National*[117] ni la de *La Réforme.*[118] Sin más jefes ni otros recursos que los de la misma sublevación, ha resistido, a la burguesía y a la soldadesca francesas unidas, durante más tiempo que cualquier dinastía francesa pertrechada con todo el aparato militar y ha podido hacer frente a una fracción de la burguesía unida al pueblo.

[117] La fracción política formada en torno al periódico francés *Le National* agrupaba a los republicanos burgueses moderados, quienes eran dirigidos por Armand Marrast; en la década de los cuarenta se apoyaba en la burguesía industrial, a la que se hallaba unida por una parte de la intelectualidad liberal.

Le National: diario francés que apareció de 1830 a 1851 en París.

[118] Los partidarios del periódico francés *La Réforme* constituían una fracción política de demócratas y republicanos pequeñoburgueses, encabezados por Louis Blanc. *La Réforme* se publicó, en París, de 1843 a 1850.

Y para que se disipara hasta la última ilusión del pueblo y se rompiera totalmente con el pasado, era necesario que se pusiera también de parte de los opresores el aditamento poético habitual de las revueltas francesas, la entusiasta juventud burguesa, que tomaran partido por ellos los alumnos de la École Polytecnique,[a] los muchachos del tricornio. Era necesario que los estudiantes de la Facultad de Medicina negasen la ayuda de la ciencia a los plebeyos heridos. La ciencia no existe para el hombre de la plebe que ha incurrido en el crimen nefando de batirse en las trincheras por una vez en defensa de su propia existencia, en vez de batirse por Luis Felipe o por el señor Marrast.

El último residuo oficial de la revolución de Febrero, la Comisión ejecutiva,[119] se ha esfumado como girón de niebla ante la gravedad de los acontecimientos. Las figuras retóricas de Lamartine se han convertido en las granadas incendiarias de Cavaignac.

La *fraternité,* la fraternidad entre las clases antagónicas, al amparo de la cual explota la una a la otra, aquella *fraternité* proclamada en Febrero y estampada en grandes caracteres sobre la frente de París, en las fachadas de todas las cárceles y de todos los cuarteles, revela ahora su verdadera, auténtica y prosaica faz, que es la *guerra civil* bajo su forma más espantosa, la guerra entre el trabajo y el capital. Esta fraternidad brilló delante de todas las ventanas de París en la noche del 25 de junio, el día en que el París de la burguesía se iluminaba, mientras el París del proletariado ardía, gemía y se desangraba.

La fraternidad había durado el tiempo durante el cual el interés de la burguesía coincidió con el del proletariado. Los pedantes de la vieja tradición revolucionaria de 1793; los sistemáticos socialistas que mendigan a la burguesía una limosna para el pueblo y a quienes se permitía pronunciar largos sermones y ponerse en evidencia mien-

[a] Escuela Politécnica.

[119] *Comisión ejecutiva:* nombre dado al gobierno de la República francesa designado por la Asamblea Constituyente el 10 de mayo de 1848, en sustitución del Gobierno provisional, que había ya dimitido. Esta Comisión ejecutiva subsistió hasta el 24 de junio del mismo año, fecha en que se instauró en el poder, con los propósitos de controlar la insurrección principalmente obrera, la dictadura militar de Cavaignac.

tras era necesario mantener adormecido al león proletario; los republicanos que reclamaban el mantenimiento del viejo orden burgués con excepción de la testa coronada; los hombres de la oposición dinástica[120] a quienes el azar aportó, en vez de un cambio de ministerio, el derrocamiento de una dinastía; los legitimistas,[121] que no aspiraban a arrojar la librea, sino simplemente a cambiar su hechura; he allí los aliados con los que el pueblo hizo su revolución de Febrero... Lo que instintivamente odiaba el pueblo en Luis Felipe no era a Luis Felipe, sino a la cabeza coronada de una clase, al capital en el trono. Pero, magnánimo como siempre, creyó haber destruido a su enemigo al derrocar al enemigo de sus enemigos, al enemigo *común.*

La *revolución de Febrero* fue la revolución *hermosa,* la revolución de la simpatía general, porque las contradicciones que en ella estallaron contra la monarquía eran aún contradicciones *incipientes,* adormiladas todavía bajo un manto de concordia, porque la lucha social que les servía de fondo no había cobrado aún más que una existencia etérea, la existencia de la frase, de la palabra. La revolución de Junio, en cambio, es la revolución *fea,* la revolución repelente, porque las frases han sido desplazadas aquí por la realidad, porque la República, al echar por tierra la Corona, que la amparaba y la encubría, puso de manifiesto la cabeza del monstruo.

¡Orden!, era el grito de combate de Guizot. *¡Orden!,* gritó Sebastiani, el guizotista, cuando los rusos se apoderaron de Varsovia. *¡Orden!,* grita Cavaignac, como el eco brutal de la Asamblea Nacional francesa y de la burguesía republicana. *¡Orden!,* tronaban sus proyectiles, al desgarrar el cuerpo del proletariado.

Ninguna de las numerosas revoluciones hechas por la burguesía francesa desde 1789 había atentado contra el *orden,* pues todas deja-

[120] *Oposición dinástica:* se llamaba así al grupo encabezado por Odilón Barrot en la Cámara de Diputados francesa durante la monarquía de Julio. Sus miembros defendían los intereses de los círculos liberales de la burguesía industrial y comercial, y abogaban por una reforma electoral moderada, como medio para prevenir la revolución y mantener en pie la dinastía de los Orleáns.

[121] *Legitimistas:* así se les llamaba a los partidarios de la dinastía "legítima" de los Borbones, que ocupó el poder, en Francia, de 1589 a 1793 y que, bajo la Restauración, es decir, de 1815 a 1850, defendieron los intereses de los grandes terratenientes.

ron en pie la dominación de la clase, la esclavitud de los obreros, el *orden burgués*, por muy frecuentemente que cambiara la forma política de esta dominación y de esta esclavitud. Pero la batalla de Junio sí ha atentado contra este orden. ¡La maldición caiga sobre ella!

Bajo el *Gobierno provisional* era decente, era *necesario* pedir a los obreros, como se les pidió en miles de carteles oficiales, que *"pusieran tres meses de miseria a disposición de la República"*, era política y misticismo a un tiempo predicarles que la revolución de Febrero había sido hecha *en su propio interés* y perseguía por encima de todo los *intereses de los obreros.* Pero, desde la *apertura* de la Asamblea Nacional, se impuso el lenguaje prosaico. Ahora ya sólo se trataba —como hubo de decirlo el ministro Trélat— *de hacer que el trabajo volviera a sus viejas condiciones.* Lo que quiere decir que los obreros se habían batido en febrero para verse lanzados a una crisis industrial.

La misión de la Asamblea Nacional consiste en borrar de la realidad la revolución de Febrero, por lo menos para los obreros, y hacer que éstos vuelvan a las viejas condiciones de vida. Pero ni siquiera esto ha podido lograrse, pues no está en manos de una asamblea ni en las de un rey poder gritar a una crisis industrial de proporciones universales: *¡Detente!* La Asamblea Nacional, llevada de su celo brutal por acabar con los enojosos tópicos de febrero, no adoptó siquiera *aquellas* medidas que cabía adoptar situándose en el terreno de las viejas condiciones. A los obreros parisinos de 17 a 25 años los ubicó en el ejército o los lanzó a la calle; a los obreros de fuera los deportó de París a la Sologne, sin molestarse siquiera en pagarles el dinero necesario para el viaje; a los trabajadores adultos de París les asegura el gobierno, provisionalmente, un pedazo de pan de misericordia en talleres militarmente organizados, a condición de que no participen en mítines populares, es decir, a condición de que dejen de ser republicanos. Ya no bastaban ni la retórica sentimental posterior a febrero ni la brutal legislación dictada después del 15 de mayo.[122] Había que decidir el problema, prácticamente, en

[122] *15 de mayo de 1848:* en esta fecha, los obreros de París irrumpieron en la Asamblea Nacional para protestar contra la resistencia del gobierno nacido de la revolución de Febrero

el terreno de los hechos. ¿Para quién habéis hecho, canallas, la revolución de Febrero, para *vosotros* o para *nosotros?* La burguesía formuló la pregunta en términos tales que, necesariamente, debía ser contestada en las jornadas de junio con bombas y barricadas.

Y no obstante, como hubo de decir un diputado (Ducoux) el 25 de junio, el estupor se apoderó de toda la Asamblea Nacional. Se siente estupefacta cuando la pregunta y la respuesta empapan de sangre el pavimento de París; estupefactos, unos porque sus ilusiones se disipan entre el humo de la pólvora, otros porque no comprenden cómo el pueblo puede atreverse a tomar *en sus propias manos sus más vitales intereses.* Para que este hecho singular les entre en la cabeza hace falta recurrir a toda clase de amuletos, el *dinero ruso, el dinero inglés, el águila bonapartista, la flor de lis.* Pero ambos sectores de la Asamblea presienten que un enorme abismo los separa del pueblo. Ninguno se atreve a levantar su voz a favor de éste.

Pasado el estupor, estalla la furia, y la mayoría brama con toda razón contra los miserables utopistas e hipócritas que incurren en el anacronismo de dejar asomar todavía a los labios la palabra *fraternité,* fraternidad. De lo que se trata es precisamente de acabar con esta frase y con las ilusiones que se esconden en su sentido ambiguo. Cuando *Larochejaquelein,* el legitimista, el caballeroso fanático, se indigna contra la infamia con que se grita *Vae victis!,* "¡Ay del vencido!",[123] la mayoría de la Asamblea parece poseída del baile de San Vito, como mordida por la tarántula. Grita *¡Ay!,* a los obreros, para ocultar que el único "*vencido*" es ella misma. Una de

y así poder tomar medidas que permitieran mejorar la situación. Demandaban una serie de medidas de carácter social: mayor ocupación laboral, impuestos especiales sobre los ricos, etc. En vista de que la Asamblea Nacional se negó a conceder sus peticiones, los portavoces de los obreros la declararon disuelta y formaron un Gobierno provisional integrado por Barbès, Blanqui, Albert, Blanc, Proudhon, Cabet y otros más. Esta tentativa fracasó y los dirigentes del movimiento fueron encarcelados, tras de lo cual el gobierno dictó una serie de medidas reaccionarias, entre otras, la supresión de los Talleres Nacionales, la prohibición de concentraciones y manifestaciones públicas y el cierre de los clubes democráticos.

[123] Famoso grito del guerrero galo llamado Breno ante la toma y destrucción de Roma por parte de los ejércitos galos en el año 390 a. n. e.

dos: o tiene que perecer ella o la República. Por eso brama convulsivamente: "¡Viva la República!"[124]

El profundo abismo que se ha abierto ante nosotros ¿deberá inducir a engaño a los demócratas, llevarlos a pensar erróneamente que las luchas por la forma de gobierno son inoperantes, ilusorias, nulas?

Sólo los espíritus débiles y pusilánimes podrían hacerse esta pregunta. Los choques que brotan de las mismas condiciones de la sociedad burguesa deben afrontarse hasta el final, no pueden descartarse por obra de la fantasía. La mejor forma de gobierno es aquella en que no aparecen paliadas las contradicciones sociales, en que no se les pone trabas por la violencia, sino simplemente de un modo artificial y, por tanto, aparente. La mejor forma de gobierno es aquella en que las contradicciones sociales se abren paso en lucha libre y se encaminan así hacia su solución.

Se nos preguntará si no tenemos ninguna lágrima, ningún suspiro, ninguna palabra para quienes cayeron víctimas de la cólera del pueblo, para la Guardia Nacional, la Guardia Móvil, la Guardia Republicana o las tropas de línea.

El Estado se ocupará de velar por sus viudas y sus huérfanos; se dictarán decretos glorificándolos, solemnes procesiones acompañarán sus cuerpos a la tumba, la prensa oficial los declarará inmortales, la reacción europea, de Este a Oeste, les tributará cálidos homenajes.

Pero el ceñir los laureles sobre las frentes sombrías y amenazadoras de los plebeyos atenazados por el hambre, insultados por la prensa, abandonados por los médicos, acusados por la gente honesta de ladrones, incendiarios y esclavos de galeras, y que han caído dejando a sus mujeres y sus hijos sumidos en una miseria todavía más insondable y a los mejores de los sobrevivientes condenados a penar en la deportación al otro lado del océano; el hacer esto, es el *privilegio*, es el *derecho de la prensa democrática.*

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 29, 29 de junio de 1848]

[124] Se hace referencia a la sesión de la Asamblea Nacional francesa, del 25 de junio de 1848.

LA "GACETA DE COLONIA" SOBRE LA REVOLUCIÓN DE JUNIO

[F. ENGELS]

COLONIA, 30 DE JUNIO. LEER LOS SIGUIENTES PASAJES TOMAdos del *London Telegraph,* comparar con ellos las cháchara alemanas de la razón social Brüggemann-Dumont-Wolfers acerca de la revolución de Junio en París y reconoceréis que la burguesía inglesa, aparte de muchas otras ventajas, le lleva por lo menos *una* a los *filisteos alemanes:* la de enjuiciar los grandes acontecimientos desde el punto de vista burgués, por supuesto, pero haciéndolo en realidad como *hombres adultos* y no como *muchachos de la calle.*

Dice el *Telegraph,* en su número 122:

> Se esperará de nosotros que nos pronunciemos acerca del origen y las consecuencias de este espantoso derramamiento de sangre. *Desde el primer momento se presenta ante nuestra vista como una batalla acabada entre dos clases* [¡Mi reino por un pensamiento así!, exclaman para sus adentros la augusta dama "de Colonia" y su "Wolfers"]. Es el levantamiento de los obreros contra el gobierno creado por ellos mismos y contra la clase que ahora lo sostiene. Decir cómo surgió el conflicto resulta menos fácil que exponer sus causas permanentes y siempre actuales. La *Revolución de Febrero* la hicieron principalmente las *clases trabajadoras,* y éstas no se recataban para manifestar que *la habían hecho en su propio beneficio.* No era tanto una revolución política como una revolución social. Las masas de obreros descontentos no han venido al mundo dotadas de una

vez con todas las cualidades propias del soldado. Ni su miseria y su descontento son tampoco pura y simplemente el futuro de los acontecimientos de los últimos cuatro meses. El lunes citábamos los datos tal vez exagerados, del señor Leroux, quien, sin que nadie le contradijera, afirmó en la Asamblea Nacional que en Francia hay 8 millones de mendigos y 4 millones de trabajadores que no cuentan con un ingreso seguro. Se refería expresamente al periodo *anterior* a la revolución y se quejaba, precisamente de que *de entonces acá* no se hubiese hecho nada para curar esta pavorosa enfermedad. Las teorías del socialismo y el comunismo, que habían madurado en Francia y que ahora ejercen allí tan poderosa influencia sobre la opinión pública, brotaron de la situación de opresión y miseria espantosa en que se hallaba la gran masa del pueblo bajo el gobierno de Luis Felipe. Lo fundamental, lo que no debe perderse de vista, es *la desesperada situación de la masa; aquí reside la causa real y viva de la revolución.* La Asamblea Nacional acordó en seguida arrebatar a los trabajadores las ventajas que tan precipitadamente y con tanta ligereza les habían concedido los políticos de la revolución. Se manifestaba claramente una *fuerte reacción* en el terreno *social* e incluso en el *político.* Se intimaba al poder, apoyado por una gran parte del país, *a desprenderse de aquellos hombres a quien dicho poder debía su existencia.* Primero halagados y nutridos, luego divididos y amenazados de morir por hambre, enviados más tarde a las provincias, donde todas sus posibilidades de trabajo habían sido destruidas, y expuestos por último al plan de acabar con el poder instaurado por ellos, ¿puede nadie extrañarse de que los trabajadores se enfurecieran? A nadie, en verdad, puede sorprenderle que consideraran necesario desencadenar una segunda revolución más eficaz que la primera. Y sus perspectivas de éxito frente al poder armado del gobierno parecían, ante la larga y sostenida resistencia anterior, más grandes de lo que la mayoría de la gente se figuraba. De todo esto, del hecho de que no se hubiera revelado entre el pueblo ningún dirigente político y de la circunstancia de que volvieran a presentarse ante las barreras de la ciudad los trabajadores expulsados de París se desprende que la *insurrección fue la consecuencia de un descontento general entre las clases trabajadoras, y no la obra de agitadores políticos.* Los trabajadores están convencidos de que sus

intereses han sido traicionados por su *propio gobierno.* Y han echado mano de las armas, *lo mismo que en Febrero,* para luchar contra la *espantosa miseria* de que son víctimas desde hace ya tanto tiempo.

La lucha actual no es más que la continuación de la revolución de Febrero. Una continuación de la lucha que en toda Europa se libra en torno a una distribución más justa del producto anual del trabajo. Esta lucha tal vez llegue a ser dominada en París, donde el poder que la nueva autoridad heredó de la antigua tiene evidentemente la supremacía. *Pero por mucho que se logre dominar, esta lucha se reproducirá una y otra vez* hasta que el gobierno implante una distribución más justa del producto anual del trabajo o, viéndose en la imposibilidad de hacerlo, desista de todos estos intentos y entregue la decisión a la libre competencia en el mercado... *La verdadera batalla se libra por obtener los medios de sustento necesarios.* La misma clase media ha sido despojada de sus medios de existencia por los políticos que han asumido el mando de la revolución. *La clase media se ha vuelto más bárbara que los trabajadores.* En ambos lados se han inflamado hasta conducir a actos funestos las más enconadas pasiones. *Éstas dan de lado a todo lo que sea fraternidad, para entregarse a batallas homicidas.* El gobierno, ignorante y malvado, que ante una crisis tan extraordinaria como ésta no parece tener el menor concepto de su deber, en principio azuza a los obreros contra la clase media y *se vale ahora de ésta para exterminar a los obreros engañados,* defraudados y encolerizados. Pero la reprobación que estos grandes males merecen no debe afectar a la revolución, *a la decisión de luchar contra la opresión y la miseria.* Debe ir dirigida, más bien, contra quienes, llevados de su ignorancia política, empeoran todavía más las deplorables condiciones heredadas de Luis Felipe.

Así escribe, acerca de la revolución de Junio, un periódico burgués de *Londres,* periódico que defiende los principios de *Cobden, Bright,* etc. y que es, después del *Times*[125] y del *Northern Star,*[126] los

[125] *The Times:* el diario londinense más importante, de tendencia conservadora; fue fundado en Londres en 1785 bajo el título de *Daily Universal Register.* En 1788, cambió de nombre por el de *The Times.*

[126] *The Northern Star:* semanario inglés, órgano permanente de los cartistas ingleses; fue

dos déspotas de la prensa inglesa, como los llama el *Manchester Guardian,*[127] *el periódico más leído de Inglaterra.*

Comparemos con esto lo que dice el núm. 181 de la *Gaceta de Colonia.*[128] Este extraño periódico convierte la *lucha entre dos clases* en la lucha entre *la gente honesta* y *los bribones.* ¡Bravo periódico! Como si estos epítetos no se los lanzasen a la cabeza, la una a la otra, esas clases mismas. Es el mismo periódico que al *principio,* cuando llegó el rumor de la insurrección de Junio, confesó *su total ignorancia acerca del carácter* del movimiento, que *luego* hubo de hacer que le escribieran *desde París* que se trataba de *una importante revolución social* cuyo alcance no podía circunscribirse *a una sola derrota* y que, por último, volviendo a cobrar ánimos ante *una* derrota de los obreros, sólo acierta a ver en la insurrección la lucha de la *inmensa mayoría* contra una *horda salvaje* de caníbales, *ladrones y asesinos.*

¿Qué fue la guerra de los esclavos romanos? *¡Una guerra entre la gente honesta y los caníbales!* ¡El señor *Wolfers* se dedicará a escribir la historia de Roma y el señor *Dumont-Brüggemann* ilustrará a los *trabajadores,* a estos "desdichados", acerca de "sus verdaderos derechos y deberes, los iniciará en *la ciencia* que conduce al orden y *forma* al verdadero ciudadano!"

¡Viva la *ciencia Dumont-Brüggemann-Wolfers,* la ciencia secreta! He aquí *un* ejemplo de esta *ciencia infusa:* nuestro honorable triunvirato cuenta a sus crédulos lectores a lo largo de dos números que el general Cavaignac *trata de minar el barrio de Saint Antoine.* Da la casualidad de que éste es un poco *más grande que la buena ciudad de Colonia.* Pero el triunvirato científico, que recomendamos a la Asamblea Nacional alemana para poder dominar el conocimiento

publicado de 1837 a 1852, en un principio en Leeds y, desde 1844, en la ciudad de Londres. Su fundador y director inicial fue Feargus Edward O'Connor. Durante la década de los cuarenta, Geoge Julian Harney se hizo cargo de la dirección del semanario, donde Marx y Engels colaboraron por esos mismos años.

[127] *The Manchester Guardian:* diario inglés de tendencia burguesa, órgano de los librecambistas y más tarde del partido liberal; fue fundado en la ciudad de Manchester en 1821.

[128] Véase *supra,* nota 43.

de Alemania, el triunvirato *Dumont-Brüggemann-Wolfers,* triunfa sobre esta dificultad y se las arregla para hacer saltar la ciudad de Colonia con una sola mina. A sus ideas acerca de la mina capaz de hacer volar el barrio de Saint Antoine corresponde la idea que ese triunvirato tiene de las potencias subterráneas que minan la moderna sociedad, que hicieron temblar al París de Junio y que vomitaban lava por el cráter de la revolución.

¡Oh, bendito triunvirato! ¡Oh, gran *Dumont-Brüggemann-Wolfers,* del mundo de las grandezas proclamadas por los anunciantes! ¡Oh, anunciantes de Cavaignac! *Hemos* inclinado humildemente nuestras cabezas ante la más grande crisis histórica que jamás haya estallado, ante la *lucha de clases de la burguesía y el proletariado.* Nosotros no hemos inventado el hecho, nos limitamos a registrarlo. Hemos tomado nota de que una de las clases es *la vencida,* como dice *el propio Cavaignac.* Y sobre la tumba de los vencidos hemos gritado "¡Ay de los vencidos!", y el propio Cavaignac retrocede temeroso ante su responsabilidad histórica. Y la Asamblea Nacional acusa de cobardía a todos y cada uno de sus miembros que nos se atreven a asumir abiertamente una responsabilidad histórica tan temible. ¿Hemos abierto a *los alemanes* el libro de la Sibila para que lo quemen? Cuando relatamos las luchas de los cartistas[129] y la burguesía inglesa, ¿exigimos de los alemanes que se vuelvan ingleses?

¡Pero tú, Alemania, ingrata Alemania, conoces sin duda la *Gaceta de Colonia,* sus anuncios, pero no conoces a tus más grandes hombres, no conoces a tus *Wolfers,* tus *Brüggemanns,* tus *Dumonts!* ¡Cuánto sudor cerebral, cuánto sudor de la frente, cuánto sudor de sangre se ha derramado en la *lucha de clases,* en las luchas de libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores feudales y siervos, capitalistas y obreros! *Pero sólo porque no existía una "Gaceta de Colonia".* Pues, ¡oh valientísimo triunvirato!, si la sociedad moderna ha engendrado *"fascinerosos", "caníbales", "asesinos"*

[129] Véase *supra,* nota 49.

y "*saqueadores*" en tal cantidad y dotados de tanta energía, que al levantarse hacen temblar los fundamentos de la sociedad oficial, ¿qué sociedad es ésta? ¿Qué anarquía es ésta, clasificada por orden alfabético? ¿Y crees que has superado la escisión, crees que has elevado a un plano superior a los coactores y a los espectadores del pavoroso drama, al rebajarlos al plano de una tragedia de criados de Kotzebue?[130]

Entre los *guardias nacionales de los barrios de Saint Antoine, Saint Jacques y Saint Marceau* ¡solamente cincuenta se prestaron a responder a los sones de la trompeta: así nos dice el *Moniteur* de París, el órgano del Estado, el periódico de Luis XVI, de *Robespierre, Luis Felipe* y *Marrast-Cavaignac!* ¡Nada más sencillo para la *ciencia* que "formar" al hombre como *verdadero ciudadano*! ¡Se nos quiere hacer creer que los tres barrios más grandes de París, los tres barrios más industriales, cuyos modelos hacen palidecer la muselina de Dacca y el terciopelo de Spitalfields, son madrigueras de "caníbales", "saqueadores", "bandoleros" y "malhechores"! Así nos lo asegura *Wolfers.*

¡Y *Wolfers* es un hombre honorable![131] Rinde un gran homenaje a los bribones, haciéndolos artífices de más grandes batallas y obras de arte, de hazañas más heroicas que todas las realizadas por Carlos X, Luis Felipe, Napoleón y los tejedores de Dacca y Spitalfields.

Hablábamos más arriba del *London Telegraph.* Ayer escuchaban nuestros lectores a *Emile Girardin.* La clase obrera, nos decía, después de dar un plazo de un mes a su deudor declarado en quiebra, la revolución de Febrero, golpeó, como acreedor exigente, con el mosquete, con la barricada y con el propio cuerpo en las puertas de la casa de su deudor. *¡Emile Girardin!* ¿Y quién es este señor? No

[130] El alemán Kotzebue escribió centenares de obras dramáticas realmente mediocres. Los personajes principales de sus comedias, por lo demás exageradamente sentimentales, solían ser criados y servidores domésticos, jardineros, damas de compañía, etc. Su obra más conocida se titula *Odio y arrepentimiento,* publicada en 1789.

[131] Variante de una frase tomada de la obra *Julio César,* de William Shakespeare, Acto Tercero, escena II: "... y Bruto es un hombre honorable".

es, ¡Dios nos libre!, ¡ningún anarquista! Pero es un *republicano del día siguiente*, un *republicano de mañana (repúblicain du lendemain)*, y la *Gaceta de Colonia*, un *Wolfers*, un *Dumont*, un *Brüggemann*, todos, son *republicanos de anteayer, republicanos de antes de la república, republicanos de la víspera (republicains de la vieille)*. ¿Puede un *Emile Girardin* comparecer en el estrado de los testigos al lado de un *Dumont*? Si la dama de Colonia añade a las *deportaciones* y a las *penas de horca* el gozo maligno de *deportar* y de *ahorcar*, ¡admiremos su patriotismo! Sólo trata de demostrar al mundo, a un mundo incrédulo y ciego como un poste, al mundo alemán, que la *república es más poderosa que la monarquía*, que la república, con Cavaignac y Marrast, ha podido lo que la Cámara de Diputados constitucional no pudo con Thiers y Bugeaud. "¡Vive la république!" "¡Viva la república!", grita la dama espartana, la dama de Colonia, a la vista del París que desangra, que gime y arde. ¡Oh, la criptorrepublicana! ¡Eso pasa por ser cobarde y *pusilánime* a los ojos de un *Gervinus* y de una *augsburguesa*![132] ¡La intachable! ¡La Charlotte Corday de Colonia!

Fijaos bien en que *ningún periódico parisino* ni el *Moniteur*, el *Débats*,[133] ni el *National*[134] nos hablan de *caníbales*, de *saqueadores*, de *bandoleros* ni de *asesinos*. Sólo un periódico, el periódico de *Thiers*, el hombre cuya inmoralidad fustigaba *Jacobus Venedey* en la *Gaceta de Colonia*, es a quien esta dama le gritaba a voz en cuello:

No, no lo tendréis,
no tendréis el libre Rin alemán,[135]

[132] Se hace referencia, a la *Allgemeine Zeitung*, diario aparecido desde 1798; de 1810 a 1882 fue publicada en la ciudad de Augsburgo.

[133] *Journal des Débats Politiques et Littéraires:* diario francés fundado en París en 1789. Bajo la monarquía de Julio fungió como el periódico gobiernista y como órgano de la burguesía orleanista. En 1848, durante los movimientos insurreccionales, sostuvo las ideas burguesas partidarias del orden y la reacción.

[134] Véase *supra*, nota 117.

[135] Tomado del poema patriótico "El Rin alemán", del cual era autor Nicolaus Becker; al ponérsele música, pronto se hizo la canción más popular entre los chovinistas alemanes.

es la hoja de Thiers, el *Constitutionnel,*[136] en el que se inspiran el *Indépendance*[137] belga y la ciencia renana, personificada por *Dumont-Brüggemann-Wolfers.*

Examinad ahora con cierto espíritu crítico esas anécdotas escandalosas con que escarnece a los caídos la *Gaceta de Colonia,* el mismo periódico que, *al estallar la lucha,* declaraba *ignorar* totalmente su carácter, que *durante* la lucha manifestaba que estábamos ante una *importante revolución social* y que ahora, *después* del combate, nos dice que se trata de un refriega entre *gendarmes y bribones.*

¡Se nos dice que han *saqueado*! Pero, *¿qué* han saqueado? Han saqueado *armas, municiones, vendajes* y los *alimentos más indispensables.* Y estos bribones escribían en los escaparates de las tiendas: *Mort aux Voleurs! ¡Muerte a los bribones!*

¡Se nos dice que han *asesinado como caníbales*! Pero estos caníbales no permitían que los *guardias nacionales,* que se acercaban a las barricadas *detrás* de las tropas de línea, *hundiesen el cráneo a sus heridos,* que abatiesen a tiros a sus hombres vencidos, que apuñalasen a sus mujeres. Eran caníbales que en una *guerra de exterminio,* como la llama un periódico francés de la burguesía, *¡exterminaban!*

¡Se nos dice que han *incendiado!* Pero la *única* tea encendida que en el 8º distrito lanzaron en contra de los *legítimos* cohetes incendiarios de Cavaignac, era solamente, como acredita el *Moniteur,* una tea *poética,* una tea *imaginaria.*

> Los unos —dice Wolfers— mantenían en alto el programa de Barbès, Blanqui y Sobrier; los otros resucitaban a Napoleón o a Enrique V.

Y la casta virgen de Colonia, que no se deja embarazar ni por los napoleónicos ni por los Blanquis, declaraba ya al segundo día

[136] *Le Constitutionnel:* diario francés de tendencia burguesa, publicado entre 1815 y 1870. Durante la década de los cuarenta, fue el órgano del ala moderada de los orleanistas; durante el periodo de los movimientos de 1848, mantuvo las ideas de la burguesía realista contrarrevolucionaria, agrupada en torno a Thiers. Después del golpe de Estado bonapartista, el 2 de diciembre de 1851, se convirtió en un órgano oficial.

[137] Véase *supra,* nota 98.

de la insurrección que se luchaba "en nombre de la *República Roja*". ¡A que nos habla, pues, acerca de *pretendientes a la Corona*! Lo que ocurre es, como ya hemos dicho, que ella es una *criptorrepublicana* empedernida y un Robespierre con faldas, que husmea pretendientes por todas partes y siente sublevarse su moral contra ellos.

> Casi todos estaban provistos de dinero y algunos de sumas considerables.

Serían entre 30 000 y 40 000 obreros ¡y "casi todos estaban provistos de dinero", en estos tiempos de penuria y paralización de los negocios! ¡El dinero probablemente *escaseaba, porque lo habían escondido los obreros!*

El *Moniteur* ha publicado una lista muy concienzuda de todos los casos en que se les encontró *dinero* a los insurrectos. Estos casos no pasan, cuando más, de *veinte.* Los distintos periódicos y corresponsales repiten estos casos y citan sumas muy distintas cada cual a su gusto. La *Gaceta de Colonia,* cuyo tacto crítico es proverbial, considerando estos veinte relatos de veinte casos como otros tantos casos distintos y añadiendo a ellos los que circulan como rumores, puede llegar cuando mucho a un total de 200. Pero ello la autoriza a afirmar que ¡casi todos, entre 30 000 y 40 000, estaban provistos de dinero! Lo único que hasta ahora se ha comprobado es que se habían mezclado o tratado de mezclarse entre los combatientes de las barricadas agentes bonapartistas, legitimistas y también, tal vez, felipistas, provistos de dinero. El señor *Payer,* un miembro altamente conservador de la Asamblea Nacional a quien los insurrectos tuvieron doce horas detenido, declara que *"la mayoría de ellos eran obreros llevados a la desesperación por cuatro meses de miseria"* y que le habían dicho: *"¡Vale más morir de un balazo que morir de hambre!"*

> Muchos, muchísimos muertos, asegura Wolfers, ostentaban el infamante signo con que la sociedad marca a los criminales.

Es ésta una de las más viles mentiras, de las calumnias repugnantes, de las infamias que han clavado en la picota *Lamennais,* enemigo de los insurrectos, en su *Peuple Constituant*[138] y el siempre caballeroso *Larochejaquelain,* el legitimista, en la Asamblea Nacional.[139] Esta mentira descansa toda ella en la afirmación de *una* oficina de prensa, no *confirmada* por el *Moniteur,* de que se encontraron *once cadáveres* marcados con las letras T. F.[a] ¿En qué revolución no se han encontrado estos once cadáveres? ¿Y qué revolución no estampará esta marca de infamia a once multiplicados por cien?

No perdamos de vista que los periódicos, las proclamas, las iluminaciones de los vencedores atestiguan que han torturado a sus enemigos por el hambre, los han empujado a la desesperación, los han escupido, fusilado, emparedado vivos y escarnecido sus cadáveres. Y luego, las *anécdotas* contra los vencidos, relatadas por un solo periódico, el *Constitutionnel,* reproducidas por el *Indépendance* y traducidas al alemán por la *Gaceta de Colonia.* No hay mayor agravio contra la verdad, ha dicho Hegel, que el querer probarla por medio de una *anécdota.*

Sentadas a la puerta de sus casas de París, las mujeres hacen *vendas* para los heridos, incluso para los insurrectos heridos. Los redactores de la *Gaceta de Colonia* vierten en sus heridas *ácido corrosivo.*

Nos denuncian a *nosotros* a la *policía.* Nosotros, en cambio, aconsejamos a los *obreros,* a estos "desventurados", que se dejen "ilustrar acerca de sus verdaderos derechos y deberes", que se dejen "iniciar en la *ciencia* que conduce al orden y forma al verdadero ciudadano", en la escuela de ese inmortal triunvirato formado por *Dumont-Brüggemann-Wolfers.*

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 31, 1 de julio de 1848]

[138] *Le Peuple Constituant:* diario francés de tendencia burguesa republicana. Fue publicado en París de febrero a julio de 1848. Fue dirigido por Lamennais.

[139] Véase *supra,* nota 104.

[a] *Travaux forcés,* trabajos forzados, con que se identificaba a los presidiarios.

LA POLÍTICA EXTERIOR DE ALEMANIA

[F. ENGELS]

COLONIA, 2 DE JULIO. AZUZAR A LOS PUEBLOS ENTRE SÍ, UTILIZANDO a unos para oprimir a los otros y velando así por la persistencia del poder de los gobernantes absolutos, era hasta ahora el arte de gobernar y la obra de gobierno de los poderosos y sus diplomáticos. En este arte se ha destacado con notable relieve Alemania. Para mencionar solamente los últimos setenta años, ha alquilado a los británicos, por dinero inglés, a sus lasquenetes para que lucharan contra los norteamericanos que peleaban por su independencia. Y cuando estalló la primera Revolución francesa, fueron de nuevo los alemanes quienes se dejaron azuzar como una jauría rabiosa contra el pueblo de Francia, quienes en el brutal manifiesto del duque de Braunschweig[140] amenazaron con no dejar piedra sobre piedra en París y quienes se conjuraron con los nobles emigrados contra el nuevo orden instaurado en Francia, recibiendo a cambio de ello la soldada de Inglaterra, a que se daba el nombre de *subsidio.* Cuando los holandeses tuvieron la única idea razonable que se les ocurrió durante los últimos doscientos años y decidieron poner término a los desmanes de la Casa de Orange y convertir su país en una República,[141] volvieron los alemanes a actuar como ver-

[140] Duque de Braunschweig: comandante en jefe del ejército austriaco-prusiano que luchó contra la Francia revolucionaria. El 25 de julio de 1792, lanzó un manifiesto en el que amenazaba al pueblo francés con reducir a escombros la ciudad entera de París.

[141] En 1785, los holandeses se sublevaron contra la dominación de la camarilla aristocrá-

dugos de la libertad. También Suiza podría decirnos algo acerca de la vecindad alemana, y Hungría tardará en reponerse de los daños que le fueron inferidos por la dinastía germánica de Austria. Hasta Grecia fueron enviadas las hordas mercenarias alemanas encargadas de proteger el pequeño trono del amado Otto,[142] e incluso Portugal ha conocido los manejos de los polizontes germanos. Y los congresos que siguieron al año 1815; las expediciones de los austriacos contra Nápoles, Turín y la Romaña; la prisión de Ypsilanti; la guerra de opresión de Francia contra los españoles, impuesta por Alemania,[143] el apoyo dispensado por los alemanes a don Miguel[144] y a don Carlos;[145] la reacción armada de Inglaterra sostenida por tropas hanoveranas; Bélgica, desmembrada y "termidorizada"

tica, agrupada en torno al gobernador de los Países Bajos, Guillermo de Orange. Este movimiento, encabezado por la facción republicana de la burguesía, lo expulsó de sus territorios, a pesar de lo cual el poder de Guillermo de Orange fue restablecido en poco tiempo, en 1787, con ayuda de las tropas prusianas.

[142] En 1832, tras un acuerdo entre Inglaterra, Francia y Rusia, fue restaurado en el trono de Grecia el príncipe Otto de Baviera, menor de edad y que llegó al país acompañado por tropas bávaras. Reinó en Grecia hasta el año de 1862 con el nombre de Otto I.

[143] *Los Congresos de la Santa Alianza* celebrados en Troppau y Laibach (1820 y 1821) y en Verona (1822) aplicaron en sus acuerdos la política reaccionaria de Austria, Prusia y Rusia. En el primero se proclamó oficialmente el principio de la intervención de las potencias de la Santa Alianza en los asuntos internos de otros Estados. Basándose en lo acordado en él, cruzaron la frontera, en febrero de 1821, 60 000 soldados austriacos, para restaurar en Nápoles el orden absolutista derrocado por el pueblo. Del mismo modo fue aplastado el movimiento nacional y liberal de Turín, que luchaba contra las tropas del rey Víctor Manuel de Cerdeña. En 1831, estalló en Módena y en la Romaña (territorio del Estado pontificio) una insurrección encabezada por los carbonarios; este levantamiento, dirigido contra el poder temporal, del papa y la dominación extranjera de los austriacos y a favor de la unidad y la independencia de Italia, fue sofocado por las tropas austriacas y pontificias. El Congreso de Verona, a instigación de Austria, acordó intervenir militarmente en España para aplastar el movimiento popular y restaurar la monarquía absoluta de Fernando II. En cumplimiento de este acuerdo, Francia invadió la península con 100 000 hombres (los "Cien mil hijos de San Luis", por alusión al rey Luis XVIII), derrocando al Gobierno liberal que había iniciado una serie de reformas, implantando así un régimen de terror.

[144] Durante la década de los veinte y los treinta del siglo XIX, las potentes Austria, Prusia y Rusia apoyaron dentro de Portugal al partido reaccionario-clerical encabezado por el infante don Miguel de Braganza, cuyo principio central era la defensa del absolutismo.

[145] El pretendiente al trono español don Carlos fue el promotor de la guerra Civil carlista y jefe del partido monárquico-clerical. En esta lucha contó con el apoyo de las potencias Austria, Prusia y Rusia.

por la influencia alemana; alemanes que son en la entraña misma de Rusia los puntales del *grande* y de los pequeños autócratas; toda Europa inundada de Coburgos...

¡Polonia desfalcada y Cracovia acuchillada con ayuda de la soldadesca alemana![146] La Lombardía y Venecia esclavizadas y esquilmadas con la mediación del dinero y la sangre alemanes; los movimientos de liberación de toda Italia ahogados directa o indirectamente con el apoyo de Alemania por las bayonetas, la horca, la cárcel y las galeras. El registro de las culpas es demasiado largo, no sigamos adelante.

La culpa de las infamias perpetradas en otros países con ayuda de Alemania no recae solamente sobre los gobiernos, sino que, en buena parte, gravita también sobre los hombros del pueblo alemán. A no ser por sus extravíos, por su servilismo, por su disposición para prestarse a servir como tropa de lansquenetes, como "sumiso" esbirro e instrumento de los señores "por la gracia de Dios", el nombre alemán sería menos odiado, maldecido y despreciado en el extranjero y los pueblos oprimidos por Alemania habrían alcanzado desde hace ya mucho tiempo un estado normal de libre desarrollo. Ahora, que los alemanes sacuden su propio yugo, tendrá que cambiar también toda su política frente al extranjero si no queremos que nuestra incipiente libertad apenas vislumbrada, se vea estrangulada bajo los grilletes que ponemos a otros pueblos. Alemania se liberará en la misma medida en que respete la libertad de los pueblos vecinos.

Y la verdad es que, al cabo, las cosas van mejorando. Las mentiras y tergiversaciones que tan afanosamente difundían contra Polonia e Italia los viejos órganos de gobierno, los intentos encaminados a incubar un odio artificial, aquellos grandilocuentes discursos pronunciados para todas estas fórmulas mágicas, han perdido su fuerza. El patriotismo oficial solo sigue rindiendo pingües ganancias allí donde el interés material alberga detrás de estos arabescos

[146] Se hace referencia a la represión que produjo de parte de los ejércitos prusiano y austriaco la insurrección polaca de 1846.

patrióticos, entre una parte de la gran burguesía, que todavía hace buenos negocios con este patrioterismo. Esto lo sabe y con ello especula el partido reaccionario. Pero la gran masa de la clase media alemana y de la clase obrera sabe o siente que en la libertad de los pueblos vecinos se halla la garantía de su propia libertad. ¿Acaso siguen siendo populares o se hallan ya más bien desacreditadas las últimas ilusiones acerca de cruzadas "patrióticas", como la guerra de Austria contra la independencia de Italia o la de Prusia contra Polonia?

Pero ni esta conciencia ni este sentimiento son suficientes. Si la sangre y el dinero de Alemania no han de seguir derrochándose contra su propio interés en oprimir a otras nacionalidades, necesitamos conquistar un verdadero gobierno popular y desmontar hasta en sus cimientos el viejo edificio. Solamente así la política sangrienta y cobarde del viejo sistema, ahora renovado, cederá el puesto a la política internacional de la democracia. Mal puede pretenderse actuar democráticamente hacia el exterior cuando se estrangula la democracia dentro de casa.

Hay que hacer cuanto sea preciso para allanar el camino por todos los medios al sistema democrático, del lado de acá y del lado de allá de los Alpes. Los *italianos* no dejan de manifestar en sus declaraciones los sentimientos amistosos que los animan respecto a Alemania. Baste recordar aquí el manifiesto al pueblo alemán del Gobierno provisional milanés[147] y los múltiples artículos de la prensa alemana animados por el mismo espíritu. Tenemos ahora ante nuestros ojos un nuevo testimonio de estos mismos sentimientos, una carta particular dirigida a la redacción de la *Nueva Gaceta Renana* por el comité de administración de un periódico que se publica en Florencia con el título de *L'Alba*. La carta aparece fechada el 20 de junio y dice, entre otras cosas:

[147] Se hace referencia a la proclama titulada "Il Governo provvisorio alla Nazioni Germanica", del 6 de abril de 1848, en que el Gobierno provisional de Milán, convertido en República, expresaba sus solidarios vínculos fraternales con el pueblo alemán y llamaba a la lucha común contra las fuerzas de la reacción.

... Os agradecemos muy cordialmente el respeto y la simpatía que demostráis hacia nuestra pobre Italia. Podemos aseguraros sinceramente que todos los italianos saben muy bien quiénes son en realidad los que atentan contra su libertad y la combaten y que su enemigo más rabioso no es tanto el poderoso y generoso pueblo alemán como el gobierno despótico, injusto y cruel que lo avasalla. Os aseguramos que todo verdadero italiano suspira por que llegue el momento en que pueda tender libremente su mano al hermano alemán, el cual, una vez establecidos sus derechos imprescriptibles, sabrá defenderlos y respetarlos, haciendo respetar también los suyos propios por parte de todos sus hermanos. Confiando siempre en los principios que os habéis propuesto como misión propalar celosamente, quedamos muy cordialmente.

vuestros sinceros amigos y hermanos
(firm.) *L. Alinari.*

El *Alba* es uno de los pocos periódicos de Italia que mantiene resueltamente los principios democráticos.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 33, 3 de julio de 1848]

LA POLÍTICA EXTERIOR DE ALEMANIA Y LOS ÚLTIMOS ACONTECIMIENTOS DE PRAGA

COLONIA, 11 DE JULIO. PESE A LOS BRAMIDOS Y REDOBLES DE tambor patrióticos de casi toda la prensa alemana, la *Nueva Gaceta Renana* ha tomado partido, desde el primer momento, en Posen, por los polacos, en Italia por los italianos y en Bohemia por los checos. Hemos sabido descubrir desde el primer momento la política maquiavélica que, dentro de Alemania, deslizándose en las mismas fortalezas, trata de paralizar las energías democráticas, de desviar la atención hacia otro lado, de encauzar por un canal de desagüe la ardiente lava revolucionaria, de forjar las armas de la opresión interior, conjurando para ello un *odio de raza* que repugna al carácter cosmopolita de los alemanes y que en guerras raciales de una crueldad sin precedentes y una barbarie sin nombre ha criado una soldadesca como no llegó a existir ni siquiera en la guerra de los Treinta Años.

En el mismo momento en que los alemanes luchan por la libertad interior en contra de sus gobiernos, hacerlos emprender bajo el mando de estos mismos gobiernos una cruzada contra la libertad de Polonia, Bohemia e Italia, ¡vaya combinación! ¡Vaya paradoja histórica! Alemania, sacudida por la revolución, abre una válvula de escape hacia el exterior con una *guerra de restauración,* con una campaña militar encaminada a afianzar el viejo poder contra el cual precisamente hace la revolución. No; sólo la *guerra contra Rusia*[148]

[148] Es evidente que el Imperio ruso despertaba un especial recelo y hasta odio en Marx,

es una gran guerra en que Alemania puede redimirse de los pecados del pasado, de la que puede salir crecida, en la que puede derrotar a sus propios autócratas, en la que puede, como cumple a un pueblo que sacude las cadenas de una larga y perezosa esclavitud, pagar la propaganda de la civilización con el sacrificio de sus hijos y liberarse dentro de su casa liberándose al exterior. Cuanto más recaiga la luz diaria de la publicidad sobre los más recientes acontecimientos, haciéndolos resaltar en nítido relieve, más se encargarán los hechos de corroborar nuestra concepción acerca de las guerras raciales con que Alemania ha deshonrado su nueva era. Esto es lo que nos mueve a publicar aquí, aunque llegue con retraso, el siguiente informe de un *alemán* de Praga.

Praga, 24 de junio de 1848 (retrasado)

> La *Gaceta General Alemana* del 22 [del corriente] publica un artículo acerca de una asamblea de alemanes celebrada el día 18 en Aussig, en la que se pronunciaron discursos reveladores de un desconocimiento tal de los últimos sucesos de nuestro país y que muestran, para decirlo suavemente, una tal presteza a colmar de insultantes reproches a nuestra prensa independiente, que el informante se cree en la obligación de aclarar estos errores, hasta donde ahora es posible, y de salir con la firmeza de la verdad al paso de la malignidad y la imprudencia. Es realmente pasmoso el que personas como "el fundador de la Liga para la defensa de los intereses alemanes en el Este" puedan declarar ante toda una asamblea lo siguiente: "Mientras siga la lucha en Praga, no se puede hablar de perdón, y si la victoria es nuestra, debemos aprovecharnos de ella en lo futuro". Pues bien; ¿qué clase de victoria tratan de hacer suya los alemanes y qué conspiración ha sido aplastada? Es evidente que jamás podrá formarse una idea clara acerca de las condiciones aquí existentes quien insinúa al corresponsal de la *Gaceta General Alemana* —que, a lo que parece, se

pues representaba uno de los más serios obstáculos para el desarrollo de los movimientos democráticos en toda Europa debido a sus constantes injerencias gracias a sus alianzas con los gobiernos reaccionarios, particularmente Prusia, Austria e Inglaterra.

informa siempre de un modo muy superficial— las frases patéticas de un "pequeño devorador de polacos y franceses" o los artículos del pérfido *Diario de Francfort,* que, lo mismo que con motivo de los sucesos de Badenus trataba de azuzar a unos alemanes contra otros, intenta ahora azuzar a los alemanes contra los bohemios. Parece que en Alemania todo el mundo piensa que la lucha librada en las calles de Praga iba dirigida solamente al aplastamiento del elemento germano y a la fundación de una República eslava. De lo segundo no queremos hablar, pues se trata de una idea demasiado simplista; en cuanto a lo primero, nadie podría descubrir en los combates de las barricadas ni el menor rastro de rivalidad entre nacionalidades; alemanes y checos aparecían unidos en la defensa, y yo mismo he pedido más de una vez a un orador que hablaba checo que repitiese sus palabras en alemán, como lo hizo, en efecto, en todas las ocasiones, sin la menor observación de su parte. Hemos oído objetar que la revolución estalló dos días antes de tiempo, pero que, a pesar de ello, debió de contar ya con cierta organización y cuidarse, por lo menos, de haber dispuesto de municiones; pero tampoco encontraremos ni rastro de esto. Las barricadas brotaron del suelo, a la buena de Dios, donde se juntaban diez o doce personas; por lo demás difícilmente habrían podido levantarse en mayor número, pues hasta las callejuelas más estrechas aparecían cortadas por barricadas en tres y cuatro puntos. Las municiones escaseaban enormemente, y los combatientes hacían intercambio de ellas en las calles. No se veía por ninguna parte el alto mando, ni en general mando alguno; los defensores se mantenían en los puntos en que eran atacados y tiraban sin órdenes y sin mandos desde las casas y detrás de las barricadas. En estas condiciones, ante una resistencia como ésta, sin dirección ni organización de ninguna suerte, no se ve en qué puede basarse la idea de una conspiración, a menos que se haga una investigación oficial y se publiquen sus resultados; sin embargo, el gobierno no parece considerar oportuno hacerlo, pues desde palacio no se trasluce nada que pueda dar luz a Praga acerca de sus sangrientas jornadas de junio. Los miembros del Swornost presos han sido puestos en libertad, salvo algunos cuantos; lo mismo se hará con otros; sólo siguen en prisión el conde Buquoy, Villány y algunos más, hasta que tal vez una buena mañana aparezca en las esquinas de

Praga un bando anunciando a la población que todo se ha debido a un malentendido. Tampoco las operaciones del comandante general permiten inferir que se trataba de amparar los intereses de los alemanes en contra de los checos, ya que, en vez de atraerse a la población alemana mediante una explicación de las cosas, asaltar las barricadas y proteger la vida y los bienes de la población "leal", lo que hizo fue evacuar la ciudad vieja, retirarse a la orilla izquierda del Moldava y bombardear por igual a checos y alemanes, pues las bombas y las balas que caían sobre la ciudad vieja no distinguían para estallar solamente sobre el blanco de los checos, sino que caían sin fijarse en los colores de la escarapela. ¿Qué es, pues, lo que razonablemente permite inferir la existencia de una conspiración eslava, cuando el propio gobierno, por lo menos hasta ahora, no quiere o no puede suministrar ninguna aclaración?

El ciudadano Dr. Göschen, de Leipzig, ha dirigido al príncipe de Windischgrätz un agradecido memorial al que esperamos que el general no conceda demasiada importancia como expresión de la voz del pueblo. El ciudadano Göschen es uno de esos cautelosos liberales que se revelaron de pronto como liberales después de los sucesos de febrero; fue él quien presentó la propuesta de un mensaje de confianza al ministerio de Sajonia con respecto a la ley electoral mientras toda Sajonia prorrumpía en gritos de desaprobación, ya que aquella ley privaba de su derecho cívico más importante, del derecho de sufragio, a la sexta parte de la población, incluyendo en ella precisamente a muchas de las cabezas más capacitadas; fue uno de los que más enérgicamente se manifestaron en la Liga alemana en contra de la concesión del derecho de voto en Sajonia a los alemanes no sajones, sin perjuicio de prometer poco después —¡véase qué doblez!— a la asociación de los ciudadanos del Estado alemán no sajones residentes en Sajonia, en nombre de su club, toda su colaboración para la elección y el envío a Francfort de un diputado propio; en suma, para caracterizarlo con una sola palabra, es el fundador de la Liga alemana. Este hombre dirige su memorial al general austriaco y le da las gracias por la protección que ha dispensado a toda la patria alemana. Creo haber puesto de manifiesto que, por lo ocurrido, no hay todavía razones para saber o deducir hasta dónde haya contraído méritos para con la patria alemana el prínci-

pe de Windischgrätz; si ello es así sólo los resultados de la investigación podrán demostrarlo. Dejemos, pues, que sea la historia la que se encargue de enjuiciar "la alta bravura, la intrépida energía y la firme tenacidad" del general y, por lo que se refiere a la calificación de "vil asesinato" aplicada a la muerte de la princesa diremos solamente que no está, ni mucho menos, probado que aquella bala fuese disparada contra esta dama, respetada por toda la población de Praga sin distinción; pero si ese es el caso, no cabe duda de que el asesino recibirá el merecido castigo, y bien podemos asegurar que el dolor del príncipe no será mayor que el de aquella madre que vio cómo llevaban con la cabeza destrozada por una bala a su hija de diecinueve años, otra víctima inocente. En lo que sí estoy de acuerdo con el ciudadano Göschen es con aquel pasaje del memorial en que se habla de "las valerosas huestes que pelearon con tanto arrojo bajo la dirección de Vuestra Excelencia", y no cabe duda de que aún habría encontrado poco enérgicas sus expresiones si hubiese visto, como yo, con qué ímpetu tan guerrero aquellas "valerosas huestes" se lanzaban el lunes a mediodía, en el callejón de Zelten, contra la inerme multitud. Yo mismo debo confesar, por más que ello deje muy mal parada mi apostura belicosa, que, encontrándose cerca del templo, como pacífico paseante, mezclado con un grupo de mujeres y niños, emprendí la fuga ante el ataque de unos treinta o cuarenta granaderos de Su Majestad, de modo tan vergonzoso que hubo de dejar en manos del enemigo vencedor todo mi bagaje, que se reducía a mi sombrero, por no considerar prudente a que cayesen también sobre mi persona los mandobles que menudeaban sobre el tropel de gente que corría a mi espalda. Pero, seis horas más tarde, tuve ocasión de observar cómo en la barricada del callejón de Zelten los mismos granaderos de Su Majestad tuvieron a bien bombardear durante media hora con granadas y cañones de seis libras una barricada defendida, cuando mucho, por veinte hombres, pero sin lograr tomarla —si así puede llamarse— y hacia media noche fue abandonada por sus defensores. No se llegó al cuerpo a cuerpo más que en algunos casos aislados, en que los granaderos tenían una superioridad de fuerzas evidente. Los fosos y la nueva avenida han sido, a juzgar por las devastaciones de las casas, objeto de una cuidadosa operación de limpieza por parte de la artillería, y no

entraré a discutir si hace falta un gran desprecio a la muerte para despejar, a fuerza de granadas, una ancha calle guardada por unos cien defensores casi desarmados.

Por lo que se refiere ahora al último discurso del señor Dr. Stradal, de Teplitz, según el cual "los periódicos de Praga actuaron en favor de fines extraños", queriendo con ello, sin duda, aludir a Rusia, debo declarar, en nombre de la prensa independiente de Praga, que esta manifestación sólo puede responder a un exceso de ignorancia o a una infame calumnia, cuyo absurdo se ha demostrado y puede demostrarse cumplidamente a la luz de la posición adoptada por nuestros periódicos. La prensa libre de Praga no ha mostrado nunca otra tendencia que la de defender el mantenimiento de la independencia de Bohemia y la igualdad de derechos de ambas nacionalidades. Pero sabe muy bien que, lo mismo que en Posen y que en Italia, la reacción alemana trata de provocar un estrecho nacionalismo, persiguiendo con ello dos finalidades: *sofocar la revolución dentro de Alemania y preparar a la soldadesca para la guerra civil.*

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 42, 12 de julio de 1848]

LA SUPRESIÓN DE LOS CLUBES EN STUTTGART Y HEIDELBERG

[F. ENGELS]

COLONIA, 19 DE JULIO.

¡Mi Alemania se ha bebido una coleta.
Y tú que creías en los brindis!
¡Creías en cualquier pipa que veías,
Con sus colores negro, rojo y oro![149]

Es lo mismo que te ha pasado a ti, honradote y bonachón alemán. ¿Crees haber hecho una revolución? ¡Te has equivocado! ¿Crees haber acabado con el Estado policiaco? ¡Te has equivocado! ¿Crees que posees el derecho de libre reunión y asociación, la libertad de prensa, el armamento del pueblo y otras hermosas palabras que te gritaron por encima de las barricadas de marzo? ¡Te equivocas de medio a medio!

¡Pero, al disiparse la dulce embriaguez,
Amigo mío, te sientes abatido![150]

Abatido, por tus llamadas asambleas nacionales, producto del voto indirecto;[151] abatido, al ver cómo se vuelve a las órdenes de

[149] Tomado de Heinrich Heine, Poema a Georg Herwegh.
[150] *Ibid.*
[151] En casi todos los Estados alemanes las elecciones a la Asamblea Nacional de Francfort

expulsión de ciudadanos alemanes de su propia tierra; abatido, ante la tiranía del sable instaurada en Maguncia, en Tréveris, en Aquisgrán, en Mannheim, en Ulma y en Praga; abatido, por las detenciones y los procesos políticos llevados a cabo en Berlín, Colonia, Düsseldorf, Breslau, etcétera.

Te quedaba, a pesar de todo, una cosa, ¡oh mi honradote y bonachón alemán! ¡Te quedaban los clubes! Podías acudir a ellos y quejarte públicamente de las estafas y granujadas políticas de los últimos meses; podías volcar las penas de tu agobiado corazón ante quienes sentían y pensaban como tú, y encontrar consuelo en las palabras de otros patriotas igualmente angustiados.

Pero, ahora, también esto se acaba. Resulta que los clubes son, ahora, incompatibles con la salvaguardia del "orden". Para que "renazca la confianza" es necesario y es urgente poner término a los manejos subversivos de los clubes.

Informábamos ayer de cómo el gobierno de *Württemberg* ha *prohibido* en redondo, por medio de una ordenanza real, la Asociación democrática regional de Stuttgart. Las autoridades no se toman siquiera la molestia de llevar ante los tribunales a los dirigentes de la sociedad, sino que retornan a las viejas medidas policiacas. Más aún, los señores *Harppecht, Duvernoy* y *Maucler,* que refrendan con sus firmas esta real orden, van todavía más allá, y prescriben penas extralegales contra los transgresores de la prohibición, penas que llegan hasta a un año de cárcel. Es decir, ¡inventan leyes penales, y además de carácter excepcional, sin consultar para nada a las cámaras, invocando sencillamente el artículo 89 de la Constitución!

Y otro tanto acontece en *Baden.* Hoy, damos cuenta de la prohibición de la Sociedad de estudiantes demócratas de Heidelberg. En este caso, no se atenta, en general, de un modo tan abierto contra el derecho de asociación; lo que se hace es negárselo a los *estu-*

fueron indirectas. Lo cual quería decir que los ciudadanos que gozaban del derecho de sufragio elegían a los llamados "compromisarios", quienes, a su vez, elegían a los diputados de la Asamblea Nacional. De acuerdo con una ley del 8 de abril de 1848, este tipo de elección se aplicaba también a los diputados a la Asamblea Nacional de Berlín.

diantes en virtud de una vieja ley de excepción de la Dieta federal[152] que llevaba ya largo tiempo en desuso, amenazándoles con aplicarles las penas establecidas en estas leyes arbitrarias.

Tal como están las cosas, hay que esperar que tampoco entre nosotros tarden en ser prohibidos los clubes.

Y, para que los gobiernos puedan adoptar semejantes medidas con plena seguridad sin ganarse las antipatías y los odios de la opinión pública, para eso, allí está la Asamblea Nacional de Francfort. Pues no cabe duda de que esta Asamblea pasará al orden del día por encima de semejantes medidas policiacas con la misma facilidad con que lo ha hecho con respecto a la revolución de Maguncia.[a]

Por tanto, no porque creamos que vamos a conseguir algo de la Asamblea, sino sencillamente para obligar una vez más a su mayoría a proclamar abiertamente ante Alemania entera su alianza con la reacción, requerimos a los diputados de la extrema izquierda en Francfort a proponer a la Asamblea lo siguiente:

Que los autores de estas medidas, y concretamente los señores Harpprecht, Duvernoy, Maucler y Mathy *sean denunciados y procesados* por violación de los "derechos fundamentales del pueblo alemán".

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 50, 20 de julio de 1848]

[152] El 14 de julio de 1848, el senado de Heidelberg dio a conocer "que, por disposición de la ley del 6 de octubre de 1833, quedaba disuelta la Asociación Democrática de Estudiantes, con lo que queda prohibido su funcionamiento ulterior".

[a] Véase *supra*, pp. 43-48.

EL PROYECTO DE LEY SOBRE LA ABOLICIÓN DE LAS CARGAS FEUDALES[153]

[C. MARX]

COLONIA, 29 DE JULIO. SI ALGÚN HABITANTE DEL PAÍS DE LA Renania ha podido olvidar lo que debe a la "dominación extranjera", a la "opresión del tirano corso"[154] no tiene más que pararse a leer el proyecto de ley sobre la abolición gratuita de diversos gravámenes y tributos, que el señor Hansemann ha sometido a título de "información" a la Asamblea del Pacto en este año de gracia de 1848. El esplendor de los feudos y el vasallaje, los censos, los tributos en caso de muerte, los derechos de patronato y jurisdicción, los derechos de sello, los diezmos, las gabelas de molino, de puente, de barcaje y de peaje y qué sé yo cuántas más. ¡Cuán exóticos y cuán bárbaros suenan estos absurdos nombres en los oídos de la gente del Rin, educada por el desmoronamiento del feudalismo, por el Código Napoleón![155] ¡Cuán incomprensible y absurdo resulta para nosotros todo este enredo de tributos, gabelas y

[153] El proyecto de ley sobre "la abolición gratuita de diversos tributos y gravámenes", de fecha del 10 de julio de 1849, fue presentado a la Asamblea Nacional prusiana el día 11 del mismo mes y discutido en la sesión del 18 de julio.

[154] Bajo el reinado de Napoleón I habían sido abolidas las relaciones feudales en Renania, donde la Revolución francesa ejerció gran influencia, sin que se restauraran en 1815. Sin embargo, en el resto de los territorios alemanes se mantuvieron en pie, en lo esencial, hasta 1848.

[155] *Code Napoleón:* nombre dado al *Code civil des Français* (código civil francés), de *1804*, refundido en 1807 como *Code Napoleón,* implantado por Francia en los territorios del oeste y el sur de Alemania conquistados por ella. Este código se mantuvo vigente en Renania después de su anexión por parte de Prusia. En él estaban codificadas las más importantes conquistas de la Revolución francesa, bajo el principio formal de la igualdad civil.

prestaciones medievales, este museo de reliquias, en el que figuran los vestigios más carcomidos y fosilizados de la época antediluviana!

Y, sin embargo, ¡descalzaos, oh patriotas alemanes, pues estáis pisando tierra santa! ¡Estos testimonios de barbarie son los vestigios de la gloria cristiano-germánica, los últimos eslabones de una cadena que se arrastra a lo largo de la historia y que enlaza a los alemanes de hoy con el esplendor de sus antepasados, hasta remontarse a los bosques de los queruscos![156] Esta polilla, esta basura feudal con que nos encontramos aquí en su autenticidad clásica, son los productos más genuinos de nuestra patria, y quien se sienta verdaderamente alemán debe exclamar con el poeta:

¡He aquí el aire de mi patria,
Que siente mi ardiente mejilla,
Y el lodo que cubre este camino
Es también el lodo de mi patria![157]

Cuando leemos este proyecto de ley, tenemos a primera vista la sensación de que nuestro ministro de Agricultura, el señor *Gierke*, siguiendo las órdenes del señor Hansemann, hizo un "audaz esfuerzo"[158] para borrar de un plumazo toda la Edad Media, y, además, gratis, se entiende.

Sin embargo, leyendo la *exposición de motivos* que acompaña al proyecto, se da uno cuenta de que lo primero a que tienden estas motivaciones es a demostrar que no se trata, en rigor, de abolir sin indemnización *ninguna clase* de cargas feudales, afirmación que echa por tierra el que parecía "titánico esfuerzo".

La sobriedad práctica del señor ministro navega cuidadosa y prudentemente procurando esquivar ambos escollos. A la izquierda, "el bienestar general" y "las exigencias del espíritu de los tiem-

[156] *Queruscos:* antiguo pueblo romano. En el bosque de Teutoburgo, los queruscos derrotaron a las tropas imperiales venidas de Roma, en el año 9 a. n. e.

[157] Tomado de Heinrich Heine, *Alemania. Cuento de invierno,* cap. VIII.

[158] *Un audaz esfuerzo:* frase que llegó a hacerse popular, en 1848, durante los debates de la Asamblea Nacional de Francfort acerca de la instauración de un poder central en Alemania.

pos", a la derecha "los derechos bien adquiridos de los señores de las tierras", y en el centro "la meritoria idea de dar mayor libertad al desarrollo de las relaciones agrarias", idea materializada en la pudorosa perplejidad del señor Gierke. ¡Vaya constelación!

Bien. El señor Gierke reconoce plenamente que, en general, las cargas feudales sólo deben abolirse mediante indemnización. Con lo cual seguirán en pie los gravámenes más opresivos, los más extendidos y los principales, o mejor dicho, *serán restablecidos,* puesto que ya los campesinos se han encargado de suprimirlos de hecho.

Pero a juicio del señor Gierke,

> sí se suprimen *sin indemnización* algunas relaciones, cuya fundamentación interna sea defectuosa o cuya persistencia resulte incompatible con las exigencias "del espíritu de los tiempos" y con el bienestar general, aquellos a quienes afecten no deben olvidar que no sólo hacen algunos sacrificios al bien general, sino también a sus propios intereses bien entendidos, con objeto de resolver los problemas dentro de la paz y la concordia, asignando así a la propiedad territorial la posición que le corresponde dentro del Estado, para la mejor conveniencia de todos.

La revolución en el campo se cifraba en la abolición efectiva de todas las cargas feudales. El ministerio de la acción, basado en el reconocimiento de la revolución, reconoce ésta en el campo al abolir sobre la marcha las cargas feudales. Abolir el viejo *statu quo* sería imposible; los campesinos, si eso se intentara, degollarían sin miramientos a sus barones feudales, y de ello se da cuenta el propio señor Gierke. Lo que se hace, por tanto, es establecer una pomposa lista de insignificantes gravámenes feudales, que sólo existen en algunos sitios, restableciendo en cambio la carga feudal más importante de todas, la que se resume en la palabra *prestación.*

Con los derechos que se quieren abolir, la nobleza sacrifica, globalmente, menos de 50 000 táleros al año y, a cambio de ello, salva varios millones. Y no sólo esto, sino que, además, el señor ministro confía en congraciarse de este modo con los campesinos e incluso

en conquistar en el futuro sus votos para las elecciones a las cámaras. ¡No cabe duda de que el negocio sería rentable, si el señor Gierke no errara en sus cálculos!

Se eliminarían con ello las objeciones de los campesinos, y también las de la nobleza, en la medida en que el ministro aprecie certeramente su situación. Quedarían solamente la Cámara y los reparos de los puntos de vista jurídico y radical, sostenidos de un modo consecuente. La diferencia entre las cargas que deben abolirse y las que deben conservarse, que se reduce a la que media entre las cargas carentes casi de valor y las muy valiosas, requiere, con vistas a la Cámara, de una aparente fundamentación jurídica y económica. El señor Gierke tiene que demostrar, 1) que las cargas que se trata de abolir, descansan sobre precarios fundamentos internos; 2) que no responden al bien general; 3) que son contrarias a las exigencias del espíritu de los tiempos y 4) que su abolición no constituye, en el fondo, una violación del derecho de propiedad, una expropiación sin indemnización.

Para probar la insuficiente fundamentación de estos tributos y prestaciones, el señor Gierke se adentra por las sombrías regiones del derecho feudal. Conjura todo el desarrollo, "originariamente lentísimo de los Estados germánicos, desde hace mil años". Pero ¿de qué le sirve esto al señor Gierke? Cuanto más atrás se remonta y más remueve el cieno estancado del derecho feudal, más le demuestra éste, no precisamente la defectuosa fundamentación, sino, por el contrario, la fundamentación solidísima de las cargas de que se trata; y el desventurado ministro no hace más que exponerse a la irrisión pública al esforzarse por hacer al derecho feudal pronunciar oráculos a tono con el derecho civil moderno, por hacer que el barón feudal del siglo XII piense y juzgue como el burgués del XIX.

Afortunadamente, el señor Gierke ha heredado el principio del señor Von Patow: abolir sin indemnización cuanto emane del señorío feudal y de la servidumbre hereditaria, declarando redimible todo lo demás. Pero ¿cree el señor Gierke que haga falta gran alar-

de de sagacidad para demostrarle que las cargas que se trata de abolir son también, por regla general, "emanación del señorío feudal"?

Creemos que no es necesario añadir que el señor Gierke, en aras de la consecuencia, intercala siempre de contrabando, entre las normas jurídicas feudales, conceptos propios del derecho moderno, a los que apela, en caso necesario. Pero, si el señor Gierke mide algunas de estas cargas por el rasero de las ideas del derecho moderno, no se ve por qué no hace lo mismo con todas. Claro está que, si así lo hiciera, las prestaciones personales saldrían muy mal paradas ante los principios de la libertad personal y la propiedad.

Y aún le va peor al señor Gierke con sus distinciones, cuando recurre al argumento del bien público y de las exigencias del espíritu de los tiempos. De suyo se comprende que si estas cargas de poca monta estorban al bien público y contradicen las exigencias del espíritu de los tiempos, más los entorpecen todavía las prestaciones personales, el derecho de laudemio, etc. ¿O acaso cree el señor Gierke que es incompatible con nuestro tiempo el derecho de desplumar los *gansos* de los campesinos (§ 1, núm. 14) y no lo es, en cambio, el derecho a desplumar a los *campesinos mismos*?

Viene luego la argumentación encaminada a probar que la abolición de cargas de que se trata no lesiona ningún derecho de propiedad. Como es natural, la demostración de una falsedad tan claramente como ésta sólo puede desarrollarse de un modo aparente, haciendo creer a la nobleza que estos derechos no tienen para ella valor alguno, carencia de valor que, naturalmente, sólo es posible probar de manera aproximativa. El señor, Gierke va recorriendo meticulosamente, con sus cálculos, uno por uno, los dieciocho apartados del artículo primero, sin darse cuenta de que en la misma medida en que logra demostrar que las *cargas* de que se trata carecen de valor, demuestra también la *carencia de valor de su proyecto de ley.* ¡Pobre señor Gierke! ¡Qué duro se nos hace tener que arrancarle de su dulce ilusión y pisar sus círculos arquimédico-feudales, grabados en la arena![159]

[159] Se hace alusión a la frase que, según se afirma, pronunció el matemático y físico griego Arquímedes antes de ser asesinado en Siracusa, en 212 a. n. e. por un soldado romano:

Y ahora, viene otra dificultad. En anteriores rescates de las cargas que ahora se trata de abolir, como en todos los rescates, las comisiones venales estafaron miserablemente a los campesinos en beneficio de la nobleza. Pues bien, los campesinos exigen ahora la revisión de todos los convenios de rescate concertados bajo gobiernos anteriores, y tienen al hacerlo, ¡toda la razón!

Pero el señor Gierke no puede avenirse a nada de eso. "A ello se oponen —nos dice— el derecho formal y la ley", como se oponen, en general, a todo progreso, ya que toda ley nueva viene necesariamente a echar por tierra el viejo derecho formal y la vieja ley.

> Las consecuencias de esto son fácilmente previsibles, en el sentido de que, para beneficiar a los obligados, siguiendo un camino contradictorio con los principios jurídicos de todos los tiempos (pero también las revoluciones van en contra de los principios jurídicos de todos los tiempos), habría que *inferir un daño incalculable* a una parte grandísima de la propiedad territorial del Estado y, por tanto (!), al Estado mismo.

Y, en seguida, el señor Gierke demuestra, con conmovedora minuciosidad, que semejante modo de proceder

> pondría en tela de juicio y haría estremecer todo el estado de derecho de la propiedad territorial y, unido esto a los interminables procesos y costas, causaría una herida difícilmente curable a la propiedad de la tierra, fundamental base del bienestar nacional, y que ello equivaldría a quebrantar los principios jurídicos sobre la validez de los contratos y constituiría un ataque a las más inequívocas relaciones contractuales, cuyas consecuencias harían vacilar toda confianza en la estabilidad del derecho civil, poniendo con ello en peligro del modo más peligroso toda la vida comercial. (!!!)

El señor Gierke ve en esto, por tanto, un ataque al derecho de propiedad que haría vacilar todos los principios jurídicos. ¿Y por

"¡No pises mis círculos!", al referirse a los círculos que, para sus cálculos, había trazado sobre la arena del suelo.

qué no constituye un ataque a esos principios la abolición gratuita de las cargas que se trata de suprimir? Estas cargas no sólo entrañan las más inequívocas relaciones contractuales, sino que implican un derecho que viene ejerciéndose sin réplica ni impugnación alguna desde tiempo inmemorial, a diferencia de lo que ocurre con la revisión exigida, la cual no atenta en modo alguno contra los convenios en cuestión, ya que los sobornos y los fraudes son notorios y pueden, en muchos casos, ser probados.

No podemos negar que, por muy insignificantes que sean las cargas que se trata de abolir, el señor Gierke, con su abolición, "beneficia a los obligados, siguiendo un camino contradictorio con los principios jurídicos de todos los tiempos", en directa oposición "al derecho formal y a la ley"; con su proyecto de ley, el señor Gierke atenta "contra todo el estado de derecho de la propiedad territorial" y ataca en su raíz a los derechos "más inequívocos".

¿Cree el señor Gierke que valía la pena de cometer pecados tan graves para obtener tan pobres resultados?

Evidentemente, *el señor Gierke ataca a la propiedad* —es indiscutible—, pero no a la propiedad moderna, burguesa, sino a la propiedad feudal. A la propiedad burguesa, que se levanta sobre las ruinas de la propiedad feudal, la *fortalece* con estos atentados contra la propiedad feudal. Y no accede a revisar los anteriores convenios de rescate, sencillamente porque estos convenios convirtieron las relaciones feudales de propiedad en relaciones *burguesas* y, por tanto, no podría revisarlos sin lesionar formalmente con ello la propiedad burguesa. Y la propiedad burguesa es, naturalmente, tan sagrada e inviolable como la propiedad feudal es atacable y susceptible de ser violada, según la necesidad y el valor de los señores ministros.

Ahora bien, ¿cuál es el escueto sentido de tan larga ley?

La prueba más palmaria de que la revolución alemana de 1848 no es más que *la parodia de la revolución francesa de 1789.*

El 4 de agosto de 1789,[160] tres semanas después de la toma de la Bastilla, el pueblo francés acabó en *un* día con las cargas feudales.

[160] Véase *supra,* nota 70.

El 11 de julio de 1848,[161] cuatro meses después de las barricadas de Marzo, las cargas feudales acaban con el pueblo alemán, *teste Gierke cum Hansemann.*[a]

La burguesía francesa de 1789 no dejó ni por un momento en la estacada a sus aliados, los campesinos. Sabía bien que la base sobre que descansaba su poder era la destrucción del feudalismo dentro del país, la instauración de una clase de campesinos libres y dueños de su tierra.

La burguesía alemana de 1848 traiciona sin el menor pudor a estos campesinos, que son sus *aliados más naturales,* carne de su carne, y sin los cuales es impotente frente a la nobleza.

La perduración y la sanción de los derechos feudales bajo la forma de un (ilusorio) rescate: he ahí el resultado de la revolución alemana de 1848. ¡Mucho ruido y pocas nueces!

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 60, 30 de julio de 1848]

[161] Véase *supra,* nota 153.

[a] Testigo: Gierke con Hansemann, parodiando el verso del *Dies irae:* "Teste David cum Sibilla".

LA "GACETA DE COLONIA" Y LAS CONDICIONES DE INGLATERRA

[F. ENGELS]

COLONIA, 31 DE JULIO.

> ¿Dónde encontraremos en Inglaterra ni rastro de ese odio contra la clase que *los franceses llaman la burguesía?* Este odio lo suscitó *en un tiempo* la aristocracia, la cual, con el monopolio sobre el trigo, arrancaba un impuesto opresivo e injusto a la laboriosidad industrial. El burgués *no disfruta en Inglaterra ninguna clase de privilegios,* sino que es hijo de su celo y laboriosidad; en la Francia de Luis Felipe, en cambio, era hijo del monopolio, del privilegio.

Este grande, este erudito párrafo, que revela tanto amor a la verdad, figura en un artículo editorial del señor Wolfer, que ha visto la luz en la siempre bien informada *Gaceta de Colonia.*[162]

¡Es, en verdad, maravilloso! En Inglaterra existe el proletariado más numeroso, más concentrado, más clásico, un proletariado que pasa cada cinco o seis años por la más bestial miseria de una crisis comercial, que se ve diezmado por el hambre y el tifus, que pasa la mitad de su vida condenado a la ociosidad y a la carencia de pan, en la industria; en Inglaterra, un hombre de cada diez es un pobre y un pobre de cada tres un preso recluido en la Bastilla creada por la Ley de beneficencia;[163] en Inglaterra, el sostener la administra-

[162] Véase *supra,* nota 43.

[163] *Ley de beneficencia* o de pobres: esta ley fue aprobada en Inglaterra en 1834 como úni-

ción de la beneficencia pública cuesta anualmente casi tanto como lo que representa el total de gastos del Estado prusiano; en Inglaterra, se ha proclamado abiertamente que la miseria y el pauperismo constituyen un factor necesario del actual sistema industrial y de la riqueza nacional, y, a pesar de todo esto, ¿será posible encontrar allí ni rastro de odio contra la burguesía?

En ningún país del mundo se ha remontado a tal altura como en Inglaterra, con el crecimiento en masa del proletariado, el antagonismo entre éste y la burguesía; ningún país del mundo presenta tan clamorosos contrastes entre la más profunda miseria y la más gigantesca riqueza. Pues bien, a pesar de todo esto, ¿será posible encontrar allí ni rastro de odio contra la burguesía?

¡Naturalmente! Las coaliciones de los obreros, secretas hasta 1825 y desde entonces públicas y abiertas; coaliciones que no se forman para *un* día ni en contra de *un* fabricante, sino con carácter permanente y contra facciones enteras de fabricantes; coaliciones de ramas enteras de trabajo y de ciudades enteras; coaliciones, en fin, de innumerables obreros a lo largo de toda Inglaterra; todas estas coaliciones y sus innumerables luchas contra los fabricantes, sus paralizaciones del trabajo, que provocan actos de violencia, vengativas demoliciones, incendios, asaltos a mano armada y asesinatos por el brazo de sicarios; todos estos hechos ¡no son, al parecer, más que otras tantas pruebas del amor que el proletariado siente por la burguesía!

Toda la guerra de los obreros contra los patronos, guerra que viene durando ya unos ochenta años, que comenzó por la destrucción de máquinas hasta desarrollarse por medio de las coaliciones, los ataques a las personas y los bienes de los patronos y de los contados obreros entregados a ellos, a través de las grandes y pequeñas insurrecciones de 1839 y 1842[164] en la más profunda lucha de clases

ca forma de ayudar a los menesterosos de las ciudades y el campo, quienes eran recluidos en casas de trabajo (Workhouses), las cuales se gobernaban por un régimen penitenciario. El pueblo llamaba a estas casas las "Bastillas de los pobres".

[164] En 1839, fue sangrientamente aplastada la insurrección de Gales, organizada por los

que conoce la historia; toda la lucha de clases de los cartistas,[165] del partido constituido del proletariado contra el poder público constituido de la burguesía; lucha que aún no ha provocado colisiones espantosamente sangrientas como los combates de junio en París, pero que se libra con mucha mayor tenacidad, por masas mucho más considerables y en un terreno mucho más extenso; esta guerra civil de carácter social no es, para la *Gaceta de Colonia* y su articulista, naturalmente, más que una sola y gran prueba de amor del proletariado inglés hacia la burguesía a la que sirve.

Hace algún tiempo, estaba de moda presentar a Inglaterra como el país clásico de las contradicciones y luchas sociales y, en contraste con las llamadas "condiciones antinaturales" de Inglaterra, ensalzar y poner por las nubes a Francia, con su rey burgués, sus parlamentarios burgueses y sus leales obreros, dispuestos siempre a batirse valientemente por la burguesía. Entonces, también la *Gaceta de Colonia* repetía diariamente estas monsergas y encontraba en las luchas de clases inglesas un fundamento para disuadir a Alemania del sistema proteccionista y de la consiguiente industria "antinatural" cultivada en invernadero. Pero las jornadas de junio lo han trastornado todo. Los horrores de los combates de junio han hecho estremecerse a la *Gaceta de Colonia,* y los millones de cartistas de Londres, Manchester y Glasgow se han esfumado ante los cuarenta mil insurrectos de París.

Francia ha pasado a ser el país clásico del odio contra la burguesía y, según las afirmaciones de la *Gaceta de Colonia,* lo viene siendo desde 1830. ¡Es curioso! Mientras que los agitadores ingleses, en mítines, en folletos y en periódicos, atizan incansablemente desde hace diez años, bajo los aplausos de todo el proletariado, el

cartistas. En agosto de 1842, los obreros ingleses, ante la aguda crisis económica y la negativa del Parlamento a dar satisfacción a sus reivindicaciones políticas (Carta del Pueblo), organizaron una huelga general en varios distritos industriales (Lancashire, Yorkshire y otros), que en algunos lugares condujo a encuentros armados con la policía y las tropas. La huelga terminó con la derrota de los obreros y la detención de numerosos jefes del movimiento cartista.

[165] Véase *supra,* nota 49.

odio más enconado contra la burguesía, la literatura obrera y socialista francesa ha predicado siempre la reconciliación con la burguesía, apoyándose para ello precisamente en el argumento de que, en Francia, las contradicciones de clase distan mucho de hallarse tan desarrolladas como en Inglaterra. Y es cabalmente la gente cuyos simples nombres hacen santiguarse tres veces seguidas a la *Gaceta de Colonia,* un Louis Blanc, un Cabet, un Caussidière, un Ledru-Rollin, quienes durante largos años, antes y después de la revolución de Febrero, han predicado la paz con la burguesía, haciéndolo además, casi siempre, con la mejor buena fe del mundo. Para convencerse de ello, la *Gaceta de Colonia* no tiene más que leer las obras de los citados autores o periódicos como *La Réforme* o *Le Populaire*[166] o incluso periódicos obreros de estos últimos años como la *Union, Luche populaire* o *Fraternité*[167] y bastará, sin embargo, con citar los títulos de dos obras conocidas de todo el mundo: la *Historia de los diez años,* de Blanc, principalmente en sus últimas páginas, y los dos tomos de su *Historia de la Revolución.*

Pero la *Gaceta de Colonia* no se limita a *afirmar* que en Inglaterra no existe odio contra "lo que los franceses llaman la *burguesía*" (y también los ingleses, bien informado colega, véase el *Northern Star* desde hace dos años), sino que explica *por qué* ocurre esto y *por qué* no puede ser de otro modo.

Peel —se nos dice— salvó del odio a la burguesía inglesa, al acabar con los monopolios e implantar la libertad comercial:

> En Inglaterra, el burgués no disfruta de ninguna clase de privilegios ni monopolios, mientras que en Francia es hijo del monopolio... Las medidas implantadas por Peel salvaron a Inglaterra de la más espantosa subversión.

[166] *La Réforme:* diario francés, órgano de los demócratas y republicanos pequeñoburgueses, publicado en París de 1843 a 1850.

[167] *Le Populaire de 1841:* órgano de propaganda del comunismo utópico pacífico de Icaria. Se publicó en París de 1841 a 1852, y hasta 1849 fue dirigido por Etiènne Cabet. Era conocido preferentemente por su título completo, para diferenciarlo del semanario radical *Le Papulaire,* editado también por Cabet de 1833 a 1835.

Así pues, al abolir el monopolio de la *aristocracia,* Peel salvó a la *burguesía* del amenazador odio del proletariado. ¡Realmente, la lógica de la *Gaceta de Colonia* es maravillosa!

> El pueblo inglés, entiéndase bien, el *pueblo inglés,* se convence más y más cada día que pasa de que la *libertad comercial* es la única solución para los problemas vitales que entrañaban todos sus actuales sufrimientos y preocupaciones, solución que en estos últimos tiempos se ha intentado encontrar bajo ríos de sangre... No olvidemos que del *pueblo inglés* partieron las primeras ideas sobre el librecambio.

¡El pueblo inglés! Pero es el caso que el "*pueblo* inglés", en sus mítines y en la prensa, combatió a los librecambistas desde 1839; en los tiempos más gloriosos de la Liga contra las leyes cerealistas,[168] los obligó a reunirse *secretamente* y a tener que presentar una contraseña para poder asistir a sus mítines; con amarga ironía, contrastaba la conducta de los *freetraders*[a] con sus hermosas palabras e identificaba totalmente a los burgueses y los librecambistas. El pueblo inglés se ha visto, incluso, obligado a recurrir momentáneamente, de vez en cuando, a la ayuda de la aristocracia, de los monopolistas, en contra de la burguesía por ejemplo, en la lucha por la jornada de las Diez horas.[169] ¿Y este pueblo, que tan bien ha sabido

[168] *La Liga Anticerealista (Anti-corn-law-League):* agrupación librecambista fundada en 1838 por los fabricantes Cobden y Bright, en Manchester. Las llamadas leyes cerealistas, que tenían como fin la prohibición o restricción de la importación de trigo del extranjero, se implantaron en Inglaterra en 1815 en interés de los grandes terratenientes, de los lords de la tierra. La Liga levantó la exigencia de la total libertad comercial y luchó por la abolición de las leyes del trigo con el fin de rebajar los salarios de los obreros y debilitar las posiciones económicas y políticas de la aristocracia de la tierra. En su lucha contra los terratenientes, la Liga trataba de explotar a las masas obreras, pero precisamente en aquel tiempo los obreros progresistas de Inglaterra marcaron el camino de un movimiento obrero políticamente independiente (cartismo). La lucha entre la burguesía industrial y la aristocracia de la tierra finalizó en 1846, al votarse la Ley de abolición de las leyes cerealistas.

[a] Librecambistas.

[169] La lucha en favor de la limitación de la jornada de trabajo a diez horas se inició en Inglaterra ya a fines del siglo XVIII y al final de la década de los treinta del siglo XIX movía a grandes masas del proletariado. La propuesta de ley sobre la jornada de diez horas fue apoyada en el Parlamento por los representantes de la aristocracia feudal, en su lucha contra la

desalojar a los librecambistas de la tribuna de los mítines *públicos*, el "*pueblo* inglés" es o puede ser, como se pretende, el creador de las ideas del liberalismo? ¡Pueril simpleza de la *Gaceta de Colonia*, que no se limita a transcribir al pie de la letra las ilusiones de los grandes capitalistas de Manchester y Leeds, sino que, además, cree a pie juntillas sus mentiras descaradas!

"En Inglaterra, el burgués no disfruta de ninguna clase de privilegios ni monopolios." Otra cosa ocurre en Francia:

> El burgués era para el obrero, desde hace mucho tiempo, el hombre del monopolio, al que el pobre agricultor tenía que pagar el 60 por ciento de impuestos por el hierro de la reja de su arado, que lo explotaba con el carbón, que condenaba a la muerte por hambre a los vendimiadores de toda Francia, que les vendía todos los artículos con un recargo del 20, el 40 o el 50 por ciento...

La buena *Gaceta de Colonia* no conoce ni admite más "monopolio" que el de los *aranceles aduaneros*, es decir, el monopolio que *aparentemente* pesa sólo sobre los obreros, pero que en realidad grava también sobre la burguesía, sobre todos los industriales que no se benefician con la protección arancelaria. La *Gaceta de Colonia* no conoce ni admite más monopolio que el combatido por los señores librecambistas desde Adam Smith hasta Cobden, el monopolio local, creado por las leyes.

El *monopolio del capital*, que rige al cambio de la legislación y, a veces, incluso en contra de ella, ese monopolio no existe para los señores de la *Gaceta de Colonia*. Y este monopolio es precisamente el que de un modo directo e inexorable gravita sobre los obreros, ¡el que determina la lucha entre el proletariado y la burguesía! Este monopolio constituye precisamente el monopolio *específicamente moderno* que da como resultado las modernas contradicciones de clase, en cuya solución reside cabalmente la tarea específica del siglo XIX.

burguesía industrial. El Parlamento inglés aprobó la ley del 8 de junio de 1847, pero limitándola solamente a los menores de edad y a las mujeres.

Ahora bien, este *monopolio del capital* se hace más poderoso, más extenso y más amenazador a *medida que van desapareciendo los demás monopolios pequeños y locales.*

Cuanto más libre se vuelve la competencia mediante la eliminación de todos los "monopolios" más rápidamente se concentra el capital en manos del puñado de los señores feudales de la industria, más rápidamente se arruina la pequeña burguesía, con mayor celeridad avasalla el país del monopolio capitalista, Inglaterra, a los países que circundan su industria. Suprimid los "monopolios" de la burguesía francesa, alemana e italiana, y Francia, Alemania e Italia descenderán a la categoría de proletarios frente a la burguesía inglesa, la cual lo absorberá todo. La opresión que los burgueses ingleses sueltos hacen pesar ahora sobre los diferentes proletarios de su país la haría pesar, en ese caso, la burguesía inglesa en su conjunto sobre Alemania, Francia e Italia, y la víctima de ello sería la pequeña burguesía de estas naciones.

Todo esto son, sencillamente, verdades triviales que, hoy en día, ya no pueden explicársele a nadie sin ofenderlo, como no sea a los eruditos señores de la *Gaceta de Colonia.*

Estos profundos pensadores ven en la libertad comercial el único camino para salvar a Francia de una guerra de exterminio entre obreros y burgueses.

¡Verdaderamente, el hacer que también la burguesía del país descienda a las filas del proletariado es un medio de nivelar las contradicciones de clase digno de los señores de la *Gaceta de Colonia*!

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 62, 1 de agosto de 1848]

LA NOTA RUSA

COLONIA, 1 DE AGOSTO. EN VEZ DE MOVILIZAR UN EJÉRCITO, por el momento la diplomacia rusa se ha limitado a enviar a todas las embajadas rusas de Alemania una nota circular. Esta nota encontró primero hospitalidad en el órgano oficial de la Regencia del Imperio alemán en Francfort[170] y más tarde le dispensaron cordial acogida otros periódicos oficiales y oficiosos. Es algo verdaderamente excepcional que el señor Nesselrode, ministro ruso de Negocios Extranjeros, ejerza de este modo sus artes públicas de estadista, y ello nos da una razón de mayor peso para examinar más de cerca tales manejos.

En los tiempos felices anteriores a 1848, la censura alemana velaba porque no se publicara una sola palabra desagradable para el gobierno ruso, ni siquiera bajo la rúbrica de Grecia o de Turquía.

Las funestas jornadas de Marzo han cerrado este camino, obligando a Nesselrode a convertirse en publicista.

Según él, "la prensa alemana, cuyo odio se halla enfocado contra Rusia", se ocupa de atribuir "las más infundadas motivaciones" y de suscitar "los comentarios menos razonables" a las "medidas de seguridad" tomadas en la frontera. Y después de esta suave intro-

[170] El órgano a que se refiere es la *Frankfurter Oberpostamts-Zeitung*, publicado de 1617 a 1866. Durante la revolución de 1848-1849, órgano del poder central provisional, del regente del Reino y del gobierno del Imperio. La nota de Nesselrode a los embajadores rusos en los Estados alemanes se publicó en el número 210 de este periódico, el 28 de julio de 1848.

ducción, se recarga el tono, del modo siguiente: "La prensa alemana difunde diariamente las más abominables calumnias en contra nuestra". En seguida, se pasa a hablar de "furiosas declamaciones", "cabezas locas" y "pérfida malignidad".

En el próximo proceso contra la prensa, podrá un fiscal alemán adjuntar a su requistoria, como auténtico documento de cargo, la nota rusa.

¿Y por qué hay que atacar a la prensa alemana, principalmente a la prensa "democrática", y de ser posible destruirla? ¡Sencillamente, porque no da crédito a las "intenciones tan generosas", bien intencionadas, a los "designios francamente pacíficos" del zar de Rusia!

> ¿Cuándo ha tenido Alemania que quejarse de nosotros? —pregunta Nesselrode, en nombre de su amo—. Mientras se mantuvo sobre el continente la dominación opresora de un conquistador, Rusia derramó su sangre para ayudar a Alemania a mantener su independencia y su integridad. Mucho tiempo después de la liberación del suelo ruso, Rusia seguía sosteniendo a sus aliados alemanes en todos los campos de batalla de Europa.

Pese a sus numerosos y bien pagados agentes, hay que decir que Rusia se equivoca de medio a medio si cree que recurriendo al recuerdo de las llamadas guerras de liberación va a despertar simpatías en el año 1848. ¿Y eso de que Rusia derramó su sangre por nosotros, los alemanes?

Aun prescindiendo de que Rusia, antes de 1812, "ayudó a Alemania a mantener su independencia y su integridad" por el camino de la alianza abierta y los tratados secretos con Napoleón,[171] lo cierto

[171] El 25 de julio de 1807 celebraron Napoleón I y el zar de Rusia su primera entrevista, sin testigos, sobre una balsa cubierta en las aguas del río Niemen. En ella se iniciaron las conversaciones de paz (desde 1806 Rusia formaba parte de la coalición de potencias contra Napoleón) y se sentaron las bases para una alianza entre Francia y Rusia. En el Tratado de Paz de Tilsit, el zar se adhirió al sistema continental de Napoleón y dio su consentimiento

es que, más tarde, se resarció con creces de eso que llama su ayuda mediante el robo y el saqueo. Su ayuda se la prestaba a sus aliados, los príncipes, y su apoyo, pese a la proclama de Kalisch,[172] iba dirigido a los representantes del absolutismo "Por la gracia de Dios" y en contra de un monarca emanado de la revolución. La Santa Alianza[173] y sus muy poco santas obras, los "bandidescos" congresos de Karlsbad, Laibach, Verona,[174] etc., las persecuciones ruso-alemanas desencadenadas contra cualquier voz libre y toda la política seguida desde 1815 y encabezada por Rusia, no eran precisamente como para movernos a profunda gratitud. La dinastía de los Romanoff y sus diplomáticos pueden estar tranquilos: *esta deuda* jamás será olvidada por nosotros. Por lo que se refiere a la ayuda rusa en los años 1814 y 1815, nos inclinamos a cualquier sentimiento menos al de la gratitud, a la vista de un apoyo como aquél, pagado por los subsidios de Inglaterra.

Y las razones de ello están, para cualquiera que se pare a pensar un poco, al alcance de la mano. La victoria de Napoleón en Alemania habría quitado de en medio, con su conocida fórmula enérgica, a no menos de tres docenas de paternales príncipes. La legislación y la administración francesas habrían sentado una sólida base para la unidad alemana y nos habrían ahorrado treinta y tres años de vergüenza y la tiranía de la Dieta federal, que es natural que el señor Nesselrode ponga por las nubes. Dos o tres decretos napoleónicos habrían barrido toda la basura medieval, los diezmos y prestacio-

para que éste se anexionara importantes territorios de la Monarquía alemana. En la entrevista de Erfurt (septiembre-octubre de 1808), se renovó la alianza entre Napoleón y el zar.

[172] *Llamamiento a los alemanes:* esta proclama fue acordada en la ciudad polaca de Kalisch el 13 de marzo de 1813. En ella el zar y el rey de Prusia hacían un llamado a los alemanes para luchar contra Napoleón, prometiéndoles, lo cual era mentira, la libertad y la independencia.

[173] *Santa Alianza:* agrupación de potencias reaccionarias (Inglaterra, Prusia, Rusia, Austria) contra la Francia napoleónica, de la cual era vencedora, y en general de todos los movimientos democráticos y progresistas en Europa. La Santa Alianza fue fundada el 26 de septiembre de 1815 por iniciativa del zar Alejandro I. Tiempo después, prácticamente todos los Estados reaccionarios de Europa formaban parte de ella. Los monarcas quedaban obligados a prestarse apoyo mutuo a fin de sofocar las insurrecciones populares dondequiera que éstas estallaran.

[174] Véase *supra*, nota 143.

nes personales, los privilegios y exenciones, toda esa morralla feudal y ese patriarcalismo que todavía hoy seguimos arrastrando en todos y cada uno de los rincones de nuestro suelo patrio. El resto de Alemania se hallaría desde hace ya mucho tiempo al mismo nivel que la orilla izquierda del Rin alcanzó poco después de la primera Revolución francesa. Si las cosas hubiesen tomado ese rumbo, ya no habría en nuestro país señores feudales ni una Vendée[175] pomerania, ni tendríamos por qué seguir respirando el aire corrompido de las charcas "histórica" y "cristiano-germánica".[176]

Pero Rusia es magnánima. Aunque no se le agradezca, su emperador sigue dispensándonos, como a primera hora, "sus designios tan generosos como bien intencionados". Más aún, "ni las ofensas ni los retos han conseguido hacer cambiar nuestros sentimientos? (los de Rusia).

Estos sentimientos se manifiestan, por el momento, en una "actitud pasiva y expectante", en la que Rusia ha llegado, indudablemente, a un gran virtuosismo. Sí, Rusia sabe esperar hasta que cree llegado el momento oportuno. A pesar de los enormes movimientos de tropas que se han producido en Rusia desde el mes de marzo, el señor Nesselrode tiene la ingenuidad de decirnos que las tropas rusas han permanecido todo el tiempo "inmóviles en sus acantonamientos". Pese al grito clásico de "¡Y ahora, señores, a ensillar los caballos!";[177] pese al íntimo desahogo cordial y de bilis de

[175] *Vendée:* provincia francesa en la cual, durante los tiempos de la Revolución francesa, en la primavera de 1793, estalló una insurrección contrarrevolucionaria acaudillada por la nobleza y apoyada en los campesinos de la región, una de las más atrasadas y conservadoras de toda Francia. Así pues, Vendée es sinónimo de un movimiento o corriente contrarrevolucionarios.

[176] En este pasaje, atribuyen Marx y Engels una importancia especial al *carácter dual de las guerras de liberación de 1813 a 1815*, en el que la lucha nacional de liberación de las masas del pueblo se destaca en contra de la política rapaz de Napoleón I, encabezada por los príncipes y terratenientes para poner en pie las relaciones feudales de Europa o restaurarlas, cuando ello era posible. Marx y Engels subrayaban aquí, ante todo, el aspecto y las consecuencias reaccionarias (odio contra la Revolución francesa, falta de iniciativa en la lucha contra los opresores de dentro, fraccionalismo, etc.), descargando con ello un golpe contra la historiografía prusiana reaccionaria.

[177] Se cuenta que, al recibir la noticia de la revolución de Febrero en Francia, el zar Nico-

que el ministro de Policía de Abramowicz se dejó llevar en Varsovia contra el pueblo alemán; pese, o más bien, en razón a las amenazadoras y eficaces notas expedidas desde Petersburgo, el gobierno ruso se ha guiado y sigue guiándose por sentimientos de "paz y reconciliación". Rusia se mantiene en posición "francamente pacífica y defensiva". En la circular de Nesselrode, Rusia es la paciencia misma y un corderito manso e inofensivo, que afronta sin chistar las ofensas y los insultos.

Vamos a enumerar algunos de los desafueros cometidos por Alemania que se señalan en la nota. 1) "Sentimientos de hostilidad", y 2) "fiebre de transformaciones en toda Alemania". ¡Ante tanta benevolencia de parte del zar, Alemania muestra sentimientos "hostiles"! ¡Qué ofensa para el corazón paternal de nuestro amado pariente! ¡Y, por si ello fuera poco, esa maldita enfermedad que es la "fiebre de transformaciones"! Esta es, en realidad, la primera monstruosidad de todas, aunque aquí figure en el segundo lugar. Rusia nos obsequia de vez en cuando con otra enfermedad, con el cólera. ¡Pero no es lo mismo! Aquella "fiebre de transformaciones", además de ser contagiosa, llega con frecuencia a extremos tan peligrosos, que fácilmente puede obligar a señores muy encumbrados a emprender el viaje hacia Inglaterra.[178] ¿Acaso sería la "fiebre de transformaciones" declarada en Alemania una de las razones que disuadieron a Rusia de intervenir, en los meses de marzo y abril? 3) Crimen: el Preparlamento de Francfort[179] presentó como una necesidad de los tiempos la guerra contra Rusia. Y lo mismo se hizo en los clubes y en los periódicos, cosa tanto más imperdonable cuanto que, según los preceptos de la Santa Alianza y los tratados posteriores concertados entre Rusia, Austria y Prusia, los alemanes no debemos derramar nuestra sangre en nuestro propio interés, sino solamente en

lás I se dirigió a los oficiales de su ejército, durante un baile de la corte, diciéndoles: "¡Señores, a ensillar, los caballos, pues en Francia ha estallado la revolución!"

[178] Se alude aquí a la huida hacia Inglaterra del príncipe heredero de Prusia (véase *supra*, nota 47).

[179] Véase *supra*, nota 5.

interés de los príncipes. 4) En Alemania, se ha hablado de la restauración de la vieja Polonia dentro de sus verdaderas fronteras de 1772.[180] ¡Una tanda de latigazos con el *Knut,* y luego a Siberia! Pero no, pues cuando Nesselrode escribió su circular aún no conocía la votación recaída en el Parlamento de Francfort sobre el asunto de la anexión de Posen.[a] El Parlamento se ha encargado de lavar nuestras culpas, y una sonrisa dulce e indulgente se dibuja ahora en los labios del zar. 5) Crimen en Alemania: "su deplorable guerra contra una monarquía nórdica".[181] Por este desafuero, habida cuenta del buen éxito que ha tenido la amenazadora nota de Rusia, del rápido repliegue del ejército alemán obedeciendo órdenes de Postdam y de la declaración emitida por el embajador de Alemania en Copenhague explicando los verdaderos motivos y la finalidad real de la guerra,[182] se suaviza el castigo que Alemania merece. 6) "Descarada predicación de una alianza defensiva y ofensiva entre Alemania y Francia." 7) Y último: "La acogida dispensada a los fugitivos polacos, a quienes se les ha permitido viajar gratis en los ferrocarriles, y la insurrección de Posen".[183]

Si a los diplomáticos y demás personas competentes no se les hubiese conferido el don de la palabra precisamente "para ocultar sus pensamientos", no cabe duda de que Nesselrode y el pariente Nicolás nos abrazarían jubilosamente y nos darían las gracias por haber tentado a marchar hacia Posen a tantos polacos residentes en Francia, Inglaterra, Bélgica, etc., expeliéndolos con todas las facilidades hacia el lugar en que habrían de ser abatidos a tiros y a cañonazos, marcados con la piedra infernal, pasados a cuchillo, devuel-

[180] En el año 1772 fue llevado a cabo el llamado primer reparto de Polonia, entonces un territorio de grandes proporciones, entre las potencias de Prusia, Austria y Rusia.

[a] Véase *infra,* pp. 227 y ss.

[181] Se hace referencia aquí a la guerra surgida entre Prusia y Dinamarca a raíz de los ducados de Schleswig y Holstein, en la región holsaciana (véase *supra,* nota 23).

[182] En una nota entregada al gobierno danés por un agente secreto del rey de Prusia, se decía que la guerra de los ducados de Schleswig y Holstein se proponía en realidad "combatir a los elementos radicales y republicanos en Alemania", aunque el gobierno prusiano se negó a reconocer esta comprometedora declaración.

[183] Véase *supra,* nota 42.

tos con las cabezas rapadas, etc., mientras por otra parte eran totalmente exterminados en Cracovia, dentro de lo posible, por un bombardeo a traición.

¿Y ante estos siete pecados capitales de Alemania, Rusia sigue manteniéndose a la defensiva, sin pasar al ataque? Sí, así es, y eso es lo que mueve al diplomático ruso a pedir al mundo que muestre su admiración por el pacifismo y la moderación de su emperador.

> Según el señor Nesselrode, la línea de conducta del zar de Rusia, "de la que, hasta ahora, no se ha apartado ni un momento" es la de "no inmiscuirse para nada en los asuntos internos de los países que deseen cambiar su organización, sino dejar a los pueblos en perfecta libertad sin oponer por su parte el menor obstáculo a los experimentos políticos y sociales que quieran emprender, ni atacar a ninguna potencia por la que no se vea atacado; pero rechazando resueltamente, eso sí, cuanto atente contra su propia seguridad interior y velando porque cualquier perturbación o destrucción del equilibrio territorial en cualquier punto no lesione nuestros legítimos intereses".

La nota rusa se olvida de aducir algunos ejemplos ilustrativos. Después de la revolución de Julio, el zar concentró un ejército en la frontera occidental para hacer ver prácticamente a los franceses, en alianza con sus leales dentro de Alemania, cómo dejaba "a los pueblos en perfecta libertad para emprender los experimentos políticos y sociales que desearan". Y si se vio estorbado en esta línea de conducta, no fue por culpa suya, sino por culpa de la revolución polaca de 1830,[184] que imprimió a sus planes otra orientación. Es el mismo modo de proceder que observamos poco después en los casos de España y Portugal. Testimonios de ello los tenemos en el apoyo fran-

[184] *Revolución polaca de 1830:* el 29 de noviembre de ese año estalló en Varsovia una insurrección contra el yugo extranjero zarista, a la que se adhirieron muchos campesinos polacos, quienes creían alcanzar con ello, además de la emancipación nacional, las libertades sociales y económicas. Sin embargo, la dirección del movimiento se hallaba en manos de la nobleza polaca, la cual no pensaba ni remotamente en emancipar a los campesinos ni entregarles la tierra, sino solamente en afirmar sus propios derechos frente al zar.

co y encubierto prestado a don Carlos[185] y a don Miguel[186] y sabido es que, cuando a fines de 1842, el rey de Prusia se disponía a otorgar una especie de Constitución por estamentos, interpretando del modo más bondadoso cómo entendía él el terreno "histórico", tan certeramente plasmado en las cartas-patentes de 1847,[187] fue Nicolás quien se opuso seriamente a ello, privándonos así a los "cristiano-germanos" de la alegría de vivir varios años bajo el régimen de un estatuto paternal. Sin duda porque, como afirma Nesselrode, Rusia jamás se inmiscuye en la organización interior de otro país. ¿Y para qué hablar de Cracovia? Recordemos simplemente la última de las pruebas de la "línea de conducta" seguida por el zar. Los valacos derriban al viejo gobierno e implantan un nuevo gobierno provisional. Tratan de hacer cambiar todo el sistema antiguo y de gobernarse siguiendo la pauta de los pueblos civilizados. Pues bien, "para no poner el menor obstáculo a los experimentos políticos y sociales que quieran emprender", un cuerpo de tropas rusas invade el país.[188]

A la vista de estos antecedentes, cualquiera podía suponer cómo habría de aplicarse a Alemania esta "línea de conducta". Pero la nota rusa nos ahorra el trabajo de extraer por nuestra cuenta las conclusiones. He aquí lo que nos dice:

> Mientras la *Confederación,* cualquiera que sea la *nueva forma* que pueda darse, deje intangibles a los Estados vecinos y no pretenda extender por la

[185] Véase *supra,* nota 145.

[186] Véase *supra,* nota 144.

[187] *Patente de 1847:* se trata de la "patente relativa a las instituciones de los estamentos", al "Decreto sobre la creación de la Dieta Unificada" y al "Decreto sobre la agrupación periódica del Comité extranjero unido y sus facultades", los tres del 3 de febrero de 1847. El rey, en estos decretos, se remitía a las leyes sobre las representaciones por estamentos dictadas en Prusia en los años veinte a cuarenta del siglo XIX.

[188] En junio de 1848 se creó en la Valaquia (Bucarest) después de la fuga del príncipe Bibesko, por las fuerzas liberales, un gobierno provisional que implantó una serie de reformas burguesas y una Constitución de tipo europeo, aspirando además a llegar a un acuerdo con los turcos. Después de esto, el 10 de julio, un cuerpo del ejército ruso cruzó el río Put. Al mismo tiempo, el gobierno zarista logró mover a Turquía a destinar cierto número de tropas para luchar contra el movimiento de liberación en esta región.

fuerza las fronteras de su demarcación o imponer su legítima competencia más allá de los *límites* que los *tratados* le marcan, el emperador respetará también su independencia interior.

Más claro es el segundo de los pasajes pertinentes:

> Si Alemania logra realmente resolver el problema de su organización sin quebranto de su paz interior y sin que las nuevas formas impresas a su nacionalidad sean de tal naturaleza que pongan en peligro la paz de otros Estados, le desearemos sinceramente el mayor éxito, por las mismas razones por las que apetecíamos verla fuerte y unida bajo sus formas políticas anteriores.

Pero el más claro e inequívoco de todos es el siguiente pasaje, en el que la circular habla de los incansables esfuerzos de Rusia por exhortar a la concordia y a la unidad de Alemania y por mantenerlas:

> *No nos referimos —dice— claro está, a cualquier unidad material, con la que hoy sueña una democracia niveladora y ávida de expansión* y con la que, si pudiese poner en práctica las ambiciosas teorías con arreglo a las cuales la concibe, colocarían a Alemania, más temprano o más tarde, infaliblemente, en estado de guerra con todos los Estados vecinos, sino a la *unidad moral*, a la sincera coincidencia de propósitos e intenciones que la animan en todas las cuestiones políticas que la *Confederación alemana* tiene que ventilar hacia el exterior.
>
> *A mantener esta unidad* y a estrechar los lazos que unen entre sí a los gobiernos de Alemania, es a lo que aspira nuestra política.
>
> Lo que entonces queríamos es lo que queremos también hoy.

El gobierno ruso está cordialmente dispuesto, como vemos por el párrafo anterior, a permitirnos la unidad *moral* de Alemania, pero no la unidad *material*, no la sustitución del anterior régimen de la Dieta federal por otro basado en la soberanía del pueblo y en la existencia de un poder central que sea algo más que una mera apa-

riencia, que gobierne de un modo real y efectivo. ¡Qué magnanimidad!

"Lo que entonce —es decir, antes de febrero de 1848— queríamos es lo que queremos también hoy."

Es ésta, en la nota rusa, la única frase de la que nadie dudará. Nos permitimos, sin embargo, hacer notar al señor Nesselrode que el querer algo y el realizarlo no siempre son una y la misma cosa.

Los alemanes saben ahora a ciencia cierta qué pueden esperar de Rusia. Rusia adoptará ante nosotros una actitud "francamente pacífica" mientras se mantenga en pie el viejo sistema, aunque la fachada se revoque con colores modernos, o si, después de habernos apartado, bajo "la embriaguez y la exaltación del momento", de los cauces rusos e "históricos", volvemos a encarrilarnos sumisamente por ellos.

Las condiciones existentes dentro de Rusia; el azote del cólera; las insurrecciones parciales producidas en algunos distritos; la revolución maquinada en Petersburgo, pero impedida a su debido tiempo; el complot urdido en la ciudadela de Varsovia y el terreno volcánico sobre el que descansa el reino de Polonia,[189] son todas, indudablemente, circunstancias que han contribuido a las benevolentes y "generosas intenciones" del zar con respecto a Alemania.

Pero no cabe duda de que sobre el "sistema pasivo y expectante" del gobierno ruso ha influido todavía más poderosamente el curso que hasta ahora han llevado los acontecimientos en la misma Alemania.

¿Acaso Nicolás habría podido velar personalmente por sus intereses, ejecutar más rápidamente sus designios mejor de lo que hasta ahora se ha venido haciendo en Berlín-Postdam, en Insbruck, en

[189] Las graves dificultades económicas (malas cosechas generalizadas) y diversas catástrofes (el cólera y los incendios devastadores) provocaron en Rusia, en la primavera y el verano de 1848, un auge del movimiento campesino, los llamados "disturbios del cólera en Petersburgo y Riga", y levantamientos populares en algunas regiones. Uno de los focos más importantes de agitación revolucionaria era la parte rusa de Polonia, donde el movimiento presentaba un carácter nacional y era atizado por la insurrección producida en el Gran Ducado de Posen (véase *supra*, nota 42).

Viena y en Praga, en Francfort, en Hanover y casi en cada apacible rincón de nuestra patria, en la que vuelve a imperar la unidad moral predicada por Rusia? ¿Acaso no han trabajado en Posen Pfuel (el de la Piedra infernal),[190] Colomb y el general de los *shrapnels*,[b] como Windischgrätz en Praga, de la manera apetecida para que el corazón del zar pueda rebosar de gozo? ¿Acaso no recibió Windischgrätz, a través de Potsdam y de manos del joven señor Meyendorf, una brillante y elogiosa carta de Nicolás? ¿Y dejan algo que desear a Rusia los señores Hansemann, Milde y Schreckenstein en Berlín, o los Radowitz, los Schmerling y los Lichnowski en Francfort? ¿No es un bálsamo para mitigar muchos dolores del reciente pasado la actuación de los Biedermann y los Bassermann en el Parlamento de Francfort? En estas condiciones, es evidente que la diplomacia rusa no necesitaba lanzar sobre Alemania ningún ejército invasor. Tiene toda la razón al pensar que le bastaba y le basta con su "sistema pasivo y expectante" y con la nota que acabamos de comentar.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 64, 3 de agosto de 1848]

[190] Por orden del general prusiano Pfuel, se raparon las cabezas de los príncipes prisioneros de la insurrección de Posen en 1848 y se les frotó con piedra infernal las manos y las orejas. De allí el apodo de "Piedra infernal" que se daba a este general.

[b] Hirschfeld.

UN DISCURSO DE PROUDHON CONTRA THIERS

PARÍS, 3 DE AGOSTO. EN NUESTRO NÚMERO DE ANTEAYER SÓLO pudimos ofrecer algunos fragmentos del discurso de Proudhon. Nos detendremos hoy a analizarlo en detalle.[191] El señor Proudhon empieza declarando que la revolución de Febrero no es otra cosa que la puesta en marcha del socialismo, el cual ha tratado de hacerse valer en todos los acontecimientos posteriores, en todas y cada una de las fases subsiguientes de esta revolución.

> Queréis acabar con el socialismo; perfectamente, fijaos bien: yo os ayudaré de buena gana a ello. El éxito del socialismo no depende en manera alguna de un individuo; la lucha que actualmente se sostiene no es, de ningún modo, una lucha entre el señor Thiers y yo, sino una lucha entre el trabajo y los privilegios.

En vez de lo cual, según señala el señor Proudhon, el señor Thiers se limita a atacar y calumniar su vida privada.

> Puestos en este terreno, le diré al señor Thiers: ¡Confesémonos los dos! ¡Confiese usted sus pecados y yo confesaré los míos!

[191] Aquí en el presente artículo se cita, con base en los informes de los corresponsales de prensa, el discurso pronunciado en la Asamblea Nacional francesa por Proudhon, el 31 de julio de 1848. El texto íntegro se publicó en *Compte rendù des séances de l'Assemblée National*, t. II, París, 1849.

El problema que se ventila es —se nos dice— la revolución; el Comité de Finanzas ve en ella un suceso fortuito, una sorpresa, pero él, Proudhon, la toma en serio. En el año 93 —manifiesta— la propiedad pagó la deuda que tenía con la República, abonando una tercera parte en concepto de impuestos. La revolución del 48 debe mantenerse dentro de un "plano de proporcionalidad". Los enemigos del año 93 eran el despotismo y el extranjero; en el año 48 el enemigo es el pauperismo. "¿Qué significa este *droit au travail*", el derecho al trabajo?

> Sí la demanda de trabajo fuese mayor que la oferta, no harían falta promesas por parte del Estado. Pero no ocurre así; el consumo se halla a un nivel muy bajo; ¡los almacenes están abarrotados de mercancías!, y los pobres andan desnudos. Y, sin embargo, ¿qué país se presta mejor al consumo que Francia? Si se nos entregaran 100 millones en vez de 10, es decir, 75 francos por cabeza y por día, no cabe duda de que sabríamos gastarlos *(risas en la sala)*.

El tipo de interés —dice Proudhon— es una de las causas fundamentales de la ruina del pueblo. La creación de un banco nacional con dos mil millones, que prestase el dinero sin interés y facilitase gratuitamente el uso de la tierra y la vivienda, aportaría incalculables beneficios *(violentas interrupciones)*.

> Si nos atenemos a esto *(risas)*, si desplazamos el fetichismo del dinero por el realismo del disfrute *(nuevas risas)*, tendremos la garantía del trabajo. Suprimid los aranceles aduaneros sobre los instrumentos del trabajo, y os habréis salvado. Y quienes sostienen lo contrario, llámense girondinos o montañeses, no son socialistas, no son republicanos... (*exclamaciones de* "¡Oh, oh!"). Una de dos: o la propiedad acaba con la República, o la República acaba con la propiedad *(gritos de "¡Basta ya!")*.

En seguida, el señor Proudhon se extiende en largas consideraciones acerca de lo que significa el interés y de cómo el tipo de inte-

rés puede reducirse a cero. Mientras se mantiene en este terreno económico, el señor Proudhon se muestra muy débil, por mucho que esta Cámara burguesa se escandalice. Pero cuando, excitado precisamente por este escándalo, se coloca en el punto de vista del proletario, tal parece como si la Cámara se viese sacudida por convulsiones nerviosas.

> Mi modo de razonar, señores, es distinto del vuestro; ¡yo me coloco en otro punto de vista que vosotros! El 24 de febrero se ha abierto la liquidación de la vieja sociedad entre la burguesía y la clase obrera. Y esta liquidación se llevará a cabo por la vía pacífica o mediante la violencia. Todo depende de la sagacidad de la burguesía, de su mayor o menor resistencia.

El señor Proudhon pasa ahora a exponer su idea "acerca de la abolición de la propiedad". Él no pretende abolir la propiedad de golpe y porrazo, sino gradualmente; por eso dice en su periódico[192] que *la renta del suelo es un regalo generoso de la tierra* que el Estado debe irse embolsando, poco a poco.

> De allí que, de una parte, yo mismo haya denunciado a la burguesía la significación de la revolución de Febrero, señalando a la propiedad un plazo para que se prepare a su liquidación y haciendo responsables a los propietarios que se niegan a ello.

(Estrepitosas protestas, aquí y allá: "¿Responsables, cómo?")

> Quiero decir que, si los propietarios no se prestan a liquidar voluntariamente, procederemos nosotros a la liquidación.

(Varias voces: "¿Qué quiere decir 'nosotros'?")
(Otras voces: "¡Que lo manden al manicomio, a Charenton!")

[192] De abril a agosto de 1848 se publicó en París el periódico *Le Représentant du Peuple*, dirigido por Proudhon. Esta frase aquí citada apareció en un artículo editorial del núm. 96, del 8 de julio de 1848, del mencionado periódico.

(Tremendo revuelo; una verdadera tormenta de truenos y vientos huracanados.)

¡Cuando digo nosotros, me identifico yo con el proletariado y os identifico a vosotros con la burguesía!

El señor Proudhon pasa luego a especificar su sistema de impuestos y se vuelve de nuevo "científico". Esta "ciencia", que ha sido siempre el lado endeble de Proudhon, se convierte ante esta Cámara tan cerrada de mollera precisamente en su lado fuerte, puesto que le infunde la osadía necesaria para atacar con su "ciencia" pura y de buena fe la impura ciencia financiera del señor Thiers. El señor Thiers ha sabido conservar su inteligencia financiera práctica. Bajo su gobierno, el erario público se ha mermado, pero su fortuna privada ha crecido.

Cuando ya la Cámara presta poca atención a las disquisiciones de Proudhon, éste declara sin andarse con rodeos que hablará cuando menos todavía tres cuartos de hora. Y, en los momentos en que la mayor parte de los diputados se dispone a abandonar sus escaños, el orador se lanza de nuevo a los ataques contra la propiedad.

¡Solamente con la revolución de Febrero, habéis abolido la propiedad!

Cada vez que Proudhon lanza un anatema contra la propiedad, parece como si el terror clavase a los diputados en sus asientos.

Al proclamar en la Constitución el derecho al trabajo, habéis reconocido la abolición de la propiedad.

Larochejaquelein pregunta si existe el derecho al robo. Otros diputados no quieren dejar que Proudhon siga hablando.

No podéis descartar las consecuencias de los hechos consumados. Si los deudores y los arrendatarios siguen pagando, lo hacen porque quieren.

(Indescriptible algarabía. El Presidente llama al orden al orador, diciéndole que todo el mundo está obligado a pagar sus deudas.)

No digo que las deudas hayan sido abolidas, pero quienes aquí las defienden destruyen la revolución...

¿A quién representamos nosotros aquí? ¡A nada ni a nadie! El poder del que derivamos el nuevo carece de principios y de fundamento. Toda nuestra autoridad descansa sobre la violencia, sobre la arbitrariedad, sobre el poder del más fuerte. *(Estalla de nuevo el tumulto.)* El sufragio universal es producto del azar y, para que adquiera algún significado, tiene que precederle una organización. Lo que nos gobierna no es la ley, no es el derecho; es la violencia, la necesidad, la providencia... El 16 de abril, el 15 de mayo, el 23, 24 y el 25 de junio son hechos, solamente hechos, que la historia legitima. Hoy, podemos hacer cuanto queramos; somos los más fuertes. No hablemos, pues, de subversión, pues los subversivos son los que, no teniendo de su lado otro derecho que el del más fuerte, no quieren reconocer este derecho a los demás. Sé que mi propuesta no será aceptada. Pero estáis en una situación que no os permitirá escapar a la muerte más que aceptando mi propuesta. ¡Lo que aquí se ventila es la cuestión del crédito, la cuestión del trabajo! La confianza ya jamás renacerá, es imposible que renazca... *(Una voz: "¡Espantoso!")* Podéis decir que queréis organizar una república honesta y moderada; nada conseguiréis con ello, pues el capital no se atreverá a mostrarse bajo una república que se vea obligada a hacer manifestaciones a favor de los obreros. Por eso, mientras el capital nos aguarda para liquidarnos, nosotros aguardamos al capital para liquidarlo a él. El 24 de febrero proclamó el derecho al trabajo. Si borráis de la Constitución este derecho, proclamaréis con ello el derecho a la insurrección.

Podéis colocaros eternamente al amparo de las bayonetas y exigir eternamente la declaración del estado de sitio: eso no impedirá que el capital siga teniendo miedo, pues el socialismo ha clavado sus ojos en él.

Los lectores de la *Gaceta de Colonia*[193] conocen al señor Proudhon de largo tiempo atrás. El señor Proudhon, que, como dice el

[193] Véase *supra*, nota 43.

acta de las sesiones de la Cámara, ha atacado a la moral, a la religión, a la familia y a la propiedad, era todavía no hace mucho tiempo ensalzado como un héroe por la *Gaceta de Colonia.* El "llamado sistema económico-social" de Proudhon era difundido y glorificado en artículos de los corresponsales de París, en folletones y largos ensayos. Todas las reformas sociales debían tener como punto de partida el concepto prudoniano del valor. No es del caso exponer aquí cómo pudo la *Gaceta de Colonia* contraer tan peligrosa amistad. Pero ¡cosa curiosa!, ese periódico, que antes veía en Proudhon al salvador, no encuentra ahora denuestos bastantes para presentarlo a él y a su "partido falsario" como los peores enemigos de la sociedad. ¿Es que el señor Proudhon ya no es el señor Proudhon?

Lo que nosotros hemos atacado en él era la "ciencia utópica" con que trataba de equilibrar el antagonismo entre el capital y el trabajo, entre el proletariado y la burguesía.[194] Sobre esto habremos de volver. Todo su sistema bancario, todo su intercambio de productos, no pasa de ser una ilusión pequeñoburguesa. Ahora, cuando en el empeño de poner en práctica esta macilenta ilusión, se ve obligado a enfrentarse democráticamente a toda la Cámara burguesa y a expresar tajantemente ante ella aquel antagonismo, la Cámara pone el grito en el cielo, acusándolo de atentar contra la moral y la propiedad.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 66, 5 de agosto de 1848]

[194] Como se sabe, la crítica, más profunda y amplia acerca de las ideas políticas y económicas de Proudhon por parte de Marx, se encuentra en su obra publicada en 1847, *La miseria de la filosofía.*

EL DEBATE SOBRE POLONIA EN LA ASAMBLEA DE FRANCFORT

COLONIA, 7 DE AGOSTO. LA ASAMBLEA DE FRANCFORT,[195] CUYOS debates no han perdido el carácter de una apacibilidad auténticamente alemana, ni siquiera en los momentos de mayor excitación, se ha puesto en pie por fin ante la cuestión de Posen. En este asunto, en que le habían preparado el camino las granadas incendiarias prusianas y los sumisos acuerdos de la Dieta federal, no tuvo más remedio que arrojarse a tomar un acuerdo decisivo; aquí, no valía adoptar una actitud conciliatoria; había que salvar el honor de Alemania o volver a envilecerlo. Y la Asamblea no defraudó, en efecto, nuestras esperanzas; sancionó los siete repartos de Polonia:[196] descargó a los príncipes alemanes de la ignominia de 1772, 1794 y 1815, pero para echarla sobre sus propios hombros.

¡Más aún! La Asamblea de Francfort ha declarado que los siete repartos de Polonia fueron, en realidad, otros tantos actos de generosidad dispensados a los polacos. ¿Acaso la irrupción por la fuerza de la raza judío-germánica en aquellas tierras no hizo que Polonia se elevase a un nivel de cultura y de ciencia con el que antes ni siquiera podía soñar aquel país? ¡Ofuscados y desagradecidos polacos! ¡Si ya no os hubiesen repartido antes, tendríais que implorar ahora de la Asamblea de Francfort la merced de ser repartidos!

Cuentan que un fraile llamado Bonavita Blank amaestró, en un

[195] Véase *supra,* nota 1.

[196] Véase *supra,* nota 41.

convento cercano a Schaffhausen, a una bandada de tordos y grajos para que revolotearan sobre su cabeza y se posaran en sus brazos. Para lograrlo, les cortaba la punta del pico, con objeto de que no pudieran comer directamente y se vieran obligados a tomar la comida de la mano del fraile. Los filisteos, que desde lejos veían a los pájaros posarse sobre los hombros del santo varón y revolotear familiarmente en torno a él, se maravillaban de la alta cultura y la elevada ciencia de aquel hombre. Los pájaros, dice su biógrafo, *le amaban como a su protector.*[197]

¡En cambio, los desagradecidos polacos, encadenados, mutilados y atormentados, se resisten a amar a sus protectores prusianos!

Creemos que la mejor manera de describir los grandes beneficios dispensados a los polacos por los prusianos es analizar la ponencia sobre derecho internacional del erudito historiador *Stenzel,* el texto que ha servido de base al debate.[198]

Este informe empieza relatando, ateniéndose en todo al estilo de los documentos diplomáticos más acostumbrados, cómo nació el Gran Ducado de Posen, en el año 1815, por la vía de la "incorporación" y la "aglutinación". A ello se unieron las promesas formuladas al mismo tiempo a los de Posen por Federico Guillermo III: mantenimiento de la nacionalidad, la lengua y la religión, nombramiento de un gobernador nativo y participación en la famosa Constitución prusiana.[199]

Es bien sabido cómo se cumplieron estas promesas. Como es natural, jamás se puso en práctica la libertad de movimientos entre los tres fragmentos de Polonia, libertad que el Congreso de Viena[200]

[197] Se alude a la obra de F. G. Benkert, titulada *Breve biografía de Joseph Bonavita Blank,* publicada en la ciudad de Wurzburgo en 1819.

[198] El informe de Stenzel, emitido en nombre de la comisión de Derecho internacional de la Asamblea Nacional de Francfort "sobre la incorporación de una parte del Gran Ducado de Posen a la Confederación alemana" se presentó el 24 de julio de 1848 y se reproduce, con el debate en torno a él en "Actas taquigráficas sobre los debates de la Asamblea Nacional constituyente alemana de Francfort d.M." t. II, Leipzig, 1848.

[199] Se hace referencia aquí a las repetidas promesas del rey Federico Guillermo III de dar a Rusia una Constitución por estamentos.

[200] En el Congreso de Viena (18 de septiembre de 1814 a 9 de junio de 1815), los vencedo-

pudo acordar con tanta mayor tranquilidad cuanto que era irrealizable.

Vienen en seguida las cifras sobre el reparto de la población. El señor Stenzel calcula que en 1843 vivían en el Gran Ducado 790 000 polacos, 420 000 alemanes y cerca de 80 000 judíos, lo que da un total aproximado de 1 300 000 habitantes.

Los datos del señor Stenzel difieren de los de fuente polaca, entre otros los del arzobispo Przyluski,[201] según los cuales vivían en Posen bastante más de 800 000 polacos y los alemanes apenas llegaban a 250 000 descontando los judíos, los funcionarios y los soldados.

Pero, atengámonos a las cifras del señor Stenzel, que bastan y sobran para apoyar nuestras conclusiones. Concedamos, para no entrar en más debates sobre el asunto, que vivieran en Posen 420 000 alemanes. ¿Qué clase de alemanes son éstos, cuya cifra, si sumamos a ellos los judíos, asciende a medio millón de individuos?

Los eslavos son un pueblo predominantemente agricultor, poco apto para la práctica de las industrias urbanas que hasta ahora podían ejercerse en los países eslavos. El tráfico comercial, en su fase inicial y puramente rudimentaria, que se reducía prácticamente a la usura, corría a cargo de los buhoneros *judíos*. Al incrementarse la cultura y la población y hacerse sentir la necesidad de una industria urbana y de la concentración en ciudades, afluyeron a las tierras eslavas los *alemanes*. Los alemanes, que habían alcanzado, en general, su máximo florecimiento en el seno de la pequeña vecindad de las ciudades imperiales de la Edad Media, en el perezoso comercio interior a manera de las caravanas, y en el limitado comercio marítimo y en el artesanado gremial de los siglos XIV y XV, han

res sobre Napoleón I se pusieron de acuerdo para beneficiarse a costa de Francia. La finalidad del Congreso era la restauración del sistema reaccionario-feudal imperante antes de la Revolución francesa y las fronteras de Francia en 1792. A Inglaterra le fueron adjudicadas todas las colonias francesas. Se mantuvieron en pie la desmembración de Alemania e Italia, el reparto de Polonia y el sojuzgamiento de Hungría.

[201] La correspondencia del arzobispo de Posen, Przyluski, con el gobierno de Berlín fue publicada en la obra de Brodowsi, Kraszewski y Potworowski *Zur Beurtheilung der polischen Frage im Grossherzogthum Posen im Jhar 1848*, Berlín, 1848.

acreditado su misión de ser los burgueses de empalizada[202] de la historia universal en el hecho de que sigan formando todavía hoy el núcleo de la pequeña burguesía de toda la Europa oriental y septentrional y hasta de Norteamérica. Los artesanos, tenderos y pequeños comerciantes intermediarios de Petersburgo, Moscú, Varsovia y Cracovia, Estocolmo y Copenhague, Pest, Odesa y Jassy, de Nueva York y Filadelfia son, en su mayoría y a veces en su gran mayoría, alemanes o gente de origen alemán. En todas estas ciudades hay barrios en los que se habla exclusivamente alemán; algunas ciudades como Pest, son casi totalmente alemanas.

Esta inmigración alemana, sobre todo en los países eslavos, siguió su curso casi ininterrumpido desde los siglos XII y XIII. Además, desde la Reforma, las persecuciones contra las sectas religiosas empujaban de vez en cuando a masas enteras de alemanes a Polonia, donde eran recibidas con los brazos abiertos. En otros países eslavos, como Bohemia, Moravia, etc., la población nativa se vio diezmada por las guerras de conquista de los alemanes y la población germana creció por medio de la invasión.

En ninguna parte es tan clara la situación como en Polonia. Los pequeños burgueses alemanes establecidos en Polonia desde hace siglos nunca se han considerado políticamente parte de Alemania, lo mismo ocurre con los alemanes de Norteamérica, con la "colonia francesa" de Berlín o con los 15 000 franceses de Montevideo, con respecto a Francia. Han pasado a ser polacos, en la medida en que podían serlo en los tiempos descentralizados de los siglos XVII y XVIII, polacos de habla alemana, que habían renunciado totalmente desde hacía largo tiempo a toda conexión con su patria de origen.

¡Pero han introducido en Polonia —se nos dice— la cultura y la ciencia, el comercio y la industria! Es cierto que han introducido en estas tierras el pequeño comercio y el artesanado, y han elevado hasta cierto punto el nivel de la producción por medio de su consumo y del limitado tráfico consiguiente. De la gran cultura y de la ciencia no se había oído hablar mucho hasta 1772 en toda Polonia,

[202] Véase *supra,* nota 3.

ni tampoco, desde entonces, en Austria ni en la Polonia rusa; de las de Prusia hablaremos más adelante. En cambio, los alemanes han impedido en Polonia la formación de ciudades polacas con una burguesía nacional; con su lengua aparte, su aislamiento con respecto a la población polaca y sus mil privilegiados y diferentes regímenes jurídicos urbanos han entorpecido la centralización, que constituye el medio político más poderoso para el rápido desarrollo de un país. Casi cada ciudad tenía su derecho propio y en las ciudades de población mixta regían y siguen rigiendo normas jurídicas distintas para los alemanes, los polacos y los judíos. Los polacos-alemanes se han detenido en el grado más bajo de la industria, no han acumulado grandes capitales, no han sabido asimilarse la gran industria ni se han apoderado de las grandes rutas comerciales. Fue necesario que llegase a Varsovia el inglés Cockerill para que la industria comenzase a echar raíces en Polonia. Toda la actividad de los polaco-alemanes se reducía al pequeño comercio, el artesanado y, cuando más, al comercio de cereales y la manufactura (tejidos, etc.), en las proporciones más limitadas. Y no debe tampoco olvidarse el hablar de los méritos de los polaco-alemanes, que fueron ellos quienes importaron en Polonia el filisteismo alemán y la limitación propia de la pequeña burguesía alemana y que en ellos se aunaban las malas cualidades de ambas naciones, sin ninguna de las buenas.

El señor Stenzel trata de avivar las simpatías de los alemanes en pro de los polaco-germanos.

> Cuando los reyes..., principalmente en el siglo XVII, cayeron cada vez más en la impotencia y ya no podían tampoco defender a los campesinos polacos nativos contra la durísima opresión de la nobleza, decayeron asimismo las aldeas y ciudades alemanas, muchas de las cuales pasaron a manos de la nobleza. Solamente las grandes ciudades de la Corona salvaron una parte de sus viejas libertades [léase "de sus privilegios"].

¿Acaso el señor Stenzel pretende que los polacos defendieran a los "alemanes" (léase "polaco-alemanes", que eran también, por lo

demás, "nativos") mejor de lo que podían defenderse ellos mismos? Fácilmente se comprende que los extranjeros establecidos en un país no pueden exigir otra cosa que compartir con la población originaria los días buenos y los malos.

Pasemos a hablar ahora de los beneficios que los polacos tienen que agradecer especialmente al gobierno prusiano.

En 1772 Federico II despojó a Polonia del distrito del Netz y al año siguiente se abrió el canal de Bromberg, que comunicó mediante una vía de navegación interior el Oder con el Vístula.

> Se abrieron así al cultivo y fueron pobladas por numerosos colonos las tierras por las que desde hacía varios siglos venían litigando Polonia y Pomerania, tierras que, en gran parte, permanecían yermas por haber sido asoladas en numerosas ocasiones y hallarse cubiertas por grandes pantanos.

El primer reparto de Polonia no fue, pues, un desfalco. Federico II se apoderó simplemente de un territorio "por el que se venía litigando desde hacía varios siglos". Pero, ¿desde cuándo no existía ya una Pomerania independiente que *pudiera* reclamar este territorio? ¿Cuántos largos siglos hacía ya que no le era realmente disputado a Polonia? ¿Y qué significa, en términos generales, esa herrumbrosa y enmohecida teoría de las "tierras litigiosas" y las "reclamaciones", que sirvió en los siglos XVII y XVIII para envolver la desnudez de los intereses comerciales y anexionistas; qué valor puede tener semejante teoría en el año 1848, que ha venido a poner fin a todo lo que se consideraba como derechos o desafueros históricos?

Por lo demás, el señor Stenzel debiera darse cuenta de que, al amparo de esa doctrina sacada del desván de los trastos viejos, también la frontera del Rin entre Francia y Alemania es una frontera "litigiosa" desde hace siglos y de que en virtud de tal teoría los polacos podrían alegar derechos al dominio directo sobre la provincia de Prusia e incluso la Pomerania.

Pero, basta. El distrito del Netz pasó a manos de Prusia y dejó de ser, con ello, territorio "litigioso". Federico II envió a él a colo-

nos alemanes y surgieron así, en la cuestión de Posen, los *"hermanos del Netz"*, como solemnemente se les llama. La germanización por obra del Estado data del año 1773.

> Los judíos del Gran Ducado son; *según todos los datos fidedignos*, en todo y por todo alemanes, y *quieren* seguirlo siendo... La tolerancia religiosa que en otro tiempo reinaba en Polonia, unida a varias ciudades que no poseen los polacos, han hecho que los judíos tengan desde hace siglos un profundo radio de acción (sobre la bolsa del dinero de los polacos, concretamente) dentro de Polonia. Por regla general, dominan las dos lenguas, aunque en el seno de sus familias, y también sus hijos, desde la infancia, hablen *alemán*.

Encuentra aquí su expresión oficial la simpatía y el reconocimiento inesperados que en estos últimos tiempos se dispensan en Alemania a los judíos polacos. Estos elementos, mal afamados en todo el ámbito de influencia de la Feria de Leipzig, considerados hasta hace poco como la expresión más acabada de la usura, la cicatería y la suciedad, se convierten de la noche a la mañana en los hermanos alemanes; el noblote "Michel" prototipo del buen alemán los estrecha contra su pecho derramando lágrimas de emoción y el señor Stenzel los reclama, en nombre de la nación alemana, como alemanes, que además *quieren* seguirlo siendo.

¿Y por qué los judíos polacos no han de ser auténticos alemanes? ¿Acaso no "hablan alemán en el seno de sus familias", como lo hablan "también sus hijos, desde la infancia"? ¡Y qué alemán, además!

Haremos notar, por lo demás, al señor Stenzel que, con este mismo argumento, podría reclamar también toda Europa, media América y hasta una parte de Asia. Todo el mundo sabe que el alemán es la lengua universal de los judíos. En Nueva York como en Constantinopla, en Petersburgo y en París, los judíos "hablan alemán en el seno de sus familias, y también sus hijos, desde la infancia", y a veces incluso un alemán más clásico que los "connacionales" de los hermanos del Netz, los judíos de Posen.

El informe que analizamos sigue exponiendo la proporción de las nacionalidades con la mayor vaguedad posible y procurando inclinarse en favor del supuesto medio millón de alemanes, formado por polaco-alemanes, hermanos del Netz y judíos. Se nos dice que la propiedad territorial campesina de los alemanes es más extensa que la de los polacos (ya veremos cuál es la realidad). Y que el odio entre los polacos y alemanes, especialmente los prusianos, llegó a su apogeo a partir del primer reparto de Polonia.

> Fue sobre todo Prusia la que al introducir sus ordenamientos estatales y administrativos, reglamentados de una manera especialmente rígida (¡qué manera de escribir!) y con su rigurosa aplicación, perturbó del modo más sensible las viejas costumbres e instituciones tradicionales de los polacos.

Hasta qué punto las medidas "rígidamente reglamentadas" y "rigurosamente aplicadas" de la admirable burocracia prusiana "*perturbaron*" no sólo las viejas costumbres e instituciones tradicionales, sino *toda la vida social,* la producción industrial y agrícola, el comercio y la minería, en una palabra, todas las relaciones sociales sin excepción, es cosa de la que podrían contar maravillas no ya solamente los polacos, sino también los demás prusianos, como podríamos hacerlo, asimismo, especialmente, quienes hemos nacido en las tierras del Rin. Pero el señor Stenzel no se refiere para nada aquí a la burocracia de los años 1807 a 1848, sino a la de los años 1772 a 1806, a los funcionarios del verdadero prusianismo de pura cepa, cuyas infamias y cuya venalidad, brutalidad y avaricia se pusieron de manifiesto de modo tan brillante en las traiciones y vilezas de 1806. De estos funcionarios se nos dice que ampararon a los campesinos polacos contra la nobleza, recibiendo como pago solamente la ingratitud; claro está que dichos funcionarios debieran haber comprendido "que nada, ni el dar e imponer cosas buenas, puede compensar de la pérdida de la independencia nacional".

También nosotros conocemos la manera como los funcionarios

prusianos estaban acostumbrados, todavía hasta hace poco, a "dar e imponer". No hay ningún habitante del Rin que no haya tenido que vérselas con los funcionarios recién importados de la vieja Prusia, que no haya tenido ocasión de admirar su inolvidable e insoportable pedantería, el afán de tener razón a toda costa, el maridaje de limitación e infalibilidad, la apodíctica grosería de estos burócratas. Es cierto que en Renania esos señores enviados por la vieja Prusia se han visto, generalmente, obligados a limar sus peores aristas, pues allí no tenían a su alcance recursos como los hermanos del Netz, la inquisición secreta, el derecho nacional prusiano[203] y los azotes, y no pocos llegaron a morir de rabia por no poder manejar el látigo. No hace falta que nosotros describamos aquí los extremos a que esta gente llegó en Polonia, donde podían azotar a su antojo e inquirir e indagar secretamente cuanto quisieran.

El caso es que el despotismo prusiano se las arregló para hacerse tan querido y popular, que "a raíz de la batalla de Jena, hubo de manifestarse el odio de los polacos en una insurrección general, acompañada de la expulsión de los funcionarios prusianos". El régimen burocrático llegaba, así, provisionalmente, a su término.

Pero volvió a presentarse, bajo una forma un tanto modificada, en 1815. La burocracia "reformada", "culta", "buena", "incorruptible" intentaba ahora, por otros caminos, hacer felices a estos incorregibles polacos.

> Tampoco la implantación del Gran Ducado de Posen podía lograr un buen entendimiento, ya que..., en aquel entonces, era imposible que el rey de Prusia entrase a organizar una provincia sola con una independencia perfecta, convirtiendo su Estado, hasta cierto punto, en un Estado federativo.

[203] Se hace referencia a la codificación del derecho civil, comercial, cambiario, marítimo y de seguros, además del derecho penal, eclesiástico, político y administrativo. Este conjunto de leyes, conocido como "derecho nacional prusiano", imponía el carácter retrógrado de la Prusia feudal y estamentaria en la administración de justicia, que rigió, esencialmente, hasta la implantación del código civil alemán en el año de 1900.

¡¡Lo que vale tanto como decir que "era imposible" que el rey de Prusia "entrase" a cumplir sus propias promesas y los Tratados de Viena!![204]

> En 1830, cuando infundieron preocupaciones las simpatías de la nobleza por la insurrección de Varsovía,[205] lo que hizo que, desde entonces, se labrase sistemáticamente, mediante diversas medidas adoptadas (!), principalmente comprando, dividiendo y repartiendo entre alemanes las haciendas de los caballeros polacos, por ir eliminando totalmente, poco a poco, la nobleza polaca, fue en aumento el despecho de ésta contra Prusia.

"¡Mediante diversas medidas adoptadas!" ¡Mediante la prohibición de vender a polacos las fincas sacadas a subasta y otras disposiciones por el estilo, que el señor Stenzel cubre bajo su amoroso manto!

¿Qué dirían los habitantes del Rin si el gobierno prusiano decretase allí la misma medida, es decir, si prohibiese vender a los renanos las fincas judicialmente subastadas? Los pretextos para ello no habrían faltado. Entre otros, podrían alegarse el de fomentar la fusión de los habitantes de las viejas y las nuevas provincias; el de permitir que los nativos de las viejas provincias participasen de los beneficios de la parcelación y la legislación renana; el de mover a los renanos a aclimatar también en las viejas provincias su industria, mediante la inmigración, etc., etc. Razones que, además, habrían justificado también el que se derramara sobre nuestras tierras la bendición de los "colonos" prusianos. ¿Qué pensaríamos nosotros de una población que se quedase con nuestras tierras a precios irrisorios y sin posibilidad de competencia, contando además para ello con la protección del Estado, de una población que

[204] En los tratados suscritos en Viena, el 3 de mayo de 1815, por Rusia, Prusia y Austria, al igual que en el acta final del Congreso de Viena, acordada el 9 de junio de dicho año, se consignaba la promesa de crear representaciones populares e instituciones políticas nacionales en todas las provincias polacas. En Posen, se convocó a una asamblea de representantes estamentales, con funciones deliberativas.

[205] Véase *supra*, nota 184.

se nos impusiera, encima, con la expresa finalidad de difundir entre nosotros ese aguardiente barato del entusiasmo encerrado en la fórmula de "Con Dios, por el Rey y por la Patria"?[206]

Y eso que nosotros somos alemanes y hablamos la misma lengua que se habla en las viejas provincias. En Posen ocurre otra cosa: aquellos colonos son asentados sistemáticamente, con inexorable regularidad, en las tierras, en los bosques, en las haciendas parceladas de los caballeros polacos, para desplazar de su propio país a los polacos nativos y su lengua y formar una provincia auténticamente prusiana, cuyo fanatismo blanco y negro está llamado a sobrepasar incluso el de Pomerania.

Y para que los campesinos prusianos de Polonia no carezcan de superiores naturales, se les envía a la flor y nata de los caballeros prusianos, a un *Tresckow* o un *Lüttichau,* con objeto de que compren también a precios irrisorios y con anticipos del Estado las fincas señoriales. Después de la insurrección polaca de 1846,[207] se constituyó en Berlín, bajo la graciosa protección de altos, altísimos y todavía más altos personajes, toda una sociedad por acciones con la finalidad de adquirir fincas polacas destinadas a los señores germanos. Los raídos hidalgos de la nobleza de la Marca y la Pomerania previeron que el proceso de Polonia arruinaría a gran cantidad de terratenientes señoriales polacos, que en poco tiempo sus fincas se venderían al malbarato. Era una ocasión magnífica que se les deparaba para salir a flote a muchos nobles prusianos comidos de deudas. Una hacienda señorial casi de balde, campesinos polacos a quienes poder azotar y, por si esto fuera poco, el mérito de congraciarse con el rey y con la patria. La perspectiva no podía ser más halagadora.

Así nació la tercera inmigración alemana en Polonia: campesinos prusianos y nobleza sentaron sus reales de un extremo a otro

[206] En un decreto del rey Federico Guillermo III, del 17 de marzo de 1813, acerca de la organización de la Milicia Nacional, se señala que en el uniforme ha de ostentarse una cruz metálica con la inscripción: "Con Dios, por el rey y por la Patria".

[207] Véase *supra*, nota 29.

de Posen y, sostenidos por el gobierno, no se recataban para hacer ver en todas partes cuál era su mira: no precisamente la germanización, como suele afirmarse, sino la *pomeranización.* Si los vecinos polaco-alemanes tenían la disculpa de haber contribuido un poco a elevar el nivel del comercio y los hermanos del Netz podían jactarse de haber puesto en cultivo algunas tierras pantanosas, esta última invasión prusiana carecía, en cambio, de todo pretexto. Los nuevos invasores no habían implantado consecuentemente ni siquiera la parcelación; la nobleza prusiana pisaba los talones a los campesinos prusianos.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 70, 9 de agosto de 1848]

Colonia, 11 de agosto. Hemos examinado en el anterior artículo el "fundamento histórico" del informe de Stenzel, en la medida en que se detiene en la situación de Posen antes de la revolución. Hablaremos hoy de la historia de la revolución y la contrarrevolución en Posen, vista por el señor Stenzel.

> El pueblo alemán, que simpatiza siempre con los desdichados (mientras la simpatía no cueste nada), había sentido siempre en lo más hondo la gran injusticia cometida por sus príncipes contra los polacos.

La había sentido, ciertamente, "en lo más hondo", en los arcanos del corazón alemán, donde los sentimientos quedan tan "profundamente" recatados que jamás se traducen en hechos. Una "simpatía" que, cierto es, se había manifestado en 1831 en forma de unas cuantas limosnas, de banquetes y bailes de beneficencia, mientras se trataba de danzar en beneficio de los polacos, de beber champán y de cantar aquello de "¡Polonia aún no está perdida!"[208] Pero hacer

[208] Palabras que figuran en el Himno nacional de Polonia, compuesto a partir de la marcha de Dombrowski, a la cual el poeta Joseph Wybicki le puso letra en el año de 1797.

realmente algo serio, imponerse algún sacrificio, ¿cuándo se les ocurrió esto a los alemanes?

> Los alemanes tendieron sinceramente su mano fraternal para expiar los pecados cometidos antes por sus príncipes.

Y es verdad que si las frases conmovedoras y las politiquerías pudieran "expiar" algo, ningún otro pueblo ostentaría ante la historia una pureza tan virginal como el alemán.

> Pero, en el mismo momento en que los polacos la estrechaban [quiere decir, la mano tendida], se divorciaban ya los intereses y las metas de ambas naciones. Los polacos sólo pensaban en la restauración de su viejo reino o, por lo menos, en la expansión territorial anterior al primer reparto del año 1772.

Es verdad que sólo el necio entusiasmo vacío y atolondrado que ha sido siempre uno de los grandes encantos del carácter nacional alemán, podía explicar que los alemanes se mostrasen sorprendidos ante la exigencia de los polacos. Los alemanes querían, según se nos dice, *"expiar"* la injusticia cometida contra los polacos. Pues bien, ¿con qué había comenzado esta injusticia? Comenzó, evidentemente, para no hablar de otras infamias anteriores, con el primer reparto de 1772. ¿Y cómo podía "expiarse" esta injusticia? Solamente restableciendo el *status quo anterior* a dicho año o, por lo menos, devolviendo los alemanes a los polacos lo que les habían robado desde 1772. ¿Qué el interés de los alemanes se oponía a eso? Bien, si hablamos de intereses y dejamos a un lado las frases sentimentales acerca de "expiaciones" y otras cosas por el estilo, empleamos el lenguaje de la práctica fría y despiadada y que no nos atruenen los oídos con frases de brindis y generosos sentimentalismos.

En primer lugar, no es cierto que los polacos *"sólo"* "pensaran" en restaurar la Polonia de 1772. Lo que *"pensaran"* los polacos nos tiene sin cuidado. Por el momento, sólo pedían la reorganización

de *todo* Posen, sin hablar de otras eventualidades más que para el caso de una guerra germano-polaca contra Rusia.

Y en segundo lugar, "los intereses y las metas de ambas naciones" sólo "se divorciaban" en el supuesto de que "los intereses y las metas" de la Alemania revolucionaria en el plano internacional siguiesen siendo los mismos de la vieja Alemania absolutista. Claro está que la situación en Polonia seguirá siendo la misma si Alemania considera como "su interés y su meta" la alianza rusa o, por lo menos, la paz con Rusia a toda costa. Más adelante, veremos hasta qué punto los *verdaderos* intereses de Alemania coinciden con los de Polonia.

Viene luego un extenso, confuso y perplejo pasaje en el que el señor Stenzel se explaya diciendo cuánta razón tenían los polaco-alemanes cuando, aun queriendo que se hiciera justicia a Polonia, deseaban, sin embargo, seguir siendo al mismo tiempo prusianos y alemanes. Al señor Stenzel no le preocupa para nada, como es natural, el que aquí el "aun queriendo" se dé de bofetadas con el "sin embargo", y viceversa.

Y, tomando pie de lo anterior, el señor Stenzel cuenta una historia no menos larga y confusa con la que trata de demostrar en detalle que, "al divorciarse los intereses y las metas de ambas naciones" y enconarse cada vez más las relaciones mutuas entre ellas, era *inevitable* un choque sangriento. Los alemanes se mantenían firmes en el interés *"nacional"*, mientras que los polacos se hacían fuertes en el interés puramente *"territorial"*. Dicho en otros términos, los alemanes exigían que el Gran Ducado se repartiera por nacionalidades, al paso que los polacos querían quedarse con todo su antiguo territorio.

Tampoco esto es verdad. Los polacos pedían que se procediera a una reorganización, pero se mostraban totalmente de acuerdo con la cesión de los territorios fronterizos mixtos en los que, siendo alemana la mayoría de la población, ésta *quisiera* ser incorporada a Alemania. Lo que no aceptaban era que se catalogase a los habitantes como alemanes o polacos a gusto y antojo de los *funcionarios*

prusianos, y exigían que se decidiera atendiendo a la *propia* voluntad de los interesados.

La misión de Willisen —prosigue el señor Stenzel— estaba, naturalmente, condenada al fracaso por la (alegada, pero no real) resistencia de los polacos contra la cesión de los territorios de mayoría alemana. El señor Stenzel tuvo a la vista las declaraciones de Willisen sobre los polacos y las de éstos sobre Willisen. Y estas declaraciones *impresas* prueban lo contrario. ¡Esto es lo que sucede cuando, como dice el señor Stenzel, se es "una persona que se ocupa de historia desde hace muchos años y que se impone como deber no decir nada falso ni ocultar nada verdadero"!

Con la misma fidelidad del que no oculta nada verdadero pasa tranquilamente por alto el señor Stenzel los actos de canibalismo perpetrados en Posen, la vil felonía de la Convención de Jaroslawiec,[209] las matanzas de Trzemeszno, Miloslaw y Wreschen: la furia asoladora de una soldadesca digna de la guerra de los Treinta Años, sin decir ni una palabra acerca de todo ello.[210]

[209] Convención pactada el 11 de abril de 1848 entre el Comité de Posen y el comisario prusiano general Willisen (véase *supra,* nota 42). En ella se acordaba el desarme y licenciamiento de los destacamentos de insurrectos polacos. A cambio de ello, Polonia se comprometía a proceder a la "reorganización nacional de Posen, es decir, a la creación de tropas polacas, al nombramiento de polacos para ocupar puestos administrativos y otros cargos y al reconocimiento del polaco como lengua oficial. Pero esta convención fue violada por las autoridades prusianas, las que, aprovechándose de aquel pacto, aplastaron cruelmente el movimiento nacional de Posen.

[210] En un "Memorándum contra la proyectada anexión del Gran Ducado de Posen a Alemania, con anexos probatorios, dirigidos a la Comisión de Derecho Internacional de la Asamblea Nacional alemana por los diputados del Comité Nacional polaco que suscriben y debidamente legitimados por plenos poderes", se dice: "Los terratenientes, sacerdotes y maestros de escuela polacos no se sienten ya seguros de su vida y huyen al extranjero o se ocultan en los bosques; las iglesias católicas son profanadas y saqueadas por los brutales excesos de la furiosa soldadesca... El gobierno de Bromberg ordena castigar a los polacos, sin distinción de personas, con penas de 25 a 30 azotes; se practican diariamente numerosas detenciones, y por el bando del general Von Steinäcker del 31 de mayo de 1848, se prohíbe a los detenidos recibir el menor auxilio de sus familias en materia de ropas o alimentos. Los soldados golpean a los polacos con palos, mazas o espadas hasta dejarlos medio muertos y destruyen sus viviendas; el comisario regio denuncia a la justicia de Lynch a los jefes polacos de la insurrección, e instiga a las denuncias por medio de primas en dinero; acusados de falsos manejos, en una palabra, los polacos viven proscritos en la tierra de sus mayores. ¡¡¡He ahí la tan famosa pacificación del Gran Ducado de Posen; a eso se le llama reorganización nacional de nuestra patria!!!"

A continuación, pasa el señor Stenzel a hablar de los cuatro nuevos repartos de Polonia por el gobierno prusiano. Primeramente el 14 de abril le fue amputado a Polonia el distrito del Netz, en unión de otros cuatro círculos; siguieron la misma suerte más tarde, el 22 de abril, algunas otras partes tomadas de otros círculos, con una población total de 593 390 habitantes, territorios incorporados todos ellos a la Confederación alemana. Poco después, se añadieron la ciudad y fortaleza de Posen, con el resto de la orilla izquierda del Warthe, lo que sumaba otras 273 500 almas, es decir, en conjunto, *más del doble* del número de alemanes que viven en todo Posen, incluso aceptando como buenos los mismos datos prusianos. Esto ocurrió mediante la orden de gabinete del 26 de abril, y ya el 2 de mayo se llevaba a cabo la incorporación de los nuevos territorios a la Confederación alemana. El señor Stenzel expone plañideramente a la Asamblea cómo es absolutamente necesario que Posen siga en manos de Alemania, ya que se trata de una importante y poderosa fortaleza, en la que viven más de 20 000 alemanes (la mayoría de ellos judíos-polacos), a los que pertenecen las dos terceras partes de la tierra, etc. El que Posen aparezca enclavada en medio de un territorio puramente polaco, el que haya sido germanizada por la fuerza y el que los judíos-polacos no sean alemanes resultan ser hechos de todo punto indiferentes para historiadores de la talla de un señor Stenzel, para quienes "¡jamás dicen nada falso ni ocultan nada verdadero!"

En una palabra, no es posible desprenderse de Posen por razones militares. Como si no se hubiera podido demoler esta fortaleza, que según Willisen constituye uno de los más grandes errores estratégicos, fortificando a cambio de ello Breslau. Pero se habían invertido en ella diez millones (lo de apenas cinco millones es, dicho sea entre paréntesis, otro dato que no responde a la verdad) y resulta más ventajoso, naturalmente, retener la costosa fortaleza y, además, 20 o 30 millas cuadradas de territorio polaco.

Y teniendo en la mano "la ciudad y fortaleza" de Posen, se brinda con ello la más propicia de las ocasiones para apropiarse de algo más.

Pero para estar a salvo del Este se requeriría reforzar la fortaleza así como los accesos de Glogau, Küstrin y Thorn y de algunos otros distritos (el cual estaba a mil o dos mil pasos solamente, de Maestricht, en las cercanías de Bélgica, y Limburgo) con lo cual —sonríe nuevamente el señor Stenzel— pondremos a salvo el canal de Bromberg, pero habrá un sinnúmero de distritos en los que la población polaca sea mayoritaria y que la federación alemana deberá incorporar.

Por todas estas razones, aquel gran humanista que se llamó Pfuel de la Piedra infernal[211] procedió a nuevos repartos de Polonia que acabaron de colmar todos los deseos del señor Stenzel, haciendo que Alemania se anexionara las dos terceras partes de todo el Gran Ducado. El señor Stenzel reconoce con tanta mayor gratitud la bondad de este procedimiento que, como historiador, tiene que ver en esta renovación potenciada de las "Cámaras de Reunión" de Luis XIV,[212] manifiestamente, que los alemanes han aprendido a aprovechar las enseñanzas de la historia.

Los polacos, a juicio del señor Stenzel, deben consolarse pensando que la parte que se les deja es más fértil que el territorio que se les arrebata, que su propiedad territorial es más reducida que la de los alemanes y que "¡¡ninguna persona sin prejuicios puede negar que el campesino polaco se encontrará mucho más tolerablemente bajo un gobierno alemán de lo que el campesino alemán se encontraría bajo un gobierno polaco!!" De lo cual se encarga de aportar notables pruebas la historia.

Por último, el señor Stenzel les dice a los polacos que el pedacito que se les deja, aunque sea muy pequeño, les bastará para que, poniendo en práctica todas las virtudes cívicas, puedan

[211] Véase *supra*, nota 190.

[212] *Chambres de réunion:* tribunales instituidos por el rey Luis XIV en 1679-1680 para justificar jurídica e históricamente las pretensiones de Francia sobre algunos territorios de los Estados fronterizos, sobre todo en la margen izquierda del Rin. Fundándose en sus sentencias, las tropas francesas ocupaban dichos territorios y los anexionaban al reino francés.

preparase dignamente para el momento que ahora todavía les oculta el futuro y que, por motivos muy perdonables, tratan tal vez de provocar de forma demasiado turbulenta. "Existe —como exclama muy acertadamente uno de sus conciudadanos más conscientes— una corona que es también digna de colmar vuestras ambiciones: ¡la corona cívica!" Palabras que un alemán podría completar con las siguientes: ¡no es una corona brillante, pero sí valiosa!

¡Pero aún son más "valiosas" las verdaderas razones que han determinado los cuatro nuevos repartos de Polonia a manos del gobierno prusiano!

¡¿Y tú, honradote alemán, crees realmente que los repartos se han hecho para salvar de la dominación polaca a tus hermanos alemanes?! ¿Para ofrecerte en la fortaleza de Posen un baluarte contra cualquier ataque? ¿Para salvaguardar las calzadas de Küstrin, Glogau y Bromberg y proteger el canal del Netz? ¡Vaya aberración!

Te han engañado miserablemente. Los nuevos repartos de Polonia no han tenido otra finalidad que *llenar las arcas del gobierno prusiano.*

Los primeros repartos de Polonia, hasta 1815, habían sido un robo de tierras a mano armada; esto de ahora, los de 1848, son una *estafa.*

Fíjate bien ahora, honradote alemán, en cómo te han engañado.

Después del tercer reparto de Polonia, Federico Guillermo II confiscó en beneficio del Estado las tierras polacas señoriales y las pertenecientes al clero católico. Las tierras eclesiásticas, sobre todo, formaban "una parte *muy considerable* de toda la propiedad territorial del país", como reconocía la misma declaración de embargo del 28 de julio de 1796. Estas nuevas fincas pasaron a ser administradas o arrendadas por cuenta de la Corona y su extensión era tan grande que fue necesario crear, para administrarlas, 34 oficinas de tierras y 21 jefaturas forestales. Cada una de las nuevas oficinas extendía su radio de competencia a numerosos lugares; así por

ejemplo las diez oficinas del distrito de Bromberg abarcaban 636 pueblos y la oficina de Molgino, una sola, tenía bajo su jurisdicción 127 localidades.

Además, en 1796, Federico Guillermo II confiscó las tierras y los bosques del monasterio, de monjas de Owinsk, que fueron vendidos al comerciante Von Tresckow (antepasado del valiente condotiero prusiano Tresckow, de la última heroica guerra,[213] estas posesiones engloban 24 pueblos, con una serie de molinos y 20 000 yugadas de bosques y un valor global de un millón de táleros).

Al príncipe de Thurn y Taxis le fueron cedidas, asimismo, en 1819, para indemnizarlo de las regalías del correo en varias provincias transferidas a Prusia, las tierras enclavadas en los distritos de Krotoschin, Rozdrazewo, Orpiszewo y Adelnau, con un valor total no inferior a dos millones de táleros.

Federico Guillermo II se había quedado con todas las tierras bajo el pretexto de administrarlas mejor. Pero estas tierras, propiedad de la nación polaca, han sido donadas, cedidas y vendidas, y el dinero obtenido por este concepto ha ingresado en las arcas del Estado *prusiano.*

Han sido apropiadas y enajenadas las tierras enclavadas en los distritos de Gnesen, Skurzencin y Trzemszno.

En poder del gobierno prusiano quedan solamente 27 oficinas de tierras y las jefaturas forestales, con un valor básico no inferior a los *veinte millones de táleros.* No sería difícil demostrar, mapa en mano, que estas tierras y estos bosques corresponden todos —con poquísimas excepciones o con ninguna— a la parte de Posen que ha sido anexionada por Prusia. Para evitar que este rico tesoro fuese a parar de nuevo a la nación polaca, hubo de ser absorbido por la Confederación alemana; y, en vista de que no era posible que viniera a ésta, tuvo que ir ésta a él, y así, fueron apropiadas las tres cuartas partes de Posen.

Ésta y no otra es la verdadera razón de los cuatro famosos repar-

[213] Se alude irónicamente a la guerra, en 1848, entre Dinamarca y Prusia a causa de los ducados de Schleswig y Holstein.

tos de Polonia, llevados a cabo en términos de dos meses. No fueron las reclamaciones de tal o cual nacionalidad ni fueron tampoco supuestas razones estratégicas las que trazaron la nueva línea divisoria, sino que fueron sencillamente el sitio en que las tierras se hallaban enclavadas y la codicia del gobierno prusiano.

Mientras los alemanes derramaban lágrimas de sangre por los imaginarios sufrimientos de sus pobres hermanos de Posen, mientras se entusiasmaban con el aseguramiento de la Marca oriental de Alemania y montaban en cólera ante los informes urdidos sobre los actos polacos de barbarie cometidos contra los polacos, el gobierno prusiano se movía silenciosamente y ponía su cosecha a buen recaudo. El entusiasmo alemán, carente de fundamento y de finalidad, sólo sirvió para encubrir el negocio más repugnante de la historia moderna.

¡Así es, honradote alemán, cómo te han engañado tus ministros responsables!

Claro está que, en realidad, podías haberlo sabido de antemano.

Donde anda la mano del señor Hansemann, no se trata nunca de nada relacionado con la nacionalidad alemana, las necesidades militares y otras frases vacuas por el estilo, sino que se trata siempre pura y simplemente, de dinero contante y ganancias netas.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 73, 12 de agosto de 1848]

Colonia, 19 de agosto. Hemos seguido en sus detalles el informe del señor Stenzel, que sirve de base al debate. Hemos demostrado cómo en él se falsea la historia antigua y moderna de Polonia y de los polacos alemanes, cómo el historiador Stenzel trastoca todo el problema e incurre no sólo en falseamientos deliberados, sino también en burdas inexactitudes.

Antes de entrar en el debate mismo, debemos detenernos unos momentos a examinar el problema polaco.

El problema de Posen, si lo consideramos aisladamente, carece

de todo sentido y no tiene posibilidad de solución. Es, en realidad, un fragmento del problema polaco y no puede resolverse al margen de éste. Para poder trazar la frontera entre Polonia y Alemania, lo primero que hace falta es que Polonia vuelva a existir.

Ahora bien, ¿puede existir y existirá de nuevo Polonia? En el debate esto se ha negado.

Un historiador francés ha dicho, "Il y a des peuples nécessaires", hay *pueblos necesarios.* Entre los pueblos necesarios del siglo XIX figura, incondicionalmente, el pueblo polaco.

Pero, además, la existencia nacional de Polonia para nadie es más necesaria que precisamente para nosotros, los alemanes.

¿Cuál es la base primordial sobre que descansa el poder de la reacción en Europa desde 1815 e incluso, en parte, desde la primera Revolución francesa? La *Santa Alianza* de Rusia, Prusia y Austria.[214] ¿Y qué mantiene en cohesión la Santa Alianza? El *reparto de Polonia,* con el que se han beneficiado las tres potencias aliadas.

La desmembración de Polonia por estas tres potencias es el nexo que a ellas las mantiene unidas; el desfalco realizado en común las ha hecho solidarias entre sí.

Alemania cayó bajo la dependencia de Rusia desde el momento mismo en que se perpetró el primer desfalco contra Polonia. Rusia ordenó a Prusia y Austria que se mantuvieran como monarquías absolutas, y Prusia y Austria no tuvieron más remedio que obedecer. Los esfuerzos, por lo demás bastante tímidos y flojos, que hizo la burguesía prusiana para conquistar el poder estaban condenados a un total fracaso ante la imposibilidad de desembarazarse de Rusia, ante el apoyo prestado por este país a la clase feudal-absolutista prusiana.

Añádase a esto que, desde que los aliados hicieron el primer intento de opresión sobre ellos, los polacos no se limitaron a luchar por su independencia mediante la insurrección, sino que lucharon también por la vía *revolucionaria* contra las condiciones sociales imperantes dentro de su país.

[214] Véase *supra,* nota 173.

El reparto de Polonia se llevó a cabo mediante la alianza de la gran aristocracia feudal polaca con las tres potencias que se reparte el país. Lejos de representar un progreso, como afirma el ex poeta señor Jordan, esto era el único medio que se le ofrecía a la gran aristocracia para salvarse de una revolución y era, por tanto, un camino totalmente reaccionario.

Como es natural, ello trajo como consecuencia el que se sellara una alianza de las demás clases, es decir, de la nobleza, la burguesía de las ciudades y una parte de los campesinos, tanto contra los opresores de Polonia como contra la aristocracia del propio país. La Constitución de 1791[215] demuestra hasta qué punto los polacos comprendían ya entonces que su independencia era inseparable, en el exterior, del derrocamiento de la aristocracia y dependía, en el interior, de la reforma agraria.

Los grandes países agrícolas enclavados entre el mar Báltico y el mar Negro sólo pueden salir de la barbarie patriarco-feudal mediante una revolución que convierta a los campesinos siervos o sujetos a prestaciones personales en libres poseedores de su tierra, una revolución que sea en el campo la misma que los franceses llevaron a cabo en 1789. A la nación polaca le cabe el mérito de haber sido la primera en proclamar esto entre todos los pueblos agrícolas vecinos. El primer intento de reforma fue la Constitución de 1791; en la insurrección de 1830,[216] Lelewel declaró que la revolución agraria era el único camino para la salvación del país, pero la Dieta lo

[215] La Constitución polaca del 3 de mayo de 1791 daba satisfacción a las aspiraciones del sector más progresista de la nobleza polaca y de la burguesía urbana; en ella se establecía el veto libre (el principio de la unanimidad en los acuerdos del Sejm o parlamento) y la elegibilidad del monarca y se instituía un gobierno responsable ante el Sejm. Se declaraba a las ciudades libres de toda tutela feudal y se proclamaba la igualdad jurídica entre los campesinos y los demás ciudadanos del Estado polaco. Aunque no implantaba la liberación económica de los campesinos, alivió las condiciones de la servidumbre. Esta Constitución restringía considerablemente el poder de la aristocracia y consideraba el poder central frente a la anarqüía feudal. Era la Constitución más avanzada de Europa, después de la proclamada por la Revolución francesa. La Constitución de 1791 fue descartada dos años después por las injerencias de Catalina II de Rusia en favor de la aristocracia polaca. La ayudó en ello Prusia, al traicionar a sus aliados polacos, hacia los que se hallaba obligada por un tratado de 1790.

[216] Véase *supra*, nota 184.

reconoció ya demasiado tarde; en las insurrecciones de 1846 y 1848, la revolución agraria fue proclamada abiertamente.

Los polacos actuaron revolucionariamente desde el primer día de su opresión, con lo cual hicieron que sus opresores se entregaran con redoblada fuerza a la contrarrevolución. Los obligaron a mantener en pie las condiciones patriarco-feudales no sólo en Polonia, sino también en los demás países. Desde la insurrección de Cracovia de 1846,[217] sobre todo, la lucha por la independencia de Polonia es, al mismo tiempo, la lucha de la *democracia agraria* —la única posible en la Europa oriental— contra el *absolutismo patriarco-feudal*.

Por eso, mientras sigamos ayudando a oprimir a Polonia, mientras encadenemos una parte de este país a Alemania, seguiremos atados a Rusia y a la política rusa y no podremos asestar golpes sustanciales en nuestro país al absolutismo patriarco-feudal. La instauración de una Polonia democrática es la primera condición para que podamos llegar a instaurar una Alemania democrática.

Además, la restauración de Polonia y el trazado de sus fronteras con Alemania no sólo es algo necesario, sino que constituye, desde luego y con mucha diferencia, el más viable de todos los problemas políticos que han surgido en la Europa oriental desde la revolución. Las luchas de independencia de los pueblos de todas las ramas étnicas revueltos en abigarrada mezcla al sur de los Cárpatos, son bastante más embrollados y costarán una cantidad mucho mayor de sangre, complicaciones y guerra civil que la lucha por la independencia de Polonia y el establecimiento de las fronteras entre este país y Alemania.

Claro está que no se trata de levantar una Polonia ficticia, sino de poner en pie un Estado sobre bases que aseguren realmente su vida. Polonia deberá recobrar, por lo menos, la extensión que tenía en 1772, contar, además del territorio, con las desembocaduras de sus grandes ríos y tener, por lo menos, una gran faja litoral en el mar Báltico.

[217] Véase *supra*, nota 29.

Todo esto habría podido garantizárselo Alemania, salvaguardando además sus propios intereses y su honor, si después de la revolución y en su propio interés hubiese tenido el valor necesario para exigir de Rusia, con las armas en la mano, la devolución de los territorios polacos. Claro está que, dada la mescolanza del elemento alemán y el polaco en las tierras fronterizas, principalmente en la costa, ambas partes habrían tenido que transigir en algo, aviniéndose a que algunos alemanes pasaran a ser polacos y algunos polacos alemanes, pero esto se comprende por sí mismo y no habría dado pie a ninguna clase de dificultades.

Pero, después de esta revolución alemana a medias, no se tuvo el valor de proceder de una manera tan resuelta. Pronunciar pomposos discursos sobre la liberación de Polonia y recibir en las estaciones de paso a los polacos que cruzan por nuestro territorio, brindándoles la más calurosa simpatía del pueblo alemán (¿a quién no se le ha brindado?), pase; pero ¿lanzarse a una guerra contra Rusia, poner en peligro todo el equilibrio europeo y, encima, devolver un pedacito del territorio arrebatado? ¡Para creer que esto fuese posible habría que no conocer a nuestros alemanes!

¿Qué significaba la guerra contra Rusia? Esta guerra significaba la ruptura total, abierta y efectiva con todo nuestro ignominioso pasado, significaba la efectiva liberación y unificación de Alemania, la instauración de la democracia sobre las ruinas del feudalismo y del fugaz sueño de dominación de la burguesía. La guerra contra Rusia era el único camino posible para salvar nuestro honor y nuestros intereses ante nuestros vecinos eslavos y, principalmente, ante los polacos.

Pero, éramos y hemos seguido siendo unos filisteos. Hicimos dos docenas de pequeñas y grandes revoluciones, de las que nosotros mismos nos asustamos antes de que llegasen a su término. Después de mucho gritar, no dimos cima a nada. La revolución, en vez de ampliar nuestro horizonte visual, lo que hizo fue estrecharlo. Todos los problemas fueron tratados con el filisteísmo más vacilante, más limitado y más pusilánime, con lo que, naturalmente, volvimos a

comprometer nuestros verdaderos intereses. Desde el punto de vista de este mezquino filisteísmo, el gran problema de la liberación de Polonia se reduce a la diminuta frase de la reorganización de una parte de la provincia de Posen y nuestro entusiasmo por los polacos se trueca en granadas incendiarias y en piedra infernal.

La única solución posible, la solución que —repetimos— habría salvado el honor y los intereses de Alemania, era la guerra contra Rusia. No se tuvo el arrojo necesario para afrontarla, y se produjo lo inevitable: la soldadesca de la reacción, derrotada en Berlín, volvió a levantar cabeza en Posen; aparentando defender la bandera y la nacionalidad alemanas, plantó la bandera de la contrarrevolución, y aplastó a nuestros aliados, los polacos revolucionarios, y la Alemania estafada aclamó por un momento a sus enemigos vencedores. Se consumó el nuevo reparto de Polonia, al que no le faltaba más que la sanción de la Asamblea Nacional alemana.

La Asamblea de Francfort tenía todavía una posibilidad para reparar el daño causado: separar todo el territorio de Posen de la Confederación alemana y dejar pendiente la cuestión de las fronteras, hasta que se la pudiese negociar d'égal à égal, *de igual a igual* con la Polonia restaurada.

¡Pero, pretender semejante cosa habría sido mucho pedir a nuestros profesores, abogados y pastores francfurteses de la Asamblea Nacional! La tentación era demasiado grande; sin más que levantarse de sus asientos o permanecer sentados, aquellos pacíficos ciudadanos, que jamás habían empuñado un fusil, podían conquistar para Alemania un territorio de 500 millas cuadradas y anexionarse 800 000 hermanos del Netz, polaco-alemanes, judíos y polacos, aunque fuese a costa del honor y de los verdaderos y permanentes intereses de Alemania. ¡La tentación era demasiado grande! Sucumbieron a ella y refrendaron el reparto de Polonia.

Por qué razones, lo veremos mañana.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 81, 20 de agosto de 1848]

Colonia, 21 de agosto. Pasamos por alto la cuestión previa de si los diputados de Posen debían tomar parte en el debate y votar, y entramos en seguida en la discusión sobre el problema principal.

El señor *Stenzel,* ponente, abre el debate con un discurso espantosamente confuso y difuso. Se presenta como historiador y hombre concienzudo, habla de fortaleza y de trincheras, del cielo y el infierno, de simpatías y corazones alemanes; se remonta al siglo XI para demostrar que la nobleza ha oprimido siempre a los campesinos; utiliza algunos datos tomados de la historia polaca para disculpar un torrente interminable de los más vulgares lugares comunes acerca de la nobleza, la toma de las ciudades por los campesinos, los beneficios de la monarquía absoluta, etcétera. Disculpa, con un lenguaje tosco y ambiguo, el reparto de Polonia; expone los preceptos de la Constitución del 3 de mayo de 1791[218] en un lenguaje tan abigarradamente confuso, que los miembros de la Asamblea que hasta ahora no los conocían ignoran precisamente a partir de ahora en qué consisten; el orador trata de pasar en seguida al Gran Ducado de Varsovia, cuando se ve interrumpido por el grito de "¡Es demasiado largo!" y el presidente le llama la atención.

El gran historiador, en medio de la confusión, prosigue, pronunciando las siguientes conmovedoras palabras:

> Seré breve. Se trata de saber qué es lo que nos proponemos hacer. Esta cuestión es perfectamente natural *(literalmente).* La nobleza pretende restaurar el reino. Y afirma que sus ideas son democráticas. Yo no dudo que lo diga de buena fe. Ahora bien, señores, es natural (!) que en algunos estamentos se formen grandes ilusiones. Yo creo perfectamente en su sinceridad, pero si los príncipes y si los condes pretenden pasar por alto al pueblo, no comprendo cómo va a operarse la fusión (¿qué le importa esto al señor Stenzel?), esto es imposible en Polonia, etc. etc.

El señor Stenzel cree que en Polonia es lo mismo la nobleza y la aristocracia. La *Histoire de Pologne* de Lelewel, que él mismo cita, el

[218] Véase *supra,* nota 215.

Débat entre la révolution et la contrerévolution en Pologne de Mieroslawski, y un montón de otras obras modernas podrían demostrarle lo contrario al "hombre que se ocupa de historia desde hace varios años". La mayoría de los "príncipes y condes" de que nos habla el señor Stenzel son precisamente aquellos contra los que lucha la democracia polaca.

Por tanto, opina el señor Stenzel, debemos dejar a un lado a la nobleza, con sus ilusiones, y fundar una Polonia para los campesinos (adjudicando un pedazo tras otro de Polonia a Alemania).

> Unan ustedes, más bien, las manos de los campesinos pobres, para que éstos puedan medrar, para que ellos consigan tal vez (!) crear una Polonia libre, y no sólo crearla, sino mantenerla. Esto es, señores, lo fundamental.

Y el orador investigador de la historia abandona la tribuna embriagado de triunfo bajo los gritos de júbilo de los chiflados nacionales del centro:[219] "¡Bravo!" "¡Muy bien!" el presentar como un beneficio en favor de los campesinos polacos el nuevo reparto de Polonia, este sorprendente disparate, no podía por menos de conmover hasta las lágrimas a los diputados del Centro de la Asamblea.

Sigue a este orador el señor *Goeden* de *Krotoszyn,* un polaco-alemán de pura cepa. Y tras él sube a la tribuna el señor *Senff* de *Inowroclaw,* hermoso ejemplar de lo que es un hermano de Netz, al que todo lo falso es ajeno, que había pedido la palabra en contra de la propuesta del Comité y luego habló a favor de ella, perjudicando así a otro orador en contra y alterando la serie.

La manera como intervienen en el debate estos señores constituye la mayor farsa del mundo, demostrando además de lo que es capaz un auténtico prusiano. Todos sabemos que, desde sus escondrijos, los judíos prusianos ávidos de ganancias luchan en Posen

[219] Véase *supra,* nota 30.

contra los polacos en la mayor armonía con la burocracia, el cuerpo de oficiales de la monarquía prusiana y los *junkers* de las marcas y la Pomerania; en una palabra, con todo lo que es reaccionario y prusiano añejo. La traición a Polonia fue la primera muestra de la contrarrevolución y nada tan contrarrevolucionario como los señores de la hermandad del Netz.

Y ahora veamos a estos maestros de escuela y funcionarios ferozmente prusianos, que luchan con Dios, con el rey y con la patria,[220] aquí, en Francfort, como se los dicta su traición contrarrevolucionaria a la democracia polaca, en pro de una revolución, pero de una revolución que declaran real y auténtica en nombre de la soberana hermandad de Netz, cómo conducen el derecho histórico y exclaman sobre el supuesto cadáver de Polonia: ¡Sólo los vivos tienen derecho![221]

Pero, así es el prusiano: al lado del Spree por la gracia de Dios, junto al Warta con el pueblo soberano; junto a Spree forman la plebe y junto al Warta representan a la revolución; junto al Spree afirman al derecho histórico "inmemorial" y junto al Warta al derecho nacido de la realidad viva que data de ayer; y a pesar de todo esto, sin falsedad alguna, honrada y valerosamente como corresponde a un leal corazón prusiano!

Escuchemos ahora al señor Goeden:

> Por segunda vez, tenemos que defender una causa cuya importancia y consecuencia son tan grandes para nuestra patria, que si no resultara ser en sí misma absolutamente justa para nosotros (!), *tendría que convertirse necesariamente en una causa de justicia.* Y nuestro derecho no se funda tanto en el pasado como en las *vigorosas pulsaciones*" (¡y sobre todo en los vigorosos culatazos!) de los *tiempos presentes.*
>
> El campesino y el ciudadano polacos se sienten ahora en tal estado de seguridad y bienestar como jamás lo habían conocido. (¡Sobre todo desde las guerras polaco-prusianas y los repartos de Polonia!)

[220] Véase *supra,* nota 206.
[221] Frase tomada del poema de Schiller "A la alegría".

El quebrantamiento de la justicia que constituye el reparto de Polonia se halla plenamente reparado por la humanidad de su pueblo (del pueblo alemán y, sobre todo, por los latigazos de la burocracia prusiana), por su laboriosidad" (sobre las tierras polacas robadas y arrebatadas), y desde abril de este año también ¡por medio de su sangre!

¡Por la sangre del señor Goeden de Krotoszyn!

¡La *revolución* es nuestro derecho, y gracias a ella estamos aquí!

Los títulos probatorios de nuestra legítima incorporación a Alemania no consisten precisamente en pergaminos enmohecidos; no se han adquirido por matrimonio ni por herencia, por compra o por trueque; nosotros somos alemanes y formamos parte de nuestra patria porque así lo dispone nuestra nacional, jurídica y *soberana voluntad,* una voluntad condicionada por nuestra situación geográfica, nuestra lengua y nuestras costumbres, por nuestro número (!), por nuestra condición, pero sobre todo por nuestro corazón alemán y nuestro amor a la patria.

Nuestros derechos se hallan radicados de un modo tan seguro y profundo en la moderna *concepción* del mundo, que ni siquiera se necesita tener un corazón alemán para reconocerlo.

¡Viva la soberana voluntad del pueblo prusiano-judío, de la hermandad de Netz, basada en una nueva conciencia del mundo, protegida por la revolución de las granadas incendiarias y las vigorosas pulsaciones del actual estado de sitio! ¡Viva la esencia alemana de los burócratas de Posen, del robo de los bienes eclesiásticos, de los ancianos de la comunidad y de los anticipos de dinero a la manera de Flottwell!

Después del declamatorio caballero de la alta justicia, sube a la tribuna el descarado hermano de Netz. Para éste, para el señor Senff de Inowroclaw, la misma propuesta de Stenzel resulta todavía demasiado cortés hacia los polacos, razón por la cual este orador pide una versión más tajante. Y con el mismo descaro con que solicita la palabra contra la propuesta, bajo este pretexto declara que consti-

tuye una injusticia clamorosa el que los de Posen sean excluidos por la votación:

> Yo creo que los diputados de Posen deben ser los primeros en votar, ya que se trata precisamente de los derechos más importantes de quienes los han elegido.

Después de esto, el señor Senff pasa a hablar de la historia de Polonia desde el primer reparto y la enriquece con una serie de falsedades intencionales y de clamorosas mentiras, al lado de las cuales el señor Stenzel puede pasar por el más lamentable de los chapuceros. Cuanto hay en Posen de bueno y meritorio debe su origen al gobierno prusiano y a la hermandad de Netz.

> El Gran Ducado de Varsovia ha nacido. Los funcionarios prusianos han dejado el sitio a los polacos, y en 1814 apenas quedaba rastro de lo anterior.

El señor Senff tiene razón. No quedaba "ni rastro" de la servidumbre de la gleba ni de los pagos hechos al Estado y a los establecimientos prusianos de enseñanza como, por ejemplo, a la Universidad de Halle, ni de las extorsiones y brutalidades de los funcionarios prusianos ignorantes del polaco; "no quedaba ni huella de todo esto". Pero Polonia no estaba aún perdida,[222] pues Prusia salió de nuevo al palenque por la gracia de Rusia, y Posen fue otra vez prusiana.

> A partir de ahora, el gobierno prusiano hizo nuevos esfuerzos encaminados a mejorar las condiciones de la provincia de Posen.

Quien desee saber algo más detallado acerca de esto no tiene más que leer el memorial de Flottwell de 1841. Hasta 1830 el gobierno no había hecho *nada*. Flottwell se encontró en todo el Gran

[222] Véase *supra*, nota 208.

Ducado con *cuatro* millas de calzadas. No es posible detenerse a enumerar los beneficios logrados por Flottwell. Como taimado burócrata que era, trató de dotar a Polonia de caminos y calzadas, de hacer navegables sus ríos, de secar los pantanos, etc., etc.; pero todo ello no con el dinero del gobierno prusiano, sino *con su propio dinero.* Todas esas mejoras se llevaron a cabo, principalmente, mediante recursos privados, o de los círculos; y cuando el gobierno, de vez en cuando, aportaba algún dinero, era la menor de las sumas, obtenidas por los impuestos y los rendimientos de la venta de las tierras polacas nacionales y eclesiásticas. Además de esto, los polacos deben al señor Flottwell no sólo el que se haya mantenido en suspenso la elección de los consejeros regionales por los círculos (a partir de 1826), sino, especialmente, además de esto, la lenta expropiación de los terratenientes polacos de los bienes subastados pertenecientes a los nobles y que sólo podían venderse de nuevo a nacionales alemanes bien intencionados (orden de gabinete de 1833). Por último, otro beneficio de la administración Flottwell fue el mejoramiento de las escuelas. Pero esta medida representa, a su vez, la prusianización de la enseñanza. Las altas escuelas debían prusianizar a los jóvenes nobles y a los futuros sacerdotes católicos, mientras las escuelas elementales prusianizaban a los campesinos mediante maestros prusianos. El señor Wallach presidente del gobierno, de Bromberg, ha dejado traslucir en un arranque de cólera demasiado sincero cuál era la finalidad de estos establecimientos de enseñanza; en efecto, este funcionario escribe al presidente superior señor Beurmann que la *lengua polaca* constituye el *principal obstáculo* para la difusión de la cultura y del bienestar entre la población del país. Lo cual no deja de ser exacto cuando se da el caso de que los maestros no entienden el polaco. Por lo demás, quienes pagaban estas escuelas eran los mismos polacos, por dos razones: en primer lugar, los establecimientos de enseñanza, los más importantes y en su mayoría que no servían a los fines de prusianización, eran los sostenidos con recursos privados o habían sido fundados y dotados por elementos provinciales, y en segundo lugar, las mis-

mas escuelas encargadas de prusianizar a los polacos eran sostenidas por los conventos secularizados el 31 de marzo de 1833 y la Caja del Estado aportaba solamente 21 000 táleros al año, durante un decenio. Por lo demás, el señor Flottwell reconoce que todas las reformas fueron establecidas por los mismos polacos. Y que los mayores beneficios producidos por el gobierno prusiano consistieron en la obtención de importantes rentas e impuestos y en la utilización de los jóvenes para el servicio militar prusiano. Todo esto es reconocido por el señor Flottwell, al igual que por el señor Senff.

En una palabra, que todos los beneficios obtenidos del gobierno prusiano se reducen a la incorporación a Posen de una serie de suboficiales prusianos, bien para dirigir los ejercicios militares, bien como maestros de escuela, gendarmes o recaudadores de contribuciones.

No es necesario entrar aquí en el examen de otras sospechas infundadas contra los polacos ni repetir tampoco los falsos datos estadísticos aportados por el señor Senff. Basta decir que este señor sólo habla con un propósito: conseguir que la Asamblea Nacional odie a los polacos.

Viene ahora el señor *Robert Blum.* Como de costumbre, éste da una de sus conferencias que podemos llamar formales; es decir, hace una exposición en la que se contienen más propósitos que razones y más declamaciones que fundamentos y que, además, como pieza declamatoria —debemos reconocerlo— no vale más que la moderna concepción del mundo del señor Goeden de Krotoszyn, que hace de Polonia la muralla contra la barbarie nórdica —si los polacos tienen vicios, debe culparse de ello a sus opresores. (El viejo Gagern declara que el reparto de Polonia es la pesadilla de nuestra época); los polacos aman apasionadamente a su patria y podríamos tomar ejemplo de ello, los peligros que nos amenazan desde Rusia; y si la República roja triunfara en París y tratara de liberar a Polonia por la fuerza de las armas, ¿qué hacer entonces, señores? Seamos imparciales, etcétera, etcétera.

Lo sentimos por el señor Blum, pero si despojamos de su oro-

pel declamatorio a todas estas hermosas frases, sólo quedará en pie la más trivial de las vulgaridades, aunque ésta —debemos reconocerlo— tenga elevadas pretensiones. Incluso cuando el señor Blum pretende que la Asamblea Nacional intervenga en Schleswig, en Bohemia, en el Tirol, en las provincias rusas del Báltico y en Alsacia, aplicando consecuentemente el mismo principio aplicado en Posen, se trata de un fundamento que sólo es legítimo frente a las vacuas mentiras nacionalistas y a la cómoda inconsecuencia de la mayoría. Y cuando piensa que Alemania sólo podía tratar honradamente acerca de Posen con una Polonia ya existente, no negaremos esto, pero sí afirmamos que este fundamento, el único razonable de su discurso, ha sido repetido ya cientos de veces y desarrollado por los polacos mucho mejor que por él, ya que en el señor Blum no es más que una embotada flecha retórica que se dirige "con moderación y suave prudencia", infructuosamente, contra el endurecido pecho de la mayoría.

El señor Blum tiene razón cuando dice que las bombas incendiarias no son un argumento, pero carece de ella —y lo sabe— cuando quiere colocarse imparcialmente en un punto de vista "moderado" superior. Si el señor Blum no ve claro en la cuestión polaca, la culpa es solamente de él. Pero todavía se equivoca más cuando, en primer lugar, cree poder exigir a la mayoría que sólo reclame un informe del poder central y, en segundo lugar, cree que debe inclinarse ante en informe de este ministro del poder central que, con motivo del 6 de agosto, se plegó tan vergonzosamente ante los apetitos de soberanía de los prusianos;[223] con el informe de este ministro no saldría ganando absolutamente nada, lo cual es malo para el señor Blum. Para poder sentarse entre la "indiscutible izquierda", lo primero que se exige es dejar a un lado toda modera-

[223] Con arreglo a una orden del ministro de la Guerra prusiano del 16 de julio de 1848, el 6 de agosto de ese año las tropas de todos los Estados prusianos debían concentrarse en una parada solemne para emitir el juramento ante el Duque Juan. Pedro Federico Guillermo IV, quien reivindicaba asimismo el alto mando de las fuerzas armadas de la Confederación alemana, prohibió la parada convocada para el 6 de agosto.

ción prudente y renunciar a hacer pasar ante la mayoría cualquier cosa, por pequeña que ésta sea.

En general, hay que decir que, ante la cuestión polaca, en todo, casi toda la izquierda[224] se deja llevar de las declamaciones o incluso de los fantásticos fanatismos, sin tener en cuenta los materiales de la realidad y el contenido práctico del problema, a pesar de que el cúmulo de acontecimientos era, aquí, muy abundante e impresionante. Pero, para esto, se requiere, sin duda, estudiar el problema, de lo cual puede prescindirse, naturalmente, cuando antes se ha pasado por el purgatorio de la opción, sin que ninguna otra persona sea responsable.

En el transcurso del debate nos referiremos a las contadas excepciones que deben hacerse. Mañana diremos algunas palabras acerca del señor Wilhelm Jordan, quien no constituye ninguna excepción sino que esta vez coincide literalmente y de un modo razonado con el gran montón.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 82, 22 de agosto de 1848]

Colonia, 25 de agosto. Por último y gracias a Dios, abandonamos el desierto de las vulgaridades cotidianas para pisar el terreno más alto, que marca la posición de los partidos en el gran debate. Por fin, nos remontamos a las elevadas cumbres en que anidan las águilas, en que el hombre puede mirar cara a cara a lo divino y desde donde contempla despectivamente los gusanillos que se mueven abajo, con los contados argumentos del sentido común. ¡Por fin, después de las escaramuzas mantenidas por Blum con un Stenzel, un Goeden y un Senff de Inowroclaw, comienza la gran batalla en que los héroes de Ariosto miden sus lanzas en el terreno del espíritu!

Las filas de los combatientes se abren respetuosamente y vemos saltar a la palestra, desenvainando la espada, al señor *Wilhelm Jordan,* de Berlín.

[224] Véase *supra,* nota 30.

¿Quién es el señor Wilhelm Jordan, de Berlín?

El señor Wilhelm Jordan, de Berlín, era un literato de Königsberg en los tiempos del florecimiento de la literatura alemana. Se celebraron reuniones semitoleradas en el Böttchershöfchen, a las que asistía el señor Wilhelm Jordan; en una de ellas leyó éste su poema "El batelero y su Dios", que le valió ser desterrado.

El señor Wilhelm Jordan, de Berlín, se estableció en Berlín. Allí, se celebraban asambleas estudiantiles. En una de ellas, el señor Wilhelm Jordan leyó su poema titulado "El batelero y su Dios", y de nuevo fue desterrado.

El señor Wilhelm Jordan, de Berlín, se trasladó entonces a Leipzig, donde se celebraban también algunas inocentes reuniones. En una de ellas, el señor Wilhelm Jordan leyó su poema "El batelero y su Dios" y fue nuevamente desterrado.

El señor Wilhelm Jordan publicó, además, varios escritos: un poema titulado "La campana y el cañón", una colección de canciones populares lituanas, entre ellas algunas de su propia hechura, principalmente canciones polacas compuestas por él mismo; traducciones de George Sand; una revista incomprensible, *El Mundo Comprendido,*[225] y algunas otras cosas al servicio del gloriosamente conocido señor Otto Wigand, que no han valido a su autor tanta fama como a su original francés, el señor Pagnerre; una traducción de la *Histoire de Pologne* de Lelewel con un entusiasta prólogo sobre Polonia, etcétera.

Y vino la revolución, "En un lugar de la Mancha, *de cuyo nombre no quiero acordarme*",[a] es decir, en un lugar de la Mancha alemana, que es la Marca de Brandeburgo en la que nacen los Don Quijotes, lugar de cuyo nombre no quiero acordarme, se presentó el señor Wilhelm Jordan, de Berlín, como candidato a la Asamblea Nacional alemana. Los campeones de aquel lugar eran gente apaciblemente constitucional. El señor Wilhelm Jordan pronunció varios

[225] *Die begriffene Welt. Blätter für wissenschaftliche Unterhaltung:* periódico mensual editado por Wilhelm Jordan en 1845-1846 en la ciudad de Leipzig.

[a] En español, en el original.

enjundiosos discursos llenos de la más constitucional apacibilidad. Los campesinos, entusiasmados, eligieron diputado a este gran hombre. Y apenas llegó a Francfort, nuestro noble irresponsable se sentó en los bancos de la "incondicional izquierda" y votó desde allí con los republicanos. Los campesinos, quienes como electores habían parido a este Don Quijote parlamentario, emitieron un voto de censura contra él, recordándole sus promesas y revocando su nombramiento. Pero el señor Wilhelm Jordan ha creído estar por encima de sus electores como un rey y aprovecha cualquier ocasión para seguir haciendo resonar en la Asamblea "su Campana y su Cañón".

Cuantas veces el señor Wilhelm Jordan ha subido a la tribuna de la iglesia de San Pablo lo ha hecho solamente para dar lectura a su poema "El batelero y su Dios", poema que, sin embargo, no quiere decir que su lectura lo hiciera acreedor a la expulsión.

Escuchemos la última campanada y el último estampido de cañón del gran Wilhelm Jordan acerca de Polonia.

> Más bien creo que debemos elevarnos al punto de vista *histórico-universal* desde el cual hay que investigar la cuestión de Posen en su significación como episodio del gran drama polaco.

Y, de un tirón, nos levanta este poderoso señor Wilhelm Jordan por encima de las nubes hasta el Chimborazo del "punto de vista histórico-universal", cubierto de nieves y tendido en el cielo, desde el cual nos abre la más inmensa de las perspectivas.

Pero, antes de ello, se eleva por un momento al campo cotidiano de la deliberación "especial", haciéndolo, además, con mucha fortuna. He aquí algunas pruebas:

> Más tarde, el distrito de Netz fue incorporado a Prusia en la Conferencia de Varsovia (es decir, en el primer reparto) y desde entonces ha seguido siendo prusiano, si prescindimos del breve interinato del Gran Ducado de Varsovia.

El señor Jordan habla aquí del distrito de Netz por *oposición* al resto de Posen. Este hombre, que es el Caballero del punto de vista histórico-universal, el conocedor de la historia polaca y traductor de Lelewel, ¿cuál de las fuentes sigue aquí? Sencillamente, el discurso del señor Senff de Inowroclaw. Y lo sigue tan al pie de la letra, que incluso se olvida totalmente de cómo también la otra parte de la gran Polonia en el Posen de 1794 "fue incorporada a Prusia y siguió desde entonces siendo prusiana, si prescindimos del breve interinato del Gran Ducado de Varsovia". Pero de esto no hablaba Senff, el hermano de Netz, por cuya razón "el punto de vista histórico-social" únicamente sabe que el distrito gubernamental de Posen fue "incorporado a Prusia" hasta 1815.

> Además, los círculos occidentales de Birnbaum, Meseritz, Bomst y Fraustadt pasaron a Alemania desde tiempo *inmemorial,* como puede verse ya por los *nombres* de estas ciudades, en la inmensa mayoría de sus habitantes.

Y también el círculo de Miedzychod pasó a ser "polaco", señor Jordan, "desde tiempo inmemorial", en la inmensa mayoría de sus habitantes, a juzgar "por su nombre", ¿no es así, señor Jordan?

Ahora bien, este círculo de Miedzychod no es otro que el círculo de Birnbaum. La ciudad se llama, en polaco, Miedzychod.

Estas etimológicas Cámaras de la reunión[226] del "punto de vista histórico-universal" y del "mundo comprendido" prestarán gran apoyo al "cristiano-germano señor *Leo*". Esto, sin hablar de que Milán, Lieja, Ginebra y Copenhague son, "como deducirá usted de su mismo nombre", "ciudades alemanas" desde tiempo inmemorial. ¿Acaso el "punto de vista histórico-universal" no se trasluce "ya del nombre mismo"? "¿desde tiempo inmemorial?", en lugares como Haimons-Echicht, Welsch-Leyden, Jenau y Kaltenfelde. El punto de vista histórico-universal se verá perplejo sin duda, si trata de encon-

[226] Véase *supra,* nota 212.

trar en el mapa estos primitivos nombres alemanes y tendrá que agradecerle al señor Leo el haberlos fabricado él mismo y el saber que equivalen a estos otros: Le Quesnoi, Lyon, Génova y Campo Freddo.

¿Qué dirá el punto de vista histórico-universal cuando los franceses, después, reclamen como ciudades inmemorialmente francesas a Colonia, Coblenza, Maguncia y Francfort, y todo ello a despecho del punto de vista histórico-universal?

Pero, no sigamos deteniéndonos más tiempo en estas *petites misères de la vie humaine,*[b] que también les han sucedido a los grandes. Sigamos al señor Wilhelm Jordan, de Berlín, hasta las más altas regiones de su vuelo. Hablando de Polonia, nos dice aquí que "se le quiere más cuanto más lejos se está de ella y menos se le conoce, y se la quiere menos cuanto más se acerca uno a ella", razón por la cual "este afecto no se basa en ninguna ventaja real del carácter polaco, sino en cierto *idealismo* cosmopolita".

Pero, ¿cómo podrá explicarnos el punto de vista histórico-universal según el cual los pueblos de la tierra constituyen otro pueblo cuando uno "se aleja de ellos? y "se los quiere más" cuando están más cerca, el que, con una rara coincidencia se desprecie, se explote y se pisotee a este pueblo. Este pueblo de que habla son, concretamente, los *alemanes.*

El punto de vista histórico-universal nos dice que esto se basa en un *"materialismo cosmopolita"*, y con ello queda a salvo.

Pero, sin preocuparse de estas pequeñas objeciones, el águila histórico-universal despliega sus alas cada vez más alto y con mayor valentía, hasta que llega por fin al puro éter de la idea en-y-para-sí, prorrumpiendo en el siguiente himno hegeliano-histórico-universal:

> Sin embargo, debemos dar la razón a la historia, que, en su marcha dibujada de antemano por la necesidad, ha creado un pueblo que no es ya lo

[b] Pequeñas miserias de la vida humana.

> bastante fuerte para sostenerse entre naciones iguales por su nacimiento, pisoteado siempre, inexorablemente, por un pie de hierro, por cuya razón se comportaría de un modo bárbaro e inhumano frente a todos los demás, contemplando la larga pasión de este pueblo, y conste que yo estoy muy lejos de predicar semejante carencia de sentimientos. [¡Dios no dejará de pagárselo, oh noble Jordan!] Pero una cosa es sentirse conmovido ante un drama y otra distinta hacer de este drama algo retrospectivo. Es precisamente la férrea necesidad a que se halla sometido el héroe la que convierte su destino en una *verdadera tragedia,* y al injerirse en la marcha de este destino por simpatía humana, deteniendo la rueda de la historia y tratando de llevarla hacia atrás correría el peligro de dejarse uno aplastar por ella, empeñarse en poner en pie a Polonia simplemente porque su desaparición nos llena justamente de duelo: ¡a esto le llamo yo un necio sentimentalismo!

¡Qué grandeza de pensamiento y qué profundidad de sabiduría! ¡Qué airoso lenguaje! Así habla el punto de vista histórico-universal, cuando ha tenido tiempo de corregir la versión taquigráfica de sus discursos.

Los polacos pueden escoger. Si quieren ofrecernos una "verdadera tragedia", deben someterse humildemente al pie de hierro y dejarse aplastar por la rueda girante de la historia, implorando al zar Nicolás: ¡Hágase, Señor, tu voluntad! Y si, por el contrario, quieren rebelarse e intentar ser, pueden optar por rebelarse, tratando de ver si no pueden también ellos asestar sobre su trasero el "férreo pie de la historia", en cuyo caso no representarán ninguna "verdadera tragedia" y el señor Wilhelm Jordan, de Berlín, no podrá interesarse ya por ellos. Así habla el punto de vista estático histórico-universal del profesor Rosenkranz.

¿En qué consistía la inexorable, la férrea necesidad que aplastó momentáneamente a los polacos? Consistía en la caída de la democracia de la nobleza, basada en la servidumbre de la gleba, es decir, en la aparición de una gran aristocracia *dentro* de la nobleza. Y esto representaba un progreso, por cuanto que era el único camino para

salir de la situación ya superada de una democracia noble. ¿Y cuál fue la consecuencia de esto? Que el férreo pie de la historia, es decir, que los tres autócratas del Este oprimieran a Polonia. La aristocracia veíase obligada a coligarse con el extranjero, para dar al traste con la democracia de la nobleza. La aristocracia polaca ha seguido siendo hasta hace poco, y lo es todavía en parte, el sincero aliado de los opresores de Polonia.

¿Y en qué reside la inexorable, la férrea necesidad de que Polonia vuelva a liberarse? En el hecho de que la dominación de la aristocracia, en Polonia, que desde 1815, por lo menos en Posen y en Galizia, e incluso, parcialmente, en la Polonia rusa, no había cesado de existir, es hoy algo tan caduco y enterrado como lo era en 1772 la democracia de la pequeña nobleza; en el hecho de que el establecimiento de la democracia agraria para Polonia no representa solamente una cuestión política, sino que se ha convertido, además, en una cuestión de vida o muerte; en que la fuente de vida del pueblo polaco, que es la agricultura, se va a pique, a menos que el campesino siervo se convierta en terrateniente libre; en el hecho de que la revolución agraria es imposible sin la conquista simultánea de la existencia nacional, de la posesión de la costa del Báltico y de las desembocaduras de los ríos de Polonia.

¡Y a esto lo llama el señor Jordan, de Berlín, querer detener y volver atrás la rueda de la historia!

Es cierto que la vieja Polonia de la democracia de la *nobleza* está muerta y enterrada desde hace largo tiempo, y solamente al señor Jordan se le puede ocurrir volver a la "verdadera tragedia" de esta Polonia; pero este "héroe del drama" ha engendrado un hijo robusto que, sin duda, algún necio literato berlinés se empeñará en conocer; y este hijo, que se dispone a poner en escena un drama y a detener "la rueda de la historia", pero que puede estar seguro de lograrlo, este hijo es la Polonia de la democracia *campesina.*

Un poco de pompa literaria desgastada, otro poco de desprecio afectado por el mundo —que en Hegel era un atrevimiento, pero que en Jordan es una vulgaridad barata—; en una palabra, un poco

de cañón y otro poco de campana, humo y resonancia,[227] expresado todo ello en malas frases y despertando así un embrollo y una ignorancia sin nombre acerca de las condiciones históricas usuales: a eso se reduce todo el punto de vista histórico-universal.

¡Viva el punto de vista histórico-universal, con su mundo comprendido!

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 86, 26 de agosto de 1848]

Colonia, 26 de agosto. El segundo día de batalla nos ofrece una imagen todavía más grandiosa que la primera. Es cierto que ya no tenemos ante nosotros a un Wilhelm Jordan, de Berlín, cuyos labios hacen estremecerse los corazones de todos los oyentes; pero démonos por satisfechos, pues tampoco son de despreciar un Radowitz, un Wartensleben, un Kerst ni un Rodomont-Lichnowski.[228]

Sube primero a la tribuna el señor *Radowitz*. El jefe de la derecha habla poco, pero habla claro, y calculando bien sus palabras. No más declamaciones de las estrictamente necesarias. Supuestos falsos, pero rápidas y apretadas conclusiones derivadas de ellos. Apelación al *miedo* de la derecha. Sangre fría y seguridad en el éxito basado en la cobardía de la mayoría. Desprecio total por toda la Asamblea, la de derecha y la de izquierda. Tales son los rasgos generales del breve discurso pronunciado por el señor Radowitz, y nosotros comprendemos perfectamente el efecto que estas pocas palabras, frías y descarnadas, tienen que producir en una Asamblea acostumbrada a escuchar los ejercicios retóricos más pomposos y más huecos. El señor Wilhelm Jordan, de Berlín, se sentiría feliz si, con todo su mundo de imágenes "comprendidas" e incomprendidas, hubiera conseguido ni la décima parte del efecto alcanzado por el señor Radowitz, con su discurso tan breve y tan comedido.

[227] *Humo y resonancia:* se alude al *Fausto* de Goethe, Parte Primera, "Marthens Garten".
[228] Se aplica aquí el nombre de *Rodomont* a Lichnowski, uno de los héroes del poema de Ariosto, *L'Orlando furioso*, mostrándolo, así, como un parlanchín frailesco.

El señor Radowitz no es ningún “carácter”, ningún hombre de arraigadas intenciones, pero es una figura con nítidos y claros contornos, de la que sólo se necesita haber leído un discurso para conocerlo plenamente.

Nosotros no hemos aspirado nunca al honor de ser órgano de cualquier izquierda parlamentaria. Hemos considerado apremiantemente necesario, por el contrario, ante los muchos y diferentes elementos que forman el partido democrático en Alemania, no vigilar a nadie más de cerca que precisamente a los demócratas. Y, dada la falta de energía, de decisión, de talento y de conocimientos que, con muy pocas excepciones, revelan ante nosotros los dirigentes de todos los partidos, no puede por menos de alegrarnos encontrar en el señor Radowitz, por lo menos, un *adversario* digno de ellos.

Después del señor Radowitz viene el señor Schuselka. No obstante y a pesar de todas las advertencias anteriores, nos encontramos con una conmovedora apelación a los corazones. Una exposición interminablemente larga, interrumpida por raras objeciones históricas y, de vez en cuando, algún sentido práctico austriaco. En conjunto, una sensación fatigosa.

El señor Schuselka se trasladó a Viena, donde fue elegido también para el *Reichstag*. Allí está en su sitio. Mientras que en Francfort se sienta en la izquierda, allí figura en el centro; y si en Francfort ha podido desempeñar cierto papel, en Viena su primer discurso resulta un fracaso. Es la suerte de todas estas primeras figuras literarias, filosóficas y vulgares, que sólo se han valido de la revolución para asegurarse posiciones; se manifiesta por un momento en terreno realmente revolucionario y, en un abrir y cerrar de ojos, esa sensación desaparece.

Sigue el *ci-devant*[a] conde *Von Wartensleben*. El señor Wartensleben se manifiesta una buena persona rebosante de amabilidad, refiere anécdotas tomadas de su actuación como miliciano de la frontera polaca en 1830, y se transforma luego en un Sancho Panza,[229] apun-

[a] *Ex.*

[229] Sancho Panza, el inolvidable acompañante escudero de Don Quijote, solía siempre

tando a los polacos un refrán tras otro: vale más pájaro en mano que ciento volando y, con este motivo, muy inocentemente, hace la siguiente pérfida observación:

> ¿Cómo explicarse que no se hayan encontrado los funcionarios polacos necesarios para llevar a cabo la reorganización en el territorio cedido? Yo me temo que no se hayan atrevido ante sí mismos a ello y que no están muy lejos de poder organizar tranquilamente a la población, moviéndola solamente con la motivación de que es el amor por la patria contra Polonia lo que les impide poner ni siquiera el germen para un gozoso comienzo.

Dicho en otras palabras, los polacos vienen luchando desde hace ochenta años, con el sacrificio de su vida y de sus bienes, incesantemente, por la causa que ellos mismos consideraban imposible y disparatada.

En definitiva, el señor Wartensleben opina lo mismo que el señor Radowitz.

Sube ahora a la tribuna el señor Janiszewski, de Posen, miembro del Comité nacional de este distrito.

El discurso del señor Janiszewski es la primera pieza de verdadera elocuencia parlamentaria que se pronuncia desde la tribuna de la iglesia de San Pablo. Escuchemos por fin a un orador que no busca solamente el aplauso de la sala, sino que habla el lenguaje de la pasión viva y real, razón por la cual produce un efecto totalmente distinto al de todos los oradores que le han precedido. La apelación del señor Blum a la Asamblea, el oropel barato de Jordan, la fría consecuencia de Radowitz, la placentera longitud de Schuselka desaparecen de pronto ante este polaco, que defiende la existencia de su nación y reclama lo que es su innegable derecho. Janiszewski habla en tono de agitación, con palabras violentas, pero no declama, se limita a exponer los hechos con una justa indignación, en la que no es posible otra cosa que levantar estos hechos como un escu-

conversar por medio de dichos y refranes aleccionadores a propósito de cada lance de su señor.

do, tono doblemente justo después de las descaradas mistificaciones que hemos escuchado en el debate. Su discurso, que ocupa realmente el centro de la discusión, refuta todos los ataques anteriores contra los polacos, hace buenos todos los errores de los amigos de Polonia, mantiene el debate en su terreno práctico y certero y corta de antemano los sonoros argumentos de los oradores posteriores.

> ¡Habéis devorado a Polonia, pero os juro por Dios que no podréis digerirla!

Este resonante resumen del discurso de Janiszewski quedará en pie, lo mismo que el orgullo con que declara, dirigiéndose a los amigos de Polonia que mendigan una solución:

> Yo no vengo aquí a mendigar ante vosotros, sino que vengo a defender mi legítimo derecho; no busco simpatías, busco la justicia.

Después del señor Janiszewski habla el señor director Kerst, de Posen. Después de la Polonia que lucha por su existencia, por la libertad social y política de su pueblo, viene el maestro de escuela prusiano emigrado a Posen, que lucha por su sueldo. Después de la pasión bellamente indignada del hombre oprimido, la vulgar desvergüenza del burócrata que vive de la opresión.

El reparto de Polonia, "al que hoy se llama una infamia", fue en su tiempo "un *suceso completamente usual*".

> El derecho de los pueblos a agruparse por nacionalidades es un derecho completamente nuevo, que no aparece reconocido en ninguna parte... En política, lo que decide es simplemente el *estado posesorio de hecho.*

He allí alguna de las vigorosas sentencias en las que el señor Kerst basa sus argumentos. En seguida, vienen las más burdas contradicciones:

Con Posen se ha incorporado a Alemania una faja de terreno que es, sin duda alguna, predominantemente polaca —y poco después añade—: Por lo que se refiere a la parte polaca de Posen, hay que decir que no ha ofrecido nada con su incorporación a Alemania y, por lo que sé, no están ustedes, señores, inclinados a recibir esta parte en contra de su voluntad.

Se entrelazan con esto algunos datos estadísticos acerca de la población, datos tomados de los famosos informes de la hermandad del Netz, según los cuales sólo son polacos quienes no entienden el alemán, considerándose alemanes cuantos balbucean algo en este idioma. Y, por último, un cálculo altamente artificioso, según el cual el orador llega a la conclusión de que, en la votación para la Dieta provincial de Posen, la minoría de 17 contra 26, votada *a favor* de la anexión a Alemania,[230] constituía realmente la mayoría.

Con arreglo a la ley provincial, sería ciertamente necesario obtener la mayoría de 2/3 para considerar válido el voto. Ahora bien 17 no llega a constituir las dos terceras partes de 26, pero la fracción que aún falta para ello es tan pequeña, que no merece ser tomada en consideración, para una cuestión tan seria (!!).

Por tanto, si la minoría de 2/3 debe considerarse como la mayoría, ello quiere decir que es la mayoría "¡con arreglo a la ley provincial!" Los prusianos viejos coronarán al señor Kerst por este descubrimiento. En realidad, la cosa es como sigue: para presentar una *propuesta,* deben estar a favor de ello los 2/3 de los votos. La incorporación a la Confederación alemana era una propuesta de éstas. Por tanto, la incorporación sólo podía considerarse propuesta en términos legales si votaban a su favor 2/3 de la Asamblea, 2/3 de los 43 votantes. Pero, en vez de esto, votaron solamente casi 2/3. ¿De qué sirve esto? 17 son, en efecto, *casi* "2/3 de 43".

[230] El gobierno prusiano solicitó ante el gobierno provincial de Posen la incorporación de la mayor parte de los reinos y principados de Posen a la Federación alemana. La sesión de la Asamblea del 6 de abril de 1848 apoyó la incorporación solicitada por 26 votos contra 17.

Que los polacos no son una nación tan "culta" como los ciudadanos de la "República de la Inteligencia" es algo perfectamente concebible cuando vemos cómo la República de la Inteligencia ofrece a los polacos semejantes profesores de cálculo.

El señor *Clemens,* de Bonn, hace la acertada observación de que no se trata de que el gobierno prusiano germanice a Posen, sino de que lo *prusianice,* comparando con la prusianización de este territorio los intentos parecidos que se han hecho en las tierras del Rin.

Viene el señor *Ostendorf,* de Soest. Este hijo de la tierra roja lee un repertorio de vulgaridades y chabacanerías políticas y se pierde en posibilidades y conjeturas que oscilan de una centésima a una milésima, que en el señor Jordan se refieren a los franceses y en el republicano rojo a los Pieles rojas de Norteamérica, a los que él equipara a los polacos, lo mismo que los hermanos del Netz los equiparan a los yanquis, ¡osado paralelismo, digno de la tierra roja! El señor Kerst, el señor Senff y el señor Goeden son habitantes de los bosques del Este, con su casa de ladrillos, su carabina y su pala: ¡inolvidable comedia!

Sube a la tribuna el señor *Franz Schmidt,* de Löwenberg. Habla calmadamente y sin retórica, lo que es tanto más de agradecer si se tiene en cuenta que el orador pertenece a un estamento que gusta más que nada de la declamación: el estamento de los sacerdotes germano-católicos. El señor Schmidt, cuyo discurso es, desde luego, después del de Janiszewski, el mejor por ser el más sobrio, conciso y apegado a los hechos de todo el debate, el señor Schmidt, hace ver al Comité cómo, detrás de su aparente derroche de erudición, cuyo contenido ya hemos señalado nosotros, demuestra la ilimitada ignorancia acerca de las condiciones reales del problema. El señor Schmidt ha vivido largos años en el Gran Ducado de Posen y pone sobre el tapete los más burdos errores cometidos por el Comité acerca de este pequeño distrito, que él conoce tan bien. Hace ver cómo el Comité, precisamente en todos los puntos decisivos, ha dejado a la Asamblea sin la menor aclaración, como las que el orador precisamente reclama, sin ninguna clase de datos ni de conoci-

mientos, en la mayor de las oscuridades. Y el señor Schmidt exige, ante todo, explicaciones acerca de la situación real de las cosas. Pone de manifiesto cómo las propuestas del Comité se hallan en contradicción con las premisas de que parte; cita el informe de Flottwell y pide a éste, ya que también es diputado, que se manifieste si realmente este documento no es fiel. Y, por último, denuncia al público cómo los hermanos del Netz se entrevistaron con Gagern, llevando el debate a un rápido final mediante la falsa noticia de que en Posen había estallado una insurrección. Es verdad que Gagern niega esto, mientras que el señor Kerst se había jactado de esto públicamente. La mayoría se ha vengado del señor Schmidt por este valeroso discurso haciendo que apareciera desfigurado en su versión taquigráfica. En uno de los lugares ha corregido el señor Schmidt tres veces el disparate que se le atribuía, a pesar de lo cual sigue figurando la errata en el texto impreso. Protestas ruidosas contra Schlöffel, violencia abierta contra Brentano[231] y falseamiento de los hechos contra Schmidt: ¡hay que decir que, en realidad, los señores de la derecha son unos críticos muy finos!

El señor Lichnowski cierra la sesión. Sin embargo, nos reservaremos a este amigo para el artículo siguiente, pues a un orador del calibre del señor Lichnowski no se le puede descartar.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 90, 31 de agosto de 1848]

Colonia, 31 de agosto. Sube a la tribuna con ademán galante y caballeroso, como dibujándose en su rostro una sonrisa de complacencia consigo mismo, el *bel-homme*[a] de la asamblea, el gallardo alemán sin miedo y sin tacha, el ex príncipe de los Derechos Fundamenta-

[231] El 7 de agosto de 1848 el diputado Brentano habló en la sesión de la Asamblea Nacional de Francfort en favor de una amnistía para aquellos que tomaron parte en la insurrección republicana de Baden y para su jefe Hecker. El ala derecha de la Asamblea se opuso de inmediato al discurso de Brentano y lo hizo bajar violentamente de la tribuna.

[a] Hombre hermoso.

les[232] *Von Lichnowski.* Y con el más puro acento del oficial prusiano y una despectiva despreocupación, el orador exterioriza los pocos pensamientos consagrados que se propone comunicar a la Asamblea.

El bello caballero viene a representar en este debate un momento absolutamente necesario. Quien, oyendo a los señores Goeden, Senff y Kerst, no haya podido convencerse, puede comprobarlo viendo a este caballero Lichnowski, cuya traza inestética es —a pesar de la hermosa figura— la de un eslavo prusianizado. El señor Lichnowski es el patriarca de los polacos alemanes, cosa que se comprueba simplemente con el modo como aparece en la tribuna. El *slachcic*[b] injertado en hidalgo prusiano nos suministra un ejemplo viviente de lo que el amoroso gobierno prusiano se propone hacer de la nobleza de Posen. El señor Lichnowski no es, a pesar de todas sus afirmaciones, un alemán; es un polaco "reorganizado", y no habla tampoco el alemán, sino el prusiano.

El señor *Lichnowski* comienza asegurando que siente una simpatía caballerosa por los polacos, hace cumplimientos al señor Janiszewscki, ensalza a los polacos como los creadores de "la gran poesía del martirio" y, de pronto, pregunta, ¿por qué estas simpatías han decrecido? Respuesta: porque "los polacos han figurado en primera línea sobre las barricadas" en todas las insurrecciones y revoluciones. Lo cual es, ciertamente, un crimen que no volverá a repetirse tan pronto como los polacos sean "reorganizados"; por lo demás, debemos asegurar al señor Lichnowski, tranquilizándolo, que también entre los "emigrados polacos" e incluso entre la nobleza polaca en el destierro, que ha caído tan bajo como él, figura gente que se mantiene totalmente inocente de todo contacto con las barricadas.

Y ahora sigue una divertida escena:

[232] En el artículo II, 6 de "Los derechos fundamentales del pueblo alemán", sancionado en la sesión de la Asamblea Nacional de Francfort del 2 de agosto de 1848, prescribía la disolución de todos los privilegios estamentarios y de sus títulos a su favor.

[b] Noble polaco.

Lichnowski: Los señores de la izquierda, que exponen los venerables pergaminos, han evocado de una manera sorprendente el derecho histórico. Para la causa polaca no existe ningún derecho, ningún dato más que tomándolo de otra fuente. Para el derecho histórico no existe fecha. *(Grandes risas en la izquierda.)*

El Presidente: Les ruego, señores, que permitan al orador, terminar su frase, sin interrupciones.

Lichnowski: El derecho histórico no tiene fecha. *(Risas en la izquierda.)*

El Presidente: ¡Ruego no interrumpir al orador, y guardar silencio! (Protestas).

Lichnowski: Para el derecho histórico no existe fecha *(bravos y risas en la izquierda)* que pueda exaltar a un derecho mayor sobre el de fecha anterior.

¿Acaso no tenemos derecho a decir que este noble caballero no habla el alemán, sino el prusiano?

El derecho histórico, que carece de fecha, encuentra un temible adversario en nuestro noble paladín:

> Si nos remontamos hacia atrás en la historia encontramos [en Posen] muchos círculos que fueron silesianos y alemanes; y remontándonos más, llegamos a los tiempos en que las ciudades de Leipzig y Dresde fueron construidas por eslavos y, por este camino, llegamos hasta Tácito, y Dios sabe hasta dónde nos conducirían esos señores, si entráramos en el tema.

Mal deben de ir las cosas en el mundo. Los bienes de los caballeros prusianos deben de hallarse irremisiblemente hipotecados y los acreedores judíos tienen que apremiar espantosamente al precipitarse los días de vencimiento de las letras: las subastas, las corporaciones y los despidos de los puestos deben de apremiar mucho a estos ligeros firmantes de letras y de deudas; todos estos terrores de la penuria financiera de la gente sin fondos deben de asaltar a los caballeros prusianos, amenazándolos con una ruina incontenible, para que pueda haber llegado el momento en que un Lichnowski

combata el mismo derecho histórico que le hizo ganar los entorchados en la mesa redonda de don Carlos.[233]

¡Dios sabe hasta dónde pueden los señores ejecutores de los tribunales conducir a los flacos caballeros,[234] si nos decidimos a entrar en el tema del derecho histórico de los deudores! Y, sin embargo, ¿no son las deudas, en realidad, la única cualidad que puede disculpar a los paladines prusianos?

Pasando ahora a su tema, el *bel-homme* cree que no es posible presentarse ante los polacos alemanes "con la confusa imagen de un futuro de Polonia situado en la más lejana oscuridad" y entiende que los polacos deben darse por satisfechos con lo de Posen.

> Si yo tuviera, el *honor* de ser polaco, pensaría todas las mañanas y todas las noches en restaurar el *viejo* reino de Polonia.

Pero, como el señor Lichnowski no tiene ese "honor" y sólo es un polaco fluvial reorganizado,[235] "todas las mañanas y todas las noches" piensa en otras cosas muy distintas y menos patrióticas.

> Debo decir, para ser franco, que tienen necesariamente que convertirse en alemanes no menos de 100 000 polacos; lo que, sinceramente hablando, no representaría tampoco una desgracia en las condiciones actuales.

Por el contrario, ¡qué hermoso sería si el gobierno prusiano instalara un nuevo criadero para hacer que los prusianos brotaran de la tierra más de lo que piensa el señor Lichnowski!

Y, con la misma amable despreocupación, destinada en el fondo a impresionar a las damas de las tribunas y que sigue siendo, a

[233] *Don Carlos* se ajustó a las leyes de 1713 referentes a la prohibición al trono de parte de la línea materna, cuando en 1833 cayó Isabel, tía del príncipe Fernando, como pretendiente al trono de España.

[234] Se alude a Heinrich Heine, *Alemania. Cuento de invierno,* cap.VIII.

[235] *Fluvial reorganizado:* el símbolo originario, de los astilleros en el Oder, sobre todo en la alta Silesia polaca; tiempo después, se daría este nombre en Alemania para referirse a Polonia y Silesia.

pesar de todo, bastante buena para la Asamblea, el caballero gallardo alisa su mostacho y concluye:

> Ya no tengo más que decir y decidid vosotros ahora: o admitís entre nosotros a 500 000 alemanes u os desembarazáis de ellos..., pero entonces debéis borrar también los versos de nuestro viejo canto popular.

Realmente, es molesto que, en su canto, el viejo Arndt no haya pensado en los judíos polacos y en su alemán.[236] Afortunadamente allí está nuestro paladín de la Alta Silesia. ¿Quién no conoce las antiguas obligaciones, hoy venerables en el curso de los siglos, que tiene la nobleza con respecto a los judíos? Menos mal que el caballero Lichnowski recuerda lo que escapa a la memoria del viejo plebeyo:

> Hasta allí donde un judío polaco chapucea el alemán,
> Presta usurariamente y falsifica el dinero y el peso,

¡hasta allí llega la patria del señor Lichnowski!

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 91, 1 de septiembre de 1848]

Colonia, 2 de septiembre. El tercer día del debate da pruebas de un cansancio general. Los argumentos se repiten sin mejorarse, y si el primer honorable orador, que es el ciudadano *Arnold Ruge,* no volcara su abundante tesoro de nuevos fundamentos, los taquígrafos se echarían a dormir.

Pero el ciudadano Ruge conoce también sus méritos mejor que cualquier otro. Y promete

> poner en esto *toda* mi pasión y *todos* mis *conocimientos.*

[236] Se alude al poema de Ernst Moritz Arndt, "La patria alemana".

El orador presenta una propuesta, que no es, sin embargo, una propuesta vulgar y corriente, sino la única acertada, la *verdadera* propuesta, la propuesta absoluta:

> *Ninguna otra cosa puede ser propuesta ni es admisible.* Es posible, señores, hacer otra cosa, ya que al hombre le es dable apartarse de lo acertado. Precisamente por poder apartarse de lo acertado posee el hombre libre arbitrio...; pero no por eso deja lo acertado de serlo. Y, en nuestro caso, lo que yo propongo es lo *único acertado* que se puede proponer. [Por tanto, esta vez, el ciudadano Ruge sacrifica su libre arbitrio a lo acertado.]

Veamos ahora cuál es la pasión, cuáles son los conocimientos y qué es lo único acertado para el ciudadano Ruge.

> La supresión de Polonia constituye un desafuero infame porque viene a oprimir un valioso desarrollo de la nación que había adquirido grandes méritos ante la familia de pueblos de Europa y que representa una fase de la existencia medieval, la esencia caballeresca, llevada hasta una figura brillante. La República de la Nobleza ha sido interrumpida por el despotismo y obligada a llevar a cabo su propia existencia interior, que podría haber seguido adelante mediante la Constitución que se ha abierto paso en los tiempos revolucionarios.

La nacionalidad del sur de Francia no se hallaba, en la Edad Media, más cerca de la del Norte de Francia de lo que la nacionalidad polaca se halla ahora respecto a Rusia. La nación del sur de Francia, vulgo provenzal, no sólo tenía en la Edad Media un "valioso desarrollo", sino que figuraba incluso a la cabeza del desarrollo de Europa. Fue la primera de las naciones modernas que contó con una lengua culta. Su poesía estaba al servicio de todos los pueblos latinos, e incluso constituía un ejemplo único, en aquel entonces, para los alemanes y los ingleses. Compitió en el desarrollo de la nobleza feudal con los castellanos, los franceses del Norte y los normandos ingleses; en la industria y el comercio nada tenía

que envidiar a los italianos. No sólo desarrolló hasta "brillar" "una fase de la existencia medieval", sino que llegó incluso a despedir un destello del viejo helenismo en lo más profundo de la Edad Media. La nación del sur de Francia, por tanto, no sólo se hizo grande, sino que contrajo incontables "méritos" para con "la familia de pueblos de Europa" y, sin embargo, al igual que Polonia, fue repartida entre el norte de Francia e Inglaterra y, más tarde, sojuzgada por los franceses del Norte. Desde la guerra de los albigenses[237] hasta Luis XI, los franceses del Norte, que en el terreno de la cultura iban tan retrasados sobre sus vecinos del Sur como los rusos sobre los polacos, sostuvieron contra los franceses del Sur guerras ininterrumpidas de sojuzgamiento y acabaron por someter a todo el país. La "República de los nobles" (denominación absolutamente justa en cuanto al apogeo) del Mediodía de Francia "fue impedida por el despotismo de Luis XI, empeñado en llevar a cabo su propia abolición interior, que, gracias al desarrollo de la burguesía de las ciudades, habría resultado por lo menos tan posible como lo fue la destrucción de la República polaca de los nobles gracias a la Constitución de 1791.[238]

Durante varios siglos los franceses del Sur lucharon contra sus opresores. Pero el desarrollo histórico era incontenible. Después de una lucha de trescientos años, su hermosa lengua se vio rebajada al rango del *patois* y ellos mismos se convirtieron en franceses. El despotismo de la Francia del Norte sobre la Francia del Sur duró trescientos años y solamente entonces pudieron los franceses del Norte reparar los quebrantos producidos por la opresión, al destruir los últimos restos de su autonomía. La Constituyente hizo pedazos las provincias independientes, el puño de hierro de la Convención convirtió por primera vez en *franceses* a los habitantes de la Francia meridional, entregándoles la democracia para indemnizarlos de la pérdida de su nacionalidad. Y lo que el ciudadano Ruge dice de

[237] Las persecuciones contra la secta de los albigenses tuvieron lugar de 1209 a 1229 debido a los señores feudales del norte de Francia. El movimiento albigense fue en lo fundamental una forma de oposición de la burguesía y los señores ministeriales contra la Iglesia y el Estado feudal.

[238] Véase *supra*, nota 215.

Polonia es aplicable literalmente a la Francia meridional durante los trescientos años de opresión:

> El despotismo de Rusia no ha liberado a los polacos; la destrucción de la nobleza polaca y el destierro de tantas familias nobles de Polonia sólo ha servido para que en Rusia no se fundara ninguna democracia, ninguna existencia humana.

Y, sin embargo, jamás se ha calificado la opresión de la Francia del Sur por los franceses del Norte como un "ignominioso desacuerdo". ¿Cómo explicarse esto, ciudadano Ruge? Una de dos: o la opresión de la Francia meridional constituye un ignominioso desafuero, o la opresión de Polonia no es un desafuero ignominioso. Que el ciudadano Ruge elija.

Pero, ¿dónde reside la diferencia entre los polacos y los franceses del Sur? ¿Por qué la Francia meridional hubo de ser llevada a remolque por los franceses del Norte como un peso muerto, hasta su destrucción final, mientras que Polonia, por el contrario, tiene ante sí todas las perspectivas de llegar a encontrarse perfectamente a la cabeza?

Como consecuencia de relaciones sociales que no podemos explicar más ampliamente aquí, la Francia meridional era la parte reaccionaria de toda la nación. Su contraposición a la Francia del Norte se transformó muy pronto en contraposición frente a las clases progresistas de todo el país. Fue ella, la Francia meridional, el principal sostén del feudalismo y ha seguido siendo hasta hoy la fuerza de la contrarrevolución, en Francia.

En cambio, Polonia fue, en virtud de relaciones sociales que hemos explicado más arriba (en el núm. 81), la parte revolucionaria de Rusia, Austria y Prusia. La oposición que mantenía ante sus opresores era, al mismo tiempo, en el interior, la oposición frente a la alta aristocracia polaca. Incluso la nobleza, que en parte se mantenía todavía en terreno feudal, se unió, con una devoción excepcional, a la revolución democrática en el campo. Polonia se había

convertido ya en el hogar de la democracia de la Europa oriental, mientras Alemania seguía haciendo tanteos dentro de la más vanal ideología constitucional y de la ideología filosófica más delirante.

Es allí, y no en el desarrollo explosivo de la caballería, hace mucho tiempo enterrada, donde reside la garantía y donde hay que buscar el carácter ineluctable de la restauración de Polonia.

Pero el señor Ruge posee, además, un segundo argumento en pro de la necesidad de una Polonia independiente dentro de la "familia de los pueblos europeos":

> La violencia ejercida contra Polonia ha hecho que los polacos se diseminaran por toda Europa; se han visto segregados por todas partes, animados por la cólera de la injusticia sufrida... De este modo, el espíritu polaco se ha humanizado y purificado, en Francia, en Alemania (¡?); la emigración polaca se ha convertido en *propagandista de la libertad...* Los eslavos se han capacitado así para ingresar en la gran familia europea de los pueblos [familia con la que inevitablemente nos encontramos a cada paso], porque su emigración ejerce un verdadero a*postolado de la libertad...* Todo el ejército ruso (!!) se halla contaminado por las ideas modernas, gracias a estos *apóstoles de la libertad* que son los polacos... Yo respeto las honradas convicciones de los polacos, tal como las han manifestado por todas partes en Europa, haciendo a todo trance la *propaganda de la libertad...* Mientras resuene la voz de la historia, los polacos se verán honrados por haber sido los pioneros, allí *donde lo han sido* (!!!)... Los polacos son el *elemento de libertad* proyectado sobre la civilización eslava, han *conducido hacia la libertad* al Congreso eslavo de Praga; han actuado en Francia, en Rusia y en Alemania. Los polacos constituyen, pues, un elemento activo incluso en el estado actual de la cultura; su acción es positiva, y lo es porque son necesarios y no se hallan, ni mucho menos, muertos.

El ciudadano Ruge debe, pues, demostrar que los polacos: *1)* son necesarios, y *2)* que no están muertos. Y lo hace diciendo: "No se hallan muertos, precisamente porque son necesarios".

Extraigamos del largo pasaje citado más arriba, en que se dice siete veces la misma cosa, las siguientes palabras: Polonia; elemento; libertad; propaganda; cultura; apostolado, y veamos lo que queda en pie de todo ese párrafo tan lleno de patetismo.

El ciudadano Ruge debe demostrar que la restauración de Polonia es necesaria. Y lo hace afirmando que los polacos no han muerto, sino que se hallan, por el contrario, muy vivos, actúan eficazmente, son los apóstoles de la libertad en toda Europa. ¿Y cómo han conseguido esto? La violencia, el ignominioso atropello de que han sido víctimas, los ha dispersado por toda Europa, provocando en ellos la cólera por la injusticia sufrida, su justa cólera revolucionaria. Esta cólera ha "purificado" a los polacos en el exilio, y esta cólera purificada les ha permitido ser los "apóstoles" de la libertad y los "ha colocado en la primera fila de las barricadas". ¿Qué se deduce de aquí? Que si libráis a Polonia del ignominioso desafuero, de la violencia sufrida por ella, si restauráis a Polonia la "cólera" desaparecerá, no podrá volver a ser purificadora; los polacos se reintegrarán a sus tierras y dejarán de ser, como lo son ahora, los "apóstoles de la libertad". Si lo que los hace revolucionarios es únicamente "la cólera provocada por el desafuero sufrido", lógicamente la reparación de la injusticia los hará reaccionarios. Si es solamente su resistencia a la opresión que mantiene vivos a los polacos, es evidente que suprimiendo la opresión morirán.

Por tanto, el ciudadano Ruge demuestra, cabalmente lo contrario de lo que se propone demostrar; sus razones llevan a la conclusión de que el interés de la libertad y de la familia de los pueblos exige *que no sea restaurada.*

Y, al hablar de los polacos, el ciudadano Ruge sólo cita a la emigración, no ve más que la emigración en las barricadas; y esto, por lo demás, arroja una extraña luz sobre sus "conocimientos". Estamos muy lejos de querer hablar en contra de la emigración polaca, que ha demostrado su energía y su valor en el campo de batalla y a lo largo de dieciocho años de conspiración en pro de Polonia. Pero no podemos negarlo: quien conozca a la emigración polaca sabe

que dista mucho de ser un apóstol de la libertad y que no se halla, ni mucho menos, afectada por el mal de las barricadas, como de buena fe repite el ciudadano Ruge, siguiendo al ex príncipe Lichnowski. La emigración polaca se ha mantenido, ha sufrido mucho y trabajado mucho por la restauración de Polonia. Pero, ¿acaso han hecho menos los polacos dentro de Polonia, acaso ellos no han desafiado peligros mayores, no han corrido el riesgo de ir a parar a los calabozos de Moabit y de Spielberg, acaso no han sufrido el *Knut* y las minas de Siberia, las matanzas de Galizia y las bombas incendiarias prusianas? Pero todo esto, para el señor Ruge, no existe, ni comprende tampoco que los polacos no emigrados han asimilado la cultura general europea mucho mejor, que sientan más las necesidades de Polonia, país en el que han vivido sin interrupción, de lo que demuestra la emigración casi toda ella, con excepción de Lelewell y Mieroslawski. El ciudadano Ruge atribuye a la estancia de la emigración en el extranjero toda la inteligencia de que dan prueba los polacos o, para decirlo con sus palabras, "que se ha ascendido entre los polacos y ha descendido sobre ellos". En el núm. 81 hemos demostrado que los polacos no necesitaban documentarse acerca de las necesidades de su país gracias al contacto con los visionarios políticos franceses, que desde febrero han fracasado, al chocar contra los escollos de sus propios discursos, ni en sus relaciones con los profundos ideólogos alemanes, quienes todavía no han tenido ocasión de fracasar, porque la misma Polonia es la mejor escuela para aprender lo que Polonia necesita. El mérito de los polacos consiste en haber sido los primeros en reconocer y extender por el mundo la idea de que la democracia agraria constituye la única forma posible de liberación para todas las naciones eslavas y no, como el ciudadano Ruge se lo imagina, en haber importado en Polonia y en Rusia una serie de generalidades, tales como "la gran idea de la libertad política que ha madurado en Francia e incluso la filosofía aparecida en Alemania" (y en la cual el señor Ruge ha desaparecido).

Que Dios nos guarde de nuestros amigos, pues de nuestros enemigos procuraremos guardamos nosotros mismos, eso es lo que los

polacos pueden exclamar a la vista del discurso del ciudadano Ruge. Pero los polacos han tenido siempre la gran desgracia de verse defendidos por sus amigos no polacos, que han utilizado para ello los peores argumentos del mundo.

Es de todo punto característico de la izquierda de Francfort[239] el que, salvo contadas excepciones, se haya entusiasmado con el discurso del ciudadano Ruge sobre Polonia, en el que se dice lo siguiente:

> No pretendemos, ciudadanos, discutir en torno al punto de saber si lo que perseguimos es una monarquía democrática, una monarquía democratizada (!) o la democracia pura; *en conjunto, queremos todos lo mismo:* la libertad, la libertad del pueblo, la soberanía popular.

¡Y se pretende que nosotros nos entusiasmemos con una izquierda que se ve transportada de júbilo cuando se dice que "en conjunto queremos todos la misma cosa"; es decir, lo mismo que quiere la derecha, que quieren los señores Radowitz, Lichnowski y Vincke; una izquierda que, en medio del entusiasmo, no se conoce a sí misma y olvida todo lo que es, apenas escucha fórmulas como las de "la libertad del pueblo" y la "soberanía popular". Pero dejemos a la izquierda y volvamos al ciudadano Ruge.

> Aún no se ha producido en el globo revolución más grande que la de 1848.

"Es la más humana en sus principios" porque sus principios han nacido del encubrimiento de los intereses contrapuestos.

"La más humana en sus decretos y en sus proclamas", porque éstas son una síntesis de las visiones filantrópicas y las frases sentimentales sobre la paternidad, que brotan de todas las cabezas europeas sin cerebro.

"La más humana en su existencia", o sea en las matanzas y los actos de barbarie ocurridos en la Posnania, en los incendios crimi-

[239] Véase *supra*, nota 30.

nales de Radetzsky, en el canibalismo de los crueles vencedores de las jornadas de junio en París, en las carnicerías de Cracovia y de Praga, en el reino generalizado de la soldadesca; en una palabra, en todas las infamias que hoy, 1 de septiembre de 1848, constituyen la "existencia" de esta revolución y han costado en cuatro meses más sangre que los años de 1793 y 1794 juntos.

¡Cuán "humano" es el ciudadano Ruge!

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 93, 3 de septiembre de 1848]

Colonia, 6 de septiembre. Hemos seguido al "humano" ciudadano Ruge en la vía de sus investigaciones históricas destinadas a poner de manifiesto la necesidad de la existencia de Polonia. Hasta aquí, el ciudadano Ruge ha hablado del pasado condenable, de la época del despotismo, ha relatado los *acontecimientos del periodo de la sinrazón;* ahora pasa a hablar del presente, del glorioso año revolucionario de 1848; ahora pisa ya un suelo familiar para él y pasa a relatar la "*razón* de los acontecimientos".[240]

> ¿Cómo es posible lograr la emancipación de Polonia? Será posible alcanzarla por medio de tratados en los que participen las dos grandes naciones civilizadas de Europa que deben necesariamente formar con Alemania, con la Alemania liberada, una nueva Triple Alianza, *porque* las tres naciones piensan lo mismo y aspiran, *en conjunto,* a alcanzar la misma cosa.

He allí, encerrada en una única y audaz frase, toda la razón de los acontecimientos de política exterior: una alianza entre Alemania, Francia e Inglaterra, ya que las tres piensan "lo mismo y aspiran en conjunto a la misma cosa"; es decir, ¡un nuevo convenio de

[240] En un Manifiesto electoral del Partido Reformista Radical de Alemania, redactado por Ruge en abril de 1848, se proclama como el mayor triunfo de la Asamblea Nacional el haber hecho consignar "la razón de los acontecimientos".

Rütli[241] entre las tres Suizas de la época moderna, que son Cavaignac, Leiningen y John Russell! Es cierto que Francia y Alemania, con el tiempo y con la ayuda de Dios, han saltado tan atrás, que sus gobiernos, en cuanto a los principios políticos generales, "piensan la misma cosa" que la Inglaterra oficial, esta roca contrarrevolucionaria que se levanta intacta en medio de los mares.

Pero estos países no se limitan a "pensar" la misma cosa, sino que, en conjunto, "persiguen también la misma finalidad". Alemania desea el Schleswig, que Inglaterra no quiere dejarle; Alemania aspira a tener derechos proteccionistas, mientras que Inglaterra predica la libertad comercial; Alemania aspira a ser independiente e Inglaterra se esfuerza en mantenerla bajo el yugo de su industria, pero ¿qué importa? "En su conjunto", las tres naciones aspiran, sin embargo, a "la misma cosa", y Francia, por su parte, promulga leyes aduaneras contra Alemania, su ministro Bastide se burla del maestro de escuela Rauner, que representa a Alemania en París, lo que revela que, manifiestamente y "en su conjunto", aspira a "la misma cosa" que Alemania. Y es un hecho: Inglaterra y Francia demuestran del modo más palmario que aspiran a la misma meta que Alemania, a la que amenazan con la guerra: Inglaterra por razón del Schleswig y Francia a causa de Lombardía.

El ciudadano Ruge cae en la simpleza ideológica de creer que naciones que mantienen en común ciertas concepciones políticas partirán de este hecho para sellar entre sí una alianza. El ciudadano Ruge sólo dispone en su paleta política de dos colores: el negro y el blanco, la esclavitud y la libertad. Para él el mundo se divide en dos grandes mitades: de una parte, las naciones civilizadas, de otra las naciones bárbaras; los hombres libres aquí y los criados allá. La línea fronteriza de la libertad, que hace seis meses pasaba más allá del Rin, se confunde ahora con la frontera rusa, dándose a este progre-

241. *Convenio de Rütli:* de acuerdo con una leyenda suiza, los tres representantes de los cantones montañeses Schwyz, Uri y Unterwalden juraron un pacto durante la celebración de una asamblea nocturna, en 1307, ante el Rütli, pradera montañosa situada junto al Lago Urn, con la finalidad de luchar fielmente contra los grandes señores de Habsburgo.

so el nombre de revolución de 1848. Bajo esta forma confusa se refleja el movimiento actual en la cabeza del ciudadano Ruge. Es la traducción al pomeranio[242] del grito de guerra de las barricadas en febrero y en marzo.

Si traducimos esto del pomeranio al alemán, resulta de ello que las tres naciones civilizadas, los tres pueblos libres son aquellos en los que, bajo diferentes formas y en diversos grados de evolución, reina la burguesía, mientras que "los esclavos y los criados" son los pueblos que se hallan bajo la férula del absolutismo patriarco-feudal. *El farouche*[a] republicano y demócrata Arnold Ruge se refiere al liberalismo banal y "superficial", a la dominación de la burguesía, aunque bajo formas seudodemocráticas, ¡he allí la madre del cordero![243]

Por el hecho de que la burguesía reine en Francia, en Inglaterra y en Alemania, ¿quiere decir que estos tres países sean aliados naturales?: así razona el ciudadano Ruge. Y si los intereses materiales de los tres países se oponen diametralmente a la libertad comercial con Alemania y Francia es condición vital e ineluctable para la burguesía inglesa, si los aranceles protectores contra Inglaterra representan una condición vital ineluctable para la burguesía francesa y la burguesía alemana y nos encontramos con relaciones análogas, desde muchos puntos de vista, entre Alemania y Francia; si se comprueba que esta Triple Alianza conduciría en la práctica al sojuzgamiento industrial de Francia y Alemania, "egoísmo miope, sórdidas almas de mercachifles", masculla el pensador pomeriano Ruge para su barba rubia.

El señor Jordan hablaba en su discurso de la trágica ironía de la historia universal. El ciudadano Ruge nos aporta un ejemplo palmario de esto. Él y toda la izquierda ideológica y sus vecinos ven cómo sus más caros sueños favoritos, sus *esfuerzos* de pensamiento

[242] Se hace alusión aquí a una expresión utilizada por Heine cuando con ella, en un encuentro con Ruge en 1843, saludó en él a la humanidad: "Se entiende, es la traducción de Hegel al pomeranio".

[a] Salvaje.

[243] Véase Goethe, *Fausto,* Parte Primera, "Cuarto de estudio".

más elevados fracasan ante la clase a la que ellos representan. Su proyecto filántropo-cosmopolita choca contra las sórdidas almas de mercachifles, razón por la cual precisamente necesita él mismo, sin saberlo ni quererlo, representar ideológicamente, de manera más o menos clara, lo que son estas almas mercantiles. La ideología propone y el mercantilismo dispone, ¡trágica ironía de la historia universal!

El ciudadano Ruge expone ahora cómo Francia "ha dicho que los tratados de 1815 quedaban rotos, pero que estaba dispuesto a reconocer la situación territorial actual". Y está muy en lo cierto, pues lo que nadie hasta ahora había buscado en el manifiesto de Lamartine, o sea la base de un nuevo derecho internacional, lo encuentra allí el ciudadano Ruge. Veamos cómo desarrolla este punto:

> De estas relaciones con Francia debe derivarse el nuevo derecho *histórico* (!). El derecho histórico es el *derecho de los pueblos* (!), es, en el caso a que nos estamos refiriendo (?), un nuevo *derecho internacional* (!). Es la única concepción justa del derecho histórico (!). ¡Cualquier otra concepción del *derecho histórico* (!) es absurda. No existe más *derecho histórico* que el derecho [¡por fin!] que la *historia introduce y el tiempo sanciona,* cuando [¿quién?] suprime y desgarra los tratados vigentes, sustituyéndolos por otros nuevos.

En *una* palabra: el derecho histórico es la formulación de la razón de los acontecimientos.[244]

Así aparece escrito literalmente en la historia de los apóstoles de la unidad alemana, en las actas taquigráficas de Francfort, p. 1186, primera columna. ¡Y aún hay quien se queja de que la *Nueva Gaceta Renana* critique al señor Ruge con signos de admiración!

Y es natural, pues en todo este devaneo de derecho histórico y derecho internacional, la izquierda prudoniana no podía por menos de perder la vista y el oído, viéndose así llevada a confundir admi-

[244] Véase *supra*, nota 240.

rativamente lo que la filosofía pomerania le grita al oído, con certidumbre apodíctica: "El derecho histórico es el derecho que la historia introduce y el tiempo sanciona", etcétera.

Es cierto que la historia ha "introducido" siempre lo contrario a lo "sancionado por el tiempo" y que la sanción del "tiempo" ha consistido siempre, cabalmente, en echar por tierra lo que la historia había "introducido".

Ahora, el ciudadano Ruge formula la "única proposición acertada y admisible":

> Encargar al poder central de preparar, conjuntamente con Inglaterra y Francia un congreso encaminado a la restauración de una Polonia libre e independiente, congreso al que se invitará a todas las potencias interesadas para que envíen a él sus representantes.

¡He aquí unas ideas magníficas y una concepción propia de un hombre valeroso! Ahí lo tenemos: Lord John Rusell y Eugen Cavaignac van a restaurar Polonia; la burguesía inglesa y la burguesía francesa amenazarán a Rusia con una guerra para obtener la libertad de Polonia, que, por el momento, les es de todo punto indiferente. En nuestra época de confusión y de complicaciones generales, en que se recoge con agrado toda noticia tranquilizadora que haga subir la cotización de un ocho por ciento, aunque esta noticia resulte desmentida por seis bruscas perturbaciones con que la industria lucha contra una quiebra lenta, en que el comercio se estanca y el proletariado cesante tiene que ser sostenido con ayuda de exorbitantes sumas para evitar el verse lanzado a un desesperado combate general: es ahora precisamente cuando los burgueses de las tres naciones civilizadas van a lanzarse a suscitar una nueva dificultad ¡y qué dificultad! Una guerra contra Rusia que es, de febrero para acá, la más estrecha aliada de Inglaterra. ¡Una guerra contra Rusia, guerra que representaría, como todo el mundo sabe, la caída de la burguesía alemana y francesa! ¿Y para obtener con ello qué ventajas? Absolutamente ninguna. Verdaderamente, estamos ante algo

que va más allá de las simplezas de los pomeranios. Pero el ciudadano Ruge jura que la "solución pacífica" de la cuestión polaca está dentro de lo posible. ¡Mejor que mejor! ¿Y por qué? Por la siguiente razón, que él expone:

> Debe realizarse y aplicarse realmente hoy lo que los Tratados de Viena *quieren.* Y lo que los Tratados de Viena querían era el derecho de *todas* las naciones a oponerse a la *gran* nación de los franceses..., querían la restauración de la nación alemana.

Podemos comprender ahora por qué el señor Ruge "quiere en conjunto, lo mismo" que quiere la derecha. También la derecha quiere que se apliquen los Tratados de Viena.[245]

Los Tratados de Viena resumen la gran victoria de la Europa reaccionaria sobre la Francia revolucionaria. Estos tratados son la forma clásica bajo la que la reacción europea ha reinado durante quince años, durante el periodo de la restauración. Dichos tratados restablecen la legitimidad, la monarquía de derecho divino, la nobleza feudal, la dominación de la clerigalla, la legislación y la administración patriarcales: lo mismo que la victoria fue obtenida con la ayuda de la burguesía inglesa, alemana, española, italiana, y principalmente de la *burguesía francesa,* fue necesario hacer concesiones a la burguesía, y mientras los príncipes, la nobleza, la clerigalla y los burócratas se repartían los bocados más apetitosos del botín, a la burguesía se le nutrió con letras de cambio sobre el futuro, letras a las que jamás se hizo ni se pensó hacer honor. Y, en vez de considerar el contenido práctico y real de los Tratados de Viena, el señor Ruge cree que esas promesas vacías constituyen el verdadero contenido de tales tratados y que lo que ocurre es que la reacción los ha puesto en práctica de una manera abusiva.

[245] *Tratados de Viena:* estos tratados fueron suscritos en Viena por Rusia, Prusia y Austria el 3 de mayo de 1815, así como también el Acta de clausura del Congreso de Viena, el 3 de junio de 1815, donde se expresaba la promesa de que todas las provincias polacas tendrían una representación popular y un gobierno nacional. En Posen, más tarde, tuvo lugar la convocatoria para una Asamblea estamentaria, con funciones de Consejo.

¡En realidad, hace falta tener un temperamento notablemente contentadizo para seguir creyendo en el cumplimiento de estos tratados treinta y tres años después de las revoluciones de 1830 y 1848, para creer que las bellas frases continentales que envuelven las falsas promesas de Viena encierran todavía hoy, en 1848, siquiera algún sentido!

¡El ciudadano Ruge es el Don Quijote de los Tratados de Viena!

Por último, el ciudadano Ruge revela a la Asamblea de Francfort un profundo secreto: las revoluciones de 1848 fueron provocadas únicamente por haber sido violados en Cracovia, en 1846, los Tratados de 1815.[246] Y así lo dice, ¡para que sirva de advertencia a todos los déspotas!

En una palabra, después de nuestro último encuentro en el terreno literario el ciudadano Ruge no ha cambiado ni en un solo punto. Sigue empleando las mismas frases estudiadas y repetidas por él desde que, en los *Anales de Halle* y en los *Anales alemanes,*[247] se convirtió en el recadero de la filosofía alemana; sigue brillando en él la misma confusión, la misma revoltura, la misma vacuidad, el mismo talento para presentar, de un modo grandilocuente, las mismas pretensiones, sometiéndolas a la aprobación del filisteo alemán, que en su vida no ha escuchado nada parecido.

Cerramos con esto nuestro resumen del debate sobre Polonia. Sería demasiado pedir el que nos extendiéramos hablando del señor Löw, de Posen, y de los otros grandes espíritus que vienen tras él. En su conjunto, el debate deja en nosotros una impresión de melancolía. ¡Tan largos discursos y tan poca sustancia, tan pocos conocimientos sobre el tema, tan poco talento! El peor de los debates de la vieja o de la nueva Cámara francesa o de la Cámara inglesa de los Comunes encierra más espíritu, más competencia real que esta

[246] Véase *supra*, nota 29.

[247] *Anales de Halle* y *Anales Alemanes:* periódicos literario-filosóficos de orientación neohegeliana publicados por Ruge y Etchemeyer en Leipzig en forma de hojas volantes desde enero de 1838 hasta junio de 1841 bajo el título de *Hallische Jahrbücher für deutsche Wissenschaft und Kunst,* y de julio de 1841 a enero de 1843, ya solamente a cargo de Ruge, en Dresde, con el de *Deutsche Jahrbücher für Wissenschaft und Kunst.*

charla de tres días sobre uno de los temas más interesantes de la política moderna. Todo podía haberse sacado de él, y la Asamblea Nacional sólo ha sabido sacar la ocasión que se le brindaba para simples charloteos.

¡En verdad podemos afirmar que una Asamblea como ésta jamás se ha reunido en parte alguna!

Las resoluciones ya se conocen. Se han conquistado las tres cuartas partes de Posen; y esta conquista no se ha logrado ni por la violencia ni por "la labor de los alemanes", ni por el arado, sino a fuerza de charlar, por medio de una estadística falsificada y formulando tímidas resoluciones.

"¡Os habéis tragado a Polonia, pero os juro por Dios que no podréis digerirla!"

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 96, 7 de septiembre de 1848]

LA GUERRA ITALIANA DE LIBERACIÓN Y LA CAUSA DE SU ACTUAL FRACASO

[F. ENGELS]

CON LA MISMA RAPIDEZ CON QUE LOS AUSTRIACOS FUERON EXpulsados en marzo de Lombardía, han retornado ahora victoriosos y han entrado ya en Milán.

El pueblo italiano no ha escatimado sacrificios. Se ha mostrado dispuesto a ofrecer sus bienes y su sangre para llevar a buen término la obra iniciada y conquistar su independencia nacional.

Pero la valentía, el entusiasmo y la capacidad de sacrificio del pueblo jamás fueron correspondidos por quienes empuñaban las riendas del gobierno. Éstos hicieron, abierta o recatadamente, cuanto pudieron, no precisamente para emplear los recursos puestos en sus manos en la obra de libertar a su país de la brutal tiranía de Austria, sino, por el contrario, para frenar las energías del pueblo y volver lo antes posible, en esencia al viejo estado de cosas.

El Papa,[a] cada día más influido y ganado por la política austriaco-jesuítica, colocó en el camino del gobierno Mamiani todos los obstáculos que los "negros" y los "negro-amarillos"[248] ponían a su alcance. Por su parte, el gobierno pronunciaba discursos muy patrióticos ante las dos cámaras, pero carecía de la energía necesaria para convertir su buena voluntad en hechos.

En la Toscana, el gobierno pronunciaba muy buenas palabras,

[a] Pío IX.

[248] Con el "negro" se hace referencia a los religiosos jesuitas; con "negro-amarillos" se hace alusión a los colores de la bandera nacional austriaca.

pero los hechos no se veían por ninguna parte. Sin embargo, el peor enemigo de la libertad de Italia, entre los príncipes de dentro, era y sigue siendo Carlos Alberto. Los italianos habrían debido repetir y seguir a todas horas la máxima que dice: "¡Que el cielo nos libre de nuestros amigos, que de nuestros enemigos nos libraremos nosotros!" A Fernando el Borbón no tenían por qué temerle, pues hacía ya tiempo que estaba desenmascarado. En cambio, Carlos Alberto se hacía ensalzar y glorificar como *la spada d'Italia* y el héroe que llevaba en la punta de su sable la más firme garantía de la libertad y la independencia de los italianos.

Sus emisarios viajaban por todos los lugares de la Italia del Norte presentándolo como el único hombre que podía salvar y salvaría a la patria. Pero para que pudiera hacerlo era necesario, naturalmente, que fundara el reino del norte de Italia. Solamente así dispondría este príncipe de la fuerza necesaria para resistir a los austriacos y expulsarlos de Italia. La ambición que antes le había llevado a entenderse con los carbonarios[249] y de que más tarde había dado pruebas resurgía ahora más fuerte que nunca y lo hacía soñar con una plenitud de poder y un esplendor ante los cuales pronto palidecería el brillo de los restantes príncipes de Italia.

Carlos Alberto creía poder confiscar en beneficio de su pobre personalidad todo el movimiento popular del año 1848. El odio y la desconfianza que sentía por todos los hombres verdaderamente liberales llevábale a rodearse de gente más o menos adicta al absolutismo e inclinada a servir a las regias ambiciones. Puso a la cabeza del ejército a aquellos generales cuya superioridad intelectual o cuyas ideas políticas no tenía por qué temer, pero que no contaban con la confianza de los soldados ni con el talento necesarios para conducir victoriosamente la guerra. Se llamaba pomposamente el "Libertador de Italia", cuando lo que en realidad hacía era imponer su yugo como condición a los libertadores.

[249] *Carbonarios:* así se llamaba a los miembros de las conocidas sociedades secretas de carácter político que surgieron durante la segunda década del siglo XIX tanto en Italia como en Francia. En ella se agrupaban diferentes tendencias políticas, pero sostenían el punto en común de conjurarse solemnemente para luchar por el derrocamiento de los Borbones.

Las circunstancias le favorecían como rara vez hayan favorecido a nadie. Hasta que su codicia, el deseo de llegar a poseer lo más que pudiera y de ser posible todo, le hizo perder por último cuanto había ganado. Mientras no se había decidido totalmente a la anexión de la Lombardía al Piamonte y seguía en pie la posibilidad de que se implantase la forma republicana de gobierno, el príncipe permaneció quieto en sus trincheras frente a los austriacos, en aquellos momentos relativamente débiles. Dejó que Radetzky, d'Aspre, Welden, etc., conquistasen en las provincias venecianas una ciudad y una fortaleza tras otra, sin que moviese un dedo. Sólo consideró que valía la pena defender a Venecia cuando esta ciudad se colocó bajo la égida de la Corona. Y lo mismo sucedió con Parma y Módena. Entre tanto, Radetzky se había fortalecido y había tomado, frente a la incapacidad y a la ceguera de Carlos Alberto y sus generales, todas las medidas necesarias para lanzarse al ataque y lograr la victoria decisiva.

El desenlace es conocido. De ahora en adelante, los italianos no podrán ya poner la causa de su liberación en manos de un príncipe o de un rey; lejos de ello, si quieren salvarse, deberán dejar a un lado sin tardanza, como inservible, esta *spada d'Italia.* Si lo hubieran hecho antes, jubilando al rey, a la monarquía y a todos sus acólitos y concertando una unión democrática entre ellos, entre los italianos, probablemente a esta fecha no quedaría ya un solo austriaco en Italia. Pero, en vez de hacerlo así, no sólo han tenido que soportar en balde todos los sufrimientos de una guerra conducida furiosa y bárbaramente por sus enemigos y sufrir inútilmente los peores sacrificios, sino que además se ven entregados indefensos a la sed de venganza de los hombres de la reacción de Metternich, de Austria y su soldadesca. Quien pase la vista por encima de los manifiestos dirigidos por Radetzky a los habitantes de Lombardía y por Von Welden a las legaciones romanas, se dará cuenta de que, a los ojos de los italianos, Atila y sus hordas de hunos eran algo así como una legión de ángeles de la misericordia. La reacción y la restauración son completas. Ha vuelto a aparecer también el duque de

Módena, *il Carnefice* (el Carnicero), el que adelantó a los austriacos 1 200 000 florines para hacer la guerra. Tantas veces se han cavado los pueblos su propia fosa con su generosidad, que ya es hora de que recapaciten y aprendan algo de sus enemigos. Los modeneses dejaron marchar tranquilo al duque, que durante su gobierno anterior había hecho encarcelar, colgar y fusilar a miles de personas simplemente por sus ideas políticas. En pago de ello, regresa ahora para ejercer otra vez, con redoblado júbilo, su sanguinario oficio de príncipe.

La reacción y la restauración son completas. Pero su reino es solamente interino. El espíritu revolucionario ha penetrado demasiado profundamente en el pueblo para que se le pueda dominar, a la larga. Milán, Brescia y otros lugares han puesto de manifiesto en marzo de lo que es capaz este espíritu. La cuenta de los sufrimientos, demasiado estirada, provocará un nuevo levantamiento. Aleccionada por las amargas experiencias de los últimos meses, Italia se curará de nuevas ilusiones y sabrá asegurar su independencia bajo la bandera de la unidad democrática.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 73, 12 de agosto de 1848]

LA "GACETA DE COLONIA" ACERCA DE ITALIA

[F. ENGELS]

COLONIA, 26 DE AGOSTO. AYER NOS VIMOS CONDENADOS A OÍR A un literato, el señor Wilhelm Jordan, de Berlín, verter toda una serie de tonterías políticas en torno a la historia universal. El destino nos persigue inexorablemente. Estamos condenados hoy a una suerte parecida: se diría que la gran conquista de Marzo consiste en que los literatos se dediquen, como tarea exclusiva, a escribir de política.

El señor *Levin Schücking*, de Münster, que es la cuarta o quinta rueda en el carro de anuncios del señor Dumont, ha publicado en la *Gaceta de Colonia*[250] un artículo sobre "Nuestra política en Italia".

Y ¿qué es lo que dice "mi amigo Levin, el de los ojos espectrales?"[251]

Alemania no ha contado con ningún momento *más favorable* que el actual para colocar su política con respecto a Italia sobre una base sana y llamada a durar a través de los siglos. Hemos lavado gloriosamente (¡gracias a la traición de Carlos Alberto!) la mancha que había hecho caer sobre nuestras banderas un pueblo que afortunadamente se deja llevar con facilidad por la suerte, cuando ésta le favorece. A la cabeza de un ejército admirable no sólo en la lucha y en la victoria, sino también en la resistencia y en la perseverancia, *Barbablanca* ha plantado la gloriosa águila bicé-

[250] Véase *supra*, nota 43.
[251] Se hace referencia al poema "La rosa", de Ferdinand Freiligrath.

fala alemana (!?) sobre los parapetos de la ciudad *sublevada,* donde hace más de seiscientos años el Barbarroja imperial había hecho flotar la misma bandera como *símbolo de la soberanía de Alemania sobre Italia. Esta soberanía sigue siendo hoy nuestra.*

Así se expresa el señor Levin Schücking, de la *Gaceta de Colonia.*

Cuando los croatas y panduros[252] de Radetzky, después de cinco días de lucha, fueron expulsados por un pueblo inerme,[253] cuando aquel "admirable ejército" derrotado en Goito se retiró a Verona, la lira política de "mi amigo Levin, el de los ojos enigmáticos", guardó silencio. Pero de entonces acá, el ejército austriaco, reforzado por la traición tan cobarde como torpe de Carlos Alberto —traición que nosotros hubimos de pronosticar innumerables veces—, alcanzó una victoria inmerecida; y vuelven a salir a escena los publicistas vecinos haciendo sonar sus trompetas acerca de la "mancha lavada" y, aventurándose a establecer paralelos entre Federico Barbarroja y Radetzky Barbablanca, la más gloriosa revolución de todo 1848 es solamente una "ciudad sublevada" y a nosotros, a quienes nunca ha pertenecido nada, nos pertenece ahora "la soberanía sobre Italia".

"¡Nuestras banderas!" Los trapos negro-amarillos de la reacción de Metternich, pisoteados en Viena: ¡he ahí las banderas del señor Schücking y de la *Gaceta de Colonia*!

"¡La gloriosa águila bicéfala alemana!" El mismo monstruo heráldico al que la revolución armada arrancó las plumas en Jemappes, en Fleurus, en Millésimo, en Rívoli, en Neuwied, en Marengo, en Hohenlinden, en Ulma, en Austerlitz, en Wagran:[254] ¡he ahí

[252] Véase *supra,* nota 83.

[253] Véase *supra,* nota 82.

[254] Se alude aquí a muy diversas batallas entre 1792 y 1809 de austriacos y franceses en las cuales el ejército austriaco sufrió serias derrotas: cerca de *Jemappes,* el 6 de noviembre de 1792; cerca de *Fleurus,* el 26 de junio de 1794; cerca de Milléssimo, el 13-14 de abril de 1796; cerca de *Rívoli,* el 14-15 de junio de 1797; cerca de *Neunwied,* el 18 de abril de 1797; cerca de *Marengo,* el 14 de junio de 1800, cerca de *Hohenlinden,* el 3 de diciembre de 1800; cerca de *Ulma,* el 17 de

el "glorioso" Cancerbero del señor Schücking de la *Gaceta de Colonia*!

Cuando los austriacos fueron derrotados, se les llamaba partidarios del Sonderbund[255] y se les tildaba casi de traidores a la patria; desde que Carlos Alberto ha caído en la celada, desde que han avanzado hasta el Ticino, vuelven a ser "alemanes", somos "nosotros" quienes hemos llevado a cabo todo esto. No nos oponemos a que la *Gaceta de Colonia* haya arrancado las victorias de Volta y Custozza y conquistado Milán;[256] pero, al hacerlo, asume también la responsabilidad por las tan conocidas brutalidades e infamias de aquel ejército bárbaro "tan admirable en la resistencia como en la adversidad", de la misma forma que, en su tiempo, asumió la responsabilidad por la matanza de la Galizia.

> Esta soberanía todavía nos pertenece. Italia y Alemania son naciones unidas en un vínculo común por la naturaleza y la historia, naciones que, providencialmente, forman una unidad, que se hallan entrelazadas como la ciencia y el arte, el pensamiento y el sentimiento.

¡Como el señor Brüggemann y el señor Schücking!

¡Precisamente por ello, alemanes e italianos han guerreado unos contra otros, desde hace 2 000 años; precisamente por ello, los italianos han sacudido siempre, una y otra vez, el yugo alemán; precisamente por ello, la sangre alemana ha teñido con tanta frecuencia

octubre de 1805, cerca de *Austerlitz,* el 2 de diciembre de 1805, y cerca de *Wagram,* el 5-6 de julio de 1809.

[255] *Sonderbund:* la disolución de la Liga de los siete cantones suizos económicamente rezagados y católicos que, en 1843, con el propósito de resistir a las reformas burguesas progresistas en Suiza, hubieron de consolidar los privilegios de la Iglesia jesuita. El acuerdo de la Confederación suiza en julio de 1847 sobre la resolución del *Sonderbund* ofreció el motivo, a principios de noviembre de ese año, para iniciar acciones militares contra estos cantones. El 23 de noviembre, el ejército del *Sonderbund* habría de ser derrotado por las fuerzas del gobierno de la Confederación (véase el artículo "La guerra civil suiza", en Federico Engels, *Escritos de juventud,* "Obras Fundamenales de Marx y Engels", t. 2, 1987, pp. 656 y ss.).

[256] El 25 de julio de 1848, en Custozza, y el 27 de julio, cerca del Volta, el ejército austriaco, bajo el mando de Radetzky, rompió hostilidades contra el ejército de Cerdeña y Lombardía, logrando así derrotarlo; el 6 de agosto, Radetzky tomó la ciudad de Milán.

las calles de Milán, seguramente para probar así que Alemania e Italia se hallan "providencialmente unidas"!

¡Y precisamente por eso, porque Italia y Alemania "se hallan entrelazadas", Radetzky y Welden han tenido que bombardear y saquear todas las ciudades venecianas!

Mi amigo Levin, el de los ojos espectrales, nos dice ahora que debemos abandonar Lombardía hasta las orillas de Adige, pues el pueblo no nos quiere, aunque unos cuantos pobres *cittadini* (así escribe el erudito señor Schücking para referirse a los *contadini,* a los campesinos) reciban jubilosos a los austriacos. Pero, si queremos comportarnos como un "pueblo libre", "esas tierras nos alargarán con gusto la mano para ser encaminadas *por nosotros* por la senda que ellas solas no pueden recorrer, por el camino que lleva hacia la libertad".

¡Así son las cosas! Italia, que ha sabido conquistar la libertad de prensa, el tribunal del jurado y la Constitución antes de que Alemania despertara del más podrido de los sueños; Italia, que ha impuesto en Palermo la primera revolución del año actual; Italia, que sin armas ha vencido en Milán a los "insuperables austriacos", Italia no puede, según se nos dice, marchar por el camino de la libertad sin ser guiada por Alemania, es decir, ¡por un Radetzky! Y así sería, claro está, siempre y cuando para marchar hacia la libertad fueran necesarios una Asamblea como la de Francfort, un poder central que nada tiene que decir, treinta y nueve federaciones autónomas y, además de todo lo anterior, la *Gaceta de Colonia.*

Pero, basta. Para que los italianos "se dejen guiar hacia la libertad" por los alemanes, el señor Schücking retiene el Tirol de los güelfos y la región veneciana, para conceder estos territorios en feudo a un archiduque austriaco, y envía a "Roma a 2 000 hombres de las tropas del *Reich* en el sur de Alemania para devolver la paz en su propia casa al Vicario de Cristo".

Pero, desgraciadamente:

Las tierras pertenecen a rusos y franceses,
El mar es propiedad de los britanos;
Pero nosotros poseemos el dominio indisputado
En el reino aéreo de los sueños.
Allí ejercemos nuestra hegemonía
Nadie, allí, puede desmembrarnos;
Los otros pueblos, en cambio,
Se han desarrollado sobre las tierras llanas.[257]

Allá arriba, en el reino aéreo de los sueños, nos pertenece también "la supremacía sobre Italia". Nadie sabe esto mejor que el señor Schücking. Después de haber desarrollado, en provecho y para bien del Imperio alemán, la valiente política de la soberanía, este señor concluye, entre suspiros:

> Una política grande y generosa, digna de una potencia como lo es el Imperio alemán, nunca ha existido entre nosotros más que de una manera fantástica *y así seguirá ocurriendo también en lo sucesivo.*

Recomendamos al señor Schücking para portero y guardián de fronteras del honor de Alemania en la cumbre del Stilfser Joch.[258] Desde lo alto, podrá el folletón acorazado de la *Gaceta de Colonia* atalayar toda Italia y velar por que no se pierda ni el menor título de "supremacía de Alemania sobre Italia". Solamente entonces podrá Alemania dormir tranquila.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 87, 27 de agosto de 1848]

[257] Tomado de Heinrich Heine, *Alemania. Cuento de invierno,* cap. VII.
[258] Engels hace referencia, como en otras ocasiones, a lo que ha llamado "burgués de empalizada" (véase *supra,* nota 3).

MEDIACIÓN E INTERVENCIÓN. RADETZKY Y CAVAIGNAC

[F. ENGELS]

EN UNAS TRES SEMANAS (EL 21 DE SEPTIEMBRE) EXPIRARÁ EL armisticio concertado por la traición de Carlos Alberto.[259] Francia e Inglaterra se han ofrecido como mediadores. El *Spectateur Républicain,* órgano de Cavaignac, informa que Austria no ha manifestado, hasta ahora, si acepta o rechaza esta propuesta. El dictador de Francia se muestra furioso ante la descortesía austriaca y amenaza con una intervención armada si el gabinete de Viena no contesta antes de una determinada fecha o rechaza la mediación. Ahora bien, ¿dejará Austria, sobre todo ahora, después de la victoria lograda sobre la democracia vienesa y sobre los "rebeldes" italianos, que un Cavaignac le dicte la paz? Austria sabe muy bien que la burguesía francesa quiere la "paz a toda costa", que a esa burguesía le tiene sin cuidado que Italia goce de libertad o gima bajo la servidumbre y que estará dispuesta a acceder a todo, con tal de que no se le deje en ridículo ante el mundo, obligándola a empuñar la espada contra su voluntad. Se dice que Radetzky hará una breve visita a Viena para pronunciar allí su palabra decisiva con respecto a la mediación. Claro está que para eso no necesita viajar a Viena. Su política se halla ahora en su apogeo y sus puntos de vista no perderán nada de su fuerza aunque permanezca en Milán. Suponiendo que Austria se presentara a concertar la paz, como lo quieren Inglaterra y Francia, no lo haría por miedo a la interven-

[259] Véase *supra,* nota 82.

ción de Cavaignac, sino por razones mucho más imperiosas y apremiantes.

Los italianos se han dejado engañar por los acontecimientos de marzo, ni más ni menos que los alemanes. Aquéllos creyeron que se había puesto fin de una vez a la dominación extranjera; éstos, por su parte, pensaron que el viejo régimen había fenecido para siempre. Pero la dominación extranjera en Italia es ahora más dura que nunca, y en Alemania vemos que el viejo régimen, después de reponerse de los dos o tres golpes recibidos en marzo, se impone con mayor furia y sed de venganza que antes.

El error de los italianos consiste, ahora, en esperar la salvación del actual gobierno de Francia. Sólo el derrocamiento de este gobierno podría salvarlos. Los italianos se equivocan, además, en creer que su país podrá liberarse mientras la democracia pierde cada vez más terreno en Francia, Alemania, etc. La reacción, que ahora asesta sus golpes sobre Italia, no es un hecho puramente italiano sino europeo. Italia no podrá librarse por sí sola de las garras de esta reacción, y menos que nunca apelando a la burguesía francesa que forma precisamente el gran baluarte de la reacción en toda Europa.

Para poder acabar con la reacción en Italia y en Alemania, lo primero es derrotarla en la misma Francia. Lo primero, por tanto, en proclamar allí la República democrático-social, lograr que el proletariado francés ponga el pie sobre la cerviz de su burguesía; sólo entonces se podrá pensar en la victoria estable de la democracia en Alemania, Polonia, Hungría, etcétera.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 91, 1 de septiembre de 1848]

LAS CONDENAS A MUERTE EN AMBERES

[F. ENGELS]

COLONIA, 2 DE SEPTIEMBRE. BÉLGICA, MODELO DE ESTADO CONSTITUCIONAL, acaba de suministrar una nueva y brillante prueba de la excelencia de sus instituciones. *¡Diecisiete penas de muerte,* con motivo de los ridículos sucesos de Risquons-Tout![260] ¡Diecisiete penas de muerte para vengar la vergüenza que unos cuantos atolondrados, locos incorregibles,[261] hicieron pasar a la mojigata nación belga, tratando de tirar de una punta de su manto constitucional! ¡Diecisiete penas de muerte, qué brutalidad!

Los sucesos de Risquons-Tout son conocidos. Cierto número de obreros belgas se concentraron en París para intentar una invasión republicana de su patria. Demócratas belgas llegados de Bruselas apoyaban el intento. Ledru-Rollin, por su parte, le prestó todo el aliento que pudo. Lamartine, el traidor de "noble corazón" que tenía, lo mismo para los demócratas extranjeros que para los franceses, hermosas palabras y feas acciones, este Lamartine, que se jacta de haber conspirado con la anarquía como el pararrayos con la tormenta, comenzó apoyando a la legión belga para luego poder traicionarla mejor. La legión partió hacia su patria. Delescluze, comisario de gobierno en el departamento del Norte, *vendió* la pri-

[260] El llamado "Proceso Risquons-Tout", que tuvo lugar en Amberes del 9 al 30 de agosto de 1848, fue una auténtica farsa de parte del gobierno del rey Leopoldo de Bélgica para ajustarle cuentas a los demócratas. Esto dio motivo a la reacción unánime de parte de las filas republicanas belgas.

[261] *Locos incorregibles:* frase tomada del poema de Goethe "Prometeo".

mera columna a los empleados de los ferrocarriles belgas; el tren que la conducía, ya en suelo belga, se encontró de pronto rodeado de bayonetas, por obra de la traición. La segunda columna, guiada por *tres espías belgas* (esto nos lo ha contado un miembro del mismo Gobierno provisional de París, y el proceso lo confirma), fue conducida por los traidores a un bosque enclavado dentro de Bélgica, donde la aguardaban, seguramente escondidos, los cañones enfilados sobre ella; la columna fue cañoneada a mansalva y casi todos sus integrantes cayeron prisioneros.

Este insignificante episodio de las revoluciones de 1848, al que las numerosas traiciones y felonías, y las dimensiones que se le atribuyen en Bélgica dan relieves cómicos, ha ofrecido pretexto a la Procuraduría de Justicia de Bruselas para sofocar en él la más gigantesca conspiración de todos los tiempos. Viéronse implicados en ella el libertador de Amberes, el viejo general Mellinet, Tedesco, Ballin, en una palabra los más resueltos y más activos demócratas de Bruselas, Lieja y Gante. Y el señor Bavay habría envuelto en el proceso incluso a Jottrand, de Bruselas, si éste no supiese cosas y poseyera documentos cuya publicación podría comprometer bochornosamente a todo el gobierno belga, incluyendo al prudente Leopoldo.[a]

¿Y por qué estas detenciones de demócratas, por qué el más monstruoso de todos los procedimientos contra hombres tan ajenos a los hechos que se les imputan como los jurados ante los que se les hace comparecer? Para infundir miedo a la ciudadanía belga y, a la sombra de este miedo, poder hacer efectivos los exagerados impuestos y empréstitos forzosos que forman la argamasa con que se sostiene en pie el glorioso edificio del Estado belga y cuya efectividad deja, al parecer, bastante que desear.

Bien. Se hizo comparecer a los acusados ante el jurado de Amberes, ante la flor y nata de esos temperamentos flamencos de negociante tan ajenos a la cálida vehemencia del entusiasmo político francés como a la fría serenidad del grandioso materialismo inglés,

[a] Leopoldo I, rey de Bélgica.

tratantes en bacalao que se pasan la vida entera vegetando entre cicaterías de ganancias y negocios mezquinos. El gran Bavay conocía a su gente y apelaba a su miedo.

¿Acaso en Amberes se había visto jamás un republicano? De pronto, comparecían treinta y dos monstruos de éstos ante los asustados vecinos de la ciudad. Y los temblorosos jurados, de acuerdo con los sabios jueces, entregan a diecisiete de los acusados a la benignidad de los artículos 86 y siguientes del código penal,[262] es decir, a la pena de muerte.

También durante el periodo del terror de 1793 se montaron procesos ficticios y recayeron condenas basadas en hechos que no eran los que oficialmente se alegaban; pero ni el fanático Fouquier-Tinville llegó a organizar nunca un proceso como éste, urdido sobre la burda desvergüenza de la mentira y el ciego odio partidista. Y nadie podrá decir que en Bélgica reine precisamente la guerra civil ni que media Europa aceche en sus fronteras, conspirando con los rebeldes, como ocurría en Francia en 1793. ¿Puede decirse que en Bélgica se halle la patria en peligro o que se haya resquebrajado la Corona? Por el contrario; nadie piensa en sojuzgar a Bélgica y el prudente Leopoldo sigue viajando día tras día sin escolta de Bruselas a Laeken y de Laeken a Bruselas.

¿Qué había hecho un hombre de 81 años como Mellinet para que el jurado y los jueces lo condenaran a muerte? El viejo soldado de la República francesa había salvado, en 1831, el último destello del honor belga; fue el libertador de Amberes y, en pago de ello, ¡Amberes lo condena a muerte! Toda su culpa consiste en haber amparado contra las sospechas de la prensa belga a su viejo amigo

[262] *Code pénal:* código penal implantado en Francia en 1810 e introducido en la Alemania occidental y meridional conquistada por Napoleón; en la provincia renana, este código regía, al igual que el código civil francés, incluso después de su anexión a Prusia en 1815. El gobierno prusiano aspiraba a reimplantar en estas provincias el derecho nacional prusiano. Toda una serie de leyes, decretos y preceptos trataba de restablecer en la provincia renana los privilegios feudales de la nobleza (en particular los mayorazgos) y la legislación civil y penal prusiana. Estas medidas encontraron una enérgica y decidida oposición en estos territorios y, después de la revolución de Marzo, fueron derogadas mediante los decretos del 15 de abril de 1848.

Becker, sin retirarle su amistad ni aun cuando sabía que estaba conspirando en París. Pero sin que él, Mellinet, tuviese absolutamente nada que ver con la conspiración. ¡Y por eso, nada más que por eso, le condena a muerte!

¿Y Ballin? Era amigo de Mellinet, lo visitaba con frecuencia y alguien lo había visto con Tedesco en un *Estaminet.*[b] Razones bastantes, como se ve, para condenarlo a muerte.

¡Y no digamos Tedesco! ¡Cómo! ¿Acaso no había pertenecido a la Asociación obrera alemana y no mantenía relaciones con personas a quienes la policía belga había encontrado puñales de utilería introducidos previamente por ella en sus bolsillos? ¿No le habían visto con Ballin en un *Estaminet*? Su culpabilidad estaba demostrada, Tedesco había provocado la batalla de las naciones de Risquons-Tout; ¡al cadalso con él!

Y lo mismo los demás.

Nos sentimos orgullosos de contar entre nuestros amigos a más de uno de estos "conspiradores" a quienes se condena a muerte pura y simplemente por ser demócratas. Y si la venal prensa belga los cubre de lodo, nosotros queremos, por lo menos, salvar su honor ante la democracia alemana; si su patria reniega de ellos, nosotros nos honramos en considerarlos como nuestros amigos.

Cuando el presidente del tribunal leyó el veredicto condenándolos a muerte, los acusados gritaron: "¡Viva la República!" A lo largo de todo el proceso y al serles leída la sentencia, se comportaron como verdaderos revolucionarios, serenos e imperturbables.

Veamos ahora cuál es el lenguaje que, en el campo de enfrente, emplea la miserable prensa burguesa:

> El veredicto —dice el *Journal d'Anvers*— no produjo en la ciudad mayor sensación que el proceso mismo, el cual pasó casi totalmente desapercibido. Solamente en las clases obreras [léase: entre el lumpenproletariado] puede percibirse un sentimiento de hostilidad en contra de los paladines de la República; el resto de la población apenas se ocupa de ellos; tal pare-

[b] Taberna.

ce como si considerara que lo irrisorio de la intentona revolucionaria no aparece engrandecido ni siquiera por una condena a muerte, en cuya ejecución, por lo demás, no cree nadie.

¡Naturalmente, si a los vecinos de Amberes se les brindara el interesante espectáculo de ver subir a la guillotina a diecisiete republicanos, con el viejo Mellinet, su salvador, a la cabeza, entonces sí prestarían atención al proceso!

¡Como si la brutalidad del gobierno belga y de los jurados y los jueces belgas no residiera precisamente en jugar de ese modo con las penas de muerte!

> El gobierno —dice el *Libéral Liégeois*— ha querido dar pruebas de *fuerza,* pero sólo ha conseguido demostrar su *brutalidad.*

Y ese ha sido, evidentemente, desde siempre, el destino de la nación flamenca.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 93, 3 de septiembre de 1848]

LA CRISIS Y LA CONTRARREVOLUCIÓN[263]

[C. MARX]

COLONIA, 11 DE SEPTIEMBRE. LÉANSE NUESTROS COMENTARIOS desde Berlín y dígasenos si no hemos pronosticado con todo acierto el giro que habría de tomar la crisis ministerial. Dimiten los viejos ministros; el plan del gobierno de sostenerse recurriendo a disolver la Asamblea del Pacto, a la ley marcial y a los cañones no parece encontrar el aplauso de la Camarilla. Los *Junkers* más retardatarios arden en deseos de que estalle el conflicto con el pueblo, de que las escenas parisinas de junio se repitan en las calles de Berlín. Pero estos elementos jamás se batirán por el gobierno Hansemann, sino que se batirán solamente por *el gobierno del Príncipe de Prusia.* Son llamados al gobierno *Radowitz, Vincke* y otras personas de confianza que nada tienen que ver con la Asamblea de Berlín y no mantienen compromisos con ella. La crema de los nobles prusianos y westfalianos, asociados para guardar las formas con algunos probos representantes de la burguesía de la extrema derecha, con Beckerathe y consortes, a quienes se encomiendan los prosaicos negocios comerciales del Estado: he allí el gobierno del príncipe de Prusia, con el que se trata de hacer la felicidad del reino. Entre tanto, se ponen en circulación cientos de rumores diciendo que tal vez se llamará al gobierno a Waldeck o Rodbertus, se induce a error a la opinión pública, se adoptan por el

[263] El segundo, tercero y cuarto artículos de esta serie, aquí contenidos, fueron publicados en la *Nueva Gaceta Renana* con el título general de "Las crisis".

momento una serie de preparativos militares y, cuando la hora llegue, se actuará a la luz del día.

Marchamos hacia el combate decisivo. Las crisis simultáneas de Francfort y Berlín y los últimos acuerdos adoptados por las dos Asambleas obligan a la contrarrevolución a dar la batalla final. Si los de Berlín se atreven a pisotear el principio constitucional del poder de la mayoría; si frente a los 219 votos de la mayoría se hace marchar el doble número de cañones; si esa gente se atreve no sólo en Berlín, sino también en Francfort, a hacer befa y escarnio de la mayoría con un ministerio que ninguna de las dos asambleas puede aceptar: *si se provoca así la guerra civil entre Prusia y Alemania, los demócratas sabrán lo que tienen que hacer.*

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 100, 12 de septiembre de 1848]

Colonia, 12 de septiembre. En Berlín sigue en pie la crisis ministerial, entre tanto es confirmado también por otros conductos el nuevo ministerio imperial, y es posible que ya al mediodía de hoy recibamos la noticia de su constitución definitiva. Sólo hay dos caminos para resolver la crisis:

Un ministerio Waldeck, a base de reconocer la autoridad de la Asamblea Nacional alemana y la soberanía del pueblo.

O un ministerio Radowitz-Vincke, a base de disolver la Asamblea de Berlín, destruir las conquistas revolucionarias, implantar un constitucionalismo ficticio y volver, incluso, a reunir a la Dieta Unificada.[264]

No nos engañemos: el conflicto que ha estallado en Berlín no es un conflicto entre los partidarios del pacto y los ministros: es un conflicto entre la Asamblea, que por primera vez se atreve a presentarse como *Constituyente,* y la *Corona.*

Todo gira en torno a esto: ¿se tendrá o no el valor necesario para disolver la Asamblea?

[264] Véase *supra,* nota 15.

Pero ¿acaso tiene la Corona derecho a hacer esto?

No cabe duda de que en los Estados constitucionales la Corona tiene derecho, en caso de entrar en conflicto con ellas, a disolver las cámaras legislativas convocadas a base de la Constitución, apelando al pueblo por medio de unas nuevas elecciones.

Ahora bien, ¿es la Asamblea de Berlín una Asamblea constitucional, legislativa?

No. Esta Asamblea ha sido convocada para "pactar con la Corona la Constitución del Estado prusiano", y ha sido convocada con este fin no a base de una Constitución vigente, sino a base de una *revolución.* No recibió su mandato, en modo alguno, de la Corona o de sus ministros responsables, sino exclusivamente de sus electores y de sí misma. La Asamblea era soberana, en cuanto expresión legítima de la revolución, y el mandato que, en unión de la Dieta Unificada, le expidió el señor Camphausen con la ley electoral del 8 de abril[265] no era otra cosa que la expresión de un *buen deseo* acerca del cual tenía que decidir la propia Asamblea.

La Asamblea se dejó llevar en un principio, más o menos, de la teoría del pacto.[266] Y pudo darse cuenta de cómo llevó a cabo un acto de soberanía, haciéndose valer por un momento como una Asamblea constituyente, y no simplemente como una Asamblea creada para pactar.

Y tenía plenamente el derecho de hacerlo así, puesto que era la Asamblea soberana, en cuanto a *Prusia.*

Pues bien, una Asamblea soberana no puede ser disuelta por nadie, ni se halla sujeta a las órdenes de nadie.

Pero aun como Asamblea llamada simplemente a pactar, es decir, aun partiendo de la teoría de Camphausen, la Asamblea se halla en el mismo plano de *igualdad de derechos* que la Corona. Ambas partes *conciertan* un pacto público y ambas participan por

[265] La ley electoral, de acuerdo con el pacto de la Asamblea Constitucional prusiana, fue propuesta por el ministro Camphausen el 8 de abril de 1848 en las sesiones de la segunda Dieta Unificada, en la forma de un sistema electoral indirecto.

[266] Véase *supra,* nota 40.

igual de la soberanía: tal es la teoría del 8 de abril, la teoría de Camphausen-Hansemann y, por tanto, la teoría *oficial* reconocida por la misma Corona.

Y lógicamente, si la Asamblea es *igual en derechos a la Corona, ésta no tiene poderes para disolver la Asamblea.*

De otro modo, habría que reconocerle a la Asamblea, consecuentemente, el *derecho a destronar al rey.*

La disolución de la Asamblea representaría, por tanto, un *golpe de Estado.* Y cómo se responde a los golpes de Estado lo han puesto de manifiesto el 29 de julio de 1830 y el 24 de febrero de 1848.[267]

Se dirá que la Corona puede apelar de nuevo a los mismos electores. Pero ¿acaso ignora alguien que los electores elegirán hoy una Asamblea totalmente distinta, una Asamblea que no se andaría con tantos miramientos con la Corona?

Es perfectamente sabido: disuelta esta Asamblea, no cabe más que la apelación a *electores muy distintos* de los del 8 de abril; no caben más elecciones que las llevadas a cabo bajo la tiranía del sable.

No nos hagamos ninguna clase de ilusiones:

Si triunfa la Asamblea, si ésta logra imponer un ministerio izquierdista, ello dará al traste con el poder de la Corona *al lado* del de la Asamblea, el rey se convertirá en un servidor a sueldo del pueblo y estaremos en vísperas del 19 de marzo, siempre y cuando el ministerio Waldeck no nos traicione, como nos han traicionado ya tantos otros antes que él.

En cambio, si triunfa la Corona, si ésta logra imponer el ministerio del príncipe de Prusia, será depuesta la Asamblea, socavado el derecho de asociación, amordazada la prensa, se decretará una ley electoral con base en el censo y tal vez se saque nuevamente de la

[267] El 26 de julio de 1830 fueron publicados los decretos reales mediante los que se suspendía en Francia la libertad de prensa, la Asamblea era declarada disuelta y la ley electoral modificada hasta el punto de disminuir 25 por ciento la cantidad de electores. Estas medidas extraordinarias del rey Carlos X fueron la causa directa de la Revolución de 1830 en Francia. El *29 de julio de 1830,* se derrumbó el dominio francés de los Borbones.

El *24 de febrero* de 1848, la monarquía de Luis Felipe de Orleáns se derrumbó.

nada, como hemos dicho, a la Dieta Unificada, todo ello a la sombra de la dictadura militar, de los cañones y las bayonetas.

¿Cuál de las dos partes triunfará? Esto dependerá de la actitud del pueblo y, sobre todo, de la que adopte el partido democrático. Los demócratas tendrán que optar.

Estamos en el 25 de julio. ¿Se osará decretar las ordenanzas amañadas en Postdam? ¿Se provocará al pueblo a que lleve a cabo en *un solo* día el salto del 26 de julio al 24 de febrero?[268]

La buena voluntad, evidentemente, no falta, pero sí ¡el valor necesario para ello!

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 101, 13 de septiembre de 1848]

Colonia, 13 de septiembre. La crisis, en Berlín, ha avanzado un paso: *el conflicto con la Corona*, que ayer podía considerarse solamente como algo inevitable, *se ha producido ya, es una realidad.*

Nuestros lectores encontrarán más abajo la respuesta dada por el rey a la petición de los ministros de que se les releve de sus cargos.[269] Con esta carta, la Corona pasa a colocarse en primer plano, toma partido en pro de los ministros y se enfrenta a la Asamblea.

Pero va aún más allá: crea un ministerio al margen de la Asamblea; llama al gobierno a *Beckerath*, que ocupa en Francfort un puesto en la extrema derecha y del que todo el mundo sabe de antemano que en Berlín no contará jamás con la mayoría.

La carta del rey aparece refrendada por el señor *Auerswald.* El señor Auerswald tendrá que responder de lo que hace, al empujar así al primer plano a la Corona para cubrir su ignominiosa retirada cuando, en un solo impulso, trata de parapetarse ante la Cámara

[268] Véase nota anterior.

[269] En su mensaje del 10 de septiembre de 1848, el rey prusiano Federico Guillermo IV declaró, de conformidad con el primer ministro, que el acuerdo de la Asamblea Nacional prusiana infligía un golpe al "principio de la monarquía constitucional", y aprobó el acuerdo del ministerio Hansemann ante aclamaciones de protestas contra el procedimiento de la reaccionaria Asamblea.

detrás del principio constitucional, a la vez que pisotea a éste, *comprometiendo a la Corona y provocando para que venga la República.*

"¡El principio constitucional!", gritan los ministros. "¡El principio constitucional!", gritan las derechas. "¡El principio constitucional!", gime como un eco vacuo la *Gaceta de Colonia.*

"¡El principio constitucional!" ¿Son realmente tan necios estos señores como para creer que se pueda sacar al pueblo alemán de las tormentas del año 1848, de la amenaza diaria de que todas las instituciones históricamente tradicionales se derrumben, con la carcomida teoría de la división de los poderes de Montesquieu y Delolme, con frases manidas y ficciones desde hace ya mucho tiempo desvanecidas?

"¡El principio constitucional!" ¡Son precisamente los señores que a toda costa tratan de salvar el principio constitucional los primeros que debieran darse cuenta de que ese principio, de un modo provisional, sólo puede salvarse a fuerza de energía!

"¡El principio constitucional!" ¿Acaso el voto de la Asamblea de Berlín, las colisiones entre Potsdam y Francfort, los disturbios, los intentos de reacción y las provocaciones de la soldadesca no han demostrado desde hace ya largo tiempo que, pese a todas las frases, *seguimos pisando sobre terreno revolucionario* y que la ficción de que nos hallamos ya en una Monarquía *constituida,* en una monarquía constitucional lista y acabada, no conduce a otra cosa que a conflictos que han llevado al "principio constitucional" al borde del abismo?

Las condiciones provisionales de todo Estado después de una revolución reclaman una dictadura, y una dictadura enérgica. Nosotros le reprochamos a Camphausen, desde el primer momento, el no haber actuado dictatorialmente, el no haber destruido y eliminado inmediatamente los residuos de las viejas instituciones. Mientras el señor Camphausen se mecía en sueños constitucionales, el partido derrotado reforzaba sus posiciones en el campo de la democracia y en el del ejército y hasta se atrevía a lanzarse, de vez en cuando, al combate abierto. Fue convocada la Asamblea para pac-

tar una Constitución. La Asamblea surgió en un plano de igualdad de derechos con la Corona. ¡Dos poderes iguales en derechos, en una fase provisional! Esta división de poderes, con la que el señor Camphausen se proponía "salvar la libertad", tenía necesariamente que conducir, en la fase provisional, a una serie de conflictos. Detrás de la Corona se ocultaba la camarilla contrarrevolucionaria de la nobleza, los militares y la burocracia. Detrás de la mayoría de la Asamblea estaba la burguesía. El gobierno trató de mediar. Demasiado débil para defender resueltamente los intereses de la burguesía y de los campesinos y abatir, de un manotazo el poder de la nobleza, la burocracia y los jefes del ejército, y demasiado torpe para no lesionar por doquier a la burocracia con sus medidas financieras, lo único que logró fue hacerse imposible para todos los partidos y provocar cabalmente el conflicto que se trataba de evitar.

En toda situación no constitucional, no decide este o el otro principio, sino exclusivamente la *salut public,* el bien público. El único camino que se le ofrecía al ministerio para evitar el conflicto entre la Asamblea y la Corona era reconocer exclusivamente el principio del bien público, aunque corriese con ello el riesgo de entrar en conflicto *incluso* con la Corona. Pero, en vez de hacerlo así, prefirió mantener sus "posibilidades" en Potsdam. No vaciló en tomar medidas de bien público *(mesures de salut public),* es decir, medidas dictatoriales, en contra de la democracia. ¿O acaso era otra cosa la aplicación de las viejas leyes a los delitos políticos, aun después de reconocer el señor Märker que estos artículos del derecho nacional prusiano[270] debieran derogarse? ¿Acaso eran otra cosa las detenciones en masa llevadas a cabo en todas partes del reino?

¡Eso sí, pero frente a la contrarrevolución el ministerio se guardó mucho de proceder al amparo de las razones del bien político!

Y era precisamente esta tibieza del ministerio frente a una contrarrevolución cada día más amenazadora la que imponía a la Asamblea la necesidad de *dictar por sí misma* medidas de salud

[270] Véase *supra,* nota 203.

pública. Si la Corona, representada por los ministros, era demasiado débil, debía la propia Asamblea intervenir. Y así lo hizo, con el acuerdo del 9 de agosto.[271] De un modo todavía muy suave, limitándose a formular a los ministros una advertencia. Los ministros no la tomaron en consideración.

¿Y cómo iban a atenerse a ella? ¡El acuerdo del 9 de agosto da de puntapiés al principio constitucional, representa una injerencia del poder legislativo contra el ejecutivo, acaba con la división y mutua fiscalización de los poderes tan necesaria en interés de la libertad, convierte a la Asamblea del Pacto en una *Convención Nacional*!

Vienen en seguida un fuego graneado de amenazas, una tonante apelación al miedo de los pequeños burgueses, la amplia perspectiva de un gobierno de terror, con guillotina, impuesto progresivo, confiscación de bienes y bandera roja.

¡La Asamblea de Berlín una Convención! ¡Qué ironía!

Pero esos señores no van del todo errados. Si el gobierno sigue como hasta aquí, no tardaremos mucho en tener una Convención a la que se impondrá el cometido de aplastar por todos los medios la guerra civil de nuestras veinte vendées[272] y la inevitable guerra con Rusia. ¡Claro está que, por el momento, no hemos salido aún de la parodia de la Constituyente!

[271] *La Orden militar de Stein-Schultze:* el 31 de agosto de 1848, tuvo lugar un asalto a la fortaleza de Schweidnitz perpetrado por tropas militares contra la Guardia Cívica, en el que murieron catorce ciudadanos. La Asamblea Nacional prusiana recibió el 9 de agosto, para incluirla como enmienda, una propuesta del diputado Stein en la que, entre otras cosas, se decía: "El señor ministro de la Guerra desea manifestarse, en un decreto dirigido al ejército, en el sentido de que los oficiales se mantengan lejos de toda tentativa reaccionaria y eviten no sólo de cualquier manera un conflicto con la población civil, sino que se muestren igualmente reconciliados y unidos ante la ciudadanía, que cooperen con sinceridad y entrega en la creación de un estatuto constitucional y que cada oficial, cuyas convicciones políticas no sean compatibles con lo anterior, deje, a fin de mantener limpio el honor del ejército, de formar parte de él". Sin embargo, el ministro de la Guerra no permitió, pese a los acuerdos de la Asamblea, la más mínima orden en tal sentido. Por dicha razón, el diputado Stein reiteró su propuesta ante la Asamblea Nacional en la sesión del 7 de septiembre del mismo año. La mayoría de la Asamblea se adhirió a la requisitoria ante el ministro para que tal medida fuese adoptada rápidamente. Durante el siguiente ministerio, el de Pfuel, la orden fue por último modificada, aunque nunca llegó a aplicarse.

[272] Véase *supra*, nota 175.

Pero ¿cómo los señores ministros que apelaron al principio constitucional mantuvieron en pie este principio?

El 9 de agosto, dejan que la Asamblea se disperse tranquilamente, creyendo de buena fe que los ministros ejecutarán el acuerdo recaído. No piensan en hacer conocer a la Asamblea su repulsa y, menos aún, en renunciar a sus cargos.

Se pasan cavilando todo un mes, hasta que, por último, ante la amenaza de varias interpelaciones, hacen saber a la Asamblea, sin rodeos, que, como es natural, no ejecutarán el acuerdo adoptado por ella.

Y cuando, en vista de ello, la Asamblea conmina a los ministros con la necesidad de ejecutar, a pesar de todo, dicho acuerdo, se parapetan detrás de la Corona, suscitan un conflicto entre la Corona y la Asamblea y provocan de este modo a que venga la República.

¡Y estos señores todavía hablan del principio constitucional!

Resumiendo:

Ha surgido el inevitable conflicto entre dos poderes iguales en derechos, dentro de la fase de la provisionalidad. El ministerio no ha sabido gobernar con suficiente energía y adoptar las necesarias medidas de salud pública. La Asamblea se limitó a hacer lo que debía, al requerir al ministerio a cumplir con su deber. Por su parte, el ministerio presenta esto como una transgresión contra la Corona y compromete a ésta, en el momento de renunciar. Corona y Asamblea se enfrentan. El "Pacto" ha conducido al divorcio, al conflicto. Tal vez tengan que decidir las armas.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 102, 14 de septiembre de 1848]

Colonia, 15 de septiembre. La crisis ministerial ha entrado en una nueva fase; pero no por la llegada y los baldíos esfuerzos del imposible señor Beckerath, sino por la *revuelta militar de Potsdam y Nauen.*[273] El conflicto entre la democracia y la aristocracia ha esta-

[273] *Revuelta militar de Postdam y Nauen:* el 13 de septiembre de 1848 se sublevaron el

llado *en el seno de la propia Guardia;* los soldados ven en el acuerdo adoptado por la Asamblea el día 7[274] su liberación de la tiranía de los oficiales, y dirigen a la Asamblea mensajes de gratitud y la aclaman.

Esto arranca a la contrarrevolución la espada de las manos. Ahora ya no se atreverán a disolver la Asamblea y, no dando este paso, no tendrán más remedio que transigir, que ejecutar el acuerdo de la Asamblea y nombrar un ministerio Waldeck.

Es probable que la revuelta de los soldados de Potsdam nos ahorre una revolución.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 104, 16 de septiembre de 1848]

primero y segundo regimientos de Postdam contra las periódicas irregularidades de su oficialidad. La razón principal fue la incautación de una carta de adhesión dirigida al diputado Stein y la Asamblea Nacional prusiana ante los acuerdos del 7 de septiembre (véase *supra*, nota 271), que enviaron algunos oficiales.

En Nauen la Guardia de Infantería, estacionada en dicho lugar, se negó, el 10 de septiembre de 1848, a acatar el mandato de sus oficiales contra los ciudadanos.

[274] Véase *supra*, nota 271.

LA LIBERTAD DE DELIBERACIÓN EN BERLÍN

COLONIA, 16 DE SEPTIEMBRE. LA PRENSA CONTRARREVOLUCIONARIA no cesa de afirmar, desde el comienzo de la crisis, que la Asamblea Nacional, en Berlín, no puede deliberar libremente. El conocido corresponsal G. de la *Gaceta de Colonia,* quien ejerce su cargo "interinamente, hasta que se le designe sucesor",[275] se ha referido, sin molestarse en ocultar su miedo, a los "ocho o diez mil puños de los clubes" que en la sede de la Asamblea Nacional apoyan "moralmente" a sus amigos de las izquierdas. El mismo o parecido griterío de queja lanzan otros periódicos como la *Gaceta de Voss*[276] y la de *Spener,*[277] y el día 7 del presente mes el señor Reichensperger ha llegado a presentar directamente una proposición para que la Asamblea se traslade de Berlín (¿tal vez a Charlotemburgo?).

Otro periódico, la *Gaceta berlinesa de la Lonja,*[278] publica un lar-

[275] Esta expresión proviene de otra similar, tomada del Mensaje del rey prusiano Federico Guillermo IV, del 10 de septiembre de 1848, ante la renuncia del ministerio. Se entiende que, con motivo de la renuncia, el rey le propuso al ministro que se mantuviera en el cargo hasta la designación de un nuevo ministerio.

[276] *Vossische Zeitung:* publicación llamada así por su fundador, Christian Friedrich Voss, que la sostuvo desde 1751 hasta 1785 bajo el título de "Diario berlinés del reino por decreto real, y de cosas ilustradas". En los años cuarenta del siglo XIX este diario adoptó una posición regularmente liberal.

[277] *Spenersche Zeitung:* llamado también "Noticiario berlinés del Estado y de cosas ilustradas", que se publicó en Berlín de 1740 a 1874. Durante la revolución de 1848-1849, este diario adoptó una posición en favor de la monarquía constitucional.

[278] *Berliner Zeitung-Halle:* diario berlinés publicado desde 1846 por Gustav Julius. En 1848-1849 fue un órgano de la pequeña burguesía democrática.

go artículo en el que se intenta refutar aquella acusación. En él se dice que la gran mayoría en pro de la izquierda no representa, en modo alguno, una inconsecuencia, comparada con la anterior actitud vacilante de la Asamblea. Cabe demostrar

> que la votación del día 7, aun por parte de quienes antes habían votado siempre a favor de los ministros, no *se halla en contradicción* con su conducta anterior y que, incluso, desde el punto de vista de aquellos diputados, guarda una perfecta armonía con su precedente actitud... [Quienes han evolucionado desde el centro] vivían engañados; *se imaginaban* que los ministros eran los ejecutores de la voluntad popular, veían en el empeño de los ministros por mantener la paz y el orden la expresión de su propia voluntad, de la voluntad de los diputados de la mayoría, *y no se daban cuenta* de que los ministros sólo pueden inclinarse ante la voluntad del pueblo cuando ésta no contradice a la voluntad de la Corona, pero no cuando se opone a ella.

Así "explica" este periódico el sorprendente fenómeno del repentino cambio de rumbo de muchos miembros de la Asamblea, que de pronto se sobreponen a su modo de imaginarse las cosas y al engaño en que vivían. La explicación, como se ve, no puede ser más inocente.

El articulista reconoce, sin embargo, que sí han mediado intimidaciones. Pero, a su juicio,

> si las influencias de fuera han conseguido algo, ha sido contrarrestar y nivelar en cierta medida las influencias y artes de seducción ejercidas por los ministros, permitiendo así a los muchos diputados débiles y sin sentido de independencia, dejarse llevar... de sus *instintos naturales.*

Los motivos que guían a este periódico a justificar moralmente ante la opinión, como lo hacen, a los miembros vacilantes del centro, son bien claros: el artículo en cuestión no va dirigido tanto a los mismos señores del centro como al público. Para nosotros, que

tenemos el privilegio de expresarnos sin miramientos y que sólo apoyamos a los representantes de un partido a condición de que actúen *revolucionariamente* y en la medida que lo hagan, no existen semejantes motivaciones.

¿Por qué no hemos de decirlo? Es indudable que, el día 7, los diputados del centro se dejaron intimidar por las masas populares; si su miedo era fundado o no, no queremos prejuzgarlo.

El derecho de las masas populares democráticas a influir moralmente con su presencia sobre la actitud de las asambleas constituyentes es un viejo derecho del pueblo revolucionario, que desde las revoluciones inglesa y francesa no ha dejado ni puede dejar de ejercerse nunca en los periodos turbulentos. Al ejercicio de este derecho debe la historia casi todos los pasos enérgicos dados por esas asambleas. Y si quienes se empeñan en no pisar jamás fuera del "terreno jurídico", y los medrosos y filisteos partidarios de la "libertad de deliberación" claman y lloriquean en contra de eso, es sencillamente porque no quieren adoptar nunca decisiones enérgicas.

"¡Libertad de deliberación!" No existe frase más hueca que ésta. La "libertad de deliberación" se ve atropellada por la libertad de prensa, por la libertad de reunión y de palabra, por el derecho del pueblo a armarse. Esto, de una parte. Se ve atropellada, de otra parte, por el poder público existente, depositado en manos de la Corona y de sus ministros: por el ejército, la policía y los jueces llamados independientes, que dependen, en realidad, de los ascensos de su carrera y de los cambios políticos.

La libertad de deliberación no pasa de ser, en cada momento, una frase que sólo expresa una cosa: la independencia de todas las influencias no reconocidas por la ley. Son solamente éstas las reconocidas, el soborno y la corrupción, los ascensos, los intereses particulares, el miedo a la disolución de las cámaras, etc., las que aseguran la verdadera "libertad" de deliberación. Pero, en tiempos revolucionarios, esta frase carece completamente de sentido. Cuando se enfrentan, pertrechados con todas sus armas, dos poderes,

dos partidos, y la lucha puede estallar en cualquier momento, los diputados tienen que escoger entre estos dos caminos:

o colocarse bajo la *protección del pueblo,* dejando que éste les dé de vez en cuando una pequeña lección,

o colocarse bajo la *protección de la Corona,* retirarse a cualquier pequeña ciudad, deliberar a la sombra de las bayonetas y los cañones o incluso al amparo del estado de sitio, en cuyo caso no podrán protestar si la Corona y las bayonetas dictan sus decisiones.

Una de dos: o dejarse intimidar por el pueblo sin armas o dejarse intimidar por la soldadesca armada; que la Asamblea elija.

La Asamblea Constituyente francesa se trasladó de Versalles a París. La Asamblea del Pacto obraría perfectamente a tono con el carácter de la revolución alemana trasladando su sede de la ciudad de Berlín a Charlotemburgo.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 105, 17 de septiembre de 1848]

LA INSURRECCIÓN EN FRANCFORT[279]

[F. ENGELS]

COLONIA, 19 DE SEPTIEMBRE, 7 DE LA NOCHE. EL ARMISTICIO germano-danés ha provocado la hecatombe. La más sangrienta de las insurrecciones ha estallado en Francfort; los trabajadores de Francfort, Offenbach y Hanau, y los campesinos de los alrededores defienden con su vida el honor de Alemania, traicionado por la Asamblea Nacional y un gobierno prusiano que ha dimitido vergonzosamente.[280]

La lucha aún no se ha decidido. Hasta ayer por la noche, los soldados no parecían haber logrado muchos progresos. En Francfort,

[279] El primer artículo de esta serie no tiene título. Apareció en el suplemento de la *Nueva Gaceta Renana;* los demás artículos que siguieron también se publicaron sin ningún índice de títulos.

[280] *Armisticio entre Prusia y Dinamarca:* después de largas negociaciones que se extendieron por siete meses, el 26 de agosto de 1848 fue concluido en Malmö (Suecia) el armisticio entre Prusia y Dinamarca. En el tratado de este armisticio se estipulaba que los territorios de Schleswig y Holstein serían separados de Prusia y que Dinamarca los anexionaría bajo un gobierno realmente proclamado, resguardando dichos territorios con tropas holsacianas y del Schleswig. Estas condiciones del tratado parecían favorecer a los demócratas revolucionarios, pero fueron sin embargo los grandes señores daneses de la región quienes, ante la situación de disolución de derecho imperante en esos territorios, finalmente impondrían en realidad sus condiciones sobre los dos ducados. Con ello, Prusia pasaría por alto, legalmente, en nombre de los designios de la guerra, los propósitos de la Confederación alemana. No obstante, la Asamblea Nacional de Francfort votó porque se pusiera fin a la negativa ante estas condiciones del armisticio, el 16 de septiembre de 1848. Al día siguiente tuvo lugar una manifestación de protesta en las calles de Francfort del Meno contra esta resolución. El 18 de septiembre surgía en las calles de la ciudad la lucha de barricadas contra las tropas prusianas y austriacas.

exceptuando el *Zeil* y algunas otras calles y plazas, la artillería no sirve de mucho. La caballería apenas puede maniobrar. Desde este punto de vista las probabilidades favorecen al pueblo. Los de Hanau, pertrechados con armas procedentes del arsenal tomado por asalto, se han sumado a la lucha con la mitad de sus efectivos. Y lo mismo han hecho los campesinos de numerosas aldeas de los alrededores. Hasta ayer por la noche, las tropas sumarían aproximadamente 10 mil hombres, con poca artillería. La afluencia de campesinos durante la noche debió de ser muy grande, en cambio acudieron pocos soldados; los más cercanos alrededores aparecían libres de tropas. La actitud revolucionaria de los campesinos de Odenwald, Nassau y el Electorado de Hesse no permitía nuevos envíos de tropas, pues fueron interrumpidas las comunicaciones. Si la insurrección se sostiene todavía el día de hoy, veremos tomar las armas a todo el Odenwald, Nassau, el Electorado de Hesse y el Hesse renano, así como a toda la población que se halla entre Fulda, Coblenza, Mannheim y Aschaffenburg y que las tropas se niegan a sofocar la insurrección. ¿Y quién responde por Maguncia, Mannheim, Marburgo, Kassel y Wiesbaden, ciudades todas en las que el odio contra la soldadesca ha crecido enormemente a consecuencia de los sangrientos excesos cometidos por las "tropas del *Reich*"? ¿Y quién responde por los campesinos de las comarcas del Rin, que fácilmente pueden impedir el envío de tropas por el río?

Y, sin embargo, debemos confesar que no tenemos mucha fe en la victoria de estos valientes insurrectos. Francfort es una ciudad demasiado pequeña y la fuerza desproporcionada de las tropas, así como las conocidas simpatías contrarrevolucionarias de la pequeña burguesía francfurtesa, son demasiado notorias para que podamos concebir muchas esperanzas.

Pero aún cuando los insurrectos sucumbieran, aún no se habría perdido todo. La contrarrevolución se tornará más soberbia, nos amenazará con el estado de sitio y con la represión, suspendiendo por un momento la libertad de prensa, los clubes, las asambleas populares, pero esto no durará mucho y el canto del

gallo galo[281] anunciará la hora de la liberación, la hora de la justicia.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 107, 20 de septiembre de 1848, Suplemento]

Colonia, 20 de septiembre. Las noticias recibidas de Francfort comienzan a confirmar poco a poco nuestros temores de ayer. Parece seguro que los insurrectos han sido desalojados de Francfort y solamente se sostienen en Sachsenhausen, donde al parecer se han fortificado poderosamente. La ciudad de Francfort ha sido declarada en estado de sitio; quien sea sorprendido con las armas en la mano o haciendo resistencia al "poder del *Reich*" deberá comparecer ante un consejo de guerra.

Por tanto, los señores reunidos en la iglesia de San Pablo se hallan ahora en la misma situación de sus colegas de París; pueden con toda tranquilidad reducir "al mínimo" los derechos fundamentales del pueblo alemán y al amparo del estado de sitio. El ferrocarril a Maguncia ha sido roto en muchos sitios, y las tropas llegan tarde o nunca.

La artillería parece recibir el combate en las calles más anchas y abrir a las tropas un camino a espaldas de las barricadas. El resto lo ha hecho el celo con que la pequeña burguesía de Francfort ha abierto sus casas a los soldados, adjudicándoles con ello todas las ventajas de la lucha en las calles y la superioridad de las fuerzas enviadas por ferrocarril contra los lentos refuerzos de los campesinos, que se desplazan a pie.

Pero, aun cuando la lucha no se encienda de nuevo en Francfort, no por ello ha quedado sofocada, ni mucho menos, la insu-

[281] *El canto del gallo galo:* Heinrich Heine compuso en marzo de 1831 una introducción para su texto "La aldea desposeída sobre la nobleza, en Cartas al conde M. von Moltke", donde, al hablar de la revolución francesa de 1830, refirió: "El gallo galo ha lanzado ya su segundo canto, y también Alemania lo hará un día".

rrección. Los furiosos campesinos no dejarán sin más sus armas. Aunque no puedan disolver a la fuerza la Asamblea Nacional, tienen bastantes cosas que limpiar dentro de su casa. La tormenta, desviada de la iglesia de San Pablo, puede repartirse entre seis u ocho residencias, entre centenares de tierras señoriales. La guerra campesina de esta primavera no llegará a su término hasta que haya logrado el resultado que persigue: emancipar a los campesinos del feudalismo.

¿Cómo explicarse las continuas victorias de la causa del "orden" en todos los puntos de Europa; cuáles son las causas de la serie innumerable de derrotas sufridas por el partido revolucionario en Nápoles, Praga y París hasta Milán, Viena y Francfort? La explicación está en que todos los partidos saben que la lucha que se prepara en todos los países civilizados es una lucha completamente distinta e incomparablemente más importante que todas las revoluciones anteriores, porque tanto en Viena como en París, en Berlín y en Francfort, en Londres y en Milán, *se trata de derrocar el poder político de la burguesía;* de una revolución cuyas consecuencias inmediatas llenan ya de espanto a todos los burgueses acomodados y especuladores.

¿Acaso hay todavía en el mundo un centro revolucionario donde no haya tremolado desde las barricadas de los últimos cinco meses la bandera roja, el símbolo de combate de los proletarios europeos germanos?

También en Francfort ha sido conquistado bajo la bandera roja el Parlamento de los *Junkers* y los burgueses coligados.

De aquí todas estas derrotas, porque la burguesía se ve directamente amenazada en su poder político e indirectamente en su existencia social por cualquier insurrección que ahora estalle. El pueblo, en su mayoría inerme, tiene que luchar no sólo contra el poder del Estado burocrático y militar organizado, que ahora asume la burguesía, sino también contra la misma burguesía armada. Frente al pueblo desorganizado y mal armado se alzan todas las demás clases de la sociedad, magníficamente organizadas y dotadas de exce-

lente armamento. A ello se debe el que, hasta ahora, el pueblo se haya rendido y seguirá rindiéndose siempre y cuando sus adversarios se vean debilitados —ya sea por la necesidad de ocupar sus tropas en la guerra o porque surja entre ellos una división— o un gran acontecimiento empuje al pueblo a un combate desesperado y desmoralice a sus enemigos.

Un acontecimiento de estas características es el que se está preparando en Francia.

Por eso no debemos desesperar si desde hace cuatro meses las granadas vencen en todas partes a las barricadas. Al contrario, cada victoria de nuestros adversarios representaba para ellos, al mismo tiempo, una derrota; estas victorias los dividen, no exaltan al partido triunfante de los conservadores de febrero y marzo, sino que al mismo tiempo acaban entregando el triunfo al partido del poder, *derrocado* en febrero y marzo. La victoria de junio en París se ha limitado a preparar el comienzo para la dominación de la pequeña burguesía de los republicanos *puros;* aún no han transcurrido tres meses y la gran burguesía, el partido constitucional, amenaza con derrocar a Cavaignac y con echar a los "puros" en los brazos de los "rojos". Y así sucederá también en Francfort: la victoria no favorecerá a los centristas moderados, sino a las *derechas;* la burguesía dará la delantera a los señores del Estado de los militares, los funcionarios y los *Junkers,* quienes pronto saborearán los amargos frutos de su victoria.

¡Que les aproveche! Entre tanto, nosotros aguardaremos el momento en que suene en París la hora de la liberación.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 108, 21 de septiembre de 1848]

EL MINISTERIO DE LA CONTRARREVOLUCIÓN[282]

COLONIA, 22 DE SEPTIEMBRE. ¡POR FIN! EL MINISTERIO DEL PRÍNcipe de Prusia está ya listo y la contrarrevolución se dispone a aventurar la última jugada decisiva.

Léase la siguiente carta de un diputado:

Berlín, 20 de septiembre, 10 de la noche. Acabamos de adquirir la certeza de que se designará un *ministerio totalmente contrarrevolucionario.* (Sigue la lista del ministerio, tal como la dábamos ayer, tomándola del número extraordinario de la *Gaceta de Halle.)*[283] El nuevo ministerio leerá en la sesión de mañana un mensaje del rey, en el que se habla de la *posibilidad de disolver la Asamblea.* Consecuencia de esto es una declaración de la Asamblea constituyéndose en *sesión permanente,* lo que probablemente desencadenará una *revolución* muy sangrienta. Todos los partidos de la Asamblea Nacional se hallan reunidos con carácter permanente en sus locales. El pueblo está excitadísimo. Wrangel ha pasado hoy revista a sus tropas. ¡Todo se halla en tela de juicio!

[282] De acuerdo con el decreto del rey Federico Guillermo IV del 21 de septiembre de 1848, el ministerio Pfuel habría de formarse de la siguiente manera: Pfuel, primer ministro; Eichmann, ministro del Interior; Bonin, ministro de Finanzas; conde Von Dönhoff, ministro del Exterior, y Müller, ministro de Justicia. Es decir, se trató de un ministerio de la reacción oficial y del ejército, que vendría a enfrentar a la Asamblea Nacional apoyando a las fuerzas contrarrevolucionarias. Después de la caída de Viena, el ministerio Pfuel sería reemplazado el 8 de noviembre por el ministerio del conde De Brandeburgo, que orquestaría la contrarrevolución dentro del reino.

[283] Véase *supra,* nota 278.

Así pues, la Corona se coloca bajo la égida de los Grandes del Reino y éstos se resisten contra el movimiento revolucionario de 1838. Los Quijotes de la Transpomerania, los viejos guerreros, los terratenientes cargados de deudas, tendrán, por fin, la oportunidad de lavar sus espadas cubiertas de orín en la sangre de los agitadores.[284] La Guardia coronada con la gloria barata del Schleswig será la encargada de descargar el golpe decisivo contra la revolución que atenta contra los derechos de la Corona, que pretende prohibir a los oficiales del ejército urdir complots secretos y que, por la mano inexorable de las medidas financieras, prepara un golpe "espantosamente audaz"[285] contra la bolsa, ya de suyo menguada, de los hidalgos de las Marcas. La Guardia tendrá ocasión de vengarse de la vergüenza del 18 de marzo, dispersará a la Asamblea de Berlín y los señores oficiales avanzarán por entre los tilos, saltando por encima de los cadáveres de los revolucionarios.

¡Manos a la obra! ¡Adelante, con Dios, por el rey y por la Patria![286]

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 110, 23 de septiembre de 1848]

[284] *Agitadores:* así llamaban en Alemania (1848-1849) los burgueses constitucionalistas a los demócratas republicanos, y éstos a su vez llamaban a aquéllos *llorones.*

[285] *Espantosamente audaz:* esta expresión fue utilizada por vez primera por el diputado Mathy y el presidente de Debates Gagern, en las sesiones de la Asamblea Nacional de Francfort acerca de los trabajos de la autoridad central en Alemania.

[286] Véase *supra,* nota 206.

REVOLUCIÓN EN VIENA

[C. MARX]

COLONIA, 11 DE OCTUBRE. EN SU PRIMER NÚMERO (1 DE JUNIO), la *Nueva Gaceta Renana* informaba desde Viena sobre la revolución que allí había estallado (el 25 de mayo). Hoy, en el primer número con que reaparece nuestro periódico después de la interrupción provocada por el estado de sitio en Colonia, publicamos la información sobre la revolución vienesa de los días 6 y 7 de octubre, mucho más importante que la anterior. Las noticias detalladas sobre los sucesos de Viena nos obligan a prescindir hoy de los artículos argumentando en torno a ellos. Pocas palabras, pues, acerca de la revolución vienesa. Por los informes de nuestros corresponsales en Viena se darán cuenta nuestros lectores de que esta revolución amenaza, si no con fracasar, por lo menos con verse entorpecida en su desarrollo ante la desconfianza de la burguesía hacia la clase obrera. Pero, sea de ello lo que quiera, es lo cierto que su repercusión sobre Hungría, Italia y Alemania hace que se estrellen todos los planes de campañas de la contrarrevolución. La huida del emperador y de los diputados checos de Viena[287] obliga a la burguesía vienesa a continuar la lucha, si no quiere rendirse a discreción. La Asamblea de Francfort, que se dispone en estos momen-

[287] Al comienzo de las sublevaciones populares, en Viena, el emperador austriaco emprendió la huida el 7 de octubre de 1849 hacia Olmütz. Asimismo, la mayoría de los diputados checos de la Dieta imperial austriaca, que pertenecían al Partido Liberal Nacional, tuvieron que huir a Praga.

tos a obsequiarnos a los alemanes, como dice el poeta, *"un presidio nacional y un látigo común"*,[288] despertará sobresaltada de sus sueños, en desagradable sacudida, gracias a los sucesos de Viena, y el gobierno de Berlín se convencerá de que el *estado de sitio* no es una panacea universal. El estado de sitio ha dado la vuelta al mundo, como la revolución. Se acaba de intentar aplicar en gran escala el experimento a todo un reino, a Hungría. Pero este intento, en vez de la contrarrevolución en Hungría, ha provocado la revolución en Viena. Y el estado de sitio ya no se repondrá de este fiasco. Se ha puesto en evidencia para siempre. Es una ironía del destino el que *Cavaignac*, el héroe occidental del estado de sitio, se convierta al mismo tiempo que Jellachich en el blanco de los ataques de todas las facciones salvadas por él en junio a cañonazos. Sólo pasándose resueltamente al campo de la revolución podrá seguirse manteniendo a flote todavía durante algún tiempo.

A continuación de las últimas noticias de Viena reproducimos algunos mensajes de nuestros corresponsales en torno al 5 de octubre y que son un eco de las esperanzas y los temores que en Viena despierta la cuestión de Hungría.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 114, 12 de octubre de 1848]

[288] Marx se refiere a Heinrich Heine, *Der Tannhäuser*, cap. III.

EL "RÉFORME" Y LA INSURRECCIÓN DE JUNIO

[C. MARX]

PARÍS. EL 29 DE JUNIO, POR SER, EXCEPTUANDO AL *NORTHERN Star*, EL único periódico europeo que tuvo el valor y la penetración necesarios para valorar certeramente lo que significaba la revolución de Junio, la *Nueva Gaceta Renana* no sólo fue desmentida, sino denunciada.

Los hechos han ido confirmando nuestra manera de ver, incluso ante los ojos de los más miopes, en la medida en que el interés no se encarga de empañar la mirada.

En aquella ocasión, quedó también muy mal parada la prensa *francesa*. Los periódicos que mantenían una actitud resuelta fueron suspendidos. El *Réforme*, el único periódico radical al que Cavaignac permitió subsistir, balbucía excusas en nombre de los magnánimos combatientes de junio y mendigaba del vencedor una limosna de humanidad para los vencidos. Como es natural, el mendigo no era escuchado. Y fue necesario que la victoria de junio llegara a su culminación, que la prensa provincial no amordazada por el estado de sitio lanzase durante varios meses sus diatribas y que el partido de Thiers[289] resucitase a ojos vista, para que el *Réforme* recobrara el juicio.

[289] *El partido de Thiers:* así llamaba Marx a los círculos realistas franceses reunidos en torno al periódico *Le Constitutionnel.* Como partidario de la dinastía de los Orleáns, este grupo realista fue contrincante de los republicanos burgueses y pequeñoburgueses y, en febrero de 1848, luchó por una monarquía con instituciones republicanas y, más tarde, por una República con instituciones monárquicas. Después de la revolución de Junio en París, se fusionó más estrechamente con la llamada oposición dinástica.

He aquí lo que dice, en su número del 18 de octubre, con motivo del proyecto de amnistía para la extrema izquierda:[290]

Al bajar de las barricadas, el pueblo no castigó a nadie. ¡El pueblo! Por aquellos días era el amo y señor, el soberano, el vencedor; le besaban los pies y las manos, sus blusas eran saludadas respetuosamente y aclamados sus nobles sentimientos. Y con razón. Pues el pueblo fue magnánimo.

Hoy, el pueblo tiene a sus hijos y a sus hermanos recluidos en las cárceles y en las galeras u obligados a comparecer ante los consejos de guerra. Después de haber agotado la paciencia del hambre, de ver pasar tranquilamente por delante de él una población entera de ambiciosos que había recogido en medio de la calle y de contemplar cómo se alzaban los palacios; después de abrir crédito a la república por espacio de tres largos meses, llegó el día en que el pueblo perdió la cabeza entre sus hijos extenuados por el hambre y sus postrados y moribundos padres, y se lanzó a la batalla.

Lo pagó caro. Sus hijos cayeron abatidos por las balas. A los que sobrevivieron se los dividió en dos partes. Una fue arrojada a los tribunales de guerra y otra enviada a la deportación sin formación de proceso ni averiguación alguna, sin derecho a defenderse, ¡sin juicio! Este método vindicativo es rechazado por todos los países, incluso por el país de las cabilas.

Jamás, durante los veinte años de su existencia, se había atrevido la monarquía a hacer nada semejante.

¡Los periódicos que especulan con dinastías, embriagados por el olor de los cadáveres, se lanzaron entonces a la palestra, rápidos y audaces, dispuestos al insulto contra los muertos, escupieron todas las calumnias que la odiosa malignidad es capaz de inventar, descuartizaron en su honor al pueblo antes de que se abrieran contra él los procesos judiciales y arrastraron a los vencidos, muertos y vivos, ante los tribunales de excepción; los denunciaron a la furia de los guardias nacionales y del ejército, se convirtieron en corredores del verdugo, en esbirros de la tortura y en lacayos

[290] Este proyecto de amnistía para la extrema izquierda fue propuesto en la sesión de la Asamblea Nacional francesa el 16 de octubre de 1848 por los diputados de este mismo partido, con el fin de amnistiar a todos los presos políticos.

de los más furiosos apetitos de venganza; inventaron crímenes, envenenaron nuestra mala estrella y exaltaron hasta el refinamiento la mentira y la calumnia! [Véase la *Nueva Gaceta Renana* del 1 de julio acerca del *Constitutionnel* francés, de la *Indépendance* belga y de la *Gaceta de Colonia.*] El *Constitutionnel* abrió tienda, en la que despachaba a manos llenas las más espantosas atrocidades y los horrores más espeluznantes. Sabía perfectamente bien que *mentía*, pero ¡qué importaba!, ello cuadraba muy bien a su comercio y a su política y, comerciante y diplomático al mismo tiempo, vendía los crímenes "al peso o por metros", como se quisiera. Pero este hermoso tráfico tenía que terminar un buen día. Llovían las contradicciones y en las actas de los consejos de guerra o en los comunicados de los transportes de presos no figuraba el nombre de un solo condenado a galeras. Ya no había manera de degradar e insultar más la desesperación y, por fin, el tendero guardó silencio, después de embolsarse las ganancias.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 123, 22 de octubre de 1838]

LA MEDIACIÓN ANGLO-FRANCESA EN ITALIA

[C. MARX]

COLONIA, 21 DE OCTUBRE. LA *MEDIACIÓN ANGLO-FRANCESA EN Italia ha sido abandonada.* La calavera de la diplomacia hace una mueca después de cada revolución, sobre todo a raíz de las reacciones que siguen a ésta. La diplomacia corre a esconderse de nuevo en su perfumado osario tan pronto como se oye retumbar el trueno de una nueva revolución. *La revolución de Viena* ha hecho que se esfumara la diplomacia anglo-francesa.

Palmerston ha confesado su impotencia, y lo mismo ha hecho *Bastide.* La revolución de Viena ha puesto punto final, según ellos mismos declaran, a la tediosa correspondencia cruzada entre estos señores. Bastide se lo ha manifestado así, oficialmente, al embajador sardo, marqués de *Ricci.*

Como éste le preguntara "si Francia, en ciertas circunstancias, empuñaría las armas en favor de Cerdeña",[291] el *farouche*[a] republicano Bastide (del *National)* le hizo una reverencia seguida de otra y otra más y le cantó aquello de

Confiad en mí y ayudaos a vosotros mismos
Si queréis que Dios os ayude.[292]

[291] *La Presse,* núm. 4499, del 19 de octubre de 1848. *La Presse:* diario francés publicado en París desde 1836. En 1848-1849 apoyaba a las facciones de los republicanos burgueses, más tarde bonapartistas. De 1836 a 1857, Émile Girardin fue el redactor en jefe de este diario.

[a] Furioso.

[292] Heinrich Heine, *Alemania. Cuento de invierno,* cap. XII.

Francia, le dijo, se atiene al principio de la *no intervención,* el mismo principio contra el cual lucharon muchos años, viviendo de ello, Bastide y los demás señores del *National*[293] en tiempos de Guizot.

La "honrada" República francesa habría salido mortalmente desacreditada de esta cuestión *italiana,* si los acontecimientos de junio, preñados de destino, no la colocaran por encima de todo posible oprobio.

"Rien pour la gloire!"[b] dicen los partidarios del comercio, suceda lo que suceda. *Rien pour la gloire!,* es la divisa de la República virtuosa, moderada, decente, acomodada, honesta; es una palabra de la República burguesa. *Rien pour la gloire!*

Lamartine era la idea que la República burguesa se formaba de sí misma, la representación grandilocuente, fantástica, idealizada en que se retrataba a sí misma, el sueño de su propia grandeza. ¡Lo que puede la imaginación!... Como Eolo desencadenaba todos los vientos abriendo su saco, Lamartine desencadenaba todos los espíritus fantasmagóricos, todas frases retóricas sobre la República burguesa y lanzaba a los cuatro puntos cardinales sus palabras aladas sobre la fraternidad de los pueblos, la emancipación que Francia llevaría a todas partes, la decisión de Francia de sacrificarse por todos los pueblos.

Pero ¿qué hizo? *¡Nada!*

De dar respuesta a sus frases con los hechos se encargaron Cavaignac y su órgano hacia el exterior, Bastide.

Vieron sin inmutarse cómo se desarrollaban ante sus ojos las espantosas escenas de Nápoles, de Messina y del Milanesado.

Y, para que no cupiese ni la menor duda de que bajo la "honesta" República seguía dominando la misma *clase* y, por tanto, la misma política exterior que bajo la Monarquía constitucional, lo mismo bajo Cavaignac que bajo Luis Felipe, se recurre, ante las discordias entre los pueblos, al mismo viejo y eternamente nuevo artilugio de

[293] Véase *supra,* nota 117.

[b] "Nada para la gloria".

la *entente cordiale*[294] con Inglaterra, con la Inglaterra de Palmerston, con la Inglaterra de la burguesía contrarrevolucionaria.

Pero la historia no puede olvidar los alardes de ingenio. Ha sido un redactor del *National, Bastide,* quien se ha visto obligado a estrechar convulsivamente la mano de Inglaterra. ¡Y la *entente cordiale* era el gran triunfo que el pobre anglófago, el *National,* había puesto toda su vida sobre el tapete en contra de Guizot!

Sobre la lápida sepulcral de la "honesta" República se grabará este epitafio: *Bastide-Palmerston.*

Pero, hasta la *entente cordiale* de Guizot ha sido superada por la "honesta" República. La oficialidad de la escuadra francesa ha aceptado el homenaje de un banquete ofrecido por la oficialidad napolitana y, sobre las ruinas todavía humeantes de Messina, ha brindado a la salud del *rey de Nápoles*, del *sanguinario tigre* Fernando. Y sobre sus cabezas revoloteaban las frases de *Lamartine.*

[*Neue Rheinische Zeitung* núm. 123, 22 de octubre de 1848]

[294] Véase *supra,* nota 8.

LLAMAMIENTO DEL CONGRESO DEMOCRÁTICO AL PUEBLO ALEMÁN

[C. Marx]

Colonia, 2 de noviembre. Insertamos a continuación el llamamiento, del "Congreso democrático":[295]

¡Al pueblo alemán!

Durante largos y oprobiosos años gimió el pueblo alemán bajo el yugo de la autocracia. Los sangrientos sucesos de Viena y Berlín dan pie a la esperanza de que su libertad y su unidad se conviertan en realidad, de golpe. Las artes diabólicas de una reacción digna de ser maldita se han interpuesto ante esta evolución, con la mira de hurtar al pueblo los frutos de su grandioso levantamiento. Viena, el gran baluarte de la libertad de Alemania, corre en estos momentos el mayor de los peligros. Sacrificada por las intrigas de una camarilla todavía poderosa, se la quiere entregar de nuevo a las garras de la tiranía. Pero su noble población se ha levantado como un solo hombre y se enfrenta, dispuesta heroicamente, a morir ante las hordas armadas de sus opresores. La causa de Viena es la causa de Alemania, es la causa de la libertad. La caída de Viena sería la señal para que volviera a levantarse más alta que nunca la bandera del viejo despotismo; su victoria será, en cambio, la muerte de éste. De nosotros depende, hermanos alemanes, el que la libertad de Viena no perezca, el que no sea

[295] Este segundo Congreso democrático tuvo lugar los días 26 a 30 de octubre de 1848 en la ciudad de Berlín. En este Congreso fueron discutidos los principios de la Constitución, los derechos humanos y los reglamentos de un Comité central.

aplastada por la fortuna de las armas de las hordas bárbaras. Es sagrado deber de los gobiernos alemanes acudir con toda su influencia en socorro de la ciudad hermana acosada; pero, es al mismo tiempo, deber sagrado del pueblo alemán hacer todos los sacrificios necesarios para salvar a Viena, en interés de su propia libertad y de su propia vida. Jamás ni en modo alguno deberá exponerse a la ignominia de la sorda indiferencia, en los momentos en que están sobre el tablero los supremos valores, en que se juega todo. Os exhortamos, por tanto, hermanos alemanes, a que contribuyáis cada cual según vuestras fuerzas, a salvar a Viena de la catástrofe. Lo que hagamos por Viena lo haremos por Alemania. ¡Prestad vuestra ayuda! Los hombres a quienes enviasteis a Francfort para instaurar la libertad han rechazado con risotadas de escarnio el requerimiento de acudir en ayuda de Viena. ¡En vuestras manos está ahora el actuar! ¡Exigid de vuestros gobiernos, con vigorosa e inquebrantable voluntad, que sometiéndose a vuestra mayoría salven en Viena la causa alemana y la causa de la libertad! ¡Volad! ¡Vuestra voluntad es ley! ¡En pie, hombres de la libertad! ¡En pie en todos los países alemanes y dondequiera que la idea de la libertad y de la humanidad inflame los nobles corazones! ¡En pie, antes de que sea tarde! ¡Salvad la libertad de Viena, salvad la libertad de Alemania! ¡Vuestros contemporáneos os admirarán y la posteridad os cubrirá de inmortal gloria!

29 de octubre de 1848.

El Congreso democrático de Berlín

Este llamamiento suple la falta de energía revolucionaria con un clamoroso patetismo de predicador, bajo el cual se oculta una tremenda pobreza de pasión y de ideas.

Veamos algunas pruebas.

El llamamiento espera de las revoluciones de marzo en Viena y en Berlín que "conviertan en realidad, *de golpe*, la libertad y la unidad" del pueblo alemán. En otras palabras: el llamamiento sueña con *"un golpe"* que releve al pueblo alemán de la *"evolución"* hacia "la libertad y la unidad".

Pero, en seguida, vemos que el fantástico "golpe" llamado a

suplir la evolución se convierte en la *"evolución"* ante la que la reacción trata de *interponerse.* ¡Frases que se disuelven en sí mismas!

Prescindamos de la monótona repetición del tema central: ¡Viena se halla en peligro y, con Viena, la libertad de Alemania! ¡Ayudad a Viena y os ayudaréis a vosotros mismos! Pero esta idea no palpita con sangre propia.

En efecto, se repite *la misma* frase una y otra vez, hasta convertirla en un periodo oratorio. Es la retórica chapucera en que cae siempre el patetismo falso y convencional.

> De nosotros depende, hermanos alemanes, el que la libertad de Viena no perezca, el que no sea aplastada por la fortuna de las armas de las hordas bárbaras.

Pero ¿qué hay que hacer para lograr eso?

Lo primero que se hace es llamar al sentimiento del deber de *"los gobiernos alemanes"*. C'est incroyable![a]

> *Es sagrado deber de los gobiernos alemanes* acudir con toda su influencia en socorro de la ciudad hermana acosada.

¿Se pretende que el gobierno prusiano envíe en contra de Auersperg, de Jellachich y de Windischgrätz a un Wrangel o a un Colomb o a un príncipe de Prusia? ¿Podía el Congreso *"democrático"* dejarse llevar ni por un instante de esta actitud pueril y conservadora ante los gobiernos alemanes? ¿Podía, ni por un solo instante, establecer una separación entre la causa y los "sagrados intereses" de los gobiernos alemanes y la causa y los intereses "del orden y la libertad croatas"? Los gobiernos se limitan a sonreír, placenteramente, ante estas ilusiones virginales.

¿Y el pueblo?

Al pueblo se le exhorta, en términos vagos, a "hacer todos los

[a] ¡Increíble!

sacrificios para salvar a Viena". Está bien. Pero "el pueblo" espera del Congreso democrático objetivos concretos. Quien lo exige todo no exige nada ni obtiene nada. La exigencia *concreta,* el *quid* del asunto está en lo siguiente:

> ¡*Exigid de vuestros gobiernos,* con vigorosa e inquebrantable voluntad, que, sometiéndose a vuestra mayoría, salven en Viena la causa alemana y la causa de la libertad! ¡Volad! ¡Vuestra voluntad es ley! ¡En pie!

Aún suponiendo que se lograse, con grandiosas manifestaciones populares, mover a los gobiernos a dar ciertos pasos oficiosos para salvar a Viena, nos encontraríamos con la segunda edición de la "orden de Stein a las tropas".[296] ¿Tratar de utilizar a los actuales "gobiernos alemanes" cual "salvadores de la libertad", como si su verdadera misión y su "deber sagrado" no consintieran en ser los *ejecutores del Imperio,* los arcángeles Gabrieles de la "libertad constitucional"? El Congreso democrático haría mejor en guardar silencio acerca de los gobiernos alemanes para no descubrir comprometedoramente su conspiración con Olmütz y Petersburgo.

Y aunque el llamamiento aconseja *"volar"* y no hay, en verdad, tiempo que perder, la fraseología humanística lo lleva a remontarse sobre las fronteras de Alemania y sobre toda frontera geográfica para flotar en el nebuloso reino cosmopolita de los "nobles corazones" en general.

> ¡Volad! ¡En pie, hombres de la libertad! ¡En pie todos los países alemanes y dondequiera que la idea de la libertad y de la humanidad inflame los nobles corazones!

No dudamos de que hasta en Laponia existirán "corazones" así.

¡En Alemania y *dondequiera* que sea! El llamamiento cobra su verdadera expresión al perderse en esta vaga fraseología.

[296] Véase *supra,* nota 271.

Es verdaderamente imperdonable que el "Congreso democrático" haya podido suscribir semejante texto. Puede estar seguro de que ni "los contemporáneos le admirarán" ni "la posteridad le cubrirá de inmortal gloria" por este llamamiento.

Confiemos en que, a pesar del "llamamiento del Congreso democrático", el pueblo despertará de su letargo y prestará a los vieneses la única ayuda que aún puede aportarle en estos momentos: la derrota de la contrarrevolución en su propia casa.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 133, 3 de noviembre de 1848]

TRIUNFA LA CONTRARREVOLUCIÓN EN VIENA

COLONIA, 6 DE NOVIEMBRE. HAN TRIUNFADO LA LIBERTAD Y EL orden croatas, festejando su victoria con incendios y asesinatos, violaciones, saqueos y atrocidades e infamias incalificables. *Viena se halla en manos de Windischgrätz, Jellachich y Auersperg.* Montones de víctimas humanas son arrojadas a la tumba del anciano Latour.

Se han confirmado todas las sombrías predicciones de nuestro corresponsal en Viena, y es posible que él mismo, a estas horas, haya caído también en la matanza.

Por un momento, confiamos en que Viena pudiera liberarse con la ayuda de los húngaros, los movimientos de cuyo ejército siguen siendo para nosotros algo misterioso.

La caída de Viena ha sido preparada por toda suerte de *traiciones.* Toda la historia de la *Dieta imperial* y del *Consejo municipal* desde el 6 de octubre a la fecha no es más que una historia de traición ininterrumpida. ¿Quién estaba representado en aquellos dos organismos?

La *burguesía.*

Una parte de la *Guardia nacional* de Viena tomó abiertamente partido por la camarilla ya a comienzos de la revolución de Octubre. Y, al terminar esta revolución, vemos a otra parte de la Guardia nacional luchando contra el proletariado y la Legión académica[297]

[297] *Legión académica:* organización paramilitar formada por estudiantes universitarios vieneses y otras organizaciones civiles radicales.

en connivencia secreta con los bandoleros imperiales. ¿A qué clase pertenecen estas facciones de la Guardia nacional?

A la *burguesía.*

En *Francia,* la burguesía se puso *a la cabeza* de la contrarrevolución, una vez que hubo derribado todas las barreras que se oponían a la dominación de su propia clase. En *Alemania* marcha, *presionada, a la zaga* de la monarquía absoluta y del feudalismo, antes de haber asegurado ni siquiera las primeras condiciones de vida de su propia libertad y dominación burguesas. En Francia, se levantó como déspota e hizo su propia contrarrevolución. En Alemania se comporta como esclava y hace la contrarrevolución de los déspotas que la humillan. En Francia, triunfó para sojuzgar al pueblo. En Alemania se sojuzga a sí misma, para evitar que el pueblo triunfe. No hay en toda la historia nada *más lamentable ni más ignominioso* que *la burguesía alemana.*

¿Quién huyó de Viena en tropel, confiando a la generosidad del pueblo el cuidado de velar por las riquezas abandonadas, para luego calumniarlo durante la fuga, en pago de su servicio de vigilancia, y pasarlo a cuchillo, al regreso de los fugitivos?

La *burguesía.*

¿Qué íntimos secretos delata el termómetro cuando baja cada vez que respira el pueblo de Viena y sube en cuanto salen de su garganta los estertores de la agonía? ¿Quién habla en el lenguaje cifrado de las *cotizaciones de la bolsa*?

La *burguesía.*

La "Asamblea Nacional alemana" y su "Poder central" han traicionado a Viena. ¿A quién representan? Representan, principalmente, a la *burguesía.*

La victoria del "orden y la libertad croatas" en Viena fue determinada por la victoria de la "honesta" República en París. ¿Y quién triunfó en las jornadas de junio?

La *burguesía.*

Con su triunfo en París comenzó la contrarrevolución europea a celebrar sus orgías.

En las jornadas de febrero y marzo fracasó en todas partes la fuerza armada. ¿Por qué? Porque sólo representaba a los propios *gobiernos.* Después de las jornadas de junio, triunfó en todas partes, porque la *burguesía* se halla en todas partes en secreta connivencia con ella, a la vez que sigue manteniendo en sus manos la dirección oficial del movimiento revolucionario y pone en práctica todas aquellas medidas que dan como fruto natural el aborto.

El fanatismo nacional de los checos era el arma más poderosa de la camarilla de Viena. *Los aliados se han ido ya a las manos.* Nuestros lectores encontrarán en este número la protesta de la diputación de Praga contra las zafias groserías con que fue saludada en Olmütz. Es este *el primer síntoma de la guerra que estallará entre el partido eslavo, con su héroe Jellachich, y el partido de la simple camarilla, que está por encima de toda nacionalidad y tiene por héroe a Windischgrätz.* A su vez, la población campesina alemana todavía no ha sido pacificada por Austria. Su voz resonará, estridente, a través del concierto gatuno de los pueblos. Y, por un tercer lado, llegan hasta Pest los ecos de la voz del zar amigo de los pueblos: sus verdugos aguardan la orden decisiva en los principados del Danubio.

Finalmente, el último acuerdo adoptado en Francfort por la Asamblea Nacional alemana, incorporando a la Austria germana al Imperio alemán, provocaría por sí solo un conflicto pavoroso, si el poder central de Alemania y la Asamblea Nacional alemana no considerasen como su misión el aparecer en escena para verse silbados por el público europeo. Pero, a pesar de su cristiana resignación, la lucha cobrará en Austria proporciones gigantescas, como jamás las ha visto todavía la historia universal.

En *Viena* acaba de representarse el segundo acto del drama, cuyo primer acto se había puesto en escena en la capital de Francia con el título de "*Las jornadas de Junio*". En París, la Guardia Móvil, en Viena los "croatas"; en ambas capitales los *lazzaroni,* el lumpenproletariado provisto de armas y a sueldo, contra el proletariado laborioso y consciente. En *Berlín,* el lumpenproletariado no tardó en asistir al tercer acto del drama.

Suponiendo que la contrarrevolución viviera en toda Europa por las *armas,* moriría en toda Europa por el *dinero.* La fatalidad que daría al traste con la victoria sería la *bancarrota* europea, la *bancarrota del Estado.* Contra los escollos "económicos" se quiebran como leños podridos las puntas de las bayonetas.

Pero la marcha de las cosas no aguardará al vencimiento de las letras de cambio libradas por los Estados europeos contra la sociedad europea. En *París* se descargará el aplastante contragolpe de la revolución de Junio. Con la victoria de la "República roja" en París, los *ejércitos* que ahora aguardan en el *interior* de los países partirán hacia las fronteras, las cruzarán y se revelará con toda claridad el *poder real* de los partidos en pugna. Y entonces nos acordaremos de los días de junio, y de los de octubre, y también nosotros exclamaremos:

Vae victis.[a] [298]

Las estériles matanzas desatadas desde las jornadas de junio y octubre, la tediosa orgía de sangre sostenida desde febrero y marzo y el mismo canibalismo de la contrarrevolución se encargarán de convencer a los pueblos de que sólo existe un medio para *abreviar,* simplificar y concentrar los homicidas estertores agónicos de la vieja sociedad y los sangrientos dolores puerperales de la sociedad nueva, *un medio* solamente: el *terrorismo revolucionario.*

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 136, 7 de noviembre de 1848]

[a] ¡Ay del vencido!
[298] Véase *supra,* nota 123.

LA CRISIS DE BERLÍN[299]

[C. MARX]

COLONIA, 8 DE NOVIEMBRE. LA SITUACIÓN PARECE MUY COMPLICADA, pero es muy sencilla.

El *rey,* como ha dicho con razón la *Nueva Gaceta Prusiana,*[300] se apoya *"en la más amplia base"* de su *"derecho originario por la Gracia de Dios".*

De otra parte, la Asamblea Nacional no se apoya *en base alguna,* pues tiene ante todo que constituirse, que sentar una base.

¡Dos soberanos!

Y, entre ellos, el eslabón intermedio, *Camphausen,* la *Teoría del Pacto.*[301]

Desde el momento en que ambos soberanos no quieran o no puedan pactar, se convierten en dos soberanos enemigos. El *rey* tiene el *derecho* de Asamblea, la *Asamblea* tiene el *derecho* de retar al

[299] Este artículo y el siguiente, titulado "La contrarrevolución en Berlín", de Marx, fueron consecuencia inmediata ante la preparación e inicio del movimiento contrarrevolucionario de parte del Estado prusiano. El 8 de noviembre de 1848 el ministerio Pfuel fue depuesto por el rey, dando así lugar al ministerio contrarrevolucionario de Brandeburgo-Manteuffel. El 9 de noviembre sería difundido un "Mensaje supremo", de parte del rey prusiano, referente a la Asamblea Nacional prusiana, a través del cual se indicaba el aplazamiento de la Asamblea y su traslado de Berlín, capital del reino, a la pequeña ciudad provincial de Brandeburgo. Éste fue el comienzo del golpe de Estado, que disolvió la Asamblea Nacional de Berlín y el otorgamiento de una Constitución el 5 de diciembre de 1848.

[300] *Neue Preussische Zeitung:* diario publicado en Berlín desde junio de 1848; fue el órgano de la camarilla palaciega contrarrevolucionaria y de los *Junkers* prusianos. Se le conocía también bajo el nombre de la *Gaceta de la Cruz.*

[301] Véase *supra,* nota 40.

rey. Y tendrá *más derecho* quien demuestre tener *más poder*. El poder se revela en la *lucha*. Y la lucha se hace valer en la *victoria*. Ambos poderes pueden imponer su derecho solamente por medio de la *victoria*, y su carencia de derecho por medio de la *derrota*.

El rey no es, hasta ahora, un rey *constitucional*. Es, por tanto, un rey *absoluto*, que puede decidirse o no decidirse a abrazar el constitucionalismo.

La Asamblea no es, hasta ahora, una Asamblea *constitucional*, sino meramente *constituyente*. Hasta ahora, sólo ha tratado de constituir el constitucionalismo. Pero puede desistir o no desistir de buscar ese camino.

Ambos, el rey y la Asamblea, se han plegado por el momento a la ceremonia constitucional.

La exigencia del rey de formar a su antojo un ministerio Brandeburgo contra la mayoría de la Cámara, es la exigencia de un *monarca absoluto*.

La arrogancia de la Cámara al prohibir al rey por medio de una diputación *directa* la formación de un ministerio Brandeburgo es la arrogancia de una *Cámara absoluta*.

Tanto el rey como la Cámara han atentado contra el pacto constitucional.

Tanto el rey como la Cámara se han replegado sobre su terreno originario: el rey conscientemente, la Cámara sin conciencia de su acto.

Las ventajas están de parte del rey.

El *derecho* está de parte del *poder*.

La *frase jurídica* está de parte de la *impotencia*.

El ministerio *Rodbertus* sería el cero a la izquierda en el que se contrarrestan y paralizan el más y el menos.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 138, 9 de noviembre de 1848]

LA CONTRARREVOLUCIÓN EN BERLÍN

[C. MARX]

COLONIA, 11 DE NOVIEMBRE. *EL MINISTERIO PFUEL* ERA UN "*MAL-entendido*"; su sentido real es el ministerio Brandeburgo. El ministerio Pfuel era solamente el *índice:* el ministerio Brandeburgo es el *contenido.*

"Brandeburgo a la Asamblea y la Asamblea a Brandeburgo."[302]

Así reza el epitafio de la dinastía de la Casa de Brandeburgo.[303]

El emperador Carlos V produjo la admiración del mundo por haberse hecho enterrar vivo.[304] Pero el hacer esculpir un chiste malo en su propia lápida sepulcral supera al emperador Carlos V con su Ordenanza criminal carolingia, la de las penas más atroces.

"¡Brandeburgo a la Asamblea y la Asamblea a Brandeburgo!"

Un día apareció en la Asamblea un rey de Prusia. No era el verdadero Brandeburgo. El marqués de Brandeburgo que se presentó en la Asamblea anteayer era el verdadero rey de Prusia.

¡El cuerpo de guardia a la Asamblea y la Asamblea al cuerpo de guardia! O lo que es lo mismo: *¡Brandeburgo a la Asamblea y la Asamblea a Brandeburgo!*

302 Alusión a unas palabras del rey Federico Guillermo IV, en relación al ministerio Brandeburgo: "Brandeburgo en la Asamblea o la Asamblea en Brandeburgo." *La Nueva Gaceta Prusiana* las consignó en su número del 9 de noviembre de 1848, diciendo: "Brandeburgo a la Asamblea y la Asamblea a Brandeburgo".

303 La Casa de Brandeburgo pertenece a la dinastía de los Hohenzollern, la cual recibió en herencia, el año 1417, el margraviato de Brandeburgo.

304 El emperador Carlos V dispuso, al final de su vida, la celebración de las ceremonias solemnes de su sepelio y tomó parte en ellas.

¿O logrará la *Asamblea en Brandeburgo* —Berlín pertenece, como es bien sabido, a la provincia de Brandeburgo— llegar a mandar... *sobre el Brandeburgo en la Asamblea*? ¿Buscará Brandeburgo amparo en la Asamblea, como en otra Asamblea lo buscó un día Capeto?[305]

¡Brandeburgo a la Asamblea y la Asamblea a Brandeburgo!, es una frase con múltiples significados, ambigua, preñada de destino.

Sabido es que los pueblos ajustan sus cuentas con los *reyes* de un modo infinitamente más fácil que con las *asambleas legislativas.* La historia contiene un catálogo de sublevaciones fallidas del pueblo contra las asambleas nacionales. Sólo ofrece dos grandes excepciones. El pueblo inglés pulverizó el *Parlamento largo* en la persona de *Cromwell,* y el pueblo francés hizo polvo el cuerpo legislativo en la persona de *Bonaparte.* Pero el *Parlamento largo* no era ya, desde hacía mucho tiempo, más que un *tronco decapitado,* y el cuerpo legislativo hacía ya mucho tiempo que no era más que un *cadáver.*

¿Son los *reyes* más afortunados que los pueblos en las *revueltas contra las asambleas legislativas?*

Carlos I, Jacobo II, Luis XVI y Carlos X son figuras de antepasados poco prometedoras.

En cambio, en *España* y en *Italia* encontramos antepasados más risueños. ¿Y últimamente en *Viena*?

No debe, sin embargo, olvidarse que en Viena se ha reunido un *Congreso de los pueblos* y que los *representantes de los pueblos eslavos,* exceptuando a los polacos, entraron a los sones de la música en el campamento imperial.[306]

[305] El monarca francés Luis XIV (Luis Capeto) buscó, durante la sublevación popular del 10 de agosto de 1792, que dio al traste con la monarquía, protección en la Asamblea Nacional. En los siguientes días, el rey fue detenido. La Convención compuso un tribunal para juzgar a Luis XVI, que lo declaró culpable de conspirar contra la libertad de la nación y la seguridad del Estado, condenándolo a la pena de muerte.

[306] La mayoría de los diputados eslavos a la Dieta imperial austriaca de 1848 pertenecían a los círculos liberales de los burgueses y los propietarios, partidarios más tarde de la cuestión nacional por medio de la conservación y consolidación de la monarquía de los Habsburgos y de una transformación conducente a una federación con iguales derechos para todos los eslavos de las distintas nacionalidades.

La guerra de la camarilla vienesa contra la Dieta imperial era, al mismo tiempo, la guerra de la Dieta imperial *eslava* contra la *alemana.* En cambio, en la Asamblea de Berlín no hacen la escisión los *eslavos,* sino solamente los *esclavos,* y los esclavos no son un partido, son, a lo sumo, la rémora de un partido. Las derechas expulsadas de Berlín[307] no aportan fuerza alguna al campo enemigo, sino que le infectan un morbo mortal, el morbo de la *traición.*

En Austria ha *triunfado* el partido *eslavo* con la camarilla, y ahora *luchará* contra la camarilla por el botín de la victoria. Si triunfa la camarilla berlinesa, no tendrá que compartir el triunfo con las *derechas* ni hacerlo *valer* en contra de ellas; se limitará a darles una *propina* y ... unos cuantos *puntapiés.*

La corona prusiana está en su *derecho* al tratar a la Asamblea como una *Corona absoluta.* Pero la Asamblea *no está en el suyo* al no tratar a la Corona como una *Asamblea absoluta.* Lo primero que tenía que hacer era mandar *encarcelar* a los ministros como *reos de alta traición,* como *traidores contra la soberanía del pueblo. Proscribir* a todo funcionario que obedezca otras órdenes que no sean las suyas.

Podría ocurrir, sin embargo, que la debilidad *política* con que actúa en *Berlín* la Asamblea Nacional se convirtiera en su fuerza *burguesa* en las provincias.

A la burguesía le habría gustado mucho haber podido convertir la *monarquía feudal* en una *monarquía burguesa* por la vía *pacífica.* Después de arrebatar al partido feudal los blasones y los títulos que atentaban contra el orgullo burgués y los emolumentos feudales nacidos de la propiedad feudal, y que eran incompatibles con el régimen de la propiedad burguesa, de buena gana se habría desposado con el partido feudal para sojuzgar en unión de él al pueblo. Pero la vieja burocracia no quiere rebajarse al papel de servidora

[307] El 9 de noviembre de 1848 sería dado a conocer un "Mandato real" en relación a la Asamblea Nacional prusiana sobre el aplazamiento y traslado de sus miembros. Además de ello, la mayoría de los diputados del ala derecha aceptó sumisamente dicho traslado de la Asamblea.

de una burguesía de la que hasta ahora ha venido siendo despótica dueña y señora. El partido feudal no quiere quemar sus títulos ni sus intereses sobre el altar de la burguesía. Por último, la Corona ve en los elementos de la vieja sociedad feudal, de la que ella constituye el brote más alto, el verdadero terreno social en que la monarquía tiene sus raíces, considerando en cambio la burguesía como un suelo artificioso y extraño que sólo la sostiene a ella, a la Corona, a condición de que decaiga y degenere.

La burguesía convierte la embriagadora *"Gracia de Dios"* en un prosaico *título jurídico,* la dominación de la sangre en la de un simple papel, el esplendoroso sol de la realeza en una lámpara burguesa astral.

La monarquía no se dejó, pues, engatusar por la burguesía. Contestó a su revolución a medias con una contrarrevolución total. Y, al rechazarla, echó a la burguesía *en brazos de la revolución,* en brazos *del pueblo,* con el grito de

"¡Brandeburgo a la Asamblea y la Asamblea a Brandeburgo!"

Aun reconociendo que no esperamos de la burguesía una respuesta a tono con la situación, no podemos abstenernos de señalar, por otra parte, que también la Corona, en su rebelión contra la Asamblea Nacional, recurre a hipócritas soluciones a medias y esconde su cabeza bajo la apariencia constitucional, en el momento en que trata precisamente de desembarazarse de esta molesta apariencia.

Brandeburgo hace que el *poder central de Alemania le dé la orden* para ejecutar su *golpe de Estado. Los regimientos de la Guardia han entrado en Berlín por órdenes del poder central.* La contrarrevolución berlinesa se ha desencadenado siguiendo una orden de éste. Brandeburgo ordena a Francfort que le expida esta orden. Francfort reniega de su soberanía en el momento mismo en que trata de implantarla. Como es natural, el señor Bassermann toma con las dos manos la ocasión que se le ofrece para hacer que el criado represente el papel de señor. Y tiene, al mismo tiempo, la satisfacción de que el señor desempeñe, a su vez, el papel del criado.

Como quiera que caigan los dados en Berlín, ha sido formulado el *dilema:* o el *rey* o el *pueblo,* y el pueblo vencerá al grito de "*¡Brandeburgo a la Asamblea o la Asamblea a Brandeburgo!*" Podemos aún pasar por una dura escuela, y ésta es la escuela preparatoria de la *revolución total.*

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 141, 12 de noviembre de 1848]

Colonia, 11 de noviembre. La *revolución europea* describe un *círculo.* Comenzó en Italia, cobró en París carácter europeo, en Viena produjo su primera repercusión la revolución de Febrero y en Berlín repercutió la revolución de Viena.

En Nápoles, Italia, descargó su primer golpe *la contrarrevolución* europea; en París —jornadas de junio— cobró ésta carácter europeo, en Viena repercutió por vez primera la contrarrevolución de Junio y en Berlín se consumó y se comprometió. *Desde París, el gallo galo volverá a despertar con su canto a toda Europa.*[308]

Pero, *en Berlín, la contrarrevolución se compromete. En Berlín se compromete todo, incluso la contrarrevolución.*

En *Nápoles,* los *lazzaroni,*[309] aliados al monarca, se lanzan contra la burguesía.

En *París,* asistimos al más grande combate histórico que jamás se haya producido. La burguesía, aliada a los *lazzaroni,* se lanza contra la clase obrera.

En *Viena,* vemos todo un enjambre de nacionalidades que barruntan su emancipación en la contrarrevolución. Además, los amaños secretos de la burguesía contra los obreros, y la Legión académica.[310] Se lucha en el seno de la misma Milicia Cívica. Por último, se lanza al ataque el pueblo, dando con ello pretexto al ataque por parte de la Corte.

[308] Véase *supra,* nota 281.
[309] Véase *supra,* nota 82.
[310] Véase *supra,* nota 297.

En Berlín, nada de todo eso. Aquí, de un lado la burguesía y el pueblo; del otro, los suboficiales.

Wrangel y *Brandeburgo,* dos hombres sin cabeza, sin corazón, sin tendencia, nada más que bigotes: es el reverso de esa Asamblea Nacional plañidera, juiciosa e incapaz de tomar resoluciones.

¡Decisiones! —aunque sea la decisión de un asno, de un buey o de unos bigotes—: he allí el único requisito, frente a las irresolutas plañideras de la revolución de Marzo. Y la *Corte prusiana, incapaz de cualquier decisión, ni más ni menos que la Asamblea Nacional,* busca a *los dos hombres más tontos* del reino y les dice a estos leones: *¡Haceos cargo de la decisión!* Pfuel conserva todavía algunos granos de cerebro.

Pero los razonadores de las conquistas de Marzo retroceden aterrados ante la *absoluta imbecilidad.*

> *Contra los tontos se estrellan en su lucha hasta los dioses,*[311] exclama, afectada, la Asamblea Nacional.

Y estos Wrangel y estos Brandeburgo, estos cráneos tapiados, capaces de una *decisión,* porque ésta no es la suya propia, porque deciden lo que otros les *ordenan,* porque son demasiado tontos para engañarse en el cumplimiento de órdenes que les dan con tronante voz y tembloroso labio, *se comprometen* también cuando se trata de algo más que de *topar sus cráneos,* es de lo único que son capaces estos *arietes humanos.*

Wrangel no sabe más que confesar que sólo conoce una Asamblea Nacional que desafía al orden. *Brandeburgo* toma clases de decoro parlamentario y, después de sublevar a la Cámara con su rudo y repelente dialecto de suboficial, "supertiraniza al tirano" y desafía a la Asamblea Nacional con el orden, *pidiendo* en el tono más humilde la palabra que se propone, además, *usar inmediatamente.*[312]

[311] Marx alude a la obra de Schiller, *La joven de Orleáns,* Acto Tercero, escena sexta.

[312] Acerca de la caída del ministro Brandeburgo en la Asamblea Nacional prusiana el 9 de

Prefería ser un piojo entre los vellones de la oveja
Que cometer semejante valiente necedad.[313]

La tranquila actitud de Berlín nos *regocija:* contra ella se estrellan los ideales de la suboficialidad prusiana.

Pero ¿y la Asamblea Nacional? ¿Por qué no pronuncia la proscripción; por qué no declara a los Wrangel fuera de la ley; por qué no se levanta un diputado entre las bayonetas de Wrangel y declara a éste proscrito, y arenga a la soldadesca?

La Asamblea Nacional de Berlín debiera hojear el *Moniteur*[314] los años 1789 a 1795.

¿Y qué hacemos *nosotros* en estos momentos?

Rechazamos el pago de los impuestos. Personas como Wrangel y Brandeburgo comprenden —pues son individuos que aprenden el árabe de los Hyghlands—[315] que arrastran una espada y reciben un uniforme y un sueldo. Lo que no saben es *de dónde* salen el sueldo, el uniforme y la espada.

Solo hay un medio para derrotar a la Monarquía, concretamente hasta que llegue *el periodo de la antirrevolución de Junio en París,* que se producirá en diciembre.[316]

La monarquía no desafía solamente al pueblo; desafía también a la burguesía.

noviembre de 1848, puede verse el "Informe estenográfico sobre las negociaciones para el acuerdo del Estado y la Constitución prusianos y los trabajos de la Asamblea".

[313] Marx alude a la obra de Shakespeare, *Troilo y Cresida,* Acto Tercero, escena tercera.

[314] *Le Moniteur Universel:* diario francés publicado en París de 1789 a 1901. De 1799 a 1814 fue el órgano oficial del gobierno. Durante toda la Revolución francesa, este diario publicaba los informes de las sesiones parlamentarias.

[315] El 3 de noviembre de 1848, la *Gaceta de Colonia* publicó un texto en que se trataba acerca de una imaginaria rama africana de los "Hyghlands", una extraña mezcla entre hombre y mono. "Muchos de ellos —se decía— aprenden la lengua árabe."

[316] En diciembre de 1848, de acuerdo con la Constitución francesa del 4 de noviembre de ese año, debían celebrarse elecciones para presidente de la República. La Constitución facultaba al presidente como jefe máximo del poder ejecutivo con los más extensos poderes para deponer la radical posición contrarrevolucionaria de la burguesía dominante, a partir de la insurrección del proletariado parisino en junio de 1848. Como se sabe, el resultado de las elecciones del 10 de diciembre favoreció a Luis Bonaparte como presidente de la República francesa.

Hay que derrotarla, pues, a la manera burguesa.

¿Y cómo se derrota a la manera burguesa a la monarquía?

Condenándola al hambre.

¿Y cómo se la condena al hambre?

Negándose a pagar impuestos.

¡Fijaos bien en esto! Entre todos los príncipes de Prusia, todos los Brandeburgo y los Wrangel son incapaces de producir un *pan de munición.* Sois vosotros quienes lo producís todo, incluso esto.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 141, 12 de noviembre de 1848, 2ª edición]

Colonia, 13 de noviembre. Así como en su día la Asamblea Nacional francesa, al serle clausurado el local oficial en que se reunía, hubo de proseguir sus sesiones en la *Casa de Juego de Pelota,* la Asamblea Nacional prusiana se ve obligada ahora a reunirse en la *Casa de los Artilleros.*[317]

El acuerdo adoptado en la Casa de los Artilleros y del que damos cuenta en nuestro número extraordinario de esta mañana, según la información de nuestro corresponsal en Berlín y por virtud del cual se declara a *Brandeburgo reo del delito de alta traición,* no figura entre los informes de la *Gaceta de Colonia.*[318]

Sin embargo, acabamos de recibir la carta de un *miembro de la Asamblea Nacional,* en la que se dice, literalmente:

> *La Asamblea Nacional ha declarado por unanimidad (242 votos) que, con esta medida (la disolución de la Milicia Cívica), Brandeburgo ha*

[317] Cuando, finalmente, la mayoría de los diputados respondió al "Mandato real" respecto al aplazamiento de la Asamblea Nacional y su traslado de Berlín a Brandeburgo, las sesiones en Berlín aún continuaban, por lo que el 10 de noviembre de 1848 la Asamblea Nacional se trasladó desde su ex sede a la "Casa de los Artilleros", donde sesionó del 11 al 13 de noviembre de ese año.

[318] Véase *supra,* nota 43.

incurrido en delito de alta traición, del que se hará también reo quien coopere activa o pasivamente a la ejecución de dicha medida.[319]

Nadie puede dudar el apego a la verdad de las informaciones de *Dumont.*

Al declararse a *Brandeburgo* de *alta traición* por acuerdo de la Asamblea Nacional, *cesa por sí misma la obligación de pagar impuestos. No hay por qué pagar impuestos a un gobierno reo de alta traición.* Mañana informaremos detalladamente a nuestros lectores de cómo se procede, con la *denegación de pago de impuestos,* ante conflictos parecidos, *en Inglaterra, el más viejo país constitucional del mundo.*[320] Por lo demás, ya *el mismo gobierno de alta traición* se ha encargado de marcar al pueblo el camino justo, *al denegar inmediatamente el pago de impuestos* a *la Asamblea Nacional* (el pago de dietas, etc.), tratando de reducirla por el hambre.

El diputado a quien más arriba aludimos nos escribe, además:

La Milicia Cívica no entregará sus armas.

La lucha parece, pues, inevitable, y *la provincia renana se halla obligada a acudir con hombres y con armas en auxilio de la Asamblea Nacional de Berlín.*

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 142, 14 de noviembre de 1848]

[319] Esta resolución de la Asamblea Nacional prusiana surgió en la sesión del 11 de noviembre de 1848, que tuvo lugar en la "Casa de los Artilleros", de Berlín.

[320] En el núm. 142 (segunda entrega) y en el núm. 143, del 14 y 15 de noviembre de 1848 de la *Nueva Gaceta Renana,* se publicó el artículo de Georg Weerth, titulado "La denegación de impuestos en Inglaterra con motivo de la ley de reforma en el año 1832".

[CAVAIGNAC Y LA REVOLUCIÓN DE JUNIO][321]

[C. MARX]

E. GIRARDIN TRAZA UNA LAMENTABLE APOLOGÍA DEL CRETINO imperialista *Luis Napoleón*, el *"pequeño condestable"*;[322] en cambio, se muestra amable en su ataque a *Cavaignac*, la espada del señor Marrast. Desde el 7 de noviembre publica por entregas una filípica contra el *héroe de la burguesía europea*, que se ha prendado de su gorro árabe de dormir.[323] Con toda su felonía, le sacrifica al *Sipehsalar* (comandante en jefe) *Jellachich*, que es ahora el *león* de los trapicheos de Europa.

Damos a conocer a nuestros lectores, íntegra, el *acte d'accusation*[a] de la *Presse*.[324] Enfrentándonos a todos los periódicos europeos de grande y pequeño formato, nosotros hemos concebido la *revolución de Junio* tal y como ha sido confirmada por la historia. Nos proponemos volver de vez en cuando sobre los aspectos fundamentales de ella, pues la *revolución de Junio* es *el centro* en torno

[321] Este texto lo publicó Marx como introducción a una serie de artículos reunidos bajo el título de "El señor Cavaignac", aparecida en los núms. 142 (segunda entrega), 145 (suplemento extraordinario), 146, 147 (segunda entrega), 157 (suplemento) y 158 de la *Nueva Gaceta Renana* de los días 14, 17, 18 y 19 de noviembre y 1 y 2 de diciembre de 1848.

[322] *Pequeño condestable:* sobrenombre de Luis Bonaparte. Esta expresión se escuchaba durante la emigración inglesa de los condestables especiales. Al mismo tiempo, hacía alusión al mote de "pequeño caporal", que Napoleón Bonaparte había dado al soldado francés.

[323] *Gorro árabe de dormir:* alusión a la participación del general francés Cavaignac en la conquista de Argel y a su actividad como gobernador de ese territorio en 1848, durante la cual reprimió sangrientamente los movimientos nacionales de liberación de los árabes.

[a] Acta de acusación.

[324] Véase *supra*, nota 291.

al cual giran la revolución y la contrarrevolución europeas. El alejamiento de la revolución de Junio marcó, como hubimos de expresar mientras se desarrollaba, la altura del sol de la contrarrevolución, obligado a girar alrededor de Europa. La vuelta a la revolución de Junio constituye el verdadero inicio de la revolución europea. Y, por tanto, el retorno a *Cavaignac,* al *inventor del estado de sitio.*

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 142, 14 de noviembre de 1848, 2ª edición]

¡¡NO MÁS IMPUESTOS!!

[C. MARX]

COLONIA, 16 DE NOVIEMBRE. HAN DEJADO DE APARECER TODOS los periódicos de Berlín, con excepción del *Anunciador del Estado Prusiano,*[325] la *Gaceta de Voss*[326] y la *Nueva Gaceta Prusiana.*[327]

Se ha procedido al desarme de la Guardia Cívica en el barrio del Consejero,[328] pero solamente en éste. Es el mismo batallón que el 31 de octubre asesinó villanamente a los constructores de máquinas.[329] El desarme de este batallón beneficia a la causa del pueblo.

La Asamblea Nacional ha vuelto a ser expulsada por la fuerza de las armas, esta vez de la Casa del Consejo de Colonia.[330] De allí

[325] *Preussischer Staats-Anzeiger:* órgano oficial del gobierno prusiano, que fue publicado desde mayo de 1848 a julio de 1851 en la ciudad de Berlín. Desde 1819 hasta abril de 1848, el órgano oficioso del gobierno prusiano lo había sido la *Gaceta General del Estado Prusiano.*

[326] Véase *supra,* nota 276.

[327] Véase *supra,* nota 300.

[328] El llamado cuarto Consejero secreto estaba emplazado en el sudeste de Berlín, y sería el principal de sus habitantes prusianos.

[329] El 31 de octubre de 1848 tuvo lugar en Berlín una manifestación de protesta contra los desmanes de la contrarrevolución austriaca durante la disolución de los levantamientos populares en Viena. Éstos finalizaron con el provocador asalto por parte del octavo Batallón de la Guardia Cívica contra los inermes obreros constructores de máquinas. La reacción prusiana aprovechó esta provocación para que el ministerio Pfuel fuera reemplazado, en un abierto movimiento de contrarrevolución, por el ministerio Brandeburgo.

[330] La Casa del Consejo o Alcaldía de Colonia estaba situada en el centro de la ciudad de Berlín. A mediados del siglo XIX conservaba el antiguo nombre de Colonia o Vieja Colonia. La Casa del Consejo sesionó por primera vez desde el 14 de noviembre de 1848 hasta el año de 1890, año en que fue disuelta.

se ha trasladado al Hotel Mielenz, donde por último ha adoptado unánimemente, por *226 votos,* el acuerdo de *denegación de impuestos,*[331] que dice así:

> *El ministerio Brandeburgo carecerá de autoridad para disponer de los fondos del Erario público y para percibir impuestos, mientras la Asamblea Nacional no pueda seguir celebrando sus sesiones libremente en Berlín.*
>
> *Este acuerdo entrará en vigor a partir del 17 de noviembre.*
>
> *Asamblea Nacional, 15 de noviembre*

¡¡A partir del día de hoy, quedan, pues, suprimidos los impuestos!! ¡El pago de impuestos constituye un delito de alta traición y el negarse a hacerlos efectivos un deber primordial del ciudadano!

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 145, 17 de noviembre de 1848. Suplemento extraordinario]

[331] La denegación de impuestos fue decidida por la Asamblea Nacional prusiana en su sesión del 15 de noviembre de 1848 en el salón del Hotel Mielenz. (Véase *supra* el artículo de Marx, "La contrarrevolución en Berlín".)

EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO EN ITALIA

[C. MARX]

COLONIA, 29 DE NOVIEMBRE. POR FIN, DESPUÉS DE SEIS MESES DE derrotas casi ininterrumpidas de la democracia y de una serie de gigantescos triunfos de la contrarrevolución, vuelven a manifestarse síntomas anunciadores de que pronto triunfará en Italia el partido revolucionario. Italia, el país cuyo levantamiento sirvió de preludio a la revolución europea de 1848 y cuyo colapso preludió la caída de Viena, se levanta ahora por segunda vez. Toscana ha impuesto su gobierno democrático y Roma acaba de conquistar el suyo.

El 10 de abril en Londres; el 15 de mayo y el 25 de junio en París; el 6 de agosto en Milán; el 1 de noviembre en Viena;[332] he allí las cuatro piedras militares que marcan las distancias velozmente cubiertas en su última marcha triunfal.

El 10 de abril, en Londres, no sólo fue destrozado el poder revolucionario de los cartistas,[333] sino que *quedó rota* también, por vez

[332] El 10 de abril de 1848 fue disuelta una manifestación cartista por medio de un cuerpo militar especial, por lo que el Parlamento quiso presentar una tercera petición acerca de la aceptación de la Carta del Pueblo.

En mayo de 1848, con la ayuda de la Guardia Cívica nacional, se vendría abajo una acción revolucionaria del proletariado de París.

El 6 de agosto de 1848, con la toma de Milán por parte del ejército austriaco, se vendría abajo el movimiento de liberación nacional del norte de Italia.

El 25 de junio de 1848, la insurrección del proletariado de París fue ahogada en sangre.

El 1 de noviembre de 1848 las tropas del mariscal de campo Windischgrätz tomaron la ciudad de Viena.

[333] Véase *supra,* nota 49.

primera, *la propaganda revolucionaria de la victoria de Febrero.* Quien conozca bien Inglaterra y la posición que este país ocupa en la historia moderna no pudo sorprenderse de que, por el momento, las revoluciones del continente pasaran de largo ante él, sin dejar huella en su suelo. Inglaterra, el país que con su industria y su comercio domina a todas las naciones que revolucionan el continente y que, sin embargo, depende relativamente poco de su clientela, gracias al dominio que ejerce sobre los mercados de Asia, América y Australia; el país en que más se han desarrollado y agudizado las contradicciones de la moderna sociedad burguesa, las luchas de clase entre la burguesía y el proletariado, Inglaterra, sigue más que cualquier otro país su trayectoria propia e independiente. Inglaterra no necesita de estos tanteos de los gobiernos provisionales del continente para acercarse a la solución de los problemas y a la superación de las contradicciones que es misión *suya* resolver y superar antes que todos los demás países. Inglaterra no acepta la revolución del continente; Inglaterra, cuando su hora llegue, *dictará al continente la revolución.* Tal era la posición de Inglaterra, tal la consecuencia necesaria de esta solución, y ello hace perfectamente explicable la victoria lograda por el "orden" el 10 de abril. Pero, ¿quién no recuerda cómo esta victoria del "orden", el primer contragolpe asestado después de los golpes de febrero y marzo, brindó en todas partes nuevo asidero a la contrarrevolución e hinchó con audaces esperanzas el pecho de los llamados conservadores? ¿Quién no recuerda cómo la actuación de los agentes especiales de la policía de Londres sirvieron en seguida de modelo a toda la Milicia Cívica de Alemania? ¿Quién no recuerda qué impresión tan enorme causó esta primera prueba de que el movimiento desencadenado no era irresistible?

El 15 de mayo, en París, aportó inmediatamente la contrapartida de la victoria alcanzada por el partido de la inmovilidad en Inglaterra. El 10 de abril había puesto un dique a las olas extremas de la marejada revolucionaria; el 15 de mayo hizo que su fuerza se estrellara en el punto por el que iba a desbordarse. El 10 de abril demos-

tró que la revolución de Febrero no era incontenible; el 15 de mayo aportó la prueba de que era posible cerrar el paso al movimiento insurreccional de París. La revolución, derrotada en el centro, tenía que sucumbir también, naturalmente, en la periferia. Esto es lo que fue sucediendo día tras día, cada vez más, en Prusia y en los pequeños Estados alemanes. Pero la corriente revolucionaria era aún lo bastante fuerte para hacer posible en Viena dos victorias del pueblo, la primera de las cuales se produjo el mismo 15 de mayo y la segunda el 26 de ese mes,[334] y el triunfo del absolutismo en Nápoles, logrado también el 15 de mayo, más bien sirvió, por sus excesos, de contrapeso a la victoria conseguida por el Orden en París. Aún faltaba algo; no sólo debía ser derrotado en París el movimiento revolucionario, sino que en el mismo París había que despojar a la insurrección armada del hechizo de su invencibilidad; solamente entonces podría sentirse tranquila la contrarrevolución.

Y esto fue precisamente lo que sucedió en *París* en los cuatro días que duró la batalla del 23 al 26 de *Junio*. Cuatro días de cañoneo y se esfumó la creencia de que las barricadas eran inexpugnables y el pueblo armado invencible. ¿Acaso no demostró Cavaignac, con su victoria, que las leyes del arte de la guerra son, sobre poco más o menos, las mismas en las calles que en los desfiladeros de las montañas, frente a las barricadas y frente a las fajinas o los bastiones? ¿Que 40 000 obreros armados, sin disciplina, sin cañones y sin obuses ni abastecimiento de municiones, no son capaces de resistir más de cuatro días a un ejército organizado de 120 000 soldados veteranos y 150 000 guardias nacionales, apoyados por la mejor y más numerosa artillería y abundantemente amunicionados? La victoria de Cavaignac fue, pura y simplemente, el aplastamiento de la minoría por la superioridad abrumadora del número, en una pro-

[334] Las victorias del pueblo de Viena del 15 y 26 de mayo de 1848 tuvieron lugar en la misma ciudad durante las luchas armadas de los trabajadores y estudiantes, en un movimiento dirigido contra la promulgación, el 25 de abril, de la Constitución del ministerio Pillersdorf. Esta Constitución estipulaba un sistema bicameral que excluía de las elecciones a los trabajadores y campesinos.

porción de siete a uno, la victoria menos gloriosa que jamás se haya obtenido, tanto menos gloriosa cuanta más sangre llegó a costar, a pesar de la gigantesca superioridad numérica. Y, sin embargo, el mundo la admiró como un milagro, porque esta victoria había arrancado a la supremacía del pueblo de París, a las barricadas parisinas, el nimbo de la invencibilidad. Los trescientos mil hombres de Cavaignac no habían vencido solamente a los 40 000 trabajadores parisinos, sino habían derrotado en ellos, sin saberlo, a la revolución europea. Todos sabemos qué reacción turbulenta incontenible se desencadenó, a partir de aquel día. Ya no era posible detenerla; la violencia conservadora había derrotado al pueblo de París con bombas y granadas, y lo que había podido lograrse en París podía imitarse también en otros sitios. Después de esta derrota decisiva, a la democracia no le queda otro camino que emprender la retirada del modo más honroso que pudiera e ir defendiendo, por lo menos, paso a paso, el terreno que ya no era posible sostener en la prensa, los mítines y concentraciones populares y los parlamentos.

El siguiente gran golpe fue la *caída de Milán.* En realidad, la reconquista de Milán por Radetzky constituye el primer hecho de la contrarrevolución europea desde su victoria de junio en París. El águila bicéfala ondeando sobre la cúpula de la catedral de Milán no significaba solamente la caída de toda Italia, sino el resurgimiento de *Austria.* Italia, derrotada, y Austria de nuevo en pie: ¿qué más podía apetecer la contrarrevolución? Y es evidente que con la caída de Milán se adormeció momentáneamente la energía revolucionaria en Italia, irrumpió Mamiani en Roma, fueron derrotados los demócratas en el Piamonte. Y, a la par con ello, volvió a levantar cabeza el partido reaccionario en Austria y se puso a urdir de nuevo, con redoblado ánimo, sus intrigas por todas las provincias desde el cuartel general de Radetzky, donde tenía su centro. Fue ahora y solamente ahora cuando Jellachich pasó a la ofensiva y cuando se selló la gran alianza de la contrarrevolución con los esclavos de Austria.

No voy a hablar de los pequeños intermezzos en los que la con-

trarrevolución logró victorias locales y conquistó tales o cuales provincias sueltas, del descalabro de Francfort, etc. Son episodios que pueden tener un valor local y tal vez nacional, pero que carecen de significación europea.

Por último, el 1 de noviembre se coronó la obra iniciada en Custozza:[335] lo mismo que Radetzky en Milán, ese día entraron en Viena Windischgrätz y Jellachich. Los métodos de Cavaignac fueron aplicados, y con éxito, en el más importante y más activo de los focos de la revolución alemana; la revolución fue ahogada en sangre y entre ruinas humeantes, lo mismo en Viena que en París.

Pero, tal parece como si la victoria del 1 de noviembre marcara al mismo tiempo el punto en que el movimiento cambia de rumbo y se produce la crisis. El intento de repetir al pie de la letra en Prusia la hazaña de Viena, ha fracasado; en el mejor de los casos, aun cuando el país abandonara a la Asamblea Constituyente, la Corona sólo puede esperar una victoria a medias, que no decidirá nada, y en todo caso, el torpe empeño de copiarla en todos sus detalles ha hecho que se estrellara la primera impresión descorazonadora de la derrota de Viena.

Y, mientras el norte de Europa vuelve a verse sumido en la servidumbre de 1847 o defiende trabajosamente frente a la contrarrevolución las conquistas logradas durante los primeros meses, Italia, de pronto, vuelve a levantarse. Liorna, la única ciudad italiana a la que la caída de Milán sirvió de acicate para emprender una revolución triunfante, ha logrado comunicar, por último, su auge democrático a toda la Toscana e imponer un ministerio resueltamente democrático, más avanzado que ninguno de los instaurados en las monarquías y como pocos de las repúblicas; ministerio que contesta a la caída de Viena y a la restauración de Austria con la proclamación de la Asamblea Nacional constituyente italiana. Y la llama revolucionaria lanzada por este ministerio democrático al pueblo italiano ha prendido: en Roma se han levantado como un solo hom-

[335] En Custozza (Italia del Norte) el ejército austriaco, bajo el mando de Radetzky, infligió un duro descalabro, el 25 de julio de 1848, a las tropas de Cerdeña y Lombardía.

bre pueblo, Guardia nacional, ejército, derribando al gobierno contrarrevolucionario, implantando un ministerio democrático y colocando a la cabeza de sus reivindicaciones impuestas la de un gobierno ajustado al principio de la nacionalidad italiana, es decir, envío de diputados a la Constituyente italiana propuesta por Guerazzi.

No cabe la menor duda de que a la Toscana seguirán el Piamonte y Sicilia, como ocurrió el año pasado.

¿Y bien? ¿Encenderá este segundo resurgimiento de Italia, en término de tres años, como la vez anterior, la aurora de un nuevo auge de la democracia europea? Casi lo parece. La copa de la contrarrevolución está colmada hasta desbordarse. Francia, a punto de echarse en brazos de un aventurero, para no caer bajo el poder de Cavaignac y Marrast; Alemania, más desgarrada que nunca; Austria, apabullada; Prusia, en vísperas de la guerra civil; todas, absolutamente todas las ilusiones de febrero y marzo pisoteadas implacablemente por la marcha tempestuosa de la historia. No cabe duda de que el pueblo ya no tendría nada que aprender de las nuevas victorias de la contrarrevolución.

¡Ojalá sepa aplicar, cuando la ocasión llegue *oportunamente* y *sin miedo,* las enseñanzas de estos seis últimos meses!

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 156, 30 de noviembre de 1848]

EL GOLPE DE ESTADO DE LA CONTRARREVOLUCIÓN

[C. MARX]

COLONIA, 7 DE DICIEMBRE. *LA ASAMBLEA NACIONAL HA SIDO disuelta. Los representantes del pueblo han sido dispersados* "por la Gracia de Dios".

A la violencia de un golpe de Estado llevado a cabo con insolencia tal añade el gobierno, en la exposición de motivos, la burla más sangrienta.[336]

La As[amblea] Nac[ional] recoge ahora los frutos de su largo cortejo de debilidad y cobardía. Durante largos meses dejó que la conspiración laborase tranquilamente, se hiciese fuerte y poderosa; ahora, es ella su primera víctima.

Y asimismo paga el pueblo las culpas que en marzo y todavía en abril y en mayo contrajo por magnanimidad o, mejor dicho, por necedad y, en la etapa final, con su "resistencia pasiva". Ha recibido ahora una lección que hay que esperar que aprovechará. Su victoria final pondrá fin al "pacto" y a todas las demás frases e hipocresías.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 163, 8 de diciembre de 1848]

[336] El 5 de diciembre de 1848 fue publicado un mandato real acerca de la disolución de la Asamblea Nacional prusiana. En el comunicado del ministerio del Estado se anteponía especialmente que la Asamblea no se sujetaría al "mensaje real sobre el cambio de sede de Berlín a Brandeburgo".

LA BURGUESÍA Y LA CONTRARREVOLUCIÓN

[C. MARX]

COLONIA, 9 DE DICIEMBRE. JAMÁS LO HEMOS OCULTADO. EL TErreno que nosotros pisamos no es el terreno jurídico, sino el terreno revolucionario. También la burguesía ha renunciado a la hipocresía del terreno jurídico. Se ha situado en el terreno revolucionario, pues también el terreno contrarrevolucionario es revolucionario, a su manera.

En el párrafo 6 de la ley del 6 de abril de 1848[337] se dispone:

> Corresponderá, desde luego, a los futuros representantes del pueblo la aprobación de todas las leyes, la fijación de los presupuestos del Estado y el derecho de autorizar los impuestos.

Y el párrafo 13 de la ley del 8 de abril de 1848[338] dice:

> La Asamblea que habrá de reunirse con arreglo a la presente ley será competente para establecer la futura Constitución del Estado mediante un pacto con la Corona y para ejercer, mientras la Asamblea se halle reunida, las atribuciones que anteriormente correspondían a los estamentos del

[337] Marx hace referencia a la "Ordenanza sobre algunas cuestiones fundamentales para la futura Constitución prusiana", del 6 de abril de 1848.

[338] La "Ley electoral para los acuerdos de la Constitución del Estado prusiano en la Asamblea" era una proposición del ministro Camphausen del 8 de abril de 1848, aprobada por las dos Dietas Unificadas y basada indirectamente en un sistema electoral diferido o de segundo grado.

reino, principalmente en relación con la autorización de los impuestos y contribuciones.

El gobierno manda al diablo a la Asamblea del Pacto,[339] dicta al país por sí y ante sí una *soi-disant*[a] Constitución[340] y autoriza por sí mismo los empréstitos que los representantes del pueblo le habían denegado.

El gobierno prusiano ha puesto fin, estrepitosamente, a la camphauseniada, una especie de solemne canto de Job derechista.[341] El inventor de esta epopeya, el gran *Camphausen,* se venga de ello actuando tranquilamente en Francfort como embajador del mismo gobierno prusiano e intrigando igual que antes con los Bassermann, al servicio de aquel gobierno. Este Camphausen, que había inventado la teoría del Pacto[342] para salvar el terreno legal, es decir, para arrebatar fraudulentamente a la revolución los honores que se le debían, inventó al mismo tiempo las minas que más tarde harían explotar el terreno legal y, con él, la teoría del Pacto.

Este hombre autorizó las elecciones *indirectas,* de las que saldría una Asamblea a la que el gobierno podría gritar con voz tonante, en el momento de un momentáneo levantamiento: *trop tard!*[b]

[339] Asamblea del Pacto: así llaman Marx y Engels a la Asamblea Nacional prusiana y, en consecuencia, a sus diputados los llaman "pactantes". La Asamblea Nacional prusiana había realizado sus trabajos en mayo de 1848, a fin de elaborar una Constitución "de acuerdo con la Corona". Con la aceptación de estos términos, la Asamblea Nacional prusiana renunciaba al principio de la soberanía popular. Los debates de la Asamblea Nacional fueron publicados en los informes estenográficos que daban cuenta de "las negociaciones acerca de la Constitución del Estado prusiano según los trabajos de la Asamblea". (Véase *supra,* notas 35 y 40.)

[a] Llamada.

[340] El 5 de diciembre de 1848, al mismo tiempo que la disolución de la Asamblea Nacional, se dicta por la fuerza una "nueva Constitución para el Estado prusiano", la cual llaman Marx y Engels una "Constitución impuesta". Ésta respondía a la tendencia del nuevo ministerio contrarrevolucionario, y disponía, en numerosos artículos, una serie de medidas reaccionarias que lesionaban la tendencia misma de los trabajos de la Asamblea Nacional, así como los derechos del pueblo constituido democráticamente.

[341] Marx hace alusión al poema satírico de Karl Arnold Kortum, titulado *El canto de Job. Curioso poema heroico.*

[342] Véase *supra,* nota 40.

[b] ¡Demasiado tarde!

Llamó de nuevo al príncipe de Prusia, jefe de la contrarrevolución, y no tuvo empacho en convertir su fuga, mediante una mentira oficial, en un viaje de estudios.[343] Dejó en vigor la vieja legislación prusiana sobre delitos políticos y las viejas leyes. Bajo su gobierno, la vieja burocracia y el viejo ejército ganaron tiempo para reponerse del susto y reconstituirse totalmente. Todos los jefes del viejo régimen siguieron, indemnes, en sus puestos. Al amparo de Camphausen hizo la camarilla la guerra en Posen,[344] mientras él mismo guerreaba contra Dinamarca.[345] Se quería que la guerra danesa fuese un aglutinador para la plétora patriótica[346] de la juventud alemana, a la que a su vuelta a la patria se encargó de ajustarle las cuentas la policía; esa guerra debía dar cierta popularidad al general Wrangel y a sus tristemente célebres regimientos de la Guardia y, en general, rehabilitar a la soldadesca prusiana. Una vez logrado este propósito, se ahogaría a todo trance la guerra ficticia por medio de un ignominioso armisticio,[347] que el mismo Camphausen pactó, a su vez, en Francfort del Meno con la Asamblea Nacional alemana. El resultado de la guerra danesa fue el *"alto mando de las dos Marcas"*[348] y el retorno a Berlín de los regimientos de la Guardia expulsados en marzo.

¡Y no digamos la guerra librada en *Posen* por la camarilla de Potsdam, bajo los auspicios de Camphausen!

La guerra en Posen era más que una guerra contra la revolución prusiana. Era la caída de Viena, la caída de Italia, la derrota de los héroes de junio. Era el primer triunfo decisivo del zar de Rusia sobre

343 Véase *supra*, nota 47.

344 Véase *supra*, nota 42.

345 Véase *supra*, nota 23.

346 *Plétora patriótica:* expresión que proviene de Heinrich Heine, en su libro *Ante la serena Aparición en París.*

347 Véase *supra*, nota 280.

348 *Alto mando de las dos Marcas:* el día 15 de septiembre de 1838 sería designado, para el alto mando de la defensa de Brandeburgo, el connotado miembro de la camarilla reaccionaria del reino, general Wrangel. Así, consolidaba Prusia sus propósitos de una Federación alemana, en cuyo nombre iba dirigida la guerra. El margraviato de Brandeburgo, núcleo originario del reino prusiano, se consolidó a mediados del siglo XIX a partir de la Marca Electoral y la Nueva Marca; de allí que se le señale como el "alto mando de las dos Marcas".

la revolución europea. Y todo ello bajo los auspicios del gran *Camphausen,* del amigo reflexivo de la historia,[349] del caballero del gran debate, del héroe de la mediación.

De este modo, bajo *Camphausen* y a través de él, había logrado la contrarrevolución apoderarse de todos los puestos decisivos y preparar su ejército dispuesto a descargar el golpe, mientras la Asamblea de los hombres del Pacto proseguía sus debates. Bajo el ministro de la acción *Hansemann-Pinto,*[350] se vistió con nuevos uniformes a la vieja policía y se libró una guerra tan enconada como mezquina por parte de la burguesía contra el pueblo. Y bajo *Brandeburgo* se sacó la conclusión de estas premisas. Para ello hacían falta dos cosas: un bigote y un sable, en vez de una cabeza.

Cuando Camphausen dimitió, lo despedimos con estas palabras:

> *Ha sembrado la reacción en interés de la burguesía y recogerá la cosecha en interés de la aristocracia y del absolutismo.*

En estos momentos, no dudamos que su Excelencia, el embajador prusiano *Camphausen,* se contará personalmente entre los señores feudales y se avendrá de buena gana a sus "incomprensiones".

Pero no nos engañemos; no atribuyamos a un Camphausen o a un Hansemann, hombres de talla secundaria, un espíritu de iniciativa a tono con la historia universal. Ellos eran solamente órganos de una clase. Su lenguaje, sus actos eran simplemente el eco oficial de una clase que los había colocado en el primer plano de la escena. Eran, sencillamente, la gran burguesía situada en primer plano.

Los representantes de esta clase formaban la *oposición liberal* de la difunta *Dieta Unificada,*[351] resucitada por el momento gracias a Camphausen.

[349] Véase *supra,* nota 66.

[350] *Hansemann-Pinto:* alusión irónica ante las similares medidas adoptadas por el ministro de Finanzas Hansemann y las opiniones del inspector de la Casa de Bolsa holandés, Pinto, en cuanto al empréstito forzoso como medio para acelerar la circulación del dinero.

[351] Véase *supra,* notas 15 y 17.

Se ha reprochado a los señores de esta oposición liberal el haber sido infieles a sus principios después de la revolución de Marzo. Esto es un error.

Los grandes terratenientes y capitalistas, representados con carácter exclusivo en la Dieta Unificada, en una palabra, las arcas de caudales, habían ganado en dinero y en cultura. Al desarrollarse en Prusia la sociedad burguesa —es decir, al desarrollarse la industria, el comercio y la agricultura—, habían perdido su base material las viejas diferencias de clase.

La nobleza se había aburguesado considerablemente. En sus blasones campeaban ahora, en vez de la lealtad, el amor y la fe, la remolacha azucarera, el aguardiente y la lana. El mercado de la lana era ahora su gran palenque. Esto es, de una parte. De otra, el Estado absolutista, al que la marcha de las cosas había privado como por encanto del terreno sobre el que pisaba, habíase convertido en una traba para la nueva sociedad burguesa, al cambiar el modo de producción y las necesidades de esta sociedad. La burguesía no tenía más remedio que reivindicar, por razón de sus mismos intereses materiales, la parte que le correspondía en el poder político. Ella y solamente ella era capaz de hacer valer legalmente sus necesidades comerciales e industriales. Necesitaba arrebatar la gestión de sus "más sagrados intereses" a una burocracia caduca, tan inculta como arrogante. Necesitaba tomar en sus manos la fiscalización del patrimonio del Estado, de la que se consideraba creadora. Y poseía, además, la ambición necesaria para luchar e imponer una posición política acorde con su posición social, después de haber arrebatado a la burocracia el monopolio de la llamada cultura y teniendo, como tenía, la conciencia de descollar ampliamente sobre ella en cuanto al conocimiento real de las necesidades de la sociedad urbana. Para alcanzar su meta, necesitaba poder debatir libremente sus propios intereses e ideas y los actos del gobierno. A esto lo llamaba el *"derecho de libertad de prensa"*. Necesita poder *asociarse* sin trabas. A esto lo llamaba el *"derecho de libre asociación"*. Tenía que reclamar, asimismo, como corolario obligado de la *libre competencia*, la *libertad*

religiosa, etc. Y la burguesía prusiana marchaba, antes de marzo de 1848, por el mejor de los caminos para ver realizados todos sus deseos.

El Estado prusiano se hallaba en apuros financieros. Su crédito se había agotado. He aquí el secreto de la convocatoria de la Dieta Unificada. El gobierno se rebelaba contra su suerte, disolvió sin contemplaciones la Dieta Unificada, pero la falta de dinero y de crédito se habrían encargado de echarlo infaliblemente, poco a poco, en brazos de la burguesía. Lo mismo que los barones feudales, los reyes por la Gracia de Dios se han mostrado siempre dispuestos a trocar sus privilegios por dinero contante. La emancipación de los siervos fue el primero y la monarquía constitucional y los Estados cristiano-germánicos el segundo gran acto de este regateo de la historia universal, "L'argent n'a pas de maître",[c] pero los maîtres dejan de serlo cuando se ven *démonetisés* (privados de dinero).

Por tanto, la oposición liberal en la Dieta Unificada no era sino la oposición de la burguesía contra una forma de gobierno que ya no respondía a sus intereses y necesidades. Y, para mantener la oposición a la Corte, tenía que hacer la corte al pueblo.

Tal vez ella se imaginara realmente que mantenía la oposición *en favor* del pueblo.

Los derechos y las libertades a que aspiraba *para sí* sólo podía reclamarlos, naturalmente, frente al gobierno, bajo la etiqueta de *derechos y libertades para el pueblo.*

Como hemos dicho, esta oposición marchaba por el mejor camino, cuando estalló la *tormenta de febrero.*

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 165, 10 de diciembre de 1848]

Colonia, 11 de diciembre. Cuando descendieron las aguas del diluvio de marzo —un diluvio en miniatura—, no dejaron sobre el suelo de Berlín monstruos o colosos revolucionarios, sino criaturas del

[c] "El dinero no tiene dueño".

viejo estilo, figuras raquíticamente burguesas: los liberales de la Dieta Unificada, los representantes de la consciente burguesía prusiana. Las provincias en que existe la burguesía más desarrollada, la *provincia del Rin* y *Silesia,* suministraron el principal contingente para los nuevos ministerios. Tras ellos venía toda una cauda de juristas renanos. A medida que la burguesía iba viéndose desplazada a último plano por los elementos feudales, la provincia del Rin y Silesia dejaban sus puestos en los ministerios a las viejas provincias prusianas. El ministerio Brandeburgo sólo se halla ya unido a la provincia del Rin por un *tory*[a] de Elberfeld. *¡Hansemann* y *Von der Heydt!:* ¡en estos dos nombres se cifra para la burguesía prusiana toda la diferencia que va de marzo a diciembre de 1848!

La burguesía prusiana se vio encumbrada a las alturas del Estado, pero no, como ella habría deseado, mediante una *transacción pacífica con la Corona,* sino mediante una *revolución.* Habría debido defender en contra de la Corona, es decir, en contra *de sí misma,* no sus propios intereses, sino los *intereses del pueblo,* ya que le había preparado el camino un *movimiento popular.* Pero la Corona no era, a sus ojos, más que la tapadera de derecho divino que le permitía ocultar sus propios intereses profanos. La intangibilidad de *sus* propios intereses y de las formas políticas acomodadas a su interés se expresaría, traducida al lenguaje constitucional, bajo la fórmula de la *intangibilidad de la Corona.* De allí el entusiasmo que la burguesía alemana, especialmente la prusiana, sentía por la *monarquía constitucional.* Así pues, si la revolución de Febrero, con todas sus repercusiones en Alemania, había sido gozosamente acogida por la burguesía prusiana, ya que ponía en sus manos el timón del Estado, representaba por otra parte un contratiempo para ella, pues supeditaba su poder a condiciones que no quería ni podía cumplir.

La burguesía no había movido ni un dedo. Había permitido al pueblo batirse por ella. El poder que se le transfería no era, por tanto, el del general que ha derrotado a su adversario, sino el de un

[a] Conservador.

comité de seguridad a quien el pueblo victorioso confía la misión de velar por sus intereses.

Camphausen percibía aún claramente todo lo que esta posición tenía de incómodo, y de este sentimiento y de las circunstancias que lo condicionaban provenía toda la debilidad de su gobierno. Una especie de rubor teñía, por tanto, los actos más descarados de su gabinete. El *descaro* y la *desvergüenza* desembozados son el privilegio reservado a *Hansemann.* El *tinte* rojo marca la única diferencia entre estos dos pintores.

La *revolución prusiana de Marzo* no debe confundirse con la revolución *inglesa* de 1638 ni con la *francesa* de 1789.

En 1648, la burguesía se alió con la moderna nobleza en contra de la monarquía, de la nobleza feudal y de la Iglesia imperante.

En 1789, la burguesía se alió con el pueblo en contra de la monarquía, de la nobleza y de la Iglesia imperante.

La revolución de 1789 no tuvo más modelo (por lo menos en Europa) que la revolución de 1648; y la revolución de 1648 sólo tuvo por modelo el levantamiento de los Países Bajos en contra de España. Ambas revoluciones se adelantaron en un siglo a sus modelos, no sólo en cuanto al tiempo, sino también en cuanto al contenido.

En ambas revoluciones fue la burguesía la clase que se puso *realmente* a la cabeza del movimiento. El *proletariado* y las *facciones de la sociedad urbana no pertenecientes a la burguesía,* o no abrigaban intereses al margen de los de la burguesía, o bien no formaban aún clases o sectores de clases con un desarrollo propio. Por eso, allí donde se enfrentaban a la burguesía, como ocurrió por ejemplo en Francia en 1793 y 1794, luchaban solamente por hacer valer los intereses de la burguesía, aunque no a la manera de ésta. *Todo el terrorismo francés* era, sencillamente, el *modo plebeyo* de luchar contra los *enemigos de la burguesía,* contra el absolutismo, el feudalismo y los filisteos.

Las revoluciones de 1648 y 1789 no fueron simplemente revoluciones *inglesa* la una y *francesa* la otra, sino revoluciones ambas de estilo europeo. No representaron el triunfo de una *determinada* clase de la sociedad sobre el *viejo orden político,* sino que *proclamaron*

el orden político de la nueva sociedad europea. Triunfó en ellas la burguesía; pero el *triunfo de la burguesía* representaba entonces el *triunfo de un nuevo orden social,* el triunfo de la propiedad burguesa sobre la propiedad feudal, de la nacionalidad sobre el provincialismo, de la libre competencia sobre los gremios, de la partición sobre el mayorazgo, del dominio del propietario de la tierra sobre la dominación de la tierra sobre el propietario, de las luces sobre la superstición, de la familia sobre el linaje, de la industria sobre la heroica haraganería, del derecho civil sobre los privilegios medievales. La revolución de 1648 fue el triunfo del siglo XVII sobre el XVI; la revolución de 1789, el triunfo del siglo XVIII sobre el XVII. Más todavía que las necesidades de las partes del mundo en que acaecían, Inglaterra y Francia, estas revoluciones expresaban las necesidades del mundo de entonces.

Nada de esto encontraremos en la *revolución prusiana de Marzo.*

La revolución de Febrero había *abolido* la monarquía constitucional en el terreno de la realidad y la dominación de la burguesía en el terreno de la idea. La revolución prusiana de Marzo *crearía* la monarquía constitucional en el terreno de la idea y la dominación de la burguesía en el terreno de la realidad. Lejos de ser una *revolución europea,* no era más que la desmedrada repercusión de una revolución europea en un país atrasado. En vez de adelantarse a su siglo, iba a la zaga de él en más de cincuenta años. Había sido desde el primer momento un fenómeno *secundario,* pero sabido es que las enfermedades secundarias son más difíciles de curar y hacen mayores estragos en el cuerpo que las iniciales. No se trataba de instaurar una nueva sociedad, sino de resucitar en Berlín la sociedad muerta en París. La revolución prusiana de Marzo no era siquiera una revolución *nacional, alemana,* pues había sido desde el momento mismo de nacer una revolución *prusiana, provincial.* Los movimientos de Viena, Cassel, Munich y toda suerte de insurrecciones provinciales discurrían paralelamente con ella y le disputaban la preeminencia.

Mientras que las revoluciones de 1648 y 1789 se enorgullecían has-

ta lo indecible, considerándose el *summum* de la creación, el orgullo de los berlineses de 1848 se cifraba en representar un anacronismo. Su luz era como la de esas estrellas que llega a los habitantes de la tierra cien mil años después de haberse extinguido los cuerpos que la irradiaron. La revolución prusiana de Marzo era, en pequeño como todo, una de esas estrellas para Europa. Su luz era la luz emanada del cadáver de una sociedad de largo tiempo atrás putrefacto.

La burguesía alemana se había desarrollado de un modo tan inerte, tan lento y tan cobarde que en el momento en que se enfrentaba amenazadora al feudalismo y al absolutismo, veía alzarse amenazadoramente ante sí al proletariado y a todos los sectores de las ciudades afines a éste por sus intereses y sus ideas. Y no veía *tras* ella ni a una sola clase, sino que tenía *enfrente,* hostilmente, a toda Europa. La burguesía prusiana no era, como la francesa de 1789, la clase que representaba a *toda* la sociedad moderna frente a los representantes de la vieja sociedad, frente a la monarquía y la nobleza. Había descendido al nivel de un *estamento* tan hostil a la Corona como al pueblo, animado de espíritu de oposición en contra de ambos e indeciso frente a cada uno de sus adversarios por separado, porque siempre veía ante sí o tras sí a los dos; de antemano propensa a la traición con respecto al pueblo y a la avenencia con respecto al representante coronado de la vieja sociedad, porque ella misma pertenecía ya a la vieja sociedad; no representaba los intereses renovados dentro de una sociedad caduca; no empuñaba el timón de la revolución porque el pueblo la empujaba a marchar delante de él; no se hallaba a la cabeza porque representase la iniciativa de una nueva sociedad, sino simplemente porque expresaba el rencor de una época vieja de la sociedad; no era un estrato del viejo Estado que hubiese irrumpido por su pujanza, sino que había emergido a la superficie del nuevo Estado por la fuerza de un terremoto; carente de toda fe en sí misma y sin fe alguna en el pueblo; gruñendo contra los de arriba y temblando ante los de abajo; egoísta para con unos y otros, y consciente de su egoísmo; revolucionaria para con los conservadores y conservadora para con los revolu-

cionarios; recelosa de sus propios tópicos, que eran frases en vez de ideas; empavorecida, ante la tormenta mundial, pero explotándola en beneficio propio; sin energía en ninguna dirección y plagiaria en todas; vulgar por falta de originalidad y original en su vulgaridad; regateando con sus propios deseos; sin iniciativa, sin fe en sí misma, sin fe en el pueblo y sin misión alguna en el plano de la historia universal; como un viejo maldito condenado a guiar y desviar en su propio interés senil los primeros impulsos juveniles de un pueblo robusto; ciego, sordo y desdentado, una verdadera piltrafa: tal era la *burguesía prusiana* a la que la revolución de Marzo entregó el timón del Estado.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 169, 15 de diciembre de 1848]

Colonia, 15 de diciembre. La *teoría del Pacto* que la burguesía, elevada al gobierno con el ministerio *Camphausen,* convirtió inmediatamente en "la más amplia base" del contrato social prusiano, no era, ni mucho menos, una teoría vacua, sino que había brotado, por el contrario, en el "árbol de oro" de la vida.

La revolución de Marzo no sometió en modo alguno al soberano por la Gracia de Dios a la soberanía del pueblo. Se limitó a obligar a la Corona, al Estado absolutista, a entenderse con la burguesía, a *pactar* con su viejo rival.

La Corona sacrificará la burguesía a la nobleza; la burguesía, por su parte, sacrificará el pueblo a la Corona. Bajo esta condición, se hará la monarquía burguesa y la burguesía monárquica.

Después de marzo, sólo existen estos dos poderes. Uno y otro actúan, turnándose, como pararrayos de la revolución. Y todo, naturalmente, sobre *"la más amplia base democrática".*

He ahí el *secreto de la teoría del Pacto.*

Los tratantes en grasa y en lana[352] que formaron el primer

[352] Alusión a Camphausen, quien a principios de ese año comerciaba con grasa y lana, y a Hansemann, por su actividad como comerciante en lanas.

ministerio nombrado después de la revolución de Marzo estaban encantados con el papel de servir de manto plebeyo para cubrir las desnudeces de la Corona. Sentíanse felices de que se les considerara dignos de alternar con la Corte y, aunque de mala gana, condescendiendo por pura grandeza de alma a prescindir de su áspero espíritu romano —del romanismo de la Dieta Unificada—, prestábanse a cubrir con el cadáver de la popularidad de que habían gozado en otro tiempo la brecha que amenazaba con devorar al trono. ¡Cómo se pavoneaba el ministro Camphausen en su papel de *comadrona* del trono constitucional! El buen hombre sentíase manifiestamente enternecido consigo mismo y con su propia magnanimidad. Y la Corona y su séquito toleraban a duras penas este humillante protectorado y, en espera de días mejores, ponían *bonne mine à mauvais jeu.*[a]

Al ejército disuelto a medias, a la burocracia que temblaba por sus puestos y sus sueldos, el estamento feudal humillado, cuyos jefes se hallaban en giras constitucionales de estudios,[353] no les fue difícil aturdir con sus suaves palabras y sus zalemas al *bourgeois gentilhomme.*[354]

La burguesía prusiana era poseedora *nominal* del poder y no dudó ni por un momento que los poderes del viejo Estado se habían puesto sin reservas a sus órdenes, convirtiéndose en otros tantos devotos exponentes de su omnipotencia.

No sólo en el gobierno, sino en todos los ámbitos de la monarquía, se hallaba la burguesía embriagada con esta quimera.

¿Acaso no encontraron cómplices dócilmente sumisos en el ejército, en la burocracia e incluso entre los señores feudales los únicos hechos heroicos realizados por la burguesía prusiana después de marzo, a saber: las refriegas, no pocas veces sangrientas, de la Milicia Cívica contra el proletariado sin armas? ¿No fueron admi-

[a] Al mal tiempo, buena cara.

[353] Véase *supra,* nota 47.

[354] *Bourgueois gentilhomme:* héroe de la comedia de Molière, *Le bourgueois gentilhomme.* En la estructura de esta obra dramática toma cuerpo un vanidoso y mal educado burgués, cuya principal ambición en la vida consiste en obtener un título nobiliario.

rados por los enmudecidos presidentes del gobierno y los generales de división replegados sobre sí mismos los únicos esfuerzos a que se aventuraron los representantes locales de la burguesía, los *consejos municipales* —cuya infamia pegajosamente servil hubo de ser pisoteada más tarde como se merecía por los Windischgrätz, los Jellachich y los Walden— y las únicas hazañas heroicas de estos consejos municipales después de la revolución de Marzo, sus palabras patriarcalmente serias de advertencia al pueblo? ¿Y aún podía la burguesía prusiana dudar de que se hubiera calmado el viejo encono del ejército, de la burocracia y de los señores feudales, en reverente homenaje al magnánimo vencedor, que había sabido refrendarse a sí mismo y poner un freno a la anarquía?

Era evidente. La burguesía prusiana sólo tenía ya una misión, la de disfrutar tranquilamente de su poder, acabar con los molestos anarquistas, restaurar "la paz y el orden" y recuperar los intereses perdidos durante la tormenta de marzo. Ya sólo podía tratarse de una cosa: de reducir al mínimo el *costo de producción* de su poder y de la revolución de Marzo que lo condicionaba. ¿No habría que romper en manos de un pueblo aturdido, que ya no necesitaba emplearlas *para* la burguesía y manifestaba, en cambio, dudosas veleidades de esgrimirlas *en contra* de ella, las armas que la burguesía prusiana, en su lucha contra la sociedad feudal y su Corona se había visto obligada a reivindicar bajo la rúbrica del pueblo, el derecho de asociación, la libertad de prensa, etcétera?

Estaba convencida de que al *pacto* de la burguesía con la Corona, a los regateos de la burguesía con el viejo Estado, resignado a su suerte, sólo estorbaba un obstáculo, un impedimento: el pueblo, este *puer robustus sed malitiosus,*[b] como Hobbes lo llama: ¡El *pueblo* y *la revolución!*

La *revolución* era el *título jurídico del pueblo;* en ella basaba éste sus impetuosas pretensiones. La revolución era la letra de cambio librada por el pueblo contra la burguesía. El día de la dominación

[b] "Muchacho robusto pero malicioso", variante de una frase de prólogo de Hobbes a su libro *De cive.*

de ésta era el día de vencimiento del giro. Y la burguesía no tenía más remedio que *protestarlo.*

La *revolución* significaba, en boca del pueblo: vosotros, burgueses, sois el *Comité du salut public,* el Comité de salud pública, a quien confiamos el poder, no para que *pactéis con* la Corona acerca de vuestros intereses, sino para que impongáis nuestros intereses, los intereses del pueblo, *contra* la Corona.

La *revolución* era la protesta del pueblo contra el pacto de la burguesía con la Corona. La burguesía que pactaba con la Corona *debía, pues, protestar* contra... la *revolución.*

Y así lo hizo, en efecto, bajo el gran *Camphausen.* La *revolución de Marzo no fue reconocida.* La representación nacional de Berlín se constituyó como *representación de la burguesía prusiana* en la *Asamblea del pacto,* al *rechazar* la propuesta de que la revolución de Marzo fuese reconocida.

Se negó a reconocer los hechos producidos. Proclamó en voz alta ante el pueblo prusiano que éste no había pactado con la burguesía para hacer la revolución contra la Corona, sino que había hecho la revolución para que la Corona pactase con la burguesía en contra de él. Quedó destruido así el *título jurídico* del pueblo revolucionario y salvado el *terreno legal* de la burguesía conservadora.

¡El terreno legal!

Brüggemann, y a través de él la *Gaceta de Colonia,*[355] han charlado, fantaseado y lloriqueado tanto acerca del "terreno legal", han perdido y recobrado el "terreno legal" tantas veces, lo han agujereado y zurcido, lo han aventado de Berlín a Francfort y de Francfort a Berlín, lo han encogido y ensanchado, lo han convertido de un terreno simple en un terreno artesonado y doble —lo que es, como se sabe, una de las jugadas maestras de los cómicos escamoteadores— y de un terreno doble en una trampa sin fondo, que el terreno legal ha acabado por convertirse para nuestros lectores, y con

[355] Véase *supra,* nota 43.

razón, en el terreno de la *Gaceta de Colonia* que estos lectores pueden confundir del mismo modo que pueden confundir el santo y seña de la burguesía prusiana con el santo y seña privado del señor Joseph Dumont, una ocurrencia necesaria de la historia universal *prusiana* con una chifladura personal de la *Gaceta de Colonia* y sólo ven en el terreno legal el terreno sobre el que pisa este periódico.

¡El *terreno legal,* y concretamente el *terreno legal prusiano*!

El *terreno legal* sobre el que se muevan, *después* de marzo, el caballero del gran debate, Camphausen, el espectro resurrecto de la Dieta Unificada y la Asamblea del Pacto, ¿es la ley constitucional de 1815,[356] o la ley de 1820 sobre la Dieta Federal,[357] o la patente de 1837,[358] o la ley electoral y del pacto, del 8 de abril de 1838?[359]

Nada de eso.

El "terreno legal" significa, pura y simplemente, que la revolución no ha conquistado su terreno propio y que la vieja sociedad no ha perdido el suyo, que la revolución de Marzo es un "acontecimiento" que sólo ha servido para "impulsar" el "pacto" entre el Trono y la burguesía que el viejo Estado prusiano venía preparando desde hace largo tiempo, pacto cuya necesidad la propia burguesía había expresado ya en anteriores decretos mayestáticos, aunque antes de marzo no lo considerase tan "apremiante". El "terreno legal" significa, en una palabra, que, *después* de marzo, la burguesía quiere seguir tratando con la Corona sobre el mismo pie que *antes* de marzo, como si no hubiese habido ninguna revolución y la Dieta Unificada hubiese alcanzado su meta sin necesidad de ella. El "terreno legal" significa que en el contrato social entre gobierno y burguesía no existe el título jurídico del pueblo, que es la *revolución.* La *burguesía deriva sus pretensiones de la vieja legislación prusiana, para que el pueblo no pueda derivar de la nueva revolución prusiana pretensión alguna.*

Huelga decir que los *cretinos ideológicos* de la burguesía, sus

[356] Véase *supra,* nota 7.
[357] Véase *supra,* nota 38.
[358] Véase *supra,* nota 187.
[359] Véase *supra,* nota 338.

periodistas, etc., hacen pasar este interés embellecido burgués por el verdadero interés de la burguesía, y así se lo tienen que imaginar ellos y hacerlo ver a los demás. En la cabeza de un *Brüggemann,* la frase del terreno legal se transforma en una sustancia real.

El ministerio *Camphausen* había dado cima a su cometido, que era la *mediación* y la *transición.* Sirvió, en efecto, de *mediador* entre la burguesía encaramada sobre los hombros del pueblo y la burguesía que ya no necesitaba subirse a ellos; entre la burguesía que aparentemente representaba al pueblo frente a la Corona y la burguesía que realmente representaba a la Corona frente al pueblo; entre la burguesía que se desgajaba de la revolución y la burguesía que se había presentado como el núcleo de ella.

Cumpliendo con su papel, el ministerio Camphausen se limitó, en su pudor virginal, a ejercer la *resistencia pasiva* contra la revolución.

La repudiaba, ciertamente, en teoría, pero en la práctica *se rebelaba* contra sus pretensiones y sólo *toleraba* la reconstitución de los viejos poderes del Estado.

La burguesía creía haber llegado, entre tanto, al punto en que la *resistencia pasiva* debía trocarse en *resistencia activa.* El ministro *Camphausen* dimitió, no porque hubiese cometido tales o cuales errores, sino por la sencilla razón de que era el *primer* ministerio formado después de la revolución de marzo, porque era el *ministerio de la revolución de Marzo* y porque, de acuerdo con su origen, tenía que ocultar todavía a los representantes de la burguesía detrás de la dictadura del pueblo. Aquel nacimiento ambiguo y aquel doble carácter le imponían aún ciertas conveniencias, reservas y miramientos para con el pueblo soberano, que a la burguesía le resultaban fastidiosas y a las que ya no tendría por qué someterse un segundo gabinete surgido directamente de la Asamblea del Pacto.

Por eso su retirada constituyó un misterio para los políticos caseros. Le siguió el *ministerio de la acción,* el ministerio Hansemann,[360]

[360] Al ministerio Camphausen siguió en Prusia, a partir del 26 de junio de 1848, el minis-

porque la burguesía se proponía pasar del periodo de la traición pasiva contra el pueblo y al servicio de la Corona al periodo de la supeditación activa del pueblo a su dominación, pactada con la Corona. El *ministerio de la acción* era el *segundo* ministerio *después* de la revolución de Marzo. En eso residía todo su secreto.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 170, 16 de diciembre de 1848]

Colonia, 29 de diciembre.

¡Señores: en cuestiones de dinero, cesa la cordialidad![361]

En estas concisas palabras resume Hansemann todo el liberalismo de la Dieta Unificada. Este hombre era el jefe necesario del ministerio emanado de la misma Asamblea del Pacto, del ministerio llamado a convertir la *resistencia pasiva* frente al pueblo en *ataque activo* contra el pueblo, del *ministerio de la acción.*

En ningún ministerio prusiano figuraban tantos nombres *burgueses.* Hansemann, Milde, Märker, Kühlwetter, Gierke. Hasta la etiqueta cortesana de este ministerio, representada por *Von Auerswald*, pertenecía a la nobleza liberal de la oposición de Königsberg. ¡Solamente *Roth von Schreckenstein* representaba, entre la canalla, a la vieja nobleza feudal burocratizada de Prusia! *¡Roth von Schreckenstein!* ¡Título sobreviviente de una novela perdida de bandidos y caballeros del bienaventurado *Hildebrandt!*[362] Pero este *Roth von*

terio *Auerswald-Hansemann*, conocido también como el "ministerio de la acción". Auerswald fungió como su presidente, aunque la verdadera cabeza de dicho ministerio lo era el mismo Hansemann, quien, desde su privilegiada posición de ministro de Finanzas en el ministerio Camphausen, había representado los intereses de la gran burguesía, permitiéndose imponer leyes y medidas en interés de su propia clase, tanto en el ministerio como en la Asamblea Nacional.

[361] Tomado del discurso de Hansemann durante la sesión de la primera Dieta Unificada, del 8 de junio de 1847.

[362] Marx alude aquí a una conocida novela de caballería de C. Hildebrandt, titulada *Kuno von Schreckenstein o la visión profética*, publicada en 1821.

Schreckenstein no era más que el engarce feudal de la joya burguesa. Este *Roth von Schreckenstein,* en medio del ministerio burgués, proclamaba en gigantescas letras mayúsculas: el feudalismo, el ejército y la burocracia de Prusia siguen a la naciente estrella de la burguesía prusiana. Estos gigantes se ponen a sus órdenes, y la burguesía los coloca delante de su trono, como en los viejos símbolos heráldicos se colocaban osos delante del soberano. *Roth von Schreckenstein* es, sencillamente, el oso en el escudo del ministerio burgués.

El 26 de junio se presentó a la Asamblea Nacional el ministerio Hansemann. Pero su verdadera existencia data del mes de *Julio.* La *revolución de Junio* fue simplemente el telón de fondo del ministerio de la acción, como la *revolución de Febrero* fue el telón de fondo del ministerio de la mediación.

La burguesía prusiana explotó en contra del pueblo la sangrienta victoria de la burguesía parisina sobre el proletariado de París, lo mismo que la Corona prusiana explotó la sangrienta victoria arrancada en Viena por los croatas contra la burguesía. Los dolores del parto de la burguesía prusiana después del Noviembre austriaco fueron la *compensación* de los dolores del parto del pueblo prusiano después del Junio francés. En su miope estrechez de miras, los filisteos alemanes se confundieron con la burguesía francesa. Ellos no habían derribado ningún trono, no habían destruido la sociedad feudal, y, menos aún sus últimos vestigios, no tenían ninguna sociedad creada por ellos mismos que defender. Después de Junio, como después de Febrero, igual que desde comienzos del siglo XVI y a lo largo del XVIII, creían, llevados de su afán astuto y furioso de lucro, poder seguir arrancando al trabajo ajeno las tres cuartas partes de ganancia. No sospechaban que si, en Francia, la burguesía aniquiladora de tronos sólo contemplaba ante sí un enemigo, el proletariado, la burguesía prusiana que pugnaba con la Corona no tenía más que un aliado, el pueblo. No porque no existieran entre ellos intereses opuestos. Pero sí, pues los unía todavía, a una y otro,

el mismo interés contra una tercera fuerza que los oprimía conjuntamente a ambos.

El ministerio Hansemann se consideraba como un *ministerio de la revolución de Junio*. Y en cada ciudad prusiana los filisteos se convirtieron, frente a los "bandidos rojos", en "honrados republicanos", sin dejar de ser por ello honorables monárquicos, y de vez en cuando no echaban de ver que sus "rojos" lucían escarapelas *blanquinegras*.[363]

En su discurso al trono del 26 de junio *Hansemann* dijo sin andarse con rodeos lo que pensaba acerca de la misterioso-nebulosa idea de *Camphausen* sobre una "monarquía erigida *sobre las más amplias bases democráticas*".

"Monarquía constitucional basada en el sistema bicameral y en el ejercicio conjunto del poder legislativo por ambas, Cámara y Corona": he aquí la fórmula escueta a que redujo el intuitivo fallo de su entusiasta predecesor.

> Modificar las relaciones más necesarias incompatibles con la nueva Constitución del Estado, liberar a la propiedad de las trabas que entorpecen su *ventajosa utilización* en gran parte de la monarquía, reorganizar la administración de justicia, reformar la legislación fiscal y, principalmente, abolir las *exenciones de impuestos*, etc. —y, sobre todo—, *fortalecer el poder del Estado*, necesario para proteger la *libertad* adquirida [por los ciudadanos] contra la reacción [explotación de la libertad en interés de los señores feudales], contra la anarquía [explotación de la libertad en interés del pueblo] y para *restablecer la confianza quebrantada*.[364]

Tal era el programa ministerial, el programa de la burguesía prusiana convertida en ministerio y que tenía por representante clásico a *Hansemann*.

[363] *Negro y blanco:* colores de la bandera prusiana oficial.

[364] Resumen del "Programa" del ministerio Auerswald-Hansemann, según lo expusiera Hansemann ante la Asamblea Nacional, durante la vigésima sesión, del 26 de junio de 1848.

En la Dieta Unificada, Hansemann había sido el contradictor más enconado y más cínico de la confianza, pues *"¡Señores: en cuestiones de dinero, cesa la cordialidad!"* A la cabeza del gobierno, el mismo Hansemann proclamó como necesidad primordial el *"restablecer la confianza quebrantada"*, pues dirigiéndose esta vez al *pueblo,* como la otra vez se había dirigido al *trono:*

¡Señores: en cuestiones de dinero, cesa la cordialidad!

Entonces, se trataba de la confianza que *trae* dinero, ahora se trata de la confianza que *hace* dinero; allí, de la confianza *feudal,* de la confianza basada en la pleitesía a Dios, al Rey y a la Patria, aquí de la confianza *burguesa,* de la confianza en el comercio y las transacciones, en los intereses del capital, en la solvencia de los clientes, en la confianza comercial; no se trataba ya de la fe, el amor y la esperanza, sino del *crédito.*

"¡Restablecer la confianza quebrantada!" En estas palabras de Hansemann expresaba éste la idea fija de la burguesía prusiana.

El *crédito* descansa sobre la seguridad de que seguirá manteniéndose a la manera tradicional la explotación del trabajo asalariado por el capital, la explotación del proletariado por la burguesía, la explotación de los pequeños burgueses por los grandes. Cualquier agitación política del proletariado, sea la que fuere y aunque la burguesía la promueva directamente, quebranta la confianza y el crédito. "Restablecer la confianza quebrantada" significaba, por tanto, en boca de Hansemann:

Reprimir cualquier agitación política entre el proletariado y en todas las capas de la sociedad cuyo interés no coincida directamente con el de la clase que en opinión suya empuña el timón del Estado.

De allí que Hansemann plantease, en estrecha relación con la mira de "restablecer la confianza quebrantada", el objetivo de *"fortalecer el poder del Estado"*. Sólo se equivocaba en cuanto a la naturaleza de este "poder del Estado". Creía fortalecer el poder estatal que servía al crédito, a la confianza burguesa, y fortalecía solamen-

te el poder estatal que reclama confianza y, en caso necesario, la impone a cañonazos, porque carece de crédito. Quería regatear con el costo de producción del poder burgués, y echó sobre los hombros de la burguesía la carga exorbitante de los millones que cuesta la restauración del poder feudal prusiano.

Con respecto a los obreros, Hansemann se manifestó en términos muy concisos: les dijo que tenía en el bolsillo un gran remedio para ellos. Pero, antes de sacarlo, era necesario que se restableciera, ante todo, la "confianza quebrantada". Y para restablecer la confianza, la clase obrera debía poner fin a sus politiqueos y a sus injerencias en los asuntos del Estado, retornando a sus viejos hábitos. Si seguía sus consejos y se restablecía la confianza, el gran remedio misterioso daría resultado, desde luego, entre otras cosas porque ya no sería necesario ni aplicable, puesto que se habría eliminado la enfermedad, la perturbación del orden burgués. ¿Y para qué remedios, donde no había enfermedades? Pero si el pueblo se obstinaba en inmiscuirse, entonces recurriría al "*fortalecimiento* del poder del Estado", de la policía, del ejército, de los tribunales de justicia, de la burocracia, soltaría contra el pueblo a sus osos, pues la "confianza" se había convertido en una "cuestión de dinero", y

¡Señores: en cuestiones de dinero, cesa la cordialidad!

Aunque esto haga reír a Hansemann, su programa era un programa *honrado*, un programa bien intencionado.

Se trataba de fortalecer el poder del Estado no sólo contra la anarquía, es decir, contra el pueblo, sino también contra la reacción, es decir, contra la Corona y los intereses feudales, en la medida en que trataran de imponerse frente a las arcas de caudales y frente a las "*más necesarias*", es decir, las más modestas pretensiones políticas de la burguesía.

El ministerio de la acción era, ya por su misma composición, una protesta contra esta "reacción".

Este ministerio se distinguía de todos los anteriores gobiernos

prusianos por el hecho de que el verdadero *presidente del Consejo* era el *ministro de Hacienda.* El Estado prusiano había ocultado cuidadosamente durante varios siglos que las carteras de la Guerra y los Asuntos Interiores, los Negocios Exteriores y las cuestiones de la Iglesia y la Instrucción Pública, y hasta el ministerio encargado de los Asuntos de la Corona, y la fe, el amor y la esperanza, todo se hallaba supeditado al departamento profano de las *Finanzas.* El ministerio de la acción se encargó de colocar en lugar descollante esta desagradable verdad burguesa, colocando en sitio preeminente, a la cabeza, al señor Hansemann, al hombre cuyo programa ministerial, lo mismo que su programa de oposición, se resumía en las palabras:

> *¡Señores: en cuestiones de dinero, cesa la cordialidad!*

En Prusia, la monarquía se había convertido en una "cuestión de dinero".

Pasemos ahora del programa del ministerio de la acción a sus actos.

La amenaza de "*fortalecer el poder del Estado*" contra la "anarquía", es decir, contra la clase obrera y todas las fracciones de la burguesía que no se atenían al programa del señor Hansemann, fue tomada en serio. Podemos, incluso, afirmar que, exceptuando la elevación de los impuestos sobre el azúcar de remolacha y el aguardiente, esta *reacción* contra la llamada *anarquía,* es decir, contra el movimiento revolucionario, fue el único acto serio realizado por el ministerio de la acción.

Multitud de procesos de prensa al amparo del derecho nacional prusiano[365] o, en su defecto, del código penal francés,[366] numerosas detenciones basadas en el mismo "fundamento suficiente" (fórmula de Auerswald), la creación en Berlín del cuerpo de "Condestables",[367]

[365] Véase *supra,* nota 203.

[366] Véase *supra,* nota 262.

[367] El ministerio Auerswald-Hansemann, conocido como el "ministerio de la acción", se

que hacía que tocasen a dos oficiales de policía por cada casa de la ciudad, las usurpaciones policiacas contra la libertad de asociación, los abusos de la soldadesca, a la que se azuzaba contra los ciudadanos que se propasasen, los abusos de la Milicia Cívica, lanzada en contra de los proletarios insolentes, el estado de sitio como norma, todo se halla aún fresco en el recuerdo de los tiempos de la olimpiada de Hansemann. Huelgan los detalles.

Kühlwetter resumía este aspecto de las aspiraciones del ministerio de la acción, al declarar:

> Un Estado que aspire a ser verdaderamente libre tiene que sostener como poder ejecutivo a un numerosísimo personal de policía,

palabras a las que Hansemann puso, entre labios, esta glosa, ya habitual en él:

> Esto contribuirá esencialmente, además, *a hacer reinar la confianza* y a *reanimar la lánguida actividad comercial.*[368]

Así pues, bajo el ministerio de la acción se *"fortalecieron"* la vieja policía prusiana, los tribunales de justicia, la burocracia y el ejército, que se hallaban *al servicio* de la burguesía, puesto que se hallaban *a sueldo* de ella; así, al menos, pensaba Hansemann. Pero, sea de ello lo que quiera, el caso es que se *"fortalecieron"*.

En cambio, el estado de ánimo del proletariado y de la democracia burguesa lo caracteriza *un* hecho. Como unos cuantos reac-

hizo cargo de los asuntos del Estado a partir del 25 de junio de 1848 hasta el 21 de septiembre del mismo año.

Bajo este ministerio se formó en Berlín, de acuerdo con la policía de siempre, una división armada entre un cuerpo civil a fin de tener elementos contra las reuniones callejeras y las manifestaciones masivas del pueblo y, al mismo tiempo, un servicio de espionaje. Esta división policiaca se llamó Condestables, de acuerdo con los que así eran llamados en Inglaterra, y que desempeñaron un papel significativo durante las manifestaciones cartistas del 10 de abril de 1848.

368 Tomado del discurso del ministro Kühlweter y Hansemann en la trigesimoséptima sesión de la Asamblea Nacional prusiana, el 9 de agosto de 1848.

cionarios maltrataran en Charlotemburgo a algunos demócratas, el pueblo tomó por asalto el hotel del presidente del Consejo de Ministros en Berlín. Tan popular se había hecho el ministerio de la acción. Al día siguiente, Hansemann presentó un proyecto de ley contra los motines y las concentraciones públicas. Tan astutamente intrigaba este ministerio contra la reacción.

Como se ve, la actividad real, tangible y popular del ministerio de la acción era una actividad puramente *policiaca.* A los ojos del proletariado y de la democracia *urbana,* este ministerio y la Asamblea de los partidarios del pacto, cuya mayoría se hallaba representada en el ministerio, y la burguesía prusiana, cuya mayoría formaba la mayoría de la Asamblea del Pacto, no era otra cosa que el *viejo Estado policiaco y burocrático* restaurado. A ello se había añadido la furia contra la burguesía, porque ésta se hallaba en el poder y se había convertido, con la *Milicia Cívica,* en parte integrante de la policía.

A los ojos del pueblo, la "conquista de marzo" consistía en que también los señores liberales de la burguesía habían asumido funciones policiacas. Era, pues, una policía por partida doble.

No es en los actos del ministerio de la acción, sino en sus proyectos de leyes orgánicas donde se ve cómo *"fortaleció"* y empujó a actuar a la *"policía"*, expresión suprema del viejo Estado, solamente en interés de la clase burguesa.

En los proyectos de leyes sobre el *régimen municipal,* los *tribunales del jurado* y la *Milicia Cívica* presentados por el ministerio Hansemann, vemos que la *fortuna* constituye siempre, bajo una u otra forma, el límite que separa el terreno *legal* del *ilegal.* Aunque en todos ellos se hagan las más serviles concesiones al poder real, en el que el ministerio burgués creía tener un aliado seguro, como contrapeso de ello resalta con tanto mayor descaro el poder del capital sobre el trabajo.

La ley de la Milicia Cívica, sancionada por la Asamblea del Pacto, se volvió en contra de la burguesía misma y hubo de suministrar el pretexto legal para desarmarla. Claro está que se hacía la ilu-

sión de que esta ley no entraría en vigor hasta que se implantase el nuevo régimen municipal y se promulgase la Constitución, es decir, hasta que se consolidase su poder. La experiencia que ha tenido con la ley civil podría haber ayudado a la burguesía prusiana a abrir los ojos y hacerla comprender que, por el momento, cuanto cree hacer en contra del pueblo sólo lo hace, en realidad, en contra suya.

Por tanto, para el pueblo el ministerio Hansemann se resume *prácticamente* en el viejo "alguacileo" policiaco y *teóricamente* en las injuriosas distinciones *belgas*[369] entre burgueses y no burgueses.

Pasemos a otro de los aspectos del programa ministerial, el de la *anarquía contra la reacción.*

En este aspecto, el ministerio puede presentar, más que actos, piadosos deseos.

Entre los piadosos deseos *burgueses* figura la parcelación y venta de las tierras del dominio público a particulares, la entrega de la Banca a la competencia privada, la transformación en instituto privado del comercio marítimo,[370] etcétera.

El ministerio de la acción tuvo la mala fortuna de que sus ataques económicos contra el partido feudal aparecieron colocados todos bajo la égida del *empréstito forzoso* y de que sus intentos de reformas se revelaran a los ojos del pueblo, en su conjunto, como otros tantos recursos financieros encaminados a llenar las arcas de aquel "poder del Estado" que se trataba de fortalecer. Esto hizo que Hansemann se atrajese el odio de un partido sin congraciarse con el otro. Y no puede negarse que sólo se atrevía a descargar un golpe serio sobre los privilegios feudales allí donde se imponía, por interés del ministerio de Hacienda, la *"cuestión monetaria"*, es decir, la

[369] La Constitución aristocrático-burguesa de Bélgica aprobada después de la victoria de la revolución burguesa de 1831 suprimía, mediante un censo general, el derecho electoral.

[370] *Sociedad prusiana del comercio marítimo:* se fundó en 1772 como una sociedad de crédito, con la concesión de una serie de importantes privilegios de parte del Estado. El gobierno hizo entrega de un fuerte empréstito para sus disposiciones, asignándole a sus banqueros y agentes de cambio un importante papel. En 1810 las acciones y obligaciones de esta sociedad fueron transformadas en bonos de la deuda pública, por lo que se procedió a suprimirla. A través de una disposición ministerial, el 17 de enero de 1817 se transformó en una institución bancaria y financiera del Estado prusiano.

cuestión monetaria en el sentido del ministerio de Hacienda. En este estrecho sentido, exclamaba dirigiéndose a los señores feudales:

¡Señores: en cuestiones de dinero, cesa la cordialidad!

Y así incluso sus aspiraciones burguesas positivas en contra de los elementos feudales presentaban el mismo matiz policiaco que sus medidas negativas encaminadas a *"reanimar la actividad comercial"*. En efecto, en términos de economía política, la *policía* se llama el *fisco.* La elevación de los impuestos sobre el azúcar de remolacha y sobre el aguardiente, que Hansemann hizo aprobar por la Asamblea Nacional y elevó a ley, sublevó a las cajas de caudales, con Dios y por la Patria y por el Rey, en Silesia, las Marcas, Sajonia, la Prusia Oriental y Occidental, etc. Y, a la par que esta medida concitaba la cólera de los terratenientes industriales en las provincias de la vieja Prusia, provocaba un descontento no menos grande entre los destiladores de aguardiente burgueses de la provincia del Rin, quienes se veían con ello colocados en condiciones de competencia no menos desfavorables frente a las viejas provincias prusianas. Y para colmar la medida, indignó además a la clase obrera de las viejas provincias, para las que esa medida no significaba ni podía significar más que el *encarecimiento de un artículo indispensable.* Por tanto, para lo único que servía era para llenar las arcas del "poder del Estado", que se quería "fortalecer". Y creemos que basta con este ejemplo, ya que se trata del único acto del ministerio de la acción contra los elementos feudales llevado *realmente* a la práctica, del único proyecto orientado en este sentido, que realmente llegó a convertirse en ley.

Los "proyectos" de Hansemann dirigidos a suprimir las exenciones *fiscales* de clase y del *impuesto territorial,* así como su proyecto de impuesto sobre la renta[371] hicieron bailar la tarantela a los

[371] El "Proyecto de Ley acerca de la supresión de las exenciones del impuesto sobre la renta", referente a la nobleza, la oficialidad, la jerarquía eclesiástica y los maestros, fue propuesto en la Asamblea Nacional prusiana el 12 de julio de 1848, tras la exposición que de él hizo Hansemann y entregado a la Asamblea el 21 de julio.

fanáticos terratenientes adoradores de "Dios, el Rey y la Patria". Pusieron el grito en el cielo acusándolo de... *comunista,* y aún es hoy el día en que los cruzados prusianos se santiguan tres veces al oír el nombre de Hansemann, que suena a sus oídos como el de Fra Diavolo.[372] La abolición del privilegio de exención de impuestos, única medida importante propuesta por un ministro prusiano durante la maravilla de la Asamblea de los partidarios del pacto, se estrelló contra la limitación de horizontes de que partiría por principio la izquierda. Y esta limitación había sido sancionada por el propio Hansemann. ¿O acaso iba la izquierda a abrir nuevas fuentes de recursos financieros al ministerio del *"poder del Estado"* que trataba de *"fortalecerse"*, antes de que se redactara y jurara la Constitución?

Tan desventurado era este ministerio burgués *par excellence,* que la más radical de sus medidas tenía necesariamente que verse paralizada por los miembros radicales de la Asamblea del Pacto. Tan desamparado se hallaba, que toda su cruzada contra el feudalismo se convirtió en una *elevación de impuestos,* arrostrando por igual el disgusto de todas las clases, y toda su perspicacia financiera abortó en un *empréstito forzoso.* Dos medidas que, en fin de cuentas, no hacían más que aprontar *subsidios para la campaña de la contrarrevolución contra la misma burguesía.* Por su parte, los elementos *feudales* se convencieron de las "pérfidas" intenciones del ministerio *burgués.* Por donde, en la misma lucha financiera de la burguesía prusiana contra el feudalismo, se comprobó la verdad de que, en su impotencia antipopular, esta burguesía procedía *en contra de sí misma* incluso cuando se trataba de reunir *dinero,* y *"¡señores: en cuestiones de dinero, cesa la cordialidad!"*

Lo mismo que el ministerio burgués había logrado concitar en contra suya, por igual, el encono del proletariado urbano, de la

[372] *Fra Diavolo:* el "hermano Diablo", que en la realidad se llamó Michele Pezza, un jefe bandolero del sur de Italia; dirigió de 1798 a 1806, con sus guerrilleros, una sostenida lucha contra los conquistadores franceses, quienes al término de la resistencia lo atraparon y más tarde lo ajusticiaron ejemplarmente. La figura de Fra Diavolo de la ópera del mismo nombre, de Auber, no tiene nada que ver con el verdadero, salvo en el nombre.

democracia burguesa y de los elementos feudales, supo también enajenarse y enfrentarse como enemiga incluso a la *clase campesina* sojuzgada por el feudalismo, apoyado celosísimamente en ello por la *Asamblea de los partidarios del Pacto.* No debe olvidarse, en términos generales, que durante la mitad de su vida esta Asamblea encontró en el ministerio Hansemann su adecuado representante y que los mártires burgueses de hoy tiraban ayer de los faldones de la levita a Hansemann.

El proyecto de liberación de las cargas feudales presentado por Patow bajo Hansemann[373] constituía el más lamentable amaño de la impotente veleidad burguesa de abolir los privilegios feudales, como "relaciones incompatibles con la nueva Constitución del Estado", y del temor burgués a atentar revolucionariamente contra cualquier clase de propiedad. El lamentable, medroso y mezquino egoísmo cegó a la burguesía prusiana hasta el punto de repudiar a su *aliado natural,* que era la *clase campesina.*

El *3 de junio,* el diputado *Hanow* presentó una propuesta según la cual

> podrían dejarse en suspenso inmediatamente, a petición de una de las partes, todas las negociaciones en curso encaminadas a regular las relaciones entre terratenientes y campesinos y a redimir las prestaciones personales, entre tanto que se promulgara una nueva ley, basada en principios de equidad.

Pero sólo a *fines de septiembre,* es decir, cuatro meses más tarde, bajo el ministerio Pfuel, votó la Asamblea del Pacto el Proyecto de ley sobre el aplazamiento de las negociaciones pendientes entre terratenientes y campesinos, después de rechazar todas las enmiendas liberales, dejando en pie "la reserva de que podían establecerse

[373] El título de la "Memoria de Patow para la liberación", del 10 de junio de 1848, dice: "Promemoria relativa a las disposiciones de la legislación por medio de las cuales se intentará una reforma en las relaciones de propiedad y señorío así como la superación de las trabas existentes para el cultivo de la tierra".

con carácter interino las prestaciones en curso" y "hacerse efectivos los tributos litigiosos y los atrasos".[374]

En *agosto,* si no nos equivocamos, la Asamblea del Pacto declaró *no urgente* la propuesta *de Nenstiel* sobre la *"inmediata abolición" de las prestaciones personales,*[375] ¡y se pretendía que los campesinos, por su parte, consideraran urgente batirse por aquella misma Asamblea de partidarios del pacto que los retrotraía al estado de hecho anterior a la revolución de Marzo!

La burguesía francesa comenzó liberando a los campesinos. Con los campesinos, conquistó a Europa. La burguesía prusiana, en cambio, se hallaba tan dominada por sus intereses *estrechos* e inmediatos, que perdió por su ligereza este aliado y lo convirtió en un instrumento en manos de la contrarrevolución feudal.

La historia *oficial* de la disolución del ministerio burgués es bien conocida.

Bajo su égida, el "poder del Estado" "se fortaleció" de tal modo y las energías del pueblo se deprimieron a tal punto, que los dióscuros Kühlwetter-Hansemann hubieron de formular, ya el 15 de julio, una advertencia a todos los presidentes del gobierno de la monarquía en contra de los manejos reaccionarios de los funcionarios administrativos, especialmente de los consejos municipales; más tarde, se reunió en Berlín, junto a la Asamblea del Pacto, una *"Asamblea de la nobleza y los grandes terratenientes en defensa"* de sus privilegios[376] y, finalmente, se convocó en la Alta Lusacia para el 4 de

[374] *La Propuesta del diputado Hanow* fue transmitida en la sesión del 3 de junio de 1838 de la Asamblea Nacional prusiana. El 21 de julio, la Comisión Central de la Asamblea ofreció una exposición sobre esta propuesta y un proyecto de ley. En la sesión del 30 de septiembre, esta comisión puso a debate dentro de la Asamblea un segundo informe sobre la propuesta del diputado Hanow, acompañado de otro proyecto de ley. En esta última sesión se aprobó el proyecto de ley. Finalmente, la ley que resultó de estas deliberaciones fue derogada por el rey el 9 de octubre de 1848.

[375] *La Propuesta del diputado Nenstiel,* "que de inmediato daba término a la subsistente servidumbre palaciega", fue declarada en la sesión del 1 de septiembre de 1848, en una normal orden del día de la Asamblea, como no urgente, contra lo propuesto por el propio diputado Nenstiel.

[376] Marx se refiere a la "Asamblea general en defensa, de los intereses materiales de todas las clases del pueblo prusiano", también llamada "Parlamento de los *Junkers*". Se trata de un

septiembre, frente a la llamada Asamblea Nacional de Berlín, como trasunto de la Edad Media, una "Dieta comunal para salvaguardar los derechos amenazados de la propiedad sobre la tierra".

La energía de que el gobierno y la llamada Asamblea Nacional dieron pruebas en contra de estos síntomas contrarrevolucionarios cada día más amenazadores se manifestó, como era natural, en advertencias sobre el papel. Las bayonetas, las balas, las cárceles y los alguaciles los reservaba el ministerio burgués para el pueblo, con vistas a *"restablecer la confianza quebrantada y reanimar la actividad comercial"*.

Los sucesos de *Schweidnitz*, en que la soldadesca asesinó directamente a burgueses encuadrados en la Milicia Cívica, sacaron por último a la Asamblea Nacional de su apatía. El 9 de agosto, se decidió, apelando a todas sus energías, a realizar un acto heroico, al dictar la orden al ejército de Stein-Schultze,[377] en la que se recurría como medio supremo de coacción al *sentimiento de ternura* de los oficiales prusianos. ¡Vaya un medio de coacción! ¿Acaso su honor monárquico no vedaba a los oficiales prestar oídos al honor burgués?

El *7 de septiembre*, un mes después de haber concebido la orden al ejército de Stein-Schultze, la Asamblea decidió que aquel acuerdo tuviese carácter real y fuese ejecutado por los ministros. Hansemann se negó a ello el 11 de septiembre, y presentó su dimisión, después de extenderse a sí mismo el nombramiento de director del Banco, con un sueldo anual de 6 000 táleros, pues

¡Señores: en cuestiones de dinero, cesa la cordialidad!

Por último, el 25 *de septiembre*, la Asamblea del Pacto recibió con gratitud de labios de *Pfuel* la fórmula completamente atenuada

gran congreso convocado por los grandes terratenientes "para la defensa y fortalecimiento de la propiedad territorial y la prosperidad de todas las clases" (aunque, en realidad, este congreso trató tan sólo de los intereses de la clase terrateniente), celebrado en Berlín el 18 de agosto de 1848.

[377] Véase *supra*, nota 271.

de la orden al ejército de Stein-Schultze, que entre tanto se había convertido en una *broma de mal gusto* ante las masas de tropas concentradas en torno a Berlín, con la orden paralela dirigida al ejército por Wrangel.[378]

Basta echar una ojeada a las fechas que acabamos de consignar y a la historia de la orden al ejército de Stein-Schultze para convencerse de que no fue ésta la *verdadera* razón de la dimisión de Hansemann. ¿Por qué había de retroceder ante aquella proclama sobre el papel quien no se había asustado de otorgar su reconocimiento a la revolución? Un Hansemann, que había alargado la mano hacia la cartera de ministro cuantas veces le había caído en suerte, ¿iba a dejarla esta vez al mejor postor sobre el banco del consejo de ministros, simplemente por una irritación de buena fe? No; nuestro Hansemann no es ningún fanático. Lo que ocurre es, sencillamente, que se vio chasqueado, como personificación de la chasqueada burguesía. Se le hizo creer que la Corona lo sostendría, pasara lo que pasara. Se le hizo perder hasta la última apariencia de popularidad, para sacrificarle finalmente al rencor de la nobleza rural y poder librarse así de la tutela de la burguesía. Además, el plan de campaña convenido con Rusia y Austria exigía que se pusiera al frente del gabinete a un general designado por la camarilla, al margen de la Asamblea del Pacto. El ministerio burgués había "fortalecido" ya lo suficiente el "poder del Estado" para que pudiera aventurarse este golpe.

La elección de Pfuel resultó equivocada. La victoria de los croatas en Viena hizo que incluso un Brandeburgo se convirtiera en un instrumento idóneo.

Bajo el ministerio Brandeburgo, la Asamblea de los partidarios del pacto fue ignominiosamente burlada, escarnecida, humillada,

[378] *Orden militar de Wrangel:* el general al mando de la guarnición de Brandeburgo, Wrangel, dirigió el 17 de septiembre de 1848 una orden al ejército en la que se indicaba que los grupos militares prusianos que tuvieran intenciones de perpetrar un ataque abierto ante las conquistas revolucionarias fueran degradados. Hizo notar que su labor estaba encaminada a sostener la "tranquilidad pública". La orden concluía con un llamado a los soldados para cerrar filas en torno a los oficiales y al rey.

perseguida y, en el momento decisivo, el *pueblo* permaneció *indiferente.* Su *derrota* fue la *derrota de la burguesía prusiana,* de los *constitucionales;* fue, por tanto, una *victoria del partido democrático,* por muy cara que tuviese que pagarla.

Pero ¿y la Constitución otorgada?[379]

Se había dicho que jamás se interpondría "un pedazo de papel" entre el rey y su pueblo.[380] Ahora, se decía: entre el rey y *su* pueblo *sólo* se interpondrá *un pedazo de papel.* La *verdadera* Constitución de Prusia es el *estado de sitio.* La Constitución francesa otorgada contenía solamente un artículo, el 14, que la derogaba.[381] En la *Constitución* otorgada de Prusia todos y cada uno de los artículos son un artículo 14.

Por esta Constitución, la Constitución otorga nuevos privilegios; se los otorga, concretamente, *a sí misma.*

Se reserva en ella el derecho a disolver libremente las cámaras sin plazo alguno. Concede a los ministros el derecho a dictar libremente, cuando no estén reunidas las cámaras, toda clase de leyes (incluso sobre la propiedad, etc.). Permite a los diputados acusar libremente por ello a los ministros, pero corriendo el riesgo de ser declarados en estado de sitio como "enemigos interiores". Y, por último, se reserva a sí misma, en el caso de que para la primavera subiera la cotización de las acciones de la contrarrevolución, el derecho de sustituir este "pedazo de papel" que flota en el aire por una Carta Magna[382] cristiano-germánica emanada *orgánicamente* de la jerarquía estamental de la Edad Media, o a poner fin sin más al jue-

[379] Véase *supra,* nota 340.

[380] Referencia al "Mensaje" de Federico Guillermo IV durante la apertura de la primera Dieta Unificada, el 11 de abril de 1847.

[381] De acuerdo con el artículo 14 de la *Charte constitutionelle* de Luis XVIII se decía: "El rey es la cabeza del Estado... él decreta las disposiciones y mandatos necesarios para la aplicación de la ley y la seguridad del Estado".

[382] *Magna Charta Libertatum:* documento que habrían de proponer al rey inglés, Juan sin Tierra, con el apoyo de la nobleza y las ciudades, los grandes señores feudales, barones y eclesiásticos. Fue firmada el 15 de junio de 1215 a fin de limitar los derechos del rey ante todos los grandes señores feudales, la nobleza y las ciudades de todo el reino. Funcionó como una auténtica carta constitucional.

go constitucional. Incluso en este último caso, la parte conservadora de la burguesía se postraría de hinojos y rezaría:

> *¡El Señor nos lo ha dado, el Señor nos lo ha quitado, bendito y alabado sea el nombre del Señor!*

La historia de la burguesía prusiana y de la burguesía alemana en general, desde marzo hasta diciembre, demuestra que en Alemania es imposible una *revolución puramente burguesa* y la instauración del *poder de la burguesía* bajo la forma de la *monarquía constitucional;* que en este país sólo cabe una de estas dos cosas: o la contrarrevolución feudal-absolutista o la *revolución republicano-social.*

Ahora bien, que la misma parte vital de la burguesía tiene necesariamente que volver a despertar de su apatía nos lo garantizan, sobre todo, las *cuentas monstruosas* con que la contrarrevolución la sorprenderá en la primavera, pues, como tan ingeniosamente dice nuestro Hansemann,

> *¡Señores: en cuestiones de dinero, cesa la cordialidad!*

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 183, 31 de diciembre de 1848]

LA CONTRARREVOLUCIÓN Y LA JUDICATURA PRUSIANA

[C. MARX]

COLONIA. EL GRAN FRUTO DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO de 1848 no es lo que los pueblos han obtenido, sino lo que han perdido: es la *pérdida de sus ilusiones.*

Los meses de *junio, noviembre y diciembre* de 1848 son las gigantescas piedras miliares del desencanto y la resaca en la mente del pueblo europeo.

Entre las últimas ilusiones que ataban al pueblo alemán figura en primer lugar su *fe supersticiosa* en la *judicatura.*

El prosaico viento norte de la contrarrevolución prusiana ha tronchado también esta flor de la fantasía popular, que brotó en su día en Italia, en la Roma eterna.

Los hechos y las declaraciones del *Tribunal de Casación del Rin,* del *Tribunal Superior de Berlín* y de los *tribunales territoriales* de *Münster, Bromberg* y *Ratibor* contra *Esser, Waldeck, Temme, Kirchmann* y *Gierke* vienen a demostrar una vez más que la *Convención francesa* es y seguirá siendo el faro que ilumina a todas las épocas revolucionarias. La Convención inauguró la era revolucionaria al *separar de sus cargos,* por decreto, *a todos los funcionarios.* Tampoco los jueces son otra cosa que funcionarios, como los tribunales que acabamos de citar atestiguan ante toda Europa. Los caídos turcos y los mandarines chinos podrían refrendar tranquilamente las más recientes decisiones adoptadas por aquellos ¡*altos* tribunales en contra de sus colegas!

Nuestros lectores conocen ya las medidas decretadas por el Tribunal Superior de Berlín y el Tribunal Territorial de Ratibor. Por hoy vamos a ocuparnos del *Tribunal Territorial de Münster.*[383]

Pero, antes, algunas palabras acerca del *Tribunal de Casación del Rin,* con sede en Berlín, que es el *summus pontifex*[a] de la jurisprudencia renana.

Como es sabido, los juristas renanos (con unas cuantas excepciones honrosas) no encontraron nada más urgente que hacer, en la Asamblea del Pacto de Prusia, que curar al gobierno prusiano de sus viejos prejuicios y de su vieja inquina. Le hicieron ver, en efecto, que la oposición mantenida por ellos con anterioridad apenas tenía otra significación que la de los parlamentos franceses antes de 1789, que no era otra cosa que la defensa tozuda y liberal de sus *intereses gremiales.* Como en la Asamblea Nacional francesa de 1789 los parlamentarios liberales, los juristas liberales renanos eran en la Asamblea Nacional prusiana de 1848 *los más valientes entre los valientes* en las huestes del servilismo. La Procuraduría de Justicia de la Prusia renana llegó incluso a sonrojar a los jueces inquistoriales de la vieja Prusia con su "fanatismo político". Y, como es natural, los juristas renanos tenían que seguir defendiendo su fama aún *después* de la disolución de la Asamblea del Pacto. Los laureles del Tribunal Superior de la vieja Prusia no dejaban conciliar el sueño al Tribunal de Casación de la Prusia renana. Su presidente *Esser* envió al magistrado del Alto Tribunal de Revisión *Esser* (que no debe confundirse con los dos Esser de Colonia, hombres "bien intencionados") un escrito análogo al dirigido por el presidente del Tribunal Superior *Mühler* al magistrado del Tribunal Superior *Waldeck.* Pero la Corte de la Prusia renana supo sobrepujar al tribunal de la vieja Prusia. El presidente del Tribunal de Casación del Rin le ganó por la mano a su competidor al cometer la pérfida *grosería* de

[383] El decreto del Tribunal Superior de Justicia de Berlín, así como un comunicado acerca de los decretos del Tribunal Superior estatal de Justicia de Ratibor, Münster y Bromberg fueron publicados en el núm. 174, del 21 de diciembre de 1848, de la *Nueva Gaceta Renana.*

[a] El Papa.

comunicar al público berlinés, en la *Reforma Alemana,*[384] antes de que su destinatario lo conociera, el escrito dirigido al señor Esser. Estamos seguros de que *toda la provincia* renana contestará al escrito del señor Sethe *con un mensaje monstruo dirigido* a *nuestro digno compatriota el señor Esser.*

No es algo lo que huele a podrido en "Dinamarca";[385] es *todo.*

¡Y ahora, vayamos a *Münster*!

Nuestros lectores saben ya de la protesta del Tribunal Territorial de Münster contra la reposición de su presidente *Temme.*

La cosa se desarrolló, sobre poco más o menos, del siguiente modo:

El gobierno de la contrarrevolución había insinuado, directa o indirectamente, al Alto Tribunal secreto, al Tribunal de Casación del Rin y a los tribunales territoriales de Bromberg, Ratibor y Münster que el *rey vería con malos ojos el que volvieran a sus altos puestos hombres como Waldeck, Esser, Gierke, Kirchmann y Temme, que habían seguido tomando parte en las deliberaciones de Berlín y participado en el acuerdo de la denegación de impuestos y que debían, por tanto, protestar contra eso.*

Los altos tribunales de Justicia (el Tribunal de Casación del Rin vaciló en el primer momento, y los grandes artistas consiguieron lo que se proponían, interviniendo al final, en vez de hacerlo al principio) se prestaron todos a la insinuación, enviando protestas desde y hacia Berlín. El *Tribunal Territorial de Münster* cometió la torpeza de manifestarse *directamente ante el rey* (ante el llamado rey *constitucional*) con una protesta contra *Temme,* en la que se dice, literalmente,

> que al participar en las sesiones ilegales de una fracción de la Asamblea Nacional, cuyas sesiones habían sido suspendidas, se colocó en abierta

[384] *Die Deutsche Reform. Politische Zeitung für das Constitutionelle Deutschland:* diario publicado en Berlín de 1838 a 1851; fue órgano de la camarilla de los monarquistas constitucionales.

[385] Alusión a la obra dramática de Shakespeare, *Hamlet,* Acto Primero, escena cuarta.

rebeldía contra el gobierno de Su Majestad y, al votar en favor de la propuesta de denegación de impuestos, se pasó al campo de la revolución y trató de encender la anarquía dentro de la patria.

El memorial prosigue del siguiente modo:

Va en contra de nuestro sentimiento jurídico, de las exigencias del público en cuanto a la integridad del presidente de un Tribunal Territorial de Justicia y a los deberes de éste en lo tocante a la formación de los futuros funcionarios judiciales y a su posición con respecto a los funcionarios inferiores de justicia, el que a la vista de tales antecedentes permanezca en su puesto oficial, dentro de este Tribunal del que formamos parte, dicho *P. P. Temme.* Nos creemos, pues, obligados en conciencia a expresar a vuestra majestad, con el mayor respeto y sumisión, el imperioso deseo de que se nos releve de toda clase de relaciones oficiales con el presidente Temme.

El escrito aparece firmado por todos los miembros del Tribunal, con excepción de un solo magistrado, cuñado, del *ministro de Justicia Rintelen.*

Este ministro de Justicia había enviado al señor Temme, a Münster, el 18 de diciembre, una copia del memorial, "*para que tomara una decisión*", cuando ya Temme se había reintegrado a su cargo en el tribunal *sin protesta por parte de los cobardes.*

En la mañana del 19 de diciembre, según informa la *Gaceta de Düsseldorf,*[386] el señor Temme

se presentó por vez primer a en una sesión plenaria del Tribunal Territorial y asumió su puesto de presidente, junto al presidente sustituto, Von Olfer. Una vez abierta la sesión, pidió la palabra y expuso brevemente, sobre poco más o menos, lo que sigue. Que había recibido un rescripto

[386] *Düsseldorfer Zeitung:* diario publicado en la ciudad de Düsseldorf de 1826 a 1926. Su antecesor, aparecido a partir de 1745, se llamaba *Düsseldorfer Stadt-Anzeiger.* Durante la década de los cuarenta del siglo XIX representaba a las tendencias liberales.

del ministro de Justicia, acompañado de la copia de un escrito. Que este escrito contenía una petición del alto Tribunal al que ahora tenía la honra de pertenecer, en la que se protestaba contra su reintegración al puesto que ocupaba. Que el ministro de Justicia le comunicaba dicho escrito para su conocimiento y "para que tomara una decisión en consonancia con ello". Que la protesta del "alto Tribunal" se basaba, evidentemente, en sus actividades políticas, pero que de éstas, así como de sus opiniones políticas en general, no tenía por qué hablar en aquel lugar, ya que no eran de la incumbencia del "alto Tribunal". En cuanto a su "decisión", la manifestaba ya por el hecho de acudir allí a ocupar su puesto como presidente, haciendo constar ante el "alto Tribunal", que no lo abandonaría a menos que se viera obligado a hacerlo por una sentencia judicial, conforme a derecho. Por lo demás, no comprendía —dijo— por qué la diferencia de ideas políticas tenía que alterar las buenas relaciones entre colegas; por lo menos, en lo que de él dependía —añadió—, "haría todos los esfuerzos por evitar que así sucediera".

Los valientes entre los valientes se quedaron estupefactos, como fulminados por un rayo. Permanecieron mudos, inmóviles, petrificados, como si alguien hubiese lanzado la cabeza de la Medusa en medio del colegio de los mandarines.

¡Pobre Tribunal Territorial de Münster! Acicateado por su celo, procesó y envió a la cárcel a gran número de personas, inculpadas de haber querido llevar a la práctica el acuerdo de la Asamblea Nacional sobre la denegación de impuestos. Con su fallo en contra de señor Temme, pronunciado incluso en las mismas gradas del trono, este buen Tribunal Territorial ha tomado partido, ha emitido, no un juicio, sino un *prejuicio,* y ello le incapacita para seguir desempeñando el papel de juez con respecto al partido contrario.

Recuérdese que la coacción ejercida por la chusma de Berlín sobre la Asamblea Nacional de Prusia sirvió de pretexto para el primer golpe de Estado del ministerio Brandeburgo.[387] Para no coac-

[387] Se trata del traslado de la Asamblea Nacional de Berlín a la ciudad de Brandeburgo.

cionar a los diputados, prosigue, aun *después* de la vuelta de aquéllos a sus casas, el *"acoso"* iniciado contra ellos en Berlín.

En su instrucción, que más abajo reproducimos, dice el ministro de Justicia Rintelen:

> La quimera deliberadamente alimentada por muchos de que, desde marzo del presente año ya no se hallan en vigor las leyes penales anteriores, sobre todo tratándose de delitos contra el Estado, ha contribuido mucho a fomentar la anarquía y tal vez también a ejercer una peligrosa influencia sobre algunos tribunales de justicia.

La mayor parte de los hechos del señor Rintelen y de los tribunales de justicia a él *endeudados* demuestran una vez más que en Prusia, desde la disolución por la fuerza de la Asamblea Nacional, no rige más que *una* ley, que es *el despotismo de la camarilla de Berlín.*

El gobierno prusiano había dictado el 29 de marzo de 1833 la célebre ley disciplinaria en contra de los jueces[388] en virtud de la cual éstos podían ser destituidos, trasladados o jubilados por simple disposición del ministerio de Justicia. La última *Dieta Unificada* derogó esta ley[389] y puso de nuevo en vigor el principio según el cual los jueces sólo podían ser destituidos, trasladados o jubilados por sentencia judicial conforme a derecho. Este principio ha sido confirmado por la Constitución otorgada.[390] ¿No pisotean estas leyes los tribunales que, siguiendo la recta del ministro de Justicia Rintelen, tratan de obligar a los jueces políticamente en entredicho a abandonar sus puestos bajo el peso de una *coacción moral*? ¿No se convierten estos tribunales, al proceder así, en cuerpos de oficiales que expulsan de su seno a quienes profesan ideas políticas que no cuadran a su "honor" monárquico-prusiano?

[388] Se trata de la "Ley acerca de los procedimientos disciplinario y judicial contra los funcionarios", del 29 de marzo de 1844.

[389] Se trata de la "Ordenanza sobre algunas cuestiones fundamentales para la futura Constitución prusiana", del 6 de abril de 1848.

[390] Véase *supra*, nota 340.

¿Y no existe, además, una ley que declara exentos de responsabilidad e inviolables *a los* representantes del pueblo?[391]

¡Ruido y humo!

Si la *Constitución prusiana* no fuese ya un papel mojado por su propio articulado y el modo como nació, lo sería por el mero hecho de tener como suprema salvaguardia al *Tribunal Superior* de *Berlín*. La Constitución se halla salvaguardada por la *responsabilidad de los ministros*, y la *irresponsabilidad de los ministros* tiene su salvaguarda en el tribunal puesto bajo sus órdenes, el cual no es otro que el *Tribunal Superior* de *Berlín*, que ha encontrado su representante clásico en el señor *Mühler*.

Los más recientes rescriptos del Tribunal Superior no son, pues, ni más ni menos que la manifiesta *anulación de la Constitución otorgada*.

En *Austria*, la *burguesía* se convence, gracias a las *amenazas* directas del gobierno, de *pegar fuego* al *Banco*,[392] que el pueblo de Viena dejó *intacto* en los momentos de su mayor y más justa indignación contra el feudalismo financiero, de que su traición contra el proletariado ha dejado abandonado precisamente aquello que su traición creía asegurar, a saber, la *propiedad burguesa*. En *Prusia*, con su cobarde confianza en el gobierno y su traidora desconfianza contra el pueblo, la *burguesía* ve amenazada lo que constituye la inexcusable *garantía de la propiedad burguesa:* la *administración burguesa de justicia*.

Con la supeditación de la judicatura, la propia administración burguesa de justicia queda supeditada al gobierno, lo que vale tanto como decir que el derecho burgués es desplazado por el despotismo de los funcionarios. *La bourgeoisie séra punie, par où elle a*

[391] Se trata de la "Patente sobre la publicación de las leyes del reino, concernientes al procedimiento en caso de demandas judiciales contra los miembros de la Dieta Unificada del reino", del 14 de octubre de 1838.

[392] Con el regreso del gobierno contrarrevolucionario austriaco en diciembre de 1848, se insistió ante el Banco de Viena en la cuestión del empréstito forzoso después de la reinstalación del *Reichstag*. El gobierno pudo, no obstante, contraer primero la deuda y luego amenazar al Banco con la confiscación de todos los fondos.

péché —la burguesía será castigada por donde ha pecado—, por el *gobierno.*

Que las serviles declaraciones de los más altos tribunales no son más que los primeros síntomas de la inminente transformación absolutista de los tribunales judiciales, lo revela la siguiente instrucción que el ministro de Justicia ha expedido recientemente:

> Ya mi predecesor en el cargo ha recordado, con su instrucción general del 8 de octubre del corriente año, que es deber preferente de las autoridades de justicia velar por el respeto y la eficacia de las leyes y que cumpliendo esta misión es como mejor sirven al país, ya que la verdadera libertad sólo puede prosperar con base en la ley. De entonces acá, se han producido, desgraciadamente, en muchos sitios gravísimos brotes de manejos anárquicos en desprecio de la ley y del orden; han llegado a producirse en algunas partes del país rebeliones violentas contra la autoridad, no siempre reprimidas con la necesaria energía. A la vista de tan lamentable situación, y en estos momentos, en que el Gobierno de Su Majestad el Rey ha dado un paso decisivo para salvar al Estado del abismo hacia el que se le empujaba, me dirijo de nuevo a las Autoridades Judiciales y a los señores procuradores de Justicia de todo el país para intimarlos a cumplir con su deber en todas partes y sin miramientos hacia las personas. Ningún culpable, sea el que fuere, deberá dejar de ser castigado por la vía más rápida y con la pena dictada por la ley.
>
> Con el más profundo pesar he debido enterarme, tanto por los informes de algunas autoridades del país como por la prensa, de que algunos funcionarios de justicia, haciendo caso omiso de los deberes especiales que su cargo les impone, se han dejado arrastrar a cometer actos manifiestamente contrarios a la ley o no han dado pruebas de la valentía y la firmeza necesarias para poner freno con éxito al terrorismo. Espero que, después de comprobar los hechos y de instruir, en su caso, el sumario oportuno, se procederá también en contra de estas personas, sin la menor consideración y del modo más expedito, ya que los funcionarios adscritos a la administración de justicia, obligados a velar por el respeto a las leyes, delinquen doblemente cuando las infringen; y el acelerar los procedimientos, en estos

casos, constituye una necesidad mayor, ya que no debe dejarse en manos de funcionarios así el manejo del derecho. Si entre los culpables se encontraran funcionarios contra los cuales, según las normas vigentes no se pueda, sin autorización superior, instruir un sumario formal o decretar la suspensión de sus funciones, medida que, en casos como éstos, deberá tomarse siempre en consideración, deberá, a la vista de las circunstancias del caso y con el fin de incoar el sumario, procederse sin espera a recibir instrucciones especiales, procediendo luego a recabar con la mayor premura la necesaria autorización. Por lo que se refiere a los jueces auxiliares y otros funcionarios subalternos de justicia, no debe perderse de vista que existen preceptos especiales para su eliminación del servicio.

La quimera alimentada por muchos de que desde marzo del presente año ya no se hallan en vigor las leyes penales anteriores, sobre todo tratándose de delitos contra el Estado, ha contribuido mucho a fomentar la anarquía y tal vez también a ejercer una peligrosa influencia sobre algunos tribunales de Justicia. Teniendo en cuenta el magnífico espíritu que prevalece entre los funcionarios de Justicia de Prusia y que en su conjunto se mantiene indemne, bastará con remitirse al conocido principio jurídico según el cual las leyes permanecen en vigor mientras no sean derogadas o modificadas por la vía legislativa, y a la expresa y taxativa disposición contenida en el artículo 108 del texto constitucional del 5 del corriente, para estar seguros de que los dignos y honorables funcionarios de Justicia de Prusia, sin menoscabo de su interés por la verdadera libertad, por la libertad moral y del Estado, pondrán por encima de todo el respeto a la ley y el orden.

Fieles a estos principios y despreciando todo peligro personal, marcharemos hacia adelante, seguros de triunfar sobre el delito y sobre la anarquía. Así será precisamente como contribuiremos de un modo esencial a que el Estado Prusiano, en otro tiempo tan brillante, vuelva a mostrarse en toda su fuerza moral y no siga tolerando, para decirlo con las palabras de un excelente diputado del Parlamento de Francfort, que campeen entre nosotros la desvergüenza y la violencia.

Los señores presidentes de los Tribunales y el señor Procurador General de Colonia deberán, a la vista de la presente Instrucción, cursar las

órdenes necesarias a los funcionarios de su jurisdicción y poner en mi conocimiento contra qué funcionarios y por qué delitos se han incoado suspensiones o sumarios.

Berlín, 8 de diciembre de 1848.

El ministro de Justicia *Rintelen*

Si algún día triunfa en Prusia la revolución, tendrá que hacer lo que en su tiempo hizo la revolución de Febrero: dar un decreto suprimiendo la inamovilidad de la vieja judicatura. En las declaraciones auténticas del *Tribunal de Casación del Rin,* del *Tribunal Superior de Berlín* y de los *Tribunales Territoriales de Bromberg, Ratibor y Müns*ter encontrará la renuncia documental de esta casta a su privilegio.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 177, 24 de diciembre de 1848]

EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO

[C. MARX]

COLONIA, 31 DE DICIEMBRE. JAMÁS UN MOVIMIENTO REVOLUCIOnario tuvo una obertura tan edificante como la revolución de 1848. El Papa la bendijo canónicamente y las cuerdas del arpa eólica de Lamartine vibraron con las melancólicas melodías filantrópicas que tenían como letra *la fraternité,* la fraternización de los individuos y de las naciones.

¡Abracémonos, millones,
Besemos al universo entero![393]

En este momento el Papa se halla en Gaeta, expulsado de Roma y acogido a la protección del rey Fernando, mezcla de tigre y de idiota, el *Iniciatore* de Italia,[394] e intriga contra ésta con su enemigo jurado e innato, Austria, a quien en sus tiempos felices amenazara con la excomunión. Las recientes elecciones a la Presidencia de Francia han suministrado los datos estadísticos sobre la impopularidad de Lamartine, el traidor.[395] Nada más filantrópico, más huma-

[393] Tomado de la oda "A la alegría", de Schiller.

[394] El papa Pío IX dirigió, tan pronto fue electo en 1846, avanzadas reformas liberales, emprendiendo así cambios para desviar el movimiento popular (principalmente, una amnistía parcial para los presos políticos y abolición de la censura). Después del levantamiento insurreccional en Roma, el papa Pío IX escapó, el 24 de noviembre de 1848, hacia Gaeta.

[395] En las elecciones presidenciales del 10 de diciembre de 1848 en Francia, Luis Bonapar-

no, más débil que las revoluciones de Febrero y Marzo; nada, en cambio, más brutal que las necesarias consecuencias de este *humanismo de la debilidad.* Testigos: Italia, Polonia, Alemania y, sobre todo, los vencidos de junio.

Sin embargo, con la derrota de los obreros franceses en junio, quedaron derrotados también los vencedores de las mismas jornadas. Ledru-Rollin y los otros hombres de la Montaña[396] fueron desplazados por el partido de los republicanos burgueses, por el partido del *National;*[397] el partido del *National* fue desplazado por la oposición dinástica,[398] Thiers-Barrot, y ésta, a su vez, habría cedido el puesto a los legitimistas[399] si no se hubiese cerrado ya el ciclo de las tres restauraciones y Luis Napoleón fuese algo más que la urna vacía en que los campesinos franceses depositaron los sufragios que anunciaban su incorporación al movimiento revolucionario-social y los obreros de Francia sus votos condenando a todos los dirigentes de las épocas recorridas, los Thiers-Barrot, los Lamartine y los Cavaignac-Marrast. Pero consignemos el hecho de que la derrota de la clase obrera revolucionaria francesa acarreó como inevitable consecuencia la derrota de la burguesía francesa republicana, ante la que acabamos de sucumbir.

La derrota de la clase obrera en Francia y la victoria de la burguesía francesa representaban, al mismo tiempo, el nuevo amordazamiento de las nacionalidades que habían respondido con sus heroicos intentos de emancipación al canto del gallo galo.[400] Polonia, Italia e Irlanda volvieron a verse violadas, incendiadas y pasadas a cuchillo por los esbirros prusianos, austriacos e ingleses. La

te obtuvo 5 430 000 votos. Lamartine, el candidato del partido del *National,* evidenció un completo fracaso al obtener apenas 17 900 votos, cifra muy inferior a cualquiera de la obtenida por Cavaignac, Ledru-Rollin y Raspail.

[396] *La Montaña:* se trata del grupo político dirigido por Ledru-Rollin. Eran republicanos y demócratas pequeñoburgueses, cuyo órgano público era el *Réforme.* Más tarde se unirían a los socialistas pequeñoburgueses dirigidos, por Louis Blanc.

[397] Véase *supra,* nota 117.

[398] Véase *supra,* nota 120.

[399] Véase *supra,* nota 121.

[400] Véase *supra,* nota 281.

derrota de la clase obrera en Francia y la victoria de la burguesía francesa, fueron, al mismo tiempo, la derrota de las clases medias en todos los países europeos, donde las clases medias, unidas por un momento al pueblo, habían respondido al canto del gallo galo con su sangriento levantamiento en contra del feudalismo. ¡Nápoles, Viena, Berlín! La derrota de la clase obrera en Francia y la victoria de la burguesía francesa señalaron, a la vez, el triunfo de Oriente sobre Occidente, la derrota de la civilización por la barbarie. En la Valaquia, comenzó la opresión de los romanos por los rusos y sus instrumentos, los turcos,[401] en Viena, la libertad germánica se vio estrangulada por croatas, panduros,[402] checos, serechanos[403] y demás canalla, y en los actuales momentos el zar se halla omnipresente en Europa. De allí que el derrocamiento de la burguesía en Francia, el triunfo de la clase obrera francesa y la emancipación de la clase obrera en general sean hoy la consigna de la liberación europea.

Ahora bien, el país que convierte a naciones enteras en proletarios suyos, que envuelve en la maraña de sus gigantescos ejércitos a todo el mundo, que ya una vez ha cubierto con su dinero los gastos de la restauración europea y en cuyo seno se han desarrollado las contradicciones de clase hasta cobrar su forma más acusada y desvergonzada, *Inglaterra,* parece la roca contra la que se estrellan las olas de la revolución y que asfixia por el hambre ya en la entraña materna a la nueva sociedad. Inglaterra domina el mercado mundial. Una transformación de las condiciones económico-nacionales en cualquier país del continente europeo o en todo el continente europeo en su conjunto sin Inglaterra, es una tem-

[401] En junio de 1848, en la Valaquia (Bucarest), después de la huida del príncipe Bibesko ante las fuerzas liberales, se formó un Gobierno provisional que impulsó una serie de reformas liberales, una Constitución según el modelo europeo y también un acuerdo de paz con los turcos.

[402] Véase *supra,* nota 83.

[403] *Serechanos:* desde 1700, los serechanos fueron agregados a los regimientos austriacos fronterizos, para las campañas menores de defensa contra los turcos, como tropas de caballería que hacían las funciones de exploración y vanguardia.

pestad en un vaso de agua.[404] Las condiciones de la industria y el comercio dentro de cada nación se hallan dominadas por sus relaciones de tráfico con otras naciones y por su actitud ante el mercado mundial. Inglaterra domina al mercado mundial y la burguesía domina a Inglaterra.

La liberación de Europa, ya se trate del levantamiento hacia la independencia de las nacionalidades oprimidas o del derrocamiento del absolutismo feudal, se halla condicionada, consiguientemente, por el levantamiento victorioso de la clase obrera francesa. Pero toda revolución social en Francia se estrella necesariamente contra la burguesía de Inglaterra, contra la dominación mundial, industrial y comercial de la Gran Bretaña. Lo mismo en Francia que en el resto del continente europeo en general, toda reforma social parcial queda reducida, cuando pretende ser definitiva, a un vacuo y piadoso deseo. Y la vieja Inglaterra sólo se verá derrocada por una *guerra mundial,* la única que puede brindar al partido cartista,[405] al partido obrero inglés organizado, las condiciones necesarias para un levantamiento victorioso contra sus gigantescos opresores. Cuando los cartistas se hallen a la cabeza del gobierno inglés habrá llegado el momento de que la revolución social pase del reino de la utopía al reino de la realidad. Y toda *guerra europea* en que se vea envuelta Inglaterra será una guerra mundial. Se librará en el Canadá y en Italia, en las Indias orientales y en Prusia, en África y en el Danubio. Y la guerra europea será la primera consecuencia a que conducirá la revolución obrera victoriosa en Francia. Inglaterra volverá a ponerse, como en tiempos de Napoleón, a la cabeza de los ejércitos contrarrevolucionarios, pero la guerra misma se encargará de colocarla al frente del movimiento revolucionario y de hacer que se redima de sus pecados contra la revolución del siglo XVIII.

[404] *Tempestad en un vaso de agua:* era el símil para una excitación en un distrito fronterizo que no produjo ninguna consecuencia; Montesquieu lo aplicó con respecto a las confusiones subsistentes en la pequeña República de San Marino.

[405] Véase *supra,* nota 49.

Levantamiento revolucionario de la clase obrera francesa y guerra mundial: he allí el programa con que se abre el año 1849.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 184, 1 de enero de 1849]

UN DOCUMENTO AUTÉNTICO DE LA BURGUESÍA

[C. MARX]

COLONIA, 4 DE ENERO. ES BIEN SABIDO QUE EN NINGUNA PARTE reviste la caridad pública formas más nobles y más generosas que en Inglaterra, donde más desarrollada se halla la dominación de la burguesía. Las *workhouses* inglesas —que son, literalmente, establecimientos públicos en que la población obrera sobrante va vegetando a expensas de la sociedad burguesa— hermanan de una manera verdaderamente refinada la caridad a la *venganza* que la burguesía siente contra los menesterosos que se ven obligados a apelar a la caridad pública. No sólo se alimenta a estos pobres diablos con la comida más mísera y más escasa, que apenas basta para su sustento y su reproducción física, sino que, además, se limita su actividad a un repugnante trabajo ficticio, improductivo, que embota su espíritu y su cuerpo, por ejemplo a mover los molinos para moler piedra. Y para que estos desventurados se percaten bien de cuán grande es su crimen, consistente en haberse convertido en materia gravosa para los llamados por el nacimiento a explotarlos, en vez de ser, como en el curso ordinario de la vida, materia explotable y lucrativa para la burguesía, a la manera como los barriles de aguardiente almacenados son materia gravosa para el tratante en alcohol; para que paren mientes en lo imperdonable que es este delito, se les priva de todo lo que el más vil delincuente puede disfrutar, del trato con sus mujeres y sus hijos, de la conversación, del lenguaje, de todo. Y, sin embargo, incluso esta "*cruel cari-*

dad" de la burguesía inglesa se basa, no precisamente en motivos emocionales, sino en razones muy prácticas, perfectamente calculadas. De una parte, el orden burgués y la actividad comercial saldrían alarmantemente quebrantados si de pronto los menesterosos de la Gran Bretaña se vieran lanzados a la calle. Y, de otra parte, la industria inglesa atraviesa tan pronto por periodos de febril superproducción, en que apenas puede satisfacer la demanda de brazos y en que, sin embargo, hay que conseguirlos lo más barato que sea posible, como por periodos de languidez comercial en que la producción va muy por delante del consumo y en que sólo a duras penas es posible mantener ocupada con medio sueldo a la mitad de la población obrera. Pues bien, ¿cabe imaginarse medio más ingenioso que las *workhouses* para mantener siempre dispuesto un ejército de reserva con vistas a los periodos favorables y mientras tanto, durante los periodos comerciales peores, disciplinarlos en estos establecimientos gratos a Dios hasta convertirlos en máquinas carentes de voluntad, sumisas, sin pretensiones y sin necesidades?

La burguesía prusiana le lleva a la inglesa cierta ventaja, puesto que a la política soberbia británica, que recuerda a los romanos de los tiempos paganos, opone ella su reverente y servil humillación y sumisión cristiana ante el trono, el altar, el ejército, la burocracia y el feudalismo; en vez de la energía comercial capaz de someter a su férula continentes enteros, la burguesía prusiana sabe reptar con la paciencia china del pequeño tendero, y lo que en los ingleses es el gigantesco e inquieto espíritu inventivo de la industria, es en los prusianos el apego honesto y austero a las viejas ordenanzas semigremiales. Pero hay un punto en que la burguesía prusiana se acerca a su ideal británico: los *malos tratos descarados* que una y otra dan *a la clase obrera.* Y si, como corporación, tomada en bloque y en general, marcha también en esto a la zaga de los británicos, ello se debe sencillamente a que, en bloque, como *clase nacional,* por falta de valor, de inteligencia y de energía, no ha llegado ni llegará jamás a nada importante. No existe sobre un plano *nacional;* sólo tiene una existencia *provincial, local, recatada, urbana,* y bajo *estas*

formas se enfrenta a la clase obrera con una dureza aún más despiadada que la burguesía inglesa. ¿Por qué los pueblos, desde el periodo de la Restauración, seguían suspirando por Napoleón, a quien habían encadenado a una roca solitaria del Mediterráneo? Porque el despotismo de un genio es siempre más tolerable que el despotismo de un idiota. Esto explica por qué, a pesar de todo, el obrero inglés puede mostrar todavía cierto honor nacional ante el obrero alemán, porque el amo que a él le maniata, agarrota al mundo entero, mientras que el amo del obrero alemán, el burgués alemán, es el *siervo de todo el mundo,* y nada hay tan fatal y tan humillante como ser *siervo de un siervo.*

Como documento histórico que acredita el cinismo de nuestra burguesía frente a la clase obrera, reproduciremos textualmente la *Carta de Trabajo* que se obliga a firmar a los proletarios que trabajan en las obras urbanas de la humanitaria ciudad de Colonia.

Carta de trabajo

§ 1. Todo obrero deberá acatar fiel y puntualmente las órdenes e instrucciones de *todos los vigilantes de la ciudad,* que han prestado al mismo tiempo juramento como *empleados de la policía.* La *desobediencia* a estas órdenes *o la resistencia a cumplirlas será castigada con el despido inmediato.*

§ 2. Ningún obrero podrá pasar de su sector a otro ni abandonar el lugar en que trabaje *sin autorización especial del vigilante de la obra.*

§ 3. Será despedido el obrero que sustraiga de otro sector carretillas o herramientas para emplearlas en su trabajo.

§ 3. La embriaguez, la perturbación del orden o las disputas o reyertas se castigarán con el despido inmediato. *Cuando haya lugar a ello,* los culpables serán denunciados, además, ante los tribunales competentes.

§ 5. Quien se presente al trabajo *diez minutos* después de la hora quedará excluido del trabajo *durante medio día;* a la tercera vez que lo haga, *podrá* ser definitivamente despedido.

§ 6. Cuando un obrero abandone el trabajo o sea castigado a perder-

lo, se le liquidará al siguiente día regular de pago con arreglo a los servicios prestados por él.

§ 7. Cuando un obrero sea despedido, se hará constar así en su carta de trabajo. Caso de que haya sido despedido como castigo, el obrero, *si las circunstancias así lo aconsejan,* no podrá volver a trabajar en la misma obra ni en ninguna de las obras de la ciudad.

§ 8. Del despido de los obreros en concepto de castigo y de sus causas se dará cuenta en todos los casos *a las autoridades de la policía.*

§ 9. Las *quejas* que los obreros crean tener contra los vigilantes de las obras deberán hacerse llegar *al jefe de las obras de la ciudad* por medio de una delegación formada por tres obreros elegidos por los demás. El jefe de las obras, después de investigar el fundamento de la queja, *decidirá acerca de ella.*

§ 10. La jornada de trabajo durará desde las seis y media de la mañana hasta las 12 y desde la 1 de la tarde hasta que anochezca. (¡Hermoso estilo!)

§ 11. Quien desee trabajar en las obras deberá someterse a estas condiciones.

§ 12. Los pagos se efectuarán los sábados por la tarde en el lugar de trabajo.

El inspector jurado de las obras
cuyas órdenes deberán ser acatadas [...]
Colonia...

Firma o signo	del obrero	Adscrito al sector P. P. y ha, etc.

Firma del inspector de la obra.

¿Podrían ser más asiáticos, en su modo de ordenar, los decretos del autócrata de todas las Rusias a sus súbditos?

"Acatar fiel y puntualmente las órdenes de *todos* los vigilantes *de la ciudad,* que han prestado al mismo tiempo juramento como *empleados de la policía.*" "La *desobediencia* o la *resistencia* a estas órdenes será castigada con el despido *inmediato.*" Es decir, por enci-

ma de todo *¡obediencia pasiva!* Claro que, según el § 9, los obreros tienen derecho a "quejarse ante el jefe de las obras de la ciudad". Y este rajá decidirá irrevocablemente, como es natural, *en contra de los obreros,* aunque sólo sea para que el principio de autoridad quede a salvo. Y cuando haya recaído su decisión y el obrero se halle bajo el interdicto de la ciudad, ¡ay de él, pues desde ahora caerá bajo *vigilancia policiaca*! Hasta la última apariencia de su libertad civil desaparecerá, ya que, según el § 8, "del despido de los obreros en concepto de castigo se dará cuenta en todos los casos a las *autoridades de la policía*".

Pero vamos a ver, señores: si despiden ustedes al obrero, si rescinden el contrato por virtud del cual se comprometía a entregarles a ustedes *su trabajo* a cambio de recibir *su salario,* ¿qué diablos tiene que ver la *policía* con esta rescisión de un *contrato civil*? ¿Acaso el obrero que trabaja para la ciudad es un reo de trabajos forzados? ¿Se le *denuncia a la policía porque* ha faltado al respeto sumiso que os debe, a sus deberes innatos hacia una autoridad sabia e infalible? ¿No os reiríais del ciudadano que os *denunciara a la policía* por haber incumplido un contrato de suministro o no haber pagado a su debido tiempo una letra de cambio vencida, o sencillamente por haber bebido más de la cuenta en la noche última del año? Claro que sí. Pero, tratándose de obreros, os consideráis fuera de toda relación contractual de derecho civil y os encaramáis en el trono sobre ellos, con toda la arrogancia de *señores por la Gracia de Dios.*

Según el § 5, quien llegue *diez minutos* más tarde será castigado con pérdida de *medio día de trabajo.* ¡Vaya una proporción entre la transgresión y la pena! ¡Vosotros lleváis *siglos* de retraso, y al obrero que llegue a trabajar *10 minutos* después de las seis y media de la mañana, lo castigáis con la pérdida de *medio día*!

Por último, para que esta patriarcal arbitrariedad no sufra el menor detrimento y el obrero se halle totalmente a merced de vuestro capricho, confiáis el modo de castigarle, en todo lo posible, al mejor parecer de vuestros criados de librea. *"Cuando haya lugar a*

ello", es decir, cuando vosotros lo creáis oportuno, los culpables, según el § 4, además de ser despedidos y denunciados a la policía, serán entregados "a los tribunales competentes". Y, a tenor del § 5, el obrero *"podrá"* ser "definitivamente despedido" a la tercera vez que llegue al trabajo diez minutos después de las seis y media de la mañana. Según el § 7, *"si las circunstancias así lo aconsejan"*, el obrero despedido "no podrá volver a trabajar en la misma obra ni en *ninguna* de las obras de la ciudad", etcétera, etcétera.

¿Qué enorme margen se deja a la rabia del burgués malhumorado en este código criminal de nuestros Catones urbanos, de estos grandes hombres acostumbrados a morder el polvo ante los altos dignatarios de Berlín?

Por el botón de muestra de esta ley es fácil darse cuenta de cuál sería *la Carta que nuestra burguesía,* si llegara al poder, *otorgaría al pueblo.*

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 187, 5 de enero de 1849]

LA LUCHA DE LOS MAGIARES[406]

COLONIA, ENERO. MIENTRAS QUE EN ITALIA ASISTIMOS YA AL primer contragolpe provocado por la contrarrevolución del verano y el otoño pasados, en las planicies húngaras se da cima a la última batalla para reprimir el movimiento surgido directamente de la revolución de Febrero. El nuevo movimiento italiano es el preludio del movimiento de 1849; la guerra contra los magiares, el epílogo del movimiento de 1848. Es probable que este epílogo se enlace todavía con el nuevo drama que silenciosamente está preparándose.

Este epílogo es también heroico, a la manera de las primeras escenas de la tragedia revolucionaria del 48, representadas en rápida sucesión, como la caída de París y Viena, bienhechoramente heroico tras las escenas en parte grises y en parte mezquinas del intermedio de los meses de junio a octubre. El acto final de 1848 se enlazó con el primer acto de 1849 por medio del *terrorismo*.

Por primera vez en el movimiento revolucionario de 1848, por vez primera desde 1793, se atreve una nación cercada por la supremacía contrarrevolucionaria a oponer a la cobarde furia contrarre-

[406] En este artículo, como en otros (por ejemplo en el titulado "El paneslavismo democrático", de Engels), se manifiesta una clara oposición a las diversas formas de la ideología nacionalista de los pueblos eslavos. Marx y Engels pensaban en ese entonces que el desarrollo de estos pueblos tenía que ir de acuerdo con el desarrollo histórico de Austria y postulaban la idea (igualmente válida, según su criterio, para otros países, como México) de que los pequeños países serían absorbidos por las grandes naciones desarrolladas.

volucionaria la pasión revolucionaria, a oponer a la *terreur blanche*[a] la terreur *rouge.*[b] Por primera vez desde hace mucho tiempo se alza ante nosotros un temperamento verdaderamente revolucionario, un hombre que osa levantar en nombre de su pueblo el guante de una lucha desesperada y en quien se hermana, dentro de su nación, las personalidades de Danton y de Carnot en una sola: *Ludwig Kossuth.*

La superioridad de fuerzas es enorme. Toda Austria, con 16 mill[ones] de eslavos fanatizados por delante, contra 4 millones de magiares. En la Hungría armada, organizada e inflamada de entusiasmo por Kossuth volvemos a encontrarnos con la insurrección en masa, la fabricación nacional de armas, los asignados, los procesos sumarios contra cuantos intentan obstruir el proceso revolucionario, la revolución permanente, en una palabra, con todos los rasgos distintivos del glorioso año 1793. Esta organización revolucionaria, que debe ponerse en pie, por así decirlo, en término de veinticuatro horas si no se quiere perecer, es la que faltó en Viena, la que, de haber existido, jamás habría dejado el paso libre a Windischgrätz. Vamos a ver si logra entrar en Hungría, desafiando a esta organización revolucionaria.

Veamos un poco de cerca cómo está planteada la lucha y cuáles son los partidos contendientes.

La monarquía austriaca surgió del intento de unificar a Alemania bajo una sola corona, a la manera como habían logrado hacerlo los reyes de Francia, hasta llegar a Luis XI. El intento se estrelló contra el lamentable localismo de los alemanes y de los austriacos y el congruente espíritu de pequeños tenderos de la casa de Habsburgo. En vez de recibir a Alemania entera, los Habsburgos obtuvieron solamente aquellos territorios del sur de Alemania que se hallaban en pie directo de lucha con algunos grupos dispersos de origen eslavo o en los que la nobleza feudal y la burguesía alemanas coligadas sojuzgaban a los pueblos eslavos. En ambos casos necesitaban los

[a] Terror blanco.
[b] Terror rojo.

alemanes de cada provincia ser apoyados desde fuera. Dicha ayuda les fue prestada mediante la asociación en contra de los eslavos, asociación que se estableció agrupando a las provincias en cuestión bajo el cetro de los Habsburgos.

Así surgió la Austria alemana. Basta con leer en cualquier compendio de historia cómo nació la monarquía austriaca, cómo se desintegró y volvió a aglutinarse, siempre en lucha contra los eslavos, para comprender cuán ajustada a la verdad es esta imagen que trazamos.

La Austria alemana linda con Hungría. En Hungría libraban los magiares la misma lucha que los germanos en la Austria alemana. La cuña alemana incrustada entre los bárbaros eslavos en el archiducado de Austria y Estiria tendía la mano a la cuña magiar del Leitha, incrustada también entre bárbaros eslavos. Así como en el Sur y en el Norte, en Bohemia, Moravia, Carintia y Carniola, la nobleza alemana dominaba y germanizó a las tribus eslavas, arrastrándolas así al movimiento europeo, en el Sur y en el Norte, en Croacia, Eslavonia y las tierras cárpatas, vemos cómo la nobleza magiar impuso su dominación a otras tribus eslavas. Los intereses de ambas noblezas aparecían identificadas y sus adversarios eran aliados naturales. La alianza entre los magiares y los alemanes austriacos respondía a una necesidad. Y para que esta alianza se hiciera indisoluble sólo faltaba que se produjera un hecho grande, que se desencadenara un ataque importante contra ambos. Este hecho sobrevino con la conquista del Imperio bizantino por los turcos. Los turcos amenazaban a Hungría y, en segunda instancia, a Viena, y Hungría se incorporó indisolublemente, por siglos, a la casa de los Habsburgos.

Pero los enemigos comunes de Hungría y Austria fueron perdiendo vigor, poco a poco. El Imperio turco cayó en la impotencia y los eslavos no tenían ya la fuerza necesaria para levantarse contra los magiares y los alemanes. Más aún, una parte de la nobleza alemana y magiar que dominaba los países eslavos adoptó la nacionalidad austriaca, con lo que las mismas naciones eslavas quedaban interesadas en el mantenimiento de una monarquía cada vez más

obligada a defender a la nobleza contra la población alemana y magiar que iba desarrollándose en sus territorios. Las contradicciones nacionales desaparecieron, y la casa de los Habsburgos cambió de política. La misma casa de Habsburgo, que se había encaramado sobre el trono imperial alemán sobre los hombros de los filisteos alemanes, se convirtió más resueltamente que cualquier otra dinastía en la representante de la nobleza feudal, en contra de la burguesía.

En este sentido participó Austria en el reparto de Polonia. Los grandes estarostas y voivodos de Galizia, los Potockis, los Lubomirskis y los Czarioryskis traicionaron a Polonia para entregarse a Austria y se convirtieron en los más firmes puntales de la casa de Habsburgo, la que, a cambio de ello, les garantizaba sus posesiones contra los ataques de la baja nobleza y la burguesía.

Pero la burguesía de las ciudades iba adquiriendo cada vez mayores riquezas e influencia, y la agricultura, cuyo progreso crecía en la industria, asignaba a los campesinos una posición distinta frente a los terratenientes. El movimiento de los burgueses y los campesinos contra la nobleza se tornaba cada vez más amenazador. Y como el movimiento de los campesinos, que son en todas partes portadores de la estrechez local y nacional, es necesariamente, por ello mismo, un movimiento local y nacional, con él resurgían al mismo tiempo las viejas luchas nacionales.

Así las cosas, hizo Metternich su jugada genial. Con excepción de los barones feudales todopoderosos, arrebató al resto de la nobleza toda influencia en la dirección del Estado. Despojó de su fuerza a la burguesía atrayéndose a los más poderosos barones de las finanzas, como no tuvo más remedio que hacer, pues la obligaban a ello las exigencias financieras. De este modo, apoyada en los grandes señores feudales y en la alta finanza, a la vez que en la burocracia y el ejército, alcanzó con mayor perfección que todos sus rivales el ideal de la monarquía absoluta. A los burgueses y los campesinos de cada nación los tenía a raya con la nobleza de la misma nación y los campesinos de las demás, y a la nobleza de cada nación por el miedo a los burgueses y los campesinos de ella. Los diferentes inte-

reses de clase, limitaciones nacionales y prejuicios locales, por muy complicados que fuesen, se contrarrestaban unos a otros perfectamente y dejaban al viejo bribón de Metternich la más completa libertad de movimientos. Cuán lejos llegó en esta política de azuzar a los pueblos unos contra otros lo demuestran las matanzas de Galizia,[407] donde Metternich logró reprimir mediante los campesinos de la Rutenia,[408] guiados por el fanatismo religioso y nacional, el movimiento democrático polaco, iniciado en interés de los propios campesinos.

El año 1848 comenzó creando en Austria el desbarajuste más espantoso, al dejar por un momento en libertad a todos estos diferentes pueblos, que hasta ahora había logrado Metternich que se esclavizaran unos a otros. Alemanes, magiares, checos, polacos, moravos, eslovacos, croatas, rutenos, rumanos, ilirios, servios, se enredaron en conflictos unos con otros, al paso que en el seno de cada una de estas naciones luchaban también entre sí las diferentes clases. Pero pronto se hizo el orden dentro del caos. Los contendientes se dividieron en dos grandes campos: de una parte, al lado de la revolución, los alemanes, los polacos y los magiares; de otra, al lado de la contrarrevolución, los demás, todos los eslavos, exceptuando a los polacos, los rumanos y los sajones de Transilvania.

¿De dónde arranca esta división por naciones; sobre qué hechos descansa?

Esta división responde a toda la historia anterior de los pueblos de que se trata. Es el comienzo de una decisión a vida o muerte sobre todas estas grandes y pequeñas naciones.

Así lo demuestra toda la historia anterior de Austria hasta nues-

[407] En febrero de 1848 dieron inicio, en los territorios polacos, levantamientos populares de apoyo al movimiento de liberación nacional. El movimiento tomó auge en Cracovia y Galizia, donde tuvo lugar una sublevación campesina. Las autoridades austriacas aprovecharon el odio de los esclavizados campesinos ucranianos contra las incursiones de los polacos, logrando así, en la mayoría de los casos, azuzar a los campesinos levantiscos contra las tropas polacas.

[408] *Rutenos:* término difundido por la etnografía y la historia burguesas del siglo XIX para la población ucraniana de Galizia y de los territorios de los Cárpatos y Bukovina.

tros días, y el año 1848 ha venido a confirmarlo. De todas las naciones y nacioncitas de Austria solamente tres, los *alemanes,* los *polacos* y los *magiares,* han sido factores de progreso, han tenido una participación activa en la historia y siguen siendo todavía hoy naciones dotadas de vitalidad. Por eso mantienen actualmente una actitud revolucionaria.

Todos los demás grandes y pequeños pueblos y tribus no tienen, por encima de todo, otra misión que la de perecer en la tormenta revolucionaria. Por eso son actualmente contrarrevolucionarios.

Por lo que se refiere a los *polacos,* nos remitimos a nuestro artículo sobre el debate de Francfort acerca de ellos.[c] Para refrenar su espíritu revolucionario, ya Metternich hubo de recurrir a los rutenos, pueblo que se distingue de los polacos por su dialecto algo distinto, y sobre todo por la religión ortodoxa griega, que siempre había formado parte de Polonia y de la que Metternich ha hecho creer que los polacos son sus opresores. ¡Como si en la vieja Polonia no hubieran vivido oprimidos los propios polacos, ni más ni menos que los rutenos, como si, bajo el yugo austriaco, no fuese Metternich su opresor común!

Eso, por lo que se refiere a polacos y rutenos, pueblos, por lo demás, a quienes la historia y la situación geográfica mantienen tan aparte de la Austria propiamente dicha, que lo primero que hemos tenido que hacer aquí ha sido dejarlos a un lado, para poder poner en claro el resto del embrollo existente entre estos pueblos.

Pero digamos, antes de seguir adelante, que los polacos dan pruebas de gran penetración política y de auténtico sentido revolucionario cuando ahora se alían a sus viejos enemigos, los alemanes y los magiares, contra la contrarrevolución paneslavista. Solamente así puede demostrar su vitalidad y asegurarse con ello el porvenir un pueblo eslavo que antepone la libertad al eslavismo.

Y ahora, pasemos a hablar de la Austria propiamente dicha.

Austria, situada al sur de los Sudetes y los Cárpatos, el valle alto, del Elba y la cuenca media del Danubio, es un país que en la alta

[c] Véase *supra,* pp. 227-292.

Edad Media se hallaba poblado exclusivamente por eslavos. Por su lengua y sus costumbres, estos eslavos pertenecían al mismo tronco étnico que los eslavos de Turquía, los servios, los bosniacos, los búlgaros y los eslavos de la Tracia y la Macedonia: al tronco de los llamados sudeslavos, por oposición a los polacos y los rusos. Aparte de estas ramas eslavas afines, el inmenso territorio que va del mar Negro al bosque de Bohemia y a los Alpes tiroleses se hallaba poblado solamente al sur de los Balcanes por algunos griegos y en las tierras del bajo Danubio por tribus sueltas de valacos de habla románica.

En esta compacta masa eslava se incrustaron en forma de cuña, por el Oeste, los alemanes, y por el Este los magiares. El elemento germano conquistó la parte occidental de Bohemia y avanzó por ambos lados del Danubio hasta más allá del Leitha. Fueron germanizados el archiducado de Austria, una parte de Moravia y la mayor parte de Estiria, quedando así los checos y los moravos separados de los carintios y los de Carnolia. La Transilvania y el centro de Hungría, hasta la frontera alemana, quedaron también totalmente libres de eslavos y fueron ocupados por magiares, que aquí separaron a los eslovacos y a algunas zonas de la Rutenia (en el Norte) de los servios, croatas y eslavones, logrando someter a todos estos pueblos. Finalmente, siguiendo el precedente de los bizantinos, los turcos sojuzgaron a los eslavos establecidos al sur del Danubio y del Save, con lo que la misión histórica de los eslavos del Sur había quedado liquidada para siempre.

La última tentativa de los sudeslavos para intervenir por su cuenta en la historia fue la guerra de los husitas, guerra campesina nacional de los checos librada bajo bandera religiosa contra la nobleza alemana y el poder soberano del emperador. El intento fracasó y los checos marcharon desde entonces, forzosamente, a la cola del Imperio alemán.

Sus vencedores, los alemanes y los magiares, tomaron la iniciativa histórica en las tierras del Danubio. A no ser por los alemanes y sobre todo por los magiares, los eslavos del Sur habrían pasado a

ser turcos, como le ocurrió, en efecto, a una parte de ellos; más aún, mahometanos, como lo son todavía hoy los bosniacos eslavos. Es éste un favor innegable, que los sudeslavos austriacos no se puede decir que hayan pagado caro, ni siquiera al verse obligados a trocar su nacionalidad por la alemana o la magiar.

La invasión turca de los siglos XV y XVI fue la segunda edición de la invasión de los árabes en el VIII. La victoria de Carlos Martel[409] hubo de ser ganada una y otra vez bajo los muros de Viena y en las planicies de Hungría. Como había sucedido antes en Poitiers y sucedería más tarde en Wahlstatt[410] con motivo de la irrupción de los mongoles, volvía a verse amenazada aquí toda la historia de Europa. Y cuando se trataba de salvar ésta, ¿iba a permitirse que se interpusieran, para impedirlo, dos o tres nacionalidades derruidas desde hacía ya largo tiempo e impotentes, como los sudeslavos austriacos, a quienes se trataba, además, de salvar también?

Y como hacia afuera, ocurría hacia dentro. La clase propulsora, la clase motriz, la burguesía, era en todas partes alemana o magiar. Los eslavos en general sólo muy difícilmente y los eslavos del Sur solamente aquí y allá han logrado crear una burguesía nacional. Y, con la burguesía, estaban también en manos alemanas o magiares la potencia industrial y el capital, y en estas condiciones se desarrolló la cultura alemana y los eslavos se vieron colocados también intelectualmente bajo la batuta de los alemanes, incluso hasta muy dentro de la Croacia. Y lo mismo sucedió, sólo que ya más tarde y, por tanto, en menor medida, en Hungría, donde los magiares asumieron la dirección intelectual y comercial en unión de los alemanes. Pero los alemanes húngaros se convirtieron en realidad en magiares por su modo de pensar y de sentir, su carácter y sus costumbres, aunque hubiesen conservado la lengua alemana. Los úni-

[409] *Victoria de Carlos Martel:* se hace referencia aquí a la importante batalla sostenida por el rey de los francos, Carlos Martel, contra los ejércitos turcos, a los que venció en Poitiers en el año 732.

[410] *Batalla de Wahlstatt:* en 1241, ejércitos eslavos y alemanes contuvieron el enérgico avance de los mongoles hacia Occidente. Éstos tomaron hacia el sudeste, penetrando los territorios de Hungría.

cos que constituyen una excepción a esta regla son los colonos campesinos recién asentados, los judíos y los sajones de la Transilvania, quienes se obstinan también en mantener una absurda nacionalidad en medio de un país extraño a ellos.

Y si es cierto que los magiares, en cuanto a civilización, han quedado un poco a la zaga de los austriacos alemanes, en los últimos tiempos han recuperado brillantemente el terreno perdido, en lo que a la actividad política se refiere. De 1830 a 1848 existió en Hungría por sí sola más vida política que en toda Alemania junta y se supo explotar en interés de la democracia las formas feudales del viejo régimen vigente en Hungría mejor que las modernas formas contenidas en las constituciones del sur de Alemania. ¿Quiénes estaban allí a la cabeza del movimiento? Los magiares. ¿Y quiénes apoyaban a la reacción austriaca? Los croatas y los eslavonios.

Frente a este movimiento magiar y el renaciente movimiento político de Alemania, los eslavos de Austria crearon una organización aparte, el *paneslavismo.*[411]

El paneslavismo no surgió en Rusia o en Polonia, sino en Praga y en Zagreb. El paneslavismo es la alianza de todas las pequeñas naciones y nacioncitas eslavas de Austria, y en segundo término, de Turquía, para luchar contra los alemanes austriacos, los magiares y, en su caso, los turcos. Pero éstos sólo eventualmente entran en el cuadro y pueden ser dejados totalmente al margen, como nación también totalmente postrada. El paneslavismo, en cuanto a su tendencia fundamental, va dirigido contra los elementos revolucionarios de Austria y es, por tanto, desde el primer momento, un movimiento reaccionario.

El paneslavismo acusó inmediatamente su tendencia reaccionaria con una doble traición: sacrificando a sus mezquinas limitaciones nacionales a la única nación eslava que hasta ahora había actuado revolucionariamente, a *Polonia,* y *vendiéndose* él y *vendiendo* a Polonia *al zar de Rusia.*

[411] Véase *supra,* nota 75.

La finalidad directa perseguida por el paneslavismo es la instauración de un Imperio eslavo que vaya desde los montes Metalíferos y los Cárpatos hasta el mar Negro, el Egeo y el Adriático, bajo la batuta de los rusos; Imperio que, además del alemán, el italiano, el magiar, el valaco, el turco, el griego y el albanés, abarcaría, aproximadamente, otra docena de lenguas y grandes dialectos eslavos. Y todo ello mantenido en cohesión, no por los elementos que hasta ahora han sostenido aglutinada y en desarrollo a Austria, sino por la cualidad abstracta del eslavismo y por la llamada lengua eslava, que es, ciertamente, la lengua común a la mayoría de la población de estos territorios. Pero, ¿dónde existe el eslavismo, como no sea en las cabezas de algunos ideólogos; dónde la "lengua eslava", más que en la fantasía de los señores Palacky, Caj y consortes y, más o menos, en la vieja letanía eslava de la Iglesia rusa, que ya ningún eslavo entiende? En realidad, todos estos pueblos se hallan en las más diferentes fases de civilización, comenzando por la moderna industria y cultura de Bohemia, desarrolladas (por los *alemanes*) hasta un grado bastante alto, y terminando por la barbarie casi nómada de los croatas y los búlgaros, y en la realidad todas estas naciones tienen, por tanto, los intereses más contrapuestos. Realmente, la lengua eslava de estas diez o doce naciones es la suma de otros tantos dialectos, en su mayoría ininteligibles entre sí y que incluso pueden reducirse a troncos lingüísticos diferentes (el checo, el ilirio, el servio, el búlgaro), convertidos en una pura jerga por el total abandono en que han caído todas las manifestaciones literarias y por el estado de primitivismo de la mayoría de estos pueblos, y que, con pocas excepciones, han tenido siempre, como lengua escrita en un plano superior, una lengua escrita *ajena* a ellos y, desde luego, no eslava. Por tanto, la pretendida unidad paneslava no es más que una de dos cosas: o pura mística o, simplemente, *el látigo ruso.*

¿Y qué naciones han de ponerse a la cabeza de este gran Imperio eslavo? ¡Exactamente las mismas que desde hace mil años, minadas y desintegradas, han recibido *impuestos* desde fuera por elementos

no eslavos, los elementos susceptibles de vida y desarrollo que necesitaban para desenvolverse; que se han visto salvados de perecer bajo la barbarie turca gracias a las armas victoriosas de pueblos no eslavos; pueblos impotentes y despojados ya de su médula nacional, cuya población oscila entre dos o tres mil individuos y, a lo sumo, dos millones! ¡Tal es hoy su debilidad, que, por ejemplo los búlgaros, la nación que en la Edad Media pasaba por ser la más vigorosa y la más temible, tiene ahora, en Turquía, fama de estar integrada por gentes suaves, bondadosas y tiernas de corazón, cuya gloria consiste en llamarse *dobre chrisztian*, buenos cristianos! Que se nos cite una sola de estas naciones, sin exceptuar a los checos o los servios, poseedora de una tradición histórica nacional que viva en la entraña del pueblo y vaya más allá de las más reducidas luchas locales.

El paneslavismo tuvo su época en los siglos VIII y IX, en que los sudeslavos eran todavía dueños de toda Hungría y Austria y amenazaban a Bizancio. Y si entonces no pudieron hacer frente a la invasión alemana y magiar, conquistar su independencia y formar un reino estable, aprovechándose además del hecho de que sus dos grandes enemigos, los magiares y los alemanes, se desgarraban mutuamente, ¿cómo pueden pretender lograrlo ahora, a la vuelta de mil años de sojuzgamiento y desnacionalización?

No hay en Europa ningún país que no conserve, en cualquiera de sus rincones, uno o varios vestigios de pueblos, restos de viejas poblaciones desplazadas y sojuzgadas por la nación llamada a ser, con el tiempo, la portadora del desarrollo histórico. Estos restos de naciones implacablemente pisoteadas, como dice Hegel, por la marcha de la historia, estos *desechos de pueblos*, se convierten a cada paso, y lo seguirán siendo hasta su total exterminio o desnacionalización, fanáticos agentes de la contrarrevolución, pues toda su existencia es ya, en general, una protesta en contra de cualquier gran revolución histórica.

Así acontece, en Escocia, con los gaélicos, puntales de los Estuardos de 1640 a 1745.

Así, en Francia, con los bretones, puntales de los Borbones de 1792 a 1800.

Así, en España, con los vascos, puntales del rey don Carlos.

Así, en Austria, con los *sudeslavos* paneslavistas, que no son otra cosa que el *despojo nacional* de un *proceso milenario* extraordinariamente confuso. Y es lo más natural del mundo el que este desecho nacional, a su vez extraordinariamente confuso, sólo vea su salvación en la inversión de todo el movimiento europeo, que, tal como él lo ve, no debiera marchar de Oeste a Este, sino de Este a Oeste, ya que el que el arma de liberación y el nexo de la unidad sea, para él, el *látigo ruso,* es lo más natural del mundo,

Por tanto, los sudeslavos habían acusado claramente su carácter reaccionario ya antes de 1848. El año 1848 no hizo más que poner de manifiesto sin recato esa idiosincrasia.

Cuando estalló la revolución de Febrero, ¿quiénes hicieron la revolución austriaca? ¿Viena o Praga? ¿Budapest o Zagreb? ¿Los alemanes y los magiares, o los eslavos?

Es cierto que existía entre los sudeslavos más cultos un pequeño partido democrático, que, aun no resignándose a perder su nacionalidad, quería ponerla al servicio de la libertad. Pero esta ilusión, que logró conquistar también simpatías entre las democracias de la Europa Occidental —simpatías perfectamente legítimas, mientras los demócratas eslavos luchaban junto a los demás contra el enemigo común—, esta ilusión, decimos, se vino a tierra con el bombardeo de Praga. A partir de este momento, todos los pueblos sudeslavos, siguiendo los pasos de los croatas, se pusieron a disposición de la reacción austriaca. Y todos los jefes del movimiento sudeslavo que siguen hablando todavía hoy con lenguaje de fábula, de la igualdad de derechos de las naciones, de una Austria democrática, etc., o son fanáticos empedernidos, como lo son por ejemplo algunos periodistas, o unos canallas, como Jellachich. Sus aseveraciones democráticas no tienen más valor que las aseveraciones democráticas de la contrarrevolución oficial austriaca. En la práctica, la restauración de la nacionalidad sudeslava comienza por las

más furiosas brutalidades contra la revolución austriaca y magiar, con el primer gran tributo amoroso rendido al zar de Rusia.

La camarilla austriaca, fuera de la alta nobleza, la burocracia y la soldadesca, no encontró más apoyo que en los eslavos. Los eslavos decidieron la caída de Italia, los eslavos tomaron por asalto a Viena, y son también ellos los que ahora se lanzan por todas partes contra los magiares. Y a su cabeza, como portavoces, los checos dirigidos por Palacky y, como portaespadas, los croatas mandados por Jellachich.

Así se agradece el hecho de que, en junio, la prensa democrática alemana mostrase en todas partes sus simpatías por los demócratas checos, cuando éstos eran abatidos a cañonazos por Windischgrätz, ese mismo Windischgrätz a quien ahora aclaman como a su héroe.

Resumiendo: en Austria, prescindiendo de Polonia y de Italia, son los alemanes y los magiares quienes, en 1848, como desde hace mil años, han asumido la iniciativa histórica. Son ellos quienes representan aquí la *revolución.*

Los sudeslavos, desde hace mil años llevados a remolque de los alemanes y los magiares, sólo se han levantado en 1848 al grito de su independencia nacional, para sofocar con ello, al mismo tiempo, la revolución de los alemanes y los magiares. Los sudeslavos representan aquí la *contrarrevolución.* Y a ellos se suman dos naciones también desde hace largos años postradas y carentes de toda capacidad de acción histórica: los sajones y los rumanos de la Transilvania.

La casa de Habsburgo, cuyo reinado nació de la unión de los alemanes y los magiares en lucha contra los sudeslavos, logra alargar ahora, en los últimos momentos, su existencia gracias a la unión de los sudeslavos en lucha contra los alemanes y los magiares.

Tal es el lado político de la cuestión. Veamos ahora el lado militar.

El territorio poblado exclusivamente por magiares no llega ni a la tercera parte de toda Hungría y Transilvania. Desde Presburgo, al norte del Danubio, y el Theiss, hasta la cordillera de los Cárpatos, vemos aquellas tierras pobladas por varios millones de eslovacos y

algunos rutenos. En el Sur, entre el Save, el Danubio y el Drave, la población se halla formada por croatas y eslavones; más al Este, a lo largo del Danubio, nos encontramos con una colonia servia de más de medio millón de individuos. Estas dos fajas eslavas aparecen entrelazadas por los valacos y los sajones de la Transilvania.

Los magiares se ven, pues, rodeados de enemigos naturales por tres lados. Los eslovacos, que dominan los desfiladeros de las montañas, serían enemigos peligrosos gracias al terreno en que viven, excelente para la lucha de guerrillas, si fuesen menos apáticos.

Tal como están las cosas, los magiares, por la parte Norte, no pueden hacer otra cosa que resistir a los ataques de los ejércitos procedentes de Galizia y Moravia. En cambio, por el Este, los rumanos y los sajones se han unido en masa al cuerpo del ejército austriaco allí apostado. Su posición es magnífica, en parte por el carácter montañoso de la región y en parte porque tienen en su poder la mayoría de las ciudades y fortalezas.

Por último, en el Sur, los siervos del Banato, apoyados por los colonos alemanes, por los valacos y por otro cuerpo de tropas austriacas, se hallan cubiertos por los inmensos pantanos de Alibunar y son casi inexpugnables.

Los croatas están defendidos por el Drave y el Danubio y, teniendo como tienen a su disposición un fuerte ejército austriaco con todos sus recursos auxiliares, avanzaron ya antes de octubre por el territorio magiar y, actualmente, mantienen con poco empeño su línea defensiva en el bajo Drave.

Por el cuarto lado, por Austria, avanzan ahora en columna cerrada Windischgrätz y Jellachich. Los magiares están cercados por todas partes, y el enemigo posee una superioridad enorme de fuerzas.

La lucha recuerda la librada contra Francia en 1793. Con la diferencia de que el territorio magiar, muy poco poblado y sólo a medias civilizado, no dispone ni con mucho de los recursos de que entonces disponía la República francesa.

Las armas y municiones de fabricación húngara tienen que ser,

por fuerza, de muy mala calidad; y es imposible que se fabriquen con la rapidez necesaria los aprestos indispensables, principalmente la artillería. Las dimensiones del país son bastante más reducidas que las de Francia, lo que hace que cada pulgada de terreno perdido represente una pérdida mucho más grande. Lo único que tienen los magiares es su entusiasmo revolucionario, su valentía y la rápida y enérgica organización que ha podido darles Kossuth.

Pero esto no quiere decir, ni mucho menos, que Austria haya vencido ya.

> Si no derrotamos a los imperiales en el Leitha, los derrotaremos en el Raab; si no es aquí, será en Pest; si no es en Pest, en el Theiss, pero en todo caso los derrotaremos.[412]

Así lo ha dicho Kossuth, y hace cuanto está en sus manos para cumplir lo prometido.

Aunque cayera Budapest, los magiares seguirían conservando la gran planicie de la baja Hungría, terreno que ni pintado para una guerra de guerrillas con caballería y que brinda entre los pantanos numerosos puntos casi inexpugnables, donde podrán hacerse fuertes los magiares. Y los magiares, casi todos excelentes jinetes, poseen las cualidades necesarias para hacer esta clase de guerra. No sabemos cómo podrían sostenerse sus tropas, si el ejército imperial se atreviera a aventurarse en estas desoladas regiones, donde se vería obligado a transportar todas sus provisiones desde Galizia a Austria, pues no encontraría nada, absolutamente nada sobre el terreno. Actuando en unidades cerradas, nada conseguiría, y si se disgregara en pequeños destacamentos, estaría perdido. Su pesadez lo entregaría irremisiblemente en manos de los veloces escuadrones de la caballería magiar, incluso sin posibilidad de persecución, en lugares en que ésta tendría necesariamente que derrotarlo; y cada imperial perdido, aislado de su tropa, encontraría un enemigo mor-

[412] Cita tomada del discurso de Kossuth en la sesión del Parlamento húngaro, del 9 de noviembre de 1848, publicado en el diario *Közlöny*, el 11 de noviembre de ese mismo año.

tal en cada campesino y en cada pastor. La guerra en estas estepas se asemeja a la guerra argelina, y el pesado ejército austriaco necesitaría años para llevarla a término. Si logran sostenerse aunque sólo sea un par de meses, los magiares se habrán salvado.

La causa de los magiares dista mucho de estar perdida, como el entusiasmo negro-amarillo[413] a sueldo trata de hacer creer. Aún no han sido vencidos. Pero si cayeran, caerían gloriosamente, como los últimos héroes de la revolución de 1848, y sólo por poco tiempo. Si eso ocurriera, la contrarrevolución eslava anegaría en un instante la monarquía austriaca, y la camarilla se daría cuenta de la clase de aliados que tiene. Pero la primera insurrección victoriosa del proletariado francés, que Luis Napoleón procura con todo empeño desencadenar, llevará a la libertad a los alemanes austriacos y a los magiares, y se vengará sangrientamente de los bárbaros eslavos. La guerra general que entonces estallará hará saltar la Confederación de los eslavos y aniquilará a todas estas pequeñas y testarudas naciones, sin que de ellas quede ni siquiera el nombre.

La próxima guerra mundial no barrerá solamente con las clases y dinastías reaccionarias; hará también desaparecer de la faz de la tierra a todos los pueblos reaccionarios. Y también esto será un progreso.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 194, 13 deenero de 1849]

[413] Con los colores negro-amarillo se hace alusión a la bandera nacional austriaca.

EL PRIMER PROCESO DE PRENSA CONTRA LA "NUEVA GACETA RENANA"[414]

[*Discurso de defensa de Carlos Marx*]

¡SEÑORES DEL JURADO! EL PROCESO CONTRA LA *N*[*UEVA*] *G*[*ACETA*] *R*[*enana*] a cuya vista asistimos reviste cierta importancia porque los artículos 222 y 367 del *code pénal*[415] invocados por la acusación son los únicos asideros que la legislación vigente ofrece a las autoridades del Estado, a no ser que se trate de un caso de instigación directa a la rebelión.

Todo el mundo sabe con qué especial predilección persigue el ministerio fiscal a la *N*[*ueva*] *G*[*aceta*] *R*[*enana*]. Sin embargo, hasta ahora, a pesar de su meticulosidad, no ha logrado acusarnos de otros delitos que los previstos en los artículos 222 y 367. Por eso, en interés de la prensa, considero necesario detenerme en el análisis de estos preceptos.

Pero, antes de entrar en una disquisición jurídica, permítanme ustedes una consideración personal. El ministerio público ha califi-

[414] El 7 de febrero de 1849 se instruyó un proceso en contra de la *Nueva Gaceta Renana* en el Juzgado de Colonia en las personas de Marx (como redactor en jefe), Engels (como corredactor) y Hermann Korff (como editor responsable y gerente del diario). El pretexto lo dio la publicación de un artículo ("Detenciones", publicado en la *Nueva Gaceta Renana,* núm. 35, del 5 de julio de 1848). El cargo que se imputaba al periódico era una supuesta ofensa contra el procurador general Zweiffel y calumnias contra los gendarmes de la policía durante el arresto de Gottschalk y Anneke. La demanda, presentada el 6 de julio de 1848, fue aplazada hasta el 20 de diciembre de ese mismo año. El defensor legal de Marx y Engels fue el abogado (Karl) Schneider II y el de Korff, el abogado Hagen. Pero la demanda no prosperó y no subsistió ningún cargo contra el periódico o sus redactores.

[415] Véase *supra,* nota 262.

cado de *vileza* la frase del artículo denunciado en que se dice: "¿Acaso el señor Zweiffel hermana el poder ejecutivo con el legislativo? ¿Se trata de que los laureles logrados por el procurador general cubran las fallas del representante del pueblo?"

¡Señores! Puede alguien ser un excelente procurador general de justicia y, al mismo tiempo, un mal representante del pueblo. Y hasta puede ocurrir que sea un buen procurador general precisamente por ser un mal representante popular. Parece que el ministerio público se halla muy poco versado en la historia parlamentaria. ¿Sobre qué descansa el problema de las incompatibilidades, que ocupa tan importante lugar en los debates de las cámaras constitucionales? Sencillamente sobre la desconfianza hacia los funcionarios ejecutivos, sobre la sospecha de que estos funcionarios puedan fácilmente sacrificar el interés de la sociedad al del gobierno existente, sirviendo con ello para cualquier cosa menos para representantes del pueblo. Y muy especialmente el cargo de fiscal. ¿En qué país del mundo no se habría considerado este cargo incompatible con la dignidad de representante popular? Recuerden ustedes los ataques dirigidos a Hébert, Plougoulm y Bavay en la prensa francesa y belga y en las cámaras de ambos países, ataques que iban dirigidos al mismo tiempo contra el hecho de que se combinaran en la misma persona, sin la menor protesta, los cargos de procurador general y diputado. Jamás ni siquiera bajo Guizot dieron estos ataques pie a una querella judicial, y la Francia de Luis Felipe y la Bélgica del rey Leopoldo pasaban por ser Estados constitucionales modelos. Es cierto que en Inglaterra ocurre otra cosa con el Attorney-General[a] y el Solicitor-General.[b] Pero la posición de estos funcionarios difiere esencialmente de la de un Procureur du Poi, pues tienen ya, en mayor o menor medida, la condición de funcionarios judiciales. Nosotros, señores, no somos un Estado constitucional, pero nos colocaremos en el punto de vista de quienes nos acusan,

[a] Fiscal general.
[b] Solicitante general.

para darles la batalla en su propio terreno y con sus mismas armas. Invocaremos, por tanto, la práctica constitucional.

El ministerio público trata de destruir una parte considerable de la historia parlamentaria por medio de un lugar común moral. Rechazo resueltamente su reproche de vileza, que sólo puede nacer de su ignorancia.

Y paso ahora al examen de la cuestión jurídica.

Ya mi defensor[c] ha demostrado que sin la ley prusiana del 5 de julio de 1819[416] la acusación por injurias del procurador general Zweiffel habría carecido de toda base. El art. 222 del código penal habla solamente de *"outrages par paroles"*,[d] es decir, de injurias *verbales,* no de las producidas por escrito o por medio de la imprenta. Y la ley prusiana de 1819 trata de completar el citado artículo del código, mas no de anularlo. Dicha ley sólo puede hacer la pena extensiva a las injurias por escrito en los casos en que el código la pronuncie en contra de las injurias verbales. Las injurias escritas deben producirse en circunstancias y condiciones idénticas a las que el art. 222 prevé para las emitidas de palabra. Es necesario, por tanto, determinar con toda precisión el sentido del artículo 222.*

En la exposición de motivos al art. 222 (Exposé par M. le conseiller d'etat Berlier, séance du février 1810),[e] leemos:

> Il ne sera donc ici question que des *seuls outrages* qui compromettent la *paix publique* c.a.d. de ceux dirigés contre les fonctionnaires ou agents

[c] Schneider II.

[416] Se trata del "*Mandato* acerca de las sanciones aplicadas a los escritores que incurran en injurias en los territorios de la provincia, de acuerdo con el código penal francés provisional, vigente", del 5 de julio de 1819.

[d] Insultos de palabra.

* El art. 222 decía *literalmente:* Lorsqu'un ou plusieurs magistrats de l'ordre administratif ou judiciaire auront reçu dans *l'exercice de leurs fonctions ou à l'occasion de cet exercice* quelque outrage par paroles tendant à inculper leur honneur ou leur delicatesse, celui qui les aura ainsi outragés sera puni d'un emprisonnement d'un mois à deux ans. ["Cuando uno o varios magistrados administrativos judiciales reciban, en el *ejercicio de sus funciones o con ocasión de él,* algún insulto de palabra contra su honor o su susceptibilidad, el culpable del insulto será castigado con pena de prisión que podrá oscilar entre un mes y dos años".]

[e] Exposición del señor consejero de Estado Berlier, en la sesión de febrero de 1810.

publics dans l'exercice ou à l'occasion de l'exercice de leurs fonctions; dans ce cas ce n'est plus un particulier, c'est l'ordre public qui est blessé... La hiérarchie politique sera dans ce cas prise en considération: celui qui se permet des *outrages ou violences* envers un officier ministériel est coupable sans doute, mais il commet un moindre *scandale* que lorsq'il outrage un magistrat.[f]

Esta motivación indica claramente, señores del jurado, cuáles eran los propósitos del legislador al promulgar el art. 222. Este artículo "*sólo*" es aplicable en el caso de las injurias contra funcionarios, las cuales atenten contra el orden público. ¿Cuándo se atenta contra el orden público, contra la paix publique? Solamente cuando se cometan actos subversivos que vayan en contra de las leyes vigentes o se perturbe su aplicación; es decir, cuando medie un acto de rebeldía contra el funcionario encargado de ejecutar la ley, cuando se interrumpan o entorpezcan las *funciones oficiales* de un funcionario en ejercicio. La rebelión puede limitarse a simples murmuraciones o a palabras injuriosas, o puede traducirse en actos de violencia. El outrage,[g] la injuria, es el grado de la violence, de la rebeldía, de la subversión violenta. Por eso en la motivación se habla de "outrages *ou* violences", es decir, de "injurias o violencias". Unas y otras coinciden en cuanto al concepto; la violence, los actos violentos no son más que una forma más grave del outrage, de las injurias contra el funcionario en ejercicio.

La motivación presupone, por tanto: 1) que se injurie a un funcionario en el ejercicio de las funciones de su cargo; 2) que se le injurie en *presencia personal* suya. En ningún otro caso se producirá una verdadera alteración del orden público.

[f] "Aquí sólo se tratará, pues, de *aquellos atropellos* que atenten contra la *paz pública,* es decir, solamente de los que vayan dirigidos contra los funcionarios o agentes públicos que se hallen en el ejercicio de sus funciones o con ocasión de él, pues en este caso no se atenta contra un particular, sino contra el orden público... En estas condiciones se tendrá en cuenta la jerarquía política: quien se permita incurrir en *injurias o violencias* contra un agente ministerial no cabe duda de que incurrirá en responsabilidad, pero cometerá un escándalo menor que si injuriara a un juez."

[g] Injuria.

Esta misma premisa aquí establecida la encontrarán ustedes en toda la sección que versa sobre "outrages et violences envers les dépositaires de l'autorité et de la force publique", o sea de "injurias y violencias contra los depositarios de la autoridad y de la fuerza pública". Los distintos artículos contenidos en esta sección establecen el siguiente orden de gradación de la conducta rebelde: gestos, palabras, amenazas, vías de hecho; a su vez, éstas se distinguen según su grado de gravedad. Por último, en todos estos artículos se dispone una agravación de la pena para el caso en que estas distintas formas de rebeldía se produzcan en la vista pública de un proceso. Se considera esto como el más grande de los *escándalos,* como la más escandalosa perturbación de la paz pública.

Por tanto, el artículo 222 sólo es aplicable a las injurias *por escrito* cuando éstas: *1)* se produzcan en presencia personal del funcionario y *2)* durante el ejercicio de sus funciones oficiales. Mi defensor les ha puesto a ustedes, señores, un ejemplo de esto. Les ha dicho que incurriría en la pena prevista por dicho artículo si, por ejemplo aquí mismo, en la audiencia de este proceso, injuriara al presidente del tribunal por medio de un escrito. Pero este artículo del *code pénal* no puede en modo alguno aplicarse a un artículo periodístico en que se "injuriara" al funcionario mucho tiempo después de celebradas sus funciones y en ausencia suya.

Esta interpretación del art. 222 pone ante ustedes una laguna manifiesta, una aparente inconsecuencia del código penal. ¿Por qué se puede injuriar al rey y, en cambio, no se puede injuriar al procurador general? ¿Por qué el code no dicta ninguna pena, como lo hace el derecho nacional prusiano,[417] contra *las injurias a Su Majestad*?

Porque el rey no ejerce nunca personalmente una función pública, sino que las ejerce siempre a través de otros; porque el rey no comparece nunca en presencia personal ante mí, sino siempre en la persona de sus representantes. El despotismo del *code pénal* nacido de la Revolución francesa dista como el cielo de la tierra del despo-

[417] Véase *supra,* nota 203.

tismo patriarcal y de palmeta de maestro de escuela propio del derecho nacional prusiano. El despotismo napoleónico me aplasta tan pronto como perturbo realmente el poder del Estado, aunque sólo sea por medio de las ofensas contra un funcionario que, en el ejercicio de sus funciones, personifica ante mí el poder público. En cambio, fuera de la esfera oficial, el funcionario pasa a ser un miembro de la sociedad como otro cualquiera, sin privilegios y sin protección excepcional. El despotismo prusiano, por el contrario, convierte al funcionario en un ser superior y sagrado. Su carácter de funcionario forma parte de él, como la consagración forma parte integrante del sacerdote católico. El funcionario prusiano, para el lego, es decir, para el no funcionario, es siempre sacerdote. Las ofensas inferidas a este sacerdote, aunque no se halle en funciones ni esté presente, aunque se haya retirado ya a la vida privada, son siempre un ultraje a la religión, una profanación. Ultraje contra la religión tanto más grave cuanto más elevada sea la categoría del funcionario. Por eso la máxima ofensa contra un sacerdote del Estado es la ofensa inferida al rey, las injurias a Su Majestad, que según el código penal figuran entre las imposibilidades criminalísticas.

Pero, se nos objetará, si el art. 222 del *code pénal* sólo hablara de outrages contra funcionarios públicos "dans l'exercice de leurs fonctions",[h] no se requeriría la prueba de que el legislador supedita el delito a la *presencia personal* del funcionario, como condición necesaria de toda ofensa prevista en el art. 222. Sin embargo, a las palabras "dans l'exercice de leurs fonctions" añade el citado artículo estas otras: "à l'occasion de cet exercice".[i]

El ministerio público ha traducido el giro anterior por esta frase: "en relación con su cargo". Voy a demostrar a ustedes, señores del jurado, que esta traducción es falsa y se halla en contradicción directa con las intenciones del legislador. Echen ustedes una ojeada al artículo 228 de la misma sección del código. En él se dice: "Será castigado con dos a cinco años de prisión quien *golpee* a un funcio-

[h] "En el ejercicio de sus funciones."
[i] "Con ocasión de su ejercicio."

nario "dans l'excercice de ces fonctions ou à l'occasion de cet exercice". ¿Podrían traducirse estas palabras por el giro "en relación con su cargo"?

¿Acaso es posible descargar golpes *relativos?* ¿Se prescinde aquí del requisito de la presencia personal del funcionario? ¿Se puede golpear a un ausente? No cabe ninguna duda de que la traducción correcta es ésta: "Quien golpee a un funcionario con *ocasión* del ejercicio de sus funciones". Pues bien, la frase empleada por el art. 228 es literalmente la misma del art. 222. La frase "à l'occasion de cet exercice" tiene, evidentemente, el mismo sentido en ambos artículos. Por tanto, muy lejos de descartar la condición de la *presencia personal* del funcionario, lo que esta condición hace es presuponerla.

Otra prueba palmaria la tenemos en la historia de la legislación francesa. Recordarán ustedes que, en los primeros tiempos de la Restauración, los partidos luchaban sin cuartel en los parlamentos ante los tribunales de justicia y en el sur de Francia puñal en mano. Los tribunales del jurado no eran, por aquellos días, otra cosa que el brazo judicial del partido vencedor contra el vencido. La prensa de la oposición fustigaba implacablemente los veredictos del jurado. Y el art. 222 no ofrecía arma alguna contra esas desagradables disputas, por la sencilla razón de que sólo era aplicable a las injurias cometidas contra los jurados mientras ejercían sus funciones, en su presencia personal. Por eso fue necesario fabricar en 1819 una nueva ley castigando cualquier ataque contra la chose jugée,[j] es decir, contra los fallos ya pronunciados. El *code pénal* no sanciona la intangibilidad de las sentencias judiciales. ¿Acaso habría sido necesario dictar una ley adicional si el art. 222 versase realmente sobre las injurias cometidas *en relación* con las funciones judiciales?

Pero ¿qué se propone la adición que dice "à l'occasion de cet exercice"? Sencillamente, poner al funcionario a cubierto de ataques inmediatamente *antes* o *después* del ejercicio de sus funciones.

[j] Cosa juzgada.

Si el art. 222 sólo hablara de "injurias y vías de hecho" contra el funcionario mientras ejerce su cargo, podría por ejemplo tirar por la escalera al alguacil del juzgado después de ejecutar el embargo, alegando que "sólo le ofendí cuando había dejado de actuar como tal alguacil del juzgado con respecto a mí". O podría, poniendo otro ejemplo, asaltar por el camino y golpear al juez municipal que se dirigiera a mi domicilio para ejercer las funciones de policía judicial y sustraerme a la pena señalada por el art. 228 mediante el alegato de que no le había maltratado durante el ejercicio de su cargo, sino antes de que actuara.

La situación "a l'occasion de cet exercice", *en relación* con su cargo, tiene por objeto por tanto la seguridad del funcionario, durante el ejercicio de sus funciones oficiales. Éste se aplica con injurias o violencias, ciertamente no de inmediato al desempeño de su cargo, pero muy poco *antes* o *después* del desempeño de éste y, lo que es esencial, en *relación viva* con el ejercicio de sus funciones. Es decir, bajo cualesquiera circunstancias en que la presencia personal del funcionario se halla expuesta a maltratos.

¿Hace falta seguir argumentando para demostrar que el art. 222 no es aplicable al escrito por el que se nos procesa, aun suponiendo que en él injuriásemos realmente al señor Zweiffel? Cuando fue redactado dicho escrito, el señor Zweiffel se hallaba *ausente*; no residía por aquel entonces en Colonia, sino en Berlín. Cuando escribimos el artículo por el que se nos acusa, el señor Zweiffel no era procurador general, sino pactante.[418] Mal podíamos, por tanto, injuriarlo o ultrajarlo como procurador general en funciones de tal.

Pero, aun prescindiendo de toda mi anterior argumentación, podemos ver por otro camino que el art. 222 no es aplicable al artículo de la *Nueva Gaceta Renana* contra el que se ha interpuesto querella.

Así se desprende, en efecto, de la distinción que el *code pénal* francés establece entre *injuria* y *calumnia*. Esta distinción aparece

[418] Véase *supra*, nota 339.

delineada con toda nitidez en el art. 375. Después de hablar de lo que es la "injuria", dice dicho artículo:

> Quant aux injures ou aux expressions outrageantes qui ne renfermeraient l'imputation d'aucun fait précis [en el art. 367 sobre la calumnia se dice: des faits, qui s'ils existaient, hechos que, de ser ciertos], mais celle d'un vice déterminé,... la peine sera une amende de seize à cinq cent francs. [Injurias o expresiones ofensivas que no entrañen la imputación de un hecho concreto, sino la de un determinado vicio... serán castigadas con una multa de dieciséis a quinientos francos. En el artículo 376 se añade: Todas las demás injurias o expresiones ofensivas... acarrearán simplemente una pena policiaca.]

¿Qué tiene que mediar, pues, para que haya calumnia? Ofensas que imputen al ofendido un *hecho concreto.* ¿Y para que haya injuria? La imputación de un determinado vicio y, en términos generales, expresiones ultrajantes. Si digo que alguien ha robado una cucharilla de plata, lo calumnio, a tenor del *code pénal.* En cambio, si digo que Fulano es un ladrón, que se siente tentado a hurtar la cucharilla, lo *injurio.*

Ahora bien, el artículo de la *N*[*ueva*] *G*[*ace*]*ta Ren*[*ana*] no acusa, ni mucho menos, al señor Zweiffel de ser un traidor al pueblo o de haber hecho manifestaciones infames. Lo que textualmente dice el artículo es esto: "Al parecer, el señor Zweiffel ha declarado, además, que en término de ocho días acabará con el 19 de marzo, con los clubes, la libertad de prensa y las demás degeneraciones del año maligno de 1848, en Colonia y en el Rin".

Como se ve, al señor Zweiffel se le imputa aquí una manifestación concreta y determinada. Por tanto, de ser aplicable uno de los dos artículos, el 222 o el 367, sería el 367, que trata de la calumnia, y no el 222, que versa sobre la injuria.

¿Por qué el ministerio público invoca en contra nuestra el artículo 222, en vez del 367?

Porque el art. 222 aparece redactado en términos mucho más

imprecisos y permite que por entre sus mallas se deslice mucho más fácilmente una condena, si se decide condenar. Los atentados contra la "delicatesse et honneur"[k] no admiten la aplicación de un rasero. ¿Qué es honor? ¿Qué es delicadeza? ¿Qué son los atentados contra ellos? Todo esto depende pura y simplemente del individuo de que se trate, de su grado de cultura, de sus prejuicios, de su imaginación. Aquí no hay más rasero que el *noli me tangere*[l] de una infatuación de funcionario que se considera por encima del mundo entero.

Pero tampoco el art. 367, el que trata de la calumnia, es aplicable al escrito de la *Nueva Gaceta Renana.*

El art. 367 requiere un "fait précis", un hecho concreto, "un fait, qui peut exister", un hecho que puede ser cierto. Pero al señor Zweiffel no se le imputa la supresión de la libertad de prensa, la clausura de los clubes, la destrucción de las conquistas de marzo en este o en el otro lugar. Se le reprocha pura y simplemente una manifestación. Y el art. 367 exige la imputación de hechos concretos,

> que, de ser ciertos, expondrían a aquellos a quienes se atribuyen a una persecución judicial o disciplinaria o, por lo menos, al odio o al desprecio de los ciudadanos.

Ahora bien, la simple *manifestación* de hacer tal o cual cosa no me expone a una persecución judicial o disciplinaria. Ni puede decirse siquiera que exponga a nadie necesariamente al odio o al desprecio de los ciudadanos. Puede ocurrir, ciertamente, que una manifestación exprese sentimientos muy viles, odiosos y despreciables. Sin embargo, ¿no puede darse el caso de que, dejándose llevar de la indignación, se emitan expresiones en las que se contienen amenazas de actos que quien las profiere es incapaz de ejecutar? Son los hechos y solamente ellos los que tienen que demostrar la *seriedad* de aquellas expresiones.

[k] La "delicadeza y el honor".
[l] No me toques.

Y la *Nueva Gaceta Renana* dice: "*Al parecer,* el señor Zweiffel ha declarado..." Para calumniar a alguien no basta con poner en tela de juicio una afirmación, como aquí se hace con las palabras "*al parecer*", sino que hay que afirmar categóricamente los hechos.

Finalmente, señores del jurado, los "citoyens", los ciudadanos, a cuyo odio o desprecio tiene que exponerme, según el art. 367, la imputación de un hecho, para que sea una *calumnia,* estos citoyens, ya no existen para nada en materia política. Existen solamente hombres de partido. Lo que me expone al odio y al desprecio entre los miembros de un partido me vale el amor y el respeto de los del otro. El órgano del actual ministerio, la *Nueva Gaceta Prusiana,*[419] ha acusado al señor Zweiffel de ser una especie de *Robespierre.* A sus ojos y a los ojos de su partido, nuestro artículo no ha expuesto al señor Zweiffel al odio y al desprecio, sino que, por el contrario, lo ha descargado del odio y el desprecio que sobre él se hacía pesar.

Creo que es del más alto interés hacer hincapié en esta observación, no sólo para el caso de que se trata, sino para todos aquellos casos en que el ministerio público intente aplicar el art. 367 a disputas políticas.

En general, si ustedes, señores jurados, pretendiesen aplicar a la prensa, en el sentido que el ministerio público le atribuye al art. 367 sobre la calumnia, atropellarían a la sombra de la legislación penal la libertad de prensa que la Constitución reconoce y que ha sido conquistada por una revolución. Con ello, sancionarían todas las arbitrariedades de los funcionarios, darían carta blanca a todas las infamias oficiales y castigarían solamente a quienes las denunciasen. ¿Para qué, entonces, la hipocresía de una prensa libre? Cuando las leyes vigentes entran en abierta contradicción con una fase del desarrollo social recién conquistada, son precisamente ustedes, señores jurados, quienes tienen que interponerse entre los preceptos muertos de la ley y las exigencias vivas de la sociedad. Son ustedes los llamados a adelantarse a la legislación, hasta que ésta comprenda que debe acomodarse a las necesidades sociales. He allí el

419 Véase *supra,* nota 300.

más noble de los atributos del tribunal del jurado. Y, en el caso que se ventila, esta tarea les es facilitada, señores, por la letra de la ley misma. Lo único que tienen que hacer es interpretarla a tono con nuestra época, con nuestros derechos políticos, con nuestras necesidades sociales.

El art. 367 termina con las siguientes palabras:

> La présente disposition n'est point applicable aux faits dont la loi autorise la publicité, ni à ceux que l'auteur de l'imputation était, *par la nature de ses fonctions ou de ses devoirs, obligé de révéler ou de réprimer.* [La presente disposición no es aplicable a los hechos cuya publicidad autoriza la ley; ni a los que el autor de la imputación se hallaba, *por el carácter de sus funciones o de sus deberes, obligado a revelar o a reprimir.*]

No cabe duda, señores, de que el legislador, al hablar del deber de denunciar ciertos hechos, no quería referirse a la prensa libre. Pero tampoco pensaba en que este artículo pudiera aplicarse nunca a la actuación de esta prensa. Como es sabido, bajo Napoleón no existía libertad de prensa. Por tanto, si pretenden aplicar la ley a una fase de desarrollo político y social para la que no estaba prevista, deben ustedes aplicarla *íntegramente,* deben interpretarla en el sentido de nuestra época y hacer que también la prensa pueda acogerse a la cláusula final del citado artículo.

El artículo 367, tomado en el sentido restringido que le da el ministerio público, excluye la prueba de la verdad y sólo admite la denuncia cuando se apoye en un documento público o en una sentencia judicial firme. Pero ¿para qué va la prensa a denunciar las cosas *post festum,* cuando ya ha recaído un fallo? La misión de la prensa consiste en ser el vigía público, el denunciante incansable de quienes se hallan en el poder, el ojo y la voz omnipresentes del espíritu del pueblo, celoso de su libertad. Si interpretan ustedes el art. 367 en este sentido, y no deben interpretarlo de otro modo, si no se prestan a atropellar la libertad de prensa en interés del gobierno, el

propio código les brinda, al mismo tiempo, un asidero contra las demasías de la prensa. Según el art. 372, cuando una denuncia se formule mientras se investigan los hechos deberá atenerse a la sentencia que recaiga, si no quiere pasar por calumniosa. Y el art. 373 dispone que las denuncias que se revelen como calumniosas sean castigadas.

¡Señores del jurado! Basta echar una mirada al artículo objeto de este proceso para convencerse de que la *Nueva Gaceta Renana,* lejos de abrigar intenciones injuriosas y calumniosas, se limitaba a cumplir su deber de denunciar, al atacar al fiscal y a los gendarmes de este distrito. El interrogatorio de los testigos ha puesto de manifiesto que, en lo que se refiere a los gendarmes, nos hemos limitado a informar de los hechos con apego a la realidad.

Ahora bien, la sal de todo el artículo de referencia es la predicción de la contrarrevolución, más tarde confirmada, el ataque al ministerio Hansemann, que tomó posesión con la peregrina afirmación de que cuanto más numeroso sea el personal policiaco más libre es el Estado. Este ministerio desvariaba al creer que la aristocracia estaba vencida y que su misión consistía, simplemente, en arrebatar al pueblo sus conquistas revolucionarias, en interés de una clase, de la burguesía. Con lo que no hizo más que despejar el camino a la contrarrevolución feudal. Y lo que nosotros denunciábamos en el artículo que se debate no era ni más ni menos que una manifestación tangible, percibida en nuestros medios más cercanos, de los sistemáticos manejos contrarrevolucionarios del ministerio Hansemann y los otros ministerios alemanes.

No es posible ver en las detenciones practicadas en Colonia un hecho aislado. Para convencerse de lo contrario, basta con echar una fugaz mirada a la historia vivida de aquellos días. Poco antes, se había desatado la represión contra la prensa en Berlín, al amparo del viejo articulado del derecho nacional prusiano. Días después, el 8 de julio, fue detenido J. Wulff, presidente del Club Popular de Düsseldorf, y se llevaron a cabo registros domiciliarios en las casas de muchos de los miembros de este club. Más tarde, el jurado absol-

vió a Wulff, y hay que decir que ni una sola persecución política de aquellos días fue sancionada por el tribunal del jurado. El mismo día 8 de julio, en Munich, se prohibió la participación en asambleas populares a oficiales, empleados y supernumerarios. El 9 de julio fue detenido en Breslau Falkenhain, presidente de la asociación "Germania". El 15 de julio, el procurador general Schnaase pronunció en la Asociación Cívica de Düsseldorf un discurso formal de acusación contra el Club Popular, cuyo presidente había sido detenido a instancia suya el día 8.

Allí tienen ustedes un ejemplo de la augusta imparcialidad del ministerio público, un ejemplo de cómo el procurador general actúa al mismo tiempo como hombre de partido y el hombre de partido se conduce simultáneamente como procurador general. Sin dejarnos intimidar por la persecución de que éramos objeto por el ataque a Zweiffel, denunciamos por aquellos mismos días a Schnaase.[420] Éste se guardó muy bien de contestar. El mismo día en que el procurador general Schnaase pronunciaba su filípica contra el Club Popular de Düsseldorf, fue prohibida por una ordenanza regia la Asociación Democrática del círculo de Stuttgart. El 19 de julio fue disuelta la Asociación Democrática de Estudiantes de Heidelberg, y el 27 del mismo mes se adoptó idéntica medida contra todas las asociaciones democráticas de Baden y, poco después, contra las de Baviera y Wurtemberg. Ante esta manifiesta conspiración, inspirada en la traición al pueblo, de todos los gobiernos alemanes, ¿podíamos nosotros callar? El gobierno prusiano no se atrevió entonces a seguir el camino de los de Baden, Baviera y Wurtemberg. Y no se atrevió a hacerlo porque la Asamblea Nacional prusiana comenzaba a tener barruntos de la conspiración contrarrevolucionaria y a ofrecer cierta resistencia al ministerio Hansemann. Pero, señores jurados, lo digo sin ambages y con la más segura convicción de lo que afirmo: si la contrarrevolución en Prusia no se estrella pronto

[420] En la *Nueva Gaceta Renana* (núm. 48, del 18 de julio de 1848) apareció una correspondencia procedente de la ciudad de Düsseldorf en la cual era duramente criticada la derrota del procurador general Schnaasse ante la Asociación Cívica de Düsseldorf.

contra una revolución popular prusiana, también en este Estado serán totalmente aplastadas la libertad de asociación y la libertad de prensa. Ya en la actualidad se las ha matado en parte con el estado de sitio. Se ha llegado incluso a restablecer la *censura* en Düsseldorf y en algunos distritos de Silesia.

No sólo el estado general de Alemania, también el estado general de Prusia nos obliga a vigilar, con la más extrema desconfianza, todos los movimientos del gobierno y a denunciar en voz alta ante el pueblo hasta los más leves síntomas del sistema que se persigue. El ministerio público de Colonia nos da sobradamente pie para desenmascararlo ante la opinión pública como un instrumento contrarrevolucionario. Solamente en el mes de julio nos hemos visto obligados a denunciar tres detenciones ilegales. Las dos primeras veces, el procurador del Estado, Hecker, guardó silencio; la tercera vez trató de justificarse, pero enmudeció ante nuestra réplica, por la sencilla razón de que no había nada que decir.[421]

Y, en estas circunstancias, ¿se atreve el ministerio público a afirmar que no se trata de una denuncia, sino de una mezquina y pérfida difamación? Esta manera de ver responde a un malentendido propio. En lo que mi persona se refiere, puedo asegurarles, señores, que me gusta mucho más analizar los grandes acontecimientos mundiales y estudiar la marcha de la historia que tener que habérmelas con fetiches locales, con gendarmes y fiscales. Por muy grandes que estos señores puedan considerarse en su propia infatuación, no son *nada,* absolutamente *nada,* en medio de las gigantescas luchas de nuestro tiempo. Yo, por mi parte, reputo un verdadero sacrificio el que tengamos que decidirnos a romper una lanza contra *estos* adversarios. Pero, en primer lugar, es deber de la prensa manifestarse en favor de los oprimidos en los medios más cercanos a ella. Y, en segundo lugar, señores, el edificio de la servidumbre tie-

[421] Marx comenta las revelaciones de la *Nueva Gaceta Renana* acerca de la detención de J. Wulff (núm. 40, del 10 de julio de 1848), Falkenhain (núm. 43, del 13 de julio de 1848) y de Joseph Wolff (núm. 62, del 1 de agosto de 1848). Luego respondió a las últimas declaraciones a la prensa, de parte del procurador Hecker, con los artículos "Refutación" (núm. 64, del 3 de agosto de 1848) y "El señor Hecker y la *Nueva Gaceta Renana*" (núm. 65, del 4 de agosto de 1848).

ne sus más firmes puntales en los poderes políticos y sociales subalternos con los que directamente se las tiene que ver la vida privada de la persona, el individuo de carne y hueso. No basta con combatir las condiciones generales y los poderes de arriba. La prensa tiene que decidirse a vérselas con *este* policía, *este* fiscal, *este* organismo concreto. ¿Por qué fracasó la revolución de Marzo? Porque se limitó a reformar las cimas políticas dejando en pie todas las bases sobre las que se sustentan, la vieja burocracia, el viejo ejército, el viejo ministerio público, los viejos jueces, nacidos, educados y encanecidos al servicio del absolutismo. El primer deber de la prensa consiste ahora en *minar todos los fundamentos del régimen político vigente. (Exclamaciones de aprobación en el auditorio.)*

[Discurso de defensa de Federico Engels]

¡Señores jurados! El orador que me ha precedido ha examinado principalmente la acusación por injurias al procurador general, señor Zweiffel. Permítanme ustedes que yo dirija ahora su atención hacia la querella por calumnias contra los gendarmes. Se trata, ante todo, de los artículos de la ley en que se apoya la acusación.

El artículo 367 del código penal dice así:

> Será culpable del delito de calumnia quien, en un lugar o reunión públicos, en documento público y auténtico o en *escrito* impreso o no impreso que se fije en las paredes, se *venda* o distribuya, acuse a alguien de hechos que, de ser ciertos, expondrían a aquellos a quienes se atribuyen a una persecución judicial o disciplinaria o, por lo menos, al *odio* o al *desprecio* de los *ciudadanos*.

Y el artículo 370 añade:

> Si el hecho sobre el que recae la acusación *se acreditara como cierto* por la vía legal, el autor de la imputación quedará exento de toda pena... Sólo

se considerará como *prueba legal* la que emane de una *sentencia judicial* o de cualquier otro *documento auténtico.*

¡Señores! El ministerio público ha ofrecido a ustedes *su* interpretación de estos preceptos legales y los ha invitado, como consecuencia de ello, a declararnos culpables. Ya se les ha hecho saber a ustedes que estas leyes fueron promulgadas en una época en que la prensa se hallaba sujeta a censura y en que regían condiciones políticas muy distintas de las actuales. Y, apoyado en ello, mi defensor[m] ha expresado el criterio de que no deben ustedes considerar obligatorias estas leyes ya caducas. El ministerio público se ha sumado a este parecer, por lo menos en lo que se refiere al artículo 370. He aquí sus palabras: "Para ustedes, señores jurados, se trata principalmente, sin duda alguna, de saber si se ha *probado* la verdad de los hechos dudosos", y yo debo agradecer al ministerio público esta confesión.

Pero, aunque no compartan ustedes el criterio de que, por lo menos el artículo 370, ha quedado anticuado en su limitación de la prueba de la verdad, no cabe duda de que opinarán que los artículos invocados deben interpretarse de modo distinto a como lo ha hecho el ministerio público. Es privilegio de los jurados, precisamente, el de interpretar las leyes, sin atenerse a la práctica judicial establecida, tal y como se lo dicten su sano sentido común y su conciencia. Se nos acusa, al amparo del artículo 367, de haber reprochado a los gendarmes en cuestión actos que, de ser ciertos, los expondrían al odio y al desprecio de los ciudadanos. Si ustedes conciben estos términos, "odio y desprecio", en el sentido que quiere darles el ministerio público, desaparecerá toda libertad de prensa, mientras las normas del artículo 370 permanezcan en vigor. ¿Cómo, en estas condiciones, podría la prensa cumplir con su deber primordial, con el deber de proteger a los ciudadanos de los abusos de los funcionarios? Pues tan pronto como un periódico denuncie

[m] Karl Schneider.

cualquier tropelía será llevado ante los tribunales y —si los deseos del ministerio público prosperan— condenado a una pena de cárcel, al pago de una multa y a la pérdida de los derechos civiles; a menos que medie una sentencia judicial, es decir, que la denuncia se haga pública cuando ya no sirva para nada.

Hasta qué punto son inaplicables a nuestras actuales condiciones los preceptos legales debatidos, por lo menos en la interpretación que el ministerio público pretende darles, lo demuestra el cotejo del artículo 369, en el que se dice:

> Tratándose de calumnias difundidas por medio de *periódicos extranjeros*, serán responsables quienes hayan enviado a ellos los artículos... o los que contribuyan a la *introducción y difusión* de estos periódicos dentro del país.

Según este precepto, señores, el ministerio público se hallaría obligado a intervenir todos los días y a todas horas contra los funcionarios de Su Majestad prusiana encargados del correo. En efecto, ¿habrá entre los trescientos sesenta y cinco días del año uno solo en que el correo prusiano no contribuya, mediante el transporte y la distribución de este o el otro periódico extranjero "a la introducción y difusión" de lo que el ministerio público entiende por calumnias? Y, sin embargo, al ministerio público no se le ocurre llevar al correo ante los tribunales.

Piensen ustedes, además, señores, que estos preceptos fueron redactados en una época en que la censura hacía *imposible* que la prensa calumniara a los *funcionarios públicos*. Por consiguiente, dichos preceptos no podían abrigar, en la intención del legislador, otro propósito que proteger contra las imputaciones calumniosas, no a los *funcionarios*, sino a los *particulares*, y solamente así tienen un sentido. Pero el punto de vista ante el problema cambia sustancialmente a partir del momento en que, al establecer la libertad de prensa, pueden llevarse también los actos de los funcionarios ante el foro de la opinión pública. Y precisamente en estos casos, cuan-

do surgen estas contradicciones entre la vieja legislación y las nuevas condiciones políticas y sociales, es cuando los jurados tienen que intervenir para adaptar la vieja ley, mediante una nueva interpretación, a las nuevas realidades.

Pero, ya lo he dicho: el propio ministerio público reconoce que la prueba de la verdad, pese al artículo 370, se halla principalmente en manos de ustedes. Por eso ha intentado desvirtuar la prueba de los hechos aportada aquí por medio de los testigos. Conviene, por tanto, que examinemos de cerca el artículo objeto de la querella para ver si las acusaciones contenidas en él han quedado probadas y para comprobar, al mismo tiempo, si constituyen realmente calumnias. El artículo comienza diciendo: "Entre las 6 y las 7 de la mañana, se presentaron en el domicilio de Anneke seis o siete gendarmes, quienes inmediatamente maltrataron a la criada", etcétera.

Han escuchado ustedes, señores, el testimonio de Anneke acerca de este punto. Recordarán que yo volví a interrogar expresamente al testigo sobre los malos tratos de que fue objeto la criada y que el señor presidente del tribunal consideró superflua la pregunta, por entender que el punto estaba ya suficientemente aclarado. Pues bien, pregunto: ¿hemos calumniado en este punto a los gendarmes?

Prosigamos. "Después de estos empujones —sigue diciendo el artículo de referencia—, se procede en el vestíbulo a vías de hecho, y uno de los gendarmes hace saltar, hecha añicos, la puerta de cristales. Anneke fue lanzado a empellones escaleras abajo." También acerca de estos extremos han oído ustedes, señores, la declaración del testigo Anneke; y recuerdan asimismo lo que dijo el testigo Esser acerca de cómo los gendarmes hicieron salir de la casa "a todo vapor" a Anneke y *lo empujaron* al coche. Y vuelvo a preguntar: señores ¿hemos incurrido aquí en calumnia?

Por último, hay en el artículo un pasaje cuya exactitud no ha quedado *literalmente* probada. Es el que dice: "De estas cuatro columnas de la justicia, una vacilaba más o menos, iluminada ya, a pesar de lo temprano de la hora, por el 'espíritu', por el agua ardiente de la vida verdadera".

Reconozco, señores, que en este punto las palabras expresas de Anneke no han comprobado más que lo siguiente: "a juzgar por su conducta, muy bien podían haber estado los gendarmes borrachos"; es decir, lo único que consta es que los gendarmes *se condujeron* como borrachos. Pero, cotejen ustedes, señores, lo que nosotros hubimos de escribir dos días después, replicando a la respuesta del señor procurador general Hecker: "La injuria, en todo caso, sólo podía referirse a uno de los señores gendarmes, de quien se afirmaba que había 'vacilado' a tan temprana hora, por razones más o menos espirituales o espirituosas. Ahora bien, si la investigación que se abra acredita, como estamos seguros de que será, la veracidad de los hechos —es decir, de las brutalidades perpetradas por los señores agentes del orden público—, creemos haber destacado cuidadosamente, con toda la imparcialidad que cuadra a la prensa y en el personalísimo interés de los señores por nosotros acusados, la única *circunstancia atenuante* que puede mediar, ¡y el ministerio público se empeña en convertir en una ofensa el alegato tan humano de una circunstancia atenuante!"

Vean ustedes, señores, cómo nosotros mismos provocamos una investigación sobre los hechos litigiosos. Y no es culpa nuestra el que esta investigación no llegara a realizarse. Por lo demás, en lo tocante a la imputación de embriaguez, ¿acaso representa algo tan terrible para un gendarme de Su Majestad prusiana el que se diga de él que ha empinado un poco el codo? ¿Puede considerarse esto como una calumnia? Apelo acerca de ello a la opinión pública de toda la provincia del Rin.

¿Y cómo puede el ministerio público hablar de calumnia, cuando no se menciona por su nombre ni siquiera se describe con cierta precisión a los supuestos calumniados? Se habla de "seis o siete gendarmes". Pero ¿quiénes son? ¿Dónde se hallan? ¿Saben ustedes algo, señores, de que por culpa de este artículo un *determinado* gendarme haya sido expuesto "al odio y al desprecio de los ciudadanos"? La ley exige expresamente que se designe con toda precisión el individuo calumniado; pues bien, en el pasaje en cuestión no se

habla de ningún gendarme concreto y específico, y, a lo sumo, podría considerarse ofendida, en bloque, toda la gendarmería de Su Majestad prusiana. Podría considerarse ofendida porque se publicase el relato de las brutalidades y los actos ilegales impunemente perpetrados por individuos pertenecientes a este cuerpo. Pero el acusar a la gendarmería de Su Majestad prusiana en general de cometer brutalidades no constituye, señores, ningún delito. Yo invito al ministerio público a que me cite el precepto legal en que se declara punible el hecho de injuriar, ofender o calumniar al cuerpo de gendarmería del rey de Prusia, si es que aquí puede hablarse en general de calumnias.

El ministerio público presenta el artículo en cuestión, pura y simplemente, como prueba de un desenfrenado afán difamatorio. Han escuchado ustedes, señores, la lectura de ese artículo. ¿Consideran ustedes que las tropelías más o menos importantes ocurridas por aquellos días en Colonia fuesen manipuladas y explotadas por nosotros para dar rienda suelta a nuestro despecho contra los funcionarios subalternos? ¿No es más cierto que presentamos y consideramos aquellos hechos como un eslabón de tantos en la gran cadena de los conatos de reacción que por aquel entonces se daban simultáneamente en toda Alemania? ¿Acaso nos deteníamos exclusivamente en los gendarmes o en el ministerio público de Colonia o íbamos al fondo del problema, persiguiendo sus causas hasta remontarnos a los manejos del ministerio secreto que mangonea los asuntos del Estado en Berlín?[422] Claro está que resulta menos peligroso poner el dedo en la llaga de ese gran ministerio secreto de Berlín que en la del pequeño ministerio público de Colonia, y la prueba de ello es que estamos aquí ante ustedes, sentados en el banquillo de los acusados.

Examinen ustedes el final del artículo. En él se dice: "He allí los actos del *ministerio de acción,* del gobierno de la centro-izquierda,

[422] *Ministerio secreto de Berlín:* se trata de la pandilla reaccionaria, formada por los más cercanos colaboradores del rey prusiano Federico Guillermo IV, como el religioso Gerlach, Radowitz y otros.

del gabinete que marca el tránsito hacia un gobierno de la vieja nobleza, la vieja burocracia y la vieja Prusia. Tan pronto como el señor Hansemann haya cumplido la misión transitoria que tiene asignada, será despedido".

Recordarán ustedes, señores, lo ocurrido en septiembre del pasado año: cómo se "despidió" a Hansemman, por no ser ya necesarios sus servicios, guardando naturalmente las formas de una dimisión voluntaria, y cómo fue sustituido por el ministerio Pfuel-Eichmann-Kisker-Ladenberg, es decir, literalmente, por un "gobierno de la vieja nobleza, la vieja burocracia y la vieja Prusia".

Y, más adelante, se decía: "Las izquierdas de Berlín deberían comprender que el viejo poder les deja de buen grado las pequeñas victorias parlamentarias y los grandes proyectos constitucionales, con tal de ir adueñándose entre tanto y en el terreno de la realidad de todas las posiciones decisivas. Puede de buena gana reconocer la revolución del 19 de marzo dentro de la Cámara, con tal de desarmarla *fuera* de ella".

No necesito, ciertamente, perder el tiempo en demostrar cuán certero era este punto de vista. Ustedes mismos saben perfectamente bien cómo en la misma proporción en que aumentaba el poder de las izquierdas dentro de la Cámara, se destruía el poder del partido popular *fuera* de ella. Y no hace falta que enumere aquí las brutalidades impunemente perpetradas por la soldadesca prusiana en incontables ciudades, el florecimiento de los estados de sitio, el desarme de tantas y tantas milicias nacionales —y, por último, la heroica campaña de Wrangel contra Berlín— para poner de manifiesto de qué modo tan real se desarmó a la revolución y de cómo el viejo poder fue adueñándose en la realidad de todas las posiciones decisivas.

Y, por último, la notable profecía: "Las izquierdas podrían encontrarse un buen día con que *su triunfo parlamentario coincide con su derrota real y efectiva*".

Esta profecía se ha cumplido al pie de la letra. El mismo día en que la izquierda pasó por fin a poseer la mayoría en la Cámara, fue

el día de su derrota real y efectiva. Fueron precisamente las victorias parlamentarias de las izquierdas las que provocaron el golpe de Estado del 9 de noviembre, el cambio de residencia y el aplazamiento de la Asamblea Nacional y, por último, su disolución y la imposición de una Constitución otorgada. El triunfo parlamentario de la izquierda coincidió directamente con su derrota total fuera del Parlamento.

Esta predicción política cumplida al pie de la letra es, pues, señores, el resultado, el balance, la conclusión que podemos sacar de las tropelías perpetradas en toda Alemania, incluyendo Colonia. ¡Y se habla de un ciego afán difamatorio! En realidad, ¿no parece, señores, como si compareciéramos hoy ante ustedes a responder del crimen de haber expuesto certeramente hechos muy ciertos y de haber extraído de un modo también certero las consecuencias de ellos?

Resumiendo: en este momento tienen ustedes, señores del jurado, que decidir acerca de la suerte de la libertad de prensa en la provincia del Rin. Si a la prensa se le prohíbe informar de lo que sucede ante sus ojos y si, a la vista de cualquier hecho punible, se la obliga a aguardar hasta que recaiga un fallo judicial; si debe consultar a todo funcionario, desde el ministro hasta el gendarme, antes de denunciar un hecho, si cree que éste lesiona su delicadeza o su honor, sin entrar a examinar si el hecho es o no cierto; si se coloca a la prensa ante la alternativa de falsear los hechos o silenciarlos totalmente, en ese caso, señores, la libertad de prensa habrá dejado de existir. Y si ustedes quieren que eso suceda, entonces deben declararnos "*culpables*".

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 221, 14 de febrero de 1849]

EL PROCESO CONTRA EL COMITÉ DEMÓCRATA RENANO[423]

[*Discurso de defensa de Carlos Marx*]

¡SEÑORES DEL JURADO! SI EL PROCESO CUYA VISTA ESTAMOS CELEbrando se hubiese incoado *antes* del 5 de diciembre, me explicaría la acusación del ministerio público. Pero, ahora, después del 5 de diciembre, no comprendo cómo el ministerio público se atreve a invocar en contra nuestra leyes que la misma Corona ha pisoteado.

¿En qué basa el ministerio público su crítica de la Asamblea Nacional y del acuerdo de denegación de impuestos? En las leyes del 6[424] y 8 de abril[425] de 1848. ¿Y qué hizo el gobierno el 5 de diciembre al imponer al país una Constitución otorgada y una nueva ley electoral?[426] Desgarrar las leyes de 6 y 8 de abril de 1848. ¿Estas leyes, que ya no rigen para el gobierno y sus partidarios, han de regir para sus enemigos?

El gobierno se colocó el 5 de diciembre en terreno *revolucionario* o, más exactamente, *contrarrevolucionario*. Para él sólo existen ahora revolucionarios o cómplices. Él mismo se ha encargado de

[423] El proceso contra el Comité Demócrata Renano se entabló el 8 de febrero de 1849. Comparecieron ante el juzgado de Colonia Marx, Schapper y el abogado (Karl) Schneider II. En complicidad con el tribunal, los miembros de este comité fueron acusados de instigación a la violencia y la insurrección. Finalmente, fueron absueltos por el juzgado de Colonia.

[424] Se hace referencia al "Mandato acerca del establecimiento de una futura Asamblea de Prusia", del 6 de abril de 1848.

[425] Se hace referencia a la "Ley electoral para una Asamblea Constituyente de los Estados prusianos", propuesta ante el ministerio Camphausen el 8 de abril de 1848 por la segunda Dieta Unificada, ley basada en un sistema de elección indirecta.

[426] Véase *supra*, nota 340.

convertir en rebeldes a la masa de los ciudadanos que pisan sobre el terreno de las leyes vigentes y afirman estas leyes frente a quienes las violan. *Antes* del 5 de diciembre se podía opinar de diverso modo acerca del cambio de residencia y la disolución de la Asamblea Nacional, o con respecto al estado de sitio decretado en Berlín. *Después* del 5 de diciembre, es ya un hecho auténtico que estas medidas iban encaminadas a iniciar la contrarrevolución y que, por tanto, era lícito cualquier medio a que se recurriera contra una fracción que atentaba por sí misma contra las condiciones bajo las cuales era *gobierno* y que, por consiguiente, el país no podía seguir reconociendo como a tal.

¡Señores! La Corona podía, por lo menos, haber salvado las apariencias de legalidad, y no quiso hacerlo. Podía también haber disuelto a patadas la Asamblea Nacional y hacer que luego el gobierno declarara ante el país: "Hemos dado un golpe de Estado, pues las circunstancias nos obligaban a ello. Nos hemos colocado formalmente al margen de la ley, pero hay momentos de crisis en que se halla en juego incluso la existencia del Estado. Y su existencia es, en tales momentos, la *única* ley inviolable. Cuando disolvimos la Asamblea Nacional no existía ninguna Constitución. No podíamos, por tanto, violarla. Se hallaban en vigor, en cambio, dos leyes orgánicas, la del 6 y la del 8 de abril de 1848. Más aún, en realidad, no existía más que *una sola* ley orgánica, la *ley electoral.* Convocamos al país a nuevas elecciones con sujeción a *esta* ley. Ante la Asamblea que surja de estas elecciones compareceremos como *ministerio responsable.* Esperamos que esta Asamblea reconocerá el golpe de Estado como un *hecho salvador* impuesto por la necesidad de las circunstancias. Sancionará este golpe de Estado como un hecho consumado. Proclamará que hemos infringido una fórmula legal para salvar a la patria. ¡Que ella nos juzgue!"

Si el gobierno hubiese obrado así, podría hacernos comparecer ante su sitial de juez con alguna *apariencia* de razón. La Corona, en ese caso, habría salvado las formas legales. Pero no podía ni *quiso* hacerlo.

A los ojos de la Corona, la revolución de Marzo fue un hecho brutal. Y un hecho brutal sólo puede extirparse por medio de otro hecho brutal. El gobierno, al cancelar las nuevas elecciones celebradas a base de la ley de abril de 1848, *renegó* de su *responsabilidad y canceló el mismo tribunal ante el que era responsable.* Convirtió así de antemano en una mera apariencia, en una ficción, en un fraude la apelación de la Asamblea Nacional ante el pueblo. El gobierno, al inventar una primera Cámara basada en el censo de fortuna como parte integrante de la Asamblea Legislativa, desgarró las leyes orgánicas, abandonó el terreno jurídico, falseó las elecciones populares, privó al pueblo de toda posibilidad de emitir un juicio acerca del "hecho salvador" de la Corona.

Estamos, pues, señores, ante un hecho innegable y que ningún historiador futuro negará: la Corona ha hecho una revolución, ha echado por tierra el estado jurídico vigente, no puede apelar a las leyes que ella misma derribó ignominiosamente. Cuando se hace una revolución y se triunfa, se puede ahorcar a los adversarios; lo que no se puede hacer es condenarlos. Se les puede quitar de en medio como a enemigos vencidos, pero no se les puede juzgar como a delincuentes. Después de consumada una revolución o una contrarrevolución no se pueden aplicar las leyes derrocadas en contra de los *defensores* de estas mismas leyes. Es ésta, sencillamente, una cobarde hipocresía de legalidad, que ustedes, señores, no sancionarán en su veredicto.

He dicho a ustedes, señores, que el gobierno ha falseado el juicio del pueblo acerca del "Hecho salvador de la Corona". Y, sin embargo, el pueblo se ha pronunciado ya *en contra* de la Corona y *a favor* de la Asamblea Nacional. Las elecciones a la segunda Cámara son las únicas legales, porque se han ajustado exclusivamente a la ley del 8 de abril de 1848. Y casi todos los que se han negado al pago de impuestos han sido reelegidos a la segunda Cámara, muchos de ellos dos y hasta tres veces. El mismo Schneider II, mi coacusado, es diputado por Colonia. Por tanto, de hecho, el pueblo ha fallado ya acerca de la cuestión del derecho de la Asamblea Nacional a denegar el pago de impuestos.

Pero aun prescindiendo de este supremo fallo, reconocerán ustedes, señores, que no se trata de un delito en el sentido corriente de la palabra, que no estamos aquí, en general, ante ningún conflicto con la ley que haya de ventilarse en justicia. En condiciones normales, el poder público es el ejecutor de las leyes vigentes, y delinque quien viola estas leyes o se enfrenta violentamente al poder público en el ejercicio de ellas. En nuestro caso, es un poder público el que viola la ley, mientras que otro poder público, el que sea, ello es indiferente, la mantiene y afirma. Pues bien, la pugna entre dos poderes públicos no cae dentro de la competencia del derecho privado ni en la jurisdicción del derecho penal. El problema de quién tenía razón, si la Corona o la Asamblea Nacional, es un problema histórico. Todos los jurados y todos los jueces y tribunales de Prusia juntos serían incapaces de resolverlo. Sólo hay un poder que pueda fallar este litigio, y es la historia. No comprendo, pues, cómo se nos ha podido traer al banco de los acusados invocando el código penal.

Que lo que aquí se ventila es una pugna entre dos poderes y que entre dos poderes sólo puede decidir la fuerza, lo han proclamado por igual, señores del jurado, la prensa revolucionaria y la contrarrevolucionaria. Lo sostenía sin ambages, poco antes de dirimirse el litigio, un órgano del gobierno. La *Nueva Gaceta Prusiana,* órgano del actual gobierno, lo había reconocido perfectamente. Días antes de la crisis, decía este periódico, sobre poco más o menos: ahora, no se trata ya del derecho, sino de la fuerza, y se demostrará que la fuerza la sigue teniendo la monarquía por la Gracia de Dios. La *Nueva Gaceta Prusiana* juzgaba las cosas acertadamente. Fuerza contra fuerza. Y la decisión entre ambas tenía que pronunciarla la victoria. Ha vencido la contrarrevolución, pero sólo se ha representado el primer acto del drama. En Inglaterra, la lucha ha durado más de veinte años. Carlos I quedó repetidas veces victorioso, hasta que por último subió al cadalso. ¿Y quién les garantiza a ustedes, señores, que no serán juzgados un día como reos de alta traición el gobierno actual y los funcionarios que se han prestado y se prestan a ser instrumentos suyos?

¡Señores! El ministerio público ha tratado de basar la acusación en las leyes de 6 y 8 de abril. Ello me ha obligado a demostrar aquí que estas leyes cabalmente nos absuelven. Pero no he de ocultar a ustedes que yo jamás he reconocido ni reconoceré estas leyes. Nunca tuvieron vigencia para los diputados surgidos de la elección del pueblo, y menos aún podían dictar su trayectoria a la revolución de Marzo.

¿Cómo nacieron las leyes de 6 y 8 de abril? De un pacto entre el gobierno y la Dieta Unificada. Por este camino se pretendía empalmarse al viejo estado legal y blanquear la revolución, que había eliminado precisamente ese estado jurídico. Hombres como Camphausen y otros reputaban importante salvar la apariencia del progreso legal. ¿Y cómo la salvaron? Mediante una serie de contradicciones manifiestas y absurdas. Manténganse ustedes, señores, por un momento en el viejo punto de vista legal. ¿No era una ilegalidad el mero hecho de la existencia del ministro Camphausen, de un *ministro responsable* que no había hecho la carrera de funcionario público? La posición de Camphausen, *presidente responsable del Consejo* de ministros, era contraria a la ley. Pues bien, este funcionario *legalmente* inexistente, convocó a la Dieta Unificada para hacerla votar leyes que no estaba legalmente autorizada a dictar. ¡Y a este juego de formas que se da de bofetones y se destruye a sí mismo se le llama progreso legal y afirmación del terreno jurídico!

Pero dejemos a un lado el aspecto formal. ¿Qué era la Dieta Unificada? El exponente de las viejas relaciones sociales caducas. De las relaciones contra las que cabalmente acababa de producirse la revolución. ¿Cómo es posible encomendar a los representantes de la sociedad vencida leyes orgánicas que se proponen reconocer, organizar y regular la revolución frente a esta vieja sociedad? ¿Qué absurda contradicción es ésta? La Dieta había sido derrocada, en unión de la vieja monarquía.

Y, en relación con esto, debemos mirar cara a cara a lo que se llama el *terreno jurídico.* Me siento tanto más obligado a examinar este punto cuanto que se nos considera, y con razón, como enemi-

gos del terreno jurídico, puesto que las leyes del 6 y 8 de abril deben su existencia simplemente al reconocimiento formal de ese terreno jurídico.

La Dieta representaba, sobre todo, a la gran propiedad de la tierra. Y la gran propiedad de la tierra era realmente la base sobre que descansaba la sociedad de la Edad Media, la *sociedad feudal.* La *moderna sociedad burguesa,* es decir, *nuestra* sociedad, se basa, por el contrario, en la industria y el comercio. Por su parte, la propiedad de la tierra ha perdido todas las que un día fueron sus condiciones de existencia y depende ahora del comercio y la industria. He allí por qué la agricultura se explota ahora industrialmente y los viejos señores feudales han descendido a la categoría de fabricantes de ganado, lana, trigo, remolacha azucarera, aguardiente, etc., es decir, de gente que trafica con productos industriales, como cualquier mercader. Y, por mucho que quieran aferrarse a sus viejos prejuicios, en la práctica se convierten en ciudadanos interesados en producir lo más posible con los costos más bajos que puedan, en comprar donde las cosas salgan más baratas y en vender donde resulten más caras. Así pues, el tipo de vida, de producción y de lucro de estos señores da a sus exageradas y jactanciosas pretensiones el mayor mentís.

La propiedad de la tierra, considerada como el elemento social dominante, presupone el *régimen medieval de producción y circulación.* Y la Dieta Unificada era el exponente de este régimen económico medieval superado desde hacía ya largo tiempo y cuyos representantes, aunque se aferren a los viejos privilegios, no tienen empacho en participar del disfrute y la explotación de la nueva sociedad. Esta nueva sociedad, la sociedad burguesa, establecida sobre fundamentos completamente distintos y basada en otro modo de producción, tenía necesariamente que arrebatar el poder político; no tenía más remedio que arrancar de manos de quienes representaban los intereses de la sociedad caduca un poder político cuya organización había brotado en su integridad de relaciones materiales de la sociedad totalmente distintas. *De allí la revolución.* Ésta,

por consiguiente, iba dirigida tanto contra la *monarquía absoluta,* la más alta expresión política de la vieja sociedad, como contra la *representación estamental,* que constituye un orden social ya desde hace mucho tiempo destruido por la moderna industria o, por lo menos, la sociedad burguesa va anulando o relegando diariamente a segundo plano, cada vez más, una serie de supervivencias llenas todavía de arrogancia de los *estamentos.* ¿Cómo, pues, explicarse la ocurrencia de que la Dieta Unificada, es decir, la representación de la vieja sociedad, dictara leyes la sociedad nueva, que había impuesto sus derechos por medio de la revolución?

Se hizo esto, al parecer, para afirmar el *terreno jurídico.* Pero ¿qué se entiende, señores, por afirmar el terreno jurídico? Sencillamente, la afirmación de leyes que pertenecen a una época pasada de la sociedad, que han sido elaboradas por representantes de intereses sociales ya caducos o en trance de caducar, es decir, que elevan a ley exclusivamente estos intereses que se hallan en contradicción con las necesidades generales. Pero no es la sociedad la que descansa sobre la ley. Esto no pasa de ser una ilusión jurídica. Es la ley la que tiene que descansar sobre la sociedad, ser expresión de sus intereses y necesidades comunes, tal como brotan del material de producción vigente, enfrentándose con la arbitrariedad del individuo aislado. Este Código Napoleón que tengo en la mano no ha creado la moderna sociedad burguesa. Por el contrario, la sociedad burguesa nacida en el siglo XVIII y desarrollada en el XIX es la que encuentra en el código su expresión legal. Tan pronto como éste deje de responder a las relaciones sociales, se convierte simplemente en un pedazo de papel. No pueden ustedes convertir las viejas leyes en fundamento del nuevo desarrollo social, ni más ni menos que estas viejas leyes no crearon el estado social anterior.

Nacieron, por el contrario, de este estado social y con él tienen forzosamente que perecer. Las leyes cambian necesariamente al cambiar las relaciones de vida. La afirmación de las viejas leyes contra las nuevas necesidades y exigencias del desarrollo social no es, en el fondo, otra cosa que la afirmación aparentemente sagrada de

intereses particulares ya extemporáneos contra el interés común y actual. *Esta afirmación del terreno jurídico* pretende hacer valer como *vigentes* esos intereses particulares, que *ya no rigen*; pretende imponer a la sociedad leyes condenadas ya por las relaciones de vida de esta sociedad, por su modo de adquisición y circulación, por su producción material; pretende mantener en funciones a legisladores que velan solamente por los intereses particulares, trata de abusar del poder del Estado para supeditar violentamente los intereses de la mayoría a los de la minoría. A cada paso entra, por tanto, en contradicción con las necesidades reales existentes, entorpece el comercio y la industria y prepara el terreno para *crisis industriales*, que estallan en forma de *revoluciones políticas.*

Tal es el verdadero sentido del apego al terreno jurídico y de la afirmación del terreno jurídico. Y en esta frase del terreno jurídico, basada en un fraude deliberado o en el engaño inconsciente de sí mismo, se amparó la convocación de la Dieta Unificada y se hizo que esta Dieta fabricase las leyes orgánicas para la Asamblea Nacional que la revolución había hecho necesaria y había creado. ¡Y éstas son las leyes con sujeción a las cuales se quiere enjuiciar a la Asamblea Nacional!

La Asamblea Nacional representa a la moderna sociedad burguesa frente a la sociedad feudal, representada por la Dieta Unificada. Dicha Asamblea fue elegida por el pueblo con la misión de establecer por su cuenta una Constitución ajustada a las relaciones de vida que hasta ahora se hallaban en conflicto con la organización política y las leyes vigentes. Era, por consiguiente, desde el primer momento, una Asamblea constituyente y soberana. Y pese a ello, se rebajó hasta adoptar el punto de vista del Pacto, lo cual no pasaba de ser una cortesía puramente formal y ceremoniosa ante la Corona. No necesito entrar a investigar aquí si la Asamblea Nacional tenía, frente al pueblo, el derecho a adoptar aquel punto de vista. Consideraba, sin duda, que el choque con la Corona podría evitarse mediante la buena voluntad de ambas partes.

Pero lo que desde luego puede asegurarse es que las leyes de 6 y

8 de abril carecían de validez legal. Y, en el terreno material, su significado se reduce a haber proclamado y establecido las condiciones bajo las cuales podía la Asamblea Nacional ser la expresión real de la soberanía del pueblo. La legislación de la Dieta Unificada era, simplemente, la forma a que se recurría para ahorrar a la Corona la humillación de tener que proclamar: *¡He sido derrotada!*

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 231, 25 de febrero de 1849]

Paso ahora, señores del jurado, a examinar más de cerca la acusación del ministerio público.

El ministerio público ha dicho:

> La Corona se ha despojado de una parte del poder, que se hallaba íntegro en sus manos. Incluso en la vida corriente, si formuló un documento de renuncia, éste no puede ser interpretado más allá del claro tenor literal de las palabras en que renunció. Y la ley de 8 de abril de 1848 no confiere a la Asamblea Nacional el derecho a denegar el cobro de impuestos ni señala a Berlín como necesaria residencia de la Asamblea Nacional.

¡Señores! El poder se hallaba *destrozado* en manos de la Corona; ésta se despejó del poder para salvar sus fragmentos. Recuerden ustedes, señores, cómo el rey, inmediatamente de subir al trono, empeñó formalmente en Königsberg y en Berlín su palabra de honor de que accedería a un régimen constitucional. Y recuerden también cómo, en 1847, al abrir las sesiones de la Dieta Unificada, el rey juró en voz alta y solemne que no toleraría que entre él y *su* pueblo se interpusiera un pedazo de papel.[427] Después de marzo de 1848, el rey se proclamó a sí mismo, en la Constitución otorgada,

[427] Se hace referencia a unas palabras del rey prusiano Federico Guillermo IV en ocasión de la apertura de la primera Dieta Unificada, el 11 de abril de 1847. En dicho discurso, el rey prusiano declaró "que los siglos y una sabiduría impar heredada" han forjado la Constitución prusiana, pero que "ningún *pedazo* de papel" se interpondría entre él y su pueblo.

rey *constitucional.* Dejó que se deslizara entre él y su pueblo esa fruslería abstracta y exótica, ese pedazo de papel. ¿Se atrevería el ministerio público a afirmar que el rey dio libre y voluntariamente un mentís tan patente a sus solemnes promesas, que confesó voluntariamente ante toda Europa una inconsecuencia tan insoportable como la de acceder al Pacto o a la Constitución? No; el rey hizo las concesiones a que *le obligaba* la revolución. Ni más ni menos.

Desgraciadamente, la comparación popular a que recurre el ministerio público no prueba nada. Claro está que cuando renunciamos a algo, sólo renunciamos a aquello sobre lo que *expresamente* versa la renuncia. Si hago un regalo a alguien, sería realmente una desvergüenza que la persona favorecida pretendiera, basándose en mi documento de donación, arrancarme más de lo que yo he querido donar. Pero el que regaló algo después de la revolución de Marzo fue precisamente el pueblo; la Corona fue la que recibió el regalo. Y huelga decir que la donación debe interpretarse en el sentido del donante y no en el del donatario; es decir, en nuestro caso, en el sentido del pueblo y no en el de la Corona.

El poder absoluto de la Corona estaba destrozado. El pueblo había vencido. Ambos, la Corona y el pueblo, sellaron un armisticio en el que fue engañado el segundo. El propio ministerio público, señores, se ha tomado la molestia de demostrarles a ustedes con todo detalle este engaño. Para negar a la Asamblea el derecho a rechazar el cobro de impuestos, el ministerio público les ha hecho ver prolijamente a ustedes que si en la ley del 6 de abril de 1848 figuraba alguna norma concebida en ese sentido, en la del 8 de abril del mismo año no se encontraba ya nada por el estilo. Es decir, que se había aprovechado el intervalo para sustraer a los representantes del pueblo, dos días después, el derecho que dos días antes se les había conferido. ¿Podía el ministerio público haber comprometido de un modo más brillante el *honor* de la Corona, podía haber patentizado por modo más irrefutable que se trataba, en efecto, de *engañar* al pueblo?

Y el ministerio público sigue diciendo:

> El derecho a *cambiar de residencia* y *aplazar* la reunión de la Asamblea Nacional es un atributo del poder ejecutivo, reconocido en todos los países constitucionales.

En cuanto al derecho del *poder ejecutivo* a *cambiar el lugar de residencia* de las cámaras legislativas, desafío al ministerio público a citar una sola ley o un solo ejemplo en apoyo de esta afirmación. En Inglaterra, por ejemplo, podía el rey, a tenor del viejo derecho histórico, convocar el Parlamento en el lugar que mejor le pareciera. No existe ninguna ley en la que se señale Londres como residencia legal del Parlamento. Saben ustedes, señores, que en general, en Inglaterra las libertades políticas más importantes, entre ellas por ejemplo la libertad de prensa, se hallan sancionadas por el derecho consuetudinario y no por el derecho escrito. Pero jamás se le ocurriría a un gobierno inglés desplazar el Parlamento, digamos, de Londres a Windsor o a Richmond; la hipótesis es tan absurda, que basta con formularla para convencerse de su imposibilidad.

Es cierto que, en los países constitucionales, la Corona tiene derecho a *aplazar* la reunión de las cámaras. Pero no deben ustedes olvidar que, por otra, parte, todas las constituciones determinan *por cuánto tiempo* pueden aplazarse dichas reuniones, cuál es el plazo pasado el cual debe reunirse el Parlamento. En Prusia no regía ninguna Constitución, había que redactarla; no existía plaza legal para la convocatoria del Parlamento aplazado ni podía existir tampoco, por tanto, el derecho de la Corona a aplazar sus sesiones. De otro modo, la Cámara podría, a su antojo, aplazar las reuniones de las cámaras por diez días, por diez años o para siempre. ¿Qué garantía había de que se reuniría de nuevo el Parlamento, más tarde o más temprano? La existencia de las Cámaras al lado de la Corona quedaría confiada al libre albedrío de ésta; es decir, el poder legislativo se convertiría en una ficción, suponiendo que, en estas condiciones, pudiese hablarse para nada de poder legislativo.

He allí, señores, a la luz de un ejemplo, a dónde lleva el empeño de medir el conflicto entre la Corona y la Asamblea Nacional pru-

sianas por el rasero de los países constitucionales. Lleva a la *afirmación de la monarquía absoluta.* Por una parte, se reivindican para la Corona las prerrogativas de un poder ejecutivo constitucional, mientras que, por otra parte, no existe ninguna ley, ninguna costumbre, ninguna institución orgánica que le imponga las restricciones de un poder ejecutivo constitucional. Si le dice a la representación popular, "¡tu función es la de una Cámara *constitucional,* pero frente a un monarca *absoluto*!"

¿Acaso hace falta pararse a señalar que, en el caso en cuestión, no existía un *poder ejecutivo* frente a un *poder legislativo,* que la división constitucional de poderes no es aplicable a la *Asamblea Nacional* y a la Corona prusianas? Prescindan ustedes de la revolución y aténganse exclusivamente a la teoría oficial, a la *teoría del Pacto.* Incluso según esta teoría, se enfrentaban dos poderes soberanos. No cabe duda alguna. De estos dos poderes, el uno tenía que hacer saltar al otro. *En un* Estado, no pueden funcionar simultáneamente, el uno junto al otro, dos poderes soberanos. Esta coexistencia representa un contrasentido, algo así como la cuadratura del círculo.[428] La fuerza material tenía que decidir entre las dos soberanías. Pero no tenemos por qué entrar a investigar aquí la posibilidad o imposibilidad de establecer un pacto. Baste decir que dos poderes se pusieron en contacto para llegar a un acuerdo. El propio Camphausen examinó la posibilidad de que el acuerdo no llegara a establecerse. Desde la tribuna señaló a los componedores el peligro que acechaba al país si no llegaba a sellarse la transacción. El peligro se hallaba en la relación primitiva de la Asamblea Nacional pactante con la Corona, ¡y *a posteriori* se pretende hacer a la Asamblea Nacional responsable de este peligro, negando aquella relación originaria y convirtiendo a la Asamblea Nacional en una *Cámara constitucional*! ¡Se pretende resolver la dificultad abstrayéndose de ella!

Creo haberles demostrado, señores, que la Corona no tenía

[428] *Cuadratura del círculo:* problema sin solución al hacerse el cálculo de la superficie de un círculo como exactamente igual a la de un cuadrilátero.

derecho ni a convocar la Asamblea de los pactantes ni tampoco a aplazarla.

Pero el ministerio público no se ha limitado a investigar si la Corona tenía *derecho* a aplazar la reunión de la Asamblea Nacional[429] sino que trata de demostrar la *conveniencia* de este aplazamiento. "¿No habría sido conveniente —exclama— que la Asamblea Nacional, acatando lo dispuesto por la Corona, se hubiese trasladado a Brandeburgo?" El ministerio público encuentra la razón de esta conveniencia en la situación de la propia Cámara. En Berlín gozaba de libertad, etcétera.

¿Pero acaso no son claras y manifiestas las intenciones de la Corona en este desplazamiento? ¿No despojó ella misma de toda apariencia los motivos oficialmente aducidos en apoyo del traslado de residencia de la Cámara? No se trataba, en modo alguno, de la libertad para deliberar, sino de otra cosa: o se disolvía la Asamblea y se concedía una Constitución otorgada o se montaba una representación ficticia a base de representantes sumisos. Y cuando, contra todo lo que se había previsto, se reunió en Brandeburgo un conjunto de diputados capaces de tomar acuerdos, se renunció a toda hipocresía y se declaró disuelta la Asamblea Nacional.[430]

Por lo demás, no es difícil comprender que la Corona no tenía derecho a decir si la Asamblea Nacional gozaba o no de libertad para deliberar. Nadie más que la propia Asamblea podía decidir si contaba o no con esa libertad. De otro modo, resultaría comodísimo para la Corona, tan pronto como la Asamblea Nacional adoptase un acuerdo que no le agradara, declararla carente de libertad, irresponsable, e interponer un veto contra sus decisiones.

El ministerio público ha hablado también del deber en que se hallaba el gobierno de salvaguardar la dignidad de la Asamblea Nacional contra el terrorismo de la población de Berlín.

Es éste un argumento que suena como una sátira contra el

[429] Se trata aquí del traslado de lugar de la Asamblea Nacional, de Berlín a Brandeburgo.

[430] La disolución de la Asamblea Nacional tuvo lugar el 5 de diciembre de 1848, mediante una ordenanza real titulada "Disolución de la Asamblea Nacional prusiana".

gobierno. No quiero referirme a la conducta seguida con respecto a las personas, que eran, por lo demás, los representantes electos del pueblo. Se procuró humillarlos por todos los medios, se les persiguió del modo más infamante y se desató una especie de cacería en contra de ellos. Pero dejemos estar a las personas. ¿Cómo se salvaguardó la dignidad de la Asamblea Nacional, en sus *labores*? Sus archivos fueron abandonados a la soldadesca, la cual los convirtió en guiñapos, cebó con ellos las estufas y pisoteó los documentos de las secciones, los mensajes regios, los proyectos de ley y los trabajos preliminares.

Ni siquiera se guardaron las formas de un embargo judicial, sino que los soldados se apoderaron del archivo sin molestarse ni en levantar un inventario.

Era un plan premeditado el destruir estos trabajos tan costosos para el pueblo, pues de este modo resultaba más fácil calumniar a la Asamblea Nacional y se borraban del mundo los proyectos de reformas odiados por el gobierno y la aristocracia. Y, a la vista de todo esto, ¿no resulta sencillamente ridículo afirmar que el gobierno trasladó la Asamblea Nacional de Berlín a Brandeburgo velando delicadamente por su dignidad?

Pasarán a hablar ahora de las consideraciones del ministerio público en torno a la *validez formal* del acuerdo de denegación del pago de impuestos.

Para dar validez formal a este acuerdo, la Asamblea —dice el ministerio público— necesitaba someterlo a la *sanción de la Corona.*

Pero es que la Corona, señores, no se enfrentaba a la Asamblea en la persona del monarca, sino en la persona del ministerio Brandeburgo. Así pues, según el absurdo que el ministerio público sostiene, la Asamblea ¡habría tenido que entenderse con el gobierno Brandeburgo para poder proclamar a este gobierno como reo de alta traición, para denegarle el pago de los impuestos! ¿Qué significa semejante pretensión sino la tesis de que la Asamblea Nacional tenía que someterse incondicionalmente a todas y cada una de las exigencias de aquel gobierno?

El acuerdo de denegación del pago de impuestos, dice el ministerio público, carecía además de validez formal porque ninguna propuesta puede elevarse a ley sino después de su *segunda lectura.*

Así pues, mientras que, de una parte, se hace caso omiso de las formas *esenciales* obligadas con respecto a la Asamblea Nacional, de otra parte se impone a ésta la necesidad de respetar las *formalidades* de orden secundario. ¡La cosa no puede ser más sencilla! Una propuesta que no le guste a la Corona es aprobada en primera lectura, la segunda es impedida por la fuerza de las armas y la ley no adquiere carácter de tal, por no haberse cumplido el requisito de la segunda lectura. El ministerio público hace caso omiso del estado excepcional reinante cuando los representantes del pueblo tomaron aquel acuerdo, amenazados en la sala de sesiones por las bayonetas. El gobierno da un golpe de Estado tras otro. Atropella sin el menor miramiento las leyes más importantes, la ley sobre el *habeas corpus*[431] y la ley sobre la Milicia Cívica.[432] Implanta arbitrariamente un despotismo militar desenfrenado, bajo el manto del estado de sitio. Manda al diablo a los mismos representantes del pueblo. Y mientras de un lado se violan descaradamente *todas las leyes,* ¿se pretende que del otro lado se acate meticulosamente hasta el último *reglamento?*

Ignoro, señores, si el ministerio público incurre en un falseamiento deliberado —cosa que está muy lejos de mi ánimo suponer—, o simplemente en ignorancia, cuando dice: "La Asamblea Nacional no buscó *mediación* alguna, no intentó ninguna mediación".

Si el pueblo tiene algo que reprochar a la Asamblea Nacional de Berlín son precisamente sus veleidades mediadoras. Y si los miem-

[431] *Habeas corpus:* esta ley, votada en 1679 por el Parlamento inglés, permitía a cualquier acusado (a excepción de los casos de alta traición) pedir su libertad provisional, mediante el pago de una fianza, hasta que fuera incoado el proceso. Generalmente, fue un privilegio de los ricos y nobles debido a las altas sumas impuestas.

[432] *Ley sobre la Milicia Cívica:* fue promulgada el 17 de octubre de 1848, y establecía este cuerpo militar como enteramente dependiente del gobierno. Pero, más tarde, dio lugar a la aparición de una Milicia Cívica contrarrevolucionaria. Fue disuelta el 11 de noviembre de 1848, luego de la entrada de las tropas de Wrangel en Berlín.

bros de dicha Asamblea sienten algún arrepentimiento, es precisamente el de haber tratado de llegar a una transacción. La tentativa de componenda fue cabalmente la que les enajenó poco a poco las simpatías del pueblo, la que les hizo perder todas las posiciones y la que los expuso, por último, a los ataques de la Corona sin que frente a ellos pudieran apoyarse en la fuerza de una nación. Cuando, a la postre, la Asamblea quiso afirmar su voluntad, se encontró sola, aislada e impotente, precisamente por no haber sabido tener y afirmar una voluntad a su debido tiempo. La Asamblea comenzó a manifestar este deseo de componenda al renegar de la revolución y sancionar la *teoría del Pacto,* al descender del rango de una Asamblea Nacional revolucionaria para rebajarse a la categoría de una equívoca sociedad de componedores. Y llevó a su extremo la debilidad mediadora al aceptar de Pfuel como plenamente válido el aparente reconocimiento de la orden de Stein al ejército.[433] La misma proclamación de esta orden al ejército se había convertido en una farsa, ya que no podía ser, ahora, más que un eco cómico de la orden de Wrangel al ejército.[434] Sin embargo, en vez de saltar por encima de ella, la Asamblea Nacional alargó las dos manos hacia la versión de la misma orden por el ministerio Pfuel, versión que la debilitaba y la convertía en un documento carente de todo contenido. Para evitar todo conflicto serio con la Corona, aceptó la sombra aparente de una manifestación contra el viejo ejército reaccionario como una manifestación real. Aparentó tomar seriamente como la solución real del conflicto lo que no pasaba de ser una solución aparente. Hasta tal punto carecía de espíritu combativo y se movía por una tendencia puramente conciliadora esta Asamblea que el ministerio público quiere hacer pasar por una instigadora de conflictos.

¿Hace falta señalar todavía otro síntoma del carácter conciliador de esta Cámara? Recuerden ustedes, señores, el acuerdo a que se había llegado entre la Asamblea Nacional y Pfuel sobre la ley

[433] Véase *supra,* nota 271.
[434] Véase *supra,* nota 378.

dejando en suspenso las indemnizaciones.[435] Si la Asamblea no sabía aplastar al enemigo dentro del ejército, se trataba, sobre todo, de atraerse al amigo entre los campesinos. Pero también a esto renunció. Lo que le interesaba por encima de todo, incluso por encima de los intereses de su propia conservación, era llegar a una mediación, evitar a todo trance y bajo cualesquiera condiciones el conflicto con la Corona. ¿Y a esta Asamblea se le reprocha el no haber aceptado ni tratado de conseguir una mediación?

Ya había estallado el conflicto, y todavía buscaba la Asamblea la mediación. Conocen ustedes, señores, el folleto de *Unruh,*[436] hombre del centro. Por él han podido ustedes comprobar todo lo que se intentó para evitar la ruptura, cómo se enviaron diputaciones al monarca, a las que éste no dio audiencia, cómo algunos diputados trataron de ganar el convencimiento de los ministros, quienes los rechazaron en actitud altiva y soberbia, y cómo se quiso hacer concesiones, cuyos propósitos fueron acogidos con gran irrisión. Ya se estaba preparando todo para desatar la guerra, y todavía la Asamblea se empeñaba en pactar la paz. ¡Y ésta es la Asamblea a la que el ministerio público acusa de no haber aceptado ni tratado de conseguir una mediación!

No cabe duda de que la Asamblea Nacional de Berlín se dejaba llevar de la gran ilusión y no comprendía su propia posición ni sus propias condiciones de existencia, cuando *antes* del conflicto y *durante* éste seguía considerando posible llegar a una inteligencia de buena fe, a una transacción con la Corona y se empeñaba en lograrla.

La Corona, por su parte, no quería tal mediación, ni podía quererla. No debemos engañarnos, señores del jurado, acerca del carácter de la lucha que estalló en marzo y que más tarde se libró entre la Asamblea Nacional y la Corona. No debemos ver en ella uno de esos conflictos corrientes entre un gobierno y la oposición parla-

[435] Véase *supra,* nota 374.

[436] *El folleto de Unruh:* se titula "Bocetos de una nueva historia prusiana". Hans Victor von Unruh, ingeniero y político prusiano, liberal, moderado, era uno de los dirigentes del ala centro-izquierda de la Asamblea Nacional prusiana.

mentaria, un conflicto entre personas que ocupaban el cargo de ministros y quienes aspiraban a conquistar una cartera ministerial, ni la lucha de partidos entre dos facciones políticas del Parlamento. Es posible que los miembros de la Asamblea Nacional, pertenecientes a la minoría o a la mayoría, se representaran así las cosas. Pero lo que aquí decide no es la opinión de los componedores, sino la situación histórica real y verdadera de la Asamblea Nacional, tal como surgió de la revolución europea y de la revolución de Marzo por ella condicionada. Lo que aquí se ventilaba no era un conflicto político entre dos facciones situadas ambas sobre el terreno de *una misma* sociedad, sino el *conflicto entre dos sociedades,* un conflicto *social* envuelto bajo una forma política; *se trataba de la lucha entre la vieja sociedad burocrático-feudal y la moderna sociedad burguesa,* de la lucha entre la sociedad de la *libre concurrencia* y la sociedad del *régimen gremial,* entre la sociedad de la industria, entre la sociedad de la fe y la sociedad de la ciencia.

La expresión *política* congruente de la vieja sociedad era la monarquía por la Gracia de Dios, la burocracia tutelar y el ejército independiente. El fundamento *social* congruente de este viejo poder político era la propiedad nobiliaria y privilegiada de la tierra, con sus campesinos siervos o semisiervos, la pequeña industria patriarcal o gremialmente organizada, los estamentos cerrados, el brutal antagonismo entre la ciudad y el campo y, sobre todo, la dominación del campo sobre la ciudad. El viejo poder político —monarquía de derecho divino, burocracia tutelar y ejército independiente— veía cómo su verdadero fundamento material desaparecería bajo sus pies tan pronto como se atentara contra la base de la vieja sociedad, contra la propiedad territorial noble y privilegiada y contra la nobleza misma, contra la dominación del campo sobre la ciudad, la relación de dependencia de la población campesina y la legislación acomodada a todas estas condiciones de vida, el orden municipal, la legislación penal, etcétera.

La Asamblea Nacional perpetró este atentado. Por otra parte, aquella vieja sociedad veía que el poder se le iba de las manos tan

pronto como la Corona, la burocracia y el ejército perdieran sus privilegios feudales. Y la Asamblea Nacional proponíase, en efecto, acabar con estos privilegios. Se comprende, pues, que el ejército, la burocracia y la nobleza, unidas, empujaron a la Corona a dar un golpe de Estado, como se comprende también que la Corona se dejase empujar al golpe de Estado, sabiendo como sabía que sus propios intereses se hallaban inseparablemente entrelazados a los de la vieja sociedad burocrático-feudal. La *Corona* era, en efecto, el *representante* de la sociedad aristocrático-feudal, como la *Asamblea Nacional* lo era de la moderna sociedad burguesa. Las condiciones de vida de la sociedad burguesa moderna llevan consigo la exigencia de que la burocracia y el ejército desciendan de la categoría de dominadores del comercio y la industria a la de instrumentos suyos, se *conviertan* en simples órganos de la economía burguesa. Esta sociedad no puede tolerar que las relaciones del comercio exterior se rijan por las consideraciones debidas a una política internacional cortesana, en vez de gobernarse por los intereses de la producción nacional. La sociedad burguesa tiene necesariamente que supeditar el régimen de las finanzas a las necesidades de la producción, mientras que el viejo Estado tiene, por el contrario, que subordinar la producción a las necesidades de la monarquía por la Gracia de Dios y al apuntalamiento de las murallas regias que son los parapetos sociales de esta monarquía. Ajustándose a la tendencia real niveladora de la moderna industria, la sociedad moderna no tiene más remedio que derribar todas las fronteras políticas y legales que se alzan entre la ciudad y el campo. En esta sociedad hay *clases,* pero no hay ya *estamentos.* Su desarrollo consiste en la lucha de estas clases, pero las nuevas clases aparecen ya unidas frente a los estamentos y a su monarquía de derecho divino.

Por eso la monarquía de derecho divino, expresión política suprema y suprema representación política de la vieja sociedad burocrático-feudal, no puede hacer ninguna clase de concesiones *sinceras* a la moderna sociedad burguesa. El propio instinto de conservación y la sociedad que se halla detrás de ella y en la que des-

cansa, tratarán siempre, una y otra vez, de revocar las concesiones hechas, de reafirmar su carácter feudal, de correr el riesgo de una contrarrevolución. Tras una revolución, la condición vital constantemente renovada de la Corona es la contrarrevolución.

Pero, por otra parte, tampoco la moderna sociedad puede quedarse tranquila hasta que no haya destruido y eliminado el poder oficial tradicional gracias al cual se mantiene todavía por la fuerza la sociedad antigua, hasta que no haya quitado de en medio este poder estatal. La dominación de la monarquía por la Gracia de Dios es, cabalmente, la dominación de los viejos elementos de la sociedad.

Entre estas dos sociedades no hay, pues, paz posible. Sus intereses y necesidades materiales determinan una lucha a vida o muerte, en la que una de las dos tiene que vencer y la otra que sucumbir. Es la única mediación posible entre ellas; no hay otra. Tampoco cabe, pues, paz ni entendimiento entre las altas representaciones políticas de estas dos sociedades, es decir, entre la Corona y la representación popular. Por tanto, la Asamblea Nacional no tenía más opción que capitular ante la vieja sociedad o enfrentarse a la Corona como poder independiente.

¡Señores! El ministerio público ha presentado la *denegación del pago de impuestos* como una medida "que sacude los *cimientos de la sociedad*". Pero la denegación del pago de impuestos nada tiene que ver con los cimientos de la sociedad.

¿Cuál es, señores, en términos generales, la causa de que los impuestos, la autorización y denegación del pago de impuestos, desempeñe un papel tan importante en la historia del constitucionalismo? La explicación es muy sencilla. Los pueblos tuvieron que redimirse con dinero contante de los reyes feudales, lo mismo que los siervos se rescataban con dinero de los privilegios de los barones feudales. Los reyes necesitaban dinero para sostener sus guerras contra los pueblos extranjeros y, sobre todo, para sus luchas contra los señores feudales. Y, a medida que se desarrollaban el comercio y la industria, necesitaban más dinero. Pero, paralelamente, con ello

iba desarrollándose también el tercer estado, la burguesía y, al desarrollarse, podía disponer de mayores recursos monetarios. Esto le permitía comprar a los reyes, por medio de los impuestos, más libertades. Con objeto de asegurarse estas libertades, se reservaba el derecho de renovar en ciertos plazos los pagos en dinero: de allí nace el derecho a aprobar o denegar el pago de impuestos. Y si quieren ustedes seguir en detalle todo este proceso, no tienen más que consultar la historia inglesa.

Así pues, en la sociedad medieval los impuestos eran el único nexo de unión entre la sociedad burguesa ascendente y el Estado feudal dominante, nexo mediante el cual se veía éste obligado a hacer concesiones a aquélla, a transigir ante su desarrollo y a adaptarse a sus necesidades. En los Estados modernos, este derecho de concesión o denegación del pago de impuestos se ha convertido en un mecanismo de fiscalización de la sociedad burguesa sobre el consejo de administración de sus intereses generales, o sea sobre el gobierno.

Por eso encontramos la *denegación parcial del pago de impuestos* como parte integrante de todo aparato constitucional. Este tipo de denegación de impuestos se da cuantas veces es rechazado el *presupuesto público.* El presupuesto en curso rige solamente para un determinado ejercicio; además, las cámaras, cuando se suspenden sus sesiones, tienen que volver a reunirse tras breve intervalo. Ello hace imposible, por tanto, la independencia de la Corona. Al rechazarse el presupuesto público, los impuestos se consideran definitivamente *denegados* cuando la nueva Cámara no aporta al gobierno una mayoría de votos o la Corona no forma un gobierno a tono con las exigencias de la nueva Cámara. La reprobación del presupuesto constituye, por tanto, una *denegación de impuestos en forma parlamentaria.* Forma que no podía llegar a darse en el conflicto en cuestión, sencillamente porque no existía Constitución, sino que había que elaborarla.

Pero tampoco es nada inaudito la denegación de impuestos bajo la forma en que aquí se nos presenta, es decir, sin rechazar el nuevo

presupuesto y limitándose a vetar el pago de los impuestos en curso. Este fenómeno era muy frecuente en la Edad Media. Hasta la antigua Dieta alemana y los antiguos estamentos feudales brandeburgueses tomaban a veces el acuerdo de denegar el cobro de impuestos. Y tampoco faltan los ejemplos de esto en los modernos países constitucionales. En 1832, un acuerdo de denegación de impuestos en Inglaterra provocó la caída del gobierno Wellington.[437] Y, fíjense ustedes bien en esto, señores: no fue el Parlamento el que, en Inglaterra, tomó este acuerdo, sino que lo proclamó y llevó a cabo el pueblo, en virtud de su propia plenitud de poderes. Y sabido es que Inglaterra es el país histórico del constitucionalismo.

No hay para qué negarlo: la revolución inglesa, que llevó a Carlos I al cadalso, comenzó por la denegación del pago de impuestos. Y por la misma medida comenzó también la revolución norteamericana que condujo a la declaración de independencia de los Estados Unidos. También en Prusia podría la denegación de impuestos ser el preludio de cosas graves. Pero no fue John Hampden quien llevó al cadalso a Carlos I, sino la propia tozudez del rey, su independencia con respecto a los estamentos feudales, su quimérico empeño en abatir por la fuerza las ineludibles exigencias de la nueva y naciente sociedad. La denegación de impuestos no es sino un síntoma de la escisión que media entre la Corona y el pueblo, una prueba de que el conflicto entre el gobierno y el pueblo ha alcanzado ya un grado muy alto y peligroso. No es ella la que provoca la escisión, el conflicto. No hace más que expresar la existencia de este hecho. En el peor de los casos, dicha medida va seguida de la caída del gobierno existente, del derrocamiento de la forma de Estado dominante. Pero no afecta los cimientos de la sociedad. Menos aún

[437] En septiembre de 1831 los *wighs*, que impulsaban una ley de reforma, ganaron el gobierno e hicieron aceptar en la Cámara de los Comunes su proyecto de ley, más tarde rechazado en la Cámara de los Lores, entonces dirigida por Wellington. Al encargarse Grey del gobierno, esta ley fue aprobada en junio de 1832. Pero el rey la denegó y el ministerio Grey tuvo que dar marcha atrás. Pero en seguida surgió por todo el país una tormentosa oleada de protestas, conformándose un muy decidido movimiento de denegación de impuestos hasta que la ley de reforma fuera aceptada.

en el caso presente, en el que la denegación de impuestos era precisamente una medida de legítima defensa de la sociedad contra el gobierno que la amenaza, éste sí, en sus cimientos.

Por último, el ministerio público nos acusa de haber ido más allá que la propia Asamblea Nacional en la proclama denunciada.

"La Asamblea Nacional —se dice— no llegó a hacer público su acuerdo." ¿Debo responder seriamente a esto, señores, que el acuerdo de denegación de impuestos no fue publicado siquiera en la *colección legislativa*?

Lo que quiere decir que la Asamblea Nacional no apeló como nosotros a la *violencia* ni, en general, se colocó como nosotros en el terreno revolucionario, sino que quiso mantenerse dentro del terreno de la legalidad.

Antes, el ministerio público presentaba a la Asamblea Nacional como ilegal; ahora destaca su legalidad y lo hace así, en ambos casos, para podernos acusar a nosotros como delincuentes. Una vez declarada ilegal la percepción de impuestos, ¿no estoy obligado a rechazar por la fuerza el ejercicio por la fuerza de un acto ilegal? Incluso desde este punto de vista estábamos en nuestro derecho al rechazar la fuerza mediante la fuerza. Por lo demás, es totalmente exacto: la Asamblea Nacional trataba de mantenerse en un terreno puramente legal, en el terreno de la resistencia pasiva. Dos caminos se abrían ante ella: el camino revolucionario, por el que no se aventuró, porque aquellos señores no querían jugarse la cabeza, o el de la denegación de impuestos, que no pasaba de la resistencia pasiva. La Asamblea optó por el segundo camino. Pero el pueblo, por su parte, tenía que colocarse en el terreno revolucionario para llevar a la práctica aquella medida. La conducta de la Asamblea Nacional no era en modo alguno decisiva para el pueblo. La Asamblea Nacional no goza de ninguna clase de derechos propios, pues el pueblo se limita a transferirle el ejercicio de los que a él le competen. Si la Asamblea no cumple con su mandato, éste caduca. El pueblo mismo pasa en persona a la escena y obra en virtud de su propia plenitud de poderes. Si una Asamblea Nacional, por ejemplo, se ven-

diera a un gobierno traidor, el pueblo se vería obligado a expulsarlos a ambos, al gobierno y a la Asamblea. Cuando la Corona se lanza a una contrarrevolución, el pueblo tiene derecho a contestar con una revolución. No necesita contar para ello con el permiso de ninguna Asamblea Nacional. Y que el gobierno prusiano intentó perpetrar un atentado de alta traición, lo ha manifestado la propia Asamblea Nacional.

Resumiendo muy brevemente, señores del jurado. El ministerio público no puede invocar en contra nuestra las leyes de 6 y 8 de abril de 1848, después que la misma Corona las ha pisoteado. Y, de por sí, estas leyes no deciden, porque son, sencillamente, una urdimbre arbitraria de la Dieta Unificada. El acuerdo de denegación de impuestos votado por la Asamblea Nacional era válido, en lo formal y en lo material. En nuestra proclama, hemos ido más allá que la Asamblea Nacional. Teníamos el derecho y el deber de hacerlo así.

Repito, para terminar, que hemos asistido al final del primer acto del drama solamente. La lucha entre las dos sociedades, la medieval y la burguesa, volverá a librarse bajo formas políticas. Los mismos conflictos se reanudarán tan pronto se reúna la Asamblea. El órgano del gobierno, la *Nueva Gaceta Prusiana,* ha formulado ya su profecía: han vuelto a elegir a la misma gente y será necesario disolver por segunda vez la Asamblea.

Ahora bien, cualquiera que sea el nuevo camino que la nueva Asamblea Nacional abrace, el resultado necesario no podrá ser otro que la *victoria total de la contrarrevolución* o *una nueva revolución victoriosa.* Tal vez el triunfo de la revolución sólo será posible después de consumada la contrarrevolución.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 232, 27 de febrero de 1849]

LA GUERRA EN ITALIA Y HUNGRÍA

[F. ENGELS]

COLONIA, 27 DE MARZO. LA GUERRA EN ITALIA HA COMENZADO.[438] Y, con ella, la monarquía de los Habsburgos se ha echado encima una carga bajo la que probablemente sucumbirá.

Mientras Hungría no se hallaba en guerra abierta con toda la monarquía, sino simplemente en un plano vacilante de hostilidades contra los eslavos del Sur, no era grave empeño para Austria vérselas con un país sólo a medias revolucionario como Italia, disperso y paralizado por la triple traición de una testa coronada. ¡Y, sin embargo, cuánto trabajo le costó! Fue necesario que el Papa[a] y el Gran duque de Toscana[b] retiraran antes —directa o indirectamente— sus tropas del territorio veneciano y que Carlos Alberto[c] y sus mariscales de campo, vendidos unos e incapaces otros, traicionaran abiertamente la causa de Italia; fue necesario que tan pronto los magiares como los sudeslavos se viesen arrastrados a enviar sus soldados a combatir en Italia, mediante una política de doblez y de aparentes concesiones, para que Radetzky pudiera obtener sus victorias junto al Mincio. Como es sabido, fueron los regimientos fronterizos de los sudeslavos enviados en masa a Italia los que pusieron de nuevo al desorganizado ejército austriaco en condiciones de luchar.

[438] Véase *supra*, nota 82.

[a] Pío IX.

[b] Leopoldo II.

[c] De Cerdeña.

Además, mientras seguía en vigor el armisticio con el Piamonte y Austria se veía obligada simplemente a mantener su ejército en Italia dentro de los efectivos anteriores, sin tener por qué reforzarlo considerablemente, podía permitirse dirigir contra Hungría el grueso de sus 600 000 soldados, mover a los magiares de una posición a otra y, por último, incluso, llegar a contrarrestar la fuerza magiar mediante refuerzos diariamente enviados. A la larga, Kossuth, lo mismo que Napoleón, no habría tenido más remedio que sucumbir ante la superioridad del número.

Pero la guerra en Italia hizo cambiar notablemente la situación. Desde el momento mismo en que se vio claramente que iba a rescindirse el armisticio, Austria no tuvo más remedio que duplicar sus envíos de tropas a Italia, repartiendo entre Windischgrätz y Radetzky sus reclutas recién alistados. Y, así la cosa, es de esperar que ninguno de los dos cuente con tropas bastantes.

De este modo, mientras que para los magiares y los italianos se trata simplemente de ganar tiempo —tiempo para recibir y fabricar armas; tiempo para instruir como soldados aptos para el servicio de campaña a la reserva y a la Guardia Nacional; tiempo para llevar a fondo el proceso de revolución del país—, Austria va perdiendo poder cada día en relación con sus adversarios.

Mientras Roma, la Toscana e incluso el Piamonte se ven lanzados por la guerra cada vez más profundamente a la revolución y obligados a desarrollar diariamente mayor energía revolucionaria; mientras ellos pueden aguardar a la crisis inminente de Francia, que avanza con paso acelerado, en Austria cobra mayor terreno cada día y se organiza diariamente mejor el tercer elemento desorganizador, la *oposición eslava*. La Constitución otorgada[439] se ha arrojado a los eslavos después de marzo como pago por haber salvado a Austria, y las innumerables ofensas inferidas a los eslavos por los excesos de la burocracia y la soldadesca son hechos consumados e intangibles.

En estas condiciones, es comprensible que la *Gaceta de Colo-*

[439] Véase *supra*, nota 340.

nia[440] muestre una gran prisa en que los imperiales den cima lo antes posible a la desagradable guerra húngara. Por eso ayer los presentaba cruzando en tres columnas el río Theiss, noticia tanto más verosímil cuanto que, hasta la hora actual, no ha sido confirmada por ningún parte de operaciones. Por otro lado, se informa de lo contrario, a saber: de que el ejército magiar avanza a marchas forzadas sobre Pest, persiguiendo evidentemente el objetivo de levantar el cerco de Komorn. Esta plaza, aunque bajo violento bombardeo, se sostiene valientemente. Mientras duró el bombardeo, no dispararon un solo tiro, pero al intentar los austriacos un asalto, fueron rechazados con grandes pérdidas por fuego de metralla. Se dice que el regimiento polaco de hulanos del Duque de Coburgo se pasó a los magiares, al ver que Dembinski aguardaba tranquilamente su ataque, mientras entonaba la melodía de "Polonia aún no se ha perdido".[441]

Son todas las noticias que hoy podemos dar a vuestros lectores acerca del teatro de guerra de Hungría. El correo de Viena correspondiente al día 23 no ha llegado.

Volvamos ahora la vista al teatro de guerra italiano. El ejército piamontés se halla apostado aquí, describiendo un amplio arco, a lo largo del Tessino y el Po. La primera línea va desde Arona, por Novara, Vigevano y Voghera, hasta Castel San Giovanni, delante de Piacenza. La reserva se estaciona unas cuantas millas más atrás, a lo largo del Sesia y Bormida, cerca de Verzelli, Trino y Alessandria. En la extrema ala derecha, cerca de Sarzana, en la frontera entre Toscana y Módena, se halla un cuerpo destacado al mando de La Marmora, dispuesto a marchar sobre Parma y Módena por los desfiladeros de la Lunigiana y a enlazar por la izquierda con el ala izquierda del ejército principal y por el ala derecha con el ejército toscano y romano, cruzando, si las circunstancias lo aconsejan, el Po y el Ádige y pasando a operar en territorio veneciano.

[440] Véase *supra,* nota 43.

[441] *"Polonia aún no se ha perdido":* palabras del Himno nacional de Polonia (véase *supra,* nota 208).

Al otro lado, en la orilla izquierda del Tessino y el Po, se halla Radetzky. Como es sabido, sus tropas están divididas en dos cuerpos de ejército, uno de los cuales ocupa la Lombardía y el otro el territorio veneciano. En esta provincia no sabemos que se hayan producido dislocaciones de tropas; en cambio, por lo que se refiere a Lombardía, de todas partes se informa que Radetzky concentra todo su ejército junto al Tessino. Ha retirado todas sus tropas de Parma y en Módena sólo ha dejado en la ciudadela dos o trescientos hombres. Varese, Como, Val d'Intelvi y Valtellina han quedado totalmente desguarnecidas de tropas, habiendo desaparecido hasta los guardias fronterizos aduaneros.

Todas las fuerzas disponibles de Radetzky, unos 50 000 hombres, han sido emplazadas desde Magenta hasta Pavía, a lo largo del Tessino, y desde Pavía hasta Piacenza, siguiendo la línea del Po.

Se dice que Radetzky abrigaba el temerario plan de cruzar inmediatamente el Tessino al frente de este ejército, para marchar directamente sobre Turín, al amparo del desconcierto que ello provocara entre los italianos. Todavía se recordará que, el año pasado, Radetzky concibió más de una vez veleidades napoleónicas por el estilo, y ya sabemos en qué pararon. Esta vez todo el consejo de guerra se opuso al descabellado plan y se decidió retirarse detrás del Oglio y, en caso necesario, incluso del Chiesse, sin librar ninguna batalla decisiva contra el Adda, para aguardar allí a la llegada de refuerzos desde la región veneciana y desde Iliria.

De las maniobras de los piamonteses y del espíritu belicoso de los lombardos dependerá el que esta retirada pueda llevarse a cabo sin pérdidas y el que los austriacos logren contener por largo tiempo a los piamonteses. En efecto, las estribaciones del sur de los Alpes, la Comasca, la Brianza, la Bergamasca, el Veltlino (Val Tellina) y la Bresciana, ya ahora abandonadas en su mayor parte por los austriacos, se prestan magníficamente para una guerra nacional de guerrillas. Los austriacos, concentrados en la planicie, no tienen más remedio que dejar libre la montaña. Los piamonteses, avanzando velozmente con tropas ligeras hacia el ala derecha de los aus-

triacos, pueden organizar rápidamente guerrillas que amenacen el flanco y, en caso de derrota de un cuerpo de tropas, intercepten la retirada de los imperiales, les corten los accesos y hagan que se corra la insurrección hasta los Alpes tridentinos. En este terreno se movería como en su casa Garibaldi. Pero no creemos que se le ocurra volver a servir a las órdenes del traidor Carlos Alberto.[442]

El ejército toscano-romano, apoyado por La Marmora, tendrá que ocupar la línea del Po desde Piacenza hasta Ferrara para cruzar lo antes posible el Po y en la segunda línea el Ádige, separar a Radetzky del cuerpo de ejército austriaco-veneciano y poder operar en su ala izquierda o bien en su retaguardia. Sin embargo, difícilmente llegará lo bastante aprisa para poder influir en las primeras operaciones militares.

Pero, más decisiva que todo esto será la actitud de los piamonteses. Su ejército es bueno y aguerrido, pero si vuelve a verse traicionado como el año pasado tendrá que aceptar la derrota. Los lombardos llaman a las armas para batirse contra estos opresores; ahora bien, si vuelve a ocurrir lo del año anterior, en que un vacilante gobierno burgués paralizó la insurrección en masa, Radetzky podrá entrar de nuevo en Milán.

Contra la traición y la cobardía del gobierno no hay más que un medio: la revolución. Y tal vez sea necesario precisamente que se produzcan una nueva felonía de Carlos Alberto y un nuevo acto de deslealtad por parte de la nobleza y la burguesía lombardas para que la revolución italiana se abra paso, y con ella la guerra por la independencia de Italia. Y, entonces, ¡ay de los traidores!

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 257, 28 de marzo de 1849]

[442] En el verano de 1848, durante las guerras revolucionarias en el norte de Italia, el demócrata revolucionario Giuseppe Garibaldi ofreció sus servicios a las órdenes de Carlos Alberto de Cerdeña, a lo cual éste se negó. Garibaldi se dirigió a Lombardía y, allí, acuarteló a su ejército de voluntarios. Pero el Gobierno provisional de Lombardía concertó un pacto con Carlos Alberto en el sentido de que los voluntarios de Garibaldi permanecieran sin aprovisionamiento y casi desarmados y sin equipo.

LA DERROTA DE LOS PIAMONTESES

[F. ENGELS]

COLONIA, 30 DE MARZO. LA TRAICIÓN DE RAMORINO HA DADO sus frutos. El ejército piamontés ha sido *totalmente derrotado* cerca de Novara y rechazado hacia Borgomanero, al pie de los Alpes. Los austriacos han ocupado Novara, Vercelli y Trino y tienen expedito el camino hacia Turín.

No poseemos, hasta ahora, mayores detalles. Pero desde luego puede asegurarse que la victoria de los austriacos no habría sido posible sin la intervención de Ramorino, que les permitió deslizarse entre las diversas divisiones piamontesas y aislar a una parte de ellas.

No cabe duda de que también Carlos Alberto ha traicionado. Si lo ha hecho solamente por mediación de Ramorino o también de otros modos, lo sabremos más tarde.

Ramorino es el mismo aventurero que, después de una carrera más o menos equívoca en la guerra polaca de 1830-1831[443] y en la campaña de Saboya de 1833,[444] el mismo día en que las cosas tomaban un cariz un tanto serio, desapareció con todos los fondos del ejército y que, más tarde, en Londres, facilitó al ex duque de Brauns-

[443] Véase *supra*, nota 183.

[444] *Campaña de Saboya de 1833:* esta campaña militar, organizada por el demócrata burgués y revolucionario Giuseppe Mazzini, contaba, entre las filas del ejército que llevó a cabo dicha campaña, con emigrantes italianos, alemanes y polacos, todos ellos voluntarios. Los revolucionarios penetraron Saboya desde Suiza, pero las tropas del Piamonte respondieron al ataque, haciéndolos desarmar en Suiza.

chweig, por 1 200 libras esterlinas, un plan para la conquista de Alemania.

El solo hecho de que pudiera darse un puesto a este granuja es indicio de que Carlos Alberto, que teme a los republicanos de Génova y Turín más que a los austriacos, maquinaba ya desde el primer momento la traición.

No cabe duda de que, después de esta derrota, se espera una revolución y la proclamación de la República en Turín, como lo indica el que se trate de prevenirse contra ella mediante la abdicación de Carlos Alberto en la persona de su hijo mayor.[a]

La derrota de los piamonteses tiene mayor importancia que todas las farsas del emperador de Alemania juntas. Es la derrota de toda la revolución italiana. Vencido el Piamonte, les llegará el turno a Roma y a Florencia.

Pero, si no son engañosos todos los indicios, esta derrota de la revolución italiana servirá precisamente de señal para el estallido de la revolución europea. A medida que va sintiéndose más sojuzgado por la propia contrarrevolución dentro del país, el pueblo francés ve cómo avanza hacia sus fronteras la contrarrevolución armada del exterior. A la victoria de junio y a la dictadura de Cavaignac en París correspondió la marcha victoriosa de Radetzky hasta el Mincio; a la presidencia de Bonaparte, a Barrot y a la ley sobre los clubes[445] corresponden ahora la victoria de Novara y la marcha de los austriacos sobre los Alpes. París está maduro para una nueva revolución. Saboya, que desde hace un año prepara su separación del Piamonte y su incorporación a Francia y se ha resistido a tomar parte en la guerra, se echará en brazos de los franceses, y Barrot y Bonaparte tendrán que rechazarla. Génova, y tal vez

[a] Víctor Manuel II.

[445] Una propuesta de ley del ministerio Faucher, del 26 de enero de 1849, de la Asamblea Constituyente francesa acerca del derecho de reunión, dice en su primer parágrafo: "Los clubes están prohibidos". Faucher sostiene la propuesta, cuyo proyecto es rápidamente redactado para su discusión. La Asamblea desechó esta apresurada propuesta y el 27 de enero Ledru-Rollin, apoyado por 230 diputados, firmó una propuesta para cambiar de ministerio, ante ciertas transgresiones constitucionales.

Turín si llega a tiempo, proclamarán la República e invocarán la ayuda de Francia. Y Odilón Barrot les contestará gravemente que sabrá proteger la integridad del territorio de Cerdeña.

Pero, si el gobierno no quiere enterarse de ello, el pueblo de París sí sabe que Francia no puede tolerar la presencia de los austriacos en Turín y en Génova. Y no la tolerará. Contestará a los italianos con un levantamiento victorioso, al que se sumará el ejército francés, el único ejército de Europa que desde el 24 de febrero[446] no ha pisado el campo de batalla.

El ejército francés arde en deseos de cruzar los Alpes para medir sus fuerzas con los austriacos. No está acostumbrado a enfrentarse a una revolución que le promete nueva fama y nuevos laureles y que levanta la bandera de guerra contra la coalición. El ejército francés no es "el glorioso ejército" del Hohenzollern.[447]

La derrota de los italianos es amarga. Ningún pueblo, si exceptuamos a los polacos, se ha visto tan ignominiosamente oprimido como éste bajo el poder de enemigos muy superiores en fuerzas; ninguno ha intentado tantas veces y con tanta valentía sacudir el yugo de la opresión. Y una y otra vez ha tenido este desventurado pueblo que sucumbir nuevamente ante sus opresores, cosechando nuevas derrotas como fruto de todos sus esfuerzos y de todas sus luchas. Pero si el descalabro provoca, esta vez, el desencadenamiento de una revolución en París y de la guerra en Europa, cuyos presagios se manifiestan en todas partes; si la derrota sirve de acicate para un nuevo movimiento a lo largo de todo el continente, movimiento que esta vez tendrá otro carácter que el del año pasado; si así sucede, hasta los italianos tendrán razones para dar por bien empleado lo ocurrido.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 260, 31 de marzo de 1849]

[446] El 24 de febrero de 1848 fue derrocada la monarquía de Luis Felipe de Orleáns.

[447] *Ante mi glorioso ejército:* palabras que el rey prusiano Federico Guillermo IV dirigió a sus tropas la mañana del 19 de marzo de 1848, un día después de iniciados los sucesos de Berlín.

Colonia, 1 de abril. Según los últimos informes que llegan de Italia, la derrota de los piamonteses en Novara no es, ni mucho menos, tan decisiva como se anunciaba en el despacho telegráfico cursado a París. Los piamonteses han sido derrotados, han sido cortadas sus comunicaciones con Turín y se los ha arrojado a la montaña. Eso es todo.

Si Piamonte fuese una república y el gobierno de Turín un gobierno revolucionario, con el valor necesario para poner en acción recursos revolucionarios, no se habría perdido nada. Pero lo que hace que se pierda la independencia italiana no es la invencibilidad de las armas austriacas, sino la cobardía de la monarquía piamontesa.

¿Qué les ha dado la victoria a los austriacos? El que la traición de Ramorino permitiera dislocar a dos divisiones de las tres restantes para que estas tres, aisladas, fuesen batidas por la superioridad de fuerzas de los austriacos. Estas tres divisiones han sido ahora rechazadas hasta las faldas de los Alpes del Valais.

Fue un error enorme, desde el primer momento, el que los piamonteses sólo opusieran a los austriacos un ejército regular y se empeñaran en hacerles una guerra normal, burguesa, honesta. Un pueblo que quiere conquistar su independencia no puede limitarse a los recursos de la guerra *usual.* Levantamiento en masa, guerra revolucionaria, guerrillas: he allí el único medio con que un pueblo pequeño puede ganar la guerra a otro grande, con que un ejército menos fuerte puede ponerse en condiciones de resistir a otro más fuerte y mejor organizado.

Así lo demostraron los españoles en 1807-[1812],[448] y así lo demuestran todavía hoy los húngaros.

Chrzanowski fue derrotado en Novara y quedó cortado de Turín. Radetzky se hallaba a nueve millas de esta capital. En una *monarquía,* como Piamonte, aunque sea constitucional, quedaba decidida con esto la campaña y ya sólo restaba acudir a Radetzky

[448] En las guerras de liberación nacional del pueblo español contra el ejército napoleónico se siguió la táctica de la "guerrilla" contra los ejércitos regulares.

para solicitar de éste las condiciones de paz. Pero en una república esa derrota *no habría decidido nada.* La derrota de Chrzanowski habría podido ser incluso una suerte para Italia, de no haber sido por la inevitable actitud de las monarquías, que jamás tienen el valor de recurrir a los medios revolucionarios extremos, pues su cobardía se lo impide.

Si Piamonte fuese una república que no tuviese que preocuparse para nada de las tradiciones monárquicas, se habría abierto ante él un camino que habría conducido toda la campaña a un muy distinto resultado.

Chrzanowski había sido rechazado hacia Biella y Borgomanero. En aquella región, donde los Alpes suizos ya no permiten seguir retirándose y donde los dos o tres angostos valles hacen punto menos que imposible cualquier dispersión del ejército, resultaba fácil concentrar las tropas y hacer infructuosa mediante una intrépida marcha la victoria lograda por Radetzky.

Si los jefes del ejército piamontés tuviesen arrojo revolucionario, si supieran que en Turín actuaba un gobierno revolucionario dispuesto a todo, su modo de proceder sería muy sencillo.

Después de la batalla de Novara, había en las proximidades del lago Maggiore de 30 000 a 40 000 hombres del ejército de Piamonte. Este cuerpo de ejército, concentrado en dos días, podía lanzarse sobre la Lombardía, donde no hay más de 12 000 austriacos; podía ocupar las plazas de Milán, Brescia y Cremona, organizar el levantamiento general, derrotar uno tras otro a los cuerpos austriacos enviados desde territorio veneciano y hacer saltar por los aires, de este modo, toda la base de operaciones de Radetzky.

Radetzky, en vez de marchar sobre Turín, se habría visto obligado a virar en redondo inmediatamente para retirarse hacia la Lombardía, perseguido por las masas piamontesas levantadas en armas y apoyadas, como es natural, por la insurrección de los lombardos.

Esta guerra, una guerra *verdaderamente* nacional, como la que los lombardos libraron en marzo de 1848 y con la que lograron arrojar a Radetzky al otro lado del Oglio y del Mincio, habría lanzado a

la lucha a toda Italia e infundido una gran energía a los romanos y los toscanos.

Mientras Radetzky, entre el Po y el Tessino, se paraba a cavilar si debía avanzar o retroceder, podían los piamonteses y lombardos marchar hasta las puertas de Venecia, levantar el cerco de esta ciudad, atraerse a La Marmora y a las tropas romanas, inquietar y debilitar al mariscal austriaco con innumerables bandadas de guerrillas, poner en dispersión y, por último, derrotar a sus tropas. Lombardía sólo aguardaba el avance de los piamonteses y acabó levantándose sin esperar a más. Sólo las ciudades austriacas tenían a raya a las ciudades lombardas. Diez mil piamonteses habían llegado ya a suelo de Lombardía; de haber sido 20 000 o 30 000, habrían impedido la retirada de Radetzky.

Pero el levantamiento en masa y la insurrección general del pueblo son recursos ante los cuales retrocede asustada una monarquía. Sólo la República echa mano de ellos, como lo prueba el año 1793. Son recursos cuyo *empleo* presupone el *terrorismo revolucionario,* y ¿dónde está el monarca capaz de decidirse a esto?

Así pues, lo que ha perdido a los italianos no es precisamente la derrota de Novara y Vigevano, sino la moderación y la cobardía a que una monarquía tiene necesariamente que uncirse. La derrota de Novara sólo implicaba un prejuicio *estratégico:* cortaba a los piamonteses de Turín y dejaba el camino abierto hacia esta ciudad a los austriacos. Pero este perjuicio habría sido de todo punto insignificante si la derrota hubiese desencadenado inmediatamente la *verdadera guerra revolucionaria,* si el resto del ejército italiano se hubiese convertido en seguida en núcleo de un levantamiento nacional en masa, si la honesta guerra estratégica de un *ejército* se hubiese transformado en la guerra de un *pueblo,* como la que los franceses sostuvieron en 1793.

Claro está que todo esto, la guerra revolucionaria, el levantamiento en masa, el terrorismo, son cosas a las que jamás podrá avenirse una monarquía. Ésta antes pacta con su peor enemigo, pero un enemigo igual a ella, que entenderse con el pueblo.

Carlos Alberto puede ser o no traidor, lo cierto es que su *Corona*, la *monarquía*, habría bastado para hundir a Italia.

Pero sí era traidor, no cabe duda. En todos los periódicos franceses hemos podido leer la noticia del gran complot contrarrevolucionario europeo urdido entre todas las grandes potencias, del plan de campaña de la contrarrevolución para imponer por fin el yugo a todos los pueblos europeos. Rusia e Inglaterra, Prusia y Austria, Francia y Cerdeña han firmado esta nueva Santa Alianza.[449]

Carlos Alberto tenía la orden de lanzarse a la guerra contra Austria, dejarse derrotar y dar pie con ello a los austriacos para restablecer el "orden" en el Piamonte, en Florencia y en Roma, otorgando en todas partes, graciosamente, constituciones basadas en la ley marcial. En pago de ello se entregarían a Carlos Alberto Parma y Piacenza, los rusos pacificarían a Hungría, Francia se convertiría en Imperio, y volverían a reinar en Europa el orden y la paz. He aquí, según las noticias de los periódicos franceses, el gran plan de la contrarrevolución, plan que explica la traición de Ramorino y la derrota de los italianos.

Pero la victoria de Radetzky ha asestado un nuevo golpe a la monarquía. La batalla de Novara y la consiguiente paralización de los piamonteses demuestran que nada puede entorpecer más a un pueblo que la monarquía, llegado el caso extremo en que aquél necesite poner en tensión todas sus fuerzas. Si Italia no quiere hundirse arrastrada por la monarquía, lo primero que tiene que hacer es acabar con la monarquía en Italia.

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 261, 1 de abril de 1849. 2ª edición]

[449] *Nueva Santa Alanza:* en 1848-1849 se dio, de parte de las fuerzas contrarrevolucionarias de Europa, una serie de intentos por reprimir los movimientos revolucionarios de la misma manera que lo había hecho la vieja Santa Alianza en 1815. Sin embargo, no fue posible la conclusión de un nuevo tratado, similar al de entonces.

Acerca de la Santa Alianza, véase *supra*, nota 173.

[*Colonia,* 4 de abril]. Por fin podemos ver claros y manifiestos ante nosotros los acontecimientos de la campaña del Piamonte hasta el momento de la victoria de los austriacos en Novara.

Mientras hacía correr deliberadamente el falso rumor de que se mantendría a la ofensiva y se replegaría sobre el Adda, Radetzky concentró calladamente todas sus tropas en torno a Sant Angelo y a Pavía. La traición del partido reaccionario-austriaco de Turín había puesto en su conocimiento hasta el último de los planes y disposiciones de Chrzanowski y le había permitido informarse en su totalidad acerca del dispositivo de su ejército, habiendo conseguido, en cambio, engañar a los piamonteses en cuanto a las posiciones que ocupaba el suyo. Así se explica el emplazamiento de las tropas del Piamonte a los dos lados del Po, encaminado exclusivamente a avanzar desde todas partes sobre Milán y Lodi, simultáneamente y en movimiento concéntrico.

No obstante esto, si en el centro del ejército piamontés se hubiese opuesto una resistencia seria, habrían sido inconcebibles los rápidos triunfos alcanzados ahora por Radetzky. De haberle salido al paso en Pavía el cuerpo de ejército de Ramorino, habría habido tiempo suficiente para disputarle el cruce del río Tessino, mientras llegaban refuerzos. Entre tanto, podían haber entrado en juego también las divisiones estacionadas en la orilla derecha del Po y cerca de Arona; el ejército piamontés, emplazado paralelamente al Tessino, cubría a Turín y se bastaba y sobraba para poner en fuga a las tropas de Radetzky. Claro está que para ello había que contar con que Ramorino cumpliría con su deber.

No lo hizo. Permitió a Radetzky cruzar el Tessino, y con ello se rompió el centro piamontés y quedaron aisladas las divisiones emplazadas al otro lado del Po. La suerte de la campaña, en rigor, estaba ya decidida.

Ahora Radetzky emplazó entre el Tessino y el Agogna sus 60 000 o 70 000 hombres, con 120 cañones, y tomó de flanco a las cinco divisiones piamontesas colocadas a lo largo del Tessino. Rechazó con su enorme superioridad de fuerzas a las cuatro más

cercanas, a las que derrotó en Mortara, Garlasco y Vigevano el día 21, tomó Mortara, obligando con ello a los piamonteses a replegarse sobre Novara, y amagó a la única vía de comunicación que les quedaba libre hacia Turín, la que partía Novara, pasando por Vercelli y Chivasso.

Pero, en realidad, los piamonteses habían perdido ya esta calzada. Para poder concentrar sus tropas y, sobre todo, para poder utilizar a la división Saroli, emplazada en la extrema ala izquierda en torno a Arona, tenían que hacer de Novara el nudo de sus operaciones, pudiendo por lo demás ocupar nuevas posiciones detrás del Sesia.

Por eso, ya prácticamente cortados de Turín, no les quedaba más remedio que aceptar la batalla cerca de Novara o lanzarse a la Lombardía, organizar una guerra popular y dejar a Turín confiada a su suerte, a las reservas y a las guardias nacionales. En este caso, Radetzky se habría guardado mucho de seguir avanzando.

Ahora bien, para ello era necesario que en el mismo Piamonte estuviese preparada la *insurrección en masa,* y no era así. La guardia nacional burguesa estaba armada; pero la masa del pueblo carecía de armas, aunque clamase a gritos por las que había en los arsenales.

La monarquía no se había atrevido a apelar a la misma fuerza irresistible que había salvado a Francia en 1793.

Los piamonteses hubieron de aceptar, pues, la batalla de Novara, a pesar de ser tan desfavorable su situación y tan grande la superioridad de fuerzas del enemigo.

Cuarenta mil piamonteses (diez brigadas) con una artillería relativamente débil se enfrentaron a todo el poderío austriaco, unos 60 000 hombres por lo menos, con 120 cañones.

El ejército piamontés se colocó a ambos lados de la cabeza de Mortara, bajo los muros de Novara.

El ala izquierda, al mando de Durando, dos brigadas, se apoyaba en una posición bastante fuerte, La Bicocca.

El centro, mandado por Bès, tres brigadas, tenía como punto de apoyo una alquería llamada La Cittadella.

El ala derecha, al mando de Perrone, tres brigadas, se apoyaba sobre la meseta de Corte Nuove (calzada de Vercelli).

Se formaron dos cuerpos de reserva, uno integrado por dos brigadas al mando del duque de Génova, detrás del ala izquierda, el otro compuesto por una brigada y las guardias, detrás del ala derecha y mandado por el duque de Saboya, el actual rey.

El emplazamiento de los austriacos no aparece tan claro, a juzgar por su boletín de operaciones.

El segundo cuerpo de ejército austriaco, al mando de d'Aspre, abrió la batalla, atacando al ala izquierda de los piamonteses; tras él marchaban el tercer cuerpo de ejército, mandado por Appel, el cuerpo de reserva y el cuarto cuerpo. Los austriacos lograron desplegar en batalla toda su línea de combate y descargar al mismo tiempo un ataque concéntrico sobre todos los puntos del dispositivo piamontés, y su superioridad de fuerzas arrolló al enemigo.

La clave de la posición de los del Piamonte era La Bicocca; si los austriacos lograban apoderarse de ella, el centro y el ala izquierda de los piamonteses quedarían encerrados entre la ciudad (no fortificada), sin otro recurso que dispersarse o rendirse.

De allí que los austriacos lanzaran su ataque principal contra el ala izquierda de los piamonteses, apoyada principalmente en La Bicocca. En este sector se peleó con gran violencia, pero sin que durante mucho tiempo se obtuvieran resultados.

También fue objeto de vivos ataques el centro. Por varias veces perdieron los piamonteses La Cittadella, que otras tantas fue recuperada por Bès.

Cuando los austriacos se dieron cuenta de que tropezaban allí con fuerte resistencia, volvieron a lanzar su esfuerzo principal contra el ala izquierda de los piamonteses. Las dos divisiones de éstos fueron rechazadas hasta La Bicocca, que, al fin, fue tomada por asalto. El Duque de Saboya se lanzó con sus reservas sobre los austriacos, pero inútilmente. La superioridad de fuerzas de los imperiales era demasiado grande, la posición estaba ya perdida y, con ello, decidida ya la suerte de la batalla. La única retirada que les quedaba

libre a los piamonteses era la retirada hacia los Alpes, hacia Biella y Borgomanero.

Y a esta batalla, preparada por la traición y ganada por la superioridad de fuerzas, la llama la *Gaceta de Colonia,* que durante largo tiempo venía suspirando por una victoria de los austriacos,

> una batalla que *brillará por siempre* en la historia de la guerra [!], pues la victoria lograda por el viejo Radetzky es el resultado de movimientos *combinados tan hábilmente* y de una *bravura verdaderamente tan grandiosa, que no se había visto nada parecido desde los días de Napoleón, el gran demonio de las batallas* [!!!].

Hay que reconocer que Radetzky o, mejor dicho, Hess, su jefe de estado mayor, supo urdir muy bien su complot con Ramorino. Y también es verdad que, desde la traición de Grouchy en Waterloo, no se había visto una infamia tan grandiosa como esta de Ramorino. Pero si hay que comparar con alguien a Radetzky, no es precisamente con Napoleón, "el demonio de las batallas" (!), sino con *Wellington*: a los dos les costaron siempre sus victorias, más *dinero contante* que pericia y valentía.

No entraremos, por el momento, en las demás mentiras propaladas ayer noche por la *Gaceta de Colonia*: la de que los diputados demócratas de Turín emprendieron la huida, la de que los lombardos "se condujeron como un hatajo de cobardes" , etc., etc. Los últimos acontecimientos se han encargado ya de desmentirlas. Estas mentiras solo revelan una cosa: la alegría que le produce a la *Gaceta de Colonia* el que la gran Austria haya derrotado, y además valiéndose de la traición, al pequeño Piamonte.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 263, 4 de abril de 1849]

LAS HAZAÑAS DE LA CASA DE LOS HOHENZOLLERN

[C. MARX]

COLONIA, 9 DE MAYO. EL GOBIERNO DEL PRÍNCIPE DE HOHENZOllern parece querer reafirmar, en los días finales de su existencia y de la existencia del Estado prusiano, la vieja fama del nombre de Prusia y de la casa de los Hohenzollern.

¿Quién no conoce la semblanza aquella del poema de Heine?:

Un niño con cabezota de calabaza,
Grandes bigotes y coleta cana,
Bracitos largos y delgados, pero vigorosos,
Estómago de gigante, pero intestinos cortos,
Una especie de monstruo...[450]

¿Quién no conoce las felonías, las perfidias, los fraudes hereditarios con que se engrandeció aquella familia de caporales que ostenta el nombre de los Hohenzollern?

Sabido es cómo el llamado "gran Príncipe Elector" (¡como si un "Príncipe Elector" pudiera ser nunca "grande"!) perpetró la primera traición contra Polonia, al violar su alianza con este país para pasarse súbitamente al lado de Suecia, con objeto de poder así saquear mejor a Polonia en la Paz de Oliva.[451]

[450] Tomado de un poema de Heine, "El monstruo infantil".

[451] *La Paz de Oliva:* fue pactada el 3 de mayo de 1660 entre, por una parte, Suecia, y por la otra, Polonia, Austria y Brandeburgo. Los Tratados de Paz de Oliva confirmaron el tratado polaco-brandeburgués, firmado en Wehlau el 19 de septiembre de 1757.

Conocidas son la repugnante figura de Federico I y la brutal zafiedad de Federico Guillermo II.

Sabido es cómo Federico II, el inventor del despotismo patriarcal y amigo de la Ilustración, subastando su país al mejor postor, lo entregó por medio del látigo a contratistas-empresarios franceses; y es sabido también cómo se alió con Rusia y con Austria para despojar a Polonia,[452] despojo que todavía hoy, después de la revolución de 1848, sigue siendo una mancha bochornosa en la historia de Alemania.

Sabido es cómo Federico Guillermo II ayudó a completar el despojo de Polonia y cómo entregó al malbarato a sus cortesanos los bienes nacionales y eclesiásticos robados a aquel país.

Sabido es cómo en 1792 selló con Austria e Inglaterra la coalición para ahogar a la gloriosa Revolución francesa y cómo invadió Francia; y se sabe, asimismo, cómo su "glorioso ejército" fue arrojado de Francia, cubierto de oprobio.

Sabido es cómo luego dejó en la estacada a sus aliados y se apresuró a hacer las paces con la República francesa.[453]

Sabido es cómo aquel Hohenzollern, que decía adorar al rey legítimo de Francia y Navarra, compró a la República francesa por una bagatela los diamantes de la corona de este mismo rey, traficando así con la desgracia de su "amadísimo señor hermano".

Sabido es cómo aquel cuya vida toda era una mezcla auténticamente hohenzolleriana de suntuosidad y misticismo, sensualidad senil e infantil superstición, no tuvo inconveniente en pisotear, en los edictos de Bischoffwerder, la libertad de expresión del pensamiento.[454]

[452] En 1772 tuvo lugar el primer reparto de Polonia entre Austria y Prusia (véase *supra*, nota 41).

[453] En 1792 Francia inició su primera campaña de guerra revolucionaria contra Austria, inmediatamente después una segunda contra Prusia y, en 1793, una tercera contra Inglaterra, Holanda y España, en cuanto aliados de Austria. En 1795 Prusia concluyó con Francia un tratado de paz por separado.

[454] El "Edicto concerniente a las asuntos religiosos de los Estados prusianos", del 9 de julio de 1788, y el "Censur-Edict", del 19 de diciembre del mismo año, dieron motivo a Federico Guillermo II de hacer obispo a uno de sus consejeros. Este edicto limitaba el derecho de prensa y la libertad de cultos.

Sabido es cómo su sucesor, *Federico Guillermo III*, "el Justo", entregó traidoramente a Napoleón a sus antiguos aliados, a cambio de la ciudad de Hannover, que le fue lanzada como cebo.

Sabido es cómo, poco después, traicionó a Napoleón a favor de aquellos mismos antiguos aliados, al traicionar a sueldo de Inglaterra y de Rusia a la Revolución francesa, personificada en Napoleón.

Sabido es el éxito que tuvo este ataque, la desastrosa derrota sufrida en Jena[455] por el "glorioso ejército", cómo estalló de pronto en todo el organismo del Estado prusiano la peste moral de los piojos, toda aquella serie de traiciones, villanías y jugadas rastreras de funcionarios prusianos, de las que Napoleón y sus generales se apartaban con asco.

Sabido es cómo Federico Guillermo III, en 1813, logró engañar al pueblo prusiano, a fuerza de hermosas palabras y brillantes promesas, hasta hacerle creer que marchaba a una "guerra de liberación" contra los franceses, cuando de lo que en realidad se trataba era, pura y simplemente, de ahogar la Revolución francesa y de restablecer el viejo régimen establecido por la Gracia de Dios.[456]

Sabido es cómo se olvidaron las bellas promesas tan pronto como la Santa Alianza hizo su entrada en París, el 30 de marzo de 1814.

Sabido es cómo, al volver Napoleón de la isla de Elba, el entusiasmo del pueblo había vuelto a enfriarse ya de tal modo, que el Hohenzollern tuvo que atizar de nuevo el celo extinguido mediante la promesa de una Constitución (edicto del 22 de mayo de 1815,[457] dado cuatro semanas antes de la batalla de Waterloo).

Recuérdese las promesas formuladas en el acta de la Confede-

[455] El 14 de octubre de 1806, la muy deplorable situación del ejército prusiano constituyó el completo desmoronamiento de la monarquía feudal de los Hohenzollern y condujo a la capitulación de Prusia ante la Francia napoleónica.

[456] Tanto Marx como Engels subrayaron el carácter de descontento de las llamadas "guerras de liberación" como auténticas guerras nacionales de liberación de las masas populares contra la política de despojo de Napoleón I, y contra los príncipes alemanes y los *Junkers*, quienes pretendían seguir gobernando mediante las viejas relaciones feudales.

[457] Véase *supra*, nota 7.

ración Alemana y en el acta final de Viena:[458] libertad de prensa, Constitución, etcétera.

Sabido es cómo aquel "justo" Hohenzollern cumplió su palabra: Santa Alianza y congresos para la opresión de los pueblos, acuerdos de Karlsbad,[459] censura, despotismo policiaco, dominación de la nobleza, arbitrariedad de la burocracia, justicia de gabinete, persecuciones contra los demagogos, condenas en masa, dilapidación financiera y... nada de Constitución.

Sabido es cómo en 1820 se garantizó al pueblo la no percepción de los impuestos y de la deuda pública,[460] y cómo el Hohenzollern cumplió su palabra, ampliando una empresa marítima para convertirla en un establecimiento secreto de préstamos para el Estado.[461]

Sabido es cómo el Hohenzollern respondió al grito del pueblo francés en la revolución de Julio: concentrando tropas en la frontera, reprimiendo a su propio pueblo, aplastando el movimiento en los pequeños Estados alemanes y, por último, poniendo a estos Estados bajo el látigo de la Santa Alianza.

Sabido es cómo el mismo Hohenzollern volvió a la neutralidad en la guerra ruso-polaca,[462] al permitir a los rusos cruzar por su territorio para atacar a los polacos por la espalda, al poner a su disposición los arsenales y almacenes de Prusia y al ofrecer seguro asilo en su territorio a cada cuerpo de ejército derrotado de los rusos.

Sabido es cómo todos los designios del Hohenzollern, en consonancia con los fines de la Santa Alianza, iban encaminados a afian-

[458] El 8 de junio de 1815, en el Congreso de Viena, fue firmada el Acta de la Confederación alemana, en cuyo art. 13 se dice: "En todos los Estados confederados habrá una Constitución local".

[459] *Acuerdos de Karlsbad:* en agosto de 1819 tuvo lugar una conferencia de ministros de los Estados confederados de Karlsbad, de la cual surgió una serie de acuerdos de carácter reaccionario. Estos acuerdos contemplaban la introducción de una estricta censura previa aplicable a todos los escritos no mayores de veinte pliegos, en todos los Estados alemanes. El instigador de esta medida policiaca fue el ministro de Austria, Metternich.

[460] Véase *supra,* nota 38.

[461] Véase *supra,* nota 37.

[462] Se hace referencia a los conflictos de 1830 en Polonia (véase *supra,* nota 184).

zar en su dominación a la nobleza, la burocracia y los militares, aplastando por la violencia, no sólo en Prusia, sino también en el resto de Alemania, toda libertad de expresión y toda posible influencia de la "limitada inteligencia de los súbditos"[463] sobre el gobierno.

Sabido es cómo rara vez ha habido una época de gobierno en la que las plausibles intenciones se jalonaran con medidas tan brutales de gobierno como en tiempos de Federico Guillermo III, principalmente en los años de 1815 a 1840. Nunca ni en parte alguna ha habido tantos encarcelamientos y condenas, nunca han estado las fortalezas tan llenas de presos políticos como bajo el reinado de este monarca al que se ha llamado "el justo". Y, para comprender todo lo que esto significa, hay que saber qué clase de necios inofensivos eran los demagogos a quienes se encarcelaba.

¿Hace falta que hablemos, además, del Hohenzollern que está llamado a ser, según el monje de Lehnin,[464] "el último de su estirpe"? ¿Es necesario hablar del renacimiento del esplendor cristiano-germánico y de la resurrección de la penuria financiera, de la Orden del Cisne[465] y del alto tribunal de la censura, de la Dieta Unificada y del Sínodo general, del "trozo de papel", de los vanos intentos por conseguir dinero prestado y de todas las demás conquistas de la gloriosa época de 1840 a 1848? ¿Hace falta que demostremos con citas de Hegel por qué la figura que ponga término al cortejo de los Hohenzollern tiene necesariamente que ser una figura cómica?

No creemos que haga falta. Los datos apuntados bastan, sin duda, para caracterizar plenamente lo que representa el nombre de Prusia y de los Hohenzollern. Es cierto que el brillo de este nombre

[463] Véase *supra*, nota 4.

[464] Se trata de una obra conocida como *Vaticinio lehninense*, escrita en latín y cuyo probable autor era un monje llamado Hermann, que debió haber vivido alrededor de 1300 en el monasterio de Lehnin, cerca de Postdam. El poema, cuyo autor y época de composición no son nada seguros, predecía el ocaso de los Hohenzollern cuando subiera al trono el undécimo de su estirpe.

[465] *La Orden del Cisne:* esta caballeresca Orden medieval fue fundada por el príncipe elector Federico II de Brandeburgo pero desapareció con el movimiento de Reforma. Federico Guillermo IV de Prusia, que ambicionaba un renacimiento del romanticismo, intentó fundar en 1843 una orden similar.

quedó empañado por un momento; pero desde que rodea a la Corona la constelación de la Pléyade de Manteuffel y consortes[466] vuelve a brillar el viejo esplendor. Prusia vuelve a ser, como en los buenos tiempos, un virreinato bajo el cetro superior de Rusia; el Hohenzollern vuelve a ser un vasallo del autócrata de todas las Rusias y un soberano para todos los pequeños boyardos de Sajonia, Baviera, Hessen-Hamburgo, Waldeck, etc., y la limitada inteligencia de los súbditos se ve repuesta de nuevo en su viejo derecho del silencio, "mi glorioso ejército";[467] mientras el zar Prawoslawny no lo necesite para sus fines, puede dedicarse a restablecer en Sajonia, Baden, Hessen y el Palatinado el orden que desde hace dieciocho años reina en Varsovia; puede ocuparse, en el propio país y en Austria, en pegar con sangre de súbditos las coronas averiadas. La vieja palabra empeñada hace tiempo, en momentos de penuria y angustia, nos tiene tan sin cuidado como la de nuestros antepasados, que en gloria estén; y, una vez que hayamos arreglado los asuntos de nuestra propia casa, marcharemos con la espada desenvainada y las banderas desplegadas hacia Francia, y conquistaremos el país en que mana la champaña y destruiremos la gran Babel, matriz de todos los pecados.

He allí los planes de nuestros altos gobernantes; he allí el puerto seguro hacia el que navega nuestro noble Hohenzollern. De allí los incesantes actos otorgados y golpes de violencia, de allí los repetidos puntapiés descargados sobre el trasero de la cobarde Asamblea de Francfort; de allí los estados de sitio, las detenciones y persecuciones; de allí las incursiones de la soldadesca prusiana en Dresde y el sur de Alemania.

Pero existe todavía una fuerza que los señores de Sanssouci, es verdad, tienen en poca estima, pero que, a pesar de todo, interpon-

[466] *Constelación de Manteuffel y consortes:* se trata de los siete ministros que formaban el ministerio del barón Theodor von Manteuffel: conde Federico Guillermo de Brandeburgo (primer ministro), Ludwig Simons (ministro de Justicia), Arnold von Rabe (ministro de Finanzas), general Karl Adolf von Strotha (ministro de la Guerra), barón August van der Heydt (ministro de Comercio) y Adalbert von Ladenberg (ministro de Cultos y Educación),

[467] Véase *supra*, nota 447.

drá su palabra tonante: el pueblo. El pueblo, que lo mismo en París que en el Rin, en Silesia o en Austria, aguarda rechinando de ira el momento de levantarse y que, tal vez no tardando, dará su merecido a todos los Hohenzollern y a todos los miserables soberanos y vasallos.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 294, 10 de mayo de 1849]

[ELBERFELD]

[F. ENGELS]

COLONIA, 16 DE MAYO. LA *NUEVA GACETA DEL RIN* HA ESTADO también representada en las barricadas de Elberfeld.

Para salir al paso de diversos falsos rumores, debemos a nuestros lectores una breve información sobre este asunto.

El 10 de mayo, *Federico Engels,* redactor de la *Nueva Gaceta Renana,* se trasladó de Colonia a Elberfeld, llevándose desde Solingen dos cajas de cartuchos procedentes del asalto al arsenal del condado por los obreros de aquella localidad. Al llegar a Elberfeld, informó al Comité de Seguridad sobre la situación en Colonia, se puso a disposición de dicho Comité y la Comisión Militar se encargó en seguida de dirigir los trabajos de fortificación, extendiéndole el siguiente nombramiento:

> La Comisión Militar del Comité de Seguridad encarga por el presente al señor Federico Engels de inspeccionar todas las barricadas de la ciudad y de completar las fortificaciones. Suplicamos a todos los puestos de las barricadas que le presten el apoyo necesario.
>
> Elberfeld, 11 de mayo de 1849.
>
> (firm.) *Hühnerbein Troost*

Al día siguiente, a Engels se le puso también al mando de la artillería:

Se dan plenos poderes al ciudadano F. Engels para que emplace los cañones como considere más conveniente, requisando los artesanos que necesite con ese fin, por cuenta del Comité de Seguridad.

Elberfeld, 12 de mayo de 1849.

El Comité de Seguridad
En su nombre:
(firm.) *Pothmann Hühnerbein Troost*

Ya el primer día de su estancia en Elberfeld, organizó Engels una compañía de infantería y completó las barricadas levantadas en varias de las salidas de la ciudad. Asistió a todas las sesiones de la Comisión Militar y propuso para el puesto de comandante en jefe al señor *Mirbach,* propuesta que fue unánimemente aceptada. Prosiguió sus actividades en los días siguientes, cambió de lugar varias barricadas, indicó el sitio en que debían levantarse otras y reforzó las compañías de infantería. Desde el momento de la llegada de Mirbach, se puso a su disposición y tomó parte en los consejos de guerra convocados por el comandante en jefe.

Durante todo el tiempo de su estancia en Elberfeld, Engels contó con la confianza total tanto de los obreros armados de Berg y de la Marca como del cuerpo de voluntarios.

El señor Riotte, miembro del Comité de Seguridad, le preguntó el mismo día de su llegada a Elberfeld cuáles eran sus propósitos. Engels le hizo saber que su presencia allí se debía, en primer lugar, al hecho de que había recibido ese encargo en Colonia; en segundo lugar a que había creído que sus servicios podrían tal vez ser útiles en asuntos militares y, en tercer lugar, a que, habiendo nacido en la región de Berg, consideraba cuestión de honor ocupar un puesto en la primera insurrección armada del pueblo de su tierra natal. Pero que deseaba ocuparse exclusivamente de asuntos militares y mantenerse totalmente al margen del carácter político del movimiento, ya que era evidente que allí la lucha no podía dejar de librarse, por el momento, bajo los colores oro, rojo y negro, debien-

do evitarse, por tanto, cualquier actuación en contra de la Constitución del Imperio.

El señor Riotte se mostró totalmente de acuerdo con esta explicación.

El 14 de mayo por la mañana, habiendo acompañado Engels al comandante en jefe Mirbach a pasar revista general a las tropas en el Engelnberg, se presentó ante él el señor Höchster, miembro también del Comité de Seguridad, quien le dijo que, aunque no había absolutamente nada que objetar en contra de su comportamiento, la burguesía de Elberfeld se hallaba grandemente alarmada por su presencia en la ciudad, temía que de un momento a otro fuese a proclamar la República Roja y vería con agrado, toda ella, que se marchara.

Engels manifestó que, como no quería imponerse a nadie ni abandonar cobardemente su puesto, exigía —sin obligarse previamente a nada— que se le comunicara por escrito aquel deseo, en declaración firmada por todo el Comité de Seguridad.

El señor Höchster planteó el asunto en el Comité de Seguridad, que el mismo día tomó el siguiente acuerdo:

> Se suplica al ciudadano Federico Engels, natural de Barmen y actualmente residente en Colonia, *reconociendo sin reservas* las actividades por él desempeñadas hasta ahora en esta ciudad, que abandone antes de que transcurra el día de hoy los límites de este municipio, *ya que su presencia aquí podría dar pie a falsas interpretaciones en cuanto al carácter del movimiento.*

Engels había hecho saber ya antes de que recayera el acuerdo que sólo acataría los requerimientos del Comité de Seguridad siempre y cuando que Mirbach se lo ordenara. Mirbach —dijo— había sido designado para el puesto que ocupaba a propuesta suya, razón por la cual no creía que debía retirarse mientras Mirbach no se lo pidiera.

En la mañana del día 15, tras mucha insistencia por parte del

Comité de Seguridad, Mirbach firmó, por último, el acuerdo recaído, que se puso en conocimiento del público, a partir de entonces, fijándolo en las esquinas.

Los obreros armados y los integrantes del cuerpo de voluntarios se mostraron enormemente indignados ante el acuerdo del Comité de Seguridad. Exigían que Engels siguiera en su puesto y se manifestaban dispuestos a defenderlas "con sus vidas". Engels se presentó personalmente ante ellos y los tranquilizó, remitiéndose a Mirbach y haciéndoles saber que no podía ser él el primero que se negara a obedecer a su comandante en jefe, nombrado a propuesta suya y que tenía, además, su confianza absoluta.

Después de hacer un último reconocimiento del terreno en los alrededores, Engels partió de la ciudad, una vez que hubo entregado el mando a su ayudante.

En cuanto a los obreros de Berg y la Marca, que demostraron a nuestro corredactor una devoción y una simpatía tan grandes, deben pensar que el movimiento actual es solamente el preludio de otro mil veces más serio e importante, en el que se ventilarán sus intereses más propios, los intereses de los obreros. Este nuevo movimiento revolucionario será el resultado del actual y, cuando se inicie, pueden estar seguros de que Engels, al igual que todos los demás redactores de la *Nueva Gaceta Renana,* ocupará en él su puesto y de que no habrá en la tierra poder capaz de alejarlo de él.

[*Neue Rheinische Zeitung,* núm. 300, 17 de mayo de 1849. 2ª edición]

SUPRESIÓN DE LA "NUEVA GACETA RENANA" POR DISPOSICIÓN DE LA LEY MARCIAL

[C. MARX]

COLONIA, 18 DE MAYO. HACE ALGÚN TIEMPO, SE ORDENÓ DESDE Berlín a las autoridades locales que declararan el estado de sitio en Colonia. La finalidad que con ello se perseguía era la eliminación de la *Nueva Gaceta Renana*[468] al amparo de la ley marcial, pero se tropezó con una resistencia inesperada. Más tarde, el gobierno de Colonia se dirigió a la Procuraduría de Justicia, tratando de conseguir el mismo propósito por medio de detenciones arbitrarias. El plan se estrelló contra los reparos jurídicos de la Procuraduría, como ya por dos veces se había estrellado anteriormente contra el santo sentido común del Jurado renano. En vista de ello, no quedaba más camino que recurrir a un *ardid policiaco,* con lo que se ha logrado, al menos por el momento, alcanzar la finalidad perseguida. *La Nueva Gaceta Renana dejará de publicarse, por ahora.* Su redactor en jefe, Carlos *Marx,* fue notificado con fecha 16 de mayo de lo siguiente:

> En sus últimos números, incita la *Nueva Gaceta Renana* cada vez con mayor encono a despreciar al gobierno existente, a derrocar violentamen-

[468] En mayo de 1849, cuando la contrarrevolución se lanzó al ataque final, el gobierno prusiano tomó represalias contra la *Nueva Gaceta Renana* y, mediante una orden, proscribió el periódico y desató una furiosa persecución en contra de sus redactores. El último número de la *Nueva Gaceta Renana,* del 19 de mayo de 1849, apareció impreso en letras rojas (véase también *supra,* nota 414).

te el orden establecido y a implantar la República social. Su redactor-jefe, el doctor *Carlos Marx*, deberá ser privado, por tanto, del derecho de asilo [!] que se le había otorgado y del que ha abusado tan escandalosamente y, no habiendo obtenido autorización para seguir residiendo en estos Estados, se le conmina a abandonarlos en término de veinticuatro horas. Bien entendido que de no someterse voluntariamente a la intimación que se le hace, se le conducirá por la fuerza al otro lado de la frontera.

Colonia, 11 de mayo de 1839.

El Gobierno de S. M.
Meoller

Al señor Geider, Director de Policía de S. M.

¿A qué vienen estas necias frases, estas mentiras oficiales?

Los últimos números de la *Nueva Gaceta Renana* en nada se distinguen, ni por su tendencia ni por su lenguaje, de su primer "número de prueba". En este primer número se decía, entre otras cosas, lo siguiente:

> El proyecto del señor Hüser (en Maguncia) es solamente una parte del gran plan de la reacción berlinesa, que aspira... a entregarnos inermes... en manos del ejército.

Et bien, messieurs, qu'en dites vous maintenant?[a]

¿Acaso nuestra tendencia era ignorada del gobierno? ¿No hemos dicho ante el Jurado que era ahora "deber de la prensa minar todos los fundamentos del orden político vigente"? Y por lo que especialmente se refiere al Hohenzollern, basta leer el número del 19 de octubre de 1848, donde se dice:

> El rey es consecuente. Y lo habría sido siempre si las jornadas de marzo no hubiesen venido, desgraciadamente, a interponer entre Su Majestad y

[a] Y bien, señores, ¿qué dicen ustedes, ahora?

el pueblo aquel funesto pedazo de papel. Su Majestad, al parecer, vuelve a creer en estos momentos, como antes de las jornadas de marzo, en los *"pies de hierro"* del esclavismo, y el pueblo de Viena será tal vez el mago que convierta el hierro en barro.

¿Est-ce clair, messieurs?[b]

¿Y la *"República social"* la hemos proclamado, acaso, en los "últimos números" de la *Nueva Gaceta Renana*?

¿No hemos hablado con palabras claras e inequívocas para la gente de cabeza dura, que no fuera capaz de ver el hilo *rojo* traslucirse a través de todo nuestro modo de enjuiciar y exponer el movimiento europeo?

Suponiendo —se dice en el número de la *Nueva Gaceta Renana* correspondiente al 7 de noviembre— que la contrarrevolución viviera en toda Europa por las *armas*, moriría en toda por el *dinero*. La fatalidad que daría al traste con la victoria sería la *bancarrota* europea, la *bancarrota del Estado*. Contra los escollos "económicos" se quiebran como leños podridos las puntas de las bayonetas. Pero la marcha de las cosas no aguantará el vencimiento de las letras de cambio libradas por los Estados de Europa contra la nueva sociedad europea.

En *París* se descargará el aplastante contragolpe de la revolución de Junio. Con la victoria de la República *roja* en París los ejércitos que ahora aguardan en el *interior* de los países partirán hacia las fronteras, las cruzarán, y se revelará con toda claridad el *poder real* de los partidos en pugna. Y entonces, nos acordaremos de los días de junio y de los de octubre, y también nosotros exclamaremos:

"Vae victis!"[c]

Las estériles matanzas desatadas desde las jornadas de junio y octubre, la tediosa orgía de sangre sostenida desde febrero y marzo y el mismo canibalismo de la contrarrevolución se encargarán de convencer a los pueblos de que sólo existe un medio de *abreviar*, simplificar y concentrar

[b] ¿Está esto claro, señores?
[c] ¡Ay de los vencidos!

los homicidas dolores afónicos de la vieja sociedad y los sangrientos dolores puerperiles de la sociedad nueva, un *medio* solamente: *el terrorismo revolucionario.*

¿Est-ce clair, messieurs?

Desde el primer momento, hemos considerado ocioso recatar nuestras intenciones. En una polémica sostenida con el procurador de Justicia de Colonia, os lanzamos estas palabras:

> *La verdadera oposición de la* Nueva Gaceta Renana *comienza en la República tricolor.*

Y resumimos así el año 1848 (véase núm. de 31 de diciembre de 1848):

> La historia de la burguesía prusiana y de la burguesía alemana en general, desde marzo hasta diciembre, demuestra que en Alemania es imposible una *Revolución puramente burguesa* y la instauración del *poder de la burguesía* bajo la forma de la *monarquía constitucional* que en este país sólo cabe una de dos cosas: o la contrarrevolución feudal-absolutista o la *revolución republicano-social*

¿Necesitábamos, pues, destacar inconfundiblemente, en los "últimos números" de la *Nueva Gaceta Renana* la tendencia republicano-social? ¿Acaso no habíais leído nuestros artículos sobre la *revolución de Junio,* y no era el alma de la revolución de Junio el alma de nuestro periódico?

¿A qué vienen, pues, vuestras hipócritas frases, afanosas de buscar un imposible pretexto?

Somos gente desconsiderada y no esperamos de vosotros consideración alguna. Cuando nuestra hora llegue, no paliaremos nuestro terrorismo. Pero los *terroristas monárquicos,* los terroristas por la Gracia de Dios y del derecho, en la práctica brutales, despreciables y viles, son en el terreno de la teoría cobardes, ambiguos e insidiosos, y en ambos casos gente despreciable.

El papelucho del gobierno prusiano comete la necedad de hablar del *"derecho de asilo"* del que *"tan escandalosamente ha abusado" Carlos Marx*, redactor-jefe de la *Nueva Gaceta Renana.*

Es cierto: la *Nueva Gaceta Renana* ha abusado "escandalosamente" del derecho de asilo que los prusianos rusos (los "borussos") se dignan concedernos a *los renanos* en nuestro propio suelo. Creemos habernos hecho con ello acreedores a la gratitud de la provincia del Rin. Hemos salvado el honor revolucionario de nuestro suelo patrio. En lo sucesivo, sólo gozarán de pleno derecho de soberanía en la provincia renana periódicos como la *Nueva Gaceta Renana.*

Para despedirnos, recordaremos a nuestros lectores las palabras de nuestro primer número de enero:

> Levantamiento revolucionario de la clase obrera francesa y guerra mundial: he allí el programa con que se abre el año de 1849.

¡Un ejército revolucionario formado por combatientes de todas las nacionalidades se alza ya en el Este frente a la vieja Europa coligada, representada por el ejército ruso, y desde París se yergue, amenazador, el puño de la "República Roja"!

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 301, 19 de mayo de 1849]

A LOS OBREROS DE COLONIA

QUEREMOS PREVENIRNOS, AL SEPARARNOS ANTE CUALQUIER intento de revuelta en Colonia. Dada la situación militar en que Colonia se halla, estaríais irremisiblemente perdidos. Habéis visto en Elberfeld cómo la burguesía lanza a la línea de fuego a los obreros, para luego traicionarlos del modo más infame. El estado de sitio en Colonia desmoralizaría a toda la provincia renana, y cualquier levantamiento de vuestra parte, en estos momentos, llevaría aparejado como consecuencia necesaria el estado de sitio. Los prusianos se desesperarán a la vista de vuestra serenidad.

Los redactores de la *Nueva Gaceta Renana*, al despedirse de vosotros, os dan las gracias por la simpatía que les habéis demostrado. Su última palabra será, siempre y donde quiera, ésta: *¡emancipación de la clase obrera!*

La Redacción de la "Nueva Gaceta Renana".

[*Neue Rheinische Zeitung*, núm. 301, 19 de mayo de 1849]

LAS LUCHAS DE CLASES EN FRANCIA DE 1848 A 1850[469]

C. Marx

[469] Este trabajo de Marx fue publicado por entregas bajo la simple rúbrica de "1848-1849", en la *Nueva Gaceta Renana. Revista económico-política*, dirigida por él en Londres. Marx analiza aquí todo un periodo de la historia de Francia, visto a la luz del materialismo histórico y formula, desde el punto de vista de esta teoría, tesis importantes con respecto a la táctica revolucionaria del proletariado, desarrollando dos puntos fundamentales de su teoría política: la teoría de la revolución de la clase obrera y la dictadura del proletariado. El plan del trabajo primitivo contemplaba cuatro artículos: "La derrota de junio de 1848", "El 13 de junio de 1849", "Consecuencias del 13 de junio en el continente" y "Consecuencias del 13 de junio de 1849". En colaboración con Engels, Marx analizaría, en las "revistas" o "resúmenes" (véase, *Escritos económicos menores*, Obras Fundamentales de Marx y Engels, t. 11, pp. 61-115, FCE, México, 1987) publicados en los cuadernos II, IV y V-VI, las repercusiones importantísimas que los hechos ocurridos en París, en junio de 1849, tuvieron en el resto del continente europeo. Pero del plan primitivo sólo aparecieron tres artículos. Al editar la obra de Marx en 1895, Engels agregó un cuarto capítulo con el título de "La abolición del sufragio universal en 1850", y que, ya con el título completo de *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, se publicó con un prólogo. En carta a Richard Fischer (13 febrero de 1895) dice Engels, refiriéndose a lo anterior, que el capítulo IV sirve de "complemento esencial al trabajo en su conjunto", "sin el cual el folleto tendría un carácter fragmentario". En esta edición (basada en MEW, vol. 9, Berlín, Dietz Verlag, 1960, pp. 9 y ss.) se ponen a la cabeza, en versales, los epígrafes de Marx, y debajo de ellos, en cursivas, los de Engels. Publicamos como apéndice la introducción de Engels a la edición de 1895.

Obra escrita en 1850.
Publicada por vez primera en la *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue* [*"Gaceta Renana. Revista Económico-política*]. Hamburgo, 1850:

Sección I, Primer Cuaderno, enero de 1850.
Sección II, Segundo Cuaderno, febrero de 1850.
Sección III, Tercer Cuaderno, marzo de 1850.
Sección IV, Quinto y Sexto Cuadernos, mayo-octubre de 1850.

Esta versión se basa en el texto de la edición alemana, publicada en MEW, vol. 9, Berlín, Dietz Verlag, 1960, pp. 9 y ss., que, a su vez, se basa en la edición hecha por Engels en 1895.

[NOTA]

EXCEPTUANDO SOLAMENTE UNOS CUANTOS, TODOS LOS CAPÍTULOS importantes que figuran en los anales de la revolución de 1848 a 1849 llevan por epígrafe: *¡Derrota de la revolución!*

Pero no fue precisamente la revolución lo que sucumbió en estas derrotas. Fueron las tradicionales supervivencias prerrevolucionarias, secuelas de relaciones sociales no aguzadas todavía como tajantes contradicciones de clase: personas, ilusiones, ideas, proyectos de que antes de la revolución de Febrero no había llegado a librarse el partido revolucionario y de los que no podía librarlo la *victoria de Febrero,* sino solamente una serie de *derrotas.*

En una palabra, el progreso revolucionario no se abrió camino en sus tragicómicas conquistas inmediatas, sino, por el contrario, en el hecho de haber engendrado una compacta y poderosa contrarrevolución, de haber creado un adversario, y luchando contra él, es como el partido de la revolución, llegará a ser un partido realmente revolucionario.

A demostrar esto van encaminadas las siguientes páginas.

I. LA DERROTA DE JUNIO DE 1848

De febrero a junio de 1848

Después de la revolución de julio, cuando el banquero liberal Laffitte acompañó en triunfo al Hôtel de Ville[a] a su compère,[b] el Duque de Orleáns, dejó escapar estas palabras: *"De ahora en adelante, mandarán los banqueros"*. Laffitte delataba así el secreto de la revolución.

Bajo Luis Felipe no subió al poder la burguesía francesa, sino *una fracción* de ella, los banqueros, los reyes de la Bolsa, los magnates de los ferrocarriles, los propietarios de las minas de carbón y de hierro y de las explotaciones forestales y una parte de los terratenientes aliada a ellos: la llamada *aristocracia financiera.* Era ella la que se sentaba en el trono, la que dictaba leyes en las cámaras, la que repartía todos los cargos, desde los ministerios hasta los estanquillos.

La verdadera *burguesía industrial* formaba parte de la oposición oficial; es decir, estaba representada en las cámaras solamente como una minoría. Y su oposición se manifestaba con tanta mayor energía cuanto más claramente se desarrollaba la hegemonía de la aristocracia financiera y más segura se creía ésta de su dominio sobre la clase obrera, después de ahogar en sangre las revueltas de 1832, 1834 y 1839.[470] *Grandin,* fabricante de Rouen, que tanto en la Asam-

[a] Alcaldía de París.

[b] Compadre.

[470] La insurrección parisina de 5-6 junio de 1832 fue organizada por el ala izquierda del

blea Constituyente como en la Asamblea Nacional legislativa había sido el fanático portavoz de la reacción burguesa, era en la Cámara de Diputados el más violento adversario de Guizot. *Léon Faucher,* quien más tarde se dará a conocer por sus impotentes esfuerzos para convertirse, *con la pluma en la mano,* en el Guizot de la contrarrevolución francesa, peleó en los últimos tiempos de Luis Felipe, en pro de la industria y contra la especulación y su azafata, el gobierno. Y *Bastiat* agitaba en contra del sistema imperante, en nombre de la religión de Burdeos y de los productores de vino de Francia.

La pequeña burguesía en todas sus variantes, y con ella la clase *campesina,* habían sido totalmente descartadas del poder político. Y se hallaban, por último, en el campo de la oposición oficial o enteramente al margen des pays légal[c] los representantes y portavoces *ideológicos* de las citadas clases, sus profesores, abogados, médicos, etc., en una palabra, sus llamados *talentos.*

Su penuria financiera supeditaba desde el primer momento la monarquía de Julio a la alta burguesía y, a su vez, esta supeditación era fuente inagotable de una creciente penuria financiera. Resultaba imposible subordinar la administración pública al interés de la producción nacional sin equilibrar el presupuesto, sin poner en consonancia los ingresos y los gastos. ¿Y cómo establecer este equilibrio sin reducir los gastos del Estado, es decir, sin lesionar intereses que eran otros tantos puntales del sistema dominante, y sin

partido republicano y por varias sociedades clandestinas, entre ellas la "Sociedad Amigos del Pueblo". Al parecer, la motivó directamente el entierro del general Lamarque, que combatía al gobierno de Luis Felipe de Orleáns. Los obreros que participaron en ella levantaron varias barricadas y pelearon con gran valentía.

La insurrección de los obreros lioneses en abril de 1834, dirigida por la "Sociedad republicana clandestina de los Derechos del Hombre y del Ciudadano", fue uno de los primeros levantamientos de masas del proletariado francés. Esta insurrección, apoyada por los republicanos de algunas otras ciudades, principalmente en París, fue cruelmente reprimida.

La insurrección parisina del 12 de mayo de 1839, en la que también desempeñaron papel principal los obreros revolucionarios, fue organizada por la sociedad secreta, republicano-socialista, de Las Cuatro Estaciones, bajo la dirección de August Blanqui y Armand Barbès; fue sofocada por las tropas del ejército y la Guardia Nacional.

[c] Del terreno legal.

reajustar el reparto de los impuestos, es decir, sin echar sobre los hombros de la burguesía una parte considerable de las cargas fiscales?

La fracción burguesa que mandaba en las cámaras y hacía las leyes se hallaba, por el contrario, *directamente interesada* en *cargar de deudas al Estado.* El *déficit del Estado* constituía el verdadero blanco de sus especulaciones y la fuente principal de su enriquecimiento. El déficit aumentaba de año en año. Cada cuatro o cinco años se emitía un nuevo empréstito. Y cada nuevo empréstito brindaba a la aristocracia financiera una nueva ocasión para estafar al Estado, mantenido artificialmente al borde de la bancarrota y obligado así a contratar con los banqueros en las condiciones más onerosas. Cada nuevo empréstito brindaba, además, por partida doble, ocasión de saquear al público que invertía sus capitales en papel del Estado mediante operaciones de Bolsa en cuyos secretos se hallaban iniciados el gobierno y la mayoría de las cámaras. En general, las fluctuaciones del crédito público y la posesión de los secretos de Estado permitía a los banqueros y a sus afiliados en las cámaras y en el trono provocar en la cotización de los valores del Estado extraordinarias y repentinas oscilaciones, que daban siempre como resultado necesario la ruina de gran número de pequeños capitalistas y el enriquecimiento fabulosamente acelerado de los grandes agiotistas. Por hallarse instalada en el poder la fracción burguesa directamente interesada en el déficit del Estado, se explica que, en los últimos años del reinado de Luis Felipe, los gastos públicos *extraordinarios* ascendieran a bastante más del doble de los de la época de Napoleón, hasta alcanzar casi la suma anual de 400 millones de francos, al paso que el total de exportaciones de Francia rara vez llegaba, por término medio, a un total de 750 millones. Además, las enormes sumas que de este modo pasaban por las manos del Estado daban pie para toda suerte de fraudulentos contratos de suministro, sobornos, estafas y granujadas. Y el fraude al Estado, realizado en gran escala mediante los empréstitos, se repetía en detalle en las contratas de obras públicas. La relación entre las cámaras y el gobierno se multiplicaba aquí en las relaciones entre los

diferentes organismos de la administración y los contratistas beneficiados.

Además de los gastos públicos en general y en particular los empréstitos del Estado, la clase dominante explotaba la *construcción de ferrocarriles.* Las cámaras hacían que el Estado soportara las cargas principales, mientras ella se embolsaba los jugosos frutos. Recuérdese el escándalo provocado en la Cámara de Diputados cuando un día se supo que todos los miembros de la mayoría, incluyendo a una parte de los ministros, se hallaban interesados como accionistas en las mismas obras de construcción de ferrocarriles que, más tarde, como legisladores, acordaron ejecutar a costa del Estado.

En cambio, hasta las más pequeñas reformas financieras se estrellaban contra la influencia de los banqueros. Así ocurrió, por ejemplo, con la *reforma del sistema postal.* Rothschild protestó contra ella. ¿Acaso tenía el Estado derecho a mermar fuentes de ingresos que permitían extraer jugosos intereses a su deuda pública, sin cesar creciente?

La monarquía de Julio no era otra cosa que una compañía por acciones creada para explotar la riqueza nacional francesa y cuyos dividendos se repartían entre ministros, diputados, 240 000 electores y su correspondiente séquito. Luis Felipe era el director de esta compañía, un Robert Macaire[471] en el trono. Este sistema no podía por menos de poner en peligro y perjudicar constantemente al comercio, a la industria, a la agricultura, a la navegación, a los intereses de la burguesía industrial. Un gobierno barato, *un gouvernement à bon marché,* había sido una de las consignas de las jornadas de julio.

Puesto que la aristocracia hacía las leyes, dirigía la administración pública, disponía de todos los poderes públicos organizados y

[471] *Robert Macaire:* tipo del negociante desaprensivo y voraz, llevado a la comedia por el actor francés, famoso en su tiempo, Frédéric Lamaître, e inmortalizado en las caricaturas de Honoré Daumier. Su figura satiriza el imperio de la aristocracia financiera, que gobernó Francia bajo la monarquía de Julio.

gobernaba la opinión pública a través de los hechos y a través de la prensa, era natural que se repitiese en todas las esferas, desde la corte hasta el Café Borgne,[d] la misma prostitución, el mismo escandaloso fraude, el mismo afán de enriquecerse, no por medio de la producción, sino mediante el escamoteo de la riqueza ajena ya existente; que se manifestara, sobre todo en las cumbres de la sociedad burguesa, la expansión desenfrenada de los apetitos más morbosos y libertinos —desafiando incluso las leyes burguesas—, en los que encuentra su natural satisfacción la riqueza amasada en el agio, en los que el disfrute se vuelve crapuloso y confluyen en dinero, la basura y la sangre. La aristocracia financiera, lo mismo en sus ganancias que en sus goces, no es más que la *reencarnación del lumpenproletariado en las alturas de la sociedad burguesa.*

Y los sectores no dominantes de la burguesía francesa gritaban "*¡Corrupción!*" El pueblo gritaba "*À bas les grands voleurs! À bas les assassins!*",[e] cuando en 1847 se repetían en los escenarios más encumbrados de la sociedad burguesa los mismos espectáculos que diariamente llevan al lumpenproletariado a los burdeles, a los asilos y manicomios, ante los jueces, a los presidios y al cadalso. La burguesía industrial veía peligrar sus intereses, la pequeña burguesía sentíase moralmente indignada, la fantasía popular se sublevaba, París estaba inundado de panfletos —*La dynastie Rothschild, Les juifs rois de l'époque,*[f] etc.— en los que se denunciaba y fustigaba con mayor o menor ingenio la dominación de la burguesía financiera.

Rien pour la gloire![g] "¡La gloria no rinde nada!" La paix partout et toujours![h] ¡La guerra hace bajar la cotización de los valores al tres y cuatro por ciento!: he allí las divisas inscritas en sus banderas por la Francia de los judíos de la Bolsa. Su política exterior se hundía, por tanto, en una serie de humillaciones del sentimiento nacional

[d] Café y tabernas de mala fama en París.
[e] ¡Abajo los grandes ladrones! ¡Abajo los asesinos!
[f] La dinastía de los Rothschild, Los reyes judíos de la época.
[g] ¡Nada por la gloria!
[h] ¡La paz siempre y en todas partes!

francés, el cual reaccionó con mayor fuerza cuando el despojo de Polonia se consumó con la anexión de Cracovia por Austria y cuando Guizot se puso activamente al lado de la Santa Alianza en la guerra suiza del Sonderbund.[472] La victoria lograda por los liberales suizos en esta guerra ficticia vino a levantar el sentimiento de propia estimación de la oposición burguesa en Francia, y la sangrienta insurrección del pueblo en Palermo fue como una descarga eléctrica que sacudió a la amodorrada masa popular, haciendo despertar sus grandes recuerdos y pasiones revolucionarios.*

El estallido del descontento general se vio, por fin, acelerado, y el desasosiego fermentó en forma de revuelta, gracias a *dos acontecimientos mundiales de carácter económico.*

La *plaga de las patatas* y las *malas cosechas* de los años 1845 y 1846 acentuaron la efervescencia general entre el pueblo. La carestía de 1847 provocó sangrientos conflictos, en Francia al igual que en el resto del continente. En contraste con las desvergonzadas orgías de la aristocracia financiera, la lucha del pueblo por llevarse un puñado de pan a la boca. Mientras en Buzançais se ejecutaba a los amotinados contra el hambre,[473] en París la familia real libraba de la acción de los tribunales a los atiborrados escrocs.[i]

El segundo gran acontecimiento económico que vino a acelerar el estallido de la revolución fue la *crisis general del comercio y la industria* en Inglaterra. Esta crisis, anunciada ya en el otoño de 1845 por el descalabro en masa de los especuladores en acciones ferroviarias y contenida durante el año 1846 por una serie de circuns-

[472] Véase *supra*, nota 255.

* Anexión de Cracovia por Austria, de acuerdo con Rusia y Prusia, 11 de noviembre de 1846. Guerra suiza del Sonderbund, 4 a 28 de noviembre de 1847. Insurrección de Palermo, 12 de enero de 1848; a fines de enero, nueve días de bombardeo de la ciudad por los napolitanos. [*Nota de Engels a la edición de 1895.*]

[473] En enero de 1847, en Buzançais (Departamento del Indre, en Francia), los obreros, artesanos y vecinos hambrientos de las aldeas cercanas asaltaron los almacenes de trigo de los especuladores, produciéndose, con este motivo, choques sangrientos entre la población y la tropa. Los sucesos de Buzançais provocaron crueles represalias por parte del gobierno: el 4 de marzo de 1847 fueron condenados a muerte tres de los amotinados y varios otros a trabajos forzados y a penas de cárcel, penas que, a pesar de las protestas públicas, fueron cumplidas.

[i] Estafadores.

tancias incidentales como la inminente abolición de los aranceles sobre el trigo, estalló por fin en el otoño de 1847 en las bancarrotas de los grandes comerciantes londinenses en artículos coloniales, seguidas muy de cerca por las quiebras de los bancos agrarios y el cierre de fábricas en los distritos industriales ingleses. Aún no se habían agotado las repercusiones de esta crisis en el continente, cuando estalló la revolución de Febrero.

Los efectos asoladores de la epidemia económica sobre el comercio y la industria hicieron todavía más insoportable la hegemonía de la aristocracia financiera. La burguesía situada en el campo de la oposición desencadenó en toda Francia una campaña de *agitación por medio de banquetes* en pro de una *reforma electoral* que habría de darle la mayoría en las cámaras y derrocar al ministerio de los señores de la Bolsa. En París, la crisis industrial había traído además como consecuencia el lanzar sobre el mercado interior a gran número de fabricantes y comerciantes al por mayor que en las circunstancias existentes no podían ya hacer negocios en el comercio exterior. Estos industriales y comerciantes fundaban grandes establecimientos cuya competencia arruinaba en masa a los épiciers y los boutiquiers.[j] De allí el sinnúmero de quiebras que se registraban en este sector de la burguesía parisina y, como consecuencia de ello, la actitud revolucionaria adoptada por estos elementos en febrero. Sabido es cómo Guizot y las cámaras contestaron con un reto inequívoco a los proyectos de reformas, cómo Luis Felipe se decidió, tarde ya, a nombrar un gobierno Barrot, cómo se produjeron refriegas entre el pueblo y las tropas, cómo el ejército se vio desarmado gracias a la actitud pasiva adoptada por la Guardia Nacional y cómo la monarquía de Julio tuvo que ceder el puesto a un gobierno provisional.

El *Gobierno provisional,* encumbrado sobre las barricadas de febrero, reflejaba necesariamente, en su composición, los diversos partidos entre los que se dividió la victoria. No podía representar

[j] Abarroteros y tenderos.

otra cosa que un *compromiso entre las diferentes clases* que habían derribado juntas el trono de Julio, pero cuyos intereses pugnaban entre sí. Su *gran mayoría* estaba formada por representantes de la burguesía. La pequeña burguesía republicana tenía sus exponentes en Ledru-Rollin y Flocon, la burguesía republicana estaba representada por la gente del *National*, la oposición dinástica por Crémieux, Dupont de l'Eure, etc. La clase obrera sólo tenía dos representantes, Louis Blanc y Albert. Por último, Lamartine no personificaba, en el Gobierno provisional, a ningún interés real, a ninguna clase determinada, sino que era la misma revolución de Febrero el levantamiento visto en bloque, con sus ilusiones, su poesía, su contenido imaginario y sus frases. Por lo demás, este portavoz de la revolución de Febrero pertenecía, tanto por su posición como por sus ideas, al campo de la *burguesía*.

Si París, a causa de la centralización política, domina a Francia, los obreros, en momentos de conmoción revolucionaria, dominan a París. La primera señal de vida que dio el Gobierno provisional fue el intento de sustraerse a esta influencia arrolladora mediante una apelación que el embriagado París hacía a la sobria Francia. Lamartine negaba a los combatientes de las barricadas el derecho a proclamar la República, alegando que eso sólo podía hacerlo la mayoría de los franceses; había que aguardar al resultado del voto popular y el proletariado de París no debía manchar su triunfo con una usurpación. Y es que la burguesía sólo consiente al proletariado *una* usurpación, la de luchar.

A mediodía del 25 de febrero aún no había sido proclamada la República, pero en cambio ya habían sido repartidos todos los ministerios entre los elementos burgueses del Gobierno provisional y entre los generales, banqueros y abogados del *National*. Pero los obreros estaban decididos a no tolerar esta vez un escamoteo como el de julio de 1830. Estaban dispuestos a reanudar la lucha y a conquistar la República con las armas en la mano. Con este mensaje se trasladó *Raspail* al Hôtel de Ville. En nombre del proletariado de París, *ordenó* al Gobierno provisional proclamar la República; si

esta orden del pueblo no era cumplida en término de dos horas, volvería a la cabeza de 200 000 hombres. Apenas se habían enfriado los cadáveres de los caídos, no se habían desmontado las barricadas, no se habían desarmado los obreros, y la única fuerza que se podía enfrentar a ellos era la Guardia Nacional. En estas circunstancias, se esfumaron como por encanto los reparos de los prudentes estadistas y los escrúpulos jurídicos de conciencia del Gobierno provisional. Aún no habían transcurrido las dos horas del plazo, y ya campeaban en todos los muros de París, en grandes caracteres, las históricas palabras:

République française! Liberté, Égalité, Fraternité![k]

Con la proclamación de la República sobre la base del sufragio universal, se había borrado hasta el recuerdo de las miras y los motivos limitados que habían empujado a la burguesía a la revolución de Febrero. En vez de unas cuantas fracciones de la burguesía, todas las clases de la sociedad francesa, lanzadas de pronto a la órbita del poder político, se veían empujadas a abandonar los palcos, el patio de butacas y la galería, para actuar en persona en la misma escena revolucionaria. Con la monarquía constitucional, desaparecía también la apariencia de un poder estatal enfrentado por su propia virtud a la sociedad burguesa, con toda la serie de luchas subalternas que este poder aparente provoca.

Al dictar el Gobierno provisional y a través de él a toda Francia la República, el proletariado pasaba inmediatamente a primer plano como partido independiente; pero, al mismo tiempo, lanzaba un reto a toda la Francia burguesa. Conquistaba el terreno para luchar por su emancipación revolucionaria, pero no conquistaba, en modo alguno, su emancipación misma.

Lejos de ello, la República de Febrero tendría, por el momento, que *completar la dominación de la burguesía,* atrayendo a la órbita del poder político, junto a la aristocracia financiera, a *todas las clases poseedoras.* Fueron sacados de la nulidad política a que los ha-

[k] ¡República francesa! ¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!

bía condenado la monarquía de Julio la mayoría de los grandes terratenientes, los legitimistas. No en vano la *Gazette de France*[474] había agitado en unión de los periódicos de la oposición; no en vano La Rochejaquelein había abrazado el partido de la revolución en la sesión celebrada el 24 de febrero por la Cámara de Diputados. El sufragio universal convertía a los propietarios nominales que forman la gran mayoría de los franceses, a los *campesinos*, en árbitros de los destinos de Francia. Por fin, la República de Febrero hacía que se manifestara en toda su pureza la dominación de la burguesía, al quitar de en medio a la Corona, detrás de la que se mantenía oculto el capital.

Los obreros, que luchando en las jornadas de julio habían conquistado la *monarquía burguesa*, conquistaron ahora con su lucha la *República burguesa*. Y así como la monarquía de Julio se había visto obligada a anunciarse como una *monarquía rodeada de instituciones republicanas*, la República de Febrero tuvo que anunciarse, ahora, como una *República rodeada de instituciones sociales*. Era una concesión más *impuesta* por el proletariado de París.

Marche, un obrero, dictó el decreto por el que el Gobierno provisional recién constituido se obligaba a garantizar por el trabajo la existencia de los obreros, a procurar trabajo a todos los ciudadanos, etc. Y cuando, pocos días después, el Gobierno provisional se olvidaba de sus promesas y parecía haber perdido de vista al proletariado, una masa de 20 000 obreros marchó hacia el Hôtel de Ville bajo el grito de "*¡Organización del trabajo! ¡Creación de un Ministerio especial del Trabajo!*" De mala gana y tras largos debates, el Gobierno provisional nombró una Comisión permanente especial, encargada de *¡investigar!* los medios para el mejoramiento de las clases trabajadoras. La Comisión se formó a base de delegados de las corporaciones de oficios de París, bajo la presidencia de Louis Blanc y Albert. Se le asignó como lugar de reunión el Palacio de

[474] *Gazette de France:* diario francés fundado en la ciudad de París en 1631. A mediados del siglo XIX, fue el órgano de los legitimistas o partidarios de la restauración de los Borbones.

Luxemburgo. De este modo, los representantes de la clase obrera quedaban desterrados de la sede del Gobierno provisional, la parte burguesa del gobierno retenía exclusivamente en sus manos el verdadero poder del Estado y las riendas de la administración y, *junto* a los ministerios de Hacienda, Comercio y Obras Públicas, *junto* al Banco y la Bolsa, se levantó una *Sinagoga socialista,* cuyos grandes sacerdotes, Louis Blanc y Albert, tenían la misión de descubrir la tierra prometida, predicar el nuevo Evangelio y dar trabajo al proletariado de París. A diferencia de los titulares del poder estatal profano, estos otros no disponían de presupuesto ni de atribuciones ejecutivas. Tenían que derribar con la cabeza las columnas fundamentales de la sociedad burguesa. Mientras en el Palacio de Luxemburgo se buscaba la piedra filosofal, en el Hôtel de Ville se acuñaba la moneda circulante.

Y, sin embargo, las pretensiones del proletariado de París, en aquello en que trascendía de los marcos de la República burguesa, no podían cobrar cuerpo como no fuera bajo aquella nebulosa existencia del Palacio de Luxemburgo.

Los obreros, que habían hecho la revolución de Febrero conjuntamente con la burguesía, trataban de hacer valer sus intereses *al lado* de ésta, a la manera como habían instalado a un obrero en el mismo Gobierno provisional, al lado de la mayoría burguesa. *¡Organización del trabajo!* Pero ¿acaso el trabajo asalariado no es la organización burguesa del trabajo existente? Sin él, no hay capital, ni burguesía, ni sociedad burguesa. ¡Un *Ministerio especial del Trabajo*! ¿Acaso no son los ministerios *burgueses* del Trabajo los de Hacienda, Comercio y Obras Públicas? Un ministerio *proletario* del Trabajo instalado *junto* a ellos estaba necesariamente condenado a ser el ministerio de la impotencia, de los buenos deseos, la Comisión de Luxemburgo. Lo mismo que los obreros creían poder emanciparse junto a la burguesía, creían que podían llevar a cabo una revolución proletaria junto a las demás naciones burguesas, entre las cuatro paredes nacionales de Francia. Pero las relaciones de producción francesas están condicionadas por el mercado exte-

rior de Francia, por la posición que Francia ocupa en el mercado mundial y por las leyes de éste; ¿cómo podía Francia dar al traste con estas leyes sin una guerra revolucionaria europea que repercutiera, a su vez, sobre el déspota del mercado mundial, sobre Inglaterra?

Una clase en la que se concentran los intereses revolucionarios de la sociedad, tan pronto como se rebela, encuentra inmediatamente en su propia situación el contenido y el material de su actuación revolucionaría: enemigos que abatir, medidas que adoptar impuestas por las propias necesidades de la lucha; las consecuencias derivadas de sus mismas acciones la impulsan hacia adelante. No se plantea el problema de investigar teóricamente su propia misión. Pues bien: la clase obrera francesa no había llegado aún a este punto; era todavía incapaz de llevar a cabo su propia revolución.

El desarrollo del proletariado industrial se halla siempre condicionado por el desarrollo de la burguesía industrial. Es bajo la dominación de ésta como aquél cobra la existencia nacional extensa que puede elevar su revolución al plano nacional, como crea los medios de producción modernos que se convierten en otros tantos medios para su liberación revolucionaria. Es la dominación de la burguesía industrial la que destruye las raíces materiales de la sociedad feudal y allana el terreno sin el cual no sería posible una revolución proletaria. La industria francesa se halla más desarrollada y la burguesía francesa más avanzada, revolucionariamente, que las del resto del continente. Pero ¿acaso la revolución de Febrero no iba enderezada directamente contra la aristocracia financiera? Este hecho demuestra que no era la burguesía industrial la que mandaba en Francia. La burguesía industrial sólo puede dominar allí donde la moderna industria acomoda a su propia conveniencia todas las relaciones de propiedad, y, para adquirir este poder, la industria necesita haber conquistado el mercado mundial, ya que las fronteras nacionales no bastan para fincar su desarrollo.

Ahora bien, la industria francesa, en gran parte, sólo logra man-

tener incluso el mercado nacional a fuerza de un sistema prohibitivo más o menos modificado. Por tanto, si el proletariado francés, en momentos de revolución, posee en París de hecho un poder y una influencia que lo acicatean a tomar impulso hasta más allá de lo que sus medios le permiten, en el resto de Francia aparece reunido en centros industriales dispersos que casi desaparecen bajo una gran superioridad numérica de campesinos y pequeños burgueses. La lucha contra el capital en su forma moderna desarrollada, en su punto culminante, la lucha del obrero asalariado industrial contra el burgués industrial, constituye, en Francia, un hecho parcial que, después de las jornadas de febrero, no podía servir de contenido nacional a la revolución, tanto más cuanto que la lucha contra las modalidades subordinadas de explotación del capital, la lucha del campesino contra la usura y la hipoteca, la del pequeño burgués contra el gran comerciante, el banquero y el fabricante; en una palabra, contra la bancarrota, aparecía todavía envuelta en el levantamiento general contra la aristocracia financiera. Era, pues, perfectamente explicable que el proletariado parisino tratara de imponer su interés *junto* al de la burguesía, en vez de hacerlo valer como el interés revolucionario de la misma sociedad, que arriase la bandera *roja* ante la bandera tricolor.[475] Los obreros franceses no podían avanzar un solo paso ni podían tocar un pelo del orden burgués antes de que la marcha de la revolución hubiera sublevado contra este orden, contra la dominación del capital, a la masa de la nación, campesinos y pequeños burgueses, interpuesta entre el proletariado y la burguesía, obligándola a sumarse a los proletarios como a

[475] En los primeros días de existencia del Gobierno provisional se discutió cuáles deberían ser los colores de la bandera nacional de la República francesa. Los obreros revolucionarios de París exigían que fuese la bandera roja, izada en la insurrección de junio de 1848 en las barricadas obreras de la capital. Los diputados de la burguesía abogaban porque fuera una bandera tricolor (azul-blanco-rojo), tremolada durante los años de la Revolución francesa y durante el Imperio napoleónico. Había sido ya antes de la revolución de 1848 el emblema de los republicanos burgueses agrupados en torno al *National*. Los representantes obreros no tuvieron más remedio que unirse a ellos en la votación, pero exigiendo que la bandera tricolor se adornase con una escarapela roja.

su vanguardia. Los obreros sólo podían lograr esta victoria a costa de la enorme derrota de junio.

Nadie podrá disputar a la Comisión de Luxemburgo, obra de los obreros de París, el mérito de haber revelado desde una tribuna europea el secreto de la revolución del siglo XIX: *la emancipación del proletaria*do. El *Moniteur*[476] enrojecía de vergüenza al verse obligado a hacer propaganda oficial de aquellas "salvajes locuras" que hasta ahora habían permanecido ocultas en los apócrifos escritos de los socialistas y que sólo de vez en cuando susurraban a los oídos de la burguesía leyendas mitad espantosas mitad ridículas. Europa despertaba, sobresaltada, de su sopor burgués. Por tanto, en la idea de los proletarios, que confundían la aristocracia financiera con la burguesía en general; en la quimera de los honrados republicanos, que negaban incluso la existencia de clases o veían en ella, a lo sumo, una consecuencia de la monarquía constitucional; en las hipócritas frases de los sectores de la burguesía hasta ahora mantenidos al margen del poder, el *poder de la burguesía* había quedado abolido con la implantación de la República. Todos los monárquicos se convirtieron de pronto en republicanos y todos los millonarios de París se trocaron en obreros. Esta imaginaria abolición de las relaciones de clase aparecía envuelta en la frase de la *fraternité,* de la confraternización y la fraternidad general. Esta dulce y apacible abstracción de los antagonismos de clase, esta sentimental conciliación de los intereses de clase contradictorios entre sí, esta mística elevación por sobre la lucha de clases, la *fraternité,* fue el verdadero lema de la revolución de Febrero. Lo que dividía a las clases era, al parecer, solamente un *malentendido,* y el 24 de febrero[477] Lamartine bautizó al Gobierno provisional con estas palabras: "Un gouvernement qui suspende *ce malentendu terrible qui existe entre les différentes clases.*"[1] El

[476] Véase *supra,* nota 314.

[477] La declaración de Lamartine hecha en la Cámara de Diputados el 24 de febrero de 1848 se publicó en el *Moniteur Universal* (25 de febrero de 1848).

[1] "Un gobierno que viene a acabar con *este terrible malentendido existente entre las diferentes clases*".

proletariado de París se abandonó a esta generosa embriaguez de fraternidad.

Por su parte, el Gobierno provisional, una vez obligado a proclamar la República, hizo cuanto pudo por hacerla aceptable para la burguesía y para las provincias. Se desautorizó el terror sangriento de la primera República francesa al abolir la pena de muerte para los delitos políticos; se dejó a la prensa en libertad de propagar todas las opiniones; el ejército, los tribunales de justicia y la administración pública quedaron, con pocas excepciones, en manos de sus viejos dignatarios y no se pidió cuentas a ninguno de los grandes culpables de la monarquía de Julio. Los republicanos burgueses del *National* se divertían en cambiar los nombres y los ropajes monárquicos por los de los viejos tiempos republicanos. La República no era, para ellos, más que un nuevo disfraz de baile con que se vestía la vieja sociedad burguesa. La joven República consideraba como su mayor mérito el no asustar a nadie y vivir más bien continuamente asustada ella misma, saliendo del paso y desarmando las resistencias con que tropezaba a fuerza de contemporizar blandamente y de no oponer resistencia alguna. A las clases privilegiadas en el interior y a los poderes despóticos en el exterior se les hacía saber en voz alta que la República era un régimen pacífico. Su lema era vivir y dejar vivir. Añádase a esto que, poco después de la revolución de Febrero, se rebelaron, cada cual a su modo, los alemanes, los polacos, los austriacos, los húngaros y los italianos. Rusia e Inglaterra, la segunda a su vez estremecida y la primera asustada, no estaban en condiciones de actuar. La República no tenía ante sí, por consiguiente a ningún enemigo *nacional*. No se enfrentaba, por tanto, con ninguna clase de grandiosas complicaciones exteriores capaces de inflamar las energías, de acelerar el proceso revolucionario, de acicatear o arrojar por la borda al Gobierno provisional. El proletariado de París, que consideraba la República como su propia creación, aclamaba, como es natural, todos los actos del Gobierno provisional que facilitaban su acomodo en la sociedad burguesa. Dejaba de buena gana que Caussidière lo empleara en prestar ser-

vicios policiacos para velar por la propiedad en París y permitía que Louis Blanc zanjara los conflictos de salarios entre obreros y patronos. Se enorgullecía en dejar incólume ante los ojos de Europa el honor burgués de la República.

La República no encontró ninguna resistencia exterior ni interior. Quedó, con ello, desarmada. Su misión no consistía en transformar revolucionariamente el mundo, sino simplemente en adaptarse a las condiciones de la sociedad burguesa. Y los testimonios más elocuentes del fanatismo con que el Gobierno provisional se sometió a esta misión los tenemos en sus *medidas financieras.*

Como es natural, quedaron quebrantados el *crédito público* y el *crédito privado.* El *crédito público* se basa en la confianza de que el Estado se deje explotar por los judíos de las finanzas. Pero el viejo Estado había desaparecido y la revolución se había hecho, sobre todo, contra la aristocracia financiera. Aún no habían terminado las sacudidas de la última crisis comercial europea. Seguía produciéndose una bancarrota tras otra.

Ya antes de que estallara la revolución de Febrero se había paralizado también el *crédito privado* y habían quedado estancadas la circulación y la producción. La crisis revolucionaria acentuó la crisis comercial. Y si el crédito privado descansa sobre la confianza de que permanezcan intactos e intangibles la producción burguesa en toda la extensión de sus relaciones y el orden burgués, fácil es imaginarse qué consecuencias tenía que acarrear necesariamente una revolución que ponía en tela de juicio el fundamento de la producción burguesa, la esclavitud económica del proletariado, que colocaba frente a la Bolsa a la esfinge del Palacio de Luxemburgo. El levantamiento del proletariado es la abolición del crédito burgués, porque es la abolición de la producción burguesa y del orden sobre que ésta descansa. El crédito público y el privado son el termómetro económico que permite medir la intensidad de una revolución. *En la misma medida en que este termómetro desciende, aumentan el ardor y la fuerza creadora de la revolución.*

El Gobierno provisional quería despojar a la República de su

apariencia antiburguesa. Para ello, necesitaba, ante todo, asegurar *el valor de cambio* de esta nueva forma de gobierno, asegurar su *cotización* en la Bolsa. Con el tipo de cambio de la República en la Bolsa, volvía a aumentar necesariamente el crédito privado.

Para alejar hasta la *sospecha* de que quisiera o pudiera desentenderse de las obligaciones contraídas por la monarquía, para que nadie perdiera la fe en la moral burguesa y en la solvencia de la República, el Gobierno provisional recurrió a una jactancia tan indigna como pueril. Abonó a los acreedores del Estado *antes* de la fecha legal de vencimiento los intereses del 5, el 4 1/2 o el 4 por ciento. Al ver la prisa angustiosa con que se trataba de comprar su confianza, los capitalistas recobraron inmediatamente su aplomo burgués y su arrogancia.

Como es natural, los apuros pecuniarios del Gobierno provisional no disminuyeron con un golpe teatral como éste, que venía a privarle del dinero en efectivo disponible. Ya no era posible seguir ocultando los aprietos financieros en que se encontraba el gobierno, y *pequeños burgueses, criados* y *obreros* tuvieron que pagar aquella grata sorpresa que se había deparado a los tenderos de valores públicos.

Fueron retenidos los saldos de las *libretas de cajas de ahorros* que excedieran de 100 francos. Las sumas depositadas en estas cuentas fueron confiscadas y convertidas, por medio de un decreto, en deuda pública no reembolsable. Con lo cual se enfureció contra la República el *pequeño burgués,* ya de suyo bastante apurado. El trueque de su libreta de la caja de ahorros por títulos de la deuda pública le obligaba a acudir a la Bolsa para vender estos valores y ponerse así directamente en manos de los judíos de la Bolsa, contra los que había hecho la revolución de Febrero.

La aristocracia financiera, entronizada bajo la monarquía de Julio, tenía su iglesia episcopal en el *Banco.* Y así como la Bolsa gobernaba el crédito del Estado, el Banco gobernaba el *crédito comercial.*

Directamente amenazado por la revolución de Febrero, no sólo

en su dominación, sino en su propia existencia, el Banco procuró desacreditar desde el primer momento a la República, convirtiendo en un fenómeno general la supresión del crédito. Retiró de repente los créditos a los bancos, a los propietarios de fábricas y a los comerciantes. Esta maniobra, al no provocar inmediatamente una contrarrevolución, repercutía necesariamente sobre el propio Banco. Los capitalistas retiraron el dinero depositado por ellos en las bóvedas del Banco de Francia. Los poseedores de billetes se precipitaron a las ventanillas de los bancos para cambiarlos por oro y plata.

El Gobierno provisional podía empujar a la *quiebra* al Banco sin necesidad de una intromisión violenta, por la vía legal; le bastaba, para ello, con mantenerse en una actitud pasiva y dejar al Banco confiado a su suerte. La *quiebra del Banco* era el diluvio universal que en un abrir y cerrar de ojos podía barrer del suelo de Francia a la aristocracia financiera, la más poderosa y peligrosa enemiga de la República, el pedestal de oro de la monarquía de Julio. Y, una vez quebrado el Banco, la misma burguesía habría considerado como un último y desesperado intento de salvación la creación por el gobierno de un Banco nacional y el sometimiento del crédito nacional al control de la nación.

Pero, muy lejos de hacer esto, el Gobierno provisional impuso el *curso forzoso* de los billetes del Banco. Y aún hizo más. Convirtió todos los bancos provinciales en filiales de la *Banque de France* y extendió por toda Francia esta red bancaria. Y, más tarde, le asignó en hipoteca los *bosques del Estado* como garantía de un empréstito que contrató con él. Con lo cual, la revolución de Febrero afianzaba y extendía directamente la bancarrota con la que tenía que acabar.

Entre tanto, el Gobierno provisional se agachaba bajo la pesadilla de un creciente déficit. En vano imploró sacrificios patrióticos. Sólo los obreros contribuyeron con algunas limosnas. No tuvo más recurso que recurrir a un remedio heroico, a la creación de un *nuevo impuesto*. Pero ¿a quién se haría tributar? ¿A los lobos de la Bolsa, a los reyes de la Banca, a los acreedores del Estado, los rentistas

y los industriales? Por este camino, mal habría podido la República congraciarse con la burguesía. Ello habría equivalido a poner en peligro el crédito del Estado y el crédito comercial, que con tantos sacrificios y humillaciones se trataba de rescatar. Pero alguien tenía que ser el pagano. Y el pagano, el sacrificado al crédito burgués, fue "Jacques le bonhomme",[478] fue el *campesino.*

El Gobierno provisional estableció un recargo adicional de 45 céntimos por franco sobre los cuatro impuestos directos vigentes. La prensa del gobierno engañó al proletariado de París, haciéndole creer que el nuevo tributo recaía preferentemente sobre la gran propiedad de la tierra, sobre los beneficiarios de los mil millones otorgados por la Restauración.[479] Pero, en realidad, venía a gravar principalmente a la *clase campesina,* es decir, a la gran mayoría del pueblo francés. *Se obligaba a los campesinos a pagar las costas de la revolución de Febrero,* convirtiéndolos de este modo en el material principal de la contrarrevolución. El impuesto de los 45 céntimos, cuestión vital para el campesino francés, fue convertido por éste en la cuestión vital de la República. A partir de este momento, la *República* fue, para el campesino francés, el *impuesto de 45 céntimos,* y el proletariado de París era, ahora, para él, el dilapidador que se daba buena vida a costa suya.

Mientras que la revolución de 1789 había comenzado eximiendo a los campesinos de las cargas feudales, la revolución de 1848, para no hacer peligrar al capital y mantener en marcha la máquina del Estado, se anunció imponiendo un nuevo tributo a la población campesina.

El Gobierno provisional no tenía más que *un* medio para sobreponerse a todos estos apuros y sacar al Estado de sus viejos derroteros: *declarar al Estado en quiebra.* Recuérdese cómo Ledru-Rollin declamó en la Asamblea Nacional, algún tiempo después, la santa

[478] *Jacques le bonhomme:* como si se dijera "Juan el Simple", nombre ciertamente despectivo con que los franceses solían referirse a los campesinos.

[479] La monarquía francesa asignó en 1825 esa suma para indemnizar a los aristócratas cuyas propiedades habían sido confiscadas por la revolución, desde fines del siglo XVIII.

indignación con que había rechazado esta sugestión del judío de la Bolsa, Fould, actual ministro de Hacienda de Francia. Este Fould le había tentado con la manzana del árbol del conocimiento.

Al reconocer las letras de cambio libradas contra el Estado por la vieja sociedad burguesa, el Gobierno provisional cayó en las garras de ésta. Pasó a ser el deudor acosado de la sociedad burguesa, en vez de enfrentarse a ella como el acreedor amenazante llamado a hacer efectivos los títulos revolucionarios de deuda acumulados durante muchos años. No tuvo más remedio que afianzar las vacilantes relaciones burguesas para poder hacer frente a obligaciones que solamente al amparo de ellas podían cumplirse. El crédito se convirtió para él en condición de vida, y las concesiones al proletariado, las promesas hechas a éste, pasaron a ser otras tantas *trabas* que era *necesario* romper. La emancipación de los obreros —aun como simple *frase*— se tornaba ahora en un peligro intolerable para la nueva República, pues representaba una constante protesta contra la restauración del crédito, basado en el inequívoco y diáfano reconocimiento de las relaciones económicas de clase existentes. Había, pues, que *acabar con los obreros.*

La revolución de Febrero había arrojado de París al ejército. No había más fuerza que la Guardia Nacional, es decir, la burguesía en sus diversas gradaciones. Pero ésta no se sentía en condiciones de hacer frente al proletariado. Veíase obligada, además —aunque no sin oponer la más tenaz resistencia y cien diferentes obstáculos—, a ir abriendo sus filas, gradualmente y poco a poco, para dejar entrar en ellas a proletarios armados. No quedaba, pues, más que una salida: *enfrentar una parte de los proletarios a otra.*

Con este fin, creó el Gobierno provisional veinticuatro batallones de *guardias móviles,* de mil hombres cada uno, formados por jóvenes de 15 a 20 años. Sus componentes pertenecían en su mayor parte al *lumpenproletariado,* que forma en todas las grandes ciudades una masa de gente claramente aparte del proletariado industrial, centro de enganche de rateros y delincuentes de todas clases, que viven de los detritus de la sociedad, gente sin oficio fijo, mero-

deadores, gens sans feu et sans aveu,[m] que difieren según el grado de cultura de la nación de que forman parte y que jamás reniegan de su carácter de *lazzaroni;*[n] elementos perfectamente predispuestos, dada la edad en que el Gobierno provisional los reclutaba, lo mismo a las más grandes hazañas y a los más exaltados sacrificios que a los más viles actos de bandidaje y a la más sucia venalidad. El Gobierno provisional les pagaba una soldada de 1 franco 50 céntimos por día, esto es, los compraba. Y les dio uniforme, es decir, los distinguió exteriormente de los hombres de blusa. Una parte de los mandos fue encomendada a oficiales del ejército permanente y otra parte a jóvenes hijos de burgueses elegidos por ellos mismos, seducidos por sus jactanciosas frases en las que se mostraban dispuestos a morir por la patria y a sacrificarse por la República.

De este modo, se enfrentaba al proletariado parisino un ejército de 24 000 hombres juvenilmente vigorosos y temerarios, extraídos de su propio seno. El proletariado vitoreaba a la Guardia Móvil cuando la veía desfilar por las calles de París. Veía en ella a sus combatientes de vanguardia de las barricadas. Consideraba a estos hombres como la guardia *proletaria,* por oposición a la Guardia Nacional burguesa. Su error era perdonable.

Además de la Guardia Móvil, el gobierno decidió reclutar un ejército obrero industrial. Cien mil obreros, lanzados al arroyo por la crisis y la revolución, fueron enrolados por el ministro Marie en los llamados Talleres Nacionales. Bajo este ostentoso nombre se ocultaba pura y simplemente el empleo de los obreros en tediosos, monótonos e improductivos *trabajos de excavación y explanación* por un jornal de 25 *sous.* Las *workhouses*[480][o] *inglesas al aire libre;* no otra cosa eran estos Talleres Nacionales. El Gobierno provisional

[m] Gente sin nombre y sin hogar.

[n] Pícaros.

[480] *Workhouses:* las llamadas "Casas de trabajo", nombre que se daba en Inglaterra a los asilos para menesterosos, sujetos de hecho a un régimen de trabajos forzados de acuerdo con la Ley de Pobres promulgada en 1834. Comúnmente, el pueblo las llamaba "las Bastillas de los pobres".

[o] Casas de trabajo.

creía haber fundado con ellos un *segundo ejército proletario en contra de los mismos obreros.* Esta vez, la burguesía se equivocaba acerca de los Talleres Nacionales, como los obreros sufrían un error con respecto a la Guardia Móvil. Lo que había creado era un *ejército para la revuelta.*

Pero había logrado *un* objetivo.

Talleres Nacionales: era el nombre de los talleres del pueblo que Louis Blanc predicara en el Palacio de Luxemburgo. Los talleres de Marie, planeados en directa contraposición a aquéllos, daban pie, por la coincidencia del nombre, a una trama de enredos digna de la comedia española de intriga.[481] El mismo Gobierno provisional hizo correr por debajo del agua el rumor de que estos Talleres Nacionales eran una invención de Louis Blanc, especie por lo demás bastante verosímil si se tiene en cuenta que Louis Blanc, el profeta de los Talleres Nacionales, era también miembro del Gobierno provisional. En medio de la confusión a medias ingenua y a medias maliciosa de la burguesía de París y ante la opinión artificialmente fomentada de Francia, y de Europa, aquellas *workhouses* eran la primera realización del socialismo, que quedaba clavado con ellos en la picota.

Los *Talleres Nacionales* eran, no por su contenido, pero sí por su título la protesta materializada del proletariado contra la industria burguesa, el crédito burgués y la República burguesa. Contra ellos se volcaba, por tanto, todo el odio de la burguesía. Ésta había encontrado en ellos, al mismo tiempo, el objetivo contra el cual podía dirigir su ataque tan pronto se sintiera lo bastante fuerte para romper abiertamente con las ilusiones de febrero. Contra estos Talleres Nacionales, como blanco común, se concentraban también todo el malestar y el mal humor de los *pequeños burgueses.* Echaban cuentas con verdadera rabia de las sumas devoradas por los granujas proletarios, mientras su propia situación se hacía cada día

[481] Como es sabido, las comedias españolas de los siglos XVI y XVII, escritas por Lope de Vega y otros, señores y criados solían trocar sus papeles, lo cual daba lugar a situaciones y enredos muy divertidos.

más intolerable. "¡Un subsidio del Estado por un trabajo ficticio: he allí el socialismo!", gruñían para sus adentros. Trataban de encontrar las causas de su miseria en los Talleres Nacionales, en las declamaciones del Palacio de Luxemburgo y en los desfiles de los obreros por las calles de París. Y nadie se deja llevar de mayor fanatismo contra las supuestas maquinaciones de los comunistas que el pequeño burgués colocado irremisiblemente al borde de la bancarrota.

De este modo, ante el inminente choque entre la burguesía y el proletariado, todas las ventajas, todos los puestos decisivos y todas las capas medias de la sociedad estaban en manos de la burguesía, al mismo tiempo que las olas de la revolución de Febrero se encrespaban por sobre todo el continente y cada nuevo correo traía un nuevo boletín acerca de los avances de la revolución, ora en Italia, ora en Alemania, ora en el último rincón del sudeste de Europa, y alimentaba así la embriaguez general del pueblo, aportándole continuos testimonios de una victoria que se le había escapado ya de las manos.

El *17 de* marzo y el *16 de abril* fueron las primeras escaramuzas de la gran lucha de clases que se ocultaba bajo las alas de la República burguesa.

El *17 de marzo* puso de manifiesto la ambigua situación del proletariado, incompatible con cualquier hecho decisivo. La finalidad que originariamente perseguía su manifestación no era otra que hacer que el gobierno revolucionario volviera al camino de la revolución, lograr en ciertos casos la eliminación de los ministros burgueses e imponer el aplazamiento de las elecciones para la Asamblea Nacional y la Guardia Nacional.[482] Pero, el 16 de marzo, la burguesía representada en la Guardia Nacional organizó una manifestación hostil al Gobierno provisional. Marchó hacia el Hôtel de

[482] Las elecciones para los puestos del estado mayor de la Guardia Nacional se convocaron para el 18 de marzo y las elecciones a la Asamblea Nacional el 9 de abril. Los obreros parisinos agrupados en torno a Blanqui, Dézamy y otros dirigentes exigían el aplazamiento de las convocatorias, ante la necesidad de hacer una labor de esclarecimiento entre la población.

Ville a los gritos de "À bas Ledru-Rollin!"[p] Esto obligó al pueblo a gritar, el 17 de marzo: "¡Viva Ledru-Rollin! ¡Viva el Gobierno provisional!" Se vio obligado a abrazar en contra de la burguesía el partido de la República burguesa, que le parecía ver puesta en tela de juicio. Afianzó al Gobierno provisional, en vez de imponerse a él. El 17 de marzo terminó en una escena melodramática, y si aquel día el proletariado de París mostró todavía su talla gigantesca, esto reforzó tanto más la decisión de la burguesía, dentro y fuera del Gobierno provisional.

El *16 de abril* fue un *equívoco* organizado por el Gobierno provisional en connivencia con la burguesía. En el Campo de Marte y en el Hipódromo se había concentrado gran número de obreros, con objeto de preparar las elecciones que habían de celebrarse para designar el estado mayor de la Guardia Nacional. Con la rapidez del rayo corrió de pronto por todo París, de una punta a otra de la ciudad, el rumor de que los obreros se habían congregado en el Campo de Marte portando armas, bajo el mando de Louis Blanc, Blanqui, Cabet y Raspail, para marchar desde allí sobre el Hôtel de Ville, derribar el Gobierno provisional y proclamar un gobierno comunista. Se tocó a generala —más tarde, Ledru-Rollin, Marrast y Lamartine se disputaron el honor de haber tomado esta iniciativa—, en una hora estuvieron bajo las armas 100 000 hombres, el Hôtel de Ville fue ocupado en todos los puntos por la Guardia Nacional, por todo París resonaban los gritos de "¡Abajo los comunistas! ¡Abajo Louis Blanc, Blanqui, Raspail y Cabet!", y un sinnúmero de comisiones acudían a saludar al Gobierno provisional, todas dispuestas a salvar la patria y la sociedad. Y cuando, por fin, los obreros se presentan ante el Hôtel de Ville para entregar al gobierno provisional el producto de una colecta organizada en el Campo de Marte, se enteran con gran asombro de que el París de la burguesía ha derrotado a su sombra fantasmal en un combate imaginario montado con la más extrema prudencia. Pero el espan-

[p] Abajo Ledru-Rollin.

toso atentado del 16 de abril sirvió de pretexto para *llamar de nuevo el ejército a París* —no perseguía otra cosa, en efecto, aquella comedia tan burdamente urdida— y organizar en provincias una serie de manifestaciones reaccionarias de tipo federalista.

El 4 de mayo se reunió la *Asamblea Nacional,* elegida por *sufragio universal y directo.* El sufragio universal no poseía la fuerza mágica que los republicanos de viejo cuño le atribuían. Éstos veían en toda Francia, o por lo menos en la mayoría de los franceses, *citoyens*[q] movidos por los mismos intereses, animados por las mismas ideas, etc. Era su *culto al pueblo.* Pero, en vez de este pueblo *imaginario,* las elecciones sacaron a la luz al pueblo *real,* es decir, a los representantes de las diversas clases en que el pueblo se divide. Ya hemos visto por qué los campesinos y la pequeña burguesía tenían necesariamente que elegir entre la dirección de la combativa burguesía y la de los grandes terratenientes, que rabiaban por la restauración. Pero si el sufragio universal no era la varita mágica que los buenos y probos republicanos creían, tenía, en cambio, el mérito mucho mayor de desencadenar la lucha de clases, de hacer que las diferentes capas medias de la sociedad burguesa se sobrepusieran rápidamente por su experiencia vivida a sus ilusiones y sus desengaños, de hacer que todas las facciones de la clase explotadora se vieran empujadas de golpe a las alturas del Estado, arrancándose así la máscara engañosa que las cubría, mientras que la monarquía, con su censo electoral restringido, basado en la situación económica, no había hecho más que comprometer a determinados sectores de la burguesía, al paso que los otros permanecían ocultos entre bastidores, rodeados del halo de santidad de una oposición común.

En la Asamblea Nacional Constituyente reunida el 4 de mayo llevaban la voz cantante los *republicanos burgueses,* los republicanos del *National.* Al principio, los legitimistas y orleanistas sólo se atrevían a asomar la oreja bajo la máscara del republicanismo burgués. La lucha contra el proletariado sólo podía afrontarse en nombre de la República.

[q] Ciudadanos.

La República —entendiendo por tal la República reconocida por el pueblo francés— *no data del 25 de febrero, sino del 4 de mayo;* no es la República impuesta por el proletariado de París al Gobierno provisional, la República dotada de instituciones sociales, la imagen soñada por los combatientes de las barricadas. La República proclamada por la Asamblea Nacional, la única legítima, es la República que no representa un arma revolucionaria contra el orden burgués, sino más bien su reconstitución política, el apuntalamiento político de la sociedad burguesa; es, en una palabra, la *República burguesa.* Esta afirmación resonó desde lo alto de la tribuna de la Asamblea Nacional y encontró eco en toda la prensa burguesa republicana y antirrepublicana.

Y ya hemos visto cómo la República de Febrero no era realmente ni podía ser otra cosa que una República *burguesa,* pero cómo el Gobierno provisional, bajo la presión inmediata del proletariado, se vio obligado a anunciarla como una *República rodeada de instituciones sociales;* cómo el proletariado de París era todavía incapaz de remontarse por encima de la República burguesa más que en la *idea,* en la *imaginación;* cómo, al llegar la hora de actuar, actuaba siempre al servicio de esa República; cómo las promesas que se le habían hecho se convirtieron en un peligro insoportable para la nueva República, y cómo todo el periodo de vida del Gobierno provisional se resumió en una lucha constante contra las reivindicaciones del proletariado.

En la Asamblea Nacional, toda Francia se constituyó en tribunal encargado de enjuiciar al proletariado de París. La Asamblea rompió inmediatamente con las ilusiones sociales de la revolución de Febrero y proclamó redondamente la *República burguesa* y solamente la República burguesa. Eliminó de inmediato, de la Comisión ejecutiva designada por ella, a los representantes del proletariado, Louis Blanc y Albert; rechazó la propuesta de crear un ministerio especial de Trabajo y acogió con una ovación estruendosa la declaración del ministro Trélat: "Ya sólo falta *restituir el trabajo a sus antiguas condiciones*".

Pero todo esto no bastaba. La República de Febrero había sido

conquistada por los obreros frente a la resistencia pasiva de la burguesía. Los proletarios se consideraban, con razón, como los vencedores de febrero y presentaban las exigencias arrogantes del vencedor. Había que derrotarlos en la calle; había que demostrarles que estaban condenados a la derrota tan pronto como luchasen, no *junto* a la burguesía, sino en *contra* de ella. Así como la República de Febrero, con sus concesiones socialistas, había necesitado la batalla del proletariado unido a los elementos burgueses contra la monarquía, ahora hacía falta una segunda batalla para divorciar a la República de las concesiones socialistas, para hacer que la *República burguesa* emergiera oficialmente como la República imperante. La burguesía tenía que refutar con las armas en la mano las reivindicaciones del proletariado. Por eso la verdadera cuna en que nació la República burguesa no fue la *victoria de febrero,* sino la *derrota de junio.*

El proletariado aceleró la decisión al irrumpir en la Asamblea Nacional el 15 de mayo, tratando inútilmente de reconquistar su influencia revolucionaria y consiguiendo tan solo entregar a los carceleros de la burguesía a sus jefes más decididos.[483] *Il faut en finir!*[r] Tal era el grito con que la Asamblea Nacional daba rienda suelta a su decisión de obligar al proletariado a librar la batalla decisiva. La Comisión ejecutiva dictó una serie de decretos retadores, tales como la prohibición de concentraciones populares, etc. Los obreros fueron abiertamente provocados, injuriados y escarnecidos desde la tribuna de la Asamblea Nacional Constituyente. Pero, como hemos visto, el verdadero punto contra el que iba dirigido el ataque eran los *Talleres Nacionales.* Hacia ellos llamó imperiosamente la Asam-

[483] La acción revolucionaria de las masas del pueblo el 15 de mayo de 1848, a la cabeza de las cuales marchaban los obreros de París, dirigidos por Blanqui y otros líderes, se orientaba hacia la necesidad de llevar adelante la revolución y de apoyar el movimiento revolucionario en Italia, Alemania y Polonia. Los manifestantes, que habían invadido la sala de sesiones de la Asamblea Nacional, exigían que se hicieran efectivas las promesas de dar pan y trabajo a los obreros y de crear un ministerio del Trabajo. Intentaron disolver la Asamblea Nacional e instaurar un nuevo Gobierno provisional. La insurrección popular del 15 de mayo fue reprimida y a sus jefes —Blanqui, Barbès, Albert y Raspail— se les mandó a prisión.

[r] ¡Hay que acabar con esta situación!

blea Constituyente la atención de la Comisión ejecutiva, la cual, por su parte, sólo aguardaba a que su propio plan le fuese comunicado como una orden de la Asamblea Nacional.

La Comisión ejecutiva comenzó poniendo trabas a la entrada en los Talleres, convirtiendo el salario por días en salario a destajo y desterrando a Sologne, con el pretexto de ejecutar trabajos de movimientos de tierras, a los obreros no nacidos en París. Dichos trabajos, como anunciaron a sus compañeros los obreros que regresaban decepcionados, no eran más que una fórmula retórica para paliar su expulsión. Hasta que, por último, el 21 de junio apareció en el *Moniteur* un decreto por el que se ordenaba que todos los obreros no casados fuesen expulsados por la fuerza de los Talleres Nacionales o enrolados en el ejército.

A los obreros no les quedaba otra opción que morirse de hambre o lanzarse a la lucha. Y contestaron el 22 de junio con aquella tremenda insurrección que constituye la primera gran batalla librada entre las dos clases en que se divide la sociedad moderna. Era una lucha en la que se ventilaba el mantenimiento o la destrucción del orden *burgués.* El velo que envolvía a la República quedaba desgarrado.

Sabido es cómo los obreros, con una valentía y una capacidad genial e incomparable, sin jefes, sin un plan de conjunto, sin medios y en su mayor parte sin armas, tuvieron en jaque por espacio de cinco días al ejército, a la Guardia Móvil, a la Guardia Nacional de París y a la que se trajo presurosamente de las provincias. Y es sabido, asimismo, cómo la burguesía se vengó con inaudita brutalidad del miedo mortal que había ella padecido, organizando una matanza de más de 1 000 prisioneros.

Hasta tal punto se hallaban los representantes oficiales de la democracia francesa cautivados por la ideología republicana, que tardaron varias semanas en comenzar a intuir el sentido de la lucha librada en junio. Quedaron como aturdidos por el humo de la pólvora entre el que se esfumó su fantástica República.

El lector nos permitirá que pintemos aquí con las palabras de la

Nueva Gaceta Renana la impresión que la noticia de la derrota de junio produjo en nosotros, inmediatamente después de conocerse:

> El último residuo oficial de la revolución de Febrero, la Comisión ejecutiva, se ha esfumado como girón de niebla ante la gravedad de los acontecimientos. Las figuras retóricas de Lamartine se han convertido en las granadas incendiarias de Cavaignac.
>
> La *fraternité,* la fraternidad entre las clases antagónicas, al amparo de la cual explota la una a la otra, aquella *fraternité* proclamada en Febrero y estampada en grandes caracteres sobre la frente de París, en las fachadas de todas las cárceles y de todos los cuarteles, revela ahora su verdadera, auténtica y prosaica faz, que es la *guerra civil* bajo su forma más espantosa, la guerra entre el trabajo y el capital. Esta fraternidad brilló delante de todas las ventanas de París en la noche del 25 de junio, el día en que el París de la burguesía se iluminaba, mientras el París del proletariado ardía, gemía y se desangraba.
>
> La fraternidad había durado el tiempo durante el cual el interés de la burguesía coincidió con el del proletariado. Los pedantes de la vieja tradición revolucionaria de 1793; los sistemáticos socialistas que mendigan a la burguesía una limosna para el pueblo y a quienes se permitía pronunciar largos sermones y ponerse en evidencia mientras era necesario mantener adormecido al león proletario; los republicanos que reclamaban el mantenimiento del viejo orden burgués con excepción de la testa coronada; los hombres de la oposición dinástica a quienes el azar aportó, en vez de un cambio de ministerio, el derrocamiento de una dinastía; los legitimistas que no aspiraban a arrojar la librea, sino simplemente a cambiar su hechura; he allí los aliados con los que el pueblo hizo su revolución de Febrero…
>
> La *revolución de Febrero* fue la revolución *hermosa,* la revolución de la simpatía general, porque las contradicciones que en ella estallaron contra la monarquía eran aún contradicciones *incipientes,* adormiladas todavía bajo un manto de concordia, porque la lucha social que les servía de fondo no había cobrado aún más que una existencia etérea, la existencia de la frase, de la palabra. La revolución de Junio, en cambio, es la revolu-

ción *fea,* la revolución repelente, porque las frases han sido desplazadas aquí por la realidad, porque la República, al echar por tierra la Corona, que la amparaba y la encubría, puso de manifiesto la cabeza del monstruo.

¡Orden!, era el grito de combate de Guizot. *¡Orden!,* gritó Sebastiani, el guizotista, cuando los rusos se apoderaron de Varsovia. *¡Orden!,* grita Cavaignac, como el eco brutal de la Asamblea Nacional francesa y de la burguesía republicana. *¡Orden!,* tronaban sus proyectiles, al desgarrar el cuerpo del proletariado.

Ninguna de las numerosas revoluciones hechas por la burguesía francesa desde 1789 había atentado contra el *orden,* pues todas dejaron en pie la dominación de la clase, la esclavitud de los obreros, el *orden burgués,* por muy frecuentemente que cambiara la forma política de esta dominación y de esta esclavitud. Pero la batalla de junio sí ha atentado contra este orden. ¡La maldición caiga sobre ella! (*Nueva Gaceta Renana,* núm. 29, 29 de junio de 1848.)

"¡Maldición sobre los sucesos de junio!", repite el eco europeo. El proletariado parisino fue obligado a la insurrección de junio por la burguesía. De entrada esto lo condenaba al fracaso. Ni la necesidad directamente reconocida lo empujaba a tratar de derrocar por la fuerza a la burguesía ni estaba tampoco a la altura de este empeño. Ya el *Moniteur* le había hecho saber oficialmente que habían pasado los tiempos en que la República se veía en el caso de hacer los honores a sus ilusiones, y sólo su derrota podía convencerlo de la verdad de que, *dentro* de la República burguesa, hasta el más leve alivio de su situación es una *utopía*; utopía que cae dentro de los linderos del crimen cuando trata de realizarse. Las reivindicaciones, desmesuradas en cuanto a su forma, y mezquinas e incluso todavía burguesas por el contenido, cuya concesión quiso imponer a la República burguesa, fueron sustituidas por la audaz consigna revolucionaria: *¡Derrocamiento de la burguesía! ¡Dictadura de la clase obrera!*

Al convertir su sepulcro en cuna de la *República burguesa,* el

proletariado la obligó, al mismo tiempo, a presentarse bajo su forma pura y descarnada, como el Estado que persigue la finalidad manifiesta de eternizar la dominación del capital y la esclavitud del trabajo. Teniendo a todas horas delante a un enemigo lleno de cicatrices, pero irreconciliable e invencible —invencible porque su propia existencia es condición inexcusable de vida de la burguesía—, el régimen burgués, desembarazado de todas sus trabas, tenía necesariamente que convertirse en el *terrorismo burgués.* Y al quedar momentáneamente eliminado de la escena el proletariado y ser reconocida oficialmente la dictadura de la burguesía, las capas medias de la sociedad burguesa, la pequeña burguesía y la clase campesina, a medida que su situación se volvía más insoportable y más brusco su antagonismo frente a la burguesía, no tenían más remedio que unirse cada vez más al proletariado. Como antes en su auge, también ahora tenían que ver en su derrota la causa de su propia miseria.

La insurrección de junio elevó en todos los países del continente la arrogancia de la burguesía y la llevó a aliarse abiertamente con la monarquía feudal en contra del pueblo. Pero ¿cuál fue la primera víctima de esta alianza? La propia burguesía continental. La derrota de junio le impidió afianzar su dominación y obligar al pueblo, mitad satisfecho, mitad disgustado, a detenerse en el escalón más bajo de la revolución burguesa.

Por último, la derrota de junio reveló a las potencias despóticas de Europa el secreto de que Francia necesitaba mantener a toda costa la paz en el exterior para poder librar la guerra civil en el interior. De este modo, los pueblos que habían iniciado la lucha por su independencia nacional quedaron a merced de la prepotencia de Rusia, Austria y Prusia; pero, al mismo tiempo, los destinos de estas revoluciones nacionales quedaban unidos a la suerte de la revolución proletaria, perdían su aparente sustantividad e independencia con respecto a la gran revolución social. Ni los húngaros ni los polacos ni los italianos podrán conquistar la libertad mientras los obreros sigan siendo esclavos.

Finalmente, las victorias de la Santa Alianza han dado a Europa una fisonomía en la que cualquier nuevo levantamiento en Francia tendrá que coincidir directamente con una *guerra mundial.* La nueva revolución francesa se verá obligada a salirse sin pérdida de tiempo del terreno nacional para *conquistar el terreno europeo,* el único en que puede ventilarse la revolución social del siglo XIX.

Fue, pues, la derrota de junio la que creó las condiciones necesarias para que ahora Francia pueda tomar la *iniciativa* de la revolución europea. ¡Teñida en la sangre de los *insurrectos de junio,* se convirtió la bandera tricolor en la *bandera roja* de la revolución europea!

Y nosotros gritamos: *¡La revolución ha muerto! ¡Viva la revolución!*[484]

[484] Expresión utilizada para caracterizar la dialéctica revolucionaria de la derrota de junio de 1848; Marx parodia con ella una famosa frase feudal en Francia, sumamente popular: "¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!"

II. EL 13 DE JUNIO DE 1849

De junio de 1848 al 13 de junio de 1849

El 25 de febrero de 1848 había otorgado a Francia la *república;* el 25 de junio le impuso la *revolución.* Y, después de junio, la revolución significaba la *transformación de la sociedad burguesa,* mientras que antes de febrero había significado la *transformación de la forma de gobierno.*

El combate de junio había sido dirigido por la fracción *republicana* de la burguesía, a cuyo regazo fue a parar necesariamente el poder del Estado después de la victoria. El estado de sitio puso a sus pies, sin resistencia, al París maniatado, mientras en provincias reinaba un estado de sitio moral, la arrogancia retadoramente brutal de los burgueses victoriosos y el desencadenado sentimiento fanático de la propiedad de los campesinos. De *abajo* no había, por tanto, nada que temer.

Con la fuerza revolucionaria de los obreros se quebrantó, al mismo tiempo, la influencia de los *republicanos democráticos,* es decir, de los republicanos de la *pequeña burguesía,* representados en la Comisión ejecutiva por Ledru-Rollin, en la Asamblea Nacional Constituyente por el partido de la Montaña y en la prensa por el *Réforme.*[485] Estos republicanos, que el 16 de abril habían conspirado con los del campo burgués en contra del proletariado, pelearon junto a ellos en las jornadas de junio. Ellos mismos se encargaron

[485] Véase *supra,* nota 166.

de destruir así el terreno sobre el que se asentaba su partido como una potencia, ya que la pequeña burguesía sólo puede mantener una posición revolucionaria frente a la burguesía si detrás de ella se halla el proletariado. Fueron despedidos. Los republicanos burgueses rompieron abiertamente la aparente alianza que de mala gana y con reservas habían sellado con ellos en la época del Gobierno provisional y de la Comisión ejecutiva. Despreciados y repudiados como aliados, descendieron a la categoría de alabarderos secundarios de la bandera tricolor, a la que, sin poder arrancarle concesión alguna, tenían, sin embargo, que apoyar cada vez que la República se veía puesta en entredicho por los sectores antirrepublicanos de la burguesía. Por último, estos sectores, los orleanistas y los legitimistas, se hallaban desde el primer momento en minoría en la Asamblea Nacional Constituyente. Antes de las jornadas de junio sólo se atrevían a reaccionar bajo la máscara del republicanismo burgués; la victoria de junio hizo que, por un momento, toda la Francia burguesa aclamara a Cavaignac como su salvador, y cuando, poco después de las jornadas de junio, volvió a afirmar su independencia el partido antirrepublicano, la dictadura militar y el estado de sitio no le permitían extender sus tentáculos sino de un modo muy tímido y cauteloso.

Desde 1830, la fracción *republicana burguesa* tenía como centro de agrupación de sus escritores y portavoces, de sus talentos, sus ambiciones, sus diputados, generales, banqueros y abogados, a un periódico de París, el *National*, que contaba con periódicos filiales en provincia. La pandilla del *National* era la *dinastía de la República tricolor*. Se apoderó inmediatamente de todos los cargos del Estado, de los ministerios, de la prefectura de policía, de la dirección de Correos, de los puestos de prefectos y de los altos puestos de la oficialidad del ejército que quedaban vacantes. Su general, *Cavaignac*, se hallaba a la cabeza del poder ejecutivo; su redactor en jefe, Marrast, ocupó con carácter permanente la presidencia de la Asamblea Nacional Constituyente. Y era él también quien en sus salones hacía, como maestro de ceremonias, los honores de la honesta República.

Hasta algunos escritores revolucionarios franceses han contribuido, por una especie de respeto a la tradición republicana, a afianzar el error de que la Asamblea Nacional Constituyente se hallaba dominada por los monárquicos. No es cierto. Desde las jornadas de junio, la Asamblea Constituyente era la *representación exclusiva del republicano burgués*, carácter que se destacaba con mayor fuerza a medida que se desmoronaba la influencia de los republicanos tricolor fuera de la Asamblea. Cuando se trataba de afirmar la *forma* de la República burguesa, contaba con los votos de los republicanos democráticos; pero cuando se trataba del *contenido*, ni siquiera el lenguaje los diferenciaba de los sectores de la burguesía monárquica, pues los intereses de la burguesía, las condiciones materiales de su dominación de clase y de su explotación de clase son precisamente los que dan su contenido a la República burguesa.

No era, por tanto, el monarquismo, sino el republicanismo burgués el que tomaba cuerpo en la vida y en los actos de esta Asamblea Constituyente, que, a la postre, no murió ni fue muerta por nadie, sino que se deshizo por la putrefacción.

Durante todo el tiempo que se mantuvo en el poder, mientras ella actuaba en primer plano, representando solemnemente al Estado, al fondo de la escena se celebraba un holocausto ininterrumpido: los continuos fusilamientos por el fuero de guerra de los prisioneros de la insurrección de junio o su deportación sin proceso previo. La Asamblea Constituyente tuvo el tacto suficiente para confesar que los insurrectos de junio no eran para ella delincuentes a quienes hubiera que juzgar, sino enemigos a quienes había que exterminar.

El primer acto de la Asamblea Nacional Constituyente fue el nombramiento de una *Comisión investigadora* sobre los sucesos de junio y del 15 de mayo y sobre la participación de los jefes de los partidos socialista y democrático en dichas jornadas. La investigación iba directamente enderezada contra Louis Blanc, Ledru-Rollin y Caussidière. Los republicanos burgueses ardían de impaciencia por deshacerse de estos rivales. Y no podían encontrar un sujeto

más indicado para confiarle la ejecución de su venganza que el señor *Odilón Barrot*, ex jefe de la oposición dinástica, el liberalismo personificado, la nullité grave,[a] la superficialidad llevada a fondo, que, además de vengar a una dinastía, tenía que pedirles cuentas a los revolucionarios por haberle hecho fracasar en sus pretensiones de ocupar la presidencia del Consejo de ministros. Lo cual era una garantía todavía más segura de su inexorabilidad. Este Barrot fue, por tanto, investido presidente de la Comisión investigadora y urdió todo un proceso contra la revolución de Febrero, resumido en los siguientes cargos: 17 de marzo, *manifestación;* 16 de abril, *complot;* 15 de mayo, *atentado;* 23 de junio, *guerra civil.* ¿Por qué sus eruditas indagaciones criminalísticas no se extendieron al 24 de febrero? He aquí la respuesta del *Journal des Débats:*[486] el 24 de febrero es el día de la *fundación de Roma.* Los orígenes de los Estados aparecen envueltos bajo la forma de un mito en el que hay que creer y que no se debe discutir. Louis Blanc y Caussidière fueron entregados a los tribunales. La Asamblea Nacional completaba la obra de su propia depuración, iniciada el 15 de mayo.

La Asamblea Constituyente rechazó el proyecto de un impuesto sobre el capital —en forma de un impuesto sobre las hipotecas— aprobado por el Gobierno provisional y renovado por Goudchaux; se derogó la ley que limitaba a 10 horas la jornada de trabajo; se restableció la prisión por deudas y se incapacitó para formar parte del jurado a una gran parte de la población de Francia, a cuantos no supieran leer ni escribir. ¿Por qué no acabar también con el sufragio universal? Se implantó de nuevo la fianza en metálico para los periódicos y se restringió el derecho de asociación.

Pero, en su premura por restituir las viejas garantías a las viejas relaciones burguesas y por borrar todas las huellas que hubieran podido dejar los embates revolucionarios, los republicanos burgueses tropezaron con una resistencia que amenazaba con un peligro inesperado.

[a] La grave nulidad.

[486] Véase *supra*, nota 133.

En las jornadas de junio, nadie había luchado con mayor fanatismo por la salvación de la propiedad y la restauración del crédito que los pequeños burgueses de París, los dueños de cafés y restaurantes, los marchands de vins,[b] los pequeños comerciantes, los tenderos, artesanos, profesionistas, etc. La boutique[c] se había puesto en pie y había marchado contra la barricada para restablecer la circulación que lleva de la calle a la tienda. Pero cuando, demolidas las barricadas y aplastados los obreros, los tenderos corrían, ebrios de victoria, a colocarse detrás de sus mostradores, se encontraron con que les cerraba el paso uno de los salvadores de la propiedad, un agente oficial del crédito, empuñando documentos amenazadores: ¡Las letras de cambio, vencidas! ¡Los alquileres, vencidos! ¡Las escrituras de deuda, vencidas! ¡La tienda y el tendero, arruinados!

¡Salvación de la propiedad! Pero la casa en que vivían no era propiedad suya; la tienda guardada por ellos, no lo era tampoco; ni lo eran las mercancías con que traficaban. No les pertenecían en propiedad ni el local de su tienda, ni el plato en que comían, ni la cama en que dormían. Se trataba precisamente de salvar *esta propiedad* en contra de ellos y en favor del dueño que les había alquilado la casa, del banquero que les había descontado las letras, del capitalista que les había adelantado el dinero contante, del fabricante que había entregado al tendero las mercancías para que las vendiera, del comerciante al por mayor que había entregado a crédito la materia prima al artesano. *¡Restauración del crédito!* Pero he aquí que el crédito restaurado y fortalecido se comportaba como un dios todavía más insaciable, arrojando de entre sus cuatro paredes al deudor insolvente, con su mujer y sus hijos, entregando al capital sus aparentes bienes y arrojándolo a él a la cárcel de deudores, que de nuevo se erguía, amenazadora, sobre los cadáveres de los insurrectos de junio.

Los pequeños burgueses diéronse cuenta con espanto de que, al aplastar a los obreros, se habían entregado, indefensos, en manos

[b] Comerciantes en vino.
[c] Tienda.

de sus acreedores. Después de los días de junio, se puso de manifiesto su bancarrota, que venía arrastrándose como un mal crónico desde febrero, sin que, al parecer, nadie se diera cuenta de ello.

No se había querido tocar a su *propiedad nominal* mientras se trataba de lanzar a esta gente al campo de batalla para que lucharan *en nombre de la propiedad.* Ahora, después de ajustar la cuenta grande al proletariado, podía ventilarse también la pequeña cuenta con el tendero. En París, los valores no cubiertos ascendían a más de 21 millones de francos; en provincias, a más de 11 millones. Se hallaban al descubierto en el pago de sus rentas, desde febrero, más de 7 000 arrendatarios de locales comerciales.

La Asamblea Nacional había abierto una investigación sobre las *deudas* políticas, de febrero en adelante; pues bien, los pequeños burgueses exigían ahora, a su vez, que se abriera una investigación sobre las *deudas civiles* anteriores al 24 de febrero. Se congregaron en masa en los locales de la Bolsa y reclamaron en tono amenazador la prórroga del término de vencimiento, por fallo de los tribunales mercantiles, para todo comerciante que pudiera demostrar que había quebrado exclusivamente por culpa de la paralización de las ventas causada por la revolución y que su negocio marchaba bien el 24 de febrero, y que se obligara al acreedor a liquidar su crédito mediante el pago de un porcentaje moderado de la deuda. Este problema fue debatido en la Asamblea Nacional como propuesta de ley, bajo la forma de *concordats à l'amiable.*[d] La Asamblea no acababa de decidirse; mientras deliberaba acerca del asunto, se enteró de pronto de que, en la Porte Saint Denis, miles de mujeres y niños de las familias de los insurrectos preparaban una petición de amnistía.

A la vista del espectro resurrecto de junio, los pequeños burgueses se echaron a temblar, y la Asamblea volvió a sentirse inexorable. Los concordats à l'amiable, los acuerdos amistosos entre acreedores y deudores, fueron rechazados en sus puntos más esenciales.

[d] Acuerdos amistosos.

Hacía ya, pues, mucho tiempo que los representantes democráticos de los pequeños burgueses habían sido repudiados por los representantes republicanos de la burguesía dentro de la Asamblea Nacional, cuando esta ruptura parlamentaria cobró su sentido burgués, su sentido económico real, en el momento en que los pequeños burgueses fueron dejados como deudores a merced de sus acreedores, los burgueses. Gran parte de aquéllos quedaron completamente arruinados y a los demás sólo se les consintió continuar sus negocios bajo condiciones que los convertían en siervos completos del capital. El 22 de agosto de 1848 rechazó la Asamblea Nacional los concordats à l'amiable; el 19 de septiembre de 1848, en pleno estado de sitio, fueron elegidos representantes por París el príncipe Luis Bonaparte y el comunista Raspail, prisionero en Vincennes. Por su parte, la burguesía elegía al cambista judío y orleanista Fould. Era, por todas partes, la declaración abierta de guerra contra la Asamblea Nacional Constituyente, contra el republicanismo burgués, contra Cavaignac.

No hace falta pararse a demostrar cómo la quiebra en masa de los pequeños burgueses de París no podía por menos de repercutir hasta mucho más allá de las personas directamente afectadas por ella y trastornar una vez más el comercio burgués, al paso que volvía a aumentar el déficit del Estado como consecuencia de los gastos de la insurrección de junio y descendían continuamente los ingresos públicos, al estancarse la producción, reducirse el consumo y disminuir las importaciones. Cavaignac y la Asamblea Nacional no podían recurrir a otro medio que un nuevo empréstito, doblegándose con ello todavía más al yugo de la aristocracia financiera.

Así como los pequeños burgueses habían recogido como fruto de la victoria de junio la bancarrota y la liquidación judicial, los genízaros de Cavaignac, los *guardias móviles,* encontraron su recompensa en los dulces brazos de las mujeres galantes y recibieron, como "los juveniles salvadores de la sociedad", toda clase de homenajes en los salones de Marrast, el gentilhomme[e] de la tricolor, que hacía a un

[e] Caballero.

tiempo las funciones de anfitrión y trovador de la honrada República. Pero estas preferencias sociales y la soldada incomparablemente mayor que se abonaba a la Guardia Móvil enfurecía al ejército, al paso que se disipaban todas las ilusiones nacionales con que el republicanismo burgués había creído atraerse, bajo Luis Felipe, a través de su periódico, el *National,* a una parte del ejército y de la clase campesina. El papel de mediadores que en el *norte de Italia* desempeñaban Cavaignac y la Asamblea Nacional, para entregarlo traidoramente a Austria, en connivencia con Inglaterra, destruyó en un solo día de gobierno dieciocho años de oposición del *National.* Ningún gobierno menos nacional que el del *National*; ninguno más supeditado a Inglaterra, a pesar de que bajo Luis Felipe vivía repitiendo a todas horas la consigna catoniana: Carthaginem esse delandam;[f] ninguno más servil hacia la Santa Alianza, aunque había exigido de Guizot la derogación de los tratados de Viena. La ironía histórica llevó a Bastide, ex redactor de asuntos extranjeros del *National,* al ministerio de Asuntos Extranjeros de Francia para que pudiera desmentir cada uno de los artículos escritos por él como periodista con cada uno de los despachos firmados por él como ministro.

El ejército y la clase campesina habían creído por un momento que la dictadura militar pondría a la orden del día, en Francia, la guerra proyectada hacia el exterior y la "gloria". Pero Cavaignac no era la dictadura del sable sobre la sociedad burguesa, sino la dictadura de la burguesía por medio del sable. Y, por ahora, lo único que necesitaban del soldado era el gendarme. Cavaignac escondía, bajo los severos rasgos de la resignación antirrepublicana, la vulgar sumisión a las humillantes condiciones de su cargo burgués. L'argent n'a pas de maître![g] Tanto él como la Asamblea Constituyente en general idealizaban esta vieja divisa del tiers-état,[h] traduciéndola al lenguaje político: la burguesía no tiene rey, su verdadera forma de gobierno es la República.

[f] Cartago debe ser destruida.
[g] El dinero no tiene amo.
[h] Tercer estado.

La "gran obra orgánica" de la Asamblea Nacional Constituyente consistía precisamente en elaborar esta *forma,* en redactar una *Constitución* republicana. Porque el calendario cristiano se trueque en republicano, cambiando a san Bartolomé por san Robespierre, no cambian el viento ni la lluvia, como no cambió tampoco, ni podía cambiar, la sociedad burguesa por virtud de esta Constitución. En todo lo que no era *cambio de ropaje,* la nueva Constitución se limitaba a levantar acta de los hechos *existentes.* Registraba solemnemente, por ejemplo, el hecho de la República, el hecho del sufragio universal, el hecho de una Asamblea Nacional soberana única, en vez de las dos cámaras constitucionales limitadas. Registraba y reglamentaba el hecho de la dictadura de Cavaignac, sustituyendo la monarquía hereditaria estacionaria e irresponsable por una monarquía electiva ambulante y responsable, por una presidencia de cuatro años de duración. Y elevó, asimismo, a ley constituyente el hecho de los poderes extraordinarios con que la Asamblea Nacional había investido a su presidente, previsoramente y en interés de su propia seguridad, después de las sacudidas de terror del 15 de mayo y el 25 de junio. El resto de la Constitución era una cuestión puramente terminológica. Se arrancaron del mecanismo de la vieja monarquía las etiquetas monárquicas, sustituyéndolas por otras republicanas. Y Marrast, ex redactor en jefe del *National,* ahora redactor en jefe de la Constitución, hizo honor, no sin talento, a esta misión académica que se le había confiado.

La Asamblea Constituyente recordaba a aquel funcionario chileno que se empeñaba en ordenar el régimen de la propiedad territorial por medio de una medición catastral, en el momento mismo en que los ruidos subterráneos anunciaban ya el terremoto que haría saltar, hecho añicos, el suelo. Mientras la Asamblea trazaba en teoría, geométricamente, las formas bajo las que había de expresarse, en términos republicanos, el poder de la burguesía, en la realidad sólo podía mantenerse mediante la destrucción de todas las formas, mediante la fuerza sans phrase,[i] es decir, mediante el *estado*

[i] Sin adjetivos.

de sitio. Dos días antes de comenzar a elaborar la Constitución, proclamaba la prórroga del estado de sitio. Antes, las constituciones se hacían y se votaban cuando el proceso social de transformación llegaba a un punto de reposo, cuando se afianzaban las nuevas relaciones de clase y las facciones de la clase dominante en pugna recurrían a un compromiso que les permitía seguir luchando entre sí y, al mismo tiempo, eliminar de la lucha a la masa del pueblo, ya cansada. Esta Constitución, por el contrario, no sancionaba ninguna revolución social, sino que venía a sancionar la victoria momentánea de la vieja sociedad sobre la revolución.

En el primer proyecto de Constitución,[487] redactado antes de las jornadas de junio, figuraba todavía el *droit au travail,* el "derecho al trabajo", primera fórmula desmañada en que se compendiaban reivindicaciones revolucionarias del proletariado. Más tarde, se convirtió en el *droit à l'assistance* o "derecho a la asistencia pública", ¿y qué Estado moderno no alimenta de una u otra forma a sus pobres? El derecho al trabajo es, en sentido burgués, un contrasentido, un deplorable buen deseo; pero detrás del derecho al trabajo está el poder sobre el capital y detrás del poder sobre el capital la apropiación de los medios de producción para someterlos a la clase obrera asociada, es decir, tanto la abolición del trabajo asalariado como la del capital y sus mutuas relaciones. Detrás del *"derecho al trabajo"* estaba la insurrección de junio. La Asamblea Constituyente, que colocaba al proletariado revolucionario, de hecho hors la loi,[j] no podía menos de expulsar de la Constitución, de la ley de las leyes, por principio, *su* fórmula, anatematizar el "derecho al trabajo". Pero no se detuvo aquí. Así como Platón expulsaba de su República a los poetas, la Constitución francesa expulsó de la suya para siempre al *impuesto progresivo.* Y el impuesto progresivo no es solamente una medida burguesa, viable en mayor o menor escala dentro de las rela-

[487] El proyecto de Constitución de que se habla fue redactado por una comisión y presentado a la Asamblea Nacional por Armand Marrast el 19 de junio de 1848. Fue publicado en el *Moniteur Universel* (núm. 172, del 20 de junio de 1848). Una traducción del proyecto al alemán fue publicada en la *Nueva Gaceta Renana* (núm. 24, del 24 de junio de 1848).

[j] Fuera de la ley.

ciones de producción existentes; era, además, el único medio de que se disponía para vincular la República "honette"[k] a las capas medias de la sociedad burguesa, reducir la deuda pública y poner en jaque a la mayoría antirrepublicana de la burguesía.

Con motivo de los concordats à l'amiable, los republicanos tricolor habían sacrificado, de hecho, la pequeña burguesía a la grande. Este hecho aislado fue elevado luego por ellos a principio, mediante la interdicción legal del impuesto progresivo. Equipararon la reforma burguesa a la revolución proletaria. ¿Qué clase quedaba, entonces, como sostén de su República? La gran burguesía. Pero la gran masa de esta clase era antirrepublicana. Explotaba a los republicanos del *National* para afianzar de nuevo las viejas relaciones económicas, pero pensando en explotar, a su vez, las relaciones sociales, una vez afianzadas, para restablecer las formas políticas adecuadas a ellas. A comienzos de octubre, Cavaignac se vio ya obligado, por mucho que gruñeran y armaran camorra los aturdidos puritanos de su propio partido, a nombrar ministros de la República a Dufaure y Vivien, ex ministros de Luis Felipe.

La Constitución tricolor, negándose a todo acuerdo con la pequeña burguesía e incapaz de ganar para la nueva forma de gobierno a ningún elemento nuevo de la sociedad, se apresuró, en cambio, a devolver su tradicional intangibilidad a un cuerpo en que el viejo Estado tenía sus más rabiosos y fanáticos defensores. Elevó al rango de ley constitucional la *inamovilidad de los jueces,* que el Gobierno provisional había puesto en entredicho. Habían destronado a *un* rey, pero, para hacerlo, tuvo que resucitar a montones de estos inamovibles inquisidores de la legalidad.

La prensa francesa ha analizado en muchos de sus aspectos las contradicciones de la Constitución del señor Marrast, por ejemplo la coexistencia de dos soberanos, la Asamblea Nacional y el presidente de la República, etcétera, etcétera.

Pero la contradicción más importante de esta Constitución consiste en que pone en posesión del poder político, mediante el sufra-

[k] Honesta.

gio universal, a las clases cuya esclavitud social pretende perpetuar: proletariado, campesinos y pequeña burguesía. Y sustrae las garantías políticas de este poder a la clase cuyo viejo poder social sanciona, es decir, a la burguesía. Encuadra a la fuerza el poder político de esta clase dentro de condiciones que a cada momento ayudan a vencer a las clases enemigas y ponen en tela de juicio los mismos fundamentos de la sociedad burguesa. Exige de unos que no den el paso de avance de la emancipación política a la emancipación social, y de otros que no retrocedan de la restauración social a la restauración política.

Los republicanos burgueses se preocupaban poco de estas contradicciones. A medida que dejaban de ser *indispensables* —y sólo lo habían sido como paladines de la vieja sociedad en contra del proletariado revolucionario, a las pocas semanas de su victoria—, descendieron de la posición de un *partido* a la de una *pandilla.* Y manejaban la Constitución como una gran *intriga.* Lo que les interesaba que se constituyera en ella era, sobre todo, el poder de su pandilla. El presidente sería la prolongación de Cavaignac y la Asamblea Legislativa la prolongación de la Constituyente. Confiaban en convertir en un poder aparente el poder político de las masas del pueblo y en poder jugar con este mismo poder aparente en la medida necesaria para agitar constantemente ante la mayoría burguesa el dilema de las jornadas de junio: *o el reino del "National" o el reino de la anarquía.*

La obra constitucional, iniciada el 4 de septiembre, llegó a su término el 23 de octubre. El 2 de septiembre, la Constituyente había acordado no disolverse hasta promulgar las leyes orgánicas complementarias de la Constitución. No obstante, se decidió a traer al mundo, ya el 10 de diciembre, mucho antes de que se cerrara el ciclo de su propia obra, a su criatura más genuina, que era el presidente. Tan segura estaba de poder saludar al hijo de su madre en el homúnculo constitucional. Por precaución, se tomó el acuerdo de que si ninguno de los candidatos llegaba a reunir dos millones de votos, la elección del presidente de la República se transferiría de la nación a la Constituyente.

¡Vanas providencias! El primer día de vigencia de la Constitución era el día final del poder de la Constituyente. Su sentencia de muerte yacía en el fondo de la urna electoral. Buscó al "hijo de su madre" y encontró al "sobrino de su tío". Saúl Cavaignac obtuvo un millón de votos, pero David Napoleón reunió seis millones. Saúl Cavaignac fue derrotado seis veces.[488]

El 10 de diciembre de 1848 fue el día de la *insurrección de los campesinos.* De ese día data para los campesinos franceses el mes de febrero. El símbolo que expresa su incorporación al movimiento revolucionario, símbolo desmañado y taimado, ingenuo y granuja, torpe y sublime, una superstición calculada, una caricatura patética, un anacronismo necio y genial, una burla histórico-universal; jeroglífico indescifrable para la inteligencia de los hombres civilizados, presentaba la fisonomía innegable de la clase que representaba la barbarie dentro de la civilización. La República se había anunciado a esta clase en la persona del *recaudador de impuestos;* ella se anunció a la República en la persona del *emperador.* Napoleón era el único hombre que había representado exhaustivamente los intereses y la fantasía de la clase campesina recién creada en 1789. Al inscribir su nombre en el frontispicio de la República, los campesinos declaraban la guerra al exterior y proclamaban en el interior la vigencia de sus intereses de clase. Para los campesinos, Napoleón no era una persona: era un programa. Fueron a las urnas con banderas y con música a los gritos de *Plus d'impôts, à bas les riches, à bas la République, vive l'Empereur!* "¡No más impuestos, abajo los ricos, abajo la República, viva el Emperador!" La República derribada por sus votos era la *República de los ricos.*

El 10 de diciembre fue el coup d'état[1] de los campesinos, que derribó al gobierno existente. Y, a partir de aquel día, en que habían dado a Francia un gobierno y le habían quitado otro, su mirada ya

[488] De acuerdo con la leyenda bíblica, Saúl, el primer rey de los judíos, venció a mil enemigos en su lucha con los filisteos, pero su jefe de armas, David, protegido de Saúl, derrotó a diez mil.

[1] Golpe de Estado.

no se separó de París. A ellos, que habían sido un momento héroes activos del drama revolucionario, no se les podía relegar de nuevo al papel de un coro pasivo y sin voluntad propia.

Las demás clases contribuyeron a completar la victoria electoral impuesta por los campesinos. Para el *proletariado,* la elección de Napoleón era la deposición de Cavaignac, el derrocamiento de la Constituyente, la abdicación del republicanismo burgués, la revocación de la victoria de junio. Para la *pequeña burguesía,* Napoleón era el deudor imponiéndose al acreedor. Para la mayoría de los *grandes burgueses,* la elección de Napoleón era la ruptura abierta con la fracción de que había tenido que valerse momentáneamente en contra de la revolución, pero que se le hizo insoportable tan pronto como trató de afianzar la posición del momento como posición constitucional. Napoleón en vez de Cavaignac era, para ella, la monarquía en vez de la República; era el comienzo de la restauración monárquica, la dinastía de Orleáns que asomaba tímidamente la cabeza, era el lirio escondido debajo de la violeta.[489] Por último, el *ejército* votaba en la persona de Napoleón contra la Guardia Móvil, contra el idilio de la paz, en favor de la guerra.

Sucedió, pues, como anunció la *Nueva Gaceta Renana*: el hombre más simple de Francia adquiría así la más complicada significación.[490] Precisamente porque no era nada, podía significarlo todo, menos a sí mismo. Pero por mucho que el sentido del nombre de Napoleón cambiara en boca de las diferentes clases, cada una de ellas escribía, al estampar este nombre en la papeleta de voto: "¡Abajo el partido del *National,* abajo Cavaignac, abajo la Constituyente, abajo la República burguesa!" Lo dijo públicamente en la Asamblea Constituyente el ministro Dufaure: "El diez de diciembre fue un segundo veinticuatro de febrero".

[489] El lirio era la flor heráldica de la monarquía de los Borbones y la violeta el emblema de los bonapartistas.

[490] Marx hace referencia aquí a una información enviada desde París y que apareció, bajo la firma de su corresponsal, Ferdinand Wolff (núm. 174 de la *Nueva Gaceta Renana,* del 21 de diciembre de 1848).

Pequeña burguesía y proletariado votaron en bloc[m] *por* Napoleón para votar *contra* Cavaignac y, juntando sus votos, arrancar la decisión final de manos de la Constituyente. Sin embargo, la parte más progresiva de ambas clases presentó candidatos propios. Napoleón constituía el *nombre colectivo* de todos los partidos coligados contra la República; *Ledru-Rollin* y *Raspail* eran los *nombres propios*, aquél el de la pequeña burguesía democrática, éste el del proletariado revolucionario. Los sufragios emitidos en favor de Raspail —así lo manifestaron en voz alta los proletarios y sus portavoces socialistas— no pretendían ser otra cosa que una manifestación, otras tantas protestas en contra de cualquier cargo presidencial, es decir, en contra de la misma Constitución, otros tantos votos en contra de Ledru-Rollin, el primer acto con que el proletariado se desentendía, como partido político independiente, del partido democrático. En cambio, este partido —la pequeña burguesía democrática y su representante parlamentario, la Montaña— consideraba la candidatura de Ledru-Rollin con la misma solemnidad que acostumbran para engañarse a sí mismos. Era, por lo demás, la última tentativa que hacían para enfrentarse al proletariado como partido independiente. El 10 de diciembre no fue derrotado solamente el partido republicano burgués; lo fueron también la pequeña burguesía democrática y su Montaña.

Además de una *Montaña*, Francia poseía ahora un *Napoleón*, prueba de que ambos eran simplemente caricaturas inertes de las grandes realidades cuyos nombres ostentaban. Luis Napoleón, con el bicornio de emperador y el águila, no parodiaba al otro Napoleón más ridículamente que la Montaña de ahora a la de antes, con sus frases tomadas de 1973 y sus gestos demagógicos. La tradicional superstición del año de 1793 se echaba así por la borda, a la par con la tradicional fe supersticiosa en Napoleón. La revolución sólo arribaba a sí misma al conquistar sus nombres *propios* y *originales*, lo que sólo podía hacer al momento de ocupar el primer plano y el sitio dominante la moderna clase revolucionaria, el proletariado

[m] En bloque.

industrial. Puede afirmarse que el 10 de diciembre causó estupefacción entre la Montaña y la hizo dudar de su propio equilibrio mental, porque vino a interrumpir con un chabacano chiste campesino la analogía clásica con la vieja revolución.

El 20 de diciembre abandonó su cargo Cavaignac y la Asamblea Constituyente proclamó a Luis Napoleón presidente de la República. El 19 de diciembre, el último día en que gobernaba por sí sola la Asamblea, rechazó la propuesta de amnistía para los insurrectos de junio. El decreto del 27 de junio, por el que, eludiendo la sentencia de los tribunales, se condenaba a la deportación a 15 000 insurrectos, ¿no equivalía a la revocación de la misma batalla de junio?

Odilón Barrot, el último ministro de Luis Felipe, pasó a ser el primer ministro de Luis Napoleón. Y como éste no databa la fecha de su régimen del 10 de diciembre, sino de un senadoconsulto de 1804, encontró un presidente del Consejo de Ministros que no databa su ministerio del 20 de diciembre, sino de un real decreto del 24 de febrero. Como legítimo heredero de Luis Felipe, Luis Napoleón suavizó el cambio de gobierno manteniendo en su sitio al viejo ministerio, que, por lo demás, no había tenido tiempo de desgastarse porque no había encontrado aún tiempo para empezar a vivir.

Esta manera de proceder le fue aconsejada por los jefes de la oposición burguesa monárquica. El hombre que encabezaba a la vieja oposición dinástica y que, sin saberlo, había marcado la transición a los republicanos del *National*, era todavía más adecuado para marcar, con plena conciencia de ello, la transición de la República burguesa a la monarquía.

Odilón Barrot era el jefe del único viejo partido de la oposición que aún no se había desacreditado, pues siempre había luchado por una cartera de ministro, sin conseguirla. La revolución había lanzado a las alturas del Estado, en rápida sucesión, a todos los viejos partidos de la oposición para que se vieran obligados a renegar de sus viejas frases y a revocarlas, no sólo de hecho, sino también de palabra, y pudieran, por último, mezclados todos en un revoltijo repugnante, ser arrojados por el pueblo al estercolero de la Histo-

ria. Ninguna apostasía le fue ahorrada a este Odilón Barrot, encarnación del liberalismo burgués, que durante dieciocho años había ocultado la ruin vaciedad de su espíritu bajo el grave empaque de su cuerpo.[491] Y si en algunos momentos le asustaba el contraste demasiado llamativo entre los laureles del pasado y los cardos del presente, le bastaba con mirarse al espejo para recobrar el aplomo ministerial y la humana admiración que sentía por sí mismo. La imagen que el espejo reflejaba era la de Guizot, al que siempre había envidiado y que siempre le había tratado como un dómine; era el propio Guizot, pero un Guizot con la frente olímpica de Odilón Barrot. Lo que no echaba de ver eran las orejas de Midas.[492]

El Barrot del 24 de febrero se puso de manifiesto solamente en el Barrot del 20 de diciembre. Al orleanista y el voltairiano vino a unirse, como ministro de Cultos, el legitimista y jesuita Falloux.

Pocos días después, se asignaba el ministerio del Interior a León Faucher, el maltusiano. ¡El derecho, la religión, la economía política! Todo esto albergaba en su seno el ministerio Barrot y, además, una asociación de legitimistas y orleanistas. Sólo faltaba el bonapartista. Bonaparte seguía ocultando su apetencia de hacer de Napoleón, pues todavía *Soulouque* no jugaba a ser un Toussaint-Louverture.[493]

La gente del *National* fue inmediatamente desalojada de todos los altos puestos en que se había incrustado. La prefectura de Policía, la dirección de Correos, el cargo de procurador general de Justicia, la alcaldía de París, todo pasó a manos de criaturas de la

[491] Cita un tanto modificada de una frase de la novela de Laurence Stern, *Vida y opiniones de Tristam Shandy, gentleman*, tomo I, cap. II.

[492] *Orejas de Midas:* orejas de asno que, según la tradición antigua, había puesto Apolo al rey Midas de Frigia.

[493] Faustin Souloque era el presidente de la República de Haití, que el 26 de agosto de 1849 se proclamó emperador bajo el nombre de Faustino I y se hizo célebre por su ignorancia, su crueldad y su vanidad. La prensa antibonapartista daba este mote al presidente Luis Bonaparte.

Toussaint-Louverture se llamaba el jefe del movimiento revolucionario de los negros haitianos que, durante la Revolución francesa, lucharon contra la dominación de los españoles y los ingleses en aquella isla.

monarquía. Changarnier, el legitimista, fue designado para el alto mando unido de la Guardia Nacional del departamento del Sena, de la Guardia Móvil y del ejército de línea de la primera división militar; Bugeaud, el orleanista, fue nombrado general en jefe del ejército de los Alpes. Este trasiego de funcionarios no se interrumpió durante el ministerio Barrot. El primer acto realizado por su gobierno fue la restauración de la vieja administración monárquica. En un abrir y cerrar de ojos cambió la escena oficial: los bastidores, el vestuario, el lenguaje, los actores, los coristas, las comparsas, la posición de los partidos, los móviles del drama, el contenido del conflicto, toda la situación. Sólo seguía en su puesto la antediluviana Asamblea Constituyente. Pero, desde el momento mismo en que la Asamblea Nacional dio posesión a Bonaparte, Bonaparte a Barrot y Barrot a Changarnier, Francia salió del periodo de constitución de la República para entrar en la República ya constituida. Y en una República ya constituida; ¿qué tenía que hacer una Asamblea Constituyente? Una vez creada la tierra, al creador no le quedaba otro camino que ir a refugiarse en el cielo. Pero la Asamblea Constituyente estaba resuelta a no seguir su ejemplo, pues era el último asilo que a los republicanos burgueses les quedaba. Si se les despojaba de todos los asideros del poder ejecutivo, ¿no les quedaba todavía la omnipotencia constituyente? Su primer pensamiento fue aferrarse, pasara lo que pasara, al puesto soberano que ocupaba y, desde él, reconquistar el terreno perdido. Desplazado el ministerio Barrot por otro del *National,* el personal monárquico tendría que desalojar inmediatamente los palacios de la administración y el personal tricolor, triunfante, se reintegraría a sus puestos. La Asamblea Nacional decidió derribar al ministerio, y éste le brindó la ocasión para el ataque como ni la misma Asamblea Nacional habría podido soñarla.

Recuérdese que Luis Bonaparte significaba para los campesinos: ¡no más impuestos! Seis días llevaba sentado en la presidencia de la República cuando, al séptimo, el 27 de diciembre, su ministerio propuso el *mantenimiento del impuesto sobre la sal,* que el

Gobierno provisional había decretado abolir. El impuesto sobre la sal comparte con el impuesto sobre el vino el privilegio de ser, sobre todo a los ojos de la población campesina, el chivo expiatorio del viejo sistema financiero francés. El ministerio Barrot no podía poner en boca del hombre elegido por los campesinos epigrama más mordaz contra sus electores que estas palabras, *¡restablecimiento del impuesto sobre la sal!* Con el impuesto sobre la sal perdía Bonaparte su sal revolucionaria: el Napoleón de la insurrección campesina se esfumaba como una figura nebulosa y no quedaba en pie más que el gran desconocido de la intriga burguesa monárquica. Y el ministerio Barrot no dejaba de abrigar sus intenciones, al hacer de este acto de torpe y burda decepción el primer acto de gobierno del nuevo presidente.

Por su parte, la Constituyente se aferró ansiosamente a la doble ocasión que se le brindaba de derribar al ministerio e imponerse al elegido de los campesinos como la representante de los intereses de éstos. Rechazó el proyecto del ministro de Hacienda, redujo el impuesto sobre la sal a una tercera parte de su anterior cuantía, aumentando con ello en 60 millones el déficit del presupuesto del Estado, que ascendía ya a 560 millones, y después de este voto *de desconfianza* se sentó a esperar tranquilamente la dimisión del ministerio. Esto demuestra cuán poco sabía del mundo nuevo que la rodeaba y de cómo había cambiado su propia situación. El ministerio se hallaba sostenido por el presidente y éste, a su vez, por seis millones de personas que habían depositado en las urnas electorales otros tantos votos de desconfianza contra la Asamblea Constituyente. La Constituyente devolvía a la nación su voto de desconfianza. Era un canje grotesco. Olvidaba que sus votos no tenían ya curso forzoso. El acuerdo de rechazar el impuesto sobre la sal sirvió solamente para madurar en Bonaparte, y en su gabinete, la decisión de *acabar* con la Asamblea Constituyente. Comenzó el largo duelo que llenaría el último periodo de vida de la Constituyente. Las grandes jornadas de esta crisis son el 29 *de enero*, el 21 de marzo y el 8 de mayo, que abrieron el camino al 13 *de junio*.

Los franceses, Louis Blanc por ejemplo, ven en el 29 de enero la expresión de una contradicción constitucional, de la contradicción entre una Asamblea Nacional soberana e indisoluble, emanada del sufragio universal, y un presidente en la letra responsable ante ella, pero en realidad sancionado también por el sufragio universal y que, además, de reunir en su persona todos los votos reunidos y cien veces desperdigados entre los diversos miembros de la Asamblea Nacional, se hallaba en plena posesión del poder ejecutivo íntegro, sobre el que la Asamblea Nacional flotaba solamente como una especie de poder mortal. Esta interpretación del 29 de enero confunde el lenguaje de la lucha en la tribuna, por medio de la prensa y en los clubes, con su contenido real. Frente a la Asamblea Nacional Constituyente, Luis Bonaparte no era un poder constitucional unilateral frente a otro, no era el poder ejecutivo frente al poder legislativo, sino que era la República burguesa ya constituida frente a los instrumentos constituyentes, frente a las ambiciosas intrigas y las aspiraciones ideológicas de la facción burguesa revolucionaria que la había fundado y ahora se mostraba asombrada de que su República constituida se pareciera tanto a una monarquía restaurada y trataba de retener a la fuerza el periodo constituyente, con sus condiciones, sus ilusiones, su lenguaje y sus personas, y de impedir que la República burguesa madura se manifestase bajo su forma completa y cabal. Del mismo modo que la Asamblea Nacional Constituyente representaba al Cavaignac reincorporado a ella, Bonaparte representaba a la Asamblea Nacional Legislativa aún no divorciada de él, es decir, a la Asamblea Nacional de la República burguesa ya constituida.

La elección de Bonaparte sólo podía interpretarse sustituyendo este nombre *único* por sus múltiples significados, es decir, al repetirse la elección de aquél en la nueva Asamblea Nacional. El mandato de la anterior había caducado el 10 de diciembre. Por tanto, el 29 de enero no se enfrentaron el presidente y la Asamblea Nacional de *la misma* República, sino la Asamblea Nacional de la República en gestación y el presidente de la República ya gestada, dos poten-

cias que encamaban dos periodos completamente distintos del proceso de vida de la República; se enfrentaban, de una parte, la pequeña facción republicana de la burguesía, la única que pudo proclamar la República y disputándosela al proletariado revolucionario mediante los combates en las calles y el régimen del terror, sólo ella podía trazar en la Constitución sus lineamientos ideales, y, de otra parte, toda la masa monárquica de la burguesía, la única que podía mandar en esta República burguesa ya constituida, despojar a la Constitución de sus aditamentos ideológicos y sentar las condiciones inexcusables para poder sojuzgar al proletariado por medio de sus leyes y de su administración.

La tormenta que descargó el 29 de enero había ido acumulándose durante todo el mes. Con su voto de desconfianza, la Constituyente había tratado de derribar al ministerio Barrot. Éste, por su parte, propuso a la Constituyente formular un voto de desconfianza definitivo en contra de sí misma, acordar su suicidio, es decir, decretar *su propia disolución*. El 6 de enero, por orden del gobierno, uno de los más oscuros diputados, Rateau, presentó esta propuesta a la Constituyente, a la misma Asamblea Constituyente que en el mes de agosto había acordado que no se disolvería hasta haber promulgado toda una serie de leyes orgánicas, complementarias de la Constitución. El ministerial Fould declaró sin ambages ante ella que su disolución era necesaria *"para restablecer el crédito quebrantado"*. ¿Acaso la Asamblea Constituyente no perturbaba el crédito, al prolongar el periodo de interinidad, poniendo de nuevo en tela de juicio a Bonaparte con Barrot y a la República ya constituida con Bonaparte? Ante la perspectiva de que le pudieran arrebatar de nuevo, habiéndolo disfrutado apenas dos semanas, la presidencia del Consejo de ministros, que por fin había logrado conquistar y que los republicanos habían tenido alejado de él durante diez meses, Barrot, el olímpico, convertido en un Orlando Furioso, supertiranizó frente a los tiranos a esta pobre Asamblea. La más suave de sus frases fue la de que "con ella, no había futuro posible". Y la verdad era que sólo representaba el pasado. "Sería incapaz —añadía

Barrot— de rodear a la República de las instituciones necesarias para su consolidación." En realidad, las energías burguesas de la Asamblea habían declinado al enfrentarse exclusivamente contra el proletariado, al paso que su plétora republicana parecía renacer al enfrentarse ahora a los monárquicos. Y ello la incapacitaba doblemente para consolidar por medio de las adecuadas instituciones a una República burguesa que ya no comprendía.

Simultáneamente, con la propuesta de Rateau, el ministerio levantó una *tempestad de peticiones* en todo el país, y todos los días llovían sobre la cabeza de la Constituyente, desde todos los rincones de Francia, montones de billets-doux,[n] suplicándole en términos más o menos categóricos que *se disolviera* e hiciera testamento. A su vez, la Constituyente provocaba otra oleada de peticiones, en las que hacía que se la instara a seguir viviendo. La lucha electoral entre Bonaparte y Cavaignac se renovaba bajo la forma de duelo de peticiones en pro y en contra de la disolución de la Asamblea Nacional. Estas peticiones trataban de ser una glosa complementaria al 10 de diciembre. Esta campaña de agitación duró todo el mes de enero.

En el conflicto entre la Constituyente y el presidente, aquélla no podía remontarse al voto general como a su fuente de origen, pues se apelaba de ella ante el sufragio universal. No podía apoyarse en ningún poder normal, pues se trataba de la lucha contra el poder legal. No podía derribar al ministerio con votos de desconfianza, como volvió a intentarlo el 6 y el 26 de enero, pues el ministerio no necesitaba de su confianza para nada. No le quedaba otra posibilidad que la *insurrección.* Las fuerzas de combate de la insurrección eran la *parte republicana de la Guardia Nacional,* la *Guardia Móvil* y los centros del proletariado revolucionario, los *clubes.* Los guardias móviles, los héroes de las jornadas de junio, eran en diciembre la fuerza de combate organizada de la facción republicana burguesa, a la manera como antes de junio los *Talleres Nacionales* habían sido la fuerza de combate organizada del proletariado revoluciona-

[n] Caras de amor.

rio. Y así como la Comisión ejecutiva de la Constituyente lanzó su brutal ataque contra los Talleres Nacionales cuando creyó que debía acabar con las exigencias ya insoportables del proletariado, el ministerio Bonaparte se lanzó al asalto contra la Guardia Móvil, al creer llegada la hora de poner fin a las pretensiones ya insoportables de la facción republicana de la burguesía. Ordenó la *disolución de la Guardia Móvil.* La mitad de sus efectivos fueron licenciados y lanzados al arroyo; a la otra mitad se les dio una organización monárquica en vez de la democrática y se les rebajó la soldada hasta el nivel corriente de las tropas de línea. La Guardia Móvil se encontraba en la misma situación que los insurrectos de junio, y la prensa publicaba diariamente *confesiones públicas* en las que aquélla reconocía su culpa por lo sucedido en junio e imploraba el perdón del proletariado.

¿Y los *clubes*? Desde el momento en que la Asamblea Constituyente ponía en tela de juicio en Barrot al presidente, en el presidente a la República burguesa constituida y en la República burguesa constituida a la República en general, en torno a ella se agruparon necesariamente todos los elementos constituyentes de la República de Febrero, todos los partidos que pretendían derrocar la República existente y transformarla, por medio de un proceso violento de retrogradación, en la República de sus intereses de clase y de sus principios. Lo sucedido quedaba cancelado, las cristalizaciones del movimiento revolucionario habían vuelto a disolverse, la República por la que se luchaba volvía a ser la indefinida República de los días de febrero, que cada partido se reservaba el derecho de definir a su manera.

Los partidos recobraron por un momento las viejas posiciones de febrero, sin compartir por ello las ilusiones de aquel momento. Los republicanos tricolor del *National* volvían a apoyarse en los republicanos democráticos del *Réforme* y los empujaron como campeones al primer plano de la lucha parlamentaria. Y, a su vez, los republicanos democráticos se apoyaban de nuevo en los republicanos socialistas —un manifiesto público proclamó el 27 de ene-

ro[494] su reconciliación y su unión— y se preparaban en los clubes el punto de apoyo para un movimiento insurreccional. La prensa ministerial trataba con razón a los republicanos tricolor del *National* como los insurgentes de junio resurrectos. Para mantenerse a la cabeza de la República, ponían en entredicho a la misma República burguesa. El 26 de enero, presentó el ministro Faucher un proyecto de ley sobre el derecho de asociación, cuyo artículo 1º decía: "*Quedan prohibidos los clubes*". Y propuso que este proyecto de ley fuese puesto a discusión con carácter urgente. La Constituyente rechazó la propuesta de urgencia, y el 27 de enero presentó Ledru-Rollin una moción, sostenida por 230 firmas, pidiendo que se procesara al gobierno por violar la Constitución. Esta acusación contra el ministerio, en un momento en que semejante acto venía a poner de manifiesto torpemente la impotencia del juez, es decir, de la mayoría de la Cámara, o representaba la protesta impotente del acusador contra esta mayoría misma, era el gran triunfo revolucionario que, a partir de ese momento, habría de poner sobre el tapete la póstuma Montaña cada vez que la crisis llegase a su punto culminante. ¡Pobre Montaña, agobiada bajo el peso de su propio nombre!

El 15 de mayo, Blanqui, Barbès, Raspail, etc., habían intentado hacer saltar la Asamblea Constituyente, irrumpiendo en su sala de sesiones a la cabeza del proletariado de París. Barrot preparó a la misma Asamblea un 15 de mayo moral, tratando de obligarla a que se disolviera por sí misma y de clausurar su sala de sesiones. La misma Asamblea había encomendado a Barrot la enquête° contra los acusados de mayo, y ahora, en el momento en que Barrot aparecía ante ella como un Blanqui monárquico y en que la Asamblea buscaba aliados contra él en los clubes, entre los proletarios revolucionarios y en el partido de Blanqui, en este mismo momento, la atormentó el inexorable Barrot con la propuesta de sustraer los acusados de mayo al tribunal del Jurado y entregarlos a la *haute*

494 El texto de ese mencionado Manifiesto se publicó en la *Nueva Gaceta Renana* (núm. 209, del 31 de enero de 1849).

° Investigación.

cour o alto tribunal inventado por el partido del *National.* Es curioso cómo, hostigado por el terror de perder una cartera de ministro, podía un Barrot ser capaz de ocurrencias dignas de un Beaumarchais. Después de muchas vacilaciones, la Asamblea Nacional aceptó su propuesta. Recobraba con ello su carácter normal frente a los autores del atentado de mayo.

Si a la Constituyente se la empujaba a la *insurrección* en contra del presidente y de sus ministros, al presidente y a su gobierno se los empujaba al golpe de Estado contra la Asamblea Constituyente, ya que no poseían ningún medio legal para disolverla. Pero la Constituyente era la madre de la Constitución, y ésta, a su vez, la madre del presidente. Al dar el golpe de Estado, el presidente rasgaba la Constitución y anulaba su título jurídico republicano. Esto lo obligaba a exhibir su título jurídico imperial; pero el título jurídico imperial evocaba el orleanista, y ambos palidecían ante el título jurídico legitimista. La caída de la República legal sólo podía exaltar al polo contrario, a la monarquía legitimista, en un momento en que el partido orleanista seguía siendo todavía el vencido de las jornadas de febrero y Bonaparte el vencedor del 10 de diciembre, en que ambos sólo podían oponer a la usurpación republicana sus títulos monárquicos, igualmente usurpados. Los legitimistas, conscientes de que el momento les era favorable, conspiraban a la luz del día. Confiaban en encontrar su *Monk*[495] en el general Changarnier. En sus clubes se proclamaba la inminencia de la *monarquía blanca* tan sin recato como en los clubes proletarios la llegada de la *República roja.*

Una revuelta venturosamente sofocada habría sacado de sus apuros al ministerio. "La legalidad nos mata", dijo Odilón Barrot. Una revuelta habría permitido, invocando el pretexto de la salut public,[p] disolver la Constituyente e infringir la Constitución, en interés de la Constitución misma. De diversos modos se trató de provocar esta revuelta, mediante la brutal actitud mantenida por

[495] El general inglés George Monk restauró en 1660 la dinastía de los Estuardos con el auxilio de las tropas del gobierno puesto bajo su mando.

[p] Bienestar público.

Odilón Barrot en la Asamblea Nacional, mediante la propuesta de disolver los clubes, la ruidosa destitución de cincuenta prefectos tricolores por gente monárquica, la disolución de la Guardia Móvil y las vejaciones en contra de sus jefes por Changarnier, la reposición de Lerminier, el profesor que ya bajo Guizot se había hecho imposible, la tolerancia de las fanfarronerías legitimistas, etc. Pero la revuelta no se produjo. Esperaba la señal de la Constituyente, y no del gobierno.

Llegó por fin el 29 de enero, día en que habría de votarse la propuesta presentada por Mathieu (diputado por el Drôme) para que se desechara sin condiciones la proposición de Rateau. Legitimistas, orleanistas, bonapartistas, la Guardia Móvil, la Montaña, los clubes, todos conspiraron aquel día tanto contra su supuesto enemigo como contra los pretendidos aliados. Bonaparte, montado en su caballo, pasó revista a una parte de las tropas en la plaza de la Concordia, Changarnier montó su comedia con derroche de maniobras estratégicas, y la Asamblea Constituyente se encontró su sala de sesiones ocupada por las tropas. Esta Asamblea, centro de todas las esperanzas, temores, aspiraciones, efervescencias, tensiones y conspiraciones que se entrecruzaban, valiente cual leona, no titubeó ni por un instante, al verse más cerca que nunca del momento supremo. Se parecía a aquel combatiente que no sólo temía desenvainar su propia arma, sino que se creía también obligado a mantener indemne la de su adversario. Sin temor a morir, firmó su propia sentencia de muerte y rechazó la propuesta de Rateau de rechazo incondicional. Incluso bajo estado de sitio, puso límites a una actividad constituyente necesariamente encuadrada en el marco del estado de sitio de París. Y se vengó dignamente de ella, al ordenar al día siguiente que se abriera una investigación sobre el terror que el gobierno le había infundido el 29 de enero. La Montaña demostró su falta de energía revolucionaria y de inteligencia política, dejándose utilizar por el partido del *National* como vocero del pugilato, en esta gran comedia de intriga. El partido del *National* había hecho la última tentativa para seguir manteniendo den-

tro de la República constituida el monopolio del poder poseído por él durante el periodo de gestación de la República burguesa. Pero fracasó en su empeño.

Así como en la crisis de enero se ventilaba la existencia de la Constituyente, la crisis del 21 de marzo giraba en torno a la existencia de la Constitución; allí se trataba de las personas del partido nacional, aquí de su ideal. Y no hace falta insinuar siquiera que los honrados republicanos cedieron más barato el sentimiento de orgullo de su ideología que el terrenal disfrute del poder gubernamental.

El 21 de marzo figuraba en el orden del día de la Asamblea Nacional el proyecto de ley de Faucher contra el derecho de asociación: la *prohibición de los clubes.* El artículo 8 de la Constitución garantiza a todos los franceses el derecho de asociarse. La prohibición de los clubes constituía, por tanto, una violación inequívoca de la Constitución, y se quería que la propia Asamblea Constituyente canonizara la profanación de sus santos. Pero los clubes eran los centros de reunión, las sedes de conspiración del proletariado revolucionario. La misma Asamblea Nacional había vedado la coalición de los obreros contra sus burgueses. ¿Y los clubes, qué eran sino la coalición de toda la clase obrera contra la clase burguesa en su totalidad, la formación de un Estado obrero en contra del Estado burgués? ¿No eran, en realidad, otras tantas asambleas constituyentes del proletariado y otros tantos destacamentos militares de la revuelta, dispuestos a descargar el golpe? Lo que ante todo tenía que representar la Constitución era la dominación de la burguesía. De allí que la Constitución sólo pudiera interpretar el derecho de asociación, evidentemente, como el derecho de las asociaciones compatibles con el poder de la burguesía; es decir, con el orden burgués, si el decoro teórico se expresaba en términos generales, ¿para qué estaban allí el gobierno y la Asamblea Nacional si no para interpretarla y aplicarla en cada caso concreto? Y si en la época prehistórica de la República estaban realmente prohibidos los clubes por el estado de sitio, ¿acaso no debían estarlo por la ley, en la República ya regulada y constituida? Los republicanos tricolor nada tenían

que oponer a esta interpretación prosaica de la Constitución, como no fuese la grandilocuente frase de la Constitución misma. Algunos de ellos, Pagnerre, Duclerc, etc., votaron en pro del ministerio, con lo que éste tuvo mayoría de votos. Los demás, y a la cabeza de ellos el arcángel Cavaignac y el Padre de la Iglesia Marrast, conjuntamente con Ledru-Rollin y la Montaña, una vez aprobado el artículo que prohibía los clubes se retiraron a una sala aparte "para deliberar".

La Asamblea Nacional sufría una parálisis; no contaba ya con el número de votos necesario para tomar acuerdos. El señor Crémieux recordó oportunamente, en aquella sala de deliberaciones, que el camino conducía directamente de allí a la calle y que el calendario ya no marcaba el mes de febrero de 1848, sino el de marzo de 1849. La fracción del *National,* viendo claro de pronto, regresó a la sala de sesiones de la Asamblea, y, tras ella, volvió la Montaña, estafada una vez más y, atormentada a todas horas por apetencias revolucionarias, se afanaba también a todas horas en buscar las posibilidades constitucionales y seguía sintiéndose siempre más en su puesto detrás de los republicanos burgueses que delante del proletariado revolucionario. La comedia había terminado. Y la misma Asamblea Constituyente se había encargado de decretar que la transgresión de la letra de la Constitución era la única realización apropiada de su sentido.

Sólo quedaba un punto que arreglar: el de las relaciones entre la República constituida y la revolución europea, su *política exterior.* El 8 de mayo de 1849 reinaba una agitación desacostumbrada en la Asamblea Constituyente, cuya vida se extinguiría pocos días después. Figuraban en el orden del día el asalto del ejército francés a Roma, repelido por los romanos, la infamia política y el oprobio militar de los atacantes, el asesinato de la República romana por la República francesa y la primera campaña italiana del segundo Bonaparte. La Montaña había vuelto a jugarse su gran carta de triunfo y Ledru-Rollin había depositado sobre la mesa del presidente la inevitable acta de acusación contra el gobierno, que esta

vez iba dirigida también contra Bonaparte, por violación de la Constitución.

El motivo del 8 de mayo se repitió más tarde, como motivo del 13 de junio. Veamos lo ocurrido con la expedición a Roma.

Ya a mediados de noviembre de 1848, había enviado Cavaignac una flota de guerra a Civitavecchia con el encargo de tomar bajo su protección al Papa, subirlo a bordo y llevárselo a Francia. El Papa bendeciría a la honrada República y aseguraría la elección de Cavaignac como presidente. Con el Papa trataba Cavaignac de ganar a los curas, con los curas a los campesinos, y con los campesinos la presidencia de la República. La expedición de Cavaignac, que perseguía en un plano inmediato fines de propaganda electoral, representaba a la par con ello una protesta y una amenaza contra la revolución romana. Contenía ya en germen la intervención de Francia en favor del Papa.

Esta intervención a favor del Papa, al lado de Austria y Nápoles y en contra de la República romana, había sido adoptada el 23 de diciembre, en la primera sesión celebrada por el Consejo de ministros de Bonaparte. Falloux en el ministerio era el Papa en Roma y, en la Roma del Papa, Bonaparte ya no necesitaba del Papa para ser elegido como presidente de los campesinos, pero sí necesitaba conservar al Papa para poder conservar a los campesinos del presidente. La credulidad de éstos le había llevado a la presidencia. Con la fe, los campesinos perderían la credulidad, y con el Papa perderían la fe. ¡Y no digamos los orleanistas y legitimistas coligados, que mandaban en nombre de Bonaparte! Antes de restaurar al monarca había que restaurar el poder que santifica a los reyes. Aun prescindiendo de sus sentimientos monárquicos: sin la vieja Roma sometida a su poder secular, no había Papa, sin Papa no había catolicismo, sin catolicismo no había religión francesa, y sin religión ¿qué habría sido de la vieja sociedad francesa? La hipoteca concedida al campesino sobre los bienes celestiales garantiza la que el burgués tiene sobre los bienes terrenales del campesino. La revolución romana era, pues, un atentado a la propiedad y al orden burgués,

tan temible como la revolución de Junio. El poder de la burguesía restaurado en Francia reclamaba la restauración del poder papal en Roma. Por último, en los revolucionarios romanos se batía a los aliados de los revolucionarios franceses; la alianza de las clases contrarrevolucionarias en la República francesa constituida encontraba su complemento necesario en la alianza de la República francesa con la Santa Alianza, con Nápoles y con Austria. El acuerdo tomado el 23 de diciembre por el Consejo de ministros no era ningún secreto para la Constituyente. Ya el 8 de enero había Ledru-Rollin interpelado al ministerio acerca de dicho acuerdo; el ministerio lo había negado y la Asamblea Nacional había pasado al orden del día. ¿Daba crédito a las palabras del gobierno? Sabemos que pasó todo el mes de enero dirigiendo votos de desconfianza contra él. Pero si el gobierno estaba en su papel al mentir, la Asamblea cumplía el suyo al fingir hipócritamente que creía en sus mentiras, salvando con ello las dehors[q] republicanas.

Entre tanto, había sido derrotado el Piamonte, había abdicado Carlos Alberto y el ejército austriaco golpeaba las puertas de Francia. Ledru-Rollin interpeló violentamente al gobierno. Éste demostró que en el norte de Italia no se había hecho otra cosa que proseguir la política de Cavaignac, como Cavaignac había proseguido la política del Gobierno provisional, es decir, la de Ledru-Rollin. Esta vez, la Asamblea Nacional acordó, incluso, un voto de confianza al gobierno y lo autorizó para ocupar temporalmente un punto conveniente del norte de Italia que sirviera de punto de apoyo para las negociaciones pacíficas con Austria acerca de la integridad de Cerdeña y de la cuestión romana. Como es sabido, la suerte de Italia se decide en los campos de batalla del norte de la península. Con la Lombardía y el Piamonte había caído, por tanto, Roma, a menos que Francia se decidiese a declarar la guerra a Austria y, por tanto, a la contrarrevolución europea. ¿Es que la Asamblea Nacional veía de pronto en el ministerio Barrot al viejo Comité de salud pública?

[q] Apariencias.

¿O se consideraba a sí misma como la Convención? ¿A qué venía, pues, la ocupación militar de un punto del norte de Italia? Se trataba de ocultar bajo este velo traslúcido la expedición contra Roma.

El 14 de abril 14 000 hombres zarparon hacia Civitavecchia, al mando de Oudinot; dos días más tarde, el 16, la Asamblea Nacional votaba a favor del gobierno un crédito de 1 200 000 francos para sostener durante tres meses una escuadra de intervención en el Mediterráneo. La Asamblea facilitó, por tanto, al ministerio todos los medios necesarios para intervenir contra Roma, haciendo creer que se trataba de la intervención en contra de Austria. No veía lo que hacía el gobierno, ni escuchaba lo que decía. Era la suya una fe como no la había conocido ni el pueblo de Israel; la Constituyente había venido a parar a una situación en que no tenía derecho a saber lo que necesariamente debía hacer la República constituida.

Por fin, el 8 de mayo se representó la escena final de la comedia: la Constituyente intimó al gobierno a tomar sin pérdida de tiempo las medidas necesarias para enderezar de nuevo la expedición italiana contra la meta que le había sido trazada. Aquella misma noche, Bonaparte hizo publicar en el *Moniteur*[496] una carta en la que tributaba el más grande reconocimiento a Oudinot. El 11 de mayo, la Asamblea Nacional rechazaba el acta de acusación formulada contra el propio Bonaparte y su ministerio. Y la Montaña, que, en vez de desgarrar todo este artilugio de mentira y de fraude, tomó por lo trágico la comedia parlamentaria para representar en ella el papel de Fouquier-Tinville; al hacerlo, dejaba asomar por debajo de la piel de león de la Convención, que no le pertenecía, su piel innata de cordero pequeño burgués.

El último periodo de vida de la Constituyente se resume así: el 29 de enero confiesa que las facciones monárquico-burguesas son los superiores naturales de la República por ella constituida; el 21 de marzo reconoce que la violación de la Constitución es su realización, y el 11 de mayo declara que la alianza pasiva, anunciada a

[496] Véase *supra*, nota 314.

bombo y platillos, de la República francesa con los pueblos en lucha equivale a su alianza pasiva con la contrarrevolución europea.

Esta miserable asamblea se retiró de la escena después que, dos días antes del aniversario de su nacimiento, el 4 de mayo, se había dado el gusto de rechazar la propuesta de amnistía para los insurrectos de junio. Destrozado su poder, mortalmente odiada por el pueblo, repudiada, maltratada, echada despectivamente a un lado por la burguesía, de la que era instrumento, obligaba a desautorizar en la segunda parte de su vida la primera, despojada de sus ilusiones republicanas, sin haber hecho nada importante en el pasado ni abrigar esperanzas en cuanto al futuro, muriéndose a pedazos ya en vida, no sabía galvanizar su cadáver más que evocando constantemente en el recuerdo la victoria de junio y reviviéndola a todas horas, reafirmándose mediante la continua execración de los condenados. Era como un vampiro que se nutría de la sangre de los caídos en junio.

Dejó, al morir, el déficit del Estado engrosado por los costos de la insurrección de junio, por la supresión del impuesto sobre la sal, por las indemnizaciones votadas a favor de los dueños de las plantaciones para la esclavitud de los negros, por los gastos de la expedición romana, por la supresión del impuesto sobre el vino, que acordó abolir cuando estaba dando ya las boqueadas, como esos ancianos perversos que mueren felices de dejar a sus optimistas herederos una comprometedora deuda de honor.

Ya a comienzos de marzo había comenzado la campaña de agitación en pro de la *Asamblea Nacional Legislativa.* Dos grupos principales se enfrentaban: el *partido del Orden* y el *partido demócrata-socialista* o *partido rojo,* y entre ambos se movían los *Amigos de la Constitución,* nombre bajo el cual intentaban representar un partido los republicanos tricolor del *National.* El *partido del Orden* se había creado inmediatamente después de las jornadas de junio, pero sólo después del 10 de diciembre, una vez que se le permitió arrojar de su seno a la pandilla del *National,* a los republicanos burgueses, y se reveló el misterio de su existencia, la *coalición de orleanistas* y

legitimistas en *un solo partido.* La clase burguesa se escindió en dos grandes facciones, que ejercieron por turno el monopolio del poder, la *gran propiedad de la tierra* bajo la *monarquía restaurada,* la *aristocracia financiera* y la *burguesía industrial,* bajo la *monarquía de Julio.* El nombre de *Borbón* era la etiqueta regia para anunciar la influencia predominante de los intereses de una de las dos facciones, el de *Orleáns* servía para designar la otra; el *reino anónimo de la República* era el único en el que ambas facciones podían afirmar, gobernando al unísono, sus intereses comunes de clase, sin renunciar a su mutua rivalidad.

Si la República burguesa no podía ser otra cosa que la dominación perfeccionada, clara y ostensible, de toda la clase burguesa, ¿podía ser algo más que el poder de los orleanistas complementados por los legitimistas y el de éstos complementados por aquéllos, la *síntesis de la restauración y de la monarquía de Julio?* Los republicanos burgueses del *National* no representaban a ningún gran sector de su clase, establecido sobre bases económicas. No tenían más valor ni más título histórico que el de haber hecho valer, bajo la monarquía, y frente a los dos sectores de la burguesía que sólo comprendían su régimen *específico,* el régimen general de la clase burguesa, el *reino anónimo de la República,* que ellos idealizaban y adornaban con arabescos antiguos, pero en el que saludaban sobre todo la hegemonía de su pandilla.

Si el partido del *National* sintió flaquear su razón cuando vio a los monárquicos coligados subir a la cima de la República fundada por él, no fue menor la equivocación que ellos mismos sufrieron en cuanto al hecho de su poder conjunto. No comprendían que aunque cada una de las dos facciones tomada de por sí fuese monárquica, el producto de su combinación química tenía que ser necesariamente *republicano,* que la monarquía blanca y la monarquía azul tenían necesariamente que neutralizarse en la República tricolor. Cada uno de los dos sectores del partido del Orden, a quienes su antagonismo frente al proletariado revolucionario y las clases intermedias que más o menos se agrupaban en torno a él como cen-

tro, y que obligaba a recurrir a su fuerza unida y a conservar la organización de esta fuerza amalgamada, no tenía más remedio que oponerse a las apetencias de restauración y predominio de la otra y hacer valer por sobre ellas el poder común, es decir, la *forma republicana* de la dominación de la burguesía. Así, vemos cómo estos monárquicos, que al principio habían creído en una restauración inmediata, conservan más tarde la forma republicana de gobierno con espumarajos de rabia e invectivas de muerte en contra de ella, para acabar confesando, a la postre, que sólo pueden convivir bajo la República y aplazar la restauración por tiempo indefinido. El mismo disfrute del poder unificado fortalecía a cada una de las dos facciones, haciendo que fuesen todavía más incapaces y más reacias para someterse a la otra, es decir, para restaurar la monarquía.

El *partido del Orden* proclamaba directamente en su programa electoral la dominación de la clase burguesa, es decir, el mantenimiento de las condiciones de vida sobre las que descansaba su poder: la *propiedad,* la *familia,* la *religión* y el *orden.* Presentaba, naturalmente, su dominación de clase y las condiciones que la hacían posible, como el régimen de la civilización y como las condiciones necesarias tanto de la producción material como de las relaciones sociales de intercambio derivadas de ellas.

El partido del Orden disponía de enormes recursos financieros, organizó sucursales en toda Francia, puso a sueldo a todos los ideólogos de la vieja sociedad, manejaba la influencia del poder gubernamental existente, poseía todo un ejército de vasallos sin paga en toda la masa de los pequeños burgueses y los campesinos, que, muy alejados todavía del movimiento revolucionario, veían en los grandes dignatarios de la propiedad los representantes naturales de su pequeña propiedad y de sus pequeños prejuicios; este partido, representado a lo largo de todo el país por un sinnúmero de reyezuelos, podía castigar como una insubordinación el hecho de rechazar a sus candidatos, despedir a los obreros rebeldes, a los siervos campesinos, dependientes de comercio, empleados de ferrocarriles o escribientes reacios, a cuantos se hallasen civilmente sometidos a

ellos como funcionarios y se negaran a acatar sus órdenes. Y podía, por último, seguir manteniendo en pie, a trechos, el engaño de que, el 10 de diciembre, la Constituyente republicana había impedido a Bonaparte manifestar su virtud milagrosa. Al hablar del partido del Orden no nos hemos referido a los bonapartistas. Éstos no formaban una facción seria de la clase burguesa, sino una colección de viejos y supersticiosos inválidos y de jóvenes y descreídos aventureros. El partido del Orden triunfó en las elecciones y obtuvo la gran mayoría de las actas de diputados a la Asamblea Legislativa.

Frente a la coalición de la clase burguesa contrarrevolucionaria, los sectores de la pequeña burguesía y de la clase campesina, orientados ya hacia la revolución, tenían que unirse, naturalmente, al gran dignatario de los intereses revolucionarios, al proletariado revolucionario. Ya hemos visto cómo los portavoces democráticos de la pequeña burguesía en el Parlamento, es decir, la gente de la Montaña, fueron empujados, por las derrotas parlamentarias, al campo de los portavoces socialistas del proletariado, y cómo la verdadera pequeña burguesía se veía arrastrada hacia la situación real de los proletarios fuera del Parlamento, mediante los *concordats à l'amiable*, por la brutal imposición de los intereses de la burguesía, por la bancarrota. La Montaña y los socialistas habían festejado su reconciliación el 27 de enero y reiteraron su unión en el gran banquete de febrero de 1849. El partido social y el democrático, el partido de los obreros y el de los pequeños burgueses, se unieron para formar el *partido socialdemocrático*, es decir, el partido *rojo*.

La República francesa, paralizada durante un momento por la agonía que siguió a las jornadas de junio, había vivido desde el 19 de octubre, después de levantarse el estado de sitio, una serie continua de febriles emociones. Primero, la lucha por la presidencia; luego la lucha del presidente con la Asamblea Constituyente; la lucha en torno a los clubes; el proceso de Bourges,[497] en el que, contrastando con las raquíticas figuras del presidente, de los monárquicos

[497] Del 7 de marzo al 13 de abril de 1849 se vio en Bourges el proceso contra los complicados en los sucesos del 15 de mayo de 1848. Blanqui fue condenado a diez años de arresto celu-

coligados, de los republicanos honestos, los demócratas de la Montaña y los doctrinarios socialistas del proletariado, los verdaderos revolucionarios de éste aparecían como los monstruos prehistóricos que el diluvio universal hubiese depositado sobre la superficie de la sociedad o que sólo pueden preceder a un diluvio social; la agitación electoral; la ejecución de los asesinos de Bréa;[498] los continuos procesos por delitos de prensa; las violentas intromisiones policiacas del gobierno en los banquetes; las insolentes provocaciones monárquicas; la exhibición de los retratos de Louis Blanc y Caussidière en la picota; la incesante lucha entre la República constituida y la Constituyente, que a cada momento hacía retroceder a la revolución a su punto de partida, y a cada paso convertía al vencedor en vencido y al vencido en vencedor, desplazando en un instante la posición de los partidos y las clases, sus separaciones y sus alianzas; el rápido curso de la contrarrevolución europea, la gloriosa lucha de Hungría y los alzamientos armados en Alemania, la expedición romana y la ignominiosa derrota del ejército francés frente a Roma: en medio de este torbellino de acontecimientos, de este agobio de la inquietud histórica, de este dramático flujo y reflujo de pasiones, esperanzas y decepciones revolucionarias, las diferentes clases de la sociedad tenían que contar sus épocas de desarrollo por semanas, como antes las habían contado por medios siglos. Una parte considerable de los campesinos y de las provincias había sido ganada por el espíritu revolucionario. No sólo se sentía desengañada de Napoleón, sino que el partido rojo le brindaba, en vez del nombre, el contenido y, en vez de la ilusoria exención de impuestos, la devolución de los mil millones pagados a los legitimistas, la reglamentación de las hipotecas y la abolición de la usura.

El ejército mismo se sentía contagiado de la fiebre revoluciona-

lar; Barbès y Albert a deportación perpetua; De Flotte, Sobrier y Raspail a diversas penas de prisión, y Louis Blanc, Caussidière, Huber y otros a la pena de destierro.

[498] El general francés Bréa, que mandaba una parte de las tropas en la represión contra el proletariado parisino, durante la insurrección de junio de 1848, fue muerto delante de Fontainebleau por un grupo de insurrectos. Como consecuencia de ello, fueron ahorcadas dos personas acusadas de haber participado en la sublevación.

ria. Había votado en Bonaparte por la victoria, y Bonaparte le entregaba una derrota. Había votado en él por el pequeño cabo detrás del cual se hallaba el gran caudillo revolucionario, y lo que hacía era traerle de nuevo a los grandes generales tras los cuales se ocultaba un vulgar cabo de cuartel. No cabía duda de que el partido rojo, es decir, el partido democrático coligado, aunque no alcanzara la victoria, podría lograr grandes éxitos, de que París, el ejército y gran parte de las provincias votarían por él. *Ledru-Rollin,* el jefe de la Montaña, fue elegido por cinco departamentos; ningún jefe del partido del Orden obtuvo semejante victoria, ni la logró tampoco ningún hombre del verdadero partido proletario.

Esta elección nos revela el secreto del partido democrático-socialista. Si, por una parte, la Montaña, el adalid parlamentario de la pequeña burguesía democrática, se asociaba a los doctrinarios socialistas del proletariado —que se vio obligado, por la espantosa derrota material de junio, a reincorporarse por medio de victorias intelectuales y al que el desarrollo de las demás clases no permitía aún lanzarse a la dictadura revolucionaria, hubo de echarse en brazos de los doctrinarios de su emancipación, de los fundadores de sectas socialistas—, por otra parte tenemos que los campesinos revolucionarios, el ejército y las provincias estaban detrás de la Montaña. Ésta se convertía así en el árbitro dentro del campo de la revolución y, mediante el acuerdo con los socialistas, eliminaba toda contradicción en el seno del partido revolucionario.

En el último periodo de vida de la Asamblea Constituyente, la Montaña representaba el entusiasmo republicano de ésta, haciendo que se olvidaran los pecados cometidos por ella bajo el Gobierno provisional y durante la Comisión ejecutiva y las jornadas de junio. A medida que el partido del *National,* por razón de su misma ambigüedad, se dejaba apabullar por el ministerio monárquico, crecía y se imponía como la representación parlamentaria de la revolución el partido de la Montaña, eliminado en los tiempos de omnipotencia del *National.* En realidad, lo único que el partido del *National* tenía que oponer a las otras facciones, a las monárquicas, eran sus

ambiciosas personalidades y su retórica idealista. En cambio, el partido de la Montaña representaba a una masa oscilante entre la burguesía y el proletariado cuyos intereses materiales reclamaban instituciones democráticas. Frente a los Cavaignacs y los Marrasts, los Ledru-Rollins y la Montaña se hallaban, por tanto, en posesión de la verdad revolucionaria, y la conciencia de la importante situación que ocupaban les infundía tanto más valor cuanto más las manifestaciones de su energía revolucionaria se limitaban a desahogos parlamentarios, presentación de actas de acusación, amenazas, voces, tonantes discursos y extremos que nunca pasaban de frases. Los campesinos se encontraban aproximadamente en la misma situación que los pequeños burgueses y tenían, sobre poco más o menos, las mismas reivindicaciones sociales que presentar. De allí que todas las capas medias de la sociedad empujadas al movimiento revolucionario tuvieran que encontrar su héroe en Ledru-Rollin. Éste se convirtió en el personaje de la pequeña burguesía democrática. Frente al partido del Orden, tenían que ponerse a la cabeza, ante todo, los reformadores de este orden, mezcla de conservadores, utópicos y revolucionarios.

El partido del *National,* "los amigos de la Constitución quand même",[r] los républicains purs et simples,[s] salieron totalmente derrotados de las elecciones. Fue enviada a la Cámara Legislativa una insignificante minoría de esta fracción, mientras sus jefes más notorios, incluyendo a Marrast, redactor en jefe, y Orfeo, de la honrada República, desaparecían de la escena.

El 28 de mayo se reunía la Asamblea Legislativa; el 11 de junio se repetía la colisión del 8 de mayo, y Ledru-Rollin presentaba, en nombre de la Montaña, un acta de acusación contra el presidente y el gobierno, inculpándolos de haber violado la Constitución con el bombardeo de Roma. El 12 de junio, la Asamblea Legislativa rechazaba la acusación, como el 11 de mayo lo había hecho también la Asamblea Constituyente, pero esta vez el proletariado empujaba a

[r] A pesar de todo.
[s] Republicanos puros y simples.

la Montaña a lanzarse a la calle, aunque no para pelear, sino para desfilar. Basta decir que la Montaña se hallaba a la cabeza del movimiento, para saber que éste fue vencido y que el mes de junio de 1849 resultó ser un aborto tan ridículo como indigno del junio de 1848. La gran retirada del 13 de junio se vio eclipsada solamente por el parte de operaciones, todavía más grandioso, de Changarnier, el grande hombre improvisado por el partido del Orden. Toda época social necesita tener sus grandes hombres y, como dice Helvecio, si no los encuentra, los inventa.

El 20 de diciembre existía solamente la mitad de la República burguesa constituida, el *Presidente;* el 28 de mayo, se completó con la otra mitad, con la *Asamblea Legislativa.* En junio de 1848, la República constituyente burguesa esculpió su nombre en el registro de nacimientos de la historia con una feroz batalla contra el proletariado; en junio de 1849, la República burguesa constituida inscribió el suyo con una burda comedia representada en unión de la pequeña burguesía. Junio de 1849 fue la némesis de junio de 1848. En junio de 1849 no fueron vencidos los obreros, sino quitados de en medio los pequeños burgueses que se interponían entre ellos y la revolución. Junio de 1849 no fue la sangrienta tragedia entre el trabajo asalariado y el capital, sino la deplorable comedia, llena de encarcelamientos, entre el deudor y el acreedor. El partido del Orden había triunfado, era omnipotente; había llegado la hora de que demostrase lo que significaba.

III. CONSECUENCIAS DEL 13 DE JUNIO DE 1849

Del 13 de junio de 1849 al 10 de marzo de 1850

El 20 de diciembre, la cabeza de Jano de la *República constitucional* no había mostrado todavía más que una cara, la del ejecutivo, con los borrosos y achatados rasgos de Luis Bonaparte; el 28 de mayo de 1849, presentó su segunda cara, la legislativa, cubierta por las cicatrices que en ella habían dejado las orgías de la Restauración y de la monarquía de Julio. Con la Asamblea Nacional Legislativa se había dado cima a la *República constitucional*, es decir, a la forma republicana de gobierno bajo la que se constituye la dominación de la clase burguesa, o sea el poder conjunto de las dos grandes facciones monárquicas que integran la burguesía francesa, los legitimistas y orleanistas coligados, el partido del Orden. Y al paso que la República francesa se convertía así en patrimonio de los partidos monárquicos, la coalición europea de las potencias contrarrevolucionarias emprendía simultáneamente una cruzada general contra los últimos refugios de las revoluciones de marzo. Rusia cruzaba las fronteras de Hungría, Prusia marchaba contra el ejército de la Constitución del *Reich* y Oudinot bombardeaba Roma. La crisis europea marchaba ostensiblemente hacia un viraje decisivo, los ojos de toda Europa se volvían hacia París, y los ojos de todo París se clavaban en la *Asamblea Legislativa.*

El 11 de junio subió Ledru-Rollin a la tribuna de dicha Asamblea. No para pronunciar un discurso, sino para formular contra

los ministros una requisitoria escueta, sin adornos, directa, concentrada y violenta.

El ataque a Roma es un ataque a la Constitución, el ataque a la República romana un ataque a la República francesa. El artículo 5 de la Constitución dice:[499] "La República francesa no empleará jamás sus fuerzas armadas contra la libertad de ningún pueblo", y el presidente ha empleado al ejército francés contra la libertad del pueblo romano. El artículo 54 de la Constitución prohíbe al poder ejecutivo declarar ninguna guerra sin contar con la autorización de la Asamblea Nacional. El acuerdo tomado el 8 de mayo por la Asamblea Constituyente ordena expresamente a los ministros subordinar lo antes posible la expedición romana a su finalidad originaria, lo que equivale a prohibirles no menos expresamente la guerra contra Roma, y Oudinot bombardea esta ciudad. De este modo, Ledru-Rollin llama a la Constitución misma a comparecer como testigo de cargo contra Bonaparte y sus ministros. Y el tribuno de la Constitución lanza a la cara de la mayoría monárquica de la Asamblea Nacional esta amenazadora declaración: "¡Los republicanos sabrán hacer respetar la Constitución por todos los medios, incluso por la fuerza de las armas!"[500] "*¡Por la fuerza de las armas!*", repite el eco centuplicado de la Montaña. La mayoría contesta con un espantoso tumulto, el presidente de la Asamblea Nacional llama al orden a Ledru-Rollin éste repite la retadora declaración y, por último, deposita sobre la mesa de la presidencia el acta de acusación contra Bonaparte y sus ministros. Por 361 votos contra 203, la Asamblea Nacional acuerda dar por suficientemente discutido el asunto de la votación acerca del bombardeo de Roma y pasar al orden del día.

¿Había creído Ledru-Rollin que podría batir a la Asamblea Nacional con la Constitución y al presidente de la República con la Asamblea Nacional?

[499] Este artículo funciona a modo de introducción a la Constitución de la República francesa. Los artículos que figuraban en su texto aparecían numerados con cifras arábigas.

[500] Estas palabras provienen de la versión taquigráfica de las pronunciadas por Ledru-Rollin en la sesión del 11 de junio de 1849 en la Asamblea Nacional francesa, y publicadas el 12 de junio en el *Moniteur Universel.*

Cierto que la Constitución prohibía todo ataque a la libertad de otros pueblos, pero lo que el ejército francés atacaba en Roma no era, según el ministerio, la "libertad", sino el "despotismo de la anarquía". ¿Acaso la Montaña, pese a todas las experiencias de la Asamblea Constituyente, no había comprendido todavía que el interpretar la Constitución no era incumbencia de quienes la habían hecho, sino solamente de quienes la habían aceptado? ¿Que su letra debía interpretarse a tono con su sentido viable, y que el único sentido viable que se le podía dar era el sentido burgués? ¿Que Bonaparte y la mayoría monárquica de la Asamblea Nacional eran los intérpretes auténticos de la Constitución, a la manera como el cura es el intérprete auténtico de la Biblia y el juez el intérprete auténtico de la ley? ¿Es que la Asamblea Nacional, recién nacida de la matriz de unas elecciones generales, iba a dejarse atar las manos por la cláusula testamentaria, de la Constituyente difunta, cuya voluntad había desafiado e infringido en vida un Odilón Barrot?

Al invocar el acuerdo tomado por la Constituyente el 8 de mayo ¿Ledru-Rollin olvidaba que el 11 de mayo la misma Asamblea Constituyente había rechazado su primera propuesta de procesar a Bonaparte y sus ministros; que había absuelto al presidente de la República y a los ministros, sancionando con ello como "constitucional" el ataque a Roma; que el triunfo se había limitado a apelar contra una sentencia ya recaída, y que, por último, apelaba de una Constituyente republicana a una Asamblea Legislativa monárquica? La misma Constitución llama a la insurrección en su ayuda, al recabar, en un artículo especial, la protección de todo ciudadano. Ledru-Rollin se apoyaba en este artículo. Pero ¿acaso los poderes públicos no han sido organizados también para proteger a la Constitución, y la violencia de ésta no comienza en el momento mismo en que uno de los poderes públicos constitucionales se rebela contra el otro? Y entre el presidente de la República, los ministros de la República y la Asamblea Nacional de la República reinaba la más completa armonía.

Lo que la Montaña intentó el 11 de junio era *"una insurrección dentro de los límites de la razón pura"*, es decir, una *insurrección puramente parlamentaria*. Se trataba de que la mayoría de la Asamblea, intimidada ante la perspectiva de un levantamiento armado de las masas populares, rompiera en las personas de Bonaparte y de sus ministros su propio poder y el significado de su propia elección. ¿No había intentado la Constituyente, de un modo parecido, cancelar la elección de Bonaparte, al insistir tan tenazmente en la dimisión del ministerio Barrot-Falloux?

Ni en la época de la Convención faltaban los precedentes de insurrecciones parlamentarias que habían venido a desplazar de pronto las proporciones entre mayoría y minoría —¿y por qué la joven Montaña no había de poder hacer lo que había hecho con éxito su antecesora?—, ni las circunstancias del momento parecían desfavorables para semejante empresa. La efervescencia del pueblo había alcanzado, en París, un nivel peligroso, el ejército no parecía inclinarse al gobierno, a juzgar por el resultado de sus votaciones, y la propia mayoría legislativa era demasiado reciente para haberse consolidado ya y se hallaba integrada, además, por personas con bastantes años. Si la Montaña lograba poner en pie una insurrección parlamentaria, caería directamente en sus manos el timón del Estado. Por su parte, la pequeña burguesía democrática deseaba fervorosamente, como siempre, que la lucha se ventilase por sobre sus cabezas, en las nubes, entre los espíritus flotantes de los parlamentarios. Por último, tanto la pequeña burguesía democrática como su representante, la Montaña, conseguirían por medio de una insurrección parlamentaria, su gran meta: quebrantar el poder de la burguesía sin que llegara a desencadenarse el proletariado o sin que éste apareciera más que en perspectiva; el proletariado, así, habría prestado un servicio, sin llegar a hacerse peligroso.

Después de la votación recaída en la Asamblea Nacional el 11 de junio, se celebró una reunión de algunos miembros de la Montaña con delegados de las sociedades obreras secretas. Éstos insistían en lanzarse a la calle esa misma noche. La Montaña rechazó resuelta-

mente este Plan. A toda costa quería tener en su mano la dirección del asunto; consideraba, y con razón, tan peligrosos a sus aliados como a sus enemigos. El recuerdo de las jornadas de junio de 1848 estremecía con mayor fuerza que nunca las filas del proletariado parisino. Se hallaba, no obstante, encadenado a la alianza con la Montaña. Ésta representaba a la mayoría de los departamentos, exageraba su influencia en el ejército, disponía de la parte democrática de la Guardia Nacional y se apoyaba en el poder moral de la *boutique* (de los tenderos). Lanzarse en aquel momento a la insurrección en contra de su voluntad habría equivalido, para el proletariado —diezmado, además, por el cólera y desahuciado de París, en grandes cantidades, por el desempleo—, a repetir estérilmente las jornadas de junio de 1848, pero sin la situación que había empujado a aquella desesperada lucha. Los delegados proletarios hicieron lo único razonable que podían hacer. Obligaron a la Montaña a *comprometerse,* es decir, a salirse de los límites de la lucha parlamentaria para el caso de que fuese rechazada su acta de acusación. El proletariado asumió esta misma actitud expectante y escéptica durante toda la jornada del 13 de junio, aguardando a ver si se producía una refriega seria e irrevocable entre la democrática Guardia Nacional y el ejército, para lanzarse en ese caso a la lucha, a impulsar la revolución más allá de la meta pequeño burguesa que se le trazaba. Y estaba ya preparada, para el caso en que se triunfara, la comuna proletaria que habría de establecerse al lado del gobierno oficial. Los obreros de París habían aprendido en la sangrienta escuela de junio de 1848.

El 12 de junio, el propio ministro Lacrosse propuso en la Asamblea Legislativa pasar inmediatamente a discutir el acta de acusación. En el curso de la noche, el gobierno había tomado todas las disposiciones necesarias para la defensa y el ataque; la mayoría de la Asamblea Nacional estaba decidida a empujar a la calle a la minoría rebelde, la misma minoría no podía ya retroceder, la suerte estaba echada; 377 votos contra 8 rechazaron el acta de acusación; la Montaña, que se había abstenido de votar, se precipitó llena de ira

en las salas de propaganda de la Democracia Pacífica, en las redacciones de los periódicos de la "Démocratie Pacifique".[501]

Alejada del edificio del Parlamento, la Montaña vio abatirse su fuerza, lo mismo que el alejamiento de la tierra abatió la fuerza a su hijo, el gigante Anteo. Los Sansones de las salas parlamentarias volvíanse simples filisteos en los locales de la "democracia pacífica". Se desencadenó un largo, ruidoso y vacuo debate. La Montaña estaba decidida a hacer respetar la Constitución por todos los medios *"exceptuando la fuerza de las armas"*. Se vio apoyada en esta decisión por un manifiesto[502] y por una diputación enviada por los "Amigos de la Constitución". Así se titulaban los residuos de la pandilla del *National,* del partido republicano burgués. Mientras que seis de los representantes que les quedaban en el Parlamento habían votado en *contra* y todos los demás en *pro* de que fuese rechazada el acta de acusación y *Cavaignac* ponía su sable a disposición del partido del Orden, la mayor parte de la pandilla fuera del Parlamento asió afanosamente la ocasión que se le brindaba para salir de la posición política de parias en que se veían colocados e irrumpir a las filas del partido democrático. ¿Acaso no eran, en realidad, los escuderos naturales de aquel partido que se recataba bajo su escudo, bajo su *principio,* bajo la *Constitución*?

Hasta el amanecer se escucharon los gemidos de la "Montaña". Por último, parió *"una proclama al pueblo"*, que en la mañana del 13 de junio encontró una cabida más o menos vergonzante en dos periódicos socialistas.[503] En ella se declaraba "fuera de la Constitu-

[501] La noche del 12 de junio de 1849 se celebró en las oficinas donde estaba instalada la redacción del diario de los furieristas, La *Démocratie Pacifique,* publicado de 1843 a 1851 bajo la dirección de Victor Considérant, una reunión de los diputados llamados de "la Montaña". Los reunidos se negaron a recurrir a la fuerza de las armas y acordaron limitarse a organizar una manifestación pacifica.

[502] En su manifiesto, publicado el 13 de junio de 1849 en el diario *Le Peuple* (núm. 206), la Asociación Democrática de los Amigos de la Constitución llamaba a los ciudadanos de París a tomar parte en una manifestación pacífica para protestar contra las "insolentes injerencias" del ejecutivo de la República.

[503] La Montaña parió una proclama: Marx utiliza este símil a partir de un conocido episodio que aparece en una obra del poeta Ateneo, *El banquete del sabio,* en la que se dice:

ción" (*hors la constitution*) al presidente, a los ministros y a la mayoría de la Asamblea Legislativa y se llamaba a "levantarse" a la Guardia Nacional, al ejército y, por último, al pueblo. "*¡Viva la Constitución!*" era la consigna lanzada por la proclama, consigna que significaba, lisa y llanamente: *¡Abajo la revolución!*

A la proclama constitucional de la Montaña respondió el 13 de junio una llamada *manifestación pacífica* de los pequeños burgueses, es decir, una procesión que recorrió las calles, partiendo del Château d'Eau y a través de los bulevares, alrededor de 30 000 hombres, en su mayoría guardias nacionales, desarmados y mezclados con miembros de las secciones obreras secretas, que desfilaban bajo el grito de "*¡Viva la Constitución!*", grito mecánico y frío como el hielo que los mismos manifestantes lanzaban con la conciencia poco tranquila y que el eco del pueblo apelotonado a lo largo de las aceras devolvía irónicamente, en vez de recogerlo con tonante resonancia. Se notaba en aquel coro multifónico la ausencia de las voces de pecho. Y cuando el cortejo pasó por delante del edificio de los "Amigos de la Constitución" y apareció en lo alto de la casa un heraldo constitucional alquilado que, agitando con todas sus fuerzas su sombrero de jefe de pandilla, expelió con todo el ímpetu de sus pulmones una granizada de gritos estentóreos de "*¡Viva la Constitución!*" descargados sobre la cabeza de los manifestantes, ellos mismos parecieron dejarse dominar durante un momento por la comicidad de la situación. Y ya sabemos cómo la procesión, al llegar al sitio en que la rue de la Paix desemboca en los bulevares, fue recibida de un modo nada parlamentario por los dragones y los cazadores de Changarnier, obligándola a dispersarse rápidamente en todas direcciones, mientras lanzaba uno que otro grito de "¡A las armas!", sencillamente para hacer honor al llamamiento parlamentario del 11 de junio.

La mayoría de la gente de la Montaña, reunida en la rue du Hasard, se disolvió cuando aquella dispersión violenta de la pacífi-

"… y Tacos rey de los egipcios, viendo al rey de los lacedemonios, bajo de talla y aliado suyo, le dijo: —La montaña bramó, y Zeus tuvo miedo. Pero lo que la montaña parió fue un ratón".

ca procesión, los sordos rumores del ametrallamiento de ciudadanos desarmados en los bulevares y el creciente tumulto callejero parecían anunciar la inminencia de una revuelta. *Ledru-Rollin,* a la cabeza de un puñado de diputados, salvó el honor de la Montaña. Al amparo de la artillería de París, apostada en el Palais National, se trasladaron al Conservatorio de Artes y Oficios, donde se esperaba que llegaran la 5ª y 6ª legiones de la Guardia Nacional. Pero la espera de los montañeses resultó fallida; los prudentes guardias nacionales dejaron a sus representantes en la estacada, la misma artillería parisina impidió al pueblo levantar barricadas, un caótico barullo hacía imposible cualquier acuerdo, las tropas de línea avanzaban a bayoneta calada, una parte de los representantes fueron hechos prisioneros y otros lograron huir. Así terminó el 13 de junio.

El 23 de junio de 1848 había sido el día de la insurrección del proletariado revolucionario; el 13 de junio de 1849 fue el de la insurrección de la pequeña burguesía democrática; cada uno de estos dos movimientos insurreccionales ostentaba el sello *clásico puro* de la clase que a cada uno lo sostenía.

Solamente en Lyon se produjo un conflicto duro y sangriento. En esta ciudad, en la que se enfrentan directamente la burguesía y el proletariado industriales, sin que el movimiento obrero se vea encuadrado y dominado, como en París, por el movimiento general, el 13 de junio perdió, en sus consecuencias, el carácter originario. En las demás provincias en que estalló, descargó como *un rayo frío,* sin arrancar ninguna chispa.

El 13 de junio pone fin al primer *periodo de existencia de la República constitucional,* que el 28 de mayo de 1849 había entrado en su vida normal, al reunirse la Asamblea Legislativa. Llena este prólogo, en toda su extensión, la ruidosa lucha librada entre el partido del Orden y la Montaña, entre la burguesía y la pequeña burguesía, que en vano trata de rebelarse contra el establecimiento de la República burguesa, en favor de la cual había conspirado sin cesar en el Gobierno provisional y en la Comisión ejecutiva y por la cual se había batido fanáticamente contra el proletariado en las jornadas

de junio. El 13 de junio da al traste con la resistencia de este sector y convierte la *dictadura legislativa* de los monárquicos unidos en un fait accompli.[a] De aquí en adelante, la Asamblea Nacional ya no será más que el *Comité de Salud Pública del partido del Orden.*

París había puesto al presidente, a los ministros y a la mayoría de la Asamblea Nacional en *"estado de acusación"*; ellos, por su parte, pusieron a París en *"estado de sitio"*. La Montaña había declarado a la mayoría de la Asamblea Legislativa *"fuera de la Constitución"*, la mayoría entregó a la Montaña al haute-cour[b] por desacato a la Constitución y proscribió lo que todavía conservaba en ella de vitalidad.[504] De este modo, la Montaña quedó diezmada y convertida en un torso, sin cabeza y sin corazón. La minoría se había dejado llevar hasta el intento de una *insurrección parlamentaria;* ahora, la mayoría elevó su *despotismo parlamentario* a ley. Decretó un nuevo *reglamento,* que acababa con la libertad de la tribuna y autorizaba al presidente de la Asamblea a sancionar a los diputados que lo infringieran, con la censura, multas en dinero, la supresión de las dietas, la expulsión temporal o la cárcel. Sobre el torso de la Montaña pendía ahora, no la espada, sino el látigo. Lo que quedaba de los diputados de esta facción habría podido salvar su honor renunciando en masa. Con este acto, habría acelerado el proceso de disolución del partido del Orden. Se habría desintegrado necesariamente en sus elementos originarios a partir del momento en que no lo mantuviera unido, ni la sombra de una oposición.

A la par que su fuerza *parlamentaria,* con la disolución de la artillería de París y de las legiones 8ª, 9ª y 12ª de la Guardia Nacional, se le arrebató a la pequeña burguesía democrática su fuerza *armada.* En cambio, se estimuló desde la tribuna de la Asamblea Nacional a la legión de la alta finanza que el 13 de junio había asaltado las imprentas de Boulé y Roux, devastado las oficinas de los

[a] Hecho consumado.

[b] Tribunal Supremo.

[504] La Asamblea Nacional francesa aprobó, el 10 de agosto de 1849, una ley mediante la cual declaraba reos de alta traición a "los instigadores y cómplices de la conspiración y el atentado del 13 de junio".

periódicos republicanos y apresado arbitrariamente a redactores, formadores, impresores, distribuidores y mensajeros. De una punta a otra de Francia, por todas partes, se repitió la disolución de las guardias nacionales sospechosas de republicanismo.

Nueva *ley de prensa,* nueva *ley de asociaciones,* nueva *ley sobre el estado de sitio;* las cárceles de París, abarrotadas; los refugiados políticos, expulsados; todos los periódicos que iban más allá que el *National,* suspendidos; Lyon y los cinco departamentos circundantes, expuestos a los brutales atropellos del despotismo militar; los tribunales, omnipresentes; el ejército de funcionarios, tantas veces depurado, sometido a una nueva depuración: he aquí los inevitables *lugares comunes,* sin cesar repetidos, de la reacción triunfante, que si vale la pena mencionar después de las matanzas y deportaciones de junio es simplemente porque ahora no iban dirigidos tan sólo contra París, sino también contra los departamentos, no tan sólo contra el proletariado, sino también y sobre todo contra las clases medias.

Las leyes represivas, que dejaban la declaración del estado de sitio a merced del parecer del gobierno, agarrotaban todavía más a la prensa, anulaban el derecho de asociación y absorbieron toda la actividad legislativa de la Asamblea Nacional durante los meses de junio, julio y agosto.

Sin embargo, esta época no se caracteriza por la explotación de la victoria en el plano de los *hechos,* sino en el plano de los *principios;* no por los acuerdos adoptados por la Asamblea Nacional, sino por la motivación de estos acuerdos; no por la cosa misma, sino por las frases, y ni siquiera por las frases sino por el acento y los gestos que las subrayan. Lo que da a este periodo un tono y un matiz peculiares es la exteriorización impúdica, descarada, de los *sentimientos monárquicos,* son los insultos despectivamente aristocráticos contra la República, la frívola coquetería con que se divulgan las intenciones restauradoras; en una palabra, los jactanciosos atentados contra el *decoro republicano.* El grito de combate de los *vencidos* del 13 de junio era el de "¡Viva la Constitución!" Los *vencedores*

quedaban, por tanto, relevados de guardar la hipocresía del lenguaje constitucional, es decir, del lenguaje republicano. La contrarrevolución se había apoderado de Hungría, de Italia, de Alemania, y ya creían ver la Restauración a las mismas puertas de Francia. Se entabló entre los primeros violines de las facciones del Orden una verdadera competencia: todos se afanaban en documentar su monarquismo en las columnas del *Moniteur* y en confesar los posibles pecados liberales cometidos por ellos bajo la monarquía, arrepintiéndose y pidiendo perdón ante Dios y ante los hombres. No pasaba día sin que en la tribuna de la Asamblea Nacional se declarara a la revolución de Febrero culpable de tal o cual desgracia pública, sin que cualquier cacique legitimista de provincias hiciese pública y solemne protesta de no haber reconocido jamás a la República, sin que uno de los cobardes tránsfugas y traidores de la monarquía de Julio contase las inéditas hazañas heroicas que sólo la filantropía de Luis Felipe o la incomprensión le habían impedido realizar.

Lo asombroso de las jornadas de febrero no era la magnanimidad del pueblo victorioso, sino la abnegación y la moderación de los monárquicos, que le habían permitido alcanzar la victoria. Un diputado llegó a proponer que se entregara una parte de las sumas consignadas para los heridos de febrero a los *guardias municipales*, los únicos que en aquellos días habían tenido una conducta meritoria para con la patria. Otro propuso que se decretase la erección de una estatua al Duque de Orleáns en la plaza del Carrousel. Thiers calificó la Constitución como un sucio pedazo de papel. Fueron desfilando por la tribuna, unos tras otros, los orleanistas, para arrepentirse de su conspiración contra la monarquía legítima; los legitimistas, quienes se acusaron de haber acelerado el derrocamiento de la monarquía, al rebelarse contra la dinastía ilegítima; Thiers, que se arrepintió de haber intrigado contra Molé; Molé de haber intrigado contra Guizot; y Barrot, de haberlo hecho contra los tres. Fue declarado anticonstitucional el grito de "¡Viva la República democrático-social!" y perseguido como democrático-social el de

"¡Viva la República!" El día del aniversario de la batalla de Waterloo, un diputado declaró lo siguiente: "No temo tanto a la invasión de los prusianos como a la entrada en Francia de los revolucionarios emigrados".[505] Baraguay d'Hilliers contestó a las quejas sobre el terrorismo desencadenado en Lyon y en los departamentos vecinos con las siguientes palabras: "Prefiero el terror blanco al terror rojo" (J'aime mieux la terreur blanche que la terreur rouge).[506] Y la Asamblea aplaudía frenéticamente tan pronto como salía de los labios de sus oradores la menor frase intencionada en contra de la República, de la revolución o de la Constitución o en favor de la monarquía o de la Santa Alianza. Cualquier infracción contra los más nimios formulismos republicanos, por ejemplo, el de dar a los diputados el tratamiento de "citoyens",[c] encendía el entusiasmo entre los caballeros del Orden.

Las elecciones complementarias del 8 de julio en París, realizadas bajo la influencia del estado de sitio y con la abstención electoral de gran parte del proletariado, la toma de Roma por el ejército francés y la entrada en aquella capital de las eminencias rojas[507] y, tras ellas, de la Inquisición y del terrorismo monástico, añadieron nuevas victorias a la de junio y exaltaron todavía más la orgía del partido del Orden.

Por último, a mediados de agosto, mitad por el propósito de asistir a los consejos departamentales recién convocados y mitad por el cansancio ante aquella orgía tendenciosa, que llevaba ya varios meses, los monárquicos decretaron una suspensión de dos meses de las sesiones de la Asamblea Nacional. Designaron una Comisión permanente de veinticinco representantes, la flor y nata

[505] El acta de la sesión celebrada por la Asamblea Nacional francesa el 19 de junio de 1849, se publicó en el *Moniteur Universel* (núm. 171).

[506] Estas palabras figuran en el acta de la sesión de la Asamblea Nacional francesa del 7 de junio de 1849 y que aparecieron en el *Moniteur Universel* (núm. 189, del 8 de julio de 1849).

[c] Ciudadanos.

[507] *Eminencias rojas:* Comisión nombrada por el papa Pío IX y formada por tres cardenales, que, apoyados por el ejército francés, implantaron en Roma un régimen reaccionario, después de derrotar a la República de Roma.

de los legitimistas y orleanistas, entre los que figuraban un Molé y un Changarnier, llamándoles con visible ironía representantes de la Asamblea Nacional y *guardianes de la República.* La ironía era más profunda de lo que ellos mismos sospechaban. Aquellos hombres, condenados por la historia a contribuir a derrocar la monarquía a la que amaban, se veían ahora destinados por ella a conservar la República, a la que odiaban.

La *suspensión de sesiones* de la Asamblea Legislativa *pone fin al segundo periodo* de existencia *de la República constitucional,* a su *periodo de zafiedad monárquica.*

Había vuelto a levantarse el estado de sitio de París y se había reanudado la acción de la prensa. Durante el periodo de suspensión de los periódicos democrático-sociales, de leyes represivas y de camorra monárquica, se había *republicanizado* el *Siècle*[508] viejo representante literario de la *pequeña burguesía monárquico-constitucional,* se había *democratizado* la *Presse,*[509] viejo exponente literario de los *reformadores burgueses,* y se había socializado el *National,* el viejo y clásico órgano de los *burgueses republicanos.*

Las *sociedades secretas* fueron creciendo en extensión y en intensidad a medida que se hacían imposibles los *clubes públicos.* Las *asociaciones obreras* de industria, toleradas como compañías puramente comerciales y carentes de toda importancia económica, se convirtieron, políticamente, en otros tantos medios de enlace del proletariado. Como el 13 de julio había cortado las cabezas oficiales a los diferentes partidos semirrevolucionarios, las masas que quedaron en pie tuvieron que adquirir su propia cabeza. Los caballeros del Orden habían intimidado a la gente con los horrores de la República roja por ellos pronosticados, pero los infames excesos y las hiperbóreas atrocidades de la contrarrevolución victoriosa en Hungría, en Baden y en Roma dejaron inmaculadamente blanca a la

[508] *Le Siècle:* diario francés publicado en París de 1836 a 1839. En los años cuarenta reflejaba las ideas de aquella parte de la pequeña burguesía que se limitaba a preconizar reformas constitucionales moderadas.

[509] Véase *supra,* nota 291.

República roja. Y las descontentas clases medias de la sociedad francesa comenzaron a preferir los pronósticos de la República roja, con sus problemáticos horrores, a los horrores de la monarquía roja, con su falta real de perspectivas. Ningún socialista hizo en Francia más propaganda revolucionaria que *Haynau.* A chaque capacité selon ses oeuvres.[d]

Entre tanto, Luis Bonaparte aprovechaba las vacaciones de la Asamblea Nacional para viajar en plan de príncipe por las provincias, los más ardientes legitimistas iban en peregrinación a Ems para prosternarse ante el nieto de San Luis,[510] y la masa de los diputados amigos del Orden intrigaba en los consejos departamentales, recién reunidos. Se trataba de hacer que estos consejos proclamaran lo que no se atrevía a proclamar aún la mayoría de la Asamblea Nacional: la *propuesta de urgencia sobre la revisión inmediata de la Constitución.* Según su texto, la Constitución no podía revisarse antes de 1852, en una Asamblea Nacional convocada especialmente con este fin. Pero si la mayoría de los consejos departamentales se pronunciaba en este sentido, ¿no debería la Asamblea Nacional sacrificar al voto de Francia la virginidad de la Constitución? La Asamblea Nacional cifraba en estas asambleas provinciales las mismas esperanzas que las monjas de la *Henriade* de Voltaire ponían en los Panduros. Pero los Putifares de la Asamblea Nacional se encontraron en las provincias, salvo contadas excepciones, con otros tantos Josés. En su inmensa mayoría, no quisieron entender la apremiante insinuación. La revisión de la Constitución fracasó al estrellarse contra los mismos instrumentos que habían de hacerla posible: las votaciones de los consejos departamentales. La voz de Francia, que era además la de la Francia burguesa, había hablado, pronunciándose en contra de la revisión.

La Asamblea Nacional Legislativa volvió a reunirse a comienzos

[d] A cada cual lo que le corresponde.

[510] Se trata del conde de Chambord (quien se hacía llamar Enrique V), que pretendía el trono de Francia y era miembro de una antigua rama de la dinastía de los Borbones. Pasaba largas temporadas en Ems (Alemania), donde tenía una residencia palaciega.

de octubre: *¡Tantum matatus ab illo!*[e] Su fisonomía había cambiado totalmente. El inesperado rechazo de la revisión por los consejos departamentales la obligó a situarse de nuevo dentro de los límites de la Constitución y le recordó el periodo que marcaba el término de su vida. Los orleanistas se habían vuelto recelosos ante las peregrinaciones de los legitimistas a Ems, a los legitimistas les infundían sospechas las negociaciones de los orleanistas con Londres,[511] y los periódicos de ambas facciones habían atizado el fuego y sopesado las mutuas aspiraciones de sus pretendientes. Orleanistas y legitimistas, juntos, gruñían contra los manejos de los bonapartistas, que se traslucían en los viajes principescos, en los intentos más o menos claros de emancipación del presidente y en el arrogante lenguaje de los periódicos bonapartistas. Y, a su vez, Luis Bonaparte gruñía en contra de una Asamblea Nacional que sólo veía con buenos ojos la conspiración legitimista-orleanista y de un gobierno que constantemente lo delataba ante esta Asamblea. Por último, en el gobierno existía una división intestina en cuanto a la política romana y al *impuesto sobre la renta,* propuesto por el ministro *Passy* y que los conservadores motejaban de socialista.

Uno de los primeros proyectos que el ministerio Barrot presentó a la Asamblea Legislativa, reunida de nuevo, fue la petición de un crédito de 300 000 francos para la pensión de viudez de la *Duquesa de Orleáns.* La Asamblea Nacional lo otorgó y añadió al registro de deudas de la nación francesa la suma de 7 millones de francos. Y mientras Luis Felipe seguía representando así, con éxito, el papel de *pauvre honteux,* de "mendigo vergonzante", ni el gobierno se atrevía a proponer que se le aumentara el sueldo a Bonaparte ni la Asamblea parecía inclinarse a ello. Y Luis Bonaparte fluctuaba, como siempre, ante el dilema: *Aut Caesar aut Clichy!*[f]

La segunda demanda de crédito del ministro para cubrir *los gas-*

[e] ¡Cuánto habían cambiado las cosas!

[511] Un buen número de orleanistas acudía o vivía en las cercanías de Londres, en Claremont, donde residió Luis Felipe de Orleáns, como exiliado de la revolución de Febrero.

[f] ¡O César o Clichy! (Clichy era la sede, la cárcel para deudores quebrados o insolventes.)

tos de la expedición romana y que ascendía a 9 millones de francos, agudizó todavía más la tensión ya existente entre Bonaparte y sus ministros y la Asamblea Nacional. Luis Bonaparte había hecho insertar en el *Moniteur* una carta dirigida a su ayudante, el oficial Edgar Ney, en la que exigía del gobierno pontificio ciertas garantías constitucionales. Por su parte, el Papa había emitido *motu proprio*[512] una declaración en la que rechazaba cualquier restricción que se tratara de imponer al gobierno restaurado. La carta de Bonaparte corría con deliberada indiscreción las cortinas de su gabinete para exponerse a las miradas de la galería como genio bondadoso, pero ignorado y encadenado en su propia casa. No era la primera vez que coqueteaba con los "aleteos furtivos de un alma libre".[513] *Thiers*, ponente de la comisión, haciendo caso omiso de estos aleteos de Bonaparte, se limitó a traducir al francés la alocución papal. Y no fue el ministerio, sino *Victor Hugo*, quien trató de salvar al presidente por medio de una moción pidiendo que la Asamblea Nacional diese su asentamiento a la carta de Napoleón. *"Allons donc! Allons donc!"*[g] Tal fue la interjección, frívola pero inexorable, con que la mayoría de la Asamblea enterró la propuesta de Hugo. ¿La política del presidente? ¿La carta del presidente? ¿El presidente mismo? *"Allons donc! Allons donc!"* ¿Quién diablos podía tomar au sérieux[h] al señor Bonaparte? ¿Cree usted, señor Victor Hugo, que podamos creerle que realmente confía usted en el presidente? *"Allons donc! Allons donc!"*

La discusión sobre el *retorno de los Orleáns y los Borbones* vino, por último, a acelerar la ruptura entre Bonaparte y la Asamblea Nacional. No habiéndolo hecho el gobierno, se decidió a presentar

[512] *Motu proprio* (por propio impulso): eran las palabras iniciales de ciertas disposiciones pontificias emanadas de la propia autoridad del Papa sin consultar a los cardenales, y solían referirse a asuntos administrativos y de política interior del Estado eclesiástico. Marx se refiere aquí a una declaración del papa Pío IX del 12 de septiembre de 1849.

[513] *Aleteos furtivos de un alma libre:* frase tomada de un poema de Georg Herwegh titulado "De las montañas".

[g] ¡Vamos, pues!

[h] En serio.

esta propuesta el primo del presidente, hijo del ex rey de Westfalia. La tal propuesta no perseguía otra finalidad que la de poner a los pretendientes legitimistas y orleanistas al trono en el mismo plano, o más bien la de colocarlos *por debajo* del pretendiente bonapartista, quien se hallaba, por lo menos de hecho, al frente del Estado.

Napoleón Bonaparte fue lo bastante irreverente para reunir en la misma propuesta el *retorno de las familias reales expulsadas* y la *amnistía para los insurrectos de Junio*. La indignación de la mayoría le obligó inmediatamente a presentar excusas por este sacrílego maridaje de lo sagrado con lo maldito, de las razas de los reyes con el engendro proletario, de los astros rutilantes de la sociedad y los fuegos de su ciénaga, asignando a cada una de las dos propuestas el lugar y el rango que les correspondía. Rechazó con gran energía la revocación del exilio de la familia real, y *Berryer*, el Demóstenes de los legitimistas, no dejó en pie la más leve duda en cuanto al sentido del voto recaído. ¡Lo que se buscaba era la degradación civil del pretendiente! ¡Se trataba de arrebatarle el halo de santidad, la última majestad que le quedaba, la *majestad del destierro*! ¡Qué iba a pensarse —exclamó Berryer— de un pretendiente que, olvidándose de su augusto origen, regresara al país para vivir en él como un simple particular! No era posible decirle a Luis Bonaparte más claramente que su presencia en Francia en nada realzaba su personalidad y que si los monárquicos coligados lo necesitaban como *hombre neutral* en el sitial de la presidencia, los verdaderos pretendientes a la Corona debían seguir ocultos a las miradas profanas entre las nieblas del exilio.

El 1 de noviembre, Luis Bonaparte contestó a la Asamblea Legislativa, por medio de un mensaje, anunciando en palabras bastante crudas la destitución del ministerio Barrot y la formación de un nuevo ministerio. El ministerio Barrot-Falloux era el ministerio de la coalición monárquica; el gobierno d'Hautpoul, que le sustituyó, era el ministerio de Bonaparte, el órgano del presidente frente a la Asamblea Legislativa, el *ministerio de las ordenanzas*.

Bonaparte ya no era simplemente el *hombre neutral* del 10 de

diciembre de 1848. La posesión del poder ejecutivo había agrupado en torno a él una serie de intereses; la lucha contra la anarquía obligó al mismo partido del Orden a acrecentar la influencia del presidente, y si éste *no era ya* popular, aquél era *impopular.* ¿Y no tenía Bonaparte razones para esperar que podría presionar a los orleanistas y los legitimistas a reconocer al *presidente neutral,* tanto por medio de su rivalidad como por la necesidad de una restauración monárquica, cualquiera que ella fuese?

El tercer periodo de existencia de la República constitucional data del 1 de noviembre de 1849 y llega hasta el 10 de marzo de 1850. No sólo comienza el juego normal de las instituciones constitucionales, que tanto admira Guizot, la camorra entre el poder ejecutivo y el poder legislativo. Frente a las veleidades restauradoras de orleanistas y legitimistas coligados, Bonaparte defiende el título de su poder común, la República; los legitimistas defienden contra los orleanistas y éstos contra aquéllos el *statu quo,* la República. Todas estas facciones del partido del Orden, cada una de las cuales aspira a su propio rey y a su propia restauración, invocan mutuamente, frente a las apetencias de restauración y de levantamiento de sus rivales, la dominación común de la burguesía, la forma bajo la cual se neutralizan y se mantienen en pie las pretensiones propias y especiales: *la República.*

Para estos monárquicos, *la monarquía* es lo que era para Kant la República como única forma racional de gobierno: un postulado de la razón práctica, que nunca llega a realizarse, pero cuya consecución debemos trazarnos siempre como meta y abrigar en nuestra intención.

De este modo, la República constitucional, que había brotado de manos de los republicanos burgueses como fórmula ideológica hueca, convertíase en manos de los monárquicos coligados en una forma viva y pletórica de contenido. Y Thiers tenía más razón de la que él mismo sospechaba, cuando decía: "Nosotros, los monárquicos, somos los verdaderos puntales de la República constitucional".

La caída del ministerio de la coalición y la subida del ministerio

de los ordenanzas encerraba, además, un segundo significado. Su ministro de Hacienda se llamaba *Fould.* Fould en el ministerio de Hacienda representa la entrega oficial de la riqueza nacional francesa a la Bolsa, la administración del erario público por la Bolsa y en interés suyo. Con el nombramiento de Fould, la aristocracia financiera anunciaba su restauración en el *Moniteur.* Esta restauración venía a completar necesariamente las otras restauraciones, que son otros tantos eslabones en la cadena de la República constitucional.

Luis Felipe jamás se había atrevido a entregar la cartera de Hacienda a un verdadero *loup-cervier* (lobo de la Bolsa). Como su reinado era el nombre ideal para la dominación de la alta burguesía, los intereses privilegiados impuestos en sus ministerios debían ostentar nombres ideológicamente desinteresados. La República burguesa empujaba por todas partes al primer plano lo que mantenían recatado al fondo las diferentes monarquías, tanto la legitimista como la orleanista. Convertía en terrenal lo que aquéllas exaltaban como celestial. Sustituía los nombres del santoral por los nombres propios burgueses de los intereses de clase dominantes.

Toda nuestra exposición ha puesto de manifiesto cómo, desde el primer día de su existencia, la República, lejos de derrocar a la aristocracia financiera, lo que hizo fue afianzarla. Pero las concesiones que se le hicieron eran como el destino fatal, al que sus autores se sometían, sin querer provocarlo. Con Fould, volvió la iniciativa del gobierno a las manos de la aristocracia financiera.

Se preguntará cómo la burguesía coligada podía soportar y tolerar la dominación de las finanzas, que bajo Luis Felipe descansaba sobre la eliminación o la sumisión de las demás facciones burguesas.

La respuesta es sencilla.

Debe tenerse en cuenta, ante todo, que la misma aristocracia financiera tenía una importancia decisiva dentro de la coalición monárquica cuyo gobierno conjunto se llama la República. ¿No son los viejos aliados y cómplices de la aristocracia financiera los portavoces y talentos de los orleanistas? ¿Y no es ella misma la falange

dorada del orleanismo? Por lo que se refiere a los legitimistas, ya bajo Luis Felipe participaban prácticamente en todas las orgías de las especulaciones bursátiles, mineras y ferroviarias. El enlace de la gran propiedad de la tierra con la alta finanza es, en términos generales, *un hecho normal.* La prueba de ello la tenemos en *Inglaterra* e incluso en *Austria.*

En un país como Francia, donde la magnitud de la producción nacional se halla, en términos desproporcionados, muy por debajo de la magnitud de la deuda nacional, y donde la renta pública constituye el objeto predilecto de la especulación, y la Bolsa el principal mercado para la inversión del capital que se quiere explotar improductivamente; en un país así, tiene que haber una cantidad enorme de personas, pertenecientes a todas las clases burguesas o semiburguesas, interesadas en la deuda pública, en las operaciones bursátiles y en la finanza. Y todos estos interesados subalternos ¿no encuentran sus apoyos y sus jefes naturales en la facción que representa este interés en sus proporciones más gigantescas, que lo representa en su conjunto y en bloque?

¿A qué se debe la entrega del erario público a la alta finanza? Al crecimiento constante de la deuda pública. ¿Y a qué obedece el continuo aumento de la deuda pública? Al constante superávit de los gastos del Estado sobre sus ingresos, desproporción que constituye al mismo tiempo la causa y el efecto del sistema de los empréstitos públicos.

Para sustraerse a este aumento de sus deudas, el Estado tiene que seguir, necesariamente, uno de dos caminos. O restringir sus gastos, es decir, simplificar el aparato de gobierno, reducirlo, gobernar lo menos posible, dar empleo a la menor cantidad posible de personal, mantener las menores relaciones posibles con la sociedad civil. Pero este camino no podía seguirlo el partido del Orden, cuyos medios de represión, cuya injerencia oficial por razón de Estado y cuya presencia en todas partes a través de los órganos del Estado tenían necesariamente que aumentar en la misma medida en que se vieran amenazados por mayor número de partes su poder y las con-

diciones de vida de su clase. No es posible reducir la gendarmería cuando se multiplican los ataques a las personas y a la propiedad.

El segundo camino consiste en que el Estado trate de eludir sus deudas y lograr un equilibrio momentáneo, transitorio, del presupuesto público por medio de *impuestos extraordinarios* arrojados sobre los hombros de las clases más ricas. Pero para sustraer la riqueza nacional a la explotación de la Bolsa, ¿iba el partido del Orden a sacrificar su propia riqueza en los altares de la patria? Pas si bête![i]

Por tanto, sin una transformación total del Estado francés no era posible transformar a fondo el presupuesto público de Francia. Este presupuesto del Estado llevaba consigo, necesariamente, la deuda pública, la que, a su vez, traía consigo, por fuerza, el régimen de la especulación con la deuda pública, de los acreedores del Estado, los banqueros, los traficantes en dinero y los lobos de la Bolsa. Sólo una facción del partido del Orden, la de los *fabricantes,* estaba directamente interesada en el derrocamiento de la aristocracia financiera. Y, al decir esto, no nos referimos a los industriales medios o a los pequeños, sino a los grandes magnates de los intereses fabriles, quienes bajo Luis Felipe formaban la base de la oposición dinástica. No cabe duda de que estos elementos se hallan interesados en que disminuyan los costos de producción y se reduzcan, por tanto, los impuestos que entran en la producción y, consiguientemente, las deudas del Estado, cuyos intereses entran en los impuestos; es decir, en que sea derrocada la aristocracia financiera.

En Inglaterra —y los más grandes fabricantes franceses no pasan de ser pequeños burgueses, comparados con sus rivales de Inglaterra— encontramos realmente a los fabricantes, a un Cobden o a un Bright, a la cabeza de la cruzada contra la Banca y la aristocracia de la Bolsa. ¿Por qué no ocurre lo mismo en Francia? En Inglaterra impera la industria, en Francia la agricultura. En Inglaterra, la industria necesita el free trade;[j] en Francia necesita el

[i] ¡No era tan necio!

[j] Librecambio.

proteccionismo, el monopolio nacional, además de otros monopolios. La industria francesa no domina la producción francesa, razón por la cual los industriales franceses no dominan a la burguesía de Francia. Para hacer valer sus intereses frente a los demás sectores de la burguesía, no pueden, como hacen los ingleses, ponerse a la cabeza del movimiento y, al mismo tiempo, llevar hasta el extremo su interés de clase, sino que tienen que ir a remolque de la revolución y servir a intereses que chocan contra los intereses comunes de su clase. En febrero, no supieron comprender dónde estaba su puesto, y lo ocurrido entonces les abrió los ojos. ¿Y quién se halla más directamente amenazado por los obreros que el patrono, el capitalista industrial? Se explica, pues, que el fabricante francés se convirtiera en el más fanático afiliado al partido del Orden. Pues ¿qué *significa* la merma de sus *ganancias* por la finanza, *al lado de la supresión de esas ganancias por el proletariado?*

En Francia, el pequeño burgués hace lo que normalmente debiera hacer el burgués industrial; el obrero hace lo que normalmente debiera ser la misión del pequeño burgués, y la misión del obrero ¿quién la realiza? Nadie. En Francia, la misión del obrero no se realiza, sino que se proclama. En ninguna parte se cumple esta misión dentro de las fronteras nacionales,[514] la guerra de clases librada dentro de la sociedad francesa se trueca en una guerra mundial, en la que las naciones se enfrentan unas a otras. Y la solución comenzará solamente a partir del momento en que la guerra mundial empuje al proletariado a la cabeza del pueblo que domina el mercado mundial, a la cabeza de Inglaterra. La revolución, que no encontrará aquí su final, sino su punto de partida organizador, no es una revolución a corto plazo. La actual generación se asemeja a los judíos que Moisés guiaba a través del desierto. No sólo tiene un mundo nuevo que conquistar, sino que habrá de perecer para dejar paso a los hombres que estén a la altura de ese mundo nuevo.

[514] Sobre la conclusión de que el triunfo de la revolución proletaria no puede darse en un sólo país por separado, véase Engels, "Principios del comunismo", en Carlos Marx y Federico Engels, Obras Fundamentales, t. 4, *Los grandes fundamentos,* II, México, FCE, 1988, pp. 234 ss.

Volvamos ahora a Fould.

El 14 de noviembre de 1849 Fould subió a la tribuna de la Asamblea Nacional y expuso su sistema financiero: ¡apología del viejo sistema de tributación! ¡Mantenimiento del impuesto sobre el vino! ¡Supresión del impuesto sobre la renta de Passy!

Este Passy no era tampoco un revolucionario, sino un ex ministro de Luis Felipe. Era uno de los puritanos de la talla de Dufaure y figuraba entre los adictos más íntimos de Teste, el chivo expiatorio de la monarquía de Julio.* También Passy había elogiado el viejo sistema fiscal y sugerido el mantenimiento del impuesto sobre el vino, pero, al mismo tiempo, había rasgado el velo del déficit del Estado. Había declarado que para evitar la quiebra del Estado no había más remedio que implantar un nuevo impuesto, el impuesto sobre la renta. Fould, quien había recomendado a Ledru-Rollin la quiebra del Estado, recomendaba ahora a la Asamblea Legislativa el déficit del presupuesto público. Prometió introducir ahorros, cuyo secreto se reveló más tarde en el hecho de que, mientras los gastos disminuían, por ejemplo, en 60 millones, la deuda flotante aumentaba en 200 millones de francos: artes de prestidigitación en el modo de agrupar los números y de presentar las cuentas, que en último resultado se reducían todas a nuevos empréstitos.

Es cierto que, bajo Fould, la aristocracia financiera, a cuyo lado se hallaban los demás celosos sectores de la burguesía, no se comportaba de un modo tan descaradamente corrompido como bajo Luis Felipe. Pero el sistema seguía siendo el mismo: aumento incesante de las deudas y ocultación del déficit. Y, con el tiempo, se pusieron de manifiesto, todavía más abiertamente, las viejas especulaciones bursátiles. Pruebas: la ley sobre el ferrocarril de Aviñón, las misteriosas fluctuaciones de los valores del Estado, que fueron

* El 8 de julio de 1847 se había entablado ante el tribunal de los Pares de París un proceso contra Parmentier y el general Cubières por cohecho de funcionarios públicos con el fin de obtener la concesión de unas minas de sal; en el proceso aparecía también encartado el entonces ministro de Obras Públicas, Teste, por haberse dejado cohechar. Teste trató de suicidarse durante el proceso. Todos los acusados fueron condenados a elevadas multas, Teste, además de eso, a tres años de cárcel. *[Nota de Engels a la edición de 1895.]*

durante algún tiempo la comidilla diaria de París, y, por último, las frustradas especulaciones de Fould y Bonaparte en torno a las elecciones del 10 de marzo.

La restauración oficial de la aristocracia financiera necesariamente tenía que colocar de nuevo al pueblo francés ante un 24 de febrero.

La Constituyente, en un ataque de misantropía contra su heredera, había abolido el impuesto sobre el vino para el año de gracia de 1850. La supresión de los viejos impuestos no facilitaba el pago de las nuevas deudas. *Creton*, un cretino del partido del Orden, había presentado, ya antes de la suspensión de sesiones de la Asamblea Legislativa, una moción para que el impuesto sobre el vino se mantuviese en vigor. Fould aceptó la propuesta en nombre del gobierno bonapartista, y el 20 de diciembre de 1849, al cumplirse el aniversario de la proclamación de Bonaparte como presidente, la Asamblea Nacional decretaba la *restauración del impuesto sobre el vino.*

El vocero de esta restauración no fue precisamente un financiero, sino el jefe de los jesuitas, *Montalembert.* Su argumentación no podía ser más sencilla. Los impuestos son el pecho materno en que se amamanta el gobierno. El gobierno son los instrumentos de la represión, son los órganos de la autoridad, es el ejército, es la policía, son los funcionarios, los jueces, los ministros, son los *sacerdotes.* Los ataques contra los impuestos son los ataques de los anarquistas contra los guardianes del orden, quienes salvaguardan la producción material y espiritual de la sociedad burguesa contra los asaltos de los vándalos proletarios. Los impuestos son la quinta divinidad, junto a la propiedad, la familia, el orden y la religión. Y el impuesto sobre el vino es, indudablemente, un impuesto, y no un impuesto como otro cualquiera, sino un impuesto tradicional, de espíritu monárquico, un impuesto respetable. Vive l'impôt des boissons! Three cheers and one cheer more![k]

Cuando el campesino francés quiere imaginarse al diablo, se lo representa bajo la figura del recaudador de contribuciones. Desde

[k] "¡Viva el impuesto sobre las bebidas!" "¡Tres vivas y uno más!"

el momento en que Montalembert elevaba los impuestos al plano, de las divinidades, el campesino se hacía ateo y se echaba en brazos del demonio, en brazos del *socialismo.* La religión del orden se había burlado de él, los jesuitas se habían burlado de él, Bonaparte se había burlado de él. El 20 de diciembre de 1849 había comprometido irrevocablemente al 20 de diciembre de 1848. El "sobrino de su tío" no era el primer miembro de la familia derrotado por este impuesto, que, según las palabras de Montalembert, anuncia la tormenta revolucionaria. El verdadero Napoleón, el grande, declaró en Santa Elena que el restablecimiento del impuesto sobre el vino contribuyó más que cualquier otra cosa a su derrocamiento, al enajenarle las simpatías de los campesinos del sur de Francia. Este impuesto, que ya bajo Luis XIV había atraído sobre sí el odio del pueblo (basta leer los escritos de Boisguillebert y Vauban) y que la primera revolución había abolido, fue restablecido en 1808 por Napoleón, con modificaciones de forma. Al irrumpir en Francia la Restauración, no cabalgaban delante de ella solamente los cosacos, sino también los anuncios de que sería suprimido el impuesto sobre el vino. Claro está que la gentilhommerie[l] no tenía para qué mantener la palabra dada a la gent taillable à merci et miséricorde.[m] La gente de 1830 prometió suprimir el impuesto sobre el vino, pero no estaba, en su modo de ser, hacer lo que decía ni decir lo que hacía. La gente de 1848 prometió acabar con dicho impuesto, como prometía todo lo habido y por haber. Por último, la Constituyente, que no había prometido nada, redactó, como queda dicho, una cláusula testamentaria por virtud de la cual el impuesto sobre el vino debería desaparecer el 1 de enero de 1850. Diez días exactamente antes de la fecha citada, la Asamblea Legislativa implantaba de nuevo el impuesto, a la zaga del cual, como se ve, marchaba constantemente el pueblo francés, quien lo arrojaba por la puerta para contemplar en seguida cómo se colocaba de nuevo por las ventanas.

[l] La nobleza.
[m] La gente que se podía hacer tributar a gusto y antojo.

El odio popular en contra del impuesto sobre el vino se explica sabiendo que resumía y compendiaba cuanto tiene de odioso y repelente todo el sistema fiscal francés. El modo de percibir este impuesto, es odioso y su reparto aristocrático, ya que las tarifas fiscales son las mismas para los vinos más corrientes que para los más caros. El impuesto aumenta, pues, en progresión geométrica, a medida que disminuye la capacidad económica del consumidor, como un impuesto progresivo a la inversa. Provoca, por tanto, directamente la intoxicación de las clases trabajadoras, como prima a favor de los vinos falsificados y adulterados. Disminuye el consumo, instalando fielatos en las puertas de todas las ciudades de más de 4 000 habitantes y convirtiendo cada ciudad de Francia en territorio extranjero con aranceles protectores contra los vinos franceses. Los grandes tratantes en vinos, y más todavía los pequeños, los *marchands de vins*, las tabernas, cuyos ingresos dependen directamente del consumo de vino, son otros tantos adversarios declarados de ese impuesto. Por último, al reducir el consumo, el impuesto sobre el vino cercena a la producción el mercado de ventas. Incapacita a los obreros urbanos para pagar el vino y a los campesinos que lo cultivan para venderlo. Y la población campesina que en Francia se dedica al cultivo del vino asciende a unos 12 millones de personas. Fácil es comprender, por tanto, el odio del pueblo en general, y en particular el fanatismo de los campesinos en contra de este impuesto. Además, no veían en la restauración de dicho impuesto un hecho aislado, más o menos fortuito. Los campesinos tienen una manera propia de tradición histórica, transmitida de padres a hijos, y en esta especie de escuela histórica se corría la voz de que todo gobierno que quería engañar a los campesinos les prometía la supresión del impuesto sobre el vino y, después de haberlos engañado, lo mantenía en vigor o lo restablecía. El impuesto sobre el vino permitía al campesino paladear el *bouquet* del gobierno, su tendencia. La restauración del impuesto sobre el vino implantada el 20 de diciembre quería decir que *Luis Bonaparte era como los otros*; pero no era igual que los demás, pues había sido

inventado por los campesinos, y en los millones de firmas que suscribían las peticiones contra el impuesto sobre el vino revocaban los votos que un año antes habían depositado en favor del "sobrino de su tío".

La población rural, que asciende a más de dos terceras partes de la población total de Francia, está formada en su mayoría por *propietarios de la tierra* que se llaman libres. La primera generación a quien la Revolución de 1789 había liberado sin indemnización de las cargas feudales, no había pagado precio alguno por la tierra, pero las generaciones posteriores pagaban en forma de *precio de la tierra* lo que sus antecesores semisiervos habían pagado bajo la forma de rentas, diezmos, prestaciones personales, etc. A medida que aumentaba, de una parte, la población y de otra la división de la tierra, iba encareciendo el precio de la parcela, pues al empequeñecer ésta crecía su demanda. Y a medida que se elevaba el precio que el campesino abonaba por su parcela, ya la comprase directamente o ya se la adjudicaran sus coherederos como capital, aumentaba también, necesariamente y en la misma proporción, el *endeudamiento del campesino,* es decir, el gravamen de las *hipotecas* que sobre él pesaban. Así se llama, en efecto, la escritura de deuda que grava, sobre la tierra misma, la papeleta de empeño de la tierra. Y así como sobre las tierras medievales se acumulaban los *privilegios,* sobre las parcelas modernas se acumulan las *hipotecas.*

Por otra parte, en el régimen de la parcelación, la tierra es, para su propietario, simplemente un instrumento de producción. Y a medida que la tierra se divide, va disminuyendo su fertilidad. Van resultando cada vez más imposibles el empleo de la maquinaria agrícola, la división del trabajo, la aplicación de los grandes medios para enriquecer el suelo, las obras de riego y desecación, etc., además de que los *costos improductivos* del cultivo aumentan en la proporción en que se divide el mismo instrumento de producción. Y todo ello independientemente de que el poseedor de la parcela cuente o no con capital. Pero, al aumentar la división, la tierra, con los pobrísimos aperos con que se cultiva, va pasando a ser todo el

capital del campesino parcelario, va desapareciendo la inversión de capital en la tierra y el pequeño labrador carece cada vez más de la tierra, del dinero y la instrucción necesarias para poder aplicar los avances de la agronomía, y la agricultura decae y retrocede más y más. Por último, el *ingreso neto* disminuye en la misma proporción en que aumenta el *consumo bruto,* en que toda la familia del cultivador se ve impedida por su parcela de ocuparse en otras actividades y, al mismo tiempo, incapacitada para extraer de su pequeña tierra lo que necesita para poder vivir.

Así pues, a medida que aumenta la población y, con ella, la división del suelo, *encarece el instrumento de producción,* la tierra, y disminuye *su fertilidad, decae la agricultura y se endeuda el campesino.* Y lo que era efecto se convierte, a su vez, en causa. Cada generación deja a la siguiente más cubierta de deudas y cada nueva generación comienza a vivir en condiciones más desfavorables y más gravosas, las hipotecas engendran nuevos gravámenes hipotecarios, y cuando ya el campesino no puede seguir ofreciendo su parcela en garantía de *nuevas deudas,* es decir, gravarla con nuevas hipotecas, cae directamente en manos del *usurero* y los intereses usurarios crecen en enormes proporciones.

Hasta llegar a una situación en que el campesino francés, bajo la forma de *intereses* por las *hipotecas* impuestas sobre la tierra y bajo la forma de intereses por los *préstamos no hipotecarios del usurero,* cede al capitalista no sólo la renta de la tierra, no sólo la ganancia industrial, en una palabra, no sólo *toda la ganancia neta,* sino incluso *una parte del salario,* descendiendo por tanto hasta el nivel del *colono irlandés,* y todo ello so pretexto de llamarse *propietario privado.*

En Francia, este proceso ha sido acelerado por la *carga de los impuestos,* sin cesar creciente, y por las *costas judiciales,* en parte provocadas directamente por las mismas formalidades de que la legislación francesa rodea la propiedad territorial, y en parte por los interminables conflictos engendrados por las parcelas, colindantes y entremezcladas en todas partes, y en parte por la manía de

pleito del campesino, que sólo disfruta de su propiedad haciendo valer fanáticamente una propiedad puramente imaginaria, el *derecho de propiedad.*

Según datos estadísticos de 1840, el producto bruto arrojado por la tierra, en Francia, ascendía a 5 237 178 000 francos. De esta suma hay que deducir 3 552 000 000 de francos para gastos de cultivo, incluyendo el consumo de los trabajadores. Queda un producto neto de 1 685 178 000 francos, de los que deben descontarse 550 millones para intereses hipotecarios, 100 millones para el pago de funcionarios de justicia, 350 millones para impuestos y 107 millones para derechos notariales, timbres, tasas del registro hipotecario, etc. Descontado todo esto, resta la tercera parte del producto neto, o sea 538 millones de francos; es decir, calculando por cabeza de población, quedan menos de 25 francos de producto neto.[515] En este cálculo no se incluyen, naturalmente, ni la usura extrahipotecaria ni los honorarios de los abogados, etcétera.

Fácil es comprender la situación de los campesinos franceses, cuando la República añadió sus nuevas cargas a las anteriores. Su explotación, como se ve, sólo se distingue por la *forma* de la explotación del proletariado industrial. El explotador es el mismo en ambos casos: *el capital.* El capitalista individual explota al campesino individual por medio de la *hipoteca* y de la *usura*; la clase capitalista explota a la clase campesina por medio de los *impuestos del Estado.* El título de propiedad del campesino es el talismán con que hasta aquí ha venido seduciéndole el capital, el pretexto de que se ha valido para azuzarlo contra el proletariado industrial. Sólo la caída del capital podrá hacer que suba el campesino, sólo un gobierno anticapitalista, proletario, podrá acabar con su miseria económica y su degradación social. La *República constitucional* es la dictadura de sus explotadores coligados; la República *social-*

[515] Donde dice "538 000 000 de francos" debiera decir: "578 178 000". Probablemente se ha deslizado una errata de imprenta. No obstante, esta diferencia no hace cambiar la proporción ni influye para nada en la conclusión general del razonamiento: el producto neto por cabeza, en ambos casos, es menor a los 25 francos.

democrática, la República *roja,* la dictadura de sus aliados. Y los platillos de la balanza suben o bajan según los votos que los campesinos depositan en las urnas electorales. Ellos mismos tienen en sus manos la decisión acerca de su suerte. Así les hablaban los socialistas en panfletos, almanaques, calendarios y hojas volantes de todas clases. Y contribuían a esclarecer este lenguaje los escritos con que trataba de contrarrestar esta labor el partido del Orden, que se dirigía también a ellos y que, con sus burdas exageraciones, sus brutales concepciones y su modo de interpretar y exponer las ideas de los socialistas, daba en el verdadero tono que había que emplear con los campesinos y aguzaba el apetito de éstos en cuanto al fruto prohibido. Sin embargo, el lenguaje más claro de todos era el que hablaban la experiencia que la clase campesina tenía del uso que había hecho del derecho de sufragio y las desilusiones que, con celeridad revolucionaria, habían ido acumulándose, golpe tras golpe, sobre sus cabezas. *Las revoluciones son las locomotoras de la historia.*

Diversos síntomas apuntaban a la gradual transformación que se iba operando en los campesinos. Un indicio de ello fueron ya las elecciones a la Asamblea Legislativa; otro, la necesidad de decretar el estado de sitio en los cinco departamentos cercanos a Lyon; otro, algunos meses después del 13 de junio, la designación de un hombre de la Montaña por el departamento de la Gironda, para sustituir al ex presidente de la *Chambre introuvable;** otro, el 20 de diciembre de 1849, la elección de un candidato rojo para la vacante por defunción de un diputado legitimista en el departamento *du Gard,*[516] la tierra prometida del legitimismo, escenario de las más tremendas atrocidades cometidas contra los republicanos en 1794 y

* Es el nombre [Cámara inencontrable] que da la historia a la Cámara de Diputados, fanáticamente ultramonárquica, reaccionaria, elegida en 1815 inmediatamente después de derrocar por segunda vez a Napoleón *[Nota de Engels a la edición de 1895].*

[516] *Departamento du Gard:* fue en este departamento de la provincia francesa donde se celebraron elecciones parciales para cubrir la vacante producida por la muerte del diputado De Beaune, legitimista. Obtuvo la mayoría absoluta de votos el candidato Favaune, de la Montaña.

1795 y centro de la terreur blanche[n] de 1815, en que caían asesinados públicamente liberales y protestantes. Pero cuando de un modo más palpable se manifiesta la nueva actitud revolucionaria de la clase más estacionaria de la sociedad es después de la restauración del impuesto sobre el vino. Las medidas de gobierno y las leyes dictadas en los meses de enero y febrero de 1850 fueron dirigidas casi exclusivamente contra los *departamentos* y los *campesinos.* No cabe prueba más palmaria de los avances de éstos.

Circular de Hautpoul, por la que se erige al gendarme en inquisidor del prefecto, del subprefecto, y sobre todo del alcalde, y se organiza el espionaje, llevándolo hasta el último rincón de la aldea más apartada; *ley contra los maestros de escuela,* en la que se somete a éstos, a los talentos, los portavoces, los educadores y los intérpretes de la clase campesina, a la arbitrariedad de los prefectos y se les acosa, como a los proletarios de la clase intelectual, cual bestias salvajes, perseguidas de un municipio a otro; *propuesta de ley contra los alcaldes,* que hacía pender sobre sus cabezas la espada de Damocles de la destitución y enfrentaba a cada paso a estas autoridades, a los presidentes de los municipios campesinos, al presidente de la República y al partido del Orden; *ordenanza* por la que se convertían las diecisiete divisiones militares de Francia en cuatro bajalatos[517] y se imponía a los franceses, como salón nacional, el cuartel y el vivaque; *ley de enseñanza,* en la que el partido del Orden proclamaba como condición de vida de Francia bajo el régimen del sufragio universal la ignorancia y el embrutecimiento a la fuerza: ¿qué significaban todas estas leyes y estas medidas más que otros tantos intentos desesperados de reconquistar para el partido del Orden a los departamentos y a los campesinos que en ellos vivían?

[n] Terror blanco.

[517] Para presionar a los votantes de las elecciones parciales a la Asamblea Legislativa, que debían celebrarse el 10 de marzo de 1850, el gobierno francés dividió su territorio en cinco grandes zonas militares restantes, al frente de las cuales se puso a jefes notoriamente reaccionarios. La prensa republicana llamaba a estas zonas militares "bajalatos", por comparación con el poder despótico de los bajás turcos.

Eran, como medidas de *depresión,* recursos lamentables que torcían el cuello a la propia finalidad que se perseguía. Las grandes medidas, tales como el mantenimiento del impuesto sobre el vino, del impuesto de los 45 *centimes,* la sarcástica negativa a acceder a las peticiones de los campesinos sobre la restitución de los mil millones, etc., todos estos rayos legislativos se descargaban sobre la clase campesina solamente una vez, en grande, desde el centro; en cambio, las leyes y medidas citadas daban al ataque y a la resistencia un carácter *general,* hacían de él el tema de las diarias conversaciones en cada cabaña, inoculaban la revolución en cada aldea, *localizaban la revolución y la extendían entre los campesinos.*

Por otra parte, ¿es que estas propuestas de Bonaparte y su aprobación por parte de la Asamblea Nacional no demuestran la unidad existente entre los dos poderes de la República constitucional, cuando se trataba de reprimir la anarquía, es decir, de desatar la represión contra todas las clases que se rebelan contra la dictadura de la burguesía? ¿No había *Soulouque,* inmediatamente después de su zafio mensaje, asegurando a la Asamblea Legislativa la devoción que sentía por el orden mediante el mensaje inmediatamente posterior de *Carlier,*[518] esta vil y sucia caricatura de Fouché como Luis Bonaparte era la caricatura achatada de Napoleón?

La *ley sobre la enseñanza* nos revela la alianza sellada entre los nuevos católicos y los viejos voltairianos. ¿Acaso el poder de los burgueses unidos podía ser otra cosa que el despotismo coligado de la jesuítica Restauración y de la monarquía de Julio, disfrazada de librepensadora? ¿No tenían que serle de nuevo arrebatadas al pueblo, al enfrentarse éste a la dictadura coligada de ambos sectores, las armas que una facción de la burguesía había distribuido entre

[518] Aquí se hace alusión a un mensaje dirigido por el presidente Luis Bonaparte a la Asamblea Legislativa el 31 de octubre de 1849. En él anunciaba la destitución del ministerio Barrot y la formación de un nuevo gabinete; apareció publicado en el *Moniteur Universel* (núm. 305, del 1 de noviembre). En otro mensaje, el 10 de noviembre del mismo año, el prefecto de la Policía de París, Carlier, repuesto en su cargo, ordenaba la fundación de una "liga social contra el socialismo" para defender "la religión, el trabajo, la familia, la propiedad y la fidelidad al gobierno" (*Moniteur Universel,* núm. 315, del 11 de noviembre de 1849).

él en contra de la otra, en las alternativas de su pugna por imponer la hegemonía? Nada sublevó tanto al tendero parisino como este alardear coquetamente de *jesuitismo*; ni siquiera la negativa a aceptar los concordats à l'amiable.

Entre tanto, seguían produciéndose choques y fricciones entre los diversos sectores del partido del Orden y entre la Asamblea Nacional y Bonaparte. A la Asamblea Nacional no le agradó el que Bonaparte, inmediatamente después de su golpe de Estado y de la constitución de un ministro bonapartista propio, llamase a comparecer a los inválidos de la monarquía recientemente nombrados como prefectos y les impusiera como condición para seguir en sus puestos el que desarrollasen una campaña anticonstitucional de agitación para su reelección como presidente, el que Carlier inaugurase su actuación clausurando un club legitimista, o el que Bonaparte fundase un periódico propio, *Le Napoléon*,[519] dedicado a airear ante el público las secretas veleidades del presidente, mientras sus ministros se veían obligados a desmentirlas desde la tribuna de la Asamblea Legislativa; como no le agradaba tampoco el tozudo mantenimiento en sus cargos de ministerio, haciendo caso omiso de los reiterados votos de desconfianza formulados por la Asamblea, ni el intento de ganarse el favor de los suboficiales con una subida diaria de cuatro *sous* y el del proletariado con un plagio de los *Mystères*, de Eugenio Sue, con un banco creado para hacer préstamos de honor, o, por último, el descaro con que el presidente hizo que sus ministros propusieran la deportación a Argelia de los insurrectos de junio que aún quedaban, para desplazar a la Asamblea Legislativa la impopularidad al por mayor, reservándose él, el presidente, la popularidad al por menor, por medio de indultos individuales. *Thiers* deslizaba amenazadoras frases sobre "*coups d'etat*" y "*copus de tête*",[o] y la Asamblea Legislativa se vengaba de Bonaparte, rechazando cuantos proyectos de ley presentaba el presidente

[519] *Le Napoléon:* diario bonapartista, órgano oficioso de Luis Bonaparte, publicado en París del 6 de enero al 19 de mayo de 1850.

[o] "Golpes de Estado" y "cabezazos".

por cuenta propia e investigando con escandalosa desconfianza los que presentaba en interés común, para ver si trataban de fortalecer el poder personal de Bonaparte mediante la vigorización del poder ejecutivo. En una palabra, *se vengaba por medio de la conspiración del desprecio.*

Por su parte, el partido legitimista veía con disgusto cómo los orleanistas, gente más capaz, volvían a adueñarse de casi todos los puestos y cómo crecía la *centralización,* mientras ellos buscaban la salvación, por principio, en la *descentralización.* Y no andaban errados, pues la contrarrevolución *centralizaba a la fuerza,* preparando con ello el mecanismo de la revolución. Mediante el curso forzoso de los billetes de banco, *centralizaba* incluso el oro y la plata de Francia en las bóvedas del Banco de París, acumulando con ello, *listo ya para emplearlo,* el *tesoro de guerra* de la revolución.

Finalmente, los orleanistas veían con malos ojos cómo levantaba cabeza el principio de la legitimidad, que se enfrentaba a su príncipe bastardo, y cómo se postergaba y maltrataba a cada paso, a su partido, como el consorte noble postergaba y maltrataba a la esposa burguesa a la que se ha rebajado a unirse, en matrimonio de conveniencias.

Poco a poco, veíamos cómo los campesinos, los pequeños burgueses, las clases medias en general, eran empujadas a situarse junto al proletariado, en abierto antagonismo frente a la República oficial y tratados por ella como enemigos. *Rebelión contra la dictadura de la burguesía, necesidad de transformar la sociedad, mantenimiento de las instituciones republicano-democráticas como sus órganos de movimiento, agrupación en torno al proletariado como la fuerza revolucionaria decisiva:* he allí las características comunes del *llamado partido de la democracia social, del partido de la República roja.* Este *partido de la anarquía,* como lo habían bautizado sus enemigos, era también como *el partido del Orden,* una coalición de diversos intereses. Desde la más leve reforma del viejo desorden social hasta la radical transformación del orden social antiguo, desde el liberalismo burgués hasta el terrorismo revolucionario: tales son los dos

extremos que marcan el punto de partida y la meta final del partido de la "anarquía".

La abolición de los aranceles protectores es el socialismo, pues atenta contra el monopolio del sector *industrial* del partido del Orden. La ordenación del presupuesto público es el socialismo, pues atenta contra el monopolio del sector *financiero* del partido del Orden. La libre importación de carne y trigo del extranjero es el socialismo, pues atenta contra el monopolio del tercer sector del partido del Orden, el de los *grandes terratenientes.* Las aspiraciones del partido librecambista, es decir, del partido más avanzado de la burguesía liberal inglesa, son presentadas en Francia como otras tantas reivindicaciones socialistas. El voltairianismo es el socialismo, pues atenta contra el cuarto sector del partido de Orden, el sector *católico.* Libertad de prensa, derecho de asociación, instrucción pública general, ¡socialismo, socialismo! Son otros tantos atentados contra el monopolio global del partido del Orden.

El curso de la revolución había hecho madurar tan aceleradamente los acontecimientos, que los reformistas de las clases medias de todos los matices y las más modestas pretensiones se veían obligados a agruparse en torno a la bandera del partido más avanzado de la revolución, en torno a la *bandera roja.*

Pero, por muy diferente que fuera el *socialismo* de los diversos y grandes sectores que formaban el partido de la anarquía, según las condiciones económicas y las consiguientes necesidades revolucionarias globales de su clase o fracción de ella, tenía, desde luego, *un* punto de coincidencia, en cuanto se proclamaba como *medio para la emancipación del proletariado* y proclamaba la emancipación de éste como su *fin.* Engaño deliberado de unos y engaño ilusorio de otros, que presentaban el mundo transformado con arreglo a sus necesidades como el mejor de los mundos para todos, como la realización de todas las aspiraciones revolucionarias y la superación de todos los conflictos de la revolución.

Bajo las frases socialistas *generales* que suenan bastante a las del *"partido de la anarquía"* se envuelve el *socialismo* del *National,* de la

Presse y del *Siècle,* que pretende, más o menos consecuentemente, derrocar el poder de la aristocracia financiera y liberar a la industria y al comercio de las trabas que sobre ellos pesan. Es el socialismo de la industria, el comercio y la agricultura, cuyos regentes en el seno del partido del Orden reniegan de estos intereses cuando no coinciden con sus monopolios privados. De este *socialismo burgués,* que, naturalmente, como toda modalidad del socialismo, enrola a una parte de los obreros y de la pequeña burguesía, se distingue el peculiar *socialismo pequeño burgués,* el socialismo par excellence.[p] El capital acorrala a esta clase, principalmente, como *acreedor,* y ella reclama *instituciones de crédito;* el capital la aplasta por medio de la *competencia,* y ella reclama *asociaciones* protegidas por el Estado; el capital la arrolla por medio de la *concentración,* y ella exige *impuestos progresivos,* restricciones a las herencias, que el Estado se haga cargo de las grandes obras y otras medidas que *contengan por la fuerza el crecimiento del capital.* Como sueña con la implantación pacífica de su socialismo —prescindiendo, si acaso, de una segunda revolución de Febrero, de corta duración—, ve naturalmente en el futuro proceso histórico el *empleo de sistemas* que urden o han cavilado, colectivamente o como inventores aislados, los pensadores de la sociedad. Se convierten, así, en los eclécticos o los adeptos de los *sistemas* socialistas existentes, del *socialismo doctrinario,* que sólo fue la expresión teórica del proletariado mientras éste no se había desarrollado hasta convertirse en un movimiento histórico propio desenvolviéndose libremente.

Mientras la *utopía,* el *socialismo doctrinario,* que supedita el movimiento en su conjunto a uno de sus aspectos, que sustituye la producción colectiva, social, por la actividad cerebral de cualquier pedante y que, sobre todo, cree suplantar con su fantasía la lucha revolucionaria de las clases y sus propias necesidades imperativas por pequeños trucos o grandes sentimentalismos; mientras este socialismo doctrinario, que no hace en el fondo más que idealizar

[p] Por excelencia.

la sociedad actual, trazarse una imagen idílica de ella y trocar su realidad por el ideal que de él se forja; mientras este socialismo es cedido por el proletariado a la pequeña burguesía y la lucha que entre sí libran los diferentes jefes socialistas hace destacar cada uno de los llamados sistemas como arrogante afirmación de uno de los puntos de transición de la transformación social frente al otro, el *proletariado* va agrupándose más y más en torno al *socialismo revolucionario,* en torno al *comunismo,* para el que la propia burguesía ha inventado el nombre de Blanqui. Este socialismo es la *declaración permanente de la revolución,* la *dictadura de clase* del proletariado como punto necesario de transición hacia la *abolición de las diferencias de clase en general,* hacia la abolición de todas las relaciones de producción en que descansan esas diferencias, hacia la abolición de todas las relaciones sociales que corresponden a estas relaciones, de producción, hacia la transformación revolucionaria de todas las ideas que brotan de estas relaciones sociales.

El espacio no nos consiente desarrollar este tema más en detalle.

Veíamos cómo en el partido del *Orden* aparece necesariamente a la cabeza la *aristocracia financiera*; lo mismo ocurre con el *proletariado,* dentro del partido de la "*anarquía*". Mientras las diferentes clases coligadas en una liga revolucionaria se agrupaban en torno al proletariado, los departamentos se tornaban cada vez más inseguros y la misma Asamblea Legislativa gruñía cada vez más contra las pretensiones del *Soulouque* francés, iban acercándose las elecciones parciales, tantas veces retrasadas y aplazadas, para cubrir las vacantes de los diputados de la Montaña proscritos como consecuencia del 13 de junio.

El gobierno, despreciado por sus enemigos, maltratado y diariamente humillado por sus supuestos amigos, sólo veía *un* medio para salir de aquella molesta e insostenible situación: la *revuelta.* Una revuelta en París habría permitido decretar el estado de sitio en la capital y en los departamentos y gobernar así las elecciones. Por otra parte, los amigos del orden estaban obligados a hacer con-

cesiones a un gobierno que había triunfado sobre la anarquía, si no querían pasar ellos mismos por anarquistas.

El gobierno puso manos a la obra. En los primeros días de febrero de 1850, se provocó al pueblo, echando por tierra los árboles de la libertad.[520] De nada sirvió. Si los árboles de la libertad perdían su sitio, el gobierno perdía la cabeza y retrocedía, asustado ante sus propias provocaciones. Por su parte, la Asamblea Nacional acogía con una desconfianza fría como el hielo este torpe intento de emancipación de Bonaparte. No dio mejor resultado la orden de retirar las coronas de siemprevivas colocadas en la columna de Julio.[521] Sirvió solamente para que una parte del ejército hiciese manifestaciones revolucionarias y la Asamblea Nacional formulase un voto de desconfianza más o menos recatado contra el ministerio. En vano también las amenazas de la prensa del gobierno de abolir el sufragio universal y de una invasión de los cosacos. En vano el reto directo que en plena Asamblea Legislativa lanzó d'Hautpoul a la izquierda para que se echara a la calle declarando que el gobierno estaba preparado para recibirla. D'Hautpoul sólo obtuvo como respuesta una llamada al orden del presidente, y el partido del Orden, con silenciosa perfidia, dejó que un diputado de la izquierda se burlase de las veleidades usurpadoras de Bonaparte.[522] En vano, por último, la profecía de una revolución para el 24 de febrero. El gobierno hizo que esta fecha pasase ignorada para el pueblo.

El proletariado no se dejó provocar a ninguna *revuelta,* porque se disponía a hacer una *revolución.*

Sin hacer el menor caso de las provocaciones del gobierno, que sólo servían para aumentar la irritación general contra la situación

[520] *Árboles de la libertad:* fueron plantados en las calles de París después del triunfo de la revolución de Febrero. Era ya una tradición que databa de los tiempos de la Gran Revolución y elevada a ley por un decreto de la Convención.

[521] *Columna de julio:* fue erigida en la Plaza de la Bastilla y solemnemente inaugurada el 28 de julio de 1840, en el décimo aniversario de la monarquía de Julio. A partir de la revolución de Febrero, aparecía constantemente adornada con coronas de siemprevivas.

[522] El 16 de febrero de 1850 el diputado Pascal Duprat dijo durante una sesión de la Asamblea Legislativa que Luis Bonaparte debía elegir entre el papel de su tío o el de Washington, a lo que otro diputado exclamó: "O el de Souloque" (véase nota 493).

existente, el comité electoral, influido totalmente por los obreros, designó a tres candidatos para París: *De Flotte, Vidal* y *Carnot. De Flotte* era un deportado de Junio, amnistiado por uno de aquellos arrebatos de Bonaparte en busca de popularidad; era amigo de Blanqui y había tomado parte en el atentado del 15 de mayo. A *Vidal* se le conocía como escritor comunista por su libro *Sobre la distribución de la riqueza* y había sido secretario de Louis Blanc en la Comisión del Luxemburgo; *Carnot,* hijo del hombre de la Convención y organizador de la victoria, el miembro menos comprometido del partido del *National,* había sido ministro de Enseñanza en el Gobierno provisional y en la Comisión ejecutiva y era, por su proyecto de ley sobre la instrucción pública, una protesta viva contra la ley de enseñanza de los jesuitas. Estos tres candidatos representaban a las tres clases coligadas: iba a la cabeza el insurrecto de Junio, representante del proletariado revolucionario; junto a él aparecía el socialista doctrinario, representante de la pequeña burguesía socialista; por último, venía el representante del partido burgués republicano, cuyas fórmulas democráticas habían cobrado un sentido socialista frente al partido del Orden, perdiendo desde hacía ya mucho tiempo su sentido propio. Era una *coalición general contra la burguesía y el gobierno, como en Febrero.* Pero, ahora, *la cabeza de la liga revolucionaria era el proletariado.*

Pese a todos los esfuerzos que se hicieron para impedirlo, triunfaron los candidatos socialistas. Hasta el ejército votó por los insurrectos de Junio y en contra de su propio ministro de la Guerra, La Hitte. El partido del Orden quedó anonadado. Y no le sirvieron de consuelo las elecciones departamentales, que arrojaron una mayoría de hombres de la Montaña.

¡Las elecciones del 10 de marzo de 1850! Eran la revocación de junio de 1848: los asesinos y deportadores de los insurrectos de Junio volvían a la Asamblea Nacional, pero con la cabeza baja, marchando detrás de los deportados y con los principios de éstos en sus labios. *Era la revocación del 13 de junio de 1849*: la Montaña, proscrita por la Asamblea Nacional, regresaba a ésta, pero como trompetero

anunciador de la revolución, y no como su jefe. *Era la revocación del 10 de diciembre:* Napoleón había sido derrotado, en unión de su ministro La Hitte. La historia parlamentaria de Francia sólo conoce un caso análogo a éste: la derrota de d'Haussez, ministro de Carlos X, en 1830. Las elecciones del 10 de marzo de 1850 eran, por último, la anulación de las del 13 de mayo, que habían dado la mayoría al partido del Orden. Las elecciones del 10 de marzo eran la protesta contra la mayoría del 13 de mayo. El 10 de marzo era una revolución. Detrás de las papeletas de voto asomaban los adoquines de las barricadas.

"¡El voto emitido el 10 de marzo es la guerra!", exclamó Ségur d'Aguesseau, uno de los miembros más avanzados del partido del Orden.

Con el 10 de marzo de 1850 la República constitucional entra en una nueva fase, *en la fase de su disolución.* Las diversas fracciones de la mayoría se unen de nuevo entre sí y, con Bonaparte, vuelven a ser los salvadores del Orden, y él, Bonaparte, es otra vez el *hombre neutral.* Si se acuerdan de que son monárquicos, es solamente porque desesperan de la posibilidad de la República burguesa; y si él se acuerda de que es el pretendiente al trono, es simplemente porque desespera de poder seguir siendo presidente.

A la elección de *De Flotte,* el insurrecto de Junio, contesta Bonaparte, cumpliendo órdenes del partido del Orden, con la entrega de la cartera del Interior a *Baroche,* el acusador de Blanqui y Barbès, de Ledru-Rollin y Guinard. La respuesta que la Asamblea Legislativa da a la elección de *Carnot* es la votación de la ley de enseñanza, y la elección de *Vidal* es contestada con la representación de la prensa socialista. La prensa del partido del Orden quiere ahuyentar su propio miedo con sus trompetazos. "¡La espada es sagrada!", grita uno de sus órganos. "¡Los defensores del orden deben tomar la ofensiva contra el partido rojo!", clama otro. "Entre el socialismo y la sociedad —cacarea el tercer gallo del orden— hay un duelo a muerte, una guerra sin tregua ni cuartel; en este duelo desesperado tiene que perecer uno de los dos; si la sociedad no aplasta al socialismo,

éste aplastará a la sociedad." ¡Levantad las barricadas del orden, las barricadas de la religión, las barricadas de la familia! ¡Hay que acabar con los 127 000 electores de París![523] ¡Una Noche de San Bartolomé para los socialistas! Y el partido del Orden cree por un momento tener asegurada la victoria.

Contra quienes más fanáticamente se revuelven sus órganos es contra los *"tenderos de París"*. ¡Los insurrectos de Junio elegidos diputados por los tenderos parisinos!, significa la imposibilidad de un segundo 13 de junio de 1848, la imposibilidad de un segundo 13 de junio de 1849; significa, en otras palabras, que la influencia moral del capital ha sido destruida, es decir, que la Asamblea burguesa representa ya solamente a la burguesía, es decir, que la gran propiedad está perdida, porque su vasallo, la pequeña propiedad, va a buscar su salvación al campo de los desposeídos.

El partido del Orden retorna, naturalmente, a sus inevitables *lugares comunes*. "*¡Más represión!* —grita—. *¡Diez veces más represión!*" Pero su fuerza represiva ha disminuido diez veces en tanto que la resistencia se ha centuplicado. ¿Acaso no hay que reprimir incluso al instrumento principal de la represión, al ejército? Y el partido del Orden pronuncia su última palabra: "Hay que romper el anillo de hierro de una legalidad asfixiante. *La República constitucional es imposible.* Debemos luchar con nuestras verdaderas armas, pues desde febrero de 1848 venimos combatiendo a la revolución con *sus* armas y en *su* terreno y aceptando *sus* instituciones; la Constitución es un baluarte que sólo protege a los sitiadores, pero no a los sitiados. Al deslizarnos en la santa Ilión, escondidos en el vientre del caballo de Troya, no hemos conquistado, como nuestros antepasados los *griegos*,* la ciudad enemiga, sino que nos hemos convertido nosotros mismos en prisioneros".

El fundamento sobre que descansa la Constitución es el *sufra-*

[523] El diputado francés De Flotte, partidario de Blanqui y representante del proletariado revolucionario de París, obtuvo en las elecciones del 15 de marzo 126 643 votos.

* Juego de palabras. En francés, "griegos", *grecs*, significa también fulleros o tahúres profesionales. *[Nota de Engels a la edición de 1895.]*

gio universal. La *destrucción del sufragio universal* es, pues, la última palabra del partido del Orden, de la dictadura de la burguesía.

El sufragio universal les había dado la razón el 4 de mayo de 1848, el 20 de diciembre de 1848, el 13 de mayo de 1849 y el 8 de junio de este mismo año. El 10 de marzo de 1850, el sufragio universal se dio un mentís a sí mismo. La dominación de la burguesía, como emanación y resultado del sufragio universal, como acto manifiesto de la voluntad del pueblo soberano: he allí el sentido de la Constitución burguesa. Pero ¿tiene algún sentido la Constitución, desde el momento en que el contenido del derecho de sufragio, de la voluntad soberana del pueblo, no es ya la dominación de la burguesía? ¿No es deber de la burguesía reglamentar el derecho de sufragio de tal modo que exprese la voluntad de lo racional, es decir, su propia dominación? El sufragio universal, que cancela constantemente el poder estatal existente para crearlo de nuevo partiendo de sí mismo, ¿no destruye con ello toda estabilidad, poniendo en tela de juicio a cada paso los poderes existentes, echando por tierra la autoridad y amenazando con erigir en autoridad la anarquía? ¿Podía alguien poner esto en duda después del 10 de marzo de 1850?

La burguesía, al rechazar el sufragio universal, con el que hasta ahora se había disfrazado y del que derivaba su omnipotencia, confiesa sin recato: "*Hasta aquí, nuestra dictadura se ha apoyado en la voluntad del pueblo; de aquí en adelante, deberá afianzarse en contra de ella*". Y, consecuentemente, no busca ya sus puntales en *Francia,* sino fuera del país, en el extranjero, en la *invasión.*

La burguesía, como una segunda Coblenza,[524] que hubiera plantado sus tiendas en el corazón mismo de Francia, desencadenaba en contra suya, con la invasión, todas las pasiones nacionales. Al atacar al sufragio universal, da un *pretexto universal* a la nueva revolución, y la revolución necesita este pretexto. Cualquier pretexto *especial* dividiría a las facciones de la liga revolucionaria y pondría de manifiesto sus diferencias. El pretexto *universal,* en cambio, atur-

[524] *Segunda Coblenza:* Coblenza había sido, durante la Revolución francesa de 1789, el centro de emigración contrarrevolucionaria.

de a las clases semirrevolucionarias, les permite hacerse ilusiones acerca del *carácter concreto* de la próxima revolución y de las consecuencias de sus propios actos. Toda revolución necesita apoyarse en una campaña de banquetes. El sufragio universal es la campaña de banquetes de la nueva revolución.

Pero las facciones coligadas de la burguesía quedan condenadas, desde el momento en que abandonan la única forma posible de su poder *unido,* la forma más formidable y más completa de su *dominación de clase,* que es la *República constitucional,* para refugiarse de nuevo en la forma inferior, incompleta y más débil de la *monarquía.* Se asemejan al anciano que, soñando con recobrar su vigor juvenil, saca del armario sus ropas de niño, empeñándose en embutir dentro de ellas sus miembros decrépitos. Su República sólo tuvo *un* mérito: el de ser *el invernadero en que creció la revolución.*

El 10 de marzo de 1850 ostenta esta inscripción:

Après moi, le déluge! "*¡Después de mí, el diluvio!*"

IV. LA ABOLICIÓN DEL SUFRAGIO UNIVERSAL, EN 1850

(La continuación de los tres capítulos anteriores se publicó en la *Revue* del último número, quinto y sexto cuadernos dobles de la *Nueva Gaceta Renana,* que llegó a aparecer. Después de describir la gran crisis comercial que estalló en 1847 en Inglaterra y de explicar, por sus repercusiones en el continente europeo, cómo las complicaciones políticas se agudizaron en los países de Europa hasta conducir a las revoluciones de Febrero y Marzo de 1848, se expone cómo la prosperidad comercial e industrial que volvió a presentarse en el curso del año 1848 y que en 1849 se acentuó todavía más, paralizó el auge revolucionario e hizo posible los avances simultáneos de la reacción. Refiriéndose especialmente a Francia, se dice luego lo siguiente:)[a]

Los mismos síntomas se manifestaron en *Francia* a partir de 1849, y especialmente a comienzos de 1850. Las industrias de París funcionan a pleno rendimiento y también marchan bastante bien las fábricas de algodón de Rouen y Mülhausen, aunque aquí entorpecen la marcha de los negocios los elevados precios de la materia prima, como ocurre en Inglaterra. Contribuyeron especialmente, además, a fomentar la prosperidad en Francia la amplia reforma aduanera de España y la rebaja de los aranceles de importación de diversos artículos de lujo en México; en ambos mercados aumentó

[a] Estas líneas de introducción, que figuran entre paréntesis, fueron redactadas por Engels para la edición de 1895.

considerablemente la importación de mercancías francesas. El incremento de capitales condujo en Francia a una serie de especulaciones, a que sirvió de pretexto la explotación en gran escala de las minas de oro de California. Brotaron multitud de sociedades, cuyas acciones por pequeñas cantidades y cuyas perspectivas de matiz socialista apelaban directamente a los bolsillos de los pequeños burgueses y de los obreros, se reducían todas y cada una de ellas, pura y simplemente, a esa especulación fraudulenta que es una característica exclusiva de franceses y chinos. Una de estas sociedades disfrutaba incluso de la protección directa del gobierno. Las tasas de importación percibidas en Francia durante los primeros nueve meses del año ascendieron en 1848 a 63 millones, en 1849 a 95 millones y en 1850 a 93 millones de francos. Por lo demás, en septiembre de 1850 rebasaron en más de un millón de francos a las obtenidas en el mismo mes del año 1849. También las exportaciones aumentaron en 1849, y más aún en 1850.

La prueba más palmaria de la vuelta a la prosperidad la tenemos en el restablecimiento de los pagos al contado del Banco por la ley del 6 de agosto de 1850. El 15 de marzo de 1848 se había autorizado al Banco a suspender sus pagos al contado. La circulación de billetes de banco, incluyendo los de los bancos provinciales, ascendía en aquel momento a 373 millones de francos (14 920 000 libras esterlinas). El 2 de noviembre de 1849, esta circulación había subido a 482 millones de francos, equivalente a 19 280 000 libras, lo que representaba un incremento de 4 360 000 libras, y el 2 de septiembre de 1850 a 496 millones de francos, o sea 19 840 000 libras esterlinas, lo que supone un aumento de unos 5 millones de libras. Además, no se produjo depreciación alguna de los billetes de banco; antes al contrario, el incremento de circulación del papel-moneda fue acompañado por una acumulación sin cesar creciente de oro y plata en las bóvedas del Banco: en el verano de 1850, las reservas en barras ascendían ya a unos 14 millones de libras esterlinas, lo que era, para Francia, una suma inaudita. El hecho de que el Banco se hallase, así, en condiciones de aumentar en 123 millones de francos,

equivalentes a unos 5 millones de libras, su circulación, y con ello su capital en activo, demuestra palmariamente cuán fundada era la afirmación que hacíamos en uno de los artículos anteriores al decir que la revolución, lejos de derrocar a la aristocracia financiera, vino incluso a fortalecerla todavía más.

Y este resultado aparece aún más palpable a la luz del siguiente resumen acerca de la legislación bancaria francesa de estos últimos años. El 10 de junio de 1847 se autorizó al Banco a emitir billetes de 200 francos; hasta entonces, los billetes más bajos eran de 500 francos. Un decreto del 15 de marzo de 1848 declaró moneda legal los billetes del Banco de Francia y relevó a éste del deber de canjearlos por dinero metálico. Se limitó a 350 millones de francos la emisión de billetes. Y se autorizó al Banco, al mismo tiempo, a emitir billetes de 100 francos. Por decreto del 27 de abril se dispuso la fusión de los bancos departamentales con el Banco de Francia; otro decreto, fechado el 2 de mayo de 1848, elevó la emisión de billetes de dicho Banco a 452 millones de francos, Un decreto del 22 de diciembre de 1849 ascendió a la máxima emisión de billetes, 525 millones de francos. Por último, la ley del 6 de agosto de 1850 restableció la canjeabilildad de los billetes por dinero metálico.

Todos estos hechos, el constante incremento de la circulación, la concentración de todo el crédito francés en manos del Banco y la concentración de todo el oro y la plata del país en los sótanos del mismo, llevaron al señor Proudhon a la conclusión de que el Banco de Francia tenía necesariamente que desprenderse de su vieja piel de serpiente y metamorfosearse en Banco popular prudoniano.[525] No necesitaba ni siquiera conocer la historia de las restricciones bancarias de 1797 a 1819, en Inglaterra,[526] sino que le bastaba

[525] *Banco prudoniano:* propuesta presentada por Proudhon en su polémica contra el economista vulgar Frédéric Bastiat, cuyas ideas habían encontrado un vocero en el periódico *Voix du Peuple* de noviembre de 1849 a febrero de 1850. Esta polémica fue recogida en un folleto publicado en París, en el año de 1850, con el título de *Gratuité du crédit. Discussion entre M. Fr. Bastiat et M. Proudhon.*

[526] En 1797 el gobierno inglés otorgó una legislación especial acerca de las restricciones bancarias, en la que se fijaba el curso forzoso de los billetes de Banco y se dejaba pendiente

con echar una mirada al otro lado del Canal, para darse cuenta de que esto que a él se le antojaba un hecho inaudito en la historia de la sociedad burguesa, era en realidad un fenómeno burgués absolutamente normal, aunque en Francia se presente ahora por vez primera. Como se ve, los supuestos teóricos revolucionarios, que después del Gobierno provisional llevaban la voz cantante en París, sabían tan poco acerca de la naturaleza y los resultados de las medidas adoptadas como los mismos señores del Gobierno provisional.

A pesar de la prosperidad industrial y comercial de que goza Francia por el momento, la masa de la población, los 25 millones de campesinos, pasa por una gran depresión. Las buenas cosechas de los últimos años han hecho descender los precios del trigo en Francia, más todavía que en Inglaterra, y en estas condiciones no puede ser muy brillante, que digamos, la situación de los campesinos, llenos de deudas, devorados por la usura y abrumados de impuestos. Sin embargo, la historia de los tres últimos años ha demostrado hasta la saciedad que este sector de la población es totalmente incapaz de cualquier iniciativa revolucionaria.

El periodo de la prosperidad, lo mismo que el de la crisis, comienza más tarde en el continente que en Inglaterra. Es en Inglaterra donde se produce siempre el proceso originario; Inglaterra es el demiurgo del cosmos burgués. En el continente se presentan bajo su forma secundaria o terciaria las diferentes fases del ciclo, que repite siempre la sociedad burguesa. En primer lugar, el continente exporta a Inglaterra un volumen incomparablemente mayor de artículos que a cualquier otro país. Y este comercio de exportación a Inglaterra depende, a su vez, del estado que Inglaterra ocupa, principalmente con respecto al mercado de ultramar. En segundo lugar, tenemos que Inglaterra exporta a los países de ultramar una cantidad incomparablemente mayor de mercancías que a todo el continente, lo que hace que el volumen de exportaciones del continente

la obligación de canjearlos por oro. Esta *Restriction Act of 1797* legalizaba la suspensión de pagos por parte de los bancos, retirando el oro del comercio. Hasta 1821, mediante otra legislación de 1819, no volvió a restablecerse el canje de los billetes de Banco por oro.

a aquellos países dependa siempre de las exportaciones de Inglaterra a cada uno de ellos. Así pues, si las crisis engendran revoluciones primero que en ningún otro sitio en el continente, la causa de ello debe buscarse siempre en Inglaterra. Es natural que los estremecimientos violentos se produzcan antes en las extremidades del cuerpo de la burguesía que en su corazón, ya que la posibilidad de una compensación es mayor en éste que en aquéllas. Por otra parte, el grado en que las revoluciones continentales repercuten sobre Inglaterra es, al mismo tiempo, el termómetro que nos permite conocer hasta qué punto estas revoluciones ponen realmente en peligro las condiciones de vida de la burguesía o afectan solamente a sus formaciones políticas.

Ante esta prosperidad general, en que las fuerzas productivas de la sociedad burguesa se desarrollan con toda la exuberancia que les consienten, en términos generales, las condiciones propias de la burguesía, no puede hablarse de una verdadera revolución. Una revolución verdadera sólo puede darse en los periodos en que entran *en contradicción* estos *dos factores*, las *modernas fuerzas productivas* y las *formas burguesas de producción*. Las diferentes rencillas a que se hallan entregados actualmente los representantes de las diversas facciones del partido continental del Orden y en que se comprometen las unas con las otras, lejos de dar pie a nuevas revoluciones sólo pueden producirse, por el contrario, porque, de momento, el fundamento sobre que descansan las relaciones sociales es momentáneamente tan seguro, y, además, cosa que la reacción ignora, tan *burgués*. Contra él se estrellan lo mismo los intentos de la reacción por contener el desarrollo burgués que todos los desahogos de la indignación moral y todas las encendidas proclamas de los demócratas. *Sólo a consecuencia de una nueva crisis podrá producirse una nueva revolución. Pero es tan segura la una como la otra.*

Pasemos ahora a *Francia*.

La victoria lograda el 10 de marzo por el pueblo en unión de la pequeña burguesía, fue anulada por él mismo, al provocar las nue-

vas elecciones del 28 de abril. Vidal salió elegido en dos distritos, en París y en el bajo Rin. El comité parisino, en el que tenían una fuerte representación la Montaña y la pequeña burguesía, le movió a aceptar el acta por el bajo Rin. La victoria del 10 de marzo fue perdiendo su carácter decisivo; se dilató una vez más el plazo marcado para la decisión; la energía del pueblo, puesta en tensión, decayó, al irse acostumbrando el pueblo a los triunfos legales, en vez de los revolucionarios. Por último, el sentido revolucionario del 10 de marzo, que no era otro que la rehabilitación de la insurrección de Junio, quedó completamente anulado con la candidatura de Eugenio Sue, el social-fantaseador sentimental-pequeño burgués, que el proletariado sólo podía aceptar, a lo sumo, como una broma para complacer a las modistillas de París. Frente a esta candidatura bien intencionada, el partido del Orden, al que la vacilante política de sus adversarios volvía cada vez más audaz, presentó un candidato llamado a representar la *victoria* de Junio. Este curioso candidato era el espartano padre de familia Leclerc, a quien, sin embargo, la prensa se encargó de irle arrancando, trozo a trozo, su heroica armadura, y que sufrió también una brillante derrota en las elecciones. La nueva victoria electoral alcanzada el 28 de abril enorgulleció a la Montaña y a la pequeña burguesía. La Montaña no cabía en sí de gozo ante la idea de que podría alcanzar la meta de sus deseos por la vía puramente legal sin necesidad de empujar de nuevo al primer plano al proletariado por medio de una revolución. Estaba segura de que, en las nuevas elecciones de 1852, gracias al sufragio universal, podría llevar al sitial de la presidencia al señor Ledru-Rollin y hacer entrar en la Asamblea a una mayoría de diputados de la Montaña. El partido del Orden, a quien la renovación de las elecciones, la candidatura de Eugenio Sue y el estado de ánimo de la Montaña y de la pequeña burguesía daban la completa seguridad de que, ante este conjunto de circunstancias, aquellos elementos permanecerían tranquilos, contestó a las dos victorias electorales con una *ley electoral* por la que se abolía el sufragio universal.

El gobierno se guardó de presentar este proyecto de ley bajo su

propia responsabilidad. Hizo a la mayoría una aparente concesión, encomendando la elaboración de dicho proyecto a los grandes dignatarios de esta mayoría, a los diecisiete burgraves.[527] No fue, pues, el gobierno quien propuso a la Asamblea la abolición del sufragio universal, sino que la propuesta partió de la mayoría de la Asamblea misma.

El 8 de mayo se presentó el proyecto a la Cámara. Toda la prensa democrático-social se levantó como un solo hombre para recomendar al pueblo una actitud digna, calme majestueux,[b] pasividad y confianza en sus representantes. Cada artículo publicado por estos periódicos venía a confesar que una revolución tenía necesariamente que acabar, ante todo, con la llamada prensa revolucionaria y de que, por tanto, se trataba, ahora, de la propia conservación. La prensa supuestamente revolucionaria delataba, así, todo su secreto y firmaba su propia sentencia de muerte.

El 21 de mayo, la Montaña puso a discusión la cuestión previa y pidió que el proyecto fuese rechazado en bloque, puesto que atentaba contra la Constitución. El partido del orden contestó que, si era necesario, se infringiría la Constitución, pero que, por el momento, no hacía falta, ya que la Constitución era susceptible de ser interpretada de todos los modos posibles y sólo la mayoría podía decidir acerca de la interpretación acertada. A los ataques brutales y desaforados de Thiers y Montalembert opuso la Montaña un decoroso y culto humanismo. Se remitió al terreno jurídico; por su parte, el partido del Orden se remitía al terreno del que nace el derecho, a la propiedad burguesa. La Montaña gimoteó, preguntando si realmente se quería provocar a todo trance una revolución. El partido del Orden replicó que, si estallaba, se le saldría al paso.

La cuestión previa fue rechazada, el 22 de mayo, por 462 votos

[527] Nombre que da Marx a la comisión formada por 17 orleanistas y legitimistas, diputados de la Asamblea Legislativa, nombrada por orden del ministro del Interior el 1 de mayo de 1850 con objeto de que redactara el proyecto para una nueva ley electoral. Se les llamaba así tomando en cuenta los poderes infundados y las tendencias reaccionarias de estos comisionados monárquicos; un drama de Victor Hugo se titula asimismo *Los burgraves*.

[b] Calma mayestática.

contra 227. Los mismos hombres que habían asegurado con tan solemne meticulosidad que la Asamblea Nacional y cada diputado dimitirían si el pueblo, su mandante, les retiraba los poderes, siguieron en sus puestos; trataron de lograr, repentinamente, que en vez de ellos actuara el país por medio de peticiones, y siguieron en sus sitios, sin moverse, cuando el 31 de mayo fue aprobada la ley por una brillante votación. Intentaron vengarse mediante una protesta en la que hacían constar su inocencia en el atropello cometido contra la Constitución, protesta que ni siquiera se atrevieron a presentar abiertamente, sino que deslizaron, a hurtadillas, en el bolsillo del presidente.

Un ejército de 150 000 hombres apostado en París, el largo aplazamiento de la decisión, el tono apaciguador de la prensa, la pusilanimidad de la Montaña y de los diputados recién elegidos, la calma mayestática de la pequeña burguesía y, sobre todo, la prosperidad comercial e industrial, impidieron cualquier tentativa de revolución por parte del proletariado.

El sufragio universal había cumplido su misión. La mayoría del pueblo había pasado por la escuela evolucionista, que es lo único para que puede servir el sufragio universal en una época revolucionaria. Tenía que ser necesariamente eliminado, o por una revolución o por la reacción.

Pronto habría de presentarse la ocasión de que la Montaña desplegara una plétora de energía aún mayor. Desde la tribuna de la Asamblea, el ministro de la Guerra, d'Hautpoul, calificó la revolución de Febrero de funesta catástrofe. Los oradores de la Montaña, quienes, como de costumbre, se distinguían por sus clamores de indignación moral, fueron privados del uso de la palabra por el presidente de la Asamblea, el señor Dupin. Girardin propuso a la Montaña retirarse en bloque en aquel mismo instante. Resultado: la Montaña siguió en sus escaños, en tanto que Girardin era expulsado de su seno, por considerársele indigno de pertenecer a ella.

La ley electoral necesitaba ser complementada con una nueva *ley de prensa.* Ésta no se hizo esperar mucho. Un proyecto del

gobierno, agravado en una serie de puntos por enmiendas del partido del Orden, aumentó las sumas de las fianzas, creó un impuesto del timbre extraordinario para las novelas por entregas (respuesta a la elección de Eugenio Sue), gravó fiscalmente todas las publicaciones semanales o mensuales que no llegaran a un determinado número de pliegos y, por último, dispuso que todos los artículos periodísticos se publicaran con la firma de su autor. Las nuevas disposiciones sobre las fianzas venían a matar a la prensa llamada revolucionaria, muerte que el pueblo consideró como una reparación por la abolición del sufragio universal.

Sin embargo, ni la tendencia ni los resultados de la nueva ley se extendían solamente a esta parte de la prensa. Mientras la prensa periódica habría podido mantenerse en el anonimato, aparecía como un órgano de la innúmera e innominada opinión pública; era el tercer poder dentro del Estado. La obligación de firmar todos los artículos convertía a los periódicos en meras amalgamas de escritos de individuos más o menos conocidos. Cada artículo descendía al nivel de un anuncio. Hasta ahora, los periódicos circulaban como el papel-moneda de la opinión pública; de ahora en adelante, se convertían en letras de cambio más o menos dudosas, cuya solvencia y cuya circulación dependían del crédito no sólo del librador de la letra, sino también de su endosante.

La prensa del partido del Orden, que había provocado la abolición del sufragio universal, había provocado también que se adoptasen las medidas más extremas contra la mala prensa. Pero hasta la buena prensa, envuelta en su inquietante anonimato, le resultaba molesta al partido del Orden, y más aún a algunos de sus representantes en las provincias. No quiso que siguiese habiendo más que escritores a sueldo, con el nombre, el domicilio y toda la filiación debidamente registrados. En vano la buena prensa se quejó de la ingratitud con que se le retribuían sus servicios. La ley fue aprobada, y el requisito de la mención de los autores afectaba sobre todo a aquella prensa. Los nombres de los periodistas republicanos eran harto conocidos; pero las respetables firmas del *Journal des Débats*,

de la *Assemblée National,*[528] del *Constitutionnel,*[529] etc., etc., quedaban en bastante mal lugar, con toda su ensalzada sabiduría de estadistas, al revelarse que la misteriosa sociedad no era otra cosa que una colección de venales escritores a penny-a-liners,[c] dotados de una larga práctica y que, por una soldada, defendían o habían defendido todas las causas; gente de la calaña de Granier de Cassagnac, de viejos trapos de fregar que se llamaban a sí mismos estadistas, como Capefigue, o de presuntuosos cascanueces por el estilo del señor Lemoinne, del *Débats.*

En el debate sobre la ley de prensa, la Montaña había descendido ya a tal nivel de degradación moral, que tuvo que limitarse a aplaudir los brillantes parlamentos de una vieja notabilidad de los tiempos de Luis Felipe, el señor Victor Hugo.

Con la ley electoral y la ley de prensa, se retira de la escena oficial el partido revolucionario y democrático. Antes de marcharse a sus casas, poco tiempo después de terminar la legislatura, las dos facciones de la Montaña, la de demócratas socialistas y la de los socialistas democráticos, emitieron dos manifiestos, dos *testimonia paupertatis,*[d] en los que ponían de manifiesto que, si la fuerza y el éxito no habían estado nunca de su parte, ellos, en cambio, habían estado siempre de parte del derecho eterno y de todas las demás verdades eternas.[530]

Fijémonos ahora en el partido del Orden. La *Nueva Gaceta Renana* escribía, en su Cuaderno III, p. 16:[e] "Frente a las veleidades restauradoras de orleanistas y legitimistas coligados, Bonaparte defiende el título de su poder común, la República; los legitimistas

[528] *L'Assemblée National:* diario francés de tendencia monárquico-legitimista, publicado en París de 1848 a 1857. Hasta 1851 defendió las ideas de los partidarios de la fusión de los dos partidos dinásticos, legitimistas y orleanistas.

[529] Véase *supra,* nota 136.

[c] A tanto la línea.

[d] Certificados de pobreza.

[530] Los dos manifiestos de que se hace mención eran el "Informe de la Montaña al Pueblo", publicado en el diario *Le Peuple* de 1850 (núm. 6, del 11 de agosto de 1850) y el llamamiento "Al pueblo", publicado en ese mismo diario (núm. 7, del 14 de agosto de 1850).

[e] Véase *supra,* p. 610.

defienden contra los orleanistas y éstos contra aquéllos el *statu quo*, la República. Todas estas facciones del partido del Orden, cada una de las cuales aspira a su propio rey y a su propia restauración, invocan mutuamente, frente a las apetencias de restauración y de levantamiento de sus rivales, la dominación común de la burguesía, la forma bajo la cual se neutralizan y se mantienen en pie las pretensiones propias y especiales: la República... Y Thiers tenía más razón de la que él mismo sospechaba, cuando decía: 'Nosotros los monárquicos, somos los verdaderos puntales de la República constitucional'."

Esta comedia de los républicains malgré eux,[f] la resistencia contra el *statu quo* y su continuo afianzamiento; las incesantes fricciones entre Bonaparte y la Asamblea Nacional; la amenaza constantemente reiterada del partido del Orden de disolverse en las diversas partes que lo integraban, y la fusión, a cada paso repetida, de sus diferentes facciones; el intento de cada facción de convertir las victorias sobre el enemigo común en otras tantas derrotas de los aliados circunstanciales; los mutuos celos, inquinas y desaires, que acaban siempre en un beso-Lamourette;[531] toda esta comedia poco edificante de enredo, nunca llegó a representarse bajo una forma más clásica que durante los seis meses últimos.

El partido del Orden consideraba la ley electoral, al mismo tiempo, como una victoria en contra de Bonaparte. ¿Acaso el gobierno no había entregado sus poderes, al encomendar a la Comisión de los diecisiete la redacción y la responsabilidad de su propio proyecto? Y la gran fuerza de Bonaparte en contra de la Asamblea, ¿no residía en el hecho de ser el elegido de seis millones de votantes? A su vez, Bonaparte consideraba la ley electoral como una concesión hecha a la Asamblea, el precio pagado por la armonía entre el poder

[f] Republicanos a pesar ellos.

[531] *Beso-Lamourette:* Marx hace aquí alusión a un conocido episodio de la Revolución francesa. El 7 de julio de 1792, el diputado de la Asamblea Legislativa, Lamourette, propuso poner fin a las discordias entre los partidos con un beso de fraternidad. Al escuchar la propuesta, los representantes de los partidos hostiles se abrazaron, pero al día siguiente, como era de esperarse, habían echado al olvido el hipócrita beso de la concordia.

legislativo y el ejecutivo. En pago de ello, el vulgar aventurero exigió que se aumentase en tres millones más su lista civil. ¿Podía la Asamblea Nacional permitirse el lujo de entrar en conflicto con el poder ejecutivo, en un momento en que había excomulgado a la gran mayoría de los franceses? La Asamblea se revolvió, encolerizada, parecía querer echarlo todo a rodar; la comisión encargada del asunto rechazó la propuesta; la prensa bonapartista amenazaba y hablaba del pueblo desheredado, al que se había arrebatado su derecho de sufragio; mediaron una serie de ruidosos intentos de arreglo, y, por último, la Asamblea cedió en el fondo del asunto, aunque vengándose al mismo tiempo en el terreno de los principios. En vez de acceder al aumento anual de la lista civil por tres millones, concedió a Bonaparte un subsidio de 2 160 000 francos. Y, no contenta con esto, no votó esta concesión hasta que la hubo apoyado Changarnier, el general del partido del Orden, impuesto a Bonaparte como su protector. En rigor, como se ve, no concedió los dos millones tanto a Bonaparte como a Changarnier.

Bonaparte aceptó con el mismo espíritu con que se le hacía este regalo arrojado de mauvaise grâce.[g] La prensa bonapartista volvió a gritar en contra de la Asamblea Nacional. Y cuando, en el debate sobre la ley de prensa, se presentó la enmienda acerca de la mención de los autores de los artículos, la cual iba dirigida también, especialmente, contra los periódicos secundarios, defensores de los intereses privados de Bonaparte, el principal órgano bonapartista, el *Pouvoir*,[532] lanzó contra la Asamblea Nacional un ataque violento y desembozado. Los ministros tuvieron que desautorizar ante la Asamblea al periódico atacante; el gerente del *Pouvoir* fue citado a comparecer ante la Asamblea y condenado a pagar la multa más alta, 5 000 francos. Al día siguiente, el *Pouvoir* publicaba un artículo todavía más insolente contra la Asamblea, y, como una venganza

[g] De mala gana.

[532] *Le Pouvoir:* órgano de la prensa bonapartista publicado en París de abril de 1849 a junio de 1850. Primero apareció con el título de *Le Dix Décembre, Journal de l'ordre.* De junio de 1850 a enero de 1851 estuvo bajo la dirección de Granier de Cassagnac.

de gobierno, los tribunales procesaron inmediatamente, por violación de la Constitución, a varios periódicos legitimistas.

Por último, se abordó el problema de la suspensión de sesiones de la Cámara. Bonaparte deseaba que se acordase, para poder operar sin que la Asamblea lo molestara. El partido del Orden coincidía en el mismo deseo, en parte para llevar a cabo sus intrigas facciosas y en parte para entregarse a los intereses particulares de los diputados. Ambos necesitaban de esta medida para poder afianzar y llevar adelante los avances de la reacción en las provincias. La Asamblea acordó, pues, suspender sus sesiones desde el 11 de agosto hasta el 11 de noviembre. Pero, en vista de que Bonaparte no se recataba para decir que lo único que le interesaba era desembarazarse de la enojosa fiscalización de la Asamblea Nacional, la Asamblea puso en el mismo voto de confianza el sello de la desconfianza contra el presidente. Todos los bonapartistas fueron dejados fuera de la Comisión permanente de 28 miembros que habían de actuar como custodios de la República[533] cuando la Cámara no sesionara. Y en lugar de ellos fueron elegidos, incluso, algunos republicanos del *Siècle* y el *National*, para hacer ver al presidente la devoción de la mayoría parlamentaria por la República constitucional.

Poco antes de la suspensión de sesiones de la Cámara, y especialmente a raíz de ella, parecían querer reconciliarse las dos grandes facciones del partido del Orden, los orleanistas y los legitimistas, mediante la fusión de las dos dinastías bajo cuyas banderas luchaban. Los periódicos venían llenos de propuestas de reconciliación discutidas junto al lecho de enfermo de Luis Felipe en Saint Leonards, cuando su muerte vino a simplificar de pronto la situación. Luis Felipe era el usurpador, Enrique V el despojado, y el conde de París, pues Enrique V carece de descendencia, el legítimo here-

[533] De acuerdo con el art. 32 de la Constitución de la República francesa, entre una y otra legislatura de la Asamblea Legislativa se proponía una Comisión permanente, integrada por 25 miembros elegidos de entre los diputados y la Mesa de la Asamblea. Esta comisión podía convocar a la Asamblea Legislativa en casos extraordinarios. En 1850, la comisión estaba formada, de hecho, por 39 miembros: 11 provenientes de la Mesa de la Asamblea, 3 cuestores y 25 diputados designados por elección.

dero del trono. La fusión de los dos intereses dinásticos carecía ahora de todo pretexto. Y fue precisamente entonces cuando las dos facciones de la burguesía descubrieron que no las dividía precisamente su entusiasmo por una determinada casa real, sino que eran, por el contrario, intereses de clase contrapuestos los que mantenían desunidas a las dos dinastías. Los legitimistas, que habían ido en peregrinación a Wiesbaden, a la corte de Enrique V, como sus competidores a Saint Leonards, recibieron allí la noticia de la muerte de Luis Felipe. Formaron inmediatamente un ministerio[534] *in partibus infidelium;*[535] integrado en su mayoría por miembros de aquella comisión de custodios de la República de que hablamos más arriba y que, con motivo de una discordia manifestada en el seno del partido, lanzó la más desembozada proclama en defensa de la monarquía por la Gracia de Dios. Los orleanistas prorrumpieron en gritos de júbilo ante el comprometedor escándalo que este manifiesto[536] suscitó en la prensa, sin recatar ni por un momento su franca hostilidad en contra de los legitimistas.

Mientras estaban suspendidas las sesiones de la Asamblea Nacional, se reunieron las diputaciones departamentales. La mayoría de estas representaciones se pronunció en favor de una revisión más o menos condicionada de la Constitución; es decir, se mani-

534 Fueron los legitimistas quienes intentaron formar este gabinete ministerial. Lévis, Saint-Priest, Berryer, Patoret y d'Escars estaban destinados a formar parte de él. Este gabinete estaba preparado para el caso de que llegara al poder el pretendiente legitimista, conde de Chambord.

535 *In partibus infidelium* (literalmente: "en el país de los infieles"), que se agregaba al título otorgado a los obispos católicos destinados a cargos puramente nominales en países y territorios no cristianizados. Esta expresión la empleaban a menudo Marx y Engels, aplicándola a diversos gobiernos formados en el exilio sin tener en cuenta, generalmente, la situación real de su país.

536 Marx se refiere al llamado "Manifiesto de Wiesbaden", circular que redactó el 30 de agosto de 1850 en Wiesbaden el secretario de la fracción legitimista en la Asamblea Legislativa, De Barthelemy, por encargo del conde de Chambord. En esta circular se determinaba la política de los legitimistas para el caso de que subieran al poder; el conde Chambord declaraba que "rechazaba oficial y rotundamente todo llamamiento al pueblo, ya que tal llamamiento implicaba la renuncia al gran principio nacional de una monarquía hereditaria". Esta declaración motivó una polémica en la prensa con motivo de la protesta de una serie de monárquicos encabezados por el diputado La Rochejaquelein.

festó en pro de una restauración monárquica cuyos términos no se precisaban, en pro de una *"solución"*, confesando, al mismo tiempo, que no se consideraba lo bastante competente ni lo bastante valiente para encontrar esta solución. La facción bonapartista interpretó en seguida este deseo de revisión en el sentido de que se prorrogara el mandato presidencial de Bonaparte. Para la clase dominante era totalmente inadmisible la solución constitucional, la dimisión de Bonaparte en mayo de 1852, la elección simultánea de un nuevo presidente por todos los electores del país y la subsiguiente revisión de la Constitución por medio de una Cámara convocada especialmente para ello, en los primeros meses de la nueva presidencia. El día de las nuevas elecciones presidenciales se habrían dado cita todos los partidos enemigos, los legitimistas, los orleanistas, los republicanos burgueses y los revolucionarios. Habría tenido que zanjarse por la violencia el conflicto entre las diversas facciones. Si el mismo partido del Orden hubiese logrado unificarse en torno a la candidatura de una figura neutral al margen de las familias dinásticas, volvería a enfrentarse a él Bonaparte. El partido del Orden se ve obligado, en su lucha contra el pueblo, a acrecentar constantemente las atribuciones del poder ejecutivo. Y ello equivale a acrecentar los poderes de su titular, de Bonaparte. Por tanto, en la misma medida en que el partido del Orden fortalece su poder común, fortalece también los medios de lucha de las pretensiones dinásticas de Bonaparte y fortalece las probabilidades con que cuenta para hacer fracasar violentamente la solución constitucional, al llegar la hora de la decisión. Ese día, Bonaparte, para dar la batalla al partido del Orden, no se detendrá ante uno de los pilares fundamentales, la Constitución, como ese partido, para luchar contra el pueblo, no se detuvo tampoco ante el otro pilar, ante la ley electoral. Incluso apelaría, en contra de la Asamblea, al sufragio universal.

En una palabra, la solución constitucional pone en tela de juicio todo el *statu quo* político, y poner en peligro el *statu quo* es, para el burgués, lanzarse al caos, a la anarquía, a la guerra civil. El burgués ve amenazado para el primer domingo del mes de mayo

de 1852 sus compras y sus ventas, sus letras de cambio, sus matrimonios, sus escrituras notariales, sus hipotecas y sus rentas, sus alquileres, sus ganancias, todos sus contratos y fuentes de lucro, y no quiere correr ese riesgo. Poner en peligro el *statu quo* político es exponerse a la amenaza de que se derrumbe toda la sociedad burguesa. La única solución posible grata a la burguesía es ir aplazando la solución. El único modo como ella puede salvar a la República constitucional es violando la Constitución, mediante el acuerdo de prorrogar los poderes del presidente. Y no es otra tampoco la última palabra de la prensa del orden, después de los largos e ingeniosos debates sobre las posibles "soluciones", a que se ha entregado después de la sesión de los Consejos generales. Por donde el poderoso partido del Orden se ve obligado así, para vergüenza suya, a tomar en serio la ridícula, vulgar y, para él, aborrecida persona del seudo-Bonaparte.

Esta sucia figura se engañaba también en cuanto a las causas que la revestían cada vez más con el carácter del hombre indispensable. Mientras que su partido tenía la suficiente penetración para atribuir la creciente importancia de Bonaparte a las circunstancias, él creía que se debía exclusivamente al hechizo de su nombre y a sus constantes actitudes de imitación caricaturesca de Napoleón. Se mostraba cada día más emprendedor. Opuso a las peregrinaciones a Saint Leonards y Wiesbaden sus giras a través de Francia. Los bonapartistas se fiaban tan poco de los encantos mágicos de su personalidad, que por todas partes enviaban a su paso, como "claque", empaquetados en masa en trenes de ferrocarril y sillas de posta, a gente de la Sociedad del 10 de diciembre,[537] que era la organización del lumpenproletariado de París. Y ponían en boca de su fantoche discursos en los que se proclamaba como lema de la política presidencial, según el recibimiento que se le dispensaba en las diferentes ciudades, la resignación republicana o la perseverante tenacidad.

[537] *Sociedad del 10 de Diciembre:* sociedad secreta del lumpenproletariado parisino, fundada en 1849. Estaba dirigida por agentes bonapartistas. Marx hace una descripción precisa de ella en el cap. IV de su libro *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte.*

Sin embargo, y pese a todas estas maniobras, estos viajes distaron mucho de ser cruzadas triunfales.

Después de haber entusiasmado así al pueblo, según él creía, Bonaparte se puso en movimiento para atraerse al ejército. Mandó celebrar en la explanada de Satory, cerca de Versalles, grandes revistas de tropa en las que trató de corromper a los soldados con salchichón de ajo, champán y cigarros. Así como el auténtico Napoleón, en los avatares de sus campañas de conquista, sabía animar a sus tropas fatigadas con ciertos momentos de confianza patriarcal, el seudo-Napoleón creía que las tropas le expresaban su gratitud al gritar "Vive Napoléon, vive le saucisson!",[h] que era como gritar: "¡Viva el salchichón y viva el histrión!"[i]

Estas revistas de tropa hicieron estallar la disensión, durante largo tiempo recatadas, entre Bonaparte y su ministro de la Guerra d'Hautpoul, de una parte, y de la otra Changarnier. El partido del Orden había encontrado en Changarnier su hombre realmente neutral, que no abrigaba ninguna clase de pretensiones dinásticas propias. Era él a quien este partido tenía destinado para suceder a Bonaparte. Además, su actuación el 29 de enero y el 13 de junio de 1847 había convertido a Changarnier en el gran mariscal del partido del Orden, en el moderno Alejandro, cuya bruta interposición había venido a cortar, a los ojos del vacilante burgués, el nudo gordiano de la revolución. Tan ridículo en el fondo como Bonaparte, se había convertido así, a muy poca costa, en una potencia, que la Asamblea Nacional enfrentaba al presidente para que lo fiscalizase. En el asunto del aumento de la dotación por ejemplo, el propio Changarnier había coqueteado con la protección, dispensada por él a Bonaparte, adoptando siempre ante él y ante sus ministros un aire de superioridad. Ante la insurrección que se esperaba que provocase la nueva ley electoral, prohibió a sus oficiales recibir ninguna clase de órdenes del ministro de la Guerra o del presidente. Y, por si todo

[h] ¡Viva Napoleón, viva el salchichón!

[i] "Es lebe die Wurst, es lebe die Hanswurst!" Juego de palabras: "Wurst", salchichón, "Hanswurst!", histrión.

esto fuera poco, aún contribuía la prensa a realzar la personalidad de Changarnier. Como es natural, ante la carencia total de grandes personalidades, el partido del Orden veíase obligado a atribuir míticamente a un solo individuo la fuerza que se echaba de menos en toda su clase, convirtiendo a este individuo en un titán. Así nació el mito de Changarnier, *"baluarte de la sociedad"*. La arrogante charlatanería y los aires de misteriosa superioridad con que el general se dignaba soportar el mundo sobre sus espaldas contrastan del modo más ridículo con los acontecimientos producidos durante la revista de Satory y a raíz de ella, los que demuestran irrefutablemente que habría bastado con un plumazo de Bonaparte, el infinitamente pequeño, para reducir a este fantástico aborto del miedo de la burguesía, al coloso Changarnier, a sus verdaderas proporciones de mediocridad y convertir al héroe salvador de la sociedad en un general jubilado.

Hacía ya largo tiempo que Bonaparte se había vengado de Changarnier, al provocar a su ministro de la Guerra a pleitos y querellas disciplinarios con el incómodo protector. Hasta que, por fin, la última de las revistas de Satory hizo estallar los viejos rencores. La indignación constitucional de Changarnier rebasó ya todos los límites cuando los regimientos de caballería desfilaron al grito anticonstitucional de "Vive l'Empereur!"[j] Con objeto de prevenir cualquier fastidioso debate acerca de este grito en la próxima sesión de la Cámara, Bonaparte alejó de su cargo al ministro de la Guerra, d'Hautpoul, nombrándolo gobernador de Argelia. Para ocupar su vacante, designó a un viejo general de confianza de los tiempos del Imperio, cuya brutalidad nada tenía que envidiar a la de Changarnier. Pero, para que la sustitución de d'Hautpoul no fuese interpretada como una concesión hecha a Changarnier, decretó al mismo tiempo el traslado de París a Nantes del general Neumayer, brazo derecho del salvador de la sociedad. Este Neumayer había sido el que, en la última revista de tropa, había hecho que toda la infantería desfilase ante el sucesor de Napoleón bajo un silencio glacial.

[j] ¡Viva el Emperador!

Changarnier, abofeteado en la persona de Neumayer, protestó y amenazó. Inútilmente. Al cabo de dos días de deliberaciones, apareció en el *Moniteur* el traslado de Neumayer, y al héroe del Orden no le quedaba más que uno de dos caminos: o someterse a la disciplina o dimitir.

La lucha de Bonaparte contra Changarnier es la continuación de su lucha contra el partido del Orden. La reanudación de las sesiones de la Asamblea Nacional, el 11 de noviembre, va a efectuarse, por tanto, bajo auspicios amenazadores. Pero no pasará de ser una tempestad en un vaso de agua. En lo esencial, seguirá desarrollándose el viejo juego. Sin embargo, la mayoría del partido del Orden se verá obligada, a pesar del griterío de los campeones de los principios de sus diversas facciones, a prorrogar los poderes del presidente. En cuanto a Bonaparte, pese a todas sus protestas previas, tendrá también que resignarse, aunque sólo sea por la falta de dinero, a aceptar la prórroga de poderes como simple delegación de manos de la Asamblea Nacional. De este modo, se dará largas a la solución, se mantendrá en pie el *statu quo,* una parte del partido del Orden se verá comprometida, debilitada y hecha imposible por la otra y se extenderá y agotará la represión contra el enemigo común, contra la masa de la nación, hasta que las condiciones económicas alcancen de nuevo el grado de desarrollo necesario para que una nueva explosión haga volar por los aires a todos estos partidos en discordia, con su República constitucional.

Diremos, por lo demás, para tranquilidad del burgués, que el escándalo entre Bonaparte y el partido del Orden da como resultado el arruinar a multitud de pequeños capitalistas en la Bolsa, haciendo que sus fortunas vayan a parar a los bolsillos de los grandes lobos bursátiles.

INTRODUCCIÓN [A "LAS LUCHAS DE CLASES EN FRANCIA DE 1848 A 1850", DE C. MARX (1895)][538]

[F. ENGELS]

EL TRABAJO QUE AQUÍ PUBLICAMOS FUE EL PRIMER INTENTO DE Marx de explicar un fragmento de historia contemporánea por medio de su concepción materialista, partiendo de la realidad económica. En el *Manifiesto comunista* se había aplicado la teoría, en sus lineamientos generales, a la historia moderna en su conjunto, y en los artículos publicados por Marx y por mí en la *Nueva Gaceta Renana* nos apoyábamos constantemente en dicha teoría para esclarecer los acontecimientos políticos de nuestro tiempo. Aquí, en cambio, se trata, de poner de manifiesto la concatenación causal presente en un proceso de varios años, y que es al mismo tiempo crítico y típico para toda Europa: es decir, lo que

[538] Esta "Introducción" de Engels a *Las luchas de clases en Francia,* en que se desarrolla un examen de las luchas revolucionarias de 1848-1849, así como los cambios impuestos por la nueva situación en que ha de desarrollarse la táctica de lucha por parte del proletariado, fue escrita con motivo de las frecuentes deformaciones, de parte de la socialdemocracia alemana, de la lucha revolucionaria. En marzo de 1895, Liebnechkt publicó en el diario que él dirigía, *Vorwärts*!, órgano central de partido socialdemócrata alemán, una serie de extractos de esta "Introducción", tomándolos libremente. Engels protestó contra ello (carta a Paul Lafargue, del 3 de abril de 1895), arguyendo que (Liebnechkt) se limitaba a extraer de su trabajo aquello "que pudiera servirle para apoyar una táctica pacífica, en la que se rechazaba, a toda costa, el empleo de la violencia". Y el propio Engels hubo de escribir a Kautsky, con este mismo motivo, el 1 de abril: "Con gran asombro, veo hoy en el *Vorwärts!* un extracto de mi 'Introducción', publicado sin mi consentimiento y amañado de tal modo que se me presenta en él como un adorador pacífico de la legalidad a ultranza. Razón de más para que insista en que el trabajo se publique ahora íntegro en la *Neue Zeit,* para así borrar esta bochornosa impresión".

el autor se propone es explicar los sucesos políticos como resultantes de causas que son, en última instancia, causas de orden económico.

Al enjuiciar los acontecimientos y series de hechos de la historia contemporánea, jamás podremos remontarnos hasta las causas económicas *últimas.* Incluso hoy, en que la prensa especializada nos suministra tan abundante material, nos sería imposible, aun en el caso de Inglaterra, seguir día a día la marcha de la industria y del comercio en el mercado mundial y los cambios producidos en los métodos de producción, de tal modo que pudiéramos trazar para un momento cualquiera la síntesis general de estos factores tan complicados y sin cesar cambiantes, los más importantes de los cuales, además, suelen permanecer largo tiempo ocultos, para irrumpir de pronto violentamente en la superficie. Una clara ojeada general sobre la historia económica de un periodo dado jamás se ofrece ante nosotros a la luz de los hechos mismos, sino que se obtiene siempre al cabo de algún tiempo, cuando se han recogido y ordenado los materiales. La estadística, de la que aquí no podemos prescindir, marcha siempre a la zaga. Por eso, cuando se trata de estudiar la historia contemporánea en curso de desarrollo, nos vemos con harta frecuencia obligados a considerar el factor más decisivo de todos como la constante, a ver en la situación económica con que nos encontramos al comienzo del periodo de que se trata como la situación dada e invariable para el periodo entero, o a tener en

Pero ni en la *Neue Zeit* ni en la edición en folleto de *Las luchas de clases en Francia,* del mismo año, llegó a publicarse el texto íntegro de esta introducción. Ante las conminatorias instancias de la dirección del partido socialdemócrata alemán, expresadas en cartas dirigidas a Engels y en las que se hablaba del peligro de una nueva ley contra los socialistas, el autor se vio obligado a suprimir algunos de los pasajes políticamente más directos de la "Introducción", en los que se hablaba de la inminencia de una nueva lucha armada del proletariado. La dirección de la socialdemocracia alemana, en cuyas manos se hallaba el archivo de Marx y Engels, siguió empeñada en utilizar el trabajo abreviado de Engels para sus propios fines, sin llegar a publicar nunca su texto íntegro, que apareció por vez primera en la Unión Soviética. La edición alemana sobre la que se basa la presente traducción está a su vez basada en el texto de las pruebas de imprenta de 1895. Los pasajes tachados por Engels en dichas pruebas de imprenta, por las consideraciones antedichas, aparecen aquí entre corchetes y las modificaciones se registran en notas al pie de la página.

cuenta solamente aquellos cambios de la situación que brotan de los mismos acontecimientos claros y manifiestos y que, por tanto, se ponen de relieve con la misma claridad. De allí que el método materialista, en estos casos, tenga que limitarse, con harta frecuencia, a reducir los conflictos políticos a las luchas de intereses entre las clases sociales y fracciones de clases preestablecidas por el desarrollo económico, identificando los distintos partidos políticos como la expresión política más o menos adecuada de estas mismas clases o sectores de ellas.

Huelga decir que esta inevitable postergación de los cambios simultáneos en cuanto a la situación económica, la verdadera base de todos los acontecimientos que se investigan, constituye necesariamente una fuente de errores. Pero ello es inevitable, pues en todas las condiciones propias de una exposición comprendida de la historia contemporánea va implícito irremediablemente el error; lo que no hace a nadie retraerse de escribir sobre historia contemporánea.

Cuando Marx emprendió este trabajo, la fuente de errores a que nos referimos era aún más inevitable. Resultaba sencillamente imposible, durante el periodo revolucionario de 1848-1849, seguir los cambios económicos que se estaban produciendo, y menos aún era posible abarcarlos en una mirada de conjunto. Y otro tanto ocurría durante los primeros meses del destierro en Londres, los del otoño e invierno de 1849-1850, que fueron precisamente los meses en que Marx comenzó este trabajo. Pero aunque las circunstancias fuesen desfavorables, el cabal conocimiento que el autor tenía, tanto de la situación económica de Francia como de la historia política de este país desde la revolución de Febrero, le permitía hacer un estudio de los acontecimientos en el que se ponía de manifiesto su concatenación interna de un modo hasta entonces jamás logrado y del que más tarde habría de dar el propio Marx una nueva y brillante prueba.

La primera fue afrontada por Marx cuando, desde la primavera de 1850, volvió a encontrar el tiempo necesario para entregarse al

estudio de la economía y abordar, primeramente, la historia económica de los últimos diez años. Los mismos hechos se encargaron ahora de mostrarle claramente lo que antes había inferido él más o menos apriorísticamente a base de un material bastante incompleto, a saber: que la crisis del comercio mundial producida en 1847 había sido la verdadera matriz de las revoluciones de Febrero y Marzo y que la ola de prosperidad industrial que volvió a iniciarse gradualmente a mediados de 1848 para llegar a su apogeo en 1849 y 1850 sirvió de fuerza propulsora para el nuevo fortalecimiento de la reacción europea. Este punto de vista fue decisivo. Mientras que en los tres primeros artículos (publicados en los núms. correspondientes a enero, febrero y marzo de la *N[ueva] G[aceta] R[enana]. Revista económico-política,* Hamburgo, 1850) se trasluce todavía la esperanza de que pronto cobre nuevo auge la energía revolucionaria, el pronóstico histórico formulado por Marx y por mí para el último número, el número doble del otoño de 1850 (mayo a octubre), rompe de una vez con esas ilusiones: "Una nueva revolución —leemos aquí— sólo será posible como secuela de una crisis. Pero será, desde luego, tan segura como ésta".[539] Era, ésta, por lo demás, la única modificación esencial que se imponía. En la interpretación de los acontecimientos que dábamos en las partes anteriores y en la concatenación causal allí establecida, no había absolutamente nada que cambiar, como lo demuestra la continuación del relato del 10 de marzo al otoño de 1850, en el resumen a que me refiero. Ésta es la razón de que me haya parecido oportuno recoger esta continuación, como artículo cuarto, en la presente reedición.

La segunda prueba fue aún más dura. A raíz del golpe de Estado de Luis Bonaparte del 2 de diciembre de 1851, volvió a estudiar Marx la historia de Francia desde febrero de 1848 hasta el suceso que de momento ponía fin a este periodo revolucionario. *(El Dieciocho Brumario, de Luis Bonaparte,* 3ª ed., Hamburgo, Meissner, 1885.) En este folleto se vuelve a examinar, aunque más brevemen-

[539] Véase C. Marx y F. Engels, "Revista [mayo-octubre de 1850]", en *Escritos económicos menores,* México, FCE, Obras Fundamentales de Marx y Engels, t. 11, 1987, pp. 76-115.

te, el periodo tratado en nuestro escrito. Quien compare con la nuestra esta segunda exposición, escrita a la luz de un acontecimiento decisivo producido un año más tarde, verá que el autor tuvo muy pocas cosas que modificar.

Lo que da a nuestro escrito, además, una importancia especial es que en él se proclama por vez primera la fórmula en que la coincidencia general de los partidos obreros de todos los países del mundo resumen su posición acerca de la nueva estructuración económica del mundo: la apropiación de los medios de producción por la sociedad. En el capítulo segundo, a propósito del "derecho al trabajo", que aquí se describe como "la primera fórmula desmañada en que se compendiaban las reivindicaciones revolucionarias del proletariado" leemos: "... pero detrás del derecho al trabajo está el poder sobre el capital y detrás del poder sobre el capital *la apropiación de los medios de producción* para someterlos a la clase obrera asociada, es decir, la abolición tanto del trabajo asalariado como la del capital y de sus mutuas relaciones".[a] Se formula, pues, aquí por vez primera la tesis que distingue nítidamente el moderno socialismo obrero de los diferentes matices del socialismo feudal, burgués, pequeño burgués, etc., así como también de la confusa comunidad de bienes preconizada por el comunismo utópico y el comunismo obrero espontáneo y elemental. Y cuando, más tarde, Marx hizo esta fórmula extensiva a la apropiación de los medios de cambio, esta ampliación, que, por lo demás, se comprendía por sí misma después del *Manifiesto comunista,* era simplemente un corolario de la tesis fundamental. Alguna gente sabia, en Inglaterra, ha creído necesario añadir, recientemente, que también los "medios de distribución" deben entregarse a la sociedad. Pero esos señores se verían en un aprieto para decirnos cuáles son, en realidad, los medios económicos de distribución distintos de los de producción y de cambio. Tal vez se trate de los medios *políticos* de distribución, de los impuestos y los socorros de beneficencia, incluyendo la dotación

[a] Véase *supra,* p. 563.

del bosque de Sajonia[540] y otras por el estilo. Ahora bien, estos medios de distribución pertenecen ya actualmente a la colectividad, al Estado o al municipio y, además, nosotros aspiramos a que desaparezcan.

Cuando estalló la revolución de Febrero, todos nosotros nos hallábamos, en cuanto a nuestras ideas acerca de las condiciones y el curso de los movimientos revolucionarios, bajo el conjunto de la experiencia histórica anterior, especialmente la de Francia. No en vano este país había dominado desde 1789 toda la historia europea y de él había partido también la señal para la revolución general. Era, pues, natural e inevitable que nuestras ideas acerca de la naturaleza y la marcha de la revolución "social", de la revolución del proletariado, proclamada en París en febrero de 1848, se viesen fuertemente impregnadas por recuerdos de los modelos de 1789 a 1830. Sobre todo, cuando el levantamiento parisino encontró eco en las insurrecciones victoriosas de Viena, Milán y Berlín, cuando toda Europa, hasta llegar a la frontera rusa, se vio arrastrada al movimiento; cuando luego, en junio, se libró en París la primera gran batalla por el poder entre el proletariado y la burguesía y cuando incluso la victoria de su clase hizo estremecerse a la burguesía de todos los países, echándola de nuevo en brazos de la reacción monárquico-feudal, que acababa de ser derrocada; cuando todo esto ocurrió, no podía, en aquellas circunstancias, caber para nosotros la menor duda de que había comenzado el gran combate decisivo, que habría de librarse durante un largo y único periodo revolucionario, lleno de vicisitudes, pero que sólo podía acabar con la victoria definitiva del proletariado.

Después de las derrotas de 1849, nosotros no compartimos en modo alguno las ilusiones de la democracia vulgar, agrupada *in partibus*[541] en torno a los gobiernos revolucionarios del futuro. Esta democracia contaba con la pronta y decisiva victoria del "pueblo"

[540] *Bosque de Sajonia:* este bosque fue donado en 1871 por Guillermo I al canciller del Reich, Bismarck.

[541] Véase *supra,* nota 535.

sobre los "usurpadores"; nosotros, por nuestra parte, dábamos por descontada, una vez expulsados los "usurpadores", una larga lucha entre los elementos antagónicos que se escondían precisamente en el seno de este "pueblo". La democracia vulgar esperaba que la ola volviera a desatarse de la noche a la mañana; nosotros declaramos ya en el otoño de 1850 que había terminado, por lo menos, la *primera* etapa del periodo revolucionario y que hasta que estallara una nueva crisis económica no había nada que esperar. Lo cual nos valió ser anatematizados como traidores a la revolución por la misma gente que después, casi sin excepción, haría las paces con Bismarck, en los casos en que éste consideró que el trato valía la pena.

Pero también a nosotros nos ha desengañado la historia, haciéndonos ver que éramos unos ilusos. Y fue aún más allá; no sólo dio al traste con nuestros errores de aquellos días, sino que hizo cambiar totalmente las condiciones bajo las que tiene que luchar el proletariado. La manera de luchar de 1848 ha quedado anticuada desde todos los puntos de vista, y es éste un punto en el que vale la pena detenerse más a fondo.

Hasta ahora, todas las revoluciones iban dirigidas al desplazamiento de una determinada dominación de clase por otra; pero todas las clases dominantes, hasta ahora, representaban solamente pequeñas minorías frente a la gran masa del pueblo dominada. Una minoría dominante era derrocada por la revolución, para dejar el paso a otra minoría que la sucedía en el timón del Estado y modelaba las instituciones públicas a tono con sus intereses. El nuevo grupo minoritario era, cada vez, aquél a quien el nivel del desarrollo económico llamaba a gobernar y capacitaba para hacerlo, y por ello precisamente, y sólo por ello, la mayoría dominada participaba en la revolución a favor suyo o contemplaba tranquilamente el cambio revolucionario. Pero, prescindiendo del contenido concreto de cada caso, todas estas revoluciones presentaban una forma común, pues todas ellas eran revoluciones de minorías. Aun cuando interviniese en ellas, la mayoría, lo hacía siempre —a sabiendas o sin saberlo— al servicio de una minoría; pero esta actitud o, por lo

menos, el comportamiento pasivo e indiferente, daba a la minoría descollante la apariencia de ser la representante de todo el pueblo.

Después de la primera victoria importante, la minoría victoriosa, por lo general, se dividía; mientras que una parte de ella se daba por satisfecha con lo logrado, la otra quería ir más allá y planteaba nuevas reivindicaciones, que en parte al menos respondían al interés real o aparente de la gran masa del pueblo. En algunos casos, estas aspiraciones más radicales lograban imponerse, pero, generalmente, sólo de un modo pasajero, pues el partido más moderado recobraba casi siempre el poder y volvía a perderse total o parcialmente lo conquistado; los vencidos, cuando esto ocurría, clamaban traición o atribuían la derrota a la casualidad. Pero, en realidad, las cosas solían ocurrir así: las conquistas de la primera victoria se veían afianzadas solamente por la segunda, arrancada por el partido más radical, conseguido lo cual y habiéndose alcanzado lo momentáneamente necesario, los radicales y sus éxitos desaparecían de la escena.

Todas las revoluciones de los tiempos modernos, a partir de la gran revolución inglesa del siglo XVII, acusaban estos rasgos, que se antojaban inseparables de toda lucha revolucionaria. Rasgos que parecían también aplicables a las luchas del proletariado por su emancipación, tanto más cuanto que, precisamente en 1848, eran contados los que comprendían más o menos en qué dirección debían orientarse esas luchas emancipadoras. Las mismas masas proletarias, incluso en París y a raíz de la victoria, se hallaban sumidas en la mayor confusión en cuanto al camino que debía emprenderse. Y, sin embargo, el movimiento estaba allí, a la vista, como un movimiento instintivo, espontáneo, irreprimible. ¿No era ésta precisamente la situación en que una revolución tenía necesariamente que triunfar, dirigida ciertamente por una minoría, pero esta vez no en interés de la minoría sino en el interés manifiesto e indiscutible de la mayoría? Si en todos los extensos periodos revolucionarios las grandes masas del pueblo se habían dejado ganar tan fácilmente por los plausibles espejismos de las minorías impulsoras,

¿cómo iban a mostrarse menos asequibles a las ideas que eran el más fiel reflejo de su propia situación económica, que no eran sino la expresión clara e intelectiva de sus propias necesidades, aunque ellos mismos todavía no las comprendieran y sólo las sintieran de un modo vago? Cierto es que este sentimiento revolucionario de las masas conducía casi siempre, y por lo general, al cansancio o incluso un viraje en redondo, tan pronto como se esfumaba la ilusión y se producía el desengaño. Pero ahora no se trataba de espejismos, sino de imponer los auténticos intereses de la gran mayoría misma, que ésta aún no veía claros, ni mucho menos, pero que pronto habría de percibir con suficiente claridad en su aplicación práctica y por sus propios ojos. Y si, como demuestra Marx en su tercer artículo, el desarrollo de la república burguesa nacida de la revolución "social" de 1848, al llegar la primavera de 1850, había concentrado el poder real en manos de la gran burguesía —cuyos sentimientos eran, además, monárquicos—, agrupando, por el contrario, a las demás clases de la sociedad, campesinos y pequeños burgueses, en torno al proletariado, de tal modo que, en la victoria común y después de ella, el factor decisivo tenía que ser necesariamente el proletariado, y no estas otras clases, ¿no se abría con ello la perspectiva para que la revolución de la minoría se convirtiera en la revolución de la mayoría?

La historia nos ha dado un mentís, y se lo ha dado a cuantos pensaban de modo parecido. Ha puesto de manifiesto que el nivel del desarrollo económico del continente, por aquellos años, no era todavía, ni mucho menos, lo bastante alto para poder eliminar la producción capitalista; lo ha demostrado por medio de la revolución económica que desde 1848 se ha extendido por todo el continente, dando verdadera carta de naturaleza a la gran industria en Francia, en Austria, en Hungría, en Polonia y últimamente en Rusia, o convirtiendo a Alemania propiamente en un país industrial de primer rango, todo ello sobre una base capitalista, lo que demuestra que esta base, en 1848, era todavía susceptible de un amplio desarrollo. Esta revolución industrial, que separa el periodo de la

manufactura del gremio, incluso en Europa oriental, presupone en todas partes una pugna en las relaciones de clase, y crea una verdadera burguesía y un proletariado también real, relación que irrumpe en el plano del desarrollo social. En 1848 se daba la lucha entre estas dos grandes clases sólo en Inglaterra, en la ciudad de París y, cuando mucho, en algunos otros centros industriales; hoy este desarrollo se ha extendido por toda Europa con una intensidad tal que en 1848 era impensable. Si entonces reinaban los muchos y confusos evangelios de las sectas, con sus panaceas, hoy tenemos ante nosotros la teoría *única* de Marx, reconocida con carácter general, una teoría clara y convincente, que proclama de un modo nítido los objetivos finales de la lucha. Entonces, eran las masas divididas y separadas por barreras locales y nacionales, engarzadas solamente por el sentimiento de los sufrimientos comunes, todavía incipientes y lanzadas de un lado a otro, perplejas e indecisas, entre el entusiasmo y la desesperación; hoy, es el gran ejército internacional *único* de los socialistas, que avanza incontenible y crece diariamente en número, en organización, en disciplina, en visión y en la certeza del triunfo. Y si, aun disponiendo de esta poderosa arma del proletariado, aún no se ha alcanzado la meta, si, lejos de poder arrancar la victoria de *un solo* golpe formidable, necesita avanzar de posición en posición, en una lucha dura, lenta y tenaz, no hay para qué decir que la pretensión de lograr por asalto la transformación total de la sociedad, en 1848, era algo sencillamente irrealizable.

Una burguesía dividida en dos sectores dinástico-monárquicos[542] pero que reclamaba, ante todo, sosiego y seguridad para sus negocios monetarios, y, frente a ella, un proletariado vencido, es verdad, pero todavía amenazador, en torno al cual iban agrupándose cada vez más los pequeños burgueses y los campesinos, y la

[542] *Dos sectores dinástico-monárquicos:* en Francia, estos partidos eran los "legitimistas", partidarios de la monarquía (llamada por ellos "legítima") de los Borbones, que reinó en Francia hasta 1792 y durante el periodo de la Restauración (1815-1830), y los "orleanistas", que eran partidarios de la dinastía de los Orleáns, que gobernó en la persona de Luis Felipe de 1830 a 1848.

amenaza continua de una explosión violenta, pero que, con todo, no abría la perspectiva de una solución definitiva: tal era la situación, que ni pintada para el golpe de Estado del tercer pretendiente, el seudodemocrático Luis Bonaparte. Valiéndose del ejército, puso fin a la tensa situación el 2 de diciembre de 1851 y devolvió a Europa la paz interior para regalarle a cambio de ello una nueva era de guerras.[543] El periodo de las revoluciones desde abajo había quedado cerrado, por el momento, para dar paso a un periodo de revoluciones desde arriba.

El retroceso imperialista de 1851 vino a aportar una nueva prueba de la falta de madurez de las aspiraciones proletarias de aquellos años. Pero se encargó también de crear las condiciones bajo las que habrían de madurar. La paz interior aseguró el pleno desarrollo del nuevo auge industrial, y la necesidad de mantener ocupado al ejército y de desviar hacia el exterior las corrientes revolucionarias engendró las guerras en las que Bonaparte, bajo el pretexto de hacer valer el "principio de la nacionalidad",[544] trataba de arrancar algunas anexiones para Francia. Bismarck, su imitador, adoptó la misma política para Prusia; también él dio en 1866 su golpe de Estado, lanzó su revolución desde arriba, dirigida tanto contra la Confederación alemana y contra Austria como contra la Cámara de los conflictos, de Prusia. Pero en Europa no cabían dos Bonapartes, y la ironía histórica quiso que Bismarck derrocase a Bonaparte y el rey Guillermo de Prusia restaurase no sólo la república pequeño burguesa alemana, sino también la francesa. El resultado general de

[543] Bajo el reinado de Napoleón III, Francia participó en la Guerra de Crimea (1854-1855), luchó contra Austria por los territorios italianos (1859), intervino al lado de Inglaterra en las guerras contra China (1856-1858 y 1860), se lanzó a la conquista de Indochina, organizó una expedición armada contra Siria (1860-1861) y más tarde contra la República mexicana (1862-1863) y, por último, libró la guerra contra Alemania (1870-1871).

[544] El llamado "principio de las nacionalidades" era utilizado frecuentemente entre las clases dominantes de los grandes Estados como recubrimiento ideológico de sus planes anexionistas y de sus aventuras en política exterior. Sin tener nada que ver con el reconocimiento de las naciones a la autodeterminación, el "principio de las nacionalidades" era un acicate para espolear las discordias nacionales y transformar el movimiento nacional, sobre todo de los pueblos pequeños, en instrumento de la política contrarrevolucionaria de los grandes Estados en pugna.

todo ello fue que se hiciera realidad en Europa la independencia y la unidad de las grandes naciones, con la excepción de Polonia. Dentro de límites relativamente modestos, es verdad, pero lo suficientemente amplios, desde luego, para que el proceso de desarrollo de la clase obrera no se viese ya esencialmente entorpecido por las estrecheces nacionales, los enterradores de la revolución de 1848 se habían convertido en sus albaceas. Y junto a ellos se erguía ya, amenazador, en la *Internacional,* el heredero de 1848, el proletariado.

Tras la guerra de 1870-1871, Bonaparte desaparece de la escena y la misión de Bismarck queda cumplida, pudiendo descender de nuevo al puesto de un *Junker*[b] vulgar y corriente. Pero el acontecimiento que pone fin a este periodo es la Comuna de París. El pérfido intento de Thiers de arrebatar a la Guardia Nacional de París sus cañones provoca una insurrección victoriosa. Una vez más se pone de manifiesto que en París ya no cabe otra revolución que la proletaria. Después de la victoria, el poder fue a parar por sí mismo, sin discusión alguna, a las manos de la clase obrera. Y volvió a ponerse en evidencia, una vez más, ya entonces, veinte años después de la fecha anunciada en nuestro escrito, hasta qué punto era imposible que el poder obrero se mantuviera en pie. De una parte, Francia dejó a París en la estacada, contemplando cómo se desangraba bajo las balas de MacMahon; de otra parte, la propia Comuna se vio desgarrada en una estéril lucha entre los dos partidos en que se escindió: el de los blanquistas (la mayoría) y el de los prudonistas (la minoría), ninguno de los cuales sabía qué hacer. Y así, 1871, el año de la victoria regalada, resultó ser tan infecundo como 1848, que había sido el del asalto.

Con la Comuna de París, se creyó haber enterrado al proletariado militante. Pero, muy lejos de ser así, de la Comuna y de la guerra franco-alemana data, en realidad, el auge más formidable de este movimiento. La revolución que contó con todo el arte de la guerra al encuadrarse a toda la población capaz de empuñar las

[b] Hidalgo rural.

armas en ejércitos que ahora se cuentan ya por millones, dotada, además, de armas de fuego, granadas y explosivos de un radio de acción hasta ahora inaudito, vino a poner fin, bruscamente, al periodo de las guerras bonapartistas, en tanto que aseguraba un desarrollo industrial pacífico, por cuanto que hacía imposible toda otra guerra que no fuese una guerra mundial de una ferocidad sin precedente y cuyo desenlace nadie podía prever. Y, al mismo tiempo, el aumento de los gastos militares en progresión geométrica elevaba hasta una altura fabulosa los impuestos y, con ello, echaba a las masas del pueblo en brazos del socialismo. La anexión de Alsacia-Lorena, causa inmediata de la loca competencia de armamentos desencadenada, podía azuzar "chovinistamente" entre sí a la burguesía francesa y la alemana, pero representaba un nuevo nexo de unión para los obreros de ambos países. Y el aniversario de la Comuna de París se ha convertido en el primer jubileo general de todo el proletariado.

La guerra de 1870-1871 y la derrota de la Comuna, como previera Marx, habían desplazado por el momento el centro de gravedad del movimiento obrero europeo de Francia a Alemania. Habrían de pasar, como es natural, varios años para que Francia pudiera reponerse de la sangría de mayo del 71. En Alemania, por el contrario, donde se desarrolla vertiginosamente la industria, como planta en invernadero por la bendición de los miles de millones de indemnización de guerra pagados por los franceses,[545] crecía todavía más y con firmeza cada vez mayor la socialdemocracia. El auge verdaderamente asombroso del partido, logrado gracias a la inteligencia con que los obreros alemanes supieron valerse del sufragio universal, implantado en 1866, se patentizaba ante el mundo con el lenguaje irrefutable de los números: en 1871, 102 mil votos para la socialdemocracia; en 1874, 352 mil; en 1877, 493 mil. Vino luego el hecho con que las altas autoridades del Estado reconocían y acusaban el golpe: la ley contra los socialistas: el partido había sido

[545] El Tratado de Paz de Francfort, firmado el 10 de mayo de 1871, obligaba a Francia a pagar a Alemania una indemnización de guerra de 5 mil millones de francos.

momentáneamente disuelto, la cifra de votos descendía, en 1881, a 312 mil. Pero el movimiento se sobrepuso rápidamente a estos reveses y fue precisamente ahora, bajo el embate de la ley de excepción, sin prensa, sin organización exterior, sin derecho de reunión y asociación, cuando la rápida expansión cobró su verdadero brío: en 1884, 550 mil votos; en 1887, 763 mil; en 1890, un millón 527 mil. El brazo del Estado se paralizó. La ley dictada contra los socialistas fue derogada, y la cifra de los votos socialistas subió a un millón 787 mil, más de la cuarta parte de la votación total. El gobierno y las clases dominantes habían echado mano de todos los medios inútilmente, sin conseguir nada. Se contaban por millones las pruebas tangibles de su impotencia, que las autoridades, desde el sereno nocturno hasta el canciller del *Reich,* tenían que registrar, recibidas todas ellas de los obreros a quienes tanto se despreciaba. El Estado llegaba al final de su camino, mientras los obreros iniciaban apenas el suyo.

Pero los obreros alemanes habían prestado a su causa otro gran servicio, además del primero; este servicio consistía en el mero hecho de su existencia como el partido socialista más fuerte y más disciplinado, y que crecía y se extendía con mayor celeridad: habían suministrado a sus hermanos de clase de todos los países una de sus armas más afiladas al demostrarles cómo había que emplear el sufragio universal.

El sufragio universal, vigente en Francia desde hacía ya largo tiempo, había caído en el descrédito por el empleo bochornoso que de él había hecho el gobierno bonapartista. Y, después de la Comuna, no quedaba ningún partido obrero que pudiera utilizarlo. También en España existía el sufragio universal desde la República,[546] pero en este país la abstención electoral venía constituyendo, tradicionalmente, la norma de todos los partidos serios de la oposición. Y tampoco las experiencias logradas con el sufragio universal en

[546] Bismarck decretó el sufragio universal en 1866 con vistas a las elecciones del *Reichstag* en la Alemania del Norte y, en 1871, para las elecciones al *Reichstag* del Imperio alemán unificado.

Suiza eran precisamente alentadoras para un partido obrero. Los obreros revolucionarios de los países latinos estaban acostumbrados a ver en el sufragio universal una trampa, un instrumento para los fraudes de los gobiernos. En Alemania, la cosa se presentaba de otro modo. Ya el *Manifiesto comunista* había proclamado la conquista del sufragio universal, la democracia, como uno de los primeros y más importantes objetivos del proletariado militante, y Lassalle había hecho suyo, más tarde, este punto. Y cuando Bismarck se vio en la necesidad de implantar el sufragio universal como único recurso para interesar en sus planes a las masas del pueblo, nuestros obreros inmediatamente tomaron el asunto en serio y eligieron a August Bebel para que los representara en el primer *Reichstag* constituyente. Desde aquel día, supieron valerse del sufragio universal con un éxito que ha venido a recompensar sus esfuerzos mil veces por una, y ha servido de modelo a los obreros de todos los países. Para emplear las palabras del programa marxista francés: han sabido transformar el sufragio universal de moyen de duperie qu'il a été jusqu'ici, en instrument d'émancipation, de un instrumento de fraude, como lo había sido hasta ahora, en instrumento de emancipación.[547] Y aunque el sufragio universal no hubiera traído para nosotros otro beneficio que el de permitirnos hacer un recuento de fuerzas cada tres años; el de poner de manifiesto, mediante el aumento continuo e increíblemente rápido del número de votos, y junto a ello la certeza de los trabajadores en su triunfo y el miedo de sus adversarios, convirtiéndose así en nuestro mejor medio de propaganda; el de informarnos con toda precisión acerca de nuestra propia fuerza y la de todos los partidos enemigos, lo que nos suministra una pauta incomparable para acomodar a ello nuestra acción; y aunque no hubiéramos salido ganando con el sufragio universal nada más que esto, ya sería bastante y más que suficiente. Pero lo obtenido ha sido mucho más todavía. La agitación electoral nos brinda un medio formidable para tomar contac-

[547] Esta frase está tomada de la introducción escrita por Marx al "Programa del Partido Obrero francés", aprobado en el Congreso de Le Havre, en 1880.

to con las masas populares a las que todavía no tenemos otro acceso, para obligar a todos los partidos a defender sus ideas y sus actos frente a nuestros ataques; y ha venido a ofrecer, además, a nuestros representantes en el *Reichstag* una tribuna desde la cual poder hablar en el Parlamento a sus adversarios y a las masas con una autoridad y una libertad mucho mayores que en los mítines y desde las columnas de la prensa. ¿De qué les sirvió al gobierno y a la burguesía su ley contra los socialistas, obligada a estrellarse constantemente contra la agitación electoral y los discursos de los diputados socialistas en el Parlamento?

El empleo victorioso del sufragio universal ponía en acción un tipo de lucha del proletariado totalmente nuevo, que no tardó en desarrollarse rápidamente. Se puso de manifiesto que las instituciones del Estado en las que se organiza la dominación de la burguesía ofrecen otros flancos por los que la clase obrera puede atacar a esas mismas instituciones. La clase obrera hizo acto de presencia por las elecciones en los organismos representativos provinciales, los consejos municipales y los tribunales industriales; disputó a la burguesía todos y cada uno de los puestos en cuya provisión podía intervenir una parte numerosa del proletariado; y llegó el momento en que la burguesía y el gobierno temían más a la acción legal del partido obrero que a su acción ilegal, sentían más miedo ante los resultados de las elecciones que ante los de la rebelión.

Pues hay que decir que también en este terreno habían cambiado esencialmente las condiciones del combate. La rebelión de viejo tipo, la lucha de calles en las barricadas, que hasta 1848 había sido en todas partes la batalla decisiva, había quedado notablemente anticuada.

No nos hagamos ilusiones, una victoria efectiva de los insurrectos sobre la tropa en la lucha de calles, una victoria como la que puede lograrse entre dos ejércitos contendientes, constituye hoy un caso extraordinariamente raro. Y tampoco los insurrectos contaban con una victoria así. Aspiraban solamente a ablandar a las tropas mediante la influencia moral que no se manifiesta nunca, o sólo

se da en muy pequeña medida, cuando luchan entre sí dos ejércitos beligerantes. Si se logra este objetivo, si la tropa se niega a disparar o los que la mandan pierden la cabeza, la insurrección triunfa. Pero si eso no se consigue, la tropa, aun siendo menor en número, conserva la superioridad que dan el mejor armamento y la instrucción militar, el mando único, los movimientos con arreglo a un plan y la disciplina. A lo más que puede aspirar una insurrección, en una acción realmente táctica, es a levantar y defender una sola barricada conforme a las reglas del arte del combate. Pero rara vez logrará, o sólo muy deficientemente, organizar la ayuda mutua o el empleo de reservas, la defensa de todo un barrio de la ciudad y menos aún de una gran ciudad entera, la indispensable cooperación y acción conjunta de los diversos destacamentos; sin lo cual es de todo punto imposible la concentración de las fuerzas combatientes en el punto decisivo. Ello hace que la defensa pasiva sea la forma de lucha predominante; sólo de vez en cuando, excepcionalmente, pueden lanzarse los combatientes al ataque, avanzar y presionar por los flancos, pues en general tienen que limitarse a ocupar las posiciones abandonadas por la tropa, al retirarse. Las unidades militares les llevan, además, la ventaja de que disponen de artillería y de zapadores perfectamente equipados y adiestrados, medios de combate de que en la mayoría de los casos carecen totalmente los insurrectos. No es, pues, extraño que incluso los combates de barricadas librados con el mayor arrojo y heroísmo —como los de París en junio de 1848, los de Viena en octubre del mismo año o los de Dresde en mayo de 1849— acabasen con la derrota de la insurrección tan pronto como los jefes de los atacantes, libres de consideraciones políticas, pudieron actuar a tono con las reglas puramente militares y disponiendo de soldados seguros.

Los numerosos éxitos de los insurrectos, hasta 1848, se debieron a muy diversas causas. En julio de 1830 y en febrero de 1848, en París, como en la mayoría de los combates callejeros de España, se interponía entre los insurrectos y las tropas una milicia civil, que o bien se pasaba directamente al campo de la insurrección o, con su acti-

tud tibia e indecisa, hacía que los soldados vacilaran también y que, además, entregaba muchas veces armas a los sublevados. Cuando la milicia se ponía desde el primer momento en contra de la insurrección, como ocurrió en París en junio de 1848, ésta era derrotada. Si en Berlín, en 1848, pudo vencer el pueblo, ello se debió, en parte, a los grandes refuerzos recibidos por los insurrectos durante la noche y en la mañana del 19 [de marzo] y, en parte, al agotamiento y al mal aprovisionamiento de las tropas, y en parte, por último, al desfallecimiento de los mandos. Pero en todos los casos puede afirmarse que el triunfo de los insurrectos fue debido a que la tropa falló, por la falta de capacidad de sus jefes o porque éstos se encontraban atados de manos.

Hasta en el periodo clásico de las luchas callejeras podemos decir que las barricadas tenían más bien un efecto moral que material. Eran un medio para quebrantar la firmeza de la tropa. Si podían defenderse hasta lograr este resultado, estaba asegurada la victoria; en otro caso la derrota era inevitable. [Éste es el punto fundamental en el que hay que fijarse, aun cuando se indaguen las perspectivas de los posibles combates callejeros en el futuro.][c]

Estas perspectivas eran ya[d] bastante dudosas en 1849. La burguesía se había puesto en todas partes del lado de los gobiernos, las personas "cultas y acomodadas" aclamaban y albergaban a la tropa enviada contra los insurrectos. Las barricadas habían perdido su hechizo; el soldado no veía tras ellas "al pueblo", sino a rebeldes, amotinados y saqueadores, a la chusma o la hez de la sociedad; por su parte, los oficiales del ejército habían ido dominando con el tiempo las formas tácticas de los combates de calles y ya no marchaban de frente y a pecho descubierto contra los parapetos improvisados, sino que procuraban sortearlos a través de las huertas y los jardines, los patios y las casas. Y, con un poco de pericia, lograban sus objetivos en el noventa por ciento de los casos.

[c] Lo que está entre corchetes fue suprimido por "las consideraciones medrosas del proyecto revolucionario" (Engels) de la junta directiva del partido berlinés.

[d] En la 2ª ed. dice: "las posibilidades eran, por lo demás..."

Muchas cosas han cambiado de entonces acá, y todas ellas a favor de los militares. Si las grandes ciudades han crecido considerablemente, en mayor proporción todavía han crecido los ejércitos. El perímetro urbano de París y el de Berlín no han llegado a cuadruplicarse, desde 1848; en cambio, sus guarniciones son hoy cuatro veces mayores que antes. Con ayuda del ferrocarril, estas guarniciones pueden hoy multiplicarse por dos en 24 horas, y en plazo de 48 horas cobrar proporciones gigantescas. El armamento de estas tropas, enormemente reforzadas en número, es incomparablemente más eficaz que antes. El fusil liso de percusión y "avancarga" de 1848 se ha convertido hoy en el fusil de pequeño calibre con peine y carga trasera, de alcance cuatro veces mayor, diez veces más preciso en su puntería y diez veces más rápido que el otro. Las balas y los cartuchos de la artillería, de efectos relativamente débiles hasta hace poco, son hoy las granadas de percusión, una de las cuales basta para destruir la mejor de las barricadas. La pica afilada del gastador para atacar los muros ha dejado el puesto al cartucho de dinamita.

En cambio, de parte de los insurrectos todas las condiciones han empeorado. Difícilmente volverá a darse una insurrección con la que simpaticen todas las clases del pueblo; es probable que ya nunca vuelvan a agruparse en torno al proletariado todas las capas medias de la población con tanta unanimidad como para que desaparezca casi, en el campo de enfrente, el partido de la reacción agrupado en torno a la burguesía. El "pueblo" aparecerá, pues, siempre dividido, faltando con ello aquel poderoso resorte que se mostró tan eficaz en 1848. Y si de parte de los insurrectos se movilizan[e] hoy más combatientes fogueados, su armamento resulta, en cambio, más difícil. Las escopetas de caza y las carabinas de lujo de las armerías —aun cuando la policía no las inutilizara de antemano, quitándoles el cerrojo— no pueden igualarse ni de lejos, en la lucha a corta distancia, al fusil de repetición de los soldados. Hasta 1848,

[e] En la 2ª edición dice: "... se movilizarán también".

era posible fabricar las municiones necesarias disponiendo de plomo y pólvora; hoy, cada tipo de fusil exige cartuchos distintos y en lo único en que coinciden es en que todos ellos son producto de la gran industria y no pueden, por tanto, fabricarse ex tempore,[f] lo que hace que la mayoría de las armas de fuego resulte inútil cuando no se dispone de la munición producida ex profeso para ella. Por último, los nuevos barrios de las grandes ciudades construidos de 1848 para acá están trazados a base de calles largas, rectas y anchas, que se prestan magníficamente para el tiro de los nuevos cañones y fusiles. Tendría que estar loco el revolucionario a quien se le ocurriera elegir para un combate de barricadas, las nuevas barricadas obreras del norte o el oeste de Berlín.

[¿Quiere esto decir que en el futuro ya no podrá contarse en absoluto con los combates de barricadas? En modo alguno. Quiere decir, sencillamente, que desde 1848 las condiciones son mucho más desfavorables para los combatientes civiles y mucho más ventajosas para los militares. Por tanto, una futura lucha de clases sólo podrá triunfar siempre y cuando que esta situación desventajosa sea compensada por otros factores. Por eso, este tipo de lucha se dará menos en los comienzos de una gran revolución que en el transcurso de ella y deberá emprenderse, además, con mayores fuerzas. Y éstas, como ocurrió a lo largo de toda la gran Revolución y en las jornadas del 4 de septiembre y el 31 de octubre de 1870, en París,[548] antepondrán probablemente el ataque abierto a la táctica pasiva de las barricadas.]

¿Se da cuenta ahora el lector de por qué los poderes[g] dominantes tratan, sencillamente, de llevarnos allí donde el fusil dispara y se desenvaina el sable?; ¿por qué hoy se nos acusa de cobardes si no nos echamos en seguida a la calle, cuando de antemano estamos

[f] Fuera de tiempo.

[548] El *4 de septiembre de 1870* fue destronado Napoleón III y proclamada la República en Francia (la tercera).

El *31 de octubre* del mismo año se produjo el abortado intento de insurrección de los blanquistas contra el gobierno de la "Defensa nacional".

[g] En la 2ª edición dice: "... las clases".

seguros de la derrota?; ¿por qué se nos pide tan encarecidamente que nos prestemos a ser, sin más, carne de cañón?

Esos señores pierden el tiempo, con sus súplicas y sus retos. No somos tan estúpidos para hacer todo eso. Es como si pidieran a su enemigo en la próxima guerra que se desplegara ante ellos adoptando la formación en líneas del viejo Federico o formando en columnas divisiones enteras à la[h] Wagram y Waterloo,[549] y además empuñando el fusil de chispa. Si han cambiado las condiciones para la guerra de los pueblos, han cambiado también para la lucha de clases. Los tiempos de los asaltos por sorpresa y de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de masas ignorantes, han pasado. Si de lo que se trata es de transformar los fundamentos de toda la organización social, es necesario que las mismas masas sepan lo que se ventila y a dónde se va y por qué y para qué empeñan su suerte y su vida.[i] Esto es lo que nos ha enseñado la historia de los últimos cincuenta años. Y para que las masas sepan lo que hay que hacer es necesario desarrollar una labor larga, paciente y tenaz, que es precisamente la que ahora estamos desarrollando, con un éxito que empuja a nuestros adversarios a la desesperación.

También en los países latinos se va comprendiendo, cada vez más la necesidad de revisar la vieja táctica. En todas partes se está siguiendo el ejemplo alemán de la utilización del sufragio universal y de la lucha por conquistar todos los puestos a que tenemos acceso, [en todas partes se ha relegado a segundo plano la táctica de lanzarse impulsiva y atolondradamente a la refriega]. En Francia, a pesar de que el terreno está minado allí desde hace cien años por

[h] A la manera de.

[549] *Batalla de Wagram:* batalla que tuvo lugar durante la guerra entre Austria y Prusia el 5-6 de junio de 1809. En ella, las tropas francesas, al mando de Napoleón I, derrotaron al ejército austriaco del archiduque Carlos.

Batalla de Waterloo: esta batalla tuvo lugar en esa región de Bélgica el 18 de junio de 1815. El ejército francés, al mando de Napoleón I, fue derrotado por las tropas inglesas al mando del duque de Wellington. Fue la batalla decisiva para que la coalición antinapoleónica (Austria, Prusia, Inglaterra y Rusia) se impusiera, provocando así la caída del Imperio napoleónico.

[i] En la 2ª edición dice: "... a qué deben arriesgarse..."

una revolución tras otra y de que no hay en ese país un solo partido que no haya intervenido con su parte en conspiraciones, insurrecciones y toda suerte de acciones revolucionarias; en Francia, donde, como consecuencia de ello, el gobierno no puede sentirse nunca seguro de su ejército y donde, en general, las circunstancias son mucho más favorables que en Alemania para un golpe de Estado insurreccional; incluso en Francia van comprendiendo cada vez más los socialistas que el único camino que puede llevarles a una victoria estable es el de ganar de antemano a la gran masa del pueblo, es decir, a los campesinos. También aquí se reconoce que una larga labor de propaganda y la actividad parlamentaria constituyen el objetivo inmediato del partido. Y los resultados de ello están a la vista. No sólo se ha conquistado allí gran número de consejos municipales, sino que en las Cámaras se sientan hoy cincuenta representantes socialistas que han derribado ya a tres ministerios y a un presidente de la República. En Bélgica, vemos cómo los obreros han conquistado el año pasado el sufragio universal[550] y han logrado la victoria en la cuarta parte de los distritos electorales. En Suiza, en Italia, en Dinamarca e incluso en Bulgaria y Rumania ocupan los socialistas escaños parlamentarios. En Austria, todos los partidos están de acuerdo en que no se nos podrá cerrar por más tiempo el acceso a la Dieta imperial. No cabe duda de que entraremos en ella, pues sólo se discute ya por qué puerta habremos de hacerlo. E incluso en Rusia podemos estar seguros de que tendremos nuestros representantes, si llega a reunirse el famoso Semski-Sobor,[551] la

[550] Engels se refiere aquí a la lucha por la implantación del sufragio universal en Bélgica durante los años de 1890 a 1893. La Cámara de Diputados y el Senado de Bélgica decidieron aprobar, durante el mes de abril de 1893, una ley referente al sufragio universal ante la presión de las movilizaciones masivas y huelgas obreras. No obstante, dicha ley no dejaba de favorecer a las clases dominantes y limitaba la participación a los ciudadanos mayores de 25 años.

[551] *Semski-Sobor:* era una asamblea formada por estamentos representantes de toda Rusia, probablemente de origen medieval, que se mantuvo vigente durante los siglos XVI y XVII. A partir de 1864, se reunían en la Rusia zarista las representaciones de círculos y gobiernos (llamados *zemstvos*), elegidos mediante un sistema profundamente desigual, que defendían los intereses de los terratenientes nobles y los capitalistas comerciantes. A fines del siglo XIX,

Asamblea Nacional rusa, contra la que tan en vano se resiste el joven Nicolás.

Nuestros camaradas extranjeros no renuncian, como es natural, a su derecho a la revolución. El derecho a la revolución es, después de todo, el único derecho *realmente* "histórico", y sobre él descansan todos los Estados modernos sin excepción, incluyendo al de Mecklemburgo, a cuya revolución de los nobles puso fin en 1755 el "pacto hereditario",[552] la gloriosa escrituración del feudalismo que aún hoy se halla en vigor. El derecho a la revolución se halla tan inconmoviblemente reconocido en la conciencia general, que hasta el general Von Boguslavski deriva de este derecho del pueblo, y exclusivamente de él, el derecho al golpe de Estado que reivindica para su emperador.

Pero, cualquiera que sea el rumbo que las cosas puedan seguir en otros países, la socialdemocracia alemana se halla en una situación especial, lo que plantea también ante ella, de momento al menos, una determinada tarea. Los dos millones de votantes que envía a las urnas, unidos a los jóvenes y a las mujeres que no votan, pero que están detrás de ellos, forman la masa más numerosa y más compacta, el "poderoso contingente" que constituye la fuerza decisiva del ejército proletario internacional. Esta masa aporta ya hoy más de la cuarta parte de los votos emitidos; y aumenta sin cesar, como lo demuestran las elecciones especiales al *Reichstag,* las elecciones a las dietas de los distintos Estados y las de concejales y miembros de los tribunales industriales. Es un proceso de crecimiento tan espontáneo, tan continuo, tan incontenible y, al mismo

despuntaron en los *zemstvos* ciertas corrientes constitucionalistas. Bajo la presión del creciente movimiento revolucionario, los terratenientes y capitalistas liberales pugnaban porque se convocase a una representación del pueblo. En el mensaje real a los *zemstvos* y a las ciudades, del 17 de enero de 1895, el zar Nicolás II calificaba estas esperanzas constitucionalistas de "sueños insensatos".

[552] Engels se refiere aquí a una larga lucha entablada entre el poder ducal y la nobleza en los ducados de Mecklemburgo-Schwerin y Mecklemburgo-Strelitz, concluida con la firma, en 1755, del Tratado de Rostock, en el que se estipulaban los derechos hereditarios de la nobleza. Este tratado confirmó los fueros y privilegios anteriores refrendando su posición dominante en las dietas estamentales.

tiempo, tan pacífico, como un proceso natural. Contra él se han revelado impotentes todas las injerencias gubernativas. Ya hoy podemos contar con dos millones y cuarto de votantes. Y si las cosas siguen así, antes de cinco años, al terminar el siglo, tendremos con nosotros a la mayoría de las capas medias de la sociedad, pequeños burgueses y pequeños campesinos, y nos habremos convertido en la potencia decisiva dentro del país, ante la que las otras potencias tendrán que inclinarse, quieran o no. Mantener en marcha ininterrumpidamente este crecimiento hasta que llegue a rebasar por sí mismo al sistema de gobierno actual:[j] [no desgastar este poderoso contingente que crece sin cesar en combates de avanzada, sino manteniéndolo intacto hasta el día de la decisión], ésta es nuestra tarea fundamental. Y sólo habría un medio para contener momentáneamente la constante expansión de las fuerzas combatientes del socialismo en Alemania: provocar un choque en gran escala con la tropa, una sangría como la de 1871 en París. Claro está que, a la larga, también esto llegaría a superarse, pues ni todos los fusiles de repetición de Europa y América bastarían para borrar de la faz de la tierra a un partido que cuenta sus militantes por millones. Pero la marcha normal de las cosas se paralizaría con ello [tal vez no podría disponerse del poderoso contingente en el momento crítico], el combate decisivo[k] se aplazaría, se alargaría y traería consigo graves sacrificios.

La ironía de la historia universal lo pone todo de cabeza. He aquí que nosotros, los "revolucionarios", los "subversivos", prosperamos hoy mucho más con los medios legales que con los medios ilegales y la subversión. Los partidos del Orden, como ellos se llaman, se hunden y perecen con el estado legal de cosas creado por ellos mismos. Exclaman, desesperados, con Odilon Barrot: *"la legalité nous tue"*,[553] "la legalidad es nuestra muerte", mientras que nos-

[j] En la 2ª ed. dice: "dominante".

[k] En la 2ª edición dice: "... la decisión".

[553] Engels recuerda una frase de Odilon Barrot. Éste dijo literalmente: "La legalidad es nuestra muerte", con lo que la intención de la reacción francesa, en 1848-1849, era provocar

otros vemos cómo nuestros músculos se fortalecen, cómo lucimos sanos colores y gozamos de una salud envidiable, al amparo de esta legalidad. Y si no *somos* lo bastante locos para dejarnos arrastrar a los combates callejeros para darles gusto, ya veremos cómo, a la postre, no les queda a ellos otro camino que atentar contra esta legalidad que les da resultados tan fatales.

Por el momento, dictan nuevas leyes contra la subversión. Todo vuelve las cosas del revés. Estos fanáticos de la antisubversión de hoy, ¿no son los subversivos de ayer? ¿Acaso fuimos *nosotros* quienes provocamos la guerra civil de 1866? ¿Fuimos *nosotros*, acaso, quienes expulsamos de sus territorios hereditarios, para anexionárnoslos, al rey de Hannover, al Gran Elector de Hessen o al duque de Nassau?[554] ¿Y estos señores que han subvertido la Confederación alemana y han despojado de sus coronas a tres cabezas reinantes por la Gracia de Dios acusan a otros de subversión? *Quis tulerit Gracchos de seditione querentes?*[l] ¿Puede permitirse a los adoradores de Bismarck que echen en cara a nadie la subversión?

Pero dejémosles que impongan sus proyectos de ley sobre la subversión, que amenacen en ellas con penas aún más graves, que conviertan en elástico caucho todo el código penal; sólo conseguirán, con ello, dar nuevas pruebas de su impotencia. Para poder atentar seriamente contra la socialdemocracia tendrán que recurrir a medidas muy distintas. Contra la subversión socialdemocrática, que a la hora de hoy vive[m] de respetar las leyes, no tiene otro derrotero que el de la subversión del partido del Orden, el cual sólo puede vivir violando la ley. El señor Rössler, el burócrata prusiano y el señor Von Boguslavsky, el general prusiano, le han señalado el único camino por el que tal vez podrá vencer a los obreros, a quienes

una sublevación popular que diera pie a su represión y, así, la monarquía pudiera afianzar su poder.

[554] El reino de Hannover, el Electorado de Hessen-Kassel y el Gran Ducado de Nassau pasaron a ser territorios de Prusia en 1866, después de su victoria durante la guerra contra Austria.

[l] ¿Quién permitirá a los gracos quejarse de algún tumulto? (Juvenal: *Sátiras,* II, 24.)

[m] En la 2ª edición dice: "Que ahora, ya bien recuperada, vive..."

no es posible engañar, arrastrándolos a los combates en las calles. Violaciones de la Constitución, dictadura, retorno al absolutismo, *regis voluntas suprema lex!*[n] Así pues, atrévanse ustedes, señores, pues aquí no se trata sólo de amagar, sino de dar.

Pero no se olviden ustedes de que el Imperio alemán, como todos los pequeños Estados y todos los Estados modernos en general, es el *producto de un pacto;* del pacto sellado entre los príncipes, en primer lugar, y en segundo lugar del pacto de los príncipes con el pueblo. Y si una de las partes falta a lo establecido, todo el pacto queda sin efecto y la otra parte se ve también relevada de sus obligaciones.

[Como de una manera tan hermosa nos lo hizo ver Bismark en 1866. Por tanto, si ustedes violan la Constitución del Imperio, la socialdemocracia quedará en libertad de hacer y dejar de hacer con respecto a ustedes lo que mejor le parezca. Y lo que, llegado ese momento, haría no es fácil que se lo diga a ustedes ahora.]

Pronto hará 1 600 años del día en que el Imperio romano conoció también la presencia de un peligroso partido de la subversión. Este partido socavaba la religión y todos los fundamentos del Estado; se atrevía incluso a negar que la voluntad del emperador fuese la suprema ley; era un partido sin patria, internacional, que se extendía por todas las tierras del Imperio, desde las Galias hasta el Asia y hasta más allá de sus fronteras. Durante largo tiempo había llevado una vida subterránea, escondido en las sombras, pero hacía ya mucho que se consideraba lo bastante fuerte para salir sin recato a la luz pública. También este partido de la subversión, a quien se conocía bajo el nombre de los cristianos, tenía una fuerte representación entre las tropas; legiones enteras habían abrazado el cristianismo. Y cuando se les ordenaba tomar parte en las ceremonias rituales de la Iglesia nacional pagana para rendir allí los honores de reglamento, los soldados de la subversión llevaban su insolencia hasta el extremo de ostentar en sus cascos signos especiales de pro-

[n] La voluntad del rey es la ley suprema.

testa: cruces. El emperador Diocleciano no pudo seguir contemplando cómo el orden, la obediencia y la disciplina eran atropelladas en las filas de su ejército. Procedió a tomar enérgicas medidas, porque todavía era tiempo. Dictó una ley contra los socialistas, perdón, contra los cristianos. Quedaron prohibidas todas las reuniones de los subversivos, se cerraron e incluso se demolieron sus salas, se decretó la prohibición de todos los signos cristianos, cruces, etc., lo mismo que en Sajonia se prohibieron los pañuelos rojos. Se incapacitó a los cristianos para ocupar puestos públicos, incluso el de cabo del ejército. Y, como en aquel entonces no se disponía aún de jueces tan bien amaestrados en el principio de la "dignidad de la persona" como los que hoy presupone el proyecto de ley contra la subversión del señor Von Köller,[555] se prohibió a los cristianos lisa y llanamente reclamar sus derechos ante los tribunales. Pero tampoco esta ley de excepción surtió ningún efecto. Los cristianos, mofándose de ella, la arrancaron de los muros en que se la grabó, y hasta se dice que, en Nicomedia, quemaron el palacio del emperador cuando éste se encontraba dentro. En vista de lo cual el supremo dignatario del Imperio desató, como venganza, la gran persecución contra los cristianos del año 303 de nuestra era. Fue la última de todas. Y resultó tan eficaz que diecisiete años después el ejército estaba integrado en su inmensa mayoría por cristianos y el siguiente autócrata de todo el Imperio romano, Constantino, a quien el clero llama el Grande, proclamaba el cristianismo como la religión del Estado.

Londres, 6 de marzo de 1895

[555] El 5 de diciembre de 1894, el ministro Von Köller presentó al *Reichstag* alemán el proyecto de una nueva ley contra los socialistas rechazado luego durante una sesión del mismo del 11 de mayo de 1895.

LA CAMPAÑA ALEMANA
EN PRO DE LA CONSTITUCIÓN DEL IMPERIO

F. ENGELS

Escrito de finales de agosto de 1849 a febrero de 1850. Publicado en la *Nueva Gaceta Renana. Revista económico-política,* Hamburgo, 1850. En dicha revista las secciones aparecieron de la manera siguiente:

Introducción, Secciones I y II Primer Cuaderno, enero de 1850.
Sección III, Segundo Cuaderno, febrero de 1850.
Sección IV, Tercer Cuaderno, marzo de 1850.

LA CAMPAÑA ALEMANA EN PRO DE LA CONSTITUCIÓN DEL IMPERIO[556]

Hecker, Struve, Blenker, Zitz y Blum,
¡Mandad al diablo a los príncipes alemanes![557]

En esta copla, que la "milicia popular" del sur de Alemania hacía resonar por todos los caminos y en todas las tabernas, con música de la conocida melodía "Bañado por el mar", mitad coral, mitad tonada de organillo, se resume todo el carácter del "grandioso levantamiento en pro de la Constitución del Imperio". En esos dos versos se contiene todo: sus grandes hombres, sus metas finales, su elevada moral, su noble odio contra los "tiranos" y, al mismo tiempo, toda su manera de ver la situación política y social.

Entre todos los movimientos y convulsiones provocados en Alemania por la revolución de Febrero y su curso ulterior, la campaña

[556] Engels esboza a lo largo de este trabajo la historia de la insurrección civil en los territorios alemanes de Baden y el Palatinado. Comenzó este ensayo poco después de ir a Suiza, acompañando a los últimos combatientes (hechos que se hallan incluidos en la presente narración), al término de la lucha. Por consejo de Marx, que le escribió desde París a principios de agosto de 1849, Engels dio a su trabajo el carácter de un panfleto contrario a los demócratas pequeño burgueses. Trató de editarlo, en un principio, precisamente en forma de folleto, pero desistió de la idea al enterarse de los planes de Marx de publicar una nueva revista (que sería la *Nueva Gaceta Renana. Revista económico-política*). Reanudó la redacción de estas páginas ya en Londres, a donde se trasladó en octubre de 1849, hasta ponerle punto final en febrero de 1850. Este trabajo se publicó por vez primera en la mencionada revista de Marx. En vida del autor no volvió a reeditarse. Ya muerto Engels, Franz Mehring incluyó este trabajo en el tomo III de su colección *Aus dem literarischen Nachlass von Karl Marx, Friedrich Engels und Ferdinand Lassalle.*

[557] Versos tomados de una canción revolucionaria sumamente popular por aquellos días. Los mencionados son algunos de los jefes de la campaña constitucional a la que se hace referencia en este ensayo de Engels.

por la Constitución del Imperio destaca por su carácter clásico alemán. Todo es en ella profundamente alemán: los motivos, la actuación, la actitud, y el desarrollo, desde el comienzo hasta el fin. Así como las jornadas de junio de 1848 caracterizan el grado de desarrollo social y político de Francia, la campaña por la Constitución del Imperio caracteriza el grado de desarrollo social y político de Alemania, principalmente de la Alemania del Sur.

El alma de todo el movimiento fue la *pequeña burguesía,* la que suele llamarse de preferencia *clase burguesa,* clase que predomina cabalmente en Alemania, sobre todo en el sur del país. Fue la pequeña burguesía la que en las "sociedades de marzo",[558] sociedades democrático-constitucionales, sociedades patrióticas, en muchísimas sociedades llamadas democráticas y en casi toda la prensa democrática del país prestó a la Constitución del Imperio juramentos a la manera del de Grütli,[559] tan copiosos como inofensivos, y sostuvo contra los príncipes "refractarios" una lucha que no tuvo, por el momento, ciertamente, más resultado que el de exaltar la conciencia de un deber cívico cumplido. La pequeña burguesía fue la que suministró la dirección oficial a todo el movimiento, representada por la decidida y llamada extrema izquierda de la Asamblea de Francfort, y en consecuencia, especialmente por el Parlamento de Stuttgart y la "Regencia del Imperio".[560] Era ella, finalmente,

[558] *Sociedades de Marzo:* fueron fundadas en los distintos Estados alemanes con una sociedad central en Francfort del Meno a fines de noviembre de 1848 con la facción de la izquierda de la Asamblea Nacional de Francfort. Los dirigentes de estas sociedades de Marzo eran los demócratas pequeño burgueses: Fröbel, Simon, Wesendonck, Raveaux, Eisenmann y otros.

[559] Véase *supra,* nota 241.

[560] La extrema izquierda de la Asamblea Nacional de Francfort, formada en lo fundamental por la pequeña burguesía, contaba con el apoyo de una parte de la clase obrera. Esta facción, partidaria de la república y de los métodos revolucionarios de lucha, se mostraba a cada paso indecisa y vacilante e incluso se negó a la movilización de las masas ante el peligro de la contrarrevolución. Sus concepciones federalistas le impedían ver con claridad el problema de la unidad alemana. En abril y mayo de 1849, al retirarse de la Asamblea los diputados conservadores y gran parte de los liberales, la izquierda y la extrema izquierda se convirtieron en la mayoría parlamentaria. Ante el temor de verse disuelta, la Asamblea trasladó su sede a la ciudad de Stuttgart, capital de Wurtemberg, cuyo gobierno mantenía una neutralidad expectante. Así, prosiguió su anterior política, manteniendo al pueblo alejado de la

la que prevalecía en las comisiones locales, comités de seguridad, gobiernos provisionales y asambleas constituyentes que, en Sajonia, el Rin y el sur de Alemania, desarrollaron una labor más o menos meritoria en pro de la Constitución del Imperio.

Si de ella hubiese dependido, la pequeña burguesía difícilmente habría abandonado el terreno jurídico de la lucha legal, pacífica y virtuosa, para empuñar, en vez de las armas del espíritu, el mosquete o adoquín. La historia de todos los movimientos políticos a partir de 1830, tanto en Alemania como en Francia o en Inglaterra, nos muestra a esta clase siempre jactanciosa, grandilocuente y a ratos incluso extremista en el terreno de las frases, cuando no barrunta peligro; medrosa, retraída y evasiva, tan pronto atisba el peligro más leve: asombrada, preocupada y vacilante cuando ve que otras clases hacen suyo y toman en serio el movimiento iniciado por ella; dispuesta a traicionar el movimiento en aras de su existencia pequeño burguesa, al llegar la hora de la lucha con las armas en la mano; por último, y como resultado de su indecisión, siempre engañada y maltratada preferentemente, al triunfar el partido reaccionario.

Ahora bien, detrás de la pequeña burguesía marchan en todas partes otras clases que hacen suyo el movimiento provocado por ella y en su interés, impidiéndole un carácter más enérgico y preciso, y tratando, en lo posible, de apoderarse de él: marchan el *proletariado* y gran parte de los *campesinos*, a los que durante algún tiempo suele sumarse, además, la facción más avanzada de la población urbana.

Estas clases, con el proletariado de las grandes ciudades a la cabeza, tomaron las grandilocuentes promesas a favor de la constitución del Imperio más en serio de lo que los agitadores pequeño burgueses habrían querido. Si los pequeños burgueses estaban deci-

acción revolucionaria. En vista de que el rey prusiano rechazaba la corona imperial de manos de la Asamblea y ante la traición del regente del reino, que era el archiduque Juan de Austria, el 6 de junio de 1849 la Asamblea eligió de su seno una Regencia formada por cinco miembros (todos ellos diputados). Su intento por asegurar el triunfo de la revolución por la vía parlamentaria fracasó totalmente. El 18 de junio, la Asamblea fue disuelta por las tropas de Württemberg.

didos, como aseguraban a cada instante, a "empeñar su bienes y su sangre"[561] en pro de la Constitución alemana, lo mismo estaban dispuestos a hacer los obreros y en muchas regiones también los campesinos, bajo la condición, tácita ciertamente, pero sobreentendida para todas las partes, de que, después de la victoria, la pequeña burguesía defendería esa misma Constitución en contra de estos mismos proletarios y campesinos. Estas clases empujaron a la pequeña burguesía a la ruptura abierta con el poder estatal. Y si no pudieron impedir que los tenderos aliados a ellos los traicionaran en plena lucha, tuvieron, por lo menos, el consuelo de que esta traición, cuando la contrarrevolución triunfó, fue castigada por los propios contrarrevolucionarios.

De otra parte, al comenzar el movimiento, se unió también a la pequeña burguesía la fracción decisiva de la gran burguesía y de la burguesía media, lo mismo que había ocurrido en los anteriores movimientos pequeño burgueses de Inglaterra y Francia. El poder de la burguesía no abarca nunca a la totalidad de ésta; aun prescindiendo de las castas feudales que puedan conservar una parte del poder político, la misma gran burguesía, una vez que ha triunfado sobre el feudalismo, se divide en dos partidos, el gobernante y el de la oposición, uno representado generalmente por la banca y el otro por los fabricantes. La fracción oposicionista o progresiva de la grande y media burguesía mantiene, en este caso, intereses comunes con la pequeña burguesía frente a la fracción dominante y se une a aquélla en la lucha conjunta. En Alemania, donde la contrarrevolución armada ha restaurado el poder casi exclusivo del ejército, la burocracia y la nobleza feudal y donde la burguesía, a pesar de las formas constitucionales todavía subsistentes, desempeña un papel puramente subalterno y modestísimo, se dan todavía mayores motivos para aquella alianza. Pero, a cambio de ello, la burguesía alemana es infinitamente más vacilante que la inglesa y la fran-

[561] *Empeñar sus bienes y su sangre:* palabras de una proclama que algunos diputados bávaros dirigieron al pueblo de la ciudad de Baviera, de cuyo Estado formaba parte el Palatinado desde el Congreso de Viena, de 1518.

cesa, y se retira, empavorecida, de la escena en cuanto existe la menor posibilidad de que retorne la anarquía, es decir, la lucha real y decisiva. Así ha ocurrido también ahora.

Por lo demás, el momento no era, ni mucho menos, desfavorable para la lucha. Francia se hallaba en vísperas de las elecciones, que podían dar la mayoría a los monárquicos o a los rojos, pero que necesariamente desplazarían los centros de la Asamblea Constituyente, reforzarían los partidos extremos y decidirían rápidamente la agudizada lucha parlamentaria mediante un movimiento popular; en una palabra, acarrearían necesariamente un *journée*.[a] En Italia se luchaba bajo los muros de Roma y la República romana hacía frente a las tropas invasoras francesas. En Hungría avanzaban, incontenibles, los magiares; los imperiales habían sido arrojados al otro lado del Wag y del Leitha; en Viena, donde todos los días se creía escuchar las estampidas del cañón, se esperaba en cualquier momento la entrada del ejército revolucionario húngaro; en Galizia era inminente la llegada de Dembinski al frente de un ejército polaco-magiar, y la intervención rusa, lejos de ser peligrosa para los magiares, parecía más bien convertir la lucha de los húngaros en una lucha europea. Por último, Alemania pasaba por un momento de extrema conmoción: los avances de la contrarrevolución, el descaro cada vez mayor de la soldadesca, de la burocracia y de la nobleza, las traiciones diariamente renovadas de los viejos liberales en los ministerios, y las felonías interminables de los príncipes: todo contribuía a echar en brazos del partido dirigente del movimiento a clases enteras de gente, hasta ahora, partidaria del orden.

En estas circunstancias, estalló la lucha que nos proponemos relatar en los siguientes capítulos.

El carácter incompleto y confuso que acusan todavía los materiales, la total inseguridad de casi todas las referencias que pueden reunirse de palabra y el propósito puramente personal que persiguen todos los escritos publicados acerca de esta lucha, no permi-

[a] Jornada.

ten lograr una exposición crítica de todo el curso de los sucesos. En estas condiciones, no nos queda otro camino que limitarnos pura y simplemente a narrar lo que hemos visto y escuchado. Afortunadamente, basta y sobra con ello para destacar el carácter de toda la campaña; y si no podemos ofrecer aquí, junto a nuestra propia experiencia vivida del movimiento en Sajonia, la de la campaña de Mieroslawski en el Néckar, tal vez a la *Nueva Gaceta Renana* se le depare pronto la ocasión de brindar los esclarecimientos necesarios, por lo menos en lo que a esta campaña se refiere.[562]

Muchos de los que participaron en la campaña en pro de la Constitución del Imperio están aún en la cárcel. Otros han podido volver a sus casas; otros, todavía en el extranjero, siguen aguardando la posibilidad de repatriarse, y entre ellos no se cuentan, ciertamente, los peores. Fácilmente se comprenden los miramientos que debemos guardar con respecto a estos camaradas de lucha; y a nadie le extraña que silenciemos ciertas cosas, y a quienes se hallan de nuevo tranquilamente en sus casas no les parecerá mal que no los queramos comprometer con el relato de los episodios en que ellos pusieron realmente a prueba, de un modo brillante, su valentía.

[562] El anunciado artículo acerca de la campaña de Mieroslawski no llegó a publicarse en la revista de la *Nueva Gaceta Renana.*

I. LA PRUSIA RENANA

Se recordará cómo la insurrección armada en pro de la Constitución del Imperio estalló primeramente en Dresde, a comienzos de mayo.[563] Como es sabido, los combatientes de las barricadas de esta ciudad, apoyados por la gente del campo, pero traicionados por la pequeña burguesía de Leipzig, sucumbieron a la superioridad del número, después de seis días de combates. No llegaron nunca a disponer de más de 2 500 hombres, pertrechados con armas muy heterogéneas y, por toda artillería, de dos o tres pequeños morteros. Las tropas reales estaban formadas además de los batallones de Sajonia, por dos regimientos prusianos. Disponían de caballería, artillería, mosqueteros y un batallón armado de fusiles de aguja. Al parecer, las tropas del rey se comportaron en Dresde todavía más cobardemente que en otras partes; pero, al mismo tiempo, se ha comprobado que los combatientes de esta ciudad se batieron contra esta superioridad de fuerzas con mayor valentía que la que conocemos de otras acciones de la campaña por la Cons-

[563] La insurrección armada de Dresde se produjo entre el 3 y el 8 de mayo de 1849. Al parecer fue provocada por la negativa del rey de Sajonia a reconocer la Constitución. La burguesía y la pequeña burguesía apenas si participaron en ella. Más bien fueron los obreros quienes se batieron en las barricadas. Dirigieron la insurrección Samuel Tischirner, Mijail Bakunin y otros. El Consejo Municipal y la Guardia Cívica de Dresde no sólo negaron su ayuda a los insurrectos, sino que incluso aplastaron cruelmente dicho levantamiento desatando una represión generalizada contra obreros y artesanos de la ciudad cuando éstos intentaban cerrar el paso a los refuerzos enviados a Dresde por la guarnición de Leipzig.

titución. Claro está que un combate callejero es algo muy distinto de un encuentro a campo abierto.

Berlín permaneció tranquilo bajo el estado de sitio y el desarme. Ni siquiera se levantaron los rieles del ferrocarril para detener en los alrededores de la capital los refuerzos prusianos. Breslau intentó una débil lucha de barricadas para la que el gobierno estaba ya preparado de largo tiempo atrás, y con ello sólo logró caer más inexorablemente bajo la dictadura del sable. El resto de la Alemania del Norte, sin centros revolucionarios, estaba condenado a la inmovilidad. Sólo podía contarse con la Prusia renana y la Alemania del Sur, y en ésta se puso inmediatamente en movimiento el Palatinado.

La Prusia renana viene considerándose desde 1815, y con razón, como una de las provincias alemanas más avanzadas. Reúne dos ventajas que no encontramos conjuntadas en ninguna otra parte de Alemania.

La Prusia renana comparte con Luxemburgo, el Hessen renano y el Palatinado la ventaja de haber tenido parte, desde 1795, en la Revolución francesa y en la consolidación social, administrativa y legislativa de sus resultados bajo Napoleón. Al ser derrotado en París el partido revolucionario, los ejércitos se encargaron de llevar la revolución al otro lado de las fronteras. Ante estos hijos de campesinos apenas emancipados se desvanecieron como polvo no sólo los ejércitos del Sacro Imperio Romano, sino también la dominación feudal de la nobleza y del clero. Hace ya dos generaciones que la margen izquierda del Rin no conoce ninguna clase de feudalismo; los nobles no disfrutan aquí de ningún linaje de privilegios, y la propiedad territorial ha pasado de sus manos y de manos de la Iglesia a manos de los campesinos; la tierra ha sido parcelada y el campesino es propietario libre de su parcela, como en Francia. En las ciudades han desaparecido los gremios y el régimen patriarcal del patriciado diez años antes que en el resto de Alemania, bajo la acción de la libre competencia, y, por último, el Code Napoleón[564]

[564] Véase *supra*, nota 155.

sanciona todos los cambios operados en la estructura de las instituciones revolucionarias.

Pero, además, la Prusia renana —y ésta es la ventaja fundamental que lleva a todas las demás regiones de la orilla izquierda del Rin— posee la industria más desarrollada y diversificada de toda Alemania. En los tres distritos gubernamentales, Aquisgrán, Colonia y Düsseldorf, están representadas casi todas las ramas industriales: la industria textil de todas clases, algodón, lana y seda, y las ramas subsidiarias del blanqueado, el estampado y la tintorería, la fundición de hierro y la fabricación de maquinaria, la minería y la fabricación de armas y otras modalidades de la industria metalúrgica se concentran aquí, en el espacio de unas cuantas millas cuadradas, ocupando a una población de densidad inaudita para Alemania. Linda directamente con la provincia del Rin, aprovisionándola de una parte de las materias primas y formando, industrialmente, una unidad con ella, el distrito de la Marca, rico en hierro y en carbón. La mejor vía fluvial de Alemania, la cercanía del mar y las riquezas minerales de la región favorecen la industria, la cual ha hecho surgir, además, numerosos ferrocarriles y extiende diariamente su red ferroviaria. Complementan la industria, en estrecha relación de interdependencia con ella, un comercio de exportación e importación con todas las partes del mundo muy extenso para Alemania, un importante tráfico directo con los grandes emporios del mercado mundial y un movimiento de especulación relativamente grande en materias primas y acciones ferroviarias. En una palabra, el grado de desarrollo industrial y comercial de la provincia del Rin es algo único para Alemania, aunque resulte más bien insignificante dentro de las proporciones del mercado mundial.

Resultado de esta industria —que ha florecido también bajo el poder de la Francia revolucionaria— y del comercio con ella relacionado, en la Prusia renana, es la aparición de una poderosa gran *burguesía* industrial y comercial y, como su antítesis, de un numeroso proletariado industrial, dos clases que en el resto de Alemania sólo acusan una existencia parcial y embrionaria; pero que en la

provincia renana dominan de un modo casi exclusivo el desarrollo político local.

La Prusia renana les lleva a las demás regiones alemanas revolucionadas por los franceses la ventaja de la *industria,* y a los otros distritos industriales de Alemania (Sajonia y Silesia) la ventaja de la *Revolución francesa.* Es la única parte de Alemania cuyo desarrollo social ha alcanzado casi la altura de la moderna sociedad burguesa: una industria desarrollada y un comercio extenso, acumulación de capitales, libre propiedad de la tierra; una fuerte burguesía y un proletariado en masa, en las ciudades, y en el campo numerosos campesinos, entre los que predominan los campesinos parcelarios cargados de deudas; dominación de la burguesía sobre el proletariado por medio de la relación del salario, sobre los campesinos a través de las hipotecas y sobre los pequeños burgueses gracias a la competencia; por último, sancionan esta dominación burguesa los tribunales comerciales, los tribunales de fábrica, el jurado burgués y toda la legislación material.

Fácil es comprender, conociendo esto, el odio que los oriundos del Rin sentían por cuanto viniera de Prusia. Con la provincia renana, Prusia había incorporado a sus Estados la Revolución francesa y trataba a los habitantes de esta provincia no ya como a extraños y súbditos sojuzgados, sino incluso como rebeldes vencidos. Lejos de desarrollar la legislación renana en el sentido de la sociedad burguesa moderna, que seguía su curso hacia adelante, trataba incluso de imponer a la población del Rin aquella mescolanza pedantesco-feudal-pequeño burguesa del derecho nacional prusiano,[565] que ni siquiera sirve hoy para la Transpomerania.

El cambio de rumbo producido después de febrero de 1848 vino a revelar claramente la posición excepcional que ocupaba la Prusia renana. De aquí salieron *Camphausen* y *Hansemann,* los representantes clásicos, no sólo de la burguesía prusiana, sino de la burguesía alemana en general, y aquí encontró el proletariado alemán, con

[565] Véase *supra,* nota 203.

la *Nueva Gaceta Renana*, el único órgano de prensa que defendía, y no sólo de palabra o con la buena voluntad, sino de hecho, sus intereses reales.

¿Cómo explicarse, pues, que la Prusia renana, a pesar de todo esto, tuviese una participación tan pequeña en los movimientos revolucionarios de Alemania?

No se olvide que el movimiento de 1830, promovido en interés del constitucionalismo fraseológico y abogadil, no podía tener ningún interés para la burguesía renana de Alemania, entregada a empresas industriales, mucho más reales y efectivas; que, mientras en los pequeños Estados alemanes se seguía soñando con un Imperio alemán, el proletariado de la Prusia renana comenzaba ya a levantarse abiertamente en contra de la burguesía que, de 1840 a 1847, en los años del movimiento burgués y realmente constitucional, la burguesía renana se hallaba a la cabeza, y que en marzo de 1848, en Berlín, pudo echar a la balanza un peso decisivo. Ahora bien, el porqué la Prusia renana no logró nunca hacer triunfar nada en una insurrección abierta ni llegó siquiera a poner en pie una insurrección general de toda la provincia, lo pondrá de manifiesto mejor que nada el simple relato de lo que fue la campaña por la Constitución del Imperio en esta provincia.

Acababa de estallar la lucha en Dresde, y en el Palatinado podía encenderse a cada momento. En Baden, Württemberg y Franconia celebrábanse mítines gigantescos, y la gente no se recataba para decir que estaba decidida a resolver los problemas por las armas. Las tropas mostrábanse vacilantes en todo el sur de Alemania. Y no era menor la agitación en Prusia. El proletariado sólo aguardaba la ocasión para vengarse de que se le hubieran escamoteado los beneficios que creía haber conquistado en marzo de 1848. La pequeña burguesía urbana se movía en todas partes con la mira de aglutinar a todos los elementos descontentos en un gran partido defensor de la Constitución del Imperio, cuya dirección confiaba en obtener. Los juramentos de vencer o sucumbir con la Asamblea de Francfort y de empeñar los bienes y la vida por la Constitución alemana

llenaban las columnas de todos los periódicos y resonaban en las salas de todos los clubes y en todas las cervecerías.

Así las cosas, el gobierno prusiano rompió las hostilidades al llamar bajo las armas a gran parte de la *Landwehr*,[566] principalmente en Westfalia y en el Rin. La orden de movilización, lanzada en plena paz, era ilegal y contra ella se levantó no sólo la pequeña, sino también la gran burguesía.

El Consejo municipal de Colonia convocó a un Congreso de diputados de los consejos municipales renanos. El gobierno lo prohibió, pero, desistiendo de las formas, se celebró el Congreso, pese a la prohibición. Los consejos municipales, representantes de la gran burguesía y la burguesía media, proclamaron su reconocimiento de la Constitución del Imperio, intimaron al gobierno prusiano a aceptarla, exigieron la dimisión del ministerio y la revocación de la orden llamando a la *Landwehr* bajo las armas y amenazando bastante claramente con que, de no accederse a lo que se exigía, las provincias del Rin se separarían de Prusia.

> Puesto que el gobierno prusiano ha procedido a disolver la segunda Cámara, cuando ésta se hubo manifestado en pro de la incondicional aprobación de la Constitución alemana del 28 de marzo del año en curso, arrebatando de este modo al pueblo su representación y su voz en el momento decisivo actual, los diputados de las ciudades y municipios de la provincia del Rin abajo firmantes se han reunido para deliberar acerca del interés de la patria.

[566] *Landwehr:* originalmente era un cuerpo movilizado mediante un reclutamiento de todos los hombres capaces físicamente de empuñar las armas. Sin embargo, pronto perdió este sentido al crearse el ejército permanente hasta que, durante las guerras antinapoleónicas, lo recobró ante la necesidad de incrementar las fuerzas combatientes. Después de la Paz de Tilsit, los gobernantes de Prusia sentaron las bases para la creación de una *Landwehr* como una especie de milicia independiente (o cuerpo volante) al lado del ejército activo y en íntima conexión con éste. La *Landwehr* estaba formada por dos contingentes. El primero comprendía a todos los reservistas de 26-32 años de edad, los cuales eran movilizados como tropa de campaña. El segundo, formado con hombres de 32-40 años de edad, alimentaba las guarniciones de las fortalezas militares. De acuerdo con las leyes prusianas, la *Landwehr* sólo podía ser formada efectivamente en caso de guerra.

Bajo la presidencia de los consejeros municipales Zell, de Tréveris, y Werner, de Coblenza, asistidos por los secretarios de actas, consejeros municipales Boekker, de Colonia, y Bloem II, de Düsseldorf, la Asamblea,

ha acordado lo siguiente:

1º Declarar que reconoce como ley definitiva la Constitución del Imperio alemán, en los términos en que el 28 de marzo del año en curso fue proclamada por la Asamblea del Imperio, haciendo constar que, en el conflicto suscitado por el gobierno prusiano, se halla al lado de dicha Asamblea.

2º Pedir a todo el pueblo de los territorios del Rin, principalmente a los hombres en edad de empuñar las armas, expresen por medio de declaraciones colectivas, en pequeñas y grandes demarcaciones, su deber y su inquebrantable voluntad de atenerse a la Constitución alemana del Imperio y de acatar sus disposiciones.

3º Requerir a la Asamblea del Imperio para que haga sin pérdida de tiempo los esfuerzos más vigorosos encaminados a dar a la resistencia del pueblo en los diferentes Estados alemanes, entre ellos y muy principalmente en la provincia renana, la unidad y la fuerza sin las cuales no será posible hacer fracasar los intentos bien organizados de la contrarrevolución.

4º Requerir al Poder ejecutivo del Imperio para que con toda premura haga a las tropas jurar fidelidad a la Constitución, ordenando la concentración de las mismas.

5º Los firmantes se comprometen a poner en vigor la Constitución del Imperio por todos los medios de que disponen, dentro del radio de acción de sus municipios.

6º La Asamblea considera incondicionalmente necesario que se separe de sus cargos a los ministros del gobierno Brandeburgo-Manteuffel y se convoque a las cámaras, sin alterar el procedimiento electoral anterior.

7º La llamada parcial bajo las armas de la *Landwehr*, recientemente ordenada, constituye a juicio de la Asamblea una medida innecesaria que pone en grave peligro la paz interior, y espera que sea inmediatamente revocada.

8º Los firmantes expresan, por último, su convicción de que, de no respetarse el contenido de la presente declaración, se expondría a la patria a grandes peligros, que atentarían contra la misma existencia de Prusia en su estructura actual.

Acordado en Colonia el 8 de mayo de 1849.

(Siguen las firmas)[567]

Añadiremos solamente que el mismo señor Zell que aparece presidiendo esta Asamblea partía pocas semanas después, como comisario del ministerio imperial en Francfort, para Baden,[568] donde no sólo intrigó, sino que convino con los reaccionarios badenses los golpes contrarrevolucionarios que más tarde descargarían en Mannheim y Kalsruhe. Y es, por lo menos, probable que, de paso, prestara servicios como espía militar a las órdenes del general Peucker.

Nos interesa hacer constar claramente este hecho. En los primeros días, la gran burguesía, la flor y nata del liberalismo renano anterior a marzo, trató de ponerse, en la Prusia renana, a la cabeza del movimiento en pro de la Constitución del Imperio. Sus discursos, sus acuerdos, toda su actuación la hacían solidaria de los acontecimientos ulteriores. No poca gente se tomó en serio las frases de los señores consejeros municipales, principalmente la amenaza de que la provincia renana se separaría de Prusia. Si la gran burguesía marchaba con las otras fuerzas, la batalla podía considerarse ganada de antemano, todas las clases de la población se sumaban al movimiento y, en estas condiciones, se podía correr el riesgo. Así calculaba el pequeño burgués, apresurándose a adoptar una postura heroica y huelga decir que su supuesto socio, el gran burgués, no por ello desistía, en modo alguno, en traicionarlo en la primera oca-

[567] Este Acuerdo de la Asamblea de diputados de los consejos municipales renanos fue publicado el 8 de mayo de 1849 en el núm. 110 de la *Gaceta de Colonia.*

[568] El Ministerio del Imperio en Francfort fue creado el 28 de junio de 1848 mediante un acuerdo de la Asamblea Nacional. Debía desempeñar, en unión del llamado regente del Imperio, las funciones provisionales de un poder central. Sin embargo, no disponía de presupuesto ni de ejército y carecía de todo poder efectivo, teniendo que limitarse a apoyar la política reaccionaria de los príncipes alemanes.

sión que se presentara, para luego, cuando las cosas terminasen del modo más lamentable, burlarse de él por su imbecilidad.

Entre tanto, seguía creciendo incesantemente la agitación; las noticias que llegaban de todos los puntos de Alemania eran sumamente belicosas. Por fin, se ordenó equipar con uniformes a la *Landwehr.* Los batallones, concentrados, declararon categóricamente que no se dejarían uniformar. Los comandantes, carentes de apoyo militar suficiente, no podían hacer nada y se daban por contentos con tal de escapar sin amenazas ni agresiones diarias. Despidieron a su gente y le dieron un nuevo plazo para uniformarse.

El gobierno, a quien no le hubiera sido difícil prestar el apoyo necesario, dejó intencionadamente que las cosas llegaran tan lejos para poder recurrir a la violencia.

Los elementos levantiscos de la *Landwehr* eran, en efecto, obreros en la zona industrial de Berg y la Marca. Los centros de la resistencia se localizaban en Elberfeld e Iserlohn, Solingen y la calzada de Ennepe. Inmediatamente se enviaron tropas a las dos primeras ciudades.

A Elberfeld fueron destacados un batallón del 16° regimiento, un escuadrón de ulanos y dos cañones. En la ciudad reinaba la mayor confusión. Bien pensada la cosa, la *Landwehr* se daba cuenta de que había ido demasiado lejos. Muchos campesinos y obreros eran apolíticos y no querían sencillamente que se les mantuviera alejados de sus casas por tiempo indefinido, en aras de las veleidades del gobierno. Las consecuencias de su resistencia se les hacían demasiado duras: *species facti,*[a] consejos de guerra, cárcel y grilletes y tal vez, incluso, pólvora y plomo en el cuerpo. Esto hizo que fuese reduciéndose cada vez más el número de hombres de la *Landwehr* bajo las armas —éstas seguían en su poder— hasta que, por último, no eran ya más que cuarenta. Habían establecido su cuartel general en un local público a las puertas de la ciudad, donde aguardaban la llegada de los prusianos. El ayuntamiento estaba vigilado por la Guardia Cívica y los dos cuerpos de artillería cívica, vacilantes, en tratos con

[a] Interrogatorios.

la *Landwehr* y decididos a defender sus propiedades, pasara lo que pasara. Las calles hervían de gente: pequeños burgueses que en su club político habían jurado fidelidad a la Constitución, proletarios de todos los colores desde el obrero resueltamente revolucionario hasta el que tiraba de un carrito, apestando a aguardiente. Nadie sabía lo que tenía que hacer ni lo que iba a pasar.

El Consejo municipal deseaba negociar con las tropas. El jefe de éstas se negó a ello y les ordenó a entrar en la ciudad. Las tropas marcharon a paso de parada por las calles y formaron delante del Ayuntamiento, frente a frente a la Guardia Cívica. Se abrieron negociaciones. De la multitud partieron dos pedradas contra las tropas. De la otra parte de la ciudad y tras largas deliberaciones, marchó también hacia las tropas la *Landwehr*, reducida, como ya hemos dicho, a unos cuarenta hombres.

De pronto, la gente comenzó a gritar, pidiendo que se pusiera en libertad a los presos. En los calabozos pegados al Ayuntamiento estaban detenidos desde hacía un año 69 obreros de Solingen, acusados de haber demolido la fundición de acero de la ciudadela. El proceso debía verse en los próximos días. El pueblo se avalanzó sobre la prisión, decidiendo poner en libertad a los presos. Cedieron las puertas, la muchedumbre penetró en la prisión, los detenidos recobraron la libertad. Pero, a última hora, acudieron las tropas, sonó una descarga y cuando el último preso se disponía a cruzar el umbral, corriendo, cayó con el cráneo destrozado por las balas.

El pueblo retrocede, pero gritando: "¡A las barricadas!" En menos que se cuenta, quedan cerrados por parapetos los accesos al interior de la ciudad. Abundan los obreros sin armas; los hombres armados que defienden las barricadas apenas llegarán a cincuenta.

Avanza la artillería. Como antes, la infantería dispara demasiado alto, tal vez deliberadamente. Ambas unidades estaban formadas por soldados renanos o westfalianos y eran buenas. Por último, avanza el capitán Von Uttenhoven, a la cabeza de la octava compañía del 16º regimiento.

Tres hombres armados defendían la primera barricada. "¡No tiréis contra nosotros —gritaban—, sólo disparamos contra los oficiales!" El capitán ordena apuntar. "Si das la voz de fuego quedarás en el sitio", le grita un tirador desde el otro lado de la barricada. "¡Apunten! ¡Fuego!", ordenó el capitán. Suena la descarga, pero en el mismo momento cae a tierra el capitán, con el corazón atravesado por una bala.

El pelotón se repliega a toda prisa, sin detenerse siquiera a levantar el cadáver de su capitán. Suenan algunos disparos más, caen heridos algunos soldados, y el oficial al mando de las tropas, que no quiere pasar la noche en la ciudad sublevada, se retira a las afueras, levantando un vivac como a una hora de la ciudad. Detrás de los soldados, inmediatamente se levantan por todas partes barricadas.

Al anochecer del mismo día, llega a Düsseldorf la noticia de la retirada de los prusianos. Se forman en las calles de la ciudad numerosos grupos; reina una gran excitación entre la pequeña burguesía y los obreros. Corre el rumor de que van a salir para Elberfeld nuevas tropas. Es la señal para lanzarse a la lucha. Sin pararse a pensar en la falta de armas —la Guardia Cívica había sido desarmada ya en noviembre de 1848—, en los efectivos relativamente grandes de la guarnición ni en las condiciones muy desfavorables de las calles, anchas y rectas, que conducen a la pequeña ex residencia ducal, unos cuantos obreros gritan: "¡A las barricadas!" Surgen algunos parapetos en la calle nueva y en la de Bolker; los otros barrios de la ciudad quedan libres de barricadas, gracias en parte a las tropas prevenidas de antemano y en parte al miedo a la grande y pequeña burguesía.

La lucha se desató al anochecer. Aquí, como en todas partes, eran pocos los hombres que luchaban en las barricadas. ¿De dónde podían tomar éstos las armas y las municiones? Para abreviar, opusieron a la superioridad del número una larga y valiente resistencia, y sólo al amanecer y habiéndose empleado a fondo la artillería, cayeron en manos de los prusianos la media docena de barricadas que admitían defensa. Y, como se sabe, al día siguiente, estos caute-

losos héroes tomaron sangrienta venganza en las criadas de servicio, los ancianos y la gente pacífica en general.

El mismo día en que los prusianos fueron rechazados en Elberfeld debía entrar en Iserlohn un batallón, perteneciente, si no nos equivocamos, al 13° regimiento, para meter en cintura a la *Landwehr* de aquella ciudad. Pero también aquí fracasaron los planes; tan pronto se supo que los militares avanzaban, la *Landwehr* y el pueblo atrincheraron las entradas a la ciudad y aguardaron al enemigo, con la carabina cargada; el batallón movilizado no se decidió a atacar y se retiró.

La lucha en Elberfeld y Düsseldorf y el levantamiento de barricadas en Iserlohn dieron la señal para la insurrección en la mayor parte de la región industrial de Berg y la Marca. Los vecinos de Solingen tomaron por asalto el arsenal del condado y se armaron con los fusiles y cartuchos que allí encontraron; los de Hagen se unieron en masa al movimiento, se armaron, ocuparon los accesos al Ruhr y destacaron patrullas de racionamiento; de Solingen, Ronsdorf, Remscheid, Barmen y otros puntos fueron enviados refuerzos a Elberfeld. En otros lugares de la región, la *Landwehr* se manifestó a favor del movimiento y se puso a disposición de la Asamblea de Francfort. En Elberfeld, Solingen, Hagen e Iserlohn se nombraron comités de seguridad, en sustitución de las autoridades locales y de distrito, depuestas en sus cargos.

Como es natural, las noticias de todos estos sucesos, al extenderse, llegaban enormemente exageradas. En ellas, se presentaba a toda la región del Wupper y del Ruhr como una gran base de insurrección, bien organizada, y se hablaba de 15 000 hombres armados en Elberfeld y otros tantos en Iserlohn y Hagen. Contribuía no poco a dar crédito a estas exageraciones el súbito pánico del gobierno, que paralizó de golpe toda acción en contra de este levantamiento de las zonas más leales.

Pero aun prescindiendo serenamente de todas las probables exageraciones, quedaba en pie el hecho innegable de que los centros más importantes de la región industrial de Berg y la Marca se

hallaban envueltos en una insurrección abierta y, por el momento, victoriosa. Ese hecho era incontrovertible. Y a ello había que añadir las noticias según las cuales Dresde seguía defendiéndose, Silesia era un avispero, el movimiento en el Parlamento se consolidaba, en Baden había estallado una revuelta militar victoriosa que había puesto en fuga al gran duque y los magiares habían llegado a las orillas del Jablunka y el Leitha. En suma, era ésta, sin duda alguna, la más favorable de todas las perspectivas revolucionarias que desde marzo de 1848 había tenido ante sí el partido democrático y obrero y, como es natural, había que aprovecharla. Y la margen izquierda del Rin no podía dejar en la estacada a la derecha.

Ahora bien, ¿qué había que hacer?

Todas las ciudades importantes de la provincia renana son fortalezas, como Colonia o Coblenza, defendidas por fuertes y poderosas ciudadelas, o disponen de nutridas guarniciones, como Aquisgrán, Düsseldorf y Tréveris. La provincia cuenta además, para su defensa, con las fortalezas de Wesel, Jülich, Luxemburgo y Saarlouis, e incluso las de Maguncia y Minden. Sumando los contingentes acantonados en todas estas fortalezas y guarniciones, arrojarían, por lo menos, un total de 30 000 hombres. Por fin y al cabo de largo tiempo, se había logrado desarmar a la población de Colonia, de Düsseldorf, de Aquisgrán y de Tréveris. Se habían paralizado, con ello, los centros revolucionarios de la provincia. En esas condiciones, cualquier intento de insurrección tenía necesariamente que acabar, como se había visto ya en Düsseldorf, con la victoria de las tropas; con otra victoria de éstas, por ejemplo en Colonia, la insurrección de Berg y la Marca quedaría moralmente aplastada, por muy favorables que pudieran ser las noticias. En lo que se refiere a la margen izquierda del Rin, cabía la posibilidad de un movimiento en el Mosela, en el Eifel y en la zona industrial de Krefeld; pero esta región se hallaba acordonada por seis fortalezas y tres guarniciones. En cambio la orilla derecha, en las zonas ya sublevadas, ofrecía un terreno densamente poblado, extenso y como hecho de encargo para la insurrección, con su abundancia de bosques y campiñas.

Así pues, si se quería apoyar a las zonas sublevadas, no había más que un camino:

Ante todo y sobre todo, evitar cualquier estéril disturbio en las fortalezas y guarniciones;

organizar actos diversionistas en las pequeñas ciudades, centros fabriles y zonas campesinas de la orilla izquierda del Rin, con objeto de entretener a las guarniciones renanas;

por último, lanzar todas las fuerzas disponibles a las zonas de la margen derecha ya sublevadas, seguir extendiendo la insurrección y tratar de organizar aquí, por medio de la *Landwehr*, el núcleo de un ejército revolucionario.

Que los nuevos héroes prusianos de las delaciones no echen las campanas a vuelo antes de tiempo, a la vista del complot de alta traición que aquí se pone de manifiesto. Desgraciadamente, no existió tal complot. Las tres medidas señaladas no fueron el plan de una conspiración, sino sencillamente una propuesta formulada por el autor de las presentes líneas, en el momento en que partía para Elberfeld con la mira de impulsar la puesta en práctica del tercer punto. No fue posible llegar a la conspiración, pues lo impidieron diversas razones: la organización ya muy maltrecha del partido democrático y obrero, la indecisión y el pertinente retraimiento de la mayoría de los dirigentes locales procedentes de la pequeña burguesía y, por último, la falta de tiempo. Por tanto, si en la orilla izquierda del Rin se produjo efectivamente el comienzo de una diversión, si estallaron disturbios en Kempen, Neuss y sus alrededores y fue asaltado el arsenal de Prüm,[569] estos hechos no fueron en modo alguno resultado de un plan de conjunto, sino que obedecieron simplemente al instinto revolucionario de la población.

Entre tanto, la situación, en las zonas sublevadas, distaba mucho

[569] Este asalto se llevó a cabo el 17 y 18 de mayo de 1849. Participaron los demócratas con la ayuda de obreros de la ciudad de Tréveris y sus alrededores. El objetivo era conseguir armamento para así desencadenar un levantamiento que apoyara la Constitución. A pesar de que los asaltantes se apoderaron por un corto tiempo del arsenal, el intento fue sofocado rápidamente por las tropas del Imperio.

de ser lo que se creía en el resto de la provincia. Elberfeld, con sus barricadas —que, por lo demás, no respondían a ningún plan y habían sido levantadas precipitadamente y de mala manera—, con sus muchos puestos de vigía, sus patrullas y demás grupos armados, con toda su población en las calles, en las que sólo parecía faltar la gran burguesía, con sus banderas rojas y tricolor,[570] no se portaba mal, aunque hay que decir, ésa es la verdad, que reinaba en toda la ciudad el mayor desconcierto. La pequeña burguesía había tomado en sus manos la dirección de los asuntos, a través del Comité de seguridad, constituido ya desde los primeros momentos. Pero, inmediatamente, le entró miedo de su propio poder, por menguado que éste fuera. Su primer acto fue encaminado a lograr que el Consejo municipal, es decir, la gran burguesía, legitimara sus poderes, y en señal de gratitud por la complacencia de este organismo incorporó al Comité de seguridad a cinco de sus miembros. Una vez ampliado de este modo el Comité de seguridad se desembarazó inmediatamente de todas las funciones consideradas peligrosas, confiando las funciones relacionadas con la seguridad hacia el exterior a una comisión militar, sobre la cual se reservaba el Comité una fiscalización moderadora y entorpecedora. De este modo, precaviéndose de todo contacto con la insurrección e instalado sobre el terreno legal por los mismos consejeros del municipio, los temblorosos pequeños burgueses del Comité de seguridad podían limitarse a apaciguar los ánimos, a despachar los asuntos corrientes, a aclarar "malos entendidos", a bailar en la cuerda floja, dar largas a las cosas y paralizar toda actuación enérgica, con el pretexto de que había que aguardar a que llegasen todas las respuestas a las diputaciones enviadas a Berlín y Francfort. Como es natural, el resto de la pequeña burguesía procedía de acuerdo con el Comité de seguridad, mantenía ante todo una actitud apaciguadora, estorbaba en todo lo que podía las medidas de defensa y el armamento, y vacila-

570 Tricolor significa aquí la bandera negro, rojo y oro, símbolo del movimiento por la unidad nacional alemana durante la revolución de 1848-1849 y convertido más tarde en la bandera nacional de Alemania.

ba a cada paso en cuanto a los límites de su participación en el levantamiento. Solamente una pequeña parte de esta clase estaba resuelta a defenderse con las armas en la mano, caso de ser atacada la ciudad. La mayoría trataba de convencerse a sí misma de que bastarían sus amenazas y el temor al bombardeo casi inevitable de Elberfeld para poner al gobierno a hacer concesiones; fuera de esto, procuraba, por lo que pudiera ocurrir, tener cubiertas las espaldas.

En los primeros momentos después del combate, la gran burguesía se quedó como fulminada por el rayo. Su empavorecida fantasía veía brotar de la tierra por todas partes incendios, asesinatos, saqueos y qué sé yo cuántos horrores más. Se explica, pues, que la constitución del Comité de seguridad, cuya mayoría —formada por consejeros municipales, abogados, procuradores del Estado, gente de toda orden— le brindara de pronto garantías en cuanto a su vida y a sus bienes, le infundiera un entusiasmo casi fanático. Los mismos grandes comerciantes, tintores y fabricantes, que hasta hacía poco abominaban de los señores Karl Hecker, Riotte, Höchster, etc., a los que trataban de terroristas sedientos de sangre, se precipitaban ahora en tropel al Ayuntamiento, abrazaban con una intimidad verdaderamente febril a aquellos supuestos vampiros y desembolsaban miles de táleros sobre la mesa del Comité de seguridad. Por lo demás, huelga decir que cuando el movimiento hubo terminado, estos mismos entusiastas admiradores y protectores del Comité de seguridad propalaron las más viles y absurdas mentiras, no sólo acerca del movimiento, sino también acerca del Comité de seguridad y de sus componentes, tributando ahora la misma fervorosa gratitud a los prusianos por haberlos librado de un terrorismo que jamás existió. Inocentes ciudadanos constitucionales como los señores Hecker, Höchster y el procurador del Estado Heintzmann viéronse de nuevo acusados de terroristas antropófagos, a quienes se les echaba en cara su afinidad con Robespierre y Danton. Nosotros, por nuestra parte, nos consideramos obligados a absolver por entero a esos buenos pequeños burgueses de semejante acusación.

Por lo demás, la mayor parte de la alta burguesía corrió a refugiarse a toda prisa, con sus mujeres y sus hijos, bajo la égida del estado de sitio decretado en Düsseldorf; solamente se quedaron en Elberfeld los menos y los más valientes, para proteger sus propiedades, pasara lo que pasara. El alcalde mayor de la ciudad permaneció todo el tiempo que duró la insurrección escondido debajo de un carro volcado y cubierto de estiércol.

El proletariado, unido en el momento de la lucha, se escindió cuando comenzaron a manifestarse las vacilaciones del Comité de seguridad y de la pequeña burguesía. Eran resueltamente partidarios del movimiento los artesanos, los verdaderos obreros fabriles y una parte de los tejedores en seda; pero ellos, es decir, los que formaban el núcleo del proletariado, apenas disponían de armas. Los tintoreros, robusto y bien pagado sector de la clase obrera, tosco y por consiguiente reaccionario, como casi todos los sectores obreros cuyo trabajo requiere más vigor físico que destreza, habían mostrado ya en los primeros días una actitud de completa indiferencia. Fueron, de todos los obreros industriales, los únicos que trabajaron sin interrupción todo el tiempo que duraron las barricadas. Por último, el lumpenproletariado, aquí como en todas partes, reveló su venalidad ya al segundo día del movimiento: por la mañana reclamaba del Comité de seguridad armas y soldada y por la tarde se dejaba sobornar por la gran burguesía para proteger edificios o dedicarse por las noches a desmontar las barricadas. En su conjunto, estos elementos estaban al lado de la burguesía, que era la que mejor les pagaba y gracias a cuyo dinero pudieron salir de apuros mientras duró el movimiento.

La indolencia y cobardía del Comité de seguridad y la desunión de la Comisión militar, en la que al principio predominaba el partido de la pasividad, impedían de antemano toda actuación resuelta. La reacción se manifestó ya al segundo día. Desde el primer momento se vio que en Elberfeld sólo podía prosperar el movimiento bajo la bandera de la Constitución y marchando de acuerdo con la pequeña burguesía. Por una parte, y precisamente en esta

región, hacía demasiado poco tiempo que el proletariado había salido del pantano del aguardiente y del pietismo para que pudiera penetrar en las masas la más leve idea acerca de las condiciones de su emancipación; y, por otra parte, se dejaba llevar de un odio demasiado instintivo contra la burguesía y se mostraba demasiado indiferente hacia el problema burgués de la Constitución para poder entusiasmarse por este tipo de intereses envueltos en la bandera tricolor.

Todo esto colocaba en difícil situación al partido avanzado, el único que tomaba en serio la lucha. Este partido se declaraba en pro de la Constitución del Imperio. Pero la pequeña burguesía no se fiaba de él, lo calumniaba bajo todas las formas ante el pueblo, estorbaba todas las medidas propuestas por él para armarse y afianzarse. Cualquier miembro del Comité de seguridad se creía facultado para desautorizar las órdenes encaminadas a colocar realmente la ciudad en estado de defensa. Cualquier pequeño burgués que viese alzarse una barricada delante de su casa acudía perezoso al Ayuntamiento para procurarse una contraorden. Solamente con grandes esfuerzos y en las mínimas proporciones se le podía conseguir que el Comité de seguridad librara los recursos económicos necesarios para pagar a los obreros de las barricadas, que se contentaban con lo estrictamente imprescindible para no morir de hambre. Se atendía de un modo muy irregular, y generalmente en medida insuficiente, a la soldada y el avituallamiento de la gente armada. Durante cinco o seis días fue imposible pasar revista a los contingentes, y así nadie sabía con cuántos combatientes se podía contar en caso necesario. Solamente al quinto día se intentó clasificar a los hombres en armas, pero sin que llegara a prosperar el intento, basado además en una total ignorancia de los efectivos. Cada miembro del Comité de seguridad obraba a su antojo. Se entrecruzaban las órdenes más contradictorias, que sólo coincidían en una cosa: en que todas ellas contribuían a aumentar esta agradable confusión y a impedir que se diera ningún paso enérgico. El proletariado acabó, así, tomando inquina al movimiento, y, a los pocos días, los gran-

des y los pequeños burgueses habían logrado lo que se proponían: hacer caer a los obreros en la mayor indiferencia.

Al llegar yo a Elberfeld, el 11 de mayo, había por lo menos 2 500 o 3 000 hombres armados. Pero de ellos sólo eran de fiar los refuerzos llegados de fuera y los pocos obreros armados de Elberfeld. La *Landwehr* vacilaba; la mayoría sentía un miedo atroz a la cárcel. Al principio, los efectivos eran poco numerosos, pero fueron engrosando con la incorporación de todos los elementos vacilantes y temerosos procedentes de los demás destacamentos. Finalmente, la Guardia Cívica, que en un comienzo era aquí reaccionaria y había sido creada directamente para reprimir a los obreros, se declaró neutral y sólo se preocupaba de proteger sus propiedades. Claro está que todo esto se puso en claro solamente en el curso de los días siguientes; entre tanto, una parte de los elementos venidos de fuera y de los obreros desapareció y el número de los verdaderos combatientes se redujo al estancarse el movimiento, en tanto que la Guardia Cívica iba reduciéndose más y más y daba rienda suelta, ya sin recato, a sus veleidades reaccionarias. En las últimas noches se dedicó a la tarea de derribar una serie de barricadas. Los refuerzos armados que al principio excedían sin duda de mil hombres, habían ido disminuyendo a la mitad ya para el 12 o el 13, y cuando por fin se pasó lista general de presente, se vio que toda la fuerza armada con que podía contarse no excedía de 700 u 800 hombres. La *Landwehr* y la Guardia Cívica se negaron a pasar lista.

Pero no para aquí la cosa. El Elberfeld insurrecto se hallaba rodeado de una serie de puntos supuestamente "neutrales": Barmen, Kronenberg, Lennep, Lüttringhausen, etc., no se habían sumado al movimiento. Los obreros revolucionarios de estos lugares que disponían de armas se habían trasladado a Elberfeld. Esos puntos se hallaban dominados todos, en interés del "orden" y de los industriales, por la Guardia Cívica, que era en todos ellos un instrumento en manos de los fabricantes para tener a raya a los obreros y se hallaba integrada en su totalidad por tenderos dependientes de aquéllos. Los mismos obreros, bastante apartados del movimiento

político como consecuencia de su dispersión local, habían sido atraídos en parte al lado de los fabricantes mediante el empleo de los consabidos medios de coacción y a fuerza de calumniar el carácter del movimiento desarrollado en Elberfeld; y entre los campesinos daban estas calumnias un resultado infalible. A lo cual hay que añadir que el movimiento había venido a producirse en un periodo en el que, después de quince meses de crisis industrial, los fabricantes volvían a tener gran abundancia de pedidos, y sabido es que no se puede hacer una revolución cuando los obreros tienen trabajo abundante, circunstancia ésta que pesaba también considerablemente en Elberfeld. En estas condiciones, huelga decir que los vecinos "neutrales" eran, en realidad, otros tantos enemigos solapados.

Más aún, distaba mucho de haberse establecido el contacto con los otros distritos sublevados. De vez en cuando llegaban algunas personas de Hagen; de Iserlohn apenas se sabía nada. Algunos individuos se ofrecían como comisarios, pero sin que pudiera confiarse en ninguno de ellos. Se decía que en Barmen y sus alrededores habían sido detenidos por la Guardia Cívica varios enlaces entre Elberfeld y Hagen. El único punto con el que existía contacto era Solingen, donde las cosas estaban exactamente igual que en Elberfeld. Y si la situación allí no era peor, se debía a los obreros de aquella zona, que aún habiendo enviado a Elberfeld 400 o 500 hombres armados, seguían siendo todavía lo bastante fuertes para hacer frente en su propia casa a la burguesía y a su Guardia Cívica. Si los obreros de Elberfeld se hubiesen hallado tan desarrollados y bien organizados como los de Solingen, las perspectivas habrían sido completamente distintas.

En estas circunstancias, sólo cabía una posibilidad: adoptar unas cuantas medidas rápidas y enérgicas que volvieran a infundir vida al movimiento inyectándole nuevas fuerzas combatientes, paralizando a sus enemigos interiores y organizando del modo más poderoso posible a los insurrectos en toda la región industrial de Berg y la Marca. El primer paso habría sido desarmar a la Guardia Cívica de Elberfeld, distribuir sus armas entre los obreros y levantar un

impuesto forzoso para asegurar el sustento de los obreros armados. Este paso habría roto resueltamente con la indolencia del Comité de seguridad, habría infundido nueva vida al proletariado y habría paralizado la capacidad de resistencia de los distintos elementos "neutrales". La línea de conducta que hubiera podido seguirse después, para obtener también armas de aquellos distritos, continuar extendiendo la insurrección y organizar en regla la defensa de toda la zona, dependía de los resultados que se obtuvieran de ese primer paso. Por lo demás, con un acuerdo del Comité de seguridad en la mano y los cuatrocientos hombres armados de Solingen, habría bastado para desarmar en un momento a la Guardia Cívica de Elberfeld, cuyo heroísmo dejaba bastante qué desear.

Debo declarar que como salvaguardia de los acusados de mayo en Elberfeld, aún retenidos en la cárcel, todas estas propuestas partieron única y exclusivamente de mí. El desarme de la Guardia Cívica fue una idea que yo defendí desde el primer día, en cuanto comenzaron a agotarse los recursos económicos del Comité de seguridad.

Pero el bendito Comité de seguridad no se mostraba dispuesto en modo alguno a recurrir a estas "medidas terroristas". Lo único que pude conseguir o que, mejor dicho, llevé a la práctica por propia iniciativa, de acuerdo con algunos jefes de cuerpo —todos los cuales han logrado escapar y en parte se hallan ya en América—, fue la incautación de unos ochenta fusiles de la Guardia Cívica de Kronenberg, depositados en el Ayuntamiento de este lugar. Estos fusiles, distribuidos con la mayor ligereza, fueron a parar en su mayoría a manos de lumpenproletarios adictos al aguardiente, quienes aquella misma noche los vendieron a gente burguesa. Los señores burgueses, en efecto, distribuyeron entre el pueblo a sus agentes, encargados de comprar el mayor número posible de armas, pagándolas a un precio bastante elevado. De este modo, el lumpenproletariado de Elberfeld entregó a los burgueses varios centenares de fusiles, que la negligencia y el desorden de las improvisadas autoridades habían puesto en sus manos. Dichos fusiles sirvieron para

armar a los capataces de las fábricas, los tintoreros de confianza, etc., etc., con lo que fueron engrosando las filas de la "honrada" Guardia Cívica de día en día.

Los señores del Comité de seguridad respondían a todas las propuestas encaminadas a asegurar la defensa de la ciudad, diciendo que todo era inútil, que los prusianos se guardarían mucho de atacar, que no se aventurarían en las montañas, etc. Ellos mismos sabían perfectamente que todo ello no pasaba de ser fábulas sin sentido, que la ciudad podía ser bombardeada desde todas las alturas incluso con artillería de campaña, que no estaba nada preparada para una defensa un poco seria y que, paralizado el movimiento y ante la enorme superioridad de fuerzas de los prusianos, sólo acontecimientos muy extraordinarios podrían salvar a la insurrección en Elberfeld.

Pero tampoco los generales prusianos parecían tener ninguna gana de dar la batalla en un terreno casi totalmente desconocido para ellos, por lo menos antes de concentrar para el ataque una superioridad de fuerzas verdaderamente abrumadora. Las cuatro ciudades abiertas de Elberfeld, Hagen, Iserlohn y Solingen imponían tanto respeto a estos cautelosos héroes guerreros, que necesitaron reunir, en parte por ferrocarril, haciéndolos venir de Wesel, Westfalia y las provincias del Este, un ejército completo de veinte mil hombres, con numerosa caballería y artillería, para apostarlo detrás del Ruhr en una formación estratégica en toda regla y sin decidirse a aventurar un ataque. Alto mando y cuartel general, ala derecha, centro, todo fue dispuesto en el más perfecto orden, como si enfrente estuviera un gigantesco ejército enemigo, como si se tratara de dar la batalla a un Bem o un Dembinski y no de empeñar un combate desigual contra unos cuantos cientos de obreros desorganizados, mal armados, casi sin jefes y traicionados en la retaguardia por quienes habían puesto las armas en sus manos.

Sabido es cómo acabó la insurrección. Cómo los obreros, hartos ya de las interminables largas, vacilantes cobardías y de la traidora contemporización de la pequeña burguesía, abandonaron por

fin la ciudad de Elberfeld para abrirse paso hacia cualquier zona en la que la Constitución les ofreciera algún punto de apoyo. Cómo fueron perseguidos y acosados por los ulanos de Prusia, y los campesinos azuzados en contra de ellos. Cómo, inmediatamente después de su retirada, la gran burguesía salió de sus escondrijos, hizo desmontar las barricadas y levantó arcos de triunfo en honor de los héroes prusianos que se acercaban a la ciudad. Cómo Hagen y Solingen cayeron en manos de los prusianos por la descarada traición de la burguesía y solamente Iserlohn presentó durante dos horas desigual combate a los vencedores de Dresde, al 24º regimiento, que avanzaba cargado ya de botín.

Una parte de los obreros de Elberfeld, Solingen y Mülheim logró llegar sin contratiempo al Palatinado. Se encontraron allí con sus coterráneos, los evadidos del asalto al arsenal de Prüm. En unión de éstos, formaron, encuadrada en el cuerpo franco de Willich, una compañía integrada exclusivamente por combatientes renanos. Y todos sus camaradas de lucha deben rendir en favor suyo el testimonio de que, cuantas veces entraron en fuego, sobre todo en el último encuentro decisivo junto al río Murg, se batieron con gran denuedo.

Valdría la pena describir pormenorizadamente la insurrección de Elberfeld, porque en ella vemos dibujarse con los perfiles más claros y más detallados la posición que ocupaban las diferentes clases en el movimiento por la Constitución. El movimiento que se desarrolló en las otras ciudades de Berg y la Marca presenta una semejanza perfecta con el de Elberfeld, con la diferencia de que allí aparece más confusa la participación o no participación de las diversas clases en el movimiento, pues éstas no se mostraban tan claramente deslindadas como en el centro industrial de la región. En el Palatinado y en Baden, donde apenas existe concentración de la gran industria ni, por tanto, una gran burguesía desarrollada y donde las relaciones de clases se entremezclan y confunden de un modo mucho más apacible y patriarcal, aparece todavía más confusa la mezcla de las clases que sostenían el movimiento. Tendremos ocasión de ver esto más adelante, y veremos también, al mis-

mo tiempo, cómo todas estas amalgamas de la insurrección acabaron agrupándose igualmente en torno a la pequeña burguesía, como el centro de cristalización de todo este esplendor de la Constitución del Imperio.

Los intentos de insurrección producidos en la Prusia renana en mayo de este año ponen claramente de relieve la posición que esta parte de Alemania puede ocupar en un movimiento revolucionario. Acordonada por cinco fortalezas, tres de ellas de primer rango para Alemania; bajo la ocupación permanente de casi la tercera parte de todo el ejército prusiano; atravesada por líneas ferroviarias en todas direcciones y disponiendo de una flota completa de barcos de vapor para el transporte de tropas, en esta región renana una insurrección sólo puede triunfar si se dan condiciones verdaderamente extraordinarias que aseguren o hagan posible el éxito. La población del Rin sólo puede lograr algo con las armas en la mano a condición de que las ciudadelas se hallen en poder del pueblo. Y este caso sólo puede darse si el poder militar se ve aterrorizado y pierde la cabeza bajo la acción de formidables acontecimientos procedentes de fuera o si las tropas se ponen en todo o en parte al lado del movimiento. En otras condiciones, una insurrección en la provincia renana está condenada de antemano al fracaso. Es probable que una rápida marcha de los de Baden sobre Francfort y de los del Palatinado sobre Tréveris hubiese dado como resultado el desencadenar inmediatamente la insurrección en la zona del Mosela y el Eifel, en Nassau y en las dos demarcaciones de Hesse y que, en estas condiciones, se hubiesen sumado al movimiento las tropas de los Estados de la región central del Rin, que a la sazón se hallaban todavía bien dispuestas. No cabe la menor duda de que, así las cosas, habrían seguido su ejemplo todas las tropas renanas, principalmente toda la 7ª brigada y la 8ª de artillería, o que, por lo menos, habrían manifestado su inclinación en voz lo bastante alta para hacer perder la cabeza al general prusiano. Probablemente, en esta situación habrían caído varias fortalezas en manos del pueblo, y, si no Elberfeld, se habría salvado por lo menos la mayor parte de la mar-

gen izquierda del Rin. Pero todo esto, y tal vez mucho más, se ha perdido por la mezquina y pusilánime política seguida, en su alta sabiduría, por el Comité territorial de Baden.

La derrota de los obreros rellanos arrastró también al único periódico que defendía, abierta y resueltamente, sus intereses: la *Nueva Gaceta Renana.* El redactor en jefe del periódico,[b] a pesar de ser nativo de la Prusia renana, fue expulsado de Prusia, y los demás redactores se veían amenazados los unos directamente con la prisión y los otros con la orden de expulsión inmediata. La policía de Colonia lo declaró así con la mayor simpleza en tanto que demostraba con todo detalle que poseía contra cada uno de ellos pruebas suficientes para proceder de un modo o del otro. La *Nueva Gaceta Renana* se veía pues obligada a suspender su publicación precisamente cuando el aumento enormemente rápido de la tirada aseguraba con creces su existencia. Los redactores se repartieron entre las diversas regiones alemanas en las que aún se mantenía o podía organizarse la insurrección; la mayoría se trasladó a París, donde era inminente una nueva crisis.[571] Ninguno de ellos se libró de la cárcel o de la expulsión en el curso de los movimientos de este verano, sufriendo así la suerte que tan amablemente les había anunciado y estaba dispuesta a depararles la policía de Colonia. Parte de los cajistas se trasladaron al Palatinado e ingresaron al ejército.

También la insurrección renana tenía que acabar trágicamente. Después de declarar en estado de sitio a tres cuartas partes de la provincia y de arrojar a la prisión a cientos de personas, la insurrección terminó con el *fusilamiento de tres de los asaltantes del arsenal de Prüm; en la víspera del cumpleaños de Federico Guillermo IV de Hohenzollern.*

"Vae victis!"[c]

[b] Carlos Marx.

[571] Se trasladaron a París, luego de suprimida la *Nueva Gaceta Renana,* tres miembros de su redacción: Marx, Wolff y Droncke. Por aquellos días el partido de la Montaña y los clubes revolucionarios se ocupaban de organizar en París manifestaciones masivas contra el partido del Orden, entonces en el poder.

[c] ¡Ay de los vencidos!

II. KARLSRUHE

EL LEVANTAMIENTO EN BADEN SE PRODUJO BAJO LAS CONDICIONES más favorables en que puede estallar una insurrección. El pueblo entero estaba unido en el odio a un gobierno pérfido, felón y cruel en sus persecuciones políticas. Las clases reaccionarias, la nobleza, la burocracia y la gran burguesía eran poco numerosas. En Baden, la gran burguesía sólo existe en estado embrionario. Exceptuando a estos pocos nobles, funcionarios y burgueses, a los comerciantes de Karlsruhe y Baden-Baden que vivían de la Corte y de los extranjeros ricos, a unos cuantos profesores de Heidelberg y a los campesinos de media docena de aldeas de los alrededores de Karlsruhe, todo el país se hallaba unido en torno al movimiento. El ejército, que en otras insurrecciones había que comenzar por vencer, al que aquí mortificaban más que en ninguna otra parte sus oficiales de la nobleza, que desde hacía un año venía siendo trabajado por el partido democrático y que últimamente, mediante la implantación de una especie de servicio militar obligatorio, había abierto todavía más sus filas a los elementos rebeldes; el ejército, se puso aquí a la cabeza del movimiento, llevándolo todavía más lejos de lo que querían los dirigentes burgueses de la Asamblea de Offenburg.[572] Fue precisamente el ejército el

[572] El 12 de mayo de 1849 se celebró en Offenburg (Baden) un congreso regional de las asambleas populares de Baden, el cual se limitó a exigir la disolución del ministerio así como la convocatoria de una Asamblea Constituyente. Después de que las tropas apoyaran al pue-

que en Rastatt y Karlsruhe convirtió el "movimiento" en una insurrección.

Al tomar posesión, el gobierno insurreccional se encontró, pues, con un ejército dispuesto, con arsenales abundantemente abastecidos, una población casi unánime. Se encontró, además, con una insurrección ya en marcha en la orilla izquierda del Rin, en el Palatinado, que cubría su flanco izquierdo; en la Prusia renana, con una insurrección que, aunque ya muy amenazada, no había sido aplastada todavía; en Württemberg, en Franconia, en las dos demarcaciones de Hesse y en Nassau, con un estado general de agitación que abarcaba incluso al ejército y que sólo necesitaba una chispa para que la insurrección de Baden se extendiera a todo el sur y el centro de Alemania, poniendo a disposición de los sublevados a no menos de 50 000 a 60 000 hombres de las tropas regulares.

Lo que debía hacerse en estas circunstancias es algo tan sencillo y tan evidente, que ahora, después de sofocada la insurrección, todo el mundo lo sabe y cualquiera podría haberlo dicho ya desde el primer momento. Habría sido necesario, inmediatamente y sin un momento de vacilación, extender la insurrección a Hesse, Darmstadt, Francfort, Nassau y Württemberg. Concentrar sin pérdida de tiempo a 8 000 o 10 000 hombres de las tropas regulares disponibles —cosa que podía haberse hecho en dos días, con ayuda del ferrocarril— y lanzarlas sobre Francfort "para prestar protección a la Asamblea Nacional". El aterrorizado gobierno de Hesse había quedado como petrificado por los éxitos de la insurrección, que se sucedían uno tras otro; sus tropas simpatizaban notoriamente con los de Baden y no estaban, como no lo estaba tampoco el Senado de Francfort,[573] en condiciones de oponer la menor resistencia. Las tropas del Electorado de Hesse, Württemberg y Darmstadt estacionadas en Francfort simpatizaban con el movimiento; las de Prusia

blo, el día 13, en una asamblea masiva, fue proclamado un programa revolucionario exigiéndose que el poder pasara a manos de un comité elegido por las asambleas populares de Baden.

[573] *Senado de Francfort:* este "Senado!" era la corporación municipal de la ciudad de Francfort del Meno, que contaba con ciertas funciones legislativas y administrativas.

—en su mayoría, renanas— vacilaban; las austriacas eran poco numerosas. La llegada de las de Baden, ya se intentara impedirla o no, llevaría la insurrección hasta el corazón mismo de las dos demarcaciones de Hesse y Nassau, obligaría a los prusianos y austriacos a retirarse hasta Maguncia y colocaría a la temblorosa sedicente Asamblea Nacional alemana bajo la influencia aterrorizadora de una población y de un ejército sublevados. Y si la insurrección no estallaba inmediatamente en el Mosela, en el Eifel, en Württemberg y en Franconia, había medios sobrados para extenderla también a estas provincias.

Además, se habría debido centralizar el poder de la insurrección, poner a disposición de ésta los medios económicos necesarios e interesar por la insurrección a la gran mayoría de la población agrícola, mediante la inmediata abolición de todas las cargas feudales. La implantación de un poder central común para la guerra y las finanzas, comenzando por Baden y el Palatinado y con atribuciones plenas para emitir papel-moneda,* y la supresión de todas las cargas feudales en Baden y en cualquier otro territorio ocupado por el ejército sublevado habrían bastado, por el momento, para dar a la insurrección un carácter enérgico muy distinto.

Pero todo esto debió hacerse desde el primer momento para poder ponerlo en práctica con la premura sin la cual no es posible asegurar el éxito. Ocho días después de constituirse el Comité territorial, era ya demasiado tarde. La insurrección renana había sido sofocada; Württemberg y Hesse no se movieron, y los destacamentos de tropas al principio bien dispuestos se tornaron inseguros y acabaron obedeciendo sin vacilar las órdenes de sus reaccionarios jefes. La insurrección había dejado de ser un movimiento general alemán para convertirse en una insurrección local, limitada a Baden y al Palatinado.

Según me han informado, ya terminada la lucha, el ex suboficial del ejército de Baden F. Sigel, quien durante la insurrección conquis-

* Las Cámaras de Baden habían autorizado, ya antes, una emisión de dos millones en papel-moneda, que jamás llegó a hacerse efectiva. *[Nota de Engels.]*

tó una gloria enana más o menos dudosa, primero como "coronel" y luego como "general", había presentado al Comité territorial, en los primeros momentos, un plan según el cual debía tomarse la ofensiva. Este plan tenía el mérito de contener la idea certera de que debía atacarse ante cualquier circunstancia; fuera de esto, era el plan más aventurero que pudiera cavilarse. Sigel pretendía, primero, marchar sobre Hohenzollern con un cuerpo de ejército de Baden y proclamar la República hohenzolleriana; luego, tomar Stuttgart y desde allí, después de levantar a Württemberg, seguir a Nüremberg y establecer un gran campamento en el corazón de Franconia, que se sublevaría también. Como se ve, este plan desdeñaba la importancia moral de Francfort, cuya posesión era la que daba al movimiento un carácter general alemán, y hacía también caso omiso de la importancia estratégica de la línea de Maguncia. El plan presuponía, además, fuerzas de combate muy otras de aquellas de que realmente se disponía. Se comprende, pues, que, a la postre, después de una campaña completamente quijotesca o digna de un Schill,[574] el tal plan fuera un fiasco y sólo lograra lanzar en seguida en contra de la insurrección al más fuerte de los ejércitos y al único resueltamente enemigo entre los del sur de Alemania, el ejército *bávaro,* ya antes de que reforzara sus efectivos al pasarse a sus filas las tropas de Hesse y Nassau.

El nuevo gobierno no se prestó a ninguna clase de ofensiva, bajo el pretexto de que casi todos los soldados se habían dispersado y marchado a sus casas. Pero aun prescindiendo de que este caso sólo se daba con respecto a unas cuantas unidades, principalmente al regimiento de infantería, no era ninguna excusa, pues los soldados dispersos podían haber estado casi todos de nuevo en sus puestos en unos tres días.

La verdad era que el gobierno tenía sus razones, muy de otro orden, para oponerse a la ofensiva.

A la cabeza de toda la agitación que en Baden se mantenía en

[574] En 1809, cuando Prusia gozaba aún de paz mientras Austria se veía obligada a luchar contra Napoleón, un oficial prusiano, llamado Schill, se lanzó por cuenta propia y, al frente de su regimiento, guerreó contra las tropas napoleónicas.

torno a la Constitución se hallaba el señor *Brentano,* abogado que aunaba a las ambiciones un tanto mezquinas de un político cortado a la medida de los pequeños Estados alemanes y a esa aparente austeridad que en el sur de Alemania es siempre la primera condición para la popularidad, una cierta astucia diplomática, la suficiente para dominar por completo a cuantos le rodeaban, exceptuando tal vez a uno. El señor Brentano —la afirmación resulta ahora trivial, pero responde a la verdad— y su partido, el más fuerte de Baden, se limitaron a reclamar en la Asamblea de Offenburg aquellos cambios en la política del Gran Duque que sólo eran viables con un *ministerio Brentano.* La respuesta del Gran Duque y la agitación general desatada provocaron la revuelta militar de Rastatt,[575] pero contra la voluntad y la intención del citado político. En el momento en que el señor Brentano fue designado presidente del Comité territorial, se vio ya rebasado por el movimiento y trató de entorpecerlo. Vino luego la refriega de Karlsruhe,[576] el Gran Duque emprendió la fuga, y las mismas circunstancias que habían llamado al señor Brentano a ponerse a la cabeza del gobierno y le habían conferido, por así decirlo, poderes dictatoriales, hicieron fracasar todos sus planes, empujándole a emplear estos poderes contra el mismo movimiento que se los había conferido. Mientras el pueblo manifestaba su júbilo por la huida del Gran Duque, el señor Brentano y su Comité territorial estaban como sobre ascuas.

[575] *Revuelta militar de Rastatt:* esta revuelta ocurrida en la fortaleza de ese nombre se inició el 11 de mayo de 1849, provocando un abierto levantamiento en Baden. El 8 de mayo unos tres mil soldados, amotinados, declararon que no querían ser instrumento de sus oficiales en contra del pueblo y, de esa forma, se unieron a la Guardia Cívica. El día 11, los oficiales arrestaron a varios agitadores de los soldados, estallando de esa manera la insurrección de las tropas, que liberaron por la fuerza de las armas a los soldados presos. Los oficiales del ejército lograron escapar de la fortaleza de Rastatt. El día 12, soldados y vecinos del lugar, armados, hicieron huir al general y jefe militar de Baden, que acudía desde Karlsruhe al mando de tropas de refuerzo.

[576] *Refriega de Karlsruhe:* el 13 de mayo de 1849, la guarnición de Karlsruhe, capital de Baden, se sublevó y expulsó a sus oficiales. La Guardia Cívica, en la cual se apoyaba Brentano, defendió el arsenal de la ciudad contra los atacantes. El Gran Duque se vio obligado a huir. El 14 de mayo se presentó Brentano en Karlsruhe para ponerse al frente de un gobierno provisional, "en nombre del Gran Duque ausente".

Este Comité, formado casi exclusivamente por honrados burgueses de Baden, animados de las más virtuosas intenciones, pero con las cabezas llenas de confusión, por "republicanos puros" que temblaban ante la sola idea de la proclamación de la república y se santiguaban ante cualquier medida un poco enérgica; este Comité de auténticos filisteos, estaba naturalmente por entero en manos de Brentano. El papel que en Elberfeld había asumido el abogado Höchster lo asumió aquí, en un terreno algo distinto, el abogado Brentano. De los tres elementos extraños que salieron de la cárcel para ocupar puestos en el Comité territorial, Blind, Fickler y Struve, el primero se dejó envolver de tal modo por las intrigas de Brentano, que, viéndose solo, no tuvo más remedio que trasladarse a París, al destierro, como representante de Baden; Fickler hubo de aceptar una peligrosa misión en Stuttgart;[577] por su parte, Struve, a quien Brentano consideraba poco peligroso, fue dejado por él tranquilamente en el Comité, aunque vigilado y procurando hacerlo impopular, cosa que consiguió plenamente. Sabido es cómo este Struve formó con otros varios el "Club del progreso radical" (en realidad, moderado), disuelto luego, a consecuencia de una manifestación frustrada.[578] Pocos días después, Struve andaba por el Palatinado más o menos en situación de "fugitivo", intentando sacar de nuevo a luz su publicación titulada el *Espectador alemán.* Apenas había salido de las prensas el número de prueba cuando los prusianos entraban en la ciudad.

El Comité territorial, que había sido desde el primer momento

[577] *Fickler,* una de las figuras más progresistas del movimiento revolucionario en Baden, fue comisionado por Brentano para concertar con el gobierno de Wiirtemberg acerca de la neutralidad de ese reino en Stuttgart. Pero el 3 de junio de 1849 Fickler fue arrestado. El Gobierno provisional de Baden respondió con una incierta y vacilante movilización militar, del todo insuficiente e inexplicable.

[578] *Club del progreso radical:* organización fundada el 5 de junio de 1849 en Karlsruhe por el ala radical de los demócratas pequeño burgueses y los republicanos (Struve, Tzschirner, Heinzen y otros). El club propuso a Brentano extender la revolución más allá de las fronteras de Baden y el Palatinado y reponer en el gobierno a los elementos radicales. Al recibir una negativa a dicha propuesta, los miembros del club intentaron amenazar al gobierno con una demostración armada el 6 de junio. El gobierno los sometió, con la ayuda de la Guardia Civil y otras unidades armadas. El club fue entonces disuelto.

un mero instrumento en manos de Brentano, eligió un Comité ejecutivo, presidido también por él. Este organismo ejecutivo no tardó en desplazar totalmente al Comité territorial, al que permitía, a lo sumo, ratificar los créditos y las medidas adoptadas, y alejó del Comité a los miembros más o menos inseguros, a los que se encomendaron diversas misiones subalternas en la administración local o en el ejército. Finalmente, el Ejecutivo eliminó por completo al Comité territorial mediante la "Constituyente", elegida en su totalidad bajo la influencia de Brentano, y pasó a convertirse en un "Gobierno provisional", cuyo presidente volvía a ser, naturalmente, el mismo señor Brentano. Él fue quien nombró a los ministros. ¡Y qué ministros, Florian Mördes y Mayerhofer!

El señor Brentano era el representante más idóneo de la pequeña burguesía de Baden. Sólo se distinguía de la masa de los pequeños burgueses y de sus otros representantes en que era demasiado perspicaz para compartir todas sus ilusiones. El señor Brentano traicionó la insurrección badense desde el primer momento, y la traicionó precisamente *porque* desde el primer momento conocía la situación más exactamente que cualquier otro personaje oficial de Baden y porque adoptó las únicas medidas que podían asegurar el poder de la pequeña burguesía, pero que, al mismo tiempo y por ello mismo, tenían necesariamente que dar al traste con toda la insurrección. He aquí el secreto de la ilimitada popularidad de que entonces llegó a gozar Brentano y, al mismo tiempo, de los denuestos que desde el mes de julio lanzaron contra él quienes habían sido sus fervientes admiradores. Los pequeños burgueses de Baden eran, en masa, tan traidores como el propio Brentano; pero se vieron, al mismo tiempo, defraudados, lo que no ocurrió con su jefe. Ellos traicionaron por cobardía y se dejaron engañar por necedad.

En Baden, como en general en el sur de Alemania, apenas existe la gran burguesía. La industria y el comercio de la región son insignificantes. De ahí que sólo exista también un proletariado muy poco numeroso, muy disperso y poco desarrollado. La gran masa de la población está formada por campesinos (la mayoría), pequeños

burgueses y oficiales artesanos. Estos últimos, los trabajadores urbanos, desperdigados en pequeñas ciudades, sin ningún centro importante en que pudiera desarrollarse un partido obrero independiente, se hallan, o por lo menos se hallaban hasta ahora, bajo la influencia social y política predominante de la pequeña burguesía. Los campesinos, todavía más desperdigados que aquéllos a lo largo de la región y sin medios de contacto, tienen ya de suyo intereses en parte coincidentes y en parte, por así decirlo, paralelos con los de la pequeña burguesía, lo que explica por qué se hallaban también bajo la tutela política de ésta. Por tanto, la pequeña burguesía, representada por profesionistas: abogados, médicos, maestros de escuela, etc., y algunos comerciantes y libreros, dominaba, en parte directamente y en parte por medio de sus representantes, todo el movimiento político que se desarrollaba en Baden desde marzo de 1848.

A esta ausencia de la contradicción entre burguesía y proletariado y al consiguiente predominio político de la pequeña burguesía hay que atribuir el hecho de que en Baden no haya existido nunca, propiamente hablando, una agitación socialista. Los elementos socialistas importados de fuera, ya fuesen por mediación de obreros que habían estado en países más avanzados, ya a través de la influencia de la literatura socialista y comunista francesa o alemana, nunca podían abrirse paso. En Baden, emblemas como la cinta roja o la bandera del mismo color simbolizaban la república burguesa, salpicada cuando mucho con algo de terrorismo, y la frase de las "seis plagas de la humanidad"[579] denunciadas por el señor Struve, aunque aparecieran rodeadas de inocencia burguesa, era lo más extremo que podía encontrar eco en la masa. El supremo ideal del pequeño burgués y del campesino, en Baden, seguía siendo la pequeña república campesino-burguesa que desde 1830 existe en Suiza. Un limitado campo de acción para gente pequeña y modesta; el Estado, un municipio un poco más extenso, un "can-

[579] Estas seis plagas eran, según Struve: la monarquía, la nobleza hereditaria, la burocracia, el ejército permanente, el clero y el poder de los magnates financieros.

tón"; una pequeña industria estable, basada en el trabajo manual y, a la medida de ella, una sociedad igualmente estable y adormilada; poca riqueza, poca pobreza, todo nivel medio y mediocridad; ni monarca, ni lista civil, ni ejército permanente y escasos impuestos; ninguna participación activa en la historia, ninguna política exterior, solamente pequeñas habladurías locales dentro de casa y pequeñas rencillas en famille;[a] nada de gran industria, ni de ferrocarriles, ni de comercio mundial, ni de conflictos sociales entre millonarios y proletarios, sino una vida tranquila, apacible y honrada en paz y en gracia de Dios y en el recato de las almas tranquilas que carecen de historia: he allí la dulce Arcadia suiza, por cuya introducción en su país suspiran desde hace años el campesino y el pequeño burgués de Baden y, digámoslo, del sur de Alemania se ensancha hasta abarcarla toda, se representa ante él el ideal del futuro de Alemania bajo la forma de una Suiza grande, es decir, bajo la forma de la República federativa. Así, vemos que el señor Struve, en un folleto, divide el territorio alemán en veinticuatro cantones, con otros tantos "gobernadores" y grandes y pequeños consejeros, e incluso acompaña el citado folleto de un mapa con la división cantonal ya preparada. Si algún día llegara Alemania a convertirse en semejante Arcadia, caería con ello en un grado de degradación como no se lo habría podido imaginar ni en los tiempos más ignominiosos.

Entre tanto, los pequeños burgueses del sur de Alemania habían pasado ya más de una vez por la experiencia de que una revolución, aunque tremolara su propia bandera republicano-burguesa, podía fácilmente arrastrar a su amada y apacible Arcadia a un torbellino de conflictos gigantescos y de luchas de clases muy reales. De allí el temor de los pequeños burgueses no sólo a cualquier conmoción revolucionaria, sino incluso a su propio ideal de la república federada del tabaco y la cerveza. Y de allí también su entusiasmo por la Constitución del Imperio, que, por lo menos, satisfacía sus intere-

[a] En familia.

ses inmediatos y les daba la esperanza, en vista del veto puramente suspensivo del emperador, de poder implantar algún día la república por la vía legal. De allí, por último, su asombro cuando vieron que las tropas de Baden, sin consultarles, les servían en bandeja una insurrección lista y acabada, y su miedo a extenderla más allá de las fronteras del futuro cantón badense. No fuese el incendio a comunicarse a zonas en las que hubiera grandes burgueses y un proletariado en masa y en las que entregara a éstos el poder, pues entonces podría peligrar la propiedad.

¿Qué hizo, en estas circunstancias, el señor Brentano?

Lo que en la Prusia renana había hecho conscientemente la pequeña burguesía, lo hizo él en Baden *para* ella: traicionó la insurrección, pero salvó a la pequeña burguesía.

No traicionó a la revolución, en modo alguno, como se lo imaginaba el pequeño burgués de Baden, por fin desengañado, con sus últimos actos, con su deserción después de la derrota junto al Murg, sino, ya desde el primer momento. Fueron precisamente las medidas que los filisteos de Baden, y con ellos una parte de los campesinos e incluso los artesanos, habían aclamado con mayor júbilo, las que traicionaron el movimiento, entregándolo a los prusianos. Y precisamente porque traicionaba se hizo Brentano tan popular, se captó el fanático entusiasmo de la pequeña burguesía. Encantado con la rápida instauración del orden y la seguridad y con el entorpecimiento momentáneo del movimiento, el pequeño burgués no echaba de ver la traición cometida contra éste; y cuando ya era tarde, cuando habiéndose comprometido en el movimiento vio a éste perdido y se vio perdido a sí mismo con él, se puso a aclamar "¡Traición!", y se abalanzó sobre su más leal servidor con toda la indignación del hombre honrado cuando se le estafa.

Claro está que también el señor Brentano ha sido estafado. Esperaba salir del movimiento convertido en el gran hombre del partido "moderado", es decir, precisamente de la pequeña burguesía, y, entre las sombras de la noche y en medio de la niebla tuvo que escapar de su propio partido y de sus mejores amigos, iluminados de

pronto por el resplandor de un miedo atroz. Había llegado a confiar incluso en la posibilidad de ocupar un puesto de ministro del Gran Duque y, en premio a su maquiavelismo, no hizo más que recibir los puntapiés de todos los partidarios, viéndose incapacitado para llegar a representar nunca el menor papel. No cabe duda de que se puede ser más listo que todos los pequeños burgueses juntos de cualquier mísero Estado alemán y, sin embargo, o por ello mismo, quedar defraudado en sus más bellas esperanzas y ver cubiertas de lodo sus más nobles intenciones.

Desde el primer día de su gobierno, el señor Brentano hizo cuanto pudo para mantener el movimiento dentro de los diques pequeño burgueses, que apenas si intentó rebasar. Bajo la protección de la Guardia Cívica de Karlsruhe, sumisa al Gran Duque, la misma que un día antes se había batido en contra del movimiento, se instaló en la Casa de los Estamentos para refrenar desde allí la insurrección. La recuperación de los soldados desertores se llevó a cabo con la mayor indolencia, y no se puso tampoco mayor prisa en la reorganización de los batallones. En cambio, se armó sin pérdida de momento a los pequeños burgueses desarmados de Mannheim, que todo el mundo sabía que no se batirían y que, después del combate de Waghäusel, llegaron a sumarse, en gran parte, a la traición cometida contra Mannheim por un regimiento de dragones. Ni se hizo mención de una posible marcha sobre Francfort o Stuttgart o de extender la insurrección a Nassau o Hesse. Si a alguien se le ocurría proponer alguna medida de este género, se daba de lado inmediatamente a la propuesta, como se había hecho con la de Sigel. Hablar de la emisión de papel moneda habría sido algo así como proponer un delito de Estado, caer en el comunismo. El Palatinado envía un emisario tras otro para decir que estaban desarmados, que no tenían fusiles, y no digamos cañones ni munición, que necesitaban todo lo que hacía falta para una insurrección, principalmente para tomar las fortalezas de Landau y Germersheim; pero el señor Brentano no suministraba nada. Se pedía la inmediata implantación de un mando militar único, e incluso la unificación

de ambos Estados bajo un solo gobierno. A todo se daba largas. Creo que lo único que consiguió el Palatinado fue un pequeño envío de dinero; después, ya demasiado tarde, llegaron ocho cañones y un poco de munición, sin dotación ni tiro, y, por último, obedeciendo las órdenes directas de Mieroslawski, un batallón de Baden y dos morteros, de los cuales, si mal no recuerdo, sólo uno llegó a hacer un disparo.

Estas dilaciones y este empeño en no adoptar las medidas necesarias para llevar adelante la insurrección habían condenado ya al fracaso todo el movimiento. Y la misma abulia se mantenía en la política interior. De la abolición de las cargas feudales, ni hablar; el señor Brentano sabía perfectamente bien que había entre los campesinos, sobre todo en las tierras altas, más elementos revolucionarios de los que él habría deseado y que, por tanto, le convenía más frenarlos que empujarlos todavía más de lleno al movimiento. Los nuevos funcionarios eran, en su mayoría, criaturas de Brentano o personas totalmente incapaces; los viejos, salvo aquellos que se habían comprometido demasiado abiertamente con la reacción en los últimos doce meses y que, por tanto, habían desertado por sí mismos, seguían ocupando todos sus puestos, con gran fruición de los ciudadanos del orden. Hasta el señor Struve, todavía en los últimos días del mes de mayo, seguía elogiando a la "revolución" por el hecho de que todo se hubiese desarrollado en un orden tan perfecto y de que casi todos los funcionarios pudieran seguir ocupando sus cargos. Por lo demás, el señor Brentano y sus agentes procuraban que todo volviera, dentro de lo posible, a los viejos cauces, que se produjeran los menos trastornos y quebrantos posibles y que desapareciera cuanto antes el aspecto revolucionario del país.

La misma rutina prevalecía en la organización militar. Se hacía únicamente lo que se consideraba imposible dejar de hacer. Las tropas carecían de jefes, de ocupación y de orden; el incapaz "ministro de la Guerra" Eichfeld y su sucesor, el traidor Mayerhofer, no sabían siquiera distribuirlas pasablemente. Los convoyes de tropas se entrecruzaban en las vías férreas, sin resultado ni finalidad. Los batallo-

nes eran enviados hoy en un sentido y al día siguiente se les ordenaba dar la vuelta, sin que nadie pudiera decir por qué ni para qué. En las guarniciones, andaban de taberna en taberna, sencillamente porque no tenían otra cosa que hacer. Tal parecía como si existiera el propósito decidido de desmoralizar a las tropas, como si el gobierno se propusiera, efectivamente, matar en ellas el último vestigio de disciplina. Se encomendó al conocido J. F. Becker, naturalizado suizo y oficial del ejército helvético, la organización de la primera leva de la llamada Milicia Popular, es decir, de todos los hombres no mayores de treinta años capaces de empuñar las armas. No podríamos asegurar hasta qué punto Brentano le estorbó en el cumplimiento de su misión. Lo que sí sabemos es que, después de replegarse sobre territorio de Baden el ejército del Palatinado, y cuando ya no era posible seguir rechazando las imperativas exigencias de aquellos soldados mal vestidos y mal armados, el señor Brentano se lavó las manos con las siguientes palabras: "Por mí, podéis entregarles lo que queráis; pero cuando regrese el Gran Duque, sabrá, por lo menos, quiénes han dilapidado sus pertrechos". Por eso hay razones para creer que la desorganización total o parcial de la Milicia Popular de Baden se debía también, al menos en lo fundamental, al propio ciudadano Brentano y a la mala voluntad o la torpeza de los comisarios locales designados por él.

Cuando, después de la supresión de la *Nueva Gaceta Renana*, Marx y yo nos presentamos primeramente en Baden —el 20 o 21 de mayo, o sea más de ocho días después de la huida del Gran Duque—, nos produjo asombro el enorme descuido con que se vigilaba, o, mejor dicho, no se vigilaba la frontera. De Francfort a Heppenheim, toda la vía férrea ocupada por tropas del Imperio procedentes de Württemberg y Hesse; las mismas ciudades de Francfort y Darmstadt, llenas también de tropa; todas las estaciones y todos los pueblos, ocupados por fuertes destacamentos; puestos de avanzada, disturbios en toda regla hasta llegar a la frontera. En cambio, desde ésta hasta Weinheim no se veía un solo hombre; en Weinheim, tampoco. La única medida de cautela que se había

tomado era la demolición de un pequeño tramo ferroviario entre Heppenheim y Weinheim. Fue durante nuestra presencia allí cuando llegó a Weinheim un pequeño destacamento del regimiento de los guardias de corps, que no excedería de veinticuatro hombres. Desde Weinheim hasta Mannheim, volvía a reinar la paz más absoluta; a lo sumo, se veía de trecho en trecho alguno que otro miliciano suelto y muy alegre, que más bien parecía evadido o desertor que soldado en servicio. Naturalmente, nadie se ocupaba de revisar los documentos en la frontera. Cualquiera podía entrar o salir como Pedro por su casa.

En Mannheim se respiraba ya un ambiente un poco guerrero. Se veían tropeles de soldados plantados en la calle o sentados en las tabernas. La Milicia Popular y la Guardia Cívica hacían la instrucción en el parque, aunque casi siempre de un modo bastante desmañado y con malos instructores. En el Ayuntamiento, deliberaban sentados multitud de comités, viejos y nuevos oficiales en uniforme y blusa. El pueblo se mezclaba entre los soldados y milicianos, se bebía, se reía y se repartían grandes abrazos. Pero en seguida se daba uno cuenta de que el primer impulso había pasado ya y de que muchos se sentían desengañados. Los soldados no recataban su descontento: "¡Hemos hecho la insurrección —decían— y ahora que les ha llegado el turno a los civiles y que éstos deben asumir la dirección, dejan que todo se vaya al diablo!" Y no estaban contentos tampoco con sus nuevos oficiales; éstos no veían con buenos ojos a los viejos oficiales del Gran Duque, que seguían abundando a pesar de que todos los días desertaban algunos: los viejos oficiales se veían metidos contra su voluntad en una situación fatal de la que no sabían cómo salir. Finalmente, todo el mundo se quejaba de la falta de una dirección enérgica y capaz.

En la otra orilla del Rin, en Ludwigshafen, el movimiento se mostraba ya bajo un aspecto mucho más halagüeño. Mientras en Mannheim un gran número de hombres jóvenes que allí se hallaban, manifiestamente en edad de ser movilizados, se dedicaban tranquilamente a sus asuntos como si nada ocurriera, aquí todo el

mundo estaba armado. Claro está que no ocurría lo mismo en todo el Palatinado, como más tarde se demostraría. En Ludwigshafen reinaba la más perfecta unanimidad entre militares y milicianos. En las tabernas, también aquí abarrotadas, como es natural, resonaban la Marsellesa y otros cantos por el estilo. Nadie se quejaba, nadie gruñía; la gente se reía, estaba en cuerpo y alma con el movimiento y se hacían entonces, principalmente entre los fusileros y los milicianos, alusiones todavía muy perdonables e inocentes acerca de su invencibilidad.

Las cosas revestían, en Karlsruhe, una mayor solemnidad. En el Hotel de París estaba anunciada la Table d'hôte[b] para la una. Pero no se comenzó a comer hasta que llegaron "los señores del Comité territorial". Estas pequeñas atenciones daban ya al movimiento un tranquilizador tinte burocrático.

Expresamos ante diversos señores del comité la opinión más arriba expuesta de que se habría debido marchar desde el primer momento sobre Francfort y extender así la insurrección, pero que ahora era ya, muy probablemente, demasiado tarde y que el movimiento debía considerarse irremediablemente perdido, de no producirse una batalla decisiva en Hungría o una nueva revolución en París. Nuestras heréticas aseveraciones provocaron una indignación indescriptible en estos ciudadanos del Comité territorial. Solamente Blind y Goegg se mostraron de acuerdo con nosotros. Ahora que los acontecimientos nos han dado la razón, resulta que aquellos mismos señores habían insistido siempre, naturalmente, en luchar a la ofensiva.

En Karlsruhe se manifestaban ya por entonces los primeros brotes de aquella grandiosa cacería por los cargos públicos que se hacía pasar por el empeño de salvar a la patria, bajo el no menos grandioso título de "concentración de todas las fuerzas democráticas de Alemania". Quien un día había declamado en cualquier club, en términos más o menos confusos, o había gritado en cualquier oscura

[b] Mesa redonda.

hojilla democrática su odio contra el tirano, volaba ahora a Karlsruhe o Kaiserlautern para convertirse en seguida en un personaje.

Entre los sujetos de esta especie se encontraba en Karlsruhe un conocido y supuestamente filosófico Atta Troll,[580] ex diputado de la Asamblea de Francfort y ex redactor de una hojilla supuestamente democrática, suprimida por Manteuffel a pesar de los ofrecimientos de nuestro Atta Troll. Este tal puso gran empeño en pescar el puestecillo de embajador de Baden en París, para el que se creía especialmente capacitado, puesto que había residido dos años en aquella capital sin aprender ni una palabra de francés. Muy contento de haberle arrancado al señor Brentano las cartas credenciales, ya estaba haciendo las maletas cuando Brentano, de repente, lo mandó llamar y le sacó las cartas credenciales del bolsillo. No hay que decir que, ahora, para darle en la cabeza al señor Brentano, fue precisamente cuando Atta Troll se trasladó a París.

Otro ciudadano bien intencionado que se encontraba en Karlsruhe era el señor Heinzen, que desde hacía unos cuantos años venía amenazando con revolucionar y republicanizar a Alemania. Como es sabido, este buen hombre había aconsejado en todas partes, ya antes de la revolución de Febrero, que se "pegara duro"; pero después de la revolución había considerado más prudente contemplar las diferentes insurrecciones alemanas desde las altas montañas neutrales de Suiza. Hasta que, ahora, por último, le entraron de pronto ganas de pegar duro "a los que apremiaban". A juzgar por su consigna anterior: "Kossuth es un gran hombre pero se ha olvidado del *fulminante*", había que esperar de él que organizaría contra Prusia, sin *pérdida de tiempo*, las más gigantescas y hasta entonces insospechadas fuerzas de destrucción. Nada de esto. No siendo viables, a lo que parece, planes más ambiciosos, nuestro tiranicida se contentó, según se dice, con la formación de un cuerpo republicano escogido,

[580] *Atta Troll:* personaje de un poema de Heine con el que se satiriza a ciertos demócratas pequeño burgueses alemanes, campeones de la igualdad universal. Engels alude aquí a Arnold Ruge, a quien Marx y Engels retratan en su sátira sobre "Los grandes hombres del destierro".

escribir entre tanto en la *Gaceta de Karlsruhe*[581] algunos artículos a favor de Brentano y visitar el club de los progresistas radicales. El club fue disuelto, el cuerpo republicano escogido no llegó a formarse, y el señor Heinzen acabó dándose cuenta de que ni siquiera él podía seguir defendiendo la política de Brentano. Ignorado, desgastado y malhumorado, se trasladó primeramente a las tierras altas de Baden y de allí pasó a Suiza sin haber podido abatir a uno solo "de los que apremiaban". Ahora se venga de ellos en Londres, guillotinando a millones de estos elementos, en effigie.[c]

A la mañana siguiente, partimos de Karlsruhe para hacer una visita al Palatinado.

Poco es lo que me resta decir del curso ulterior de la insurrección en Baden, con respecto a la dirección de la política general y de la administración civil. Cuando Brentano se sintió lo bastante fuerte para ello, aplastó de un puñetazo la mansa oposición que le hacía el club del progreso radical. La "Asamblea Constituyente",[582] elegida bajo la influencia de la inmensa popularidad de Brentano y de la pequeña burguesía que todo lo gobernaba, dijo amén a todos sus pasos. El "Gobierno provisional con poderes dictatoriales"[583] (¡una dictadura bajo una supuesta Convención!) se hallaba por entero en sus manos. Así siguió gobernando: estorbaba el desarrollo revolucionario y militar de la insurrección, cuidaba de que se atendiera tan bien que mal[d] a los asuntos en curso y velaba celosamente por las provisiones y las propiedades privadas del Gran Duque, a quien en adelante siguió considerando como su soberano

[581] *Karlsruher Zeitung:* periódico fundado después de 1830. Antes y después de 1848, fue órgano oficial del gobierno, incluso bajo Brentano. De órgano del gobierno "granducal", pasó a serlo del Comité regional, que encabezaba la campaña en pro de la Constitución, para luego recobrar su posición anterior a la entrada de las tropas prusianas en Karlsruhe.

[c] En espíritu.

[582] La Asamblea Constituyente de Baden estaba formada por 74 diputados. Abrió sus sesiones en Karlsruhe el 10 de junio de 1849. La última sesión se celebró el 2 de julio de ese mismo año en Friburgo, adonde se había trasladado a fines del mes anterior.

[583] La "Ley para crear un Gobierno provisional con poderes dictatoriales" fue publicada en la *Gaceta de Karlsruhe* (núm. 34, del 21 de junio de 1849).

[d] Medianamente.

legítimo por la Gracia de Dios. Declaró en la *Gaceta de Karlsruhe* que el Gran Duque podía regresar en cualquier momento, y, en efecto, el palacio ducal permaneció todo el tiempo cerrado, como si su dueño hubiera salido de viaje. A los emisarios del Palatinado les daba largas con vagas respuestas; lo más que pudo conseguirse fue la implantación del mando militar único bajo Mieroslawski y un convenio suprimiendo el tributo de peaje en el puente que unía a Mannheim con Ludwigshafen, pero sin que ello fuese obstáculo para que el señor Brentano siguiera percibiendo este tributo del lado de Mannheim.

Cuando, por último, Mieroslawski, después de la batalla de Waghäusel y Ubstadt, se vio obligado a replegarse con los restos de su ejército al otro lado del Murg, cruzando la montaña, cuando fue necesario evacuar Karlsruhe, con gran cantidad de pertrechos y provisiones, y cuando la derrota junto al río Murg selló la suerte del movimiento, se esfumaron las ilusiones de los burgueses, campesinos y soldados de Baden y se levantó un clamor general, diciendo que Brentano los había traicionado. Se vino a tierra de golpe y porrazo todo el edificio de la popularidad de Brentano, levantado por la cobardía de los pequeños burgueses, la dependencia de los campesinos y la falta de concentración de los obreros. Brentano huyó a Suiza al amparo de la noche y de la niebla, perseguido por el estigma de alta traición lanzado contra él por su propia "Constituyente", y fue a esconderse en Feuerthalen, cantón de Zurich.

Podría uno pensar que el señor Brentano ha sido ya bastante castigado con el total derrumbamiento de su posición política y el desprecio general de todos los partidos por su traición. La derrota del movimiento de Baden no tiene gran importancia. Lo ocurrido el 13 de junio en París[584] y la negativa de Görgey a marchar sobre

[584] El 13 de junio, en París, el partido de la Montaña de 1848-1849, representante de "una masa que oscilaba entre la burguesía y el proletariado" (Marx), exigió que se pusiera fin a la intervención de las tropas francesas contra la República romana y llamó a una manifestación pacífica en defensa de la Constitución y contra el gobierno. La pequeña burguesía, por temor al proletariado, impidió el levantamiento armado. Esta actitud condujo a la derrota del 13 de junio, y el llamado partido del Orden se aprovechó de este fracaso de la Montaña

Viena[585] acabaron con todas las perspectivas que aún se abrían ante Baden y el Palatinado, aun suponiendo que hubiesen logrado trasplantar el movimiento a Hesse, Württemberg y Franconia. Habrían caído más honrosamente, pero de todos modos habrían caído. Pero lo que el partido revolucionario no perdonará jamás al señor Brentano ni perdonará tampoco a la cobarde pequeña burguesía badense que le sostuvo, es el haber sido directamente responsable de la muerte de los fusilados en Karlsruhe, Friburgo y Rastatt, y de las innumerables víctimas anónimas asesinadas también por los prusianos en las casamatas de Rastatt por medio del tifus.

En el segundo cuaderno de esta *Revue* narraré lo sucedido en el Palatinado y describiré al final la campaña librada aquí en Baden.

para eliminarla de todas las corporaciones republicanas, afianzando, así, el poder de la gran burguesía y el triunfo de la contrarrevolución.

585 *Arthur von Görgey:* comandante en jefe del ejército revolucionario húngaro y partidario de un acuerdo con los Habsburgos; hacía labor de zapa contra la campaña militar revolucionaria. En abril de 1849 el ejército húngaro ocupaba posiciones favorables que permitían asegurar la victoria mediante una marcha sobre Viena, con lo que se habría dado un nuevo impulso al movimiento revolucionario europeo. Sin embargo, al emplazar su sitio en el barrio de Buda, en Ofen, en mayo de 1849, permitió al ejército imperial austriaco pasar a la contraofensiva.

III. EL PALATINADO

De Karlsruhe pasamos al Palatinado, deteniéndonos antes en Espira, donde nos habían dicho que encontraríamos a d'Ester y el Gobierno provisional. Pero ya habían salido de allí para Kaiserslautern, donde el gobierno fijó su sede definitiva, por considerar aquel lugar como "el punto más estratégico de todo el Palatinado". En Espira encontramos, en cambio, a Willich con sus voluntarios. Con un cuerpo de doscientos soldados mantenía a raya a las guarniciones de Landau y Germersheim, que sumaban más de 4 000 hombres, les cortaba los accesos y los hostilizaba de todas las maneras posibles. Aquel mismo día, había atacado con unos ochenta tiradores dos compañías de la guarnición de Germersheim. A la mañana siguiente, acompañados de Willich, seguimos viaje a Kaiserslautern, donde encontramos a d'Ester, al Gobierno, provisional y a la flor y nata de la democracia alemana. Tampoco aquí podía hablarse, naturalmente, de la participación oficial en el movimiento, a la que nuestro partido era completamente ajeno. Nos retiramos, pues, por un par de días hacia Bingen, pero en el camino, acompañados por varios amigos, fuimos detenidos por tropas de Hesse, como sospechosos de tomar parte en la insurrección y conducidos a Darmstadt y de allí a Francfort, donde por fin nos pusieron en libertad.

Poco después, salimos de Bingen, y Marx partió hacia París —donde era inminente un acontecimiento decisivo—, con un man-

dato del Comité democrático central, para que representara al partido revolucionario alemán ante los socialdemócratas franceses.[586] Yo volví a Kaiserslautern, con intención de instalarme allí como simple refugiado político y, más tarde, si se presentaba una ocasión oportuna, al estallar la lucha, ocupar la única posición que la *Nueva Gaceta Renana* podía asumir en un movimiento como éste: la de soldado.

Quien haya visitado solamente una vez el Palatinado comprenderá que cualquier movimiento que se produzca en esta región rica en vino y de buenos bebedores tiene que asumir necesariamente un carácter sumamente alegre y jocoso. Se había dado de lado de una vez a los pesados y pedantescos bebedores de cerveza de la vieja Baviera, poniendo en su lugar, como funcionarios, a los buenos catadores de vino del Palatinado. Se habían mandado al diablo, por fin, aquellas mortificaciones de la policía bávara, que se daba aires de tanta importancia y de la que tan graciosamente se burlaban las *Hojas Volantes,*[587] por lo demás bastante insustanciosas, mortificaciones que resultaban intolerables sobre todo para las buenas personas del Palatinado. La proclamación de la libertad de levantar el codo fue el primer acto revolucionario de este pueblo: todo el Palatinado se convirtió en una gran taberna, y las enormes cantidades de vino consumidas durante estas seis semanas, "en nombre del pueblo Palatinado", excedían todos los cálculos. Aunque la participación activa en el movimiento distaba mucho de ser aquí tan grande como en Baden, pues existían muchas comarcas reaccionarias, toda la población participaba unánimemente de esta entrega general al vaso de vino y hasta los pequeños burgueses y campesinos más reaccionarios se vieron arrastrados a la alegría general.

No hacía falta ser un profeta para pronosticar qué amargo des-

[586] Engels hace referencia a la coalición establecida entre los demócratas y socialistas pequeño burgueses agrupados en el *Réforme* bajo la dirección de Ledru-Rollin y Louis Blanc. Una parte de los obreros franceses se hallaba bajo la influencia de estos llamados "socialdemócratas". El inminente acontecimiento decisivo a que alude Engels son los sucesos producidos en París el 13 de junio de 1849 (véase *supra,* nota 584).

[587] *Fliegende Blätter:* semanario satírico fundado en la ciudad de Munich en 1845.

engaño depararía en pocas semanas el ejército prusiano a estos divertidos palatinenses. Y, sin embargo, era contada la gente del Palatinado que no vivía entregada a la seguridad más absoluta. Muy pocos creían que llegarían a presentarse las tropas prusianas, pero de que si se presentaban, serían rechazadas con la mayor facilidad, de eso estaban seguros todos. Aquel sombrío talante de gente virtuosa cuya divisa: "Firmeza y seriedad", llevaban grabada en la frente los oficiales de la Milicia Popular de Baden y que, sin embargo, no sería obstáculo para que se produjeran todas aquellas maravillas de que tendré que hablar más adelante, aquella pedante solemnidad que el carácter pequeño burgués del movimiento había impreso a la mayoría de sus copartícipes en Baden, no se veía aquí por ninguna parte. En el Palatinado, la "seriedad" era secundaria. La "seriedad" y el "entusiasmo" sólo servían aquí para paliar un poco el regocijo general. Pero la gente del Palatinado era lo suficientemente "seria" y "entusiasta" para creerse invencible frente a todas las potencias del mundo, y muy especialmente frente al ejército prusiano. Y si, en momentos de quietud y meditación, apuntaba una leve duda, se le daba de lado con este irresistible argumento: "Aunque fuese así, no convendría decirlo". Claro está que, al alargarse el movimiento y hacerse más innegables y amenazadoras las concentraciones de los batallones prusianos desde Saarbrücken hasta Kreuznach, menudeaban más aquellas dudas, pero aumentaba también, precisamente entre los escépticos y los miedosos, la fanfarronería con que se proclamaba la invencibilidad de un "pueblo apasionado por su libertad", como se llamaban los palatinenses. Esta fanfarronería no tardó en convertirse en un sistema completo de aturdimiento que, favorecido en demasía por el gobierno, embotaba toda actividad encaminada a la defensa y exponía al peligro de verse detenido como reaccionario a quien se opusiera a ella.

Esta seguridad y esta jactanciosa ponderación del "entusiasmo" invencible del pueblo del Palatinado, unidas a los escasos recursos materiales de que disponía el reducido terreno en que se libraba la lucha, constituían el lado cómico de la "insurrección" en esta zona

y brindaban materia sobrada para el regocijo a las pocas personas a quienes sus ideas avanzadas y su posición independiente permitían juzgar las cosas por su cuenta propia.

Visto por fuera, todo el movimiento del Palatinado presentaba un carácter alegre, optimista y despreocupado. En Baden cualquier suboficial recientemente nombrado, ya fuese de las tropas de línea o de la Milicia Popular, se embutía en un pesado uniforme y se pavoneaba con sus charreteras plateadas, que, más tarde, al llegar la hora del combate, iban inmediatamente a parar a los bolsillos, pero en el Palatinado la gente era más razonable. Tan pronto se hicieron sentir los grandes calores de los primeros días de junio, desaparecieron de la vista todas las guerreras, chalecos y corbatas, sustituidas por blusas ligeras. Parecía como si con la vieja burocracia se hubiese sacudido también la coacción de las viejas convenciones sociales. Todo el mundo vestía como mejor le parecía, atendiendo sólo a su comodidad y a la estación del año; y con las diferencias en el vestir desaparecían también, por el momento, cualesquiera otras relacionadas con el trato social. Todas las clases de la sociedad se reunían en los mismos locales públicos, y un socialista candoroso y entusiasta habría podido ver en este trato social sin trabas la aurora de la fraternidad universal.

Espejo del Palatinado era, en esto, su Gobierno provisional. Casi todos los que formaban parte de él eran apacibles y buenos bebedores, a quienes nada asombraba tanto como el verse de pronto convertidos en Gobierno provisional de su patria, predilecta de Baco. Y, sin embargo, no puede negarse que aquellos alegres gobernantes se comportaron mejor y realizaron una labor comparativamente más fecunda que sus vecinos de Baden encabezados por las "grandes virtudes" de Brentano. Por lo menos, los animaba la buena voluntad y, a pesar de gustarles el vino, demostraron tener mejor juicio que los serios y pedantescos señores de Karlsruhe, y pocos, muy pocos entre ellos se indignaban cuando veían que se tomaban un poco a chacota sus cómodas maneras de hacer la revolución y las menguadas e impotentes medidas decretadas por ellos.

Mientras el de Baden lo dejase en la estacada, nada podía hacer el Gobierno provisional del Palatinado. Y hay que decir que éste, en sus relaciones con los gobernantes de Baden, hizo cuanto le dictaba su deber. Envió emisario tras emisario e hizo una concesión tras otra con tal de llegar a un acuerdo; todo en balde, pues el señor Brentano sencillamente no quería.

A diferencia del gobierno de Baden, que al subir al poder se había encontrado con todo, el del Palatinado se encontró sin nada. Carecía de dinero y de armas y tenía dentro del país gran cantidad de distritos reaccionarios y dos fortalezas enemigas. Francia prohibió inmediatamente la exportación de armas a Baden y al Palatinado, y Prusia y Hesse decretaron el embargo sobre todas las armas consignadas a esos dos Estados. El gobierno del Palatinado despachó en seguida agentes a Francia y Bélgica, con el encargo de comprar armas y preocuparse de que llegaran a su destino; las armas fueron adquiridas, pero jamás llegaron. Se le puede reprochar al gobierno el no haber procedido en esto con la necesaria energía y, sobre todo, el no haber sabido organizar el contrabando de fusiles, valiéndose del gran número de contrabandistas que pululaba en la frontera; pero la mayor culpa recae sobre sus agentes, que procedieron con una gran indolencia y, en parte, se dejaron engañar con simples promesas, en vez de haber hecho llegar las armas francesas, por lo menos, hasta los puntos fronterizos de Saargemünd y Lauterburg.

En cuanto a los recursos monetarios, en el Palatinado poco podía hacerse con emisiones de papel-moneda. Cuando el gobierno se vio en apuros pecuniarios, tuvo por lo menos el valor de recurrir a un empréstito forzoso con una tasa progresiva, aunque la progresión fuese muy tenue.

Los reproches que se le pueden hacer al gobierno del Palatinado se limitan al hecho de que, dominado por el sentimiento de su impotencia, se dejara llevar demasiado por la despreocupación general y de las consiguientes ilusiones acerca de su propia seguridad; y de que, por tanto, en vez de poner enérgicamente en marcha los medios, ciertamente limitados, de que disponía para la defensa

del país, prefiriera confiar más bien en el triunfo del partido de la Montaña en París, en la toma de Viena por los húngaros, o incluso en verdaderos milagros que se producirían aquí o allá y que salvarían al Palatinado: sublevaciones en el ejército prusiano, etc. Así se explica la negligencia demostrada para conseguir armas, en un país en el que unos mil mosquetes útiles podían haber logrado lo indecible y en el que, para decirlo todo, los primeros y los últimos *cuarenta* fusiles recibidos del extranjero, concretamente de Suiza, llegaron el mismo día en que entraban los prusianos. Así se explica también la ligereza con que se seleccionaban los comisarios civiles y militares, elegidos casi siempre entre los visionarios más atolondrados y más incapaces, y el mantenimiento en sus puestos de tantos viejos funcionarios y de todos los jueces. Y, por último, la incuria con que se descuidaban los medios más asequibles para hostigar e incluso tal vez para tomar la fortaleza de Landau, punto éste al que me referiré más adelante.

Detrás del Gobierno provisional estaba d'Ester, como una especie de secretario general secreto o, según la definición de Brentano, como "una camarilla roja que rodeaba al gobierno moderado de Kaiserslautern". Formaban también parte de esta "camarilla roja" otros demócratas alemanes, entre los que se destacaban sobre todo los refugiados de Dresde. Los gobernantes del Palatinado encontraron en d'Ester el golpe de vista administrativo del que ellos carecían, y al mismo tiempo, un intelecto revolucionario que les impresionaba por el hecho de que sabía siempre atenerse a lo más directamente asequible, a las posibilidades innegables, sin desorientarse nunca entre los detalles. D'Ester se ganó así una gran influencia y la confianza incondicional del gobierno. Y aunque, a veces, también él tomara demasiado en serio el movimiento y, por ejemplo, creyera poder conseguir algo importante mediante la implantación de un régimen municipal totalmente inadecuado a la situación del momento, no cabe duda de que animaba al Gobierno provisional a que diera todos los pasos de cierta energía y sabía encontrar siempre las soluciones adecuadas, sobre todo en los conflictos de detalle.

Así como en la Prusia renana se enfrentaron desde el primer momento las clases reaccionarias y las revolucionarias, y en Baden una clase que al principio se entusiasmó con el movimiento, la pequeña burguesía, fue cayendo poco a poco, al acercarse el peligro, primero en la indiferencia y más tarde en la hostilidad frente al movimiento provocado por ella misma, en el Palatinado había que contar no tanto con las distintas clases de la población como con los diversos distritos del país, que, guiados por intereses locales, se enfrentaron a ella, algunos desde el primer momento y otros paulatinamente. Si los vecinos de Espira se manifestaron como reaccionarios desde el primer día, los de Kaiserslautern, Neustadt, Zweibrücken y otros centros de población fueron derivando poco a poco hacia las mismas posiciones; pero el baluarte principal del partido reaccionario se hallaba en los distritos agrícolas, repartidos por todo el Palatinado. Sólo una medida habría permitido superar esta confusa configuración de los partidos: un ataque directo a las fortunas privadas invertidas en hipotecas y en la usura hipotecaria, para favorecer a los campesinos devorados de deudas y estrujados por los usureros. Pero esta medida, que inmediatamente habría despertado interés en el movimiento insurreccional a toda la población campesina, requería un territorio mucho más extenso y condiciones sociales más desarrolladas de las que se daban en el Palatinado. Habría sido viable solamente al comienzo de la insurrección, conjuntamente con la extensión del movimiento a las zonas del Mosela y el Eifel, donde prevalecen en el campo idénticas condiciones, pero que allí encuentran su complemento en el desarrollo industrial de las ciudades del Rin. Pero ni desde el Palatinado ni desde Baden se supo impulsar la proyección del movimiento hacia afuera.

En estas circunstancias, el gobierno disponía de pocos medios para luchar contra los distritos reaccionarios: expediciones militares sueltas contra las comarcas retardatarias, detenciones, principalmente de los párrocos católicos, que encabezaban la resistencia, etc.; nombramiento de personas activas para comisarios civiles y militares y, por último, la propaganda. Pero las expediciones, la

mayoría de las cuales revestían un carácter bastante cómico, sólo surtían efectos momentáneos: la propaganda no servía de nada y la mayoría de los comisarios cometían, en su petulante torpeza, una pifia tras otra, o se limitaban a consumir grandes cantidades de vino del país y a fanfarronear en las mesas de las tabernas.

Entre los propagandistas, los comisarios y los funcionarios de la administración central, ocupaban importante lugar los demócratas, que en el Palatinado se habían reunido en número mayor aun que en Baden. Se habían dado cita aquí no sólo los refugiados de Dresde y la Prusia renana, sino también multitud de hombres más o menos entusiastas del "partido del pueblo", para ponerse al servicio de la patria. Y el gobierno del Palatinado, que, a diferencia del de Karlsruhe, sabía, guiado por su certero instinto, que las capacidades del país no bastaban para hacer frente al movimiento, prestaban a todos estos elementos favorable acogida. A las dos horas de estar en el Palatinado, se les buscaba para ofrecerles las más diversas misiones, todas ellas muy honrosas. Y los señores demócratas, que no veían en el movimiento de Baden y el Palatinado simples insurrecciones locales, más estrechas y menos importantes cada día que pasaba, sino la gloriosa aurora del glorioso levantamiento de toda la democracia alemana, y que se daban cuenta de cómo, en general, se imponían en el movimiento sus tendencias más o menos pequeño burguesas, se apresuraban a aceptar el ofrecimiento. Pero, al mismo tiempo, cada uno creía que sólo debía aceptar sin ceder, ni en un ápice, el puesto que correspondiera a sus pretensiones, generalmente muy altas, con respecto a un movimiento alemán general. Al principio, todo marchaba bien. Cuantos se presentaban obtenían inmediatamente nombramientos de jefes de departamento, comisarios de gobierno, comandantes o tenientes coroneles. Pero, poco a poco, fue aumentando la competencia, comenzaron a escasear los puestos y se desató un arribismo mezquino y pequeño burgués que brindaba un divertido espectáculo al espectador imparcial. Y no necesito aseverar expresamente que, dada aquella extraña mescolanza de industrialismo y confusión, de impertinen-

cia e incapacidad, que tantas ocasiones había tenido la *Nueva Gaceta Renana* de admirar entre los demócratas alemanes, los funcionarios y propagandistas del Palatinado no podían por menos de ser un trasunto fiel de tan desagradable algarabía.

Como es natural, también a mí se me brindaron empleos civiles y militares en abundancia, empleos que, en un movimiento proletario, yo no habría vacilado ni un momento en aceptar. Pero, en aquellas circunstancias, me pareció que debía rechazarlos todos. Lo único a que me presté fue a escribir algunos artículos de agitación para un periodiquito,[588] que el Gobierno provisional distribuía en grandes cantidades a lo largo del Palatinado. Acabé aceptando un encargo aun a sabiendas de que la cosa no cuajaría, para responder a las apremiantes instancias de d'Ester y de varios miembros del gobierno y para demostrar, al menos, mi buena voluntad. Pero como, naturalmente, no me recataba para exponer mis ideas, ya el segundo artículo provocó el escándalo, pues se le juzgó demasiado "violento"; en vista de lo cual, y para no malgastar más palabras, retiré el artículo, lo rompí en presencia de d'Ester, y allí terminó la cosa.

Por lo demás, entre los demócratas llegados al Palatinado de otras tierras se destacaban como los mejores los que acababan de pelear en su tierra natal: los de Sajonia y la Prusia renana. La mayoría de los pocos sajones que habían venido ocupaban puestos en las oficinas centrales, trabajaban con ahínco y se distinguían por sus conocimientos administrativos, su serena y clara inteligencia y la ausencia en ellos de toda clase de pretensiones e ilusiones. Los renanos, en su mayoría obreros, se incorporaron en masa al ejército; los pocos que al principio hacían trabajo de oficina acabaron empuñando también el fusil.

El ambiente, en las oficinas de la administración central, instaladas en el mercado de frutas de Kaiserslautern, no podía ser más

[588] Se trata del periódico titulado *Der Bote für Stadt und Land. Pfälzisches Volksblatt,* órgano oficial del Gobierno provisional de la región del Palatinado. En sus columnas se publicó, el 3 de junio de 1849, un único artículo de Engels en ese periódico: "El levantamiento revolucionario en el Palatinado y Baden".

agradable. Dada la tendencia general a dejar las cosas *laisser aller*[a] y de abstenerse totalmente de cualquier injerencia activa en el movimiento y con una plétora enorme de funcionarios como la que allí existía, el trabajo, en general, no agobiaba. Se trataba casi exclusivamente de despachar los asuntos en curso, a los que se atendía tan bien que mal. En la mayoría de las oficinas no había nada que hacer, a menos que llegase un correo, que a un patriota se le ocurriera formular una propuesta sagaz y profunda para salvar a la patria, que hubiese que atender a las quejas de algún campesino o que un municipio enviara una comisión. Se bostezaba, se platicaba, se contaban anécdotas o se hacían chistes malos o planes estratégicos, se iba de una oficina a otra; en una palabra, se mataba el tiempo lo mejor que se podía. El tema principal de las conversaciones eran, naturalmente, los asuntos políticos del día, acerca de los cuales corrían los rumores más contradictorios. El servicio de noticias no podía ser más defectuoso. Se había respetado en sus puestos, casi sin excepción, a los viejos empleados de correos, cuyos servicios dejaban, naturalmente, mucho que desear. Se había establecido, además, un correo de campaña, que lo cubrían los jinetes ligeros del Palatinado incorporados a la insurrección. Los comandantes y comisarios de las zonas fronterizas no se preocupaban en lo más mínimo de lo que sucedía al otro lado de la frontera. Al gobierno no llegaban más periódicos que el *Diario de Francfort*[589] y la *Gaceta de Karlsruhe*,[590] y todavía recuerdo con delicia el asombro que causó el que yo descubriera en el casino, en un número de la *Gaceta de Colonia*[591] recibido hacía varias fechas, la noticia de la concentración de 27 batallones prusianos, nueve baterías y nueve regimientos de caballería, con todos los datos precisos sobre su distribución entre Saarbrücken y Kreuznach.

[a] Marchar por sí solas.

[589] *Frankfurter Journal:* diario publicado en la ciudad de Francfort del Meno desde el siglo XVII hasta el año de 1903. En la década del cuarenta del siglo XIX mantuvo una tendencia liberal moderada.

[590] Véase *supra,* nota 581.

[591] Véase *supra,* nota 43.

Paso a hablar, por último, de lo más importante de la organización militar. Unos tres mil palatinenses del ejército bávaro se pasaron con armas y bagajes al campo de la insurrección. Se había puesto bajo las armas, asimismo, cierto número de voluntarios, unos del país y otros no. Además, el Gobierno provisional había decretado la leva de la primera quinta, comenzando por los hombres solteros de dieciocho a treinta y cinco años. Pero la operación se quedó sobre el papel, en parte por la incapacidad y la negligencia de los comisarios militares, en parte por falta de armas y en parte por la indolencia del propio gobierno. Siendo la falta de armas, como era en el Palatinado, el principal obstáculo con que tropezaba toda la defensa, se debía haber echado mano de todos los recursos para reunir armas. Si no podían traerse del extranjero, había que sacar de donde estuvieran todos los mosquetes y todas las carabinas y escopetas de caza que pudieran encontrarse en el país y ponerlas en manos de los combatientes activos. Y en el Palatinado no sólo había muchas armas en poder de particulares, sino que estaban todavía en manos de las diferentes guardias cívicas, por lo menos, de 1 500 a 2 000 fusiles, contando las escopetas. Podía haberse exigido, al menos, que se entregaran las armas de propiedad particular y los fusiles retenidos por aquellas guardias que no quedaban incluidas en la primera leva o no querían alistarse como voluntarios. No se hizo nada de esto. Por fin y después de mucho insistir, se dictó una medida de este tenor con respecto a las armas de la Guardia Cívica, pero nunca llegó a cumplirse. La Guardia Cívica de Kaiserslautern, que encuadraba a más de 300 miembros de la pequeña burguesía, se pavoneaba todos los días, de uniforme y con sus armas, montando la guardia delante del mercado de frutas, y los prusianos, al entrar en la ciudad, se dieron, encima, el gusto de desarmar a esos señores. Y otro tanto sucedió en todas partes. La hoja oficial publicó una orden requiriendo a los empleados forestales y los guardabosques para que se presentaran en Kaiserslautern, con objeto de formar con ellos una unidad de cazadores; pero los segundos no se presentaron.

Se puso todo el país a forjar hoces o, por lo menos, se dio esa orden, y llegaron a fabricarse algunas. Estando en el cuerpo de guardia de las tropas del Hesse renano en Kirschheimbolanden, vi cargar varios manojos de hoces con destino a Kaiserslautern. La distancia es de unas siete u ocho horas; pasaron cuatro días, y el Gobierno provisional hubo de evacuar aquella ciudad ante el avance de los prusianos, sin que las hoces hubiesen llegado a su destino. No habría estado mal la cosa, si estas armas cortantes hubiesen sido entregadas a la Guardia Cívica no móvil, a la llamada segunda reserva, para resarcirla de los fusiles cedidos por ella; pero, en vez de eso, estos inútiles filisteos conservaron en su poder los fusiles de percusión, mientras los jóvenes reclutas marchaban contra los cañones y los fusiles de aguja prusianos armados de hoces.

Si bien había una escasez general de fusiles, imperaba, en cambio, una abundancia no menos llamativa de sables. Quienes podían conseguir fusiles se apresuraban a ceñirse un cinturón del que pendía un ruidoso sable, como si ya por este solo hecho pudieran darse aires de oficiales. Sobre todo en Kaiserslautern, estos oficiales nombrados por sí mismos eran legión, y día y noche resonaba en las calles el estrépito de sus terribles armas. Y entre los que contraían relevantes méritos por la salvación de la patria con esta nueva manera de infundir espanto al enemigo y su pretensión de formar una legión académica de caballería a pie, se destacaban sobre todo los estudiantes.

Existía, además, como medio escuadrón de caballería ligera que se había pasado del campo enemigo, pero que no llegó nunca a formar una unidad combatiente especial, ya que sus individuos se hallaban desperdigados en el servicio de correos de campaña y en otras actividades.

La artillería, al mando del "teniente coronel" Anneke, se componía de un par de cañones del tres, que no recuerdo haber visto enganchados nunca, y de cierto número de morteretes. Delante del mercado de fruta de Kaiserslautern se alineaba la más hermosa colección de viejos morteros de hierro que pueda uno imaginarse. La

mayoría de ellos estaban allí tirados, sin servir claro está para nada. Los dos más grandes, colocados sobre enormes cureñas especialmente fabricadas, fueron retirados de aquel sitio para utilizarlos. Por último, el gobierno de Baden vendió al Palatinado una vieja batería de cañones del 6 desbocados, con algo de munición, pero faltaban el atalaje, los servidores de las piezas y munición suficiente. La munición se fabricó en la medida de lo posible; el atalaje se improvisó como se pudo, requisando para ello los caballos necesarios y campesinos que los arrearan, y para servir las piezas se reunieron algunos viejos artilleros bávaros, a quienes se adiestró con los pesados y complicados ejercicios de la instrucción del arma de artillería, según los métodos de Baviera.

El supremo mando militar se hallaba en las peores manos. El señor Reichardt, que había asumido la cartera de guerra del Gobierno provisional, era hombre activo, pero carente de energía y de conocimientos en la materia. El primer comandante en jefe de los combatientes del Palatinado, el industrial Fenner de Fenneberg, no tardó en ser destituido por su equívoco comportamiento; fue sustituido momentáneamente por un oficial polaco llamado Raquilliet. Hasta que, por último, se supo que Mieroslawski se haría cargo del alto mando en Baden y el Palatinado y que al frente de las tropas de esta región se pondría al "general" Sznayde, también de nacionalidad polaca.

Llegó el general Sznayde. Era un hombre pequeño y gordo, con más aire de un *bonvivant*[b] cargado de años que de un "Menelao valiente en la pelea".[592] El buen hombre asumió el mando con una gran dignidad, hizo que se le rindiese un informe sobre la situación y se puso a dictar inmediatamente una serie de órdenes del día. La mayoría de ellas versaban sobre el uniforme de las tropas, que era la blusa, y las insignias de los oficiales, brazalete o banda tricolor, la intimación hecha a quienes habían servido en el arma de caballería

[b] Buen hombre.

[592] Cita del poema homérico la *Ilíada* (canto II, vers. 408 y siguientes). La traducción alemana comúnmente utilizada es la de Johann Heinrich Voss, publicada a partir de 1793.

o infantería para que se presentasen —requerimientos que habían sido ya hechos repetidas veces infructuosamente—, etc. Él mismo trató de dar ejemplo, procurándose en seguida una especie de guerrera con cordones tricolor para infundir respeto a sus subordinados. Lo que en sus órdenes del día pudiera haber realmente de importante y de práctico se limitaba a una repetición de otros textos ya muchas veces formulados y de propuestas hechas ya anteriormente por los pocos buenos oficiales con que se contaba, pero que nunca habían sido cumplidas y que solamente ahora podían ser ejecutadas, gracias a la autoridad de un general encargado del mando. Fuera de esto, el "general" Sznayde se encomendó a Dios y a Mieroslawski y vivía entregado a los placeres de la mesa, que era en verdad lo único razonable que podía hacer un individuo totalmente incapaz como éste.

Entre los otros jefes y oficiales de Kaiserslautern, el único capaz era Techow, que, siendo primer teniente en Prusia, en unión de Natzmer, había entregado al pueblo asaltante el arsenal de Berlín[593] y que, condenado a quince años de reclusión, había logrado evadirse de Magdeburgo. Techow, jefe del estado mayor del Palatinado, demostró ser en todas partes hombre conocedor de las cosas, sagaz y tranquilo, tal vez demasiado tranquilo para poder dar pruebas de esa rapidez en las decisiones que con frecuencia lo decide todo en el campo de batalla. El "teniente coronel" Anneke, por su parte, se reveló incapaz e indolente en la organización de la artillería, aunque prestó buenos servicios en el laboratorio. En Ubstadt no cosechó ninguna clase de laureles como estratega y desapareció de una manera un tanto extraña, cruzando el Rin antes de que se cerrara el cerco y abandonando los caballos, desde Rastatt, donde Mieroslawski le había entregado el mando sobre el material, durante el sitio.

Tampoco eran gran cosa los oficiales que mandaban los diversos sectores. Habían llegado, algunos ya antes de Sznayde y otros

[593] Véase *supra*, nota 68.

con él, un cierto número de oficiales polacos. La mejor gente de la emigración polaca se hallaba ya en Hungría, razón por la cual entre estos elementos venidos al Palatinado había de todo. La mayoría de ellos se apresuraban a requisar el número necesario de caballos de silla y a dar unas cuantas órdenes, sin preocuparse gran cosa de su ejecución. Adoptaban una actitud bastante imperiosa, querían tratar a los campesinos palatinenses como a los humillados siervos polacos y, no conociendo como no conocían ni el país ni la lengua ni el mando, poco o nada podían hacer como comisarios militares, es decir, como organizadores de batallones. En el curso de la campaña, los oficiales polacos buscaron pronto acomodo en el estado mayor de Sznayde, para desaparecer por completo poco después, al verse Sznayde atacado y maltratado por sus soldados. Los mejores de ellos llegaron demasiado tarde para poder estar en condiciones de organizar nada.

Tampoco entre los oficiales alemanes había muchas cabezas que sirvieran para algo. La unidad del Hesse renano, en la que había algunos elementos aptos para la instrucción militar, se hallaba bajo el mando de un tal Häusner, hombre totalmente inútil, y bajo la influencia moral y política aún más lamentable de dos héroes, Zitz y Bamberger, que más tarde se escabulleron tan gloriosamente en Karlsruhe. En el Transpalatinado, organizó otra unidad un ex oficial prusiano llamado Schimmelpfennig.

Los dos únicos oficiales que se habían distinguido en el servicio activo ya antes de que atacaran los prusianos, eran Willich y Blenker.

Willich, al mando de una pequeña unidad de voluntarios, se hizo cargo de vigilar primero y luego de sitiar a Landau y Germersheim. Fueron colocándose poco a poco bajo su mando una compañía de estudiantes, otra de obreros que habían convivido con él en Besançon, tres endebles compañías de gimnastas —procedentes de Landau, Neustadt y Kaiserslautern—, dos de voluntarios reclutados en las localidades de los alrededores y, por último, una compañía de prusianos del Rin armados de hoces, la mayoría de ellos evadi-

dos de las insurrecciones de Prüm y Elberfeld. Esta unidad llegó a reunir de 700 a 800 hombres, entre los que figuraban, desde luego, los soldados más seguros de todo el Palatinado, y suboficiales que en su mayoría habían servido ya en el ejército y algunos de los cuales se habían habituado en Argelia a la guerra de guerrillas.[594]

Al frente de esta pequeña fuerza, se situó Willich en el terreno que separa a Landau de Germersheim; organizó las guardias cívicas en las aldeas y se valió de ellas para vigilar los caminos y montar el servicio de puestos avanzados; rechazó todas las salidas de ambas fortalezas, a pesar de la superioridad de efectivos de estas guarniciones, sobre todo la de Germersheim, y cercó a Landau, cortándole casi todos los accesos y el suministro de agua; represó al río Queich, inundando los sótanos de la fortaleza, a pesar de lo cual escaseaba en ésta el agua potable; y todas las noches hostilizaba a la guarnición por medio de patrullas, que, además de limpiar de tropas las defensas exteriores, poniendo en venta, a razón de cinco florines la pieza, las estufas de los cuerpos de guardia, penetraban hasta los mismos fosos de la fortaleza y obligaban con frecuencia a la guarnición a abrir, con sus cañones del 24, un fuego tan tremendo como inofensivo contra un cabo y dos soldados.

Esta época fue, con mucho, la más brillante de toda la vida del cuerpo de voluntarios de Willich. Si se hubiera dispuesto entonces de algunos obuses y de artillería de campaña, a juzgar por los informes que diariamente facilitaban los espías que entraban y salían en Landau, habría caído en pocos días la fortaleza, ya que su débil guarnición estaba desmoralizada y los vecinos del lugar se hallaban en actitud rebelde. E incluso sin artillería se habría logrado en ocho días la capitulación, de haberse mantenido el sitio. Había en Kaiserslautern dos obuses del 7, suficientes para haber pegado fuego durante la noche a algunas casas de Landau. De haberlos emplaza-

[594] En abril de 1830, los franceses desataron la guerra de conquista contra Argelia, que duró largos años. La población argelina opuso una tenaz resistencia a los ocupantes, empleando principalmente el método de la "guerrilla", y por lo general, actuaban en la retaguardia enemiga.

do en el sitio indicado, se habría realizado probablemente el hecho inaudito de tomar una fortaleza con un par de cañones de campaña. Yo trataba de hacer comprender todos los días al cuartel general de Kaiserslautern la necesidad de intentarlo por lo menos. Tiempo perdido. Uno de los dos obuses se quedó en Kaiserslautern y el otro fue llevado a Homburg, donde por poco cae en manos de los prusianos. Ambas piezas pasaron el Rin sin haber disparado un solo tiro.

Más todavía que Willich se destacó el "coronel" Blenker. Era un antiguo tratante en vinos que, después de luchar en Grecia como filoheleno, se había establecido en Worms como tratante en caldos y cuya figura se destacó, indudablemente, como una de las relevantes personalidades militares de esta gloriosa campaña. Trepado siempre sobre su caballo y rodeado de un numeroso estado mayor; alto, recio, de rostro altanero e imponente y enmarañada barba; dotado de una voz tonante y de las demás cualidades propias de los hombres del "partido popular" del sur de Alemania, entre las que, como es sabido, no necesita figurar la inteligencia, el "coronel" Blenker daba la impresión de un caudillo cuya sola estampa haría agacharse a Napoleón y que era digno, desde luego, de figurar en el verso que sirve de lema a estos relatos. El "coronel" Blenker sentía el temple necesario para mandar al diablo él solo a los príncipes alemanes, aun sin contar con la compañía de los otros cuatro, "Hecker, Struve, Zitz y Blum", y puso inmediatamente manos a la obra. Opinaba que debía hacer la guerra, no como soldado, sino como tratante en vinos, y con esta mira se dispuso a conquistar Landau. Todavía no había llegado allí Willich. Blenker arrambló con todos los hombres disponibles en el Palatinado, tropas de línea y Milicia Popular, organizó un abigarrado y revuelto tropel de soldados, caballería y artillería, y avanzó sobre aquella plaza. Al llegar ante la fortaleza, los atacantes celebraron consejo de guerra, dispusieron las columnas de asalto y determinaron emplazar la artillería. Ésta constaba de unos cuantos morteros, cuyo calibre oscilaba entre media libra y una libra y tres octavos, transportados en una carreta

de heno, que servía al mismo tiempo de carro de municiones. La munición para estos morteros de distinto calibre se reducía, concretamente, a *una* (sí, digo bien, *una)* granada de veinticuatro libras; de pólvora, ni hablar.

Cuando todo estuvo preparado, los atacantes avanzaron, llenos de desprecio a la muerte. Llegaron hasta la explanada delante del parapeto, sin encontrar resistencia; siguieron marchando hasta llegar a la puerta. Al frente, los soldados procedentes de Landau que se habían pasado al enemigo. Asomaron la cabeza por las murallas algunos soldados, como parlamentarios. Se les gritó que abrieran la puerta. Se entabló un diálogo cordialísimo, y todo parecía marchar a pedir de boca. De pronto, tronó un cañón desde el parapeto, la metralla silbó sobre las cabezas de los atacantes y, en menos que se cuenta, todo aquel heroico ejército emprendió precipitada huida y, con él, su príncipe Eugenio del Palatinado. Se dieron a la fuga con furia tan incontenible, que las dos o tres balas de cañón disparadas en seguida desde la fortaleza no alcanzaron ya a zumbar sobre las cabezas de los fugitivos, quienes volaban más que corrían, arrojando por todas partes cuanto podía embarazar su carrera: fusiles, cartuchos y mochilas. Por fin se detuvieron a unas cuantas horas de Landau, el ejército volvió a concentrarse y fue conducido de regreso a sus cuarteles por el "coronel" Blenker, cierto que sin las llaves de la fortaleza que iba a conquistar, pero no por ello con porte menos orgulloso. En eso vino a parar la hazaña nunca vista de la conquista de Landau con tres morteros y una bala de cañón de veinticuatro libras.

El golpe de metralla había sido disparado a toda prisa por algunos oficiales bávaros, al darse cuenta de que sus soldados iban a precipitarse a franquear la puerta de la fortaleza. Los propios soldados se encargaron de desviar la puntería del cañón, lo que explica que el disparo no hiriese a nadie. Pero cuando la guarnición de Landau vio los resultados de aquel disparo hecho al aire, ya no pensó, naturalmente, en rendirse.

Claro está que un héroe del temple de Blenker no era hombre

como para no tomar venganza de aquel revés. En vista de lo sucedido, decidió tomar Worms. Avanzó desde Frankenthal, donde mandaba un batallón. Los dos o tres soldados de Hesse acantonados en Worms tomaron las de Villadiego, y nuestro héroe entró en su ciudad natal con la espada desenvainada. Después de festejar la toma de la plaza con un solemne desayuno, se procedió a la ceremonia principal del día, consistente en hacer jurar la Constitución del Imperio a veinte soldados de Hesse que habían quedado enfermos en la ciudad. Pero, en la noche del día en que habían ocurrido tan importantes acontecimientos, las tropas nacionales de Peucker emplazaron sus cañones en la orilla derecha del Rin y despertaron, muy desagradablemente, a los conquistadores victoriosos con un intempestivo cañoneo. No; no se trataba de ningún error: las tropas atacantes hacían llover balas y granadas de verdad. Sin decir palabra, Blenker, el héroe, reunió a sus leales y partió a toda prisa de Worms, encaminándose de nuevo a Frankenthal. De sus heroicas hazañas posteriores nos contará algo más la Musa, en su lugar oportuno.

Mientras en los diversos sectores actuaban, como vemos, cada cual a su manera, los diferentes personajes y los soldados y milicianos del pueblo, en vez de hacer la instrucción, se sentaban en las tabernas a entonar sus canciones; en Kaiserslautern los señores oficiales se dedicaban a cavilar los más ingeniosos planes estratégicos. Se trataba nada menos que de la posibilidad de sostenerse, contra un ejército absolutamente real de más de 30 000 hombres y 60 cañones, a una pequeña provincia como el Palatinado, vulnerable por varios lados y defendida por fuerzas militares casi totalmente imaginarias. Y precisamente porque, en estas condiciones, cualquier proyecto resultaba igualmente inútil y absurdo y porque no se daban, en este caso, ninguna de las condiciones para poder trazar un plan estratégico, fue sin duda por lo que aquellos temibles guerreros, los cerebros del ejército del Palatinado, se dedicaron a lucubrar una maravilla estratégica que cerrara a los prusianos el camino al territorio palatinense. Todos aquellos oficiales de nuevo cuño,

cuantos arrastraban sable en aquella legión académica, por fin creada bajo los auspicios del señor Sznayde, con el rango de teniente para cada uno de sus integrantes, se quedaron mirando fijamente el mapa del Palatinado, con la esperanza de descubrir en él el talismán estratégico de la sabiduría. Fácil es imaginarse las cosas tan divertidas que allí saldrían a relucir. Encontraba muchos adeptos, sobre todo, el método de la estrategia húngara. Y a todas horas podía escucharse de labios de todos aquellos estrategas, comenzando por el "general" Sznayde y terminando por el más ignorado de los Napoleones del nuevo ejército, la siguiente frase: "Debemos hacer, como Kossuth, ceder una parte de nuestro terreno y replegarnos hacia aquí o hacia allá, hacia la montaña o hacia el llano, según los casos". "Debemos hacer como Kossuth", se escuchaba en todas las tabernas. "Debemos hacer como Kossuth", repetían los cabos, los soldados y los muchachos de la calle. "Debemos hacer como Kossuth", repetía bonachonamente el Gobierno provisional, quien sabía mejor que nadie que no tenía por qué mezclarse en estos asuntos y al que, a fin de cuentas, le era de todo punto indiferente cómo se hicieran las cosas. "Debemos hacer como Kossuth o estamos perdidos." ¡Kossuth y el Palatinado!

Antes de pasar a relatar la campaña misma, debo referirme aquí en pocas palabras a un asunto del que han hablado algunos periódicos: mi momentánea detención en Kirchheim.

Pocos días antes de la entrada de los prusianos acompañé a mi amigo Moll, en una misión de que se había hecho cargo, hasta Kirchheimbolanden, en la frontera. Se hallaba estacionada allí una parte del cuerpo de tropas del Hesse renano, entre las que había algunos conocidos nuestros. Estábamos sentados una noche con éstos y algunos otros voluntarios de dicho cuerpo, en la fonda. Entre los voluntarios se contaban algunos de aquellos serios entusiastas "hombres de acción" a los que me he referido ya repetidas veces y a quienes se les antoja juego de chicos derrotar a cualquier ejército del mundo con pocas armas y a fuerza de entusiasmo. Se trataba de gente que todo lo que sabe de asuntos militares es lo que ha podi-

do ver, si acaso, en el relevo de la guardia; que, en general, no se preocupan nunca de los medios materiales necesarios para la consecución de cualquier fin y que, por ello mismo, como más tarde tendría repetidas ocasiones de poder observar, experimentan en el primer combate en que toman parte un desengaño tan aplastante, que salen corriendo como alma que lleva el diablo.

Pregunté a uno de aquellos héroes si se proponía realmente derrotar a los prusianos con los treinta mil sables que se arrastraban por el Palatinado con unas cuantas armas de fuego y, algunas de ellas, escopetas oxidadas. Confieso que me sentía en la mejor disposición de ánimo para divertirme a costa de la santa indignación de aquel individuo herido en sus más nobles sentimientos, cuando entró la guardia y me anunció que estaba preso. Al mismo tiempo, vi cómo dos sujetos se abalanzaban sobre mí, ciegos de furia. Uno de ellos se dio a conocer como el comisario civil Müller; el otro era el señor Greiner, el único miembro del gobierno con el que yo no había tenido trato directo por hallarse con frecuencia ausente de Kaiserslautern —ya que el hombre se dedicaba por debajo de cuerda a poner a buen recaudo sus bienes y por su sospechoso talante, hipócritamente sombrío—. Se puso también de pie un antiguo conocido mío, capitán de la unidad del Resse renano, y declaró que, si me llevaban detenido, abandonarían inmediatamente sus puestos en dicha unidad él y un número importante de los mejores combatientes. Moll y otros trataron de defenderme, sin esperar a más, recurriendo a la violencia. Las personas presentes se dividieron en dos bandos; la escena prometía hacerse interesante, pero yo declaré que me dejaba detener gustosamente y que ya veríamos de qué color era el movimiento del Palatinado. Y me fui, escoltado por la guardia.

A la mañana siguiente, y tras un cómico interrogatorio a que fui sometido por el señor Zitz, éste me entregó al comisario civil, quien a su vez me puso en manos de un gendarme. El gendarme, a quien se había soplado al oído que debía tratarme como a un *espía*, me ató las manos y me condujo a pie a Kaiserslautern, acusado de

insultos al levantamiento del pueblo del Palatinado y de instigaciones contra el gobierno, del que, desde luego, no había dicho ni una palabra. Por el camino, insistí y me impuse hasta que conseguí un carruaje. En Kaiserslautern, donde se me había adelantado a toda prisa Moll, encontré al gobierno, como era natural, confundido por la metedura de pata del valiente Greiner y, más todavía, por los malos tratos de que se me había hecho objeto. No necesito asegurar que dije a aquellos señores cuanto se merecían, en presencia del gendarme. Como aún no había llegado ningún informe del señor Greiner, se me propuso dejarme en libertad bajo mi palabra de honor. Me negué a darla y me fui a la prisión cantonal, sin que nadie me custodiara, como se convino a propuesta de d'Ester. Éste declaró que, a la vista del trato que se hacía sufrir a un camarada suyo de partido, no podía seguir por más tiempo en su cargo. También se manifestó con gran energía Tzschirner, que llegó en aquellos momentos. La cosa se divulgó por la ciudad aquella misma noche, y cuantos pertenecían a la tendencia radical se pusieron inmediatamente de mi parte.

En seguida se recibió la noticia de que en la unidad de tropas del Hesse rellano habían estallado disturbios con motivo de lo ocurrido y de que gran parte de la unidad quería retirarse. Con menos habría bastado para mostrar a los señores del Gobierno provisional, con los que me había reunido casi todos los días, la necesidad de darme una satisfacción. Después de haberme divertido de lo lindo veinticuatro horas en la cárcel, fueron a verme d'Ester y Schmitt; éste me dijo que quedaba en libertad sin condición alguna y que el Gobierno provisional esperaba que seguiría participando en el movimiento. Que, además, se había dado la orden de que en lo sucesivo no se condujera esposado a ningún preso político y se había abierto una investigación sobre los autores del infame trato que se me había infligido, sobre la detención y causas que la motivaron.

Seguía sin recibirse ningún informe del señor Greiner y como quiera que el gobierno me había dado todas las satisfacciones que de momento eran posibles, ambas partes desarrugamos el ceño y,

el jueves, bebimos unas copas juntos. Tzschirner fue a la mañana siguiente a hablar con las tropas de la unidad mencionada, para calmarlas, llevando unas letras mías. El señor Greiner, cuando regresó, se mostró tan exageradamente quejumbroso que recibió una doble reprimenda de sus colegas del gobierno.

Entre tanto, avanzaban desde Homburg las tropas prusianas, y en vista de que las cosas tomaban con ello un giro interesante, de que yo no quería desaprovechar la oportunidad de instruirme un poco en la escuela de la guerra y de que, por último, la *Nueva Gaceta Renana* debía estar también representada, "honoris causa", en el ejército de Baden y el Palatinado, me decidí a colgarme también yo una espada al cinto y fui a unirme a Willich.

IV. ¡MORIR POR LA REPÚBLICA!

Sólo derribando treinta y seis tronos
puede prosperar la República alemana.
¡Derribémoslos, hermanos, sin contemplaciones,
empeñemos en la lucha los bienes y la vida!
¡Morir por la República
es algo grande y sublime,
la meta de nuestra bravura![595]

ASÍ CANTABAN LOS VOLUNTARIOS EN EL TREN QUE ME LLEVÓ a Neustadt, adonde fui para averiguar en qué lugar se encontraba en aquellos momentos el cuartel general de Willich.

Morir por la República era, pues, a partir de ahora, o al menos debía serlo, la meta de mi bravura. La verdad es que yo me imaginaba un tanto extraño con esta nueva meta. Me quedé mirando a los voluntarios, que eran todos muchachos jóvenes, hermosos, despreocupados. No se les notaba que se hubiesen propuesto como meta momentánea de su valentía el morir por la República.

De Neustadt me trasladé, en una carreta campesina requisada, a Offenbach, localidad situada entre Landau y Germersheim, donde estaba todavía Willich. Al salir de Edenkoben me encontré con los primeros puestos de vigilancia, establecidos, cumpliendo sus órdenes, por los campesinos, que desde allí aparecían apostados en las entradas y salidas de todas las aldeas y en todas las encrucijadas, sin dejar pasar a nadie que no presentara un pase firmado por las

[595] Estrofa de una canción de lucha de tiempos de la revolución de 1848-1849, basada en el "Choeur des Girondins", otro canto patriótico popular francés, de tiempos de la Gran Revolución.

autoridades de la insurrección. Era evidente que se hallaba uno ya un poco más cerca de la guerra. Llegué a Offenbach a hora tardía de la noche y pasé a ocupar inmediatamente mi puesto de ayudante de Willich.

Aquel día —era el 13 de junio—, una pequeña parte de la unidad mandada por Willich había sostenido brillantemente un combate. Días antes, había sido reforzada la unidad con un batallón de la milicia popular de Baden, el batallón Dreher-Obermüller; como unos cincuenta hombres de este batallón habían sido enviados a posiciones de vanguardia hacia Bellheim. Habían quedado detrás de ellos, en Knittelsheim, una compañía del cuerpo de voluntarios y algunos hombres armados de hoces. Hicieron una salida un batallón de bávaros con dos cañones y un escuadrón de jinetes ligeros. Los de Baden huyeron sin ofrecer resistencia; sólo uno de ellos, al que alcanzaron tres gendarmes a caballo, se defendió furiosamente hasta que cayó cosido a sablazos y rematado por los atacantes. Al llegar a Knittelsheim los fugitivos, salió en contra de los bávaros el capitán allí destacado, al frente de menos de cincuenta hombres, algunos de los cuales sólo esgrimían hoces. Distribuyó hábilmente a sus hombres en varios destacamentos y los formó en línea de tiradores con tanta decisión, que, al cabo de dos horas de combate, los bávaros, a pesar de ser diez veces más, se replegaron sobre la aldea abandonada por los badenses, de la que, por último, fueron desalojados al recibir los atacantes algunos refuerzos de la unidad de Willich. El enemigo hubo de regresar a su base de Germersheim, después de haber sufrido como veinte bajas entre muertos y heridos. Siento mucho no poder citar el nombre de este joven y valiente oficial, lleno de talento, porque probablemente no se halla aún en lugar seguro. Sus tropas sólo tuvieron cinco heridos, ninguno grave. Uno de ellos, un voluntario francés, había recibido un tiro en el antebrazo antes de que empezara a disparar. Ello no fue obstáculo para que consumiera dieciséis cartuchos, y cuando la herida le impidió seguir cargando el arma, hizo que se la cargara uno de los compañeros armados con hoces, para poder seguir tirando. Al

día siguiente, fuimos a Bellheim para ver el escenario del combate y tomar sobre el terreno nuevas disposiciones. Los bávaros habían disparado con granadas y metralla sobre nuestra artillería pero sin alcanzar más que las ramas de los árboles que cubrían todo el camino, y al árbol detrás del cual se resguardaba el capitán.,

El batallón "Dreher-Obermüller" se hallaba hoy presente en pleno para hacerse cargo de todo el sector de Bellheim y sus alrededores. Era un batallón hermoso y bien armado, y los oficiales, sobre todo, con sus mostachos y sus rostros tostados, llenos de seriedad y entusiasmo, parecían verdaderos antropófagos pensantes. Afortunadamente, según pudimos ir viendo cada vez más, no eran tan peligrosos como aparentaban.

Con gran asombro, supe que apenas había munición, que la mayoría de los hombres tenían solamente cinco o seis cartuchos, los menos hasta veinte, y que la reserva no alcanzaba siquiera para reponer las bolsas de munición vacías de los soldados que ayer habían entrado en fuego. Me ofrecí inmediatamente para ir a Kaiserslautern en busca de munición, y aquel mismo día al anochecer me puse en camino.

Las carretas campesinas marchan lentas, y la necesidad de requisar nuevos vehículos por etapas, el desconocimiento de los caminos, etc., aumentan la lentitud. Amanecía ya cuando llegué a Maikammer, como a mitad de camino de Neustadt. Me encontré allí con un destacamento de la Milicia Popular de Pirmasen con los cuatro cañones enviados a Homburg y que en Kaiserslautern se daban ya por perdidos. Zweibrücken y Pirmasen y rodando luego por infames caminos de montaña, habían logrado arrastrarlos hasta este punto, donde por fin salían de nuevo al llano. Los señores prusianos no se apuraron mucho en perseguirlos, aunque nuestros pirmasenses, excitados por la fatiga, las marchas nocturnas y el vino, los creían ya pisándoles los talones.

Llegué a Neustadt pocas horas más tarde; era el 15 de junio. Toda la población estaba en las calles y, mezclados entre ella, soldados y voluntarios, como los del Palatinado llaman a todas las milicias

populares sin distinción, uniformados de blusa. Carros, cañones y caballos bloqueaban los caminos. En una palabra, me vi envuelto de pronto en la retirada de todo el ejército del Palatinado. El Gobierno provisional, el general Sznayde, el cuartel general, las oficinas, todo estaba allí. Kaiserslautern había sido evacuada, y con ello el mercado de fruta, el "Monte de Truenos", las cervecerías, "el punto más estratégico de todo el Palatinado", y Neustadt era por el momento el centro del desbarajuste palatinense, que llegaba a su apogeo precisamente ahora que se entablaba lucha. Procuré informarme acerca de todo, reuní la mayor cantidad posible de barriles de pólvora, plomo y cartuchos ya cargados —pues ¿para qué necesitaba municiones este ejército ya desmoronado antes de pelear?— y, por fin, tras incontables intentos fallidos para lograrlo, conseguí en una aldea cercana una carreta de varas y volví a ponerme en camino por la noche, con mi botín y unos cuantos hombres de escolta.

Antes de marchar, fui a ver a Sznayde y le pregunté si tenía algún encargo para Willich. El viejo *Gourmand* me informó de algunas cosas sin importancia y añadió, con aire solemne: "Vea usted, ahora estamos haciendo exactamente lo mismo que Kossuth".

Veamos cómo llegaron los palatinenses a este extremo de tener que hacer las cosas como Kossuth. En el momento más floreciente del "levantamiento", es decir, la víspera del avance de los prusianos, el Palatinado contaba con unos 5 000 o 6 000 hombres armados con fusiles de todas clases y con 1 000 o 1 500 pertrechados con hoces. De estos 5 000 o 6 000 posibles combatientes formaban parte, en primer término, las unidades de Willich y del Hesse renano y, en segundo lugar, la llamada Milicia Popular. Un comisario militar adscrito a cada comisariado de distrito tenía el encargo de organizar un batallón. Servíanle de núcleo y de instructores los soldados pertenecientes al distrito que se pasaban del campo enemigo. Este sistema de mezclar las tropas de línea con los reclutas nuevos, sistema que había dado los mejores resultados en una campaña activa con una disciplina rigurosa y un adiestramiento continuo en el manejo de las armas, lo echó todo a perder aquí. Los batallones no

podían formarse, por falta de armas; los soldados, ociosos por no tener qué hacer, echaban a perder toda disciplina y todo comportamiento militar y muchos de ellos se desperdigaban. Por último, se logró integrar en algunos distritos una especie de batallón, mientras que en otros no existía más que un tropel de gente armada. Los hombres armados de hoces eran verdaderamente ingobernables; con éstos sí que no había nada qué hacer; estorbaban por todas partes sin que pudieran emplearse en ninguna; en parte, se acabó considerándolos como aditamentos interinos a sus respectivos batallones, entre tanto que se les pudiera entregar fusiles y en parte se formó con ellos una unidad especial al mando del capitán Zinn, un individuo medio chiflado. El ciudadano Zinn, el más perfecto Pistol shakesperiano que uno se pueda imaginar, al salir corriendo delante de Landau bajo el mando del héroe Blenker, que tropezó contra la hoja de su sable y lo partió jurando y perjurando luego que se lo había quebrado en dos una "bomba incendiaria del 24", este invencible empistolado había sido empleado siempre, hasta ahora, para llevar a cabo ejecuciones contra aldeas reaccionarias. Y se entregó con gran celo a esta misión, lo que hacía que los campesinos sintieran un grandísimo respeto por él y por sus tropas, sin perjuicio de zurrarle duro cuantas veces le encontraban solo. De vuelta de estas expediciones ordenaba a los portadores de hoces que mellaran y destrozaran sus hojas, y al llegar a Kaiserslautern se ponía a contar tremendas versiones, a la manera de Falstaff,[596] sobre sus combates con los campesinos.

En vista de que con estos elementos no era posible hacer, naturalmente, gran cosa de provecho, Mieroslawski, que no llegó al cuartel general de Baden hasta el día 10, ordenó que las tropas del Palatinado se retirasen combatiendo hasta el Rin y, si podían, cruzaran el río cerca de Maguncia, o, en otro caso, pasaran a la orilla derecha por Espira o Knielingen, para defender los pasos del Rin desde nuevas posiciones. A la par con esta orden, se recibió la noticia de que

[596] Pistol y Falstaff, personajes de muchas obras dramáticas de Shakespeare, son el prototipo de ociosos, fanfarrones, mentirosos y cobardes.

los prusianos habían entrado por Saarbrücken en el Palatinado, rechazando hasta Kaiserslautern, con unos cuantos disparos de fusil, a las pocas tropas que defendían la frontera. Al mismo tiempo, se concentraron en dirección a Kaiserslautern y Neustadt casi todas las unidades más o menos organizadas; se produjo un desconcierto indescriptible, y la mayor parte de los reclutas se dispersaron. Un joven oficial de las unidades voluntarias de 1848 en el Schleswig-Holstein salió a la cabeza de treinta hombres en busca de los desertores y en dos salidas de veinticuatro horas cada una reunió a mil cuatrocientos, que encuadró en el "Bataillon Kaiserslautern", mandado por él hasta el final de la campaña.

El Palatinado es, estratégicamente hablando, un terreno tan poco complicado, que ni siquiera los prusianos pudieron cometer aquí equivocaciones. El Rin se desliza por un valle de unas cuatro, o cinco horas de ancho, sin ninguna clase de obstáculos topográficos. En tres cómodas jornadas recorrieron los prusianos el camino de Kreuznach y Worms hasta Landau y Germersheim. La "Calzada imperial", que va de Saargemünd a Maguncia, pasa por el montañoso Transpalatinado, por las cumbres de las montañas o cruzando el ancho valle de un río. Tampoco aquí se encuentran apenas accidentes del terreno en los cuales pueda apoyarse más o menos un ejército numéricamente débil y tácitamente mal instruido. Por último, de la calzada imperial parte, muy cerca ya de la frontera prusiana, en la proximidad de Homburg, un excelente camino que conduce directamente a Landau, por Zweibrücken y Pirmasen, atravesando varios valles y escalando las cumbres de los Vosgos. Es cierto que este camino ofrece mayores dificultades, pero a cambio de ello no puede ser bloqueado por tropas poco numerosas y sin artillería, sobre todo si hay un ejército enemigo maniobrando en la planicie en posibilidad de cortar la retirada por Landau y Bergzaber.

A la vista de esto, el ataque de los prusianos fue muy sencillo. Dieron la primera acometida desde Saarbrücken contra Homburg, una columna marchó desde aquí directamente sobre Kaiserslautern y otra avanzó sobre Landau, pasando por Pirmasen. Al mismo tiem-

po, un segundo cuerpo atacaba en el valle del Rin. Estas tropas encontraron la primera resistencia violenta en el Hesse renano, enclavado en aquella zona. Los tiradores de Maguncia defendieron, con gran tesón y a pesar de sus muy sensibles bajas, el parque del castillo. Hasta que, por último, viéndose rodeadas, se replegaron. Cayeron en poder de los prusianos diecisiete combatientes de esta unidad. Inmediatamente, fueron colocados contra los árboles y fusilados sin juicio por los héroes atiborrados de aguardiente, de "los gloriosos ejércitos guerreros".[597] Así, con esta infamia, comenzaron los prusianos su "breve, pero gloriosa campaña" del Palatinado.

Las tropas de Prusia habían conquistado, de este modo, toda la parte norte del Palatinado y establecido contacto entre las dos principales columnas. Para asegurarse el resto del territorio y hacer prisioneras a todas las tropas enemigas que pudieran guarecerse todavía en la montaña ya sólo tenían que bajar al llano y levantar el cerco de Landau y Germersheim.

Había en el Palatinado como unos 30 000 prusianos provistos de numerosa caballería y artillería. En el llano, por donde avanzaban al frente del cuerpo del ejército más poderoso el príncipe de Prusia y Hirschfeld, sólo se interponían entre ellos y Neustadt dos o tres secciones de la Milicia Popular, ya medio desintegradas, y una parte de las tropas del Hesse renano. De haber emprendido una marcha rápida sobre Espira y Germersheim, los 4 000 o 5 000 hombres del Palatinado concentrados o, mejor dicho, revueltos en el mayor desorden en las inmediaciones de Neustadt y Landau, se habrían visto perdidos, destrozados y hechos prisioneros. Pero los señores prusianos, muy activos cuando se trataba de fusilar a prisioneros indefensos, se mostraban sumamente prudentes en el combate e indolentes hasta más no poder en la persecución del enemigo.

Y claro está que si con tanta frecuencia tengo que referirme, en todo el curso de la campaña, a esta extraña apatía de los prusianos y del resto de las tropas imperiales, tanto en el ataque como en la

[597] Véase *supra*, nota 447.

persecución, frente a un enemigo en la mayoría de los casos seis veces menor, o cuando menos tres, no quiero con ello sostener, ni mucho menos, que el soldado prusiano se caracterice por una cobardía especial; con tanta mayor razón cuanto que, como se ha podido ver, no me hago ninguna ilusión acerca de la especial bravura de nuestras propias tropas. Ni lo atribuyo tampoco, como hacen los reaccionarios, a una especie de magnanimidad o al deseo de no cargar con demasiados prisioneros.

La explicación es otra. La burocracia civil y militar prusiana ha buscado siempre su fama en obtener triunfos con gran ruido de bombos y platillos sobre enemigos débiles y en vengarse en gente inerme con toda la voluptuosidad del sanguinario. Es lo que hizo también en Baden y en el Palatinado. Pruebas: los fusilamientos de Kirchheim, las ejecuciones nocturnas en el parque de faisanes de Karlsruhe, los innumerables asesinatos de heridos y de gente que se entregaba en todos los campos de batalla, los malos tratos, perpetrados a los pocos a quienes se hizo prisioneros, las matanzas amparadas bajo la jurisdicción de guerra de Friburgo y Rastatt y, por último, el lento, callado y por ello mismo tanto más cruel exterminio de los prisioneros de Rastatt a fuerza de malos tratos hambre y hacinamiento en los húmedos y asfixiantes agujeros de las casamatas y de la epidemia de tifus desatada como consecuencia de todo ello. No cabe duda de que ante la indolente manera de llevar la guerra, los prusianos tenían su fundamento en la cobardía del mando. Prescindiendo de la lenta y meticulosa precisión de nuestros héroes prusianos en cuanto a polainas y maniobras, que hace imposible ya de por sí todo golpe audaz y toda rapidez en las decisiones; prescindiendo de los pedantescos reglamentos del servicio, con los que se trata de impedir por medio de rodeos la repetición de tantos vergonzosos reveses, ¿cómo habrían podido los prusianos emplear jamás estos procedimientos de guerra para nosotros tan insoportablemente tediosos y para ellos bochornosos en el más alto grado, si hubieran podido sentirse seguros de su propia gente? Pues en esto, y no en otra cosa, residía la causa. Los señores generales

sabían que la tercera parte de su ejército estaba formada por regimientos de la reserva, que peleaban de mala gana, que a la primera victoria de las tropas de la insurrección se pasarían a ellas y arrastrarían también consigo a las tropas de línea y, sobre todo, a la artillería. Y huelga decir cómo les habría ido entonces a los Hohenzollern y a su maltrecha corona.[598]

En Maikammer, donde tuve que esperar hasta la mañana del 16 a que me dispusieran nuevo medio de transporte y nueva escolta, me alcanzó de nuevo el ejército, que se había puesto en marcha ya muy temprano desde Neustadt. Días antes se había hablado de una marcha sobre el Espira, pero este plan se abandonó para marchar directamente hacia el puente de Knielingen. Yo me puse en marcha, acompañado por quince muchachos campesinos pirmanenses medio salvajes, procedentes de los bosques primitivos del Transpalatinado. Hasta las cercanías de Offenbach no me enteré de que Willich, con todas sus tropas, se había retirado hacia Frankweiler, lugar situado al noroeste[a] de Landau. Di, pues, media vuelta y llegué a Frankweiler hacia el mediodía. Allí me encontré no sólo con Willich, sino otra vez con toda la avanzada de las tropas del Palatinado, que, para no tener que atravesar la zona situada entre Landau y Germersheim, habían tomado el camino que parte al oeste[b] de Landau. Vi sentados en la fonda al Gobierno provisional con sus funcionarios, al cuartel general y a los numerosos zánganos democráticos que pululaban en torno a uno y otro. El general Sznayde desayunaba. Todo estaba revuelto y embarullado: en la fonda, la gente del gobierno, los jefes militares y los zánganos; en la calle, los soldados. Poco a poco, fue llegando el grueso del ejército: el señor Blenker, el señor Trocinski, el señor Strasser y qué sé yo cuántos más, todos erguidos sobre sus caballos a la cabeza de sus valientes. El desbarajuste era cada vez mayor. Se logró ir haciendo reanudar

[598] Ya en un mensaje real, del 11 de abril de 1847, Federico Guillermo IV hablaba de la “debilitada corona” que había heredado.

[a] En la *Revue* dice: “noreste”.

[b] En la *Revue* dice: “este”.

la marcha, gradualmente, a diversas unidades, en dirección de Impflingen y Kandel.

No se advertía, al verlo, que se trataba de un ejército en retirada. El desorden había presidido en él desde el primer momento, y aunque los jóvenes guerreros comenzaran a quejarse de tanta desacostumbrada marcha, esto no les impedía levantar el codo a placer en las tabernas, armar ruido y amenazar a los prusianos con el más rápido exterminio. Pero, pese a esta seguridad en la victoria, lo cierto es que habría bastado un regimiento de caballería y unos cuantos cañones de campaña para dispersar a los cuatro vientos a todo aquel alegre tropel y poner en fuga al "ejército de la libertad renano-palatinense". Para ello, sólo habría hecho falta rapidez en las decisiones y un poco de audacia; pero en el campamento prusiano no se conocía ninguna de estas dos cualidades.

A la mañana siguiente, partimos de allí, mientras el grueso de los fugitivos se retiraba hacia el puente de Knielingen. Willich marchaba con su unidad y el batallón Dreher a internarse en la montaña, en dirección a Prusia. Una de nuestras compañías, formada por unos cincuenta gimnastas de Landau, había ido a apostarse en las montañas más altas, hacia Johanniskreuz. Schimmelpfennig seguía apostado con su unidad en el camino que va de Pirmasen a Landau. Se trataba de contener a los prusianos y de cerrarles en Hinterweidenthal los caminos hacia Bergzaber y Lautertal.

Sin embargo, Schimmelpfennig había evacuado ya Hinterweidenthal y se hallaba en Rinnthal y Annweiler. El camino da una vuelta en el sitio donde las montañas que encañonan el valle del Queich forman una especie de desfiladero detrás del cual se encuentra la aldea de Rinnthal. Vigilaba este desfiladero una especie de guardia de campaña. Sus patrullas habían anunciado por la noche que se había disparado contra ellas; por la mañana temprano, el ex comisario civil Weiss, de Zweibrücken, y un joven renano, M. J. Becker, trajeron la noticia de que se acercaban los prusianos y pidieron que se enviaran patrullas de reconocimiento. Cuando menudearon las noticias de que el enemigo se acercaba, la gente de

Schimmelpfennig comenzó a levantar una barricada en el desfiladero; acudió Willich, reconoció el terreno, dio algunas órdenes para que se ocuparan las alturas y dispuso que se desmantelara toda aquella barricada, que de nada servía. Las balas todavía no hacían blanco en nuestras columnas; pasaban muy alto sobre nuestras cabezas. Cuando una bala silbaba sobre los hombres armados con hoces, vacilaba toda la línea y se armaba una algarabía de gritos.

Nos costó trabajo pasar por delante de estas tropas, que bloqueaban casi todo el camino, sembrando en todas partes el desorden, y que, sin embargo, de nada servían con su armamento de hoces. Los jefes de compañía y los tenientes estaban tan perplejos y desconcertados como los propios soldados. Se dio orden a nuestros tiradores de que marchasen, unos a la derecha y otros a la izquierda, hacia las alturas, y a dos compañías se les envió, además, por la izquierda, a reforzar a los tiradores y a desviar a los prusianos. El grueso de la columna se quedó abajo, en el valle. Algunos tiradores se apostaron detrás de los restos de la barricada, donde da la vuelta el camino, disparando desde allí contra la columna prusiana, que se hallaba como unos cien pasos más atrás. Yo trepé al monte por la izquierda, con algunos hombres.

Apenas habíamos atravesado, cuesta arriba, una pendiente llena de maleza, cuando llegamos a un espacio libre desde cuya linde boscosa, al otro lado, los tiradores prusianos nos disparaban sus balas cónicas. Recogí a algunos de mis hombres, un tanto perplejos y temerosos, que trepaban de mala manera, los puse lo más a cubierto que pude y reconocí el terreno de cerca. No podía avanzar con unos cuantos hombres a través de un campo completamente abierto de 200 o 250 pasos de ancho, mientras el destacamento enviado por delante un poco más a la izquierda para desviar a los prusianos no hubiese llegado al flanco de éstos; todo lo que podíamos hacer era sostenernos allí, ya que, además, estábamos muy mal resguardados. Por lo demás, hay que decir que los prusianos, pese a sus fusiles de balas cónicas, tiraban bastante mal; a pesar de no tener apenas cobertura, allí nos estuvimos más de media hora, expuestos

al más violento fuego de los tiradores, sin que los disparos alcanzaran más que el cañón de un fusil y a la punta de una blusa.

Por fin, tuve que ir a ver dónde estaba Willich. Mis hombres me prometieron que se sostendrían y yo volví a deslizarme pendiente abajo. Encontré todo en orden. La columna principal de los prusianos, bajo el fuego de nuestros tiradores en el camino y a la derecha de él, no tuvo más remedio que retroceder algo. De pronto, a la izquierda, donde yo había estado, nuestra gente bajó corriendo la ladera y dejó abandonada la posición. Las compañías enviadas a la vanguardia de la extrema ala izquierda, debilitadas por la necesidad de ir dejando atrás a numerosos tiradores, encontraron demasiado largo el camino a través de un bosque situado algo más lejos y marcharon a campo traviesa, conducidas por el capitán que había salido vencedor en el combate de Bellheim. Fueron recibidas por un fuego violento; el capitán y algunos hombres cayeron, y el resto de la tropa, ya sin jefe, cedió a la superioridad del número. En vista de ello, los prusianos avanzaron, tomaron de flanco a nuestros tiradores, dispararon sobre ellos desde arriba y los obligaron a replegarse. Pronto estuvo en manos de los prusianos toda aquella altura. Tiraban desde lo alto sobre nuestras columnas; ya no había nada que hacer y emprendimos la retirada. El camino estaba bloqueado por las tropas de Schimmelpfennig y el batallón Dreher-Obermüller, que siguiendo la plausible costumbre de Baden no marchaba en columna de cuatro a seis hombres, sino en columna de diez a doce, ocupaba la calzada a todo lo ancho. Nuestras tropas tuvieron que marchar hacia la aldea a través de praderas pantanosas. Yo me quedé con los tiradores que cubrían la retirada.

Se había perdido la batalla, en parte porque Schimmelpfennig no había cumplido la orden dada por Willich de ocupar las alturas, que ahora, con las pocas tropas de que disponíamos, ya no podíamos volver a arrebatar a los prusianos, y, en parte por la total ineficacia de las tropas de aquella unidad y las del batallón Dreher y en parte, finalmente, por la impaciencia del capitán enviado a desviar a los prusianos, impaciencia que estuvo a punto de costarle la vida

y que dejó descubierta nuestra ala izquierda. Por lo demás, tuvimos suerte en ser derrotados; se hallaba ya en camino hacia Bergzaber una columna prusiana, se había levantado el cerco de Landau y, en estas condiciones, habríamos quedado cercados por todas partes en Hinterweidenthal.

La retirada nos costó más bajas que el combate. De cuando en cuando, las balas prusianas se cebaban en la espesa columna, que, la mayor parte de las veces, avanzaba en admirable desorden, en medio de un gran tumulto y algarabía de gritos y de voces. Teníamos como unos quince heridos, entre ellos Schimmelpfennig, que había recibido un tiro en la rodilla casi al comienzo del combate. Los prusianos volvían ahora con bastante desgano y pronto cesaron sus disparos. Sólo nos acosaban algunos tiradores sueltos, desde las laderas de las montañas. En Annweiler, a media hora del campo de batalla, nos detuvimos a refrescarnos con la mayor tranquilidad del mundo, y de allí seguimos a Albersweiler. Llevábamos con nosotros lo principal, que eran 3 000 florines para entregar a cuenta del empréstito forzoso que habíamos dispuesto en Annweiler. Más tarde, los prusianos calificaron esto de desfalco de la caja. Y afirmaron también, en la embriaguez de su triunfo, que habían dado muerte cerca de Rinnthal al teniente Manteuffel, de nuestra unidad, primo de Su Excelencia el Manteuffel de Berlín, suboficial del ejército prusiano que se había pasado a nuestro campo. El señor Manteuffel está tan vivo, que de entonces acá incluso ha ganado en Zurich un premio gimnástico.

En Albersweiler avanzaron hacia nosotros dos cañones de los de Baden, parte del refuerzo enviado por Mieroslawski. Pensábamos emplearlos para volver a tomar posición por allí cerca, cuando nos llegó la noticia de que los prusianos estaban ya en Landau, en vista de lo cual no nos quedaba otra opción que marchar directamente hacia Langenkandel.

Afortunadamente, en Albersweiler nos desembarazamos de las tropas inservibles que marchaban con nosotros. Después de perder a su jefe, la unidad de Schimmelpfennig se había desintegrado en

parte y marchó por propia cuenta, desviándose del camino, en dirección a Kandel. Y a cada paso iba dejando en las tabernas a los merodeadores y a los individuos rezagados. En Albersweiler, comenzó el batallón Dreher a dar señales de rebeldía. Nos presentamos a aquellos soldados Willich y yo y les preguntamos lo que querían. Silencio general. Por último, uno de los voluntarios, ya entrado en años, exclamó: "¡Quieren llevarnos al matadero!" Esta exclamación resultaba altamente cómica en una unidad como aquélla, que no había entrado para nada en combate y que en la retirada sólo había tenido dos o a lo sumo tres heridos leves. Willich ordenó al hombre en cuestión dar un paso al frente y entregar su fusil. Era un individuo de barba gris, algo bebido, que ejecutó la orden, hizo una escena tragicómica y aulló un largo discurso, en el que venía a decir que nunca le había sucedido nada parecido. Se levantó un clamor general de indignación de parte de aquellos sentimentales pero muy mal disciplinados guerreros, en vista de lo cual Willich ordenó a toda la compañía que se retirara a toda prisa, pues estaba harto de charloteos y murmullos y no quería seguir mandando ni un momento más a semejantes soldados. La compañía no se lo hizo decir dos veces, dio media vuelta a la derecha y se puso en marcha. Cinco minutos después la siguió el resto del batallón, al que Willich entregó, además, dos cañones. ¡Era demasiado duro para ellos el que "se les llevara al matadero" y se les obligara a guardar disciplina! Nos encantó verlos partir.

Nos abrimos paso, peleando, hacia la montaña, por la derecha, en dirección a Impflingen. Pronto llegamos cerca de los prusianos, con los que nuestros tiradores cambiaron algunos disparos. Al anochecer, sonaron tiros sueltos. Yo me quedé en la primera aldea para mandar desde allí un mensajero con noticias a nuestra compañía de gimnastas de Landau; no sé si las recibió o no, pero sí sé que estos combatientes llegaron felizmente a Francia, de donde volvieron a pasar a Baden. Aquel alto hizo que perdiese el contacto con mi unidad, y tuve que arreglármelas yo solo para encontrar el camino hasta Kandel.

Los caminos estaban llenos de individuos rezagados del ejército; todas las tabernas se veían abarrotadas, como si la fiesta hubiese terminado a gusto de todos. Aquí oficiales sin soldados, allí soldados sin oficiales y voluntarios de todos los cuerpos que marchaban en abigarrada mescolanza hacia Kandel, unos a pie, otros en vehículos. ¡Y los prusianos no se paraban siquiera a pensar en perseguir seriamente a aquel tropel de hombres! Impflingen está solamente a una hora de camino de Landau, y Wörth (situado delante del puente de Knielingen) sólo dista cuatro o cinco horas de Germersheim; pues bien, los prusianos no creyeron conveniente enviar rápidamente a ninguno de estos dos puntos las tropas necesarias para cerrar el paso en el primero a los rezagados y en el segundo a todo el ejército. En realidad, los laureles del príncipe de Prusia han sido ganados de un modo bastante peregrino.

En Kandel encontré a Willich, pero no a su unidad, que había quedado acuartelada algo más atrás. Volví a encontrarme, en cambio, con el Gobierno provisional, el cuartel general y el nutrido séquito de zánganos. La misma aglomeración de tropas que ayer en Frankweiler, pero un desorden y un desbarajuste todavía mayores. A cada momento llegaban oficiales preguntando por su unidad y soldados indagando el paradero de sus jefes. Y nadie sabía contestarles. La dispersión era completa.

A la mañana siguiente el 18 de junio, todo el mundo desfiló por Wörth y pasó el puente de Knielingen. A pesar de todos los que habían desertado y se habían marchado a sus casas, los efectivos del ejército en retirada, contando los refuerzos llegados de Baden, ascendían a 5 000 o 6 000 hombres. Y marchaban por las calles de Wörth tan orgullosos como si acabaran de conquistar la aldea y les aguardaran nuevos triunfos. Seguían haciéndolo como Kossuth. Por lo demás, los únicos que mantenían una actitud militar y eran capaces de pasar delante de una taberna sin que ninguno rompiese las filas para entrar en ella, eran los soldados de un batallón badense de línea. Por fin, llegó nuestra unidad. Nos quedamos atrás para cubrir la retirada, hasta que todos hubieron cruzado el puente;

cuando ya todo estuvo en orden, marchamos hacia Baden, ayudando al paso de las carretas.

El gobierno de Baden, para no meternos con los bravos pequeños burgueses de Karlsruhe que tan valientemente se portaron en contra de los republicanos el 6 de junio,[599] aposentó en los alrededores de la ciudad a toda la gente del Palatinado. Acabábamos de presionar para que se nos dejara entrar en Karlsruhe con nuestra unidad; necesitábamos proceder a una serie de reparaciones y conseguir gran número de prendas de vestuario, y considerábamos, además, que habría sido muy de desear la presencia en Karlsruhe de una unidad tan segura y revolucionaria como la nuestra. Pero el señor Brentano había velado por nosotros. Nos encaminó hacia Daxlanden, una aldea situada a hora y media de Karlsruhe y que se nos pintó como un verdadero Eldorado. Hacia allá fuimos y nos encontramos con el nido más reaccionario de toda la comarca. Nada de comer, nada de beber y apenas un poco de paja para recostarse; la mitad de los hombres tuvieron que dormir sobre el duro suelo. Y, encima, caras largas y ceñudas en todas las puertas y ventanas. No perdimos mucho tiempo. Advertimos al señor Brentano que si antes no se nos asignaba otro acantonamiento mejor, al día siguiente, 19 de junio, por la mañana, estaríamos en Karlsruhe. Dicho y hecho. A las nueve de la mañana emprendimos la marcha. Nos encontraríamos todavía a tiro de fusil de la aldea en que habíamos pernoctado, cuando salió a nuestro encuentro el señor Brentano, acompañado por un oficial del Estado, recurriendo a todos los halagos y a todas las artes de la elocuencia para mantenernos alejados de Karlsruhe. Nos dijo que la ciudad albergaba, ya a 5 000 hombres de tropa, que la gente rica se había marchado y la clase media se hallaba abarrotada de alojados; que no permitiría que no se aposentara debidamente a la valiente unidad de Willich, de la que todos se hacían lenguas, y así por el estilo. Willich pidió que se le entregaran algunos palacios vacíos de aristócratas, y, como Bren-

[599] Véase *supra*, nota 578.

tano se negara a ello, marchamos hacia Karlsruhe en busca de alojamientos.

En Karlsruhe obtuvimos fusiles para nuestra compañía armada con hoces, y algunas piezas de paño para capotes. Dimos a reparar con la mayor rapidez que pudimos el calzado y las prendas de vestir. Se nos incorporó también nueva gente, varios obreros a quienes yo conocía de la insurrección de Elberfeld, Kinkel, que entró como mosquetero en la compañía obrera de Besançon, y Zychlinski, quien había sido ayudante del alto mando en el levantamiento de Dresde y jefe de la retaguardia en la retirada de los insurrectos; ahora se le había incorporado, como tirador, a la compañía estudiantil.

Además de completar en lo posible los efectivos y el armamento, se atendió también a la instrucción táctica. Se organizaron prácticas y ejercicios con el mayor celo y, al segundo día de nuestra estancia en Karlsruhe, se hizo desde la plaza del palacio un simulacro de asalto a la ciudad. La decepción general y sinceramente sentida que esta maniobra causó revelaba bien a las claras que la pequeña burguesía se había dado perfectamente cuenta de la amenaza.

Por último, se tomó la atrevida decisión de requisar la colección de armas del Gran Duque, que hasta entonces había permanecido incólume como una reliquia. Ya nos disponíamos a colocar pistones a veinte carabinas de dicha colección, cuando llegó la noticia de que los prusianos habían cruzado el Rin cerca de Germersheim y estaban en Graben y Bruchsal.

Inmediatamente —era el 20 de junio, al anochecer— nos pusimos en marcha, con dos cañones del Palatinado. Cuando llegamos a Blankenloch, a hora y media de Karlsruhe, en dirección a Bruchsal, encontramos allí al señor Clement con su batallón y nos enteramos de que las avanzadillas prusianas se encontraban como a una hora de Blankenloch. Mientras nuestros hombres cenaban, fusil al brazo, celebramos consejo de guerra. Willich propuso atacar inmediatamente a los prusianos. El señor Clement declaró que no estaba, con sus tropas bisoñas, en condiciones de lanzarse a un ataque nocturno. Se decidió pues marchar inmediatamente hacia Karls-

dorf y atacar poco antes del amanecer, intentando romper las líneas prusianas. Si lo lográbamos, marcharíamos sobre Bruchsal y, de ser posible, nos apoderaríamos de este lugar. En este caso, el señor Clement atacaría al romper el día sobre Friedrichsthal y protegería nuestro flanco izquierdo.

Sería como media noche cuando nos pusimos en camino. Nos lanzábamos a una empresa relativamente temeraria. No llegaríamos a 700 hombres, con dos cañones; nuestras tropas estaban mejor adiestradas y eran más seguras que el resto de las del Palatinado; estaban, además, bastante fogueadas. Nos proponíamos atacar con ellas a un cuerpo enemigo, desde luego mucho más adiestrado que nosotros, provisto de oficiales subalternos mejor instruidos y algunos de cuyos capitanes apenas si habían pasado por la Guardia Cívica; cuerpo cuyos efectivos no conocíamos a ciencia cierta, pero que no bajaría de 4 000 hombres. Sin embargo, nuestra unidad se había empeñado ya en combates más desiguales, y en una campaña como ésta no había que contar, desde luego, con una proporción numérica menos desfavorable.

Mandamos por delante como descubierta, a una distancia de cien pasos, a diez estudiantes; marchaba luego la primera columna, encabezada por media docena de dragones de Baden, que nos habían sido asignados para cubrir el servicio de estafetas; detrás, tres compañías. Un poco más lejos, las tres compañías restantes; cerraban la formación los cañones. Se dio orden de no disparar en modo alguno, de marchar en medio del mayor silencio y de atacar a la bayoneta, tan pronto se avistara al enemigo.

Pronto vimos, a lo lejos, el resplandor de las hogueras de los vivaques prusianos. Seguimos avanzando sin ser molestados, hasta Spöck. Al llegar aquí, se detiene el grueso de la columna y avanza solamente la vanguardia. De pronto, suenan algunos disparos; en el camino, a la entrada de la aldea, se enciende una gran llamarada de paja; la campana suena a rebato. Nuestros soldados de reconocimiento exploran la aldea a derecha e izquierda, y tras esto entra en ella la columna. También dentro de la aldea, vemos arder grandes hogueras; espe-

ramos una descarga detrás de cada esquina. Pero todo está tranquilo, y delante del Ayuntamiento sólo se ve una especie de guardia formada por campesinos. El puesto prusiano se había largado ya.

Los señores prusianos —como pudimos ver aquí— no se consideraban seguros, a pesar de su tremenda superioridad en número, si no ponían en práctica hasta en los menores detalles su pedantesco reglamento de puestos avanzados. El puesto más extremo de éstos se hallaba emplazado a una hora entera de distancia de su campamento. Si nosotros nos hubiésemos empeñado en agotar de este modo, con este servicio de puestos avanzados, a nuestros hombres, no acostumbrados a las fatigas de la guerra, habríamos conseguido con ello tener un sinnúmero de merodeadores. Nos encomendamos a la meticulosidad prusiana y llegamos a la conclusión de que ellos no tendrían mayor respeto por nosotros que nosotros por ellos. Y así fue, en efecto. Nunca hasta llegar a la frontera con Suiza fueron atacados nuestros puestos avanzados ni asaltados nuestros cuarteles.

En todo caso, los prusianos estaban ya sobre aviso. ¿Deberíamos dar vuelta? Opinamos que no, y seguimos avanzando.

Cerca de Neuthard,[c] nuevo repique de campanas; esta vez, en cambio, ni fuegos ni señales ni tiros. También aquí atravesamos la aldea en formación bastante cerrada, y así seguimos subiendo en dirección a Karlsdorf. Apenas habría llegado a la cumbre nuestra avanzada, que ahora marchaba solamente a unos treinta pasos por delante, cuando de pronto ve ante sí, muy cerca, la guardia prusiana. Escucho el grito de "¡Alto! ¿Quién vive?" y salto hacia adelante. Oigo a uno de mis camaradas decir: "Ése ya no lo cuenta; está perdido". Se equivocaba. Fue precisamente aquel salto hacia adelante lo que me salvó.

En efecto, en aquel preciso instante soltó la guardia enemiga una descarga, y nuestra avanzada, en vez de atacar a la bayoneta, derribándola al suelo, contestó con fuego de fusil. Los dragones, a

[c] En la *Revue* dice: "Neithart".

cuyo lado había marchado yo, con la cobardía proverbial en ellos, dieron en seguida media vuelta, se metieron a galope por entre la columna, derribaron y patearon a varios soldados, deshicieron totalmente la formación de las cuatro o seis primeras secciones y siguieron galopando. Al mismo tiempo, los centinelas enemigos de a caballo apostados en los campos a derecha e izquierda abrieron fuego contra nosotros, y, para que el desbarajuste fuese completo, algunos individuos atolondrados, en medio de nuestra columna, comenzaron a disparar sobre los de adelante, mientras otros imbéciles imitaban su ejemplo. En menos que se cuenta quedó deshecha la primera mitad de la columna, en parte desperdigada en los campos, en parte entregada a la fuga, y en parte, por último, formando en el camino un ovillo inextricable. Heridos, mochilas, sombreros, fusiles, todo revuelto entre el trigo verde. Un griterío confuso y salvaje, tiros y silbidos de balas en todas las direcciones posibles. Al ceder algo la batahola, bastante lejos, en la retaguardia, oigo el ruido de nuestros cañones, rodando a toda prisa en su huida. Las piezas de artillería habían prestado a la segunda columna el mismo servicio que los dragones a la primera.

No sé si en aquellos momentos sentía mayor furia por el terror infantil que se había apoderado de nuestros soldados o desprecio por los lamentables métodos de los prusianos, quienes, advertidos como estaban de nuestra llegada, ordenaron alto al fuego, después de hacer unos cuantos disparos, y salieron también corriendo como alma que lleva el diablo. Nuestra avanzada seguía en su sitio, sin que nadie la hubiese atacado para nada. Un escuadrón de caballería, o un fuego de tiradores medianamente sostenido, nos habría hecho emprender la más desesperada de las fugas.

Willich vino corriendo hasta la vanguardia. Había vuelto a formarse la compañía de los de Besançon; los demás, más o menos avergonzados, rehicieron sus filas. No tardó en amanecer. Nuestras pérdidas se reducían a seis heridos, entre ellos uno de los oficiales de nuestro estado mayor, pisoteado por el caballo de un dragón en el mismo sitio que yo acababa de dejar para correr a la vanguardia.

Algunos otros habían sido alcanzados, manifiestamente, por las balas de nuestros propios hombres. Recogimos cuidadosamente todos los pertrechos y armas caídos para no dejar a los prusianos ni el menor trofeo, y luego nos retiramos lentamente hacia Neustadt. Los tiradores se apostaron detrás de las primeras casas, cubriéndonos. Pero no se presentó un solo prusiano; y cuando Zychlinski hizo un nuevo hallazgo, los encontró todavía detrás, en lo alto, desde donde le hicieron un par de disparos sin causar daño alguno.

Los campesinos palatinenses que conducían nuestros cañones habían llegado a cruzar la aldea con uno de ellos; el otro se había volcado, y la cuadrilla había seguido cabalgando con cinco caballos, después de cortar las correas de los tiros. Tuvimos que ir a levantar la pieza de artillería y sacarla de allí con el único caballo de tiro que quedaba.

Al llegar a Spöck escuchamos hacia la derecha, por la parte de Friedrichsthal, fuego cada vez más intenso de fusilería. El señor Clement había atacado, por fin, pero una hora después de lo convenido. Propuse apoyar su acción con un ataque de flanco, para contrarrestar así el revés sufrido. Willich opinó lo mismo y ordenó marchar por el primer camino a la derecha. Ya había tomado esta dirección una parte de nuestra unidad, cuando llegó un oficial enviado por Clement a avisarnos de que éste se retiraba. En vista de ello, seguimos a Blankenloch. Pronto nos encontramos con el señor Beust, del estado mayor, quien se mostró enormemente sorprendido al encontrarnos vivos y ver a las tropas marchar en el mejor orden. Los granujas de los dragones, en su huida, que llegó hasta Karlsruhe, habían hecho correr por todas partes la noticia de que Willich había sucumbido, que todos los oficiales habían sido muertos y que nuestra unidad había quedado destrozada y aniquilada. Según ellos, el enemigo había disparado contra nosotros con metralla y "granadas incendiarias".

Delante de Blankenloch salieron a nuestro encuentro algunas tropas del Palatinado y de Baden y, por último, el señor Sznayde, con su cuartel general. El extravagante viejo, que probablemente

había dormido a pierna suelta toda la noche en su cama, tuvo el cinismo de gritarnos: "¿A dónde se dirigen ustedes, señores? ¡El enemigo queda atrás!" Le contestamos, naturalmente, como se merecía, seguimos nuestra marcha y nos detuvimos en Blankenloch a descansar un poco y a refrescarnos. Al cabo de dos horas regresó el señor Sznayde con sus tropas, como es natural sin haber visto ni de lejos al enemigo, y se sentó a desayunar.

Con los refuerzos recibidos de Karlsruhe y sus alrededores, el señor Sznayde tenía ahora bajo su mando de 8 000 a 9 000 hombres, entre ellos tres batallones de línea y dos baterías badenses. En total, había veinticinco cañones. Debido a las órdenes bastante vagas de Mieroslawski y, sobre todo, a la incapacidad total del señor Sznayde, todo el ejército del Palatinado permaneció en la zona de Karlsruhe, hasta que los prusianos no hubieron cruzado el Rin bajo la protección de la cabeza de puente de Germersheim. Mieroslawski (véanse sus informes sobre la campaña en Baden) había dado la orden de que, después de la retirada de las tropas del Palatinado, se defendieran los pasos del Rin entre Espira y Knielingen y la orden especial de cubrir a Karlsruhe y de concentrar en el puente de Knielingen todo el cuerpo de ejército. El señor Sznayde interpretó esto en el sentido de que debía quedarse quieto en Karlsruhe y Knielingen hasta nueva orden. Si, cumpliendo lo que iba implícito en las órdenes generales de Mieroslawski, hubiese enviado hacia la cabeza de puente de Germersheim una nutrida unidad de tropas con artillería, no se habría dado el absurdo de ordenar al comandante Mniewski, al mando de 450 reclutas, sin artillería, que recuperase la cabeza de puente; no habrían cruzado el Rin 30 000 prusianos sin que nadie los molestase; no habrían quedado cortadas las comunicaciones con Mieroslawski, y habría podido el ejército del Palatinado llegar a tiempo al campo de batalla de Waghäusel. En vez de lo cual, el día en que se libró este combate, el 21 de junio, dicho ejército erraba, perplejo, entre Friedrichsthal, Weingarten y Bruchsal, perdió de vista al enemigo y malgastó su tiempo en marchas y contramarchas.

Recibimos la orden de trasladarnos al ala derecha, pasando por Weingarten y marchando desde allí por el borde de las montañas. Partimos pues de Blankenloch aquel mismo mediodía —el 21 de junio—, y hacia las cinco de la tarde salíamos de Weingarten. Las tropas del Palatinado comenzaban, por fin, a dar muestras de inquietud; se daban cuenta de que se enfrentaban a un enemigo muy superior en número, y ya no revelaban aquella jactanciosa seguridad de que hasta ahora alardeaban, por lo menos *antes* del combate. De ahora en adelante, comenzó a manifestarse en la Milicia Popular del Palatinado y de Baden y, poco a poco, también entre las tropas de línea y la artillería, la manía de ver a los prusianos por todas partes, la diaria repetición de falsos rumores que hacían perder la cabeza a todo el mundo y daban pie a las escenas más chuscas. Ya en la primera cima a que llegamos después de Weingarten, se precipitaron sobre nosotros patrullas y campesinos, gritando: "¡Ahí vienen los prusianos!" Nuestra unidad se formó en orden de batalla y avanzó. Yo regresé a Weingarten para dar la voz de alarma, y con este motivo perdí a mi unidad. El rumor, como es natural, carecía de fundamento. Los prusianos se habían replegado sobre Waghäusel, y Willich entraba en Bruchsal aquel mismo día por la tarde.

Pasé la noche en Obergrombach en compañía del señor Osswald y su batallón palatinense, con el que a la mañana siguiente seguí hasta Bruchsal. Antes de llegar a la ciudad, nos encontramos con carretas llenas de elementos rezagados que gritaban: "¡Ahí están los prusianos!" Todo el batallón comenzó inmediatamente a vacilar y costó gran esfuerzo hacer que avanzase. Era, naturalmente, un nuevo rumor infundado; en Bruchsal estaban Willich y el resto de la vanguardia del ejército del Palatinado; las demás tropas fueron llegando oportunamente, sin que se viera ni rastro de los prusianos. Además del ejército y de sus jefes, encontramos allí a d'Ester, al ex gobierno del Palatinado y a Goegg, quien, en general, después de hacerse incontestable la dictadura de Brentano, pasaba casi todo el tiempo en el ejército y ayudaba a resolver los asuntos civiles. El

abastecimiento era malo y el desbarajuste grande. Solamente en el cuartel general se vivía bien, como de costumbre.

Se nos volvió a aprovisionar con un número considerable de cartuchos procedentes de los depósitos de Karlsruhe, y reanudamos la marcha al atardecer, llevando con nosotros a toda la vanguardia. Y mientras ésta acampaba en Ubstadt, nosotros seguimos a Unteröwisheim, a la derecha, con objeto de cubrir el flanco en la montaña.

Éramos ahora, en cuanto al aspecto, una fuerza muy respetable. Nuestro cuerpo de tropa veíase reforzado con dos nuevas secciones. La primera era el batallón Langenkandel, que se había dispersado en el trayecto de su comarca al puente de Knielingen y cuyos restos útiles habían venido a unirse a nosotros; estos *beaux restes*[d] eran un capitán, un teniente, un abanderado, un sargento, un suboficial y dos soldados. La segunda era la "columna Robert Blum", con una bandera roja y un destacamento de unos sesenta hombres que parecían caníbales, pero cuyas heroicas hazañas se reducían a una serie interminable de requisas. Se nos habían asignado, además, cuatro cañones badenses y un batallón de la Milicia Popular de Baden, el batallón Kniery, Knüry o Knierim (pues no me fue posible descubrir la verdadera ortografía del nombre). El batallón Knierim era digno de su jefe, el señor Knierim digno de su batallón. Uno y otro, magníficamente bien intencionados, tremendos fanfarrones y escandalosos y a todas horas borrachos. El consabido "entusiasmo" inflamaba sus corazones, impulsándolos, como en seguida veremos, a las más portentosas hazañas.

En la mañana del 23, recibió Willich una nota escrita de Anneke, quien mandaba la vanguardia del ejército palatinense en Ubstadt, haciéndole saber que el enemigo se acercaba y que, celebrado un consejo de guerra, habían acordado replegarse. Willich, sumamente asombrado ante la extraña noticia, galopó hasta Ubstadt y, después de haber convencido a Anneke y a sus oficiales de que die-

[d] Bellos restos.

ran allí la batalla, reconoció personalmente el terreno e indicó dónde debían emplazarse los cañones. Después de lo cual regresó y ordenó a sus tropas que empuñaran las armas. Mientras éstas se formaban, recibimos del cuartel general en Bruchsal la siguiente orden, firmada por Techow: el grueso del ejército avanzaría por la calzada hacia Heidelberg, confiando en llegar aquel mismo día hasta Mingolsheim; entre tanto nosotros deberíamos marchar por Odenheim hasta Waldangelloch y pernoctar allí. A dicho punto nos serían enviadas ulteriores noticias sobre los éxitos alcanzados por el cuerpo principal del ejército y las órdenes acerca de nuestra posterior actuación.

En las páginas 311 y 317 de su caprichosa *Historia de los tres levantamientos populares en Baden* publica el señor Struve un informe sobre las operaciones realizadas por el ejército del Palatinado en los días 20 a 26 de junio, que se reduce todo él a una apología del incapaz Sznayde y a un cúmulo de inexactitudes y deformaciones. Ya de lo que dejamos expuesto se desprende: 1) que Sznayde en modo alguno tuvo "noticias seguras del encuentro de Waghäusel y sus consecuencias pocas horas después de su llegada a Bruchsal (el 22)"; 2) que, en modo alguno, podía, en vista de ello, "cambiar su plan y, en vez de marchar hacia Mingolsheim como primeramente se había propuesto", no pudo, en modo alguno, ya el día 22, "tomar el acuerdo de permanecer en Bruchsal con el grueso de su división" (la citada nota de Techow había sido escrita en la noche del 22 al 23); 3) que, en modo alguno, "debió haberse efectuado una gran operación de reconocimiento en la mañana del 23", sino ciertamente, la marcha hacia Mingolsheim; 4) que es una burda mentira la afirmación de que "todos los destacamentos recibieron la orden de marchar en dirección al sitio en que se escucharan disparos, tan pronto como éstos se produjeran", y 5) la de que "el destacamento del ala derecha (Willich) trató de justificar el hecho de no haberse presentado en el combate de Ubstadt diciendo que no había oído ninguna clase de disparos".

Nos pusimos en camino inmediatamente. El plan era desayu-

nar en Odenheim. Algunos soldados bávaros de caballería ligera que se nos habían asignado para hacer servicio de estafetas rodearon la aldea por la izquierda, con objeto de descubrir posibles tropas enemigas. Habían pasado por allí los húsares prusianos, que requisaron dejándolo amontonado, algún forraje, con intención de recogerlo más tarde. Mientras nosotros nos apoderábamos de dicho forraje, y se distribuía a nuestros hombres, sin que éstos soltaran sus fusiles, vino y algo de comer, se presentó, todo excitado, uno de aquellos soldados de caballería, gritando: "¡Ahí están los prusianos!" El batallón Knierim, que se hallaba a la cabeza, se desintegró en un instante y se convirtió en un tropel confuso, gritando, blasfemando y huyendo en todas direcciones, mientras el señor comandante de la unidad, cuyo caballo se desbocó, tuvo que dejar a la tropa a su merced. Acudió, cabalgando a toda prisa, Willich, quien restableció el orden, y reanudamos de nuevo la marcha. Como es natural, los prusianos no se presentaron.

Desde la altura detrás de Odenheim oímos retumbar el cañón por la parte de Ubstadt. El cañoneo aumentó en intensidad. Los oídos habituados podían ya distinguir las balas de la metralla. Celebramos consejo de guerra para decidir si debíamos reanudar la marcha o dirigirnos hacia el sitio de donde se escuchaba el cañoneo. Como la orden que habíamos recibido era terminante y el fuego parecía correrse en la dirección de Mingolsheim, lo que parecía indicar el avance de los nuestros, decidimos emprender la marcha más peligrosa, hacia Waldlangelloch. Caso de haber sido derrotadas en Ubstadt las tropas del Palatinado, habríamos quedado prácticamente cercados en lo alto de la montaña y en una situación bastante crítica.

El señor Struve afirma que el combate de Ubstadt "habría podido dar brillantes resultados, de haber atacado en el momento oportuno los destacamentos laterales" (p. 314). El cañoneo no duró ni una hora, y para poder llegar al campo de batalla, entre Stettfeld[e] y

[e] En la *Revue* dice: "Mattfeld".

Ubstadt, habríamos necesitado dos horas y media; es decir, habríamos llegado hora y media después de haberse terminado todo. Así escribe la "historia" el señor Struve. Nos detuvimos cerca de Tiefenbach. Mientras las tropas se refrescaban, Willich expidió algunos despachos. El batallón Knierim descubrió en Tiefenbach una especie de bodega municipal, requisó las existencias, sacó las barricadas de vino, y en menos que se cuenta todos sus individuos estaban borrachos. La rabia por el pánico mañanero ante el rumor de la llegada de los prusianos, el cañoneo de Ubstadt, la poca confianza que estos héroes tenían los unos en los otros y en sus oficiales, todo se confabuló para provocar una franca rebelión. Los rebeldes exigían que se emprendiera inmediatamente la retirada; aquello de marchar y marchar eternamente por las montañas delante del enemigo, no les agradaba. Cuando vieron que sus pretensiones no eran, ni mucho menos, escuchadas, dieron media vuelta y desfilaron por sí y ante sí. Se les unió la "columna Robert Blum", la que parecía que iba a comerse a los enemigos crudos. La dejamos ir y marchamos hacia Waldlangelloch.

Era imposible pernoctar con cierta seguridad allí, en el fondo de una profunda hondonada. Hicimos alto y procuramos allegar noticias acerca de las condiciones del terreno en aquellas inmediaciones y de la posición del enemigo. Entre tanto, se habían difundido por boca de algunos campesinos vagos rumores acerca de la retirada del ejército del Neckar. Se decía que habían marchado hacia Bretten, por Sinsheim y Eppingen, importantes unidades badenses y que el propio Mieroslawski había pasado de riguroso incógnito estando a punto de ser detenido en Sinsheim. La artillería se mostraba inquieta y hasta nuestros estudiantes comenzaban a gruñir. La artillería fue enviada a la retaguardia, mientras nosotros marchábamos hacia Hilsbach. Aquí pudimos averiguar algo más preciso acerca de la retirada del ejército del Neckar, efectuada desde hacía ya cuarenta y ocho horas, y acerca de los bávaros, que se hallaban en Sinsheim, a hora y media de nosotros. Se decía que eran unos 7 000, pero su número ascendía, como más tarde averiguamos, a

unos 10 000. Nuestra tropa contaba, cuando mucho, 700 hombres. Ya no podía seguir la marcha. La alojamos, pues, en pajares, como de costumbre, siempre que queríamos tenerlos concentrados lo más posible; apostamos fuertes puestos de guardia y nos acostamos a dormir. A la mañana siguiente, el día 24, al ponernos en marcha, oímos muy claramente el paso de las tropas bávaras. No habría pasado media hora de nuestra partida cuando los bávaros entraban en Hilsbach.

Mieroslawski había pernoctado en Sinsheim dos días antes, el 22, y estaba ya con sus tropas en Bretten cuando nosotros llegamos a Hilsbach. Había pasado también al otro lado Becker, que mandaba la retaguardia. Mal pudo, pues, pasar la noche del 23 al 24 en Sinsheim, como afirma Struve, en la página 308, pues a las ocho de la noche, y tal vez ya antes, se hallaban allí los bávaros, que al atardecer del día anterior habían presentado un pequeño combate a Mieroslawski. La retirada de éste de Waghäusel a Bretten por Heidelberg ha sido representada por quienes en ella tomaron parte como una maniobra sumamente peligrosa. No cabe duda de que las operaciones realizadas por Mieroslawski desde el 20 hasta el 24 de junio, la rápida concentración en Heidelberg de un cuerpo de tropas con el que se lanzó contra los prusianos, y su veloz retirada después de perder la batalla de Waghäusel, constituyen la parte más brillante de toda su actuación en Baden. Sin embargo, que esta maniobra no era, en modo alguno, tan peligrosa frente a un enemigo tan indolente como aquel a que se enfrentaba lo demuestra nuestra propia retirada de Hilsbach, llevada a cabo veinticuatro horas más tarde, con nuestra pequeña unidad, sin que nadie nos molestase. Pasamos incluso, sin ser atacados por nadie, el desfiladero de Flehingen,[f] donde ya el 23 había esperado un ataque Mieroslawski, y marchamos hacia Büchig. Habíamos decidido quedarnos allí para cubrir contra una posible primera embestida la posición en que Mieroslawski había acampado cerca de Bretten.

[f] En la *Revue* dice: "Flesingen".

Por dondequiera que pasábamos Eppingen, Zaisenhausen, Flehingen, la gente nos miraba asombrada, pues ya habían desfilado todas las unidades del ejército del Neckar, incluso la retaguardia. Cuando, al entrar en Büchig, nuestro corneta dio el toque, se produjo un verdadero pánico. Un destacamento de la Guardia Cívica de Bretten, que hacía requisa de víveres para el campamento de Mieroslawski, nos tomó por prusianos y dio el más lamentable espectáculo de desorden, hasta que, al doblar nosotros la esquina, vieron nuestras blusas y se tranquilizaron. Nos hicimos inmediatamente cargo de los víveres, y apenas los habíamos devorado cuando tuvimos que ponernos de nuevo en marcha hacia Bretten, ante la noticia de que Mieroslawski había salido de allí con todas sus tropas.

Pernoctamos en Bretten mientras la Guardia Cívica establecía puestos avanzados. Habíamos requisado carros, destinados a transportar toda la unidad a Ettligen a la mañana siguiente. No nos quedaba más camino que aquél para unirnos al grueso de nuestro ejército, puesto que Bruchsal había caído en manos de los prusianos ya el día 24 y no queríamos aventurarnos a un combate, caso de que estuviera ocupado por el enemigo el camino hacia Durlach, pasando por Diedelsheim (como en efecto lo estaba según supimos más tarde).

En Bretten vino a vernos una delegación de los estudiantes para comunicarnos que no les gustaba tener que marchar a todas horas delante del enemigo y pedir que los autorizáramos a retirarse. Les contestamos, como es natural, que a la vista del enemigo no se licenciaba a nadie, pero que eran muy dueños de desertar de las filas si querían. En vista de ello, se retiró como la mitad de la compañía; los demás no tardaron en desertar uno a uno, y sólo quedaron en sus puestos los tiradores. Hay que decir que, en general, durante la campaña, los estudiantes se comportaron como unos señoritos medrosos, que insistían en que se les iniciara en todos los planes y operaciones, se quejaban de sus pies llagados y gruñían cuando la campaña no resultaba tan agradable como una excursión de vacaciones. Sólo algunos de estos "representantes de la intelectualidad",

la excepción, se distinguían por su carácter auténticamente revolucionario y su brillante valentía.

Más tarde, nos enteramos de que el enemigo había entrado en Bretten media hora después de salir nosotros. Llegamos a Ettlingen, donde el señor Corvin-Wiersbitzki nos invitó a marchar hacia Durlach, lugar en que Becker pensaba contener al enemigo hasta la evacuación de Karlsruhe. Willich mandó a un jinete de la caballería ligera con unas letras para Becker preguntándole si era su propósito permanecer allí algún tiempo; el mensajero volvió con la noticia de que se había encontrado por el camino con las tropas de Becker, ya en plena retirada. En vista de ello, emprendimos la marcha hacia Rastatt, donde se concentraron todos los efectivos.

El camino a Rastatt presentaba un cuadro del más completo desorden. Las más diversas unidades marchaban o acampaban mezcladas y confundidas en abigarrada masa, y nos costó trabajo mantener unidas a nuestras tropas bajo un calor abrazador y en medio de la confusión general. En la explanada delante de los muros de Rastatt acamparon las tropas del Palatinado y algunos batallones badenses. Las filas del Palatinado estaban ya muy mermadas. La mejor de sus unidades, la del Hesse renano, había sido concentrada en Karlsruhe, antes del combate de Ubstadt, por los señores Zitz y Bamberger. Estos valerosos combatientes por la libertad hicieron saber a la tropa que todo estaba perdido, que la superioridad del enemigo era enorme y que todavía estaban a tiempo de regresar todos a sus tierras sin correr peligro. Ellos, el fogoso parlamentario Zitz y el arrojado Bamberger, no querían cargar sobre su conciencia un derramamiento de sangre inocente y otros desastres, por lo cual declaraban que la unidad quedaba licenciada. Como es natural, los soldados del Hesse renano dieron rienda suelta a su indignación ante aquella sugestión infame, detuvieron a los dos traidores y querían fusilarlos; hasta el mismo d'Ester y el gobierno del Palatinado los buscaron para detenerlos. Pero los honorables ciudadanos habían emprendido ya la fuga, y el aguerrido Zitz asistió al curso ulterior de la campaña desde la segura Basilea. Lo mismo

en septiembre de 1848, que en mayo de 1849, con su letra "gótica",[600] el señor Zitz se mostró como el fanfarrón parlamentario que más incitaba al pueblo a la insurrección, ocupando en las dos ocasiones un puesto glorioso entre los que primero dejaron en la estacada al pueblo en armas. Y en Kirchheimbolanden volvió a figurar entre los primeros desertores, mientras sus tiradores se batían y caían fusilados.

La unidad del Hesse renano, ya de suyo muy mermada por las deserciones, como todas, y desanimada por la retirada hacia Baden, perdió momentáneamente su entereza. Parte de las tropas se separaron y marcharon a sus casas; las demás se reagruparon y siguieron peleando hasta el final de la campaña. El resto de las tropas quedaron desmoralizadas al recibir, en Rastatt, la noticia de que serían amnistiados cuantos regresaran a sus casas antes del 5 de julio. Se dispersaron más de la mitad, los batallones quedaron reducidos a compañías, desaparecieron en su mayoría los oficiales subalternos, y los mil doscientos hombres sobre poco más o menos que quedaron en sus puestos, no servían absolutamente para nada. También nuestra unidad, aunque, no desmoralizada ni mucho menos, quedó reducida a poco más de 500 hombres, por las bajas, las enfermedades y la deserción de los estudiantes.

Fuimos a alojarnos a Kuppenheim, donde se hallaban ya otras tropas. A la mañana siguiente me trasladé con Willich a Rastatt. Aquí volvía a encontrarme con *Moll.*

Las víctimas más o menos cultas de la insurrección de Baden han sido recordadas y glorificadas con toda clase de homenajes, en la prensa, en las sociedades democráticas, en verso y en prosa. Pero los centenares y miles de obreros que pelearon hasta el final, que cayeron en los campos de batalla, que se pudrieron vivos en las casamatas de Rastatt o que, refugiados en el extranjero, son ahora, de

[600] Franz Zitz presentó una propuesta en Francfort del Meno, el 17 de septiembre de 1848, durante una concurrida asamblea popular, contra la inactividad de la Asamblea de Francfort y contra su política paternalista en torno a la cuestión de los ducados de Schleswig y Holstein. Expresó también, en un documento enviado a la Asamblea, que debía ya escribirse en letra gótica, para los futuros acuerdos que se decidan, lo que ha sido dicho en las sesiones.

todos los evadidos, los únicos que apuran en el destierro hasta las heces de la miseria, de esos no se acuerda nadie. La explotación de los obreros es un espectáculo demasiado usual y cotidiano, consagrado por la tradición para que nuestros "demócratas" oficiales vean en los obreros algo más que una materia agitable, explotable y explosiva, simple carne de cañón. Nuestros "demócratas" son demasiado ignorantes y demasiado burgueses para poder comprender la posición revolucionaria del proletariado y el porvenir de la clase obrera. Por eso odian a aquellos temperamentos auténticamente proletarios cuyo orgullo no permite adularlos y cuya penetración les impide dejarse utilizar por ellos, pero que, cuando se trata de derrocar cualquier poder existente, se presentan directamente en todos los movimientos revolucionarios al partido del proletariado. Pero si a los llamados demócratas no les interesa mostrar su reconocimiento a estas figuras de los obreros, es deber del proletariado honrarlos como se merecen. Y entre los mejores de esos obreros hay que contar a uno: *Joseph Moll, de Colonia.*

Moll era de oficio relojero. Había pasado varios años fuera de Alemania y participado, en Francia, Bélgica e Inglaterra, en todas las sociedades revolucionarias públicas y secretas. Fue, en 1840, uno de los fundadores de la Asociación Central de Obreros Alemanes de Londres.[601] Regresó a Alemania después de la revolución de Febrero, y pronto asumió, en unión de su amigo Schapper, la dirección de la Asociación obrera de Colonia.[602] Refugiado en Londres desde

[601] *Asociación Central de Obreros Alemanes de Londres:* organización obrera fundada en Londres el 7 de febrero de 1840 por Karl Shapper, Joseph Moll, Heinrich Bauer y otros miembros más de la Liga de los Justos, más tarde Liga de los Comunistas, misma en la que desempeñarían también un papel de importantes dirigentes. En 1847 y 1849-1850, Marx y Engels participaron muy activamente en esta organización de trabajadores exiliados. El 17 de septiembre de 1850 se separaron de ella con motivo de la política sectaria de su Comité Central, dirigido entonces por los dirigentes Willich y Shapper. A fines de los años cincuenta, Marx y Engels volvieron a participar en los trabajos de la Asociación de Cultura Obrera de Londres, que siguió funcionando hasta que el gobierno inglés la declaró disuelta en 1918.

[602] *Asociación obrera de Colonia:* organización obrera fundada el 13 de abril de 1848 por miembros de la Liga de los Comunistas en la ciudad de Colonia. Marx y Engels, enfrentados a las tendencias sectarias que dominaban al movimiento obrero, lograron afianzar esta organización, que en mayo de 1848 contaba con 7 000 miembros. Desde julio de 1848 Joseph Moll

la refriega producida en Colonia en septiembre de 1848,[603] se reintegró en seguida a Alemania bajo un nombre falso, realizó una labor de agitación en las más diversas regiones y asumió misiones que asustaban a cualquier otro por su peligroso carácter. Volví a encontrarme con él en Kaiserslautern. También aquí se hizo cargo de trabajos para ser realizados en Prusia y que, de haber sido descubiertos, le habrían valido inmediatamente unas cuantas balas en la cabeza. A la vuelta de su segunda misión, cruzó venturosamente todas las líneas enemigas hasta llegar sano y salvo a Rastatt, donde inmediatamente se incorporó a la compañía obrera de Besançon, encuadrada en nuestra unidad. Tres días después caía peleando. Yo perdí en él a un viejo amigo y el partido perdió con su muerte a uno de sus paladines más incansables, intrépidos y seguros.

El partido del proletariado estaba bastante bien representado en el ejército de Baden y el Palatinado, principalmente en los cuerpos francos como el nuestro, en la legión de los refugiados, etc., y puede sin temor desafiar a todos los demás partidos a que formulen ni la más leve censura contra uno solo de sus miembros. Los comunistas más decididos eran los soldados más valientes. Al día siguiente, el 27, nos desplazamos un poco más hacia la montaña, a Rothenfels. Poco a poco, fueron aclarándose la distribución del ejército y la localización de las diversas unidades. Nosotros pertenecíamos a la división del ala derecha, mandada por el coronel Thome, el que en Meckesheim había querido detener a Mieroslawski[604] y a quien puerilmente se había respetado en su mando, y a partir del

fue su presidente; en septiembre fue designado el propio Marx para ese cargo y en febrero de 1849, Shapper. Contaba entre sus principios y principal objetivo elevar la conciencia de clase entre las clases trabajadoras de Alemania. Al triunfo de la contrarrevolución, perdió su carácter político y pasó a convertirse en una asociación obrera más.

603 El 25 de septiembre de 1848 las autoridades de Colonia detuvieron a varios dirigentes obreros con objeto de provocar una insurrección y acabar con el movimiento obrero local. Sin embargo, los obreros de Colonia, prevenidos por Marx y Engels, no se dejaron engañar. El 26 de septiembre se declaró en la ciudad el estado de sitio y se suspendió temporalmente la publicación de la *Nueva Gaceta Renana* y otros periódicos democráticos. A raíz de estos hechos, Dronke, Moll, Engels y otros dirigentes más se vieron obligados a salir al extranjero.

604 Véase *supra,* nota 562.

27 por Mersy. Willich, quien rechazó el mando de las tropas del Palatinado que Sigel le ofrecía, actuaba como jefe de estado mayor de la división. La división cubría el sector desde Gernsbach y la frontera würtemburguesa hasta más allá de Rothenfels y se apoyaba por el flanco izquierdo en la división Oborski, concentrada en torno a Kuppenheim. La vanguardia había avanzado hasta la frontera y hacia Zulzbach, Michelbach y Winkel. El avituallamiento, al principio desordenado y malo, comenzó a mejorar desde el 27. Nuestra división estaba formada por varios batallones de línea badenses, las tropas que quedaban del Palatinado al mando del héroe Blenker, nuestra unidad y una o una y media baterías de artillería. Las tropas palatinenses se hallaban en Gernsbach y los alrededores; las de línea y nosotros, en Rothenfels y sus inmediaciones. Por último, el cuartel general había sido instalado en el Hotel Zur Elisabethenquelle, muy cerca de Rothenfels.

El día 28 después de comer, estábamos a la mesa, en este Hotel, tomando el café —el estado mayor de la división y el de nuestra unidad, con Moll, Kinkel y otros voluntarios—, cuando llegó la noticia de que nuestras avanzadas habían sido atacadas por los prusianos cerca de Michelbach. Nos pusimos en marcha inmediatamente, aunque teníamos todas las razones para suponer que el enemigo sólo trataba de reconocer el terreno. Y no era, en efecto, otra cosa. La aldea de Michelbach, situada en el fondo del valle y momentáneamente ocupada por los prusianos, había sido recuperada ya por nuestras tropas antes de que nosotros llegáramos. Desde ambas laderas se tiroteaba por encima del valle, desperdiciando mucha munición. Yo sólo vi un muerto y un herido. Mientras las tropas de línea disparaban sus cartuchos inútilmente a distancias de 600 a 800 pasos, Willich ordenó a nuestros hombres que juntasen tranquilamente los fusiles y se sentaran a descansar, pegados a los supuestos combatientes y en medio del supuesto fuego. Sólo los tiradores bajaron por la ladera y, apoyados por las tropas de línea, desalojaron a los prusianos de la altura de enfrente. Uno de nuestros tiradores, con su tremendo mosquetón, que era casi un cañón

portátil, desmontó de un tiro a unos novecientos pasos de distancia a un oficial prusiano, montado en su caballo, después de lo cual toda su compañía dio media vuelta y volvió a internarse en el bosque. Cayeron en nuestras manos una cierta cantidad de muertos y heridos prusianos y dos prisioneros.

Al día siguiente, se desplegó el ataque general en toda la línea. Esta vez, los señores prusianos nos interrumpieron en la comida del mediodía. El primer ataque del que se nos informó fue dirigido contra Bischweier, es decir, contra el punto de comunicación de la división de Oborski con la nuestra. Willich insistió en que nuestras tropas se mantuvieran dispuestas a entrar en acción cerca de Rothenfels, ya que el ataque principal debía esperarse, desde luego, en la dirección opuesta, por Gernsbach. Pero Mersy le contestó: ya sabemos lo que ocurre en estos casos; si es atacado uno de nuestros batallones y los demás no acuden en masa a socorrerlo, se clama: "¡Traición!", y todo el mundo se da a la fuga. En vista de lo cual, se ordenó marchar hacia Bischweier.

Willich y yo nos dirigimos, con la compañía de tiradores, por el camino que Bischweier, siguiendo la orilla derecha del río Murg. Media hora antes de Rothenfels, topamos con el enemigo. Los tiradores se desplegaron en línea y Willich retrocedió a caballo para hacer avanzar a la unidad, que venía un poco rezagada. Nuestros tiradores, guarecidos detrás de los árboles frutales y los viñedos, resistieron durante algún tiempo un tiroteo bastante intenso contestado por ellos con no menor intensidad. Pero cuando una fuerte columna enemiga avanzó por la calzada para proteger a sus tiradores, el ala izquierda de los nuestros cedió y no fue posible contenerla a pesar de todas las amonestaciones. El ala derecha había seguido avanzando hacia las alturas y fue recogida más tarde por nuestra unidad.

Cuando me di cuenta de que no había nada que hacer con los tiradores, los abandoné a su suerte y me dirigí a las alturas, donde veía tremolar las banderas de nuestra unidad. Había quedado atrás una compañía; su capitán, un sastre, por lo demás un muchacho valiente, no sabía qué hacer. La llevé con el resto de la tropa y encon-

tré a Willich, en el momento en que emplazaba a la compañía de Besançon en vanguardia, en línea de tiro, colocando al resto de la tropa detrás, en dos escalones y enviando por delante, hacia la montaña, a una compañía encargada de cubrir el flanco derecho.

Nuestros tiradores fueron recibidos por un violento fuego de fusilería. Tenían delante a los tiradores prusianos y los obreros de nuestra tropa sólo disponían de mosquetes para hacer frente a los fusiles de bala cónica del enemigo. No obstante, protegidos por el ala derecha, que avanzaba hacia ellos, presionaron con tal decisión, que la corta distancia, sobre todo del ala derecha, no tardó en compensar la condición inferior de sus armas, rechazando a los prusianos. Las dos líneas situadas más atrás quedaban muy cerca de la línea de los tiradores. Entre tanto, habían sido emplazadas en el valle del río Murg, a nuestra izquierda, dos piezas de artillería badenses, que abrieron fuego contra la infantería y la artillería prusianas situadas en el camino.

Como una hora duraría el combate librado allí bajo un intenso fuego de fusilería y haciendo retroceder continuamente a los prusianos —algunos de nuestros tiradores habían avanzado ya hasta Bischweier—, cuando el enemigo recibió refuerzos e hizo avanzar a sus batallones. Nuestros tiradores se replegaron; la primera línea abrió fuego de pelotón; la segunda se retiró un trecho hacia la izquierda, a un camino cubierto, y abrió también fuego. Pero los prusianos presionaron en masas compactas y en toda la línea; los dos cañones de Baden que cubrían nuestro flanco izquierdo habían retrocedido ya; por el flanco derecho descendían de la montaña los prusianos, y no tuvimos más remedio que batirnos en retirada.

Una vez fuera del alcance del fuego graneado del enemigo, tomamos nuevas posiciones en los linderos de las montañas. Así como antes dábamos frente a los llanos del Rin, a Bischweier y Niederweier, ahora mirábamos hacia la montaña, ocupada por los prusianos desde Oberweier. Por fin, pasaron también a la línea de combate los batallones de línea y se incorporaron a la lucha, en unión de dos compañías de nuestra unidad, enviadas de nuevo por delante.

Habíamos experimentado grandes bajas. Perdimos aproximadamente treinta hombres, entre ellos a Kinkel y a Moll, sin contar los cañones reventados. Aquellos dos combatientes habían avanzado excesivamente, con el ala derecha de su compañía y algunos tiradores. El capitán de esta tropa, jefe de guardabosques Emmermann, de Thronecken, en la Prusia renana, que marchaba contra los prusianos como si fuese a cazar liebres, los condujo a un punto desde el que abrieron fuego contra un tren de artillería prusiana, obligándolo a replegarse rápidamente. Pero, poco después, salió de un camino cubierto una compañía enemiga y tiró contra ellos. Kinkel rodó, con un tiro en la cabeza, y sus compañeros tiraron de él, hasta que pudo ponerse en pie y caminar; pero, pronto se vieron en medio de un fuego graneado y tuvieron que salir de allí como pudieron. Kinkel, no pudiendo seguir adelante, se refugió en una alquería, donde los prusianos lo tomaron prisionero y lo maltrataron; Moll, que había recibido un tiro en el vientre, cayó también prisionero y murió después a consecuencia de la herida. También Zychlinski había recibido una bala de rebote en la nuca, que no le impidió, afortunadamente, seguir formando parte de nuestra unidad combatiente.

Mientras el grueso de la tropa se mantenía en su sitio y Willich cabalgaba a otro sector del frente, yo corrí al puente sobre el Murg, por debajo de Rothenfels, que era una especie de lugar de concentración. Quería tener noticias de lo que pasaba en Gernsbach. Pero, antes de que llegara allí, vi ya la columna de humo anunciadora del incendio de Gernsbach y, una vez en el puente, me enteré de que desde allí se había oído el cañoneo. Más tarde, acudí de nuevo al puente; cada vez eran peores las noticias que se recibían de Gernsbach[g] y aumentaba el numero de tropas de línea de Baden reunidas detrás del puente, las cuales apenas habían entrado en fuego y estaban ya desmoralizadas. Supe, por último, que el enemigo se hallaba ya en Gaggenau. No había tiempo que perder para hacer frente a

[g] En la *Revue* dice: "Gernsberg".

Rothenfels, llevando con él cuatro cañones que acababan de caer en sus manos. Yo fui a recoger las dos compañías de tiradores, que entre tanto habían avanzado. Por todas partes me salían al encuentro tropas de línea, muchas de ellas sin oficiales. Un destacamento venía mandado por un médico que aprovechó la ocasión para presentárseme con estas palabras. "Seguramente me conocerá usted; soy Neuhaus, el jefe del movimiento de Turingia." Aquellas magníficas personas habían pegado en todas partes a los prusianos y volvían ahora sobre sus pasos, porque no encontraban ya por ningún lado al enemigo. No encontré en ningún sitio a nuestras compañías —que, por la misma razón, se habían vuelto atrás por Rothenfels— y me dirigí de nuevo hacia el puente.

Encontré allí a Mersy, con su estado mayor y sus tropas. Le pedí que me entregara, al menos, dos compañías para apoyar a Willich. He aquí su respuesta: "Llévese usted la división entera, si puede hacer algo con esa gente". Los mismos soldados que habían hecho retroceder al enemigo en todos los puntos, que sólo llevaban cinco horas en pie, aparecían ahora tirados sobre los campos, deshechos, desmoralizados, incapaces del menor esfuerzo. Los había abatido la noticia de que se hallaban copados en Gernsbach. Seguí mi camino. Me encontré con una compañía de vuelta de Michelbach, en la que tampoco había movimiento alguno. Cuando volví a reunirme con la unidad en nuestro anterior cuartel general, afluían de Gaggenau los palatinenses fugitivos: Pistol Zinn con sus huestes, ahora armadas de mosquetes. Mientras Willich buscaba y había encontrado una posición que dominaba el valle del Murg y ofrecía importantes ventajas para un combate simultáneo de tiradores, habían pasado por allí los artilleros con los cañones, sin que el capitán pudiera contenerlos. Estaban ya de nuevo en el puente con Mersy. Willich me mostró una nota de este jefe en la que le decía que todo estaba perdido y que se retiraba a Oos. No nos quedaba más opción que hacer lo mismo y marchamos inmediatamente hacia la montaña. Serían como las siete.

En Gernsbach, las cosas habían ocurrido del siguiente modo.

Las tropas de Peucker, que ya algunos días antes habían avistado a nuestras patrullas cerca de Herrenalb, en territorio würtemburgués, llevaron con ellas a los hombres de Württemberg apostados en la frontera y atacaron a Gernsbach el 29 por la tarde, después de mover a nuestros puestos avanzados, mediante la traición, a que se retirasen; se acercaron a ellos, gritándoles que no tirasen, que eran hermanos, después de lo cual, y ya a ochenta pasos, abrieron fuego contra ellos, en descarga cerrada. Luego, prendieron fuego a Gernsbach con granadas incendiarias, y cuando ya no era posible contener las llamas, el *propio* señor Sigel, enviado allí por Mieroslawski para *defender* a todo trance aquella posición, dio la orden de que el señor Blenker se replegara con sus tropas, peleando. El señor Sigel no negará esto, como no lo hizo en Berna, cuando un ayudante del señor Blencker relató ese curioso detalle en presencia suya, es decir, del mismo señor Sigel, y de Willich. Con esta orden, la de entregar "peleando" (!) lo que era la clave de toda la posición del Murg, se perdía, naturalmente, el combate en toda la línea y, con él, la última posición del ejército de Baden.

Por lo demás, hay que decir que la victoria por ellos lograda en Rastatt no cubrió precisamente de gloria a los prusianos. Nosotros disponíamos de 13 000 hombres, en su mayoría desmoralizados y, salvo pocas excepciones, lamentablemente mandados; en cambio, el ejército prusiano, contando con las tropas del *Reich* que avanzaron sobre Gernsbach, sumaba por lo menos 60 000 hombres. Pues bien, a pesar de esta gigantesca superioridad de fuerzas, no se atrevieron a lanzar ningún ataque frontal serio, sino que recurrieron, para derrotarnos, a una cobarde traición, violando el territorio neutral de Württemberg, vedado para nosotros. E incluso en esa traición no les habría servido de gran cosa, por lo menos de momento, no les habría eximido en definitiva de lanzar un ataque frontal decisivo, si Gernsbach no hubiese estado tan inconcebiblemente mal defendido y si el señor Sigel no hubiese dado esa deplorable orden de que hemos hablado más arriba. La posición mantenida por nosotros, que no tenía, por lo demás, nada de formidable, nos habría

sido arrebatada al día siguiente, de ello no cabe la menor duda; pero la victoria les habría costado a los prusianos sacrificios mucho mayores y habría quebrantado considerablemente su fama militar. Así, prefirieron burlar la neutralidad de Württemberg, y este Estado dejó las cosas correr.

Nos retiramos cruzando la montaña, a Oos, con una fuerza que apenas llegaría a 450 hombres, encontramos el camino lleno de tropas, en el mayor desorden, de carros, cañones, etc., todo revuelto en medio de un tremendo desbarajuste. Atravesamos aquella aldea y nos detuvimos a descansar en Sinzheim. A la mañana siguiente, reunimos detrás de Bühl a una parte de los fugitivos; seguimos camino y pernoctamos en Oberacher. Aquel día, se entabló el último combate; la legión polaco-alemana, con algunas otras tropas de la división Becker, derrotó cerca de Oos a las tropas del *Reich* y les arrebató un mortero (meclemburgués), que luego fue transportado hasta Suiza.

El ejército estaba ya completamente desintegrado. Mieroslawski y los demás polacos depusieron sus mandos; el coronel Oborski había abandonado ya su puesto en el campo de batalla, al anochecer del día 29. Pero esta desintegración momentánea no significaba gran cosa. Las tropas del Palatinado se habían desintegrado ya tres o cuatro veces, para agruparse de nuevo tanto bien que mal. Quedaban todavía dos recursos que intentar: irse retirando con la mayor lentitud posible, incorporando a la tropa a todos los hombres que se pudiera movilizar en las comarcas evacuadas y concentrar rápidamente a los efectivos movilizados en las tierras altas, en la zona de Friburgo y en la de Donaueschingen. Estos dos recursos habrían ayudado a restablecer pronto y pasablemente el orden y la disciplina y habrían permitido presentar una última batalla, ya sin perspectiva, pero honrosa, en el Kaiserstuhl, cerca de Friburgo. Pero los jefes, tanto los civiles como los militares, estaban más desmoralizados que los soldados. Abandonaron a su suerte al ejército y a todo el movimiento y siguieron retrocediendo, abatidos, sin saber qué hacer, destrozados.

Desde el ataque a Gernsbach, se había extendido el pánico a verse cercados por la parte de Württemberg y eso contribuyó mucho a la desmoralización general. Con objeto de cubrir la frontera würtemburguesa, la unidad de Willich pasó ahora a la montaña, por el valle de Kappel, llevando consigo dos morteros de montaña (algunos otros cañones que nos habían sido asignados no quisieron marchar de Kappel en adelante). Nuestra marcha a través de la Selva Negra, en la que no avistamos a ningún enemigo, fue una verdadera excursión de placer. El 1 de julio, llegamos a Oppenau, pasando por Allerheiligen, y el 2 a Wolfach, después de atravesar la cumbre del Hundskoff. Allí nos enteramos el 3 de julio de que el gobierno se encontraba en Friburgo, y de que se pensaba abandonar también esa ciudad. Eso nos determinó a ponernos en seguida en marcha hacia Friburgo: queríamos obligar a los señores del gobierno y al alto mando, desempeñado ahora por el héroe Sigel, a que no abandonara la ciudad sin lucha. Era ya tarde cuando salimos de Wolfach y llegamos a Waldkirch casi entrada la noche. Allí nos enteramos de que Friburgo había sido ya evacuado y de que el gobierno y el cuartel general se habían trasladado a Donaueschingen. Al mismo tiempo, nos fue comunicada la orden terminante de ocupar y atrincherar el valle de Simón y de establecer nuestro cuartel general en Furtwangen. Tuvimos que retroceder, pues, hasta Bleibach.

El señor Sigel había apostado ahora sus tropas detrás de las montañas de la Selva Negra. La línea defensiva había sido trazada desde Lörrach, pasando por Todtnau y Furtwangen, hasta la frontera de Württemberg, en dirección a Schramberg. Formaban el ala izquierda Mersy y Blenker, que fueron a estacionarse al Lörrach, siguiendo el valle del Rin; seguía el señor Doll, antiguo commis voyageur,[h] quien, en calidad de general de Hecker, había sido ascendido a divisionario y se hallaba en el valle de Höllen; venía luego nuestra unidad estacionada en Furtwangen y el valle de Simón y, por último, en el ala derecha, Becker, quien ocupaba Sankt Georgen y Triberg. Detrás de la montaña, con la reserva, el señor Sigel

[h] Viajante de comercio.

en Donaueschingen. Las fuerzas combatientes, aunque muy debilitadas por efecto de las deserciones y a las que no se había sabido reforzar mediante la movilización de nuevos elementos, sumaban todavía 9 000 hombres y 40 cañones.

Las órdenes que se nos comunicaban desde el cuartel general, primero en Friburgo y luego en Neustadt, junto al río Gutach,[i] y por último en Donaueschingen, denotaban el más impávido desprecio por la muerte. Aunque se esperaba que el enemigo los atacara por la espalda a través de Württemberg, por Rottweil y Villingen, había la decisión de batirlo y de sostenerse a toda costa en las alturas de la Selva Negra, y además, según rezaba una de estas órdenes, "casi sin prestar atención a los movimientos del enemigo". Es decir, desde Donaueschingen el señor Sigel se aseguraba una gloriosa retirada sobre territorio suizo. Fácil de llevar a cabo en cuatro horas; lo que nos sucediera a nosotros, cercados en la montaña, ya lo averiguaría con toda calma y tranquilidad de espíritu, una vez que estuviese en Schaffhausen. Pronto veremos qué fin tan divertido había de tener este desprecio a la muerte.

El día cuatro llegamos a Furtwangen con dos compañías (160 hombres). El resto de las fuerzas se destinó a ocupar el valle de Simón y los pasos de Gütenbach y St. Märgen.[j] Por este último punto manteníamos contacto con la unidad de Doll y por Schönwald con Becker. Todos los pasos fueron defendidos por barricadas.

Pasamos en Furtwagen el día 5. El 6 recibimos de Becker la noticia de que los prusianos avanzaban sobre Villingen[605] con la intimación a atacarlos por Vohrenbach, para apoyar la operación de Sigel. Al mismo tiempo, nos hacía saber que su unidad principal estaba debidamente atrincherada en Triberg, a donde él mismo se trasladaría tan pronto Sigel tomara Villingen.

No cabía ni pensar en un ataque de nuestra parte. Disponíamos

[i] En la *Revue* dice: "Wutach".

[j] En la *Revue* dice: "St. Mörgen".

[605] Véase acerca de esto el libro de Johann Philipp Becker y Christian Essellen, *Geschichte der süddeutschen Mai-Revolution des Jahres 1849*, Ginebra, 1849.

de menos de 450 hombres para mantener ocupadas tres millas cuadradas de terreno, y no podíamos, por tanto, prescindir de un solo soldado. No podíamos movernos de allí, y así se lo hicimos saber a Becker. Poco después, se recibió un despacho del cuartel general, en el que se ordenaba a Willich se presentara inmediatamente en Donaueschingen para hacerse cargo del mando de toda la artillería. Nos disponíamos a ejecutar rápidamente esta orden cuando vimos entrar en Furtwangen una columna de la Milicia Popular, seguida de artillería de varios batallones de infantería. Era Becker, con su unidad. Decíase que la tropa se hallaba en plan de rebelión. Me informé por un oficial de estado mayor, amigo mío, el "comandante" Nerlinger, y pude averiguar lo que sigue. Nerlinger, que mandaba la posición cercana a Triberg, acababa de mandar cavar trincheras cuando el cuerpo de oficiales le presentó una declaración escrita firmada por todos ellos, manifestando que la tropa se hallaba en estado de rebelión, y que si no se daba inmediatamente la orden de partir, la darían ellos, desfilando con todos sus hombres. Contemplé las firmas: ¡era, una vez más, el valiente batallón Dreher-Obermüller! Nerlinger no podía hacer otra cosa que poner en conocimiento de ello a Becker y marchar hacia Furtwangen; Becker se puso inmediatamente en camino, para alcanzarlos, y fue así como llegó con todas sus tropas a Furtwangen, donde los asustados oficiales y soldados fueron recibidos por nuestra gente con tremendas carcajadas. Ante semejante recibimiento, se avergonzaron, y a la caída de la tarde pudo Becker llevarlos de nuevo a sus posiciones.

Mientras tanto, nosotros rodábamos hacia Donaueschingen, seguidos por la compañía de Besançon. Los prusianos se acercaban ya en enjambre a la calzada; Villingen se hallaba en sus manos. Pudimos, sin embargo, llegar a nuestro destino sin que nos atacaran, y como a las diez de la noche llegaron también los de Besançon. En Donaueschingen encontré a d'Ester, por quien me enteré de que el señor Struve había exigido en la Constituyente de Friburgo[606] el

[606] Véase *supra*, nota 582.

inmediato paso a Suiza, alegando que todo estaba perdido y que el señor Blenker había seguido el consejo, pasando a territorio suizo ya en la mañana de hoy, cerca de Basilea. Por su parte, el héroe Blenker había cruzado a Basilea el 6 de julio, a pesar de ser quien más distante se hallaba del enemigo. Sólo se había tomado el tiempo necesario para proceder a ciertas requisas de un carácter especial, que darían pie, entre él y el señor Sigel, y más tarde por parte de las autoridades suizas, a algunos rumores poco edificantes. Y el héroe Struve, el mismo que el 29 de junio[607] declaraba traidores al pueblo al señor Brentano y a cuantos querían negociar con el enemigo, el 2 de julio, es decir, tres días después, se hallaba tan abatido que no se recató para formular en una sesión secreta de la Constituyente de Baden la siguiente proposición:

> Para evitar que tanto las tierras altas como las bajas sufran los horrores de la guerra y se siga derramando una sangre preciosa, y puesto que debe salvarse lo que aún puede salvarse (!), tanto la Asamblea territorial como cuantos toman parte en la revolución deberán percibir sus emolumentos hasta el 10 de julio más los viáticos correspondientes, y todo el mundo se retirará a territorio suizo, con cajas, armas, provisiones, etcétera.

Tal fue la hermosa proposición presentada por el valiente Struve el 2 de julio, cuando nosotros nos encontrábamos todavía en Wolfach, en lo alto de la Selva Negra, a diez horas de Friburgo y a veinte horas de la frontera suiza. El señor Struve comete la simpleza de contar él mismo este episodio en su *Historia* (pp. 237 y s.), jactándose encima de ello. La única consecuencia que esta propuesta habría tenido, de haber sido aceptada, habría sido el que los prusianos nos acosaran todo lo posible para "salvar lo que aún podía salvarse", es decir, para arrebatarnos las cajas, las armas y las provisiones, puesto que, a la vista de semejante acuerdo, estaba bien clara la posibilidad de hacerlo sin correr el menor riesgo; con ello se habría corrido, en

[607] Struve hizo esta declaración en forma de propuesta el 28 de junio de 1849 durante la sesión de la Asamblea Constituyente de Friburgo.

este trance, la peor suerte, pues se mantuvo en suelo de Baden hasta el día 12 y no se le pagó la soldada hasta el día 17.

El señor Sigel, en vez de recuperar Villingen, decidió al principio apostarse en Hüfingen, detrás de Donaueschingen, y aguardar allí al enemigo. Pero el mismo día por la tarde se acordó marchar hacia Stühlingen, tocando a la frontera suiza. Enviamos a toda prisa mensajeros a caballo a Furtwangen para poner sobre aviso a nuestra unidad y a la de Becker. Ambas deberían marchar también hacia Stühlingen, pasando por Neustadt y Bonndorf. Willich salió para Neustadt, al encuentro de sus tropas; yo me quedé con la compañía de Besançon. Pernoctamos en Riedböhringen y llegamos a Stühlingen al día siguiente, 7 de julio, por la tarde. El 8, el señor Sigel pasó revista a su ejército ya medio disperso, le recomendó que de allí en adelante no se desplazara en vehículos, sino que marchara a pie (¡en la frontera!) y desapareció. Nos dejó media batería y una orden dirigida a Willich.

Entre tanto, desde Furtwangen, se envió, primero a Becker y luego a nuestras compañías, estacionadas hacia adelante, la noticia de la retirada general. Becker, quien se hallaba más cerca de Furtwangen que nuestras compañías, situadas delante, llegó, sin embargo, más tarde y siguió su marcha. Tropezó con trincheras que le impidieron seguir marchando y de las que luego se dijo en periódicos suizos que habían sido cavadas por nuestra unidad. Esto es falso; nuestra unidad sólo interceptó los caminos poco más allá de las cimas de la Selva Negra, y no precisamente en el tramo de Triberg a Furtwangen, que ella nunca llegó a ocupar. Además, nuestras tropas no partieron de Furtwangen antes de que la vanguardia de Becker llegara a dicha localidad,

En Donaueschingen se había convenido que los restos de todo el ejército se concentraran detrás del río Wutach, de Eggingen a Thiengen, aguardando allí a que se aproximara el enemigo. En aquellas posiciones, con el flanco apoyado sobre territorio suizo, podíamos intentar todavía, con nuestra importante artillería, un último combate. Podíamos incluso esperar a ver si los prusianos

violaban el territorio suizo, arrastrando con ello a Suiza a la guerra. Grande fue nuestra asombro cuando, al llegar Willich, leímos en la orden expedida a éste por el valiente Sigel: "El grueso del ejército marchará a Thiengen y Waldshut, donde tomará sólidas posiciones (!!). Trate usted de mantener el mayor tiempo posible la posición (cerca de Stülingen y Eggingen)". ¡"Sólidas posiciones" cerca de Thiengen y Waldshut, con el Rin a la espalda y ante el frente las alturas accesibles al enemigo! Lo que ello quería decir era, sencillamente, esto: hemos decidido pasar a Suiza por el puente de Säckingen. Y, sin embargo, al presentar Struve su propuesta, el héroe Sigel había dicho que, de aceptarse aquella propuesta, él, Sigel, sería el primero en rebelarse.

Ocupamos nosotros mismos la posición detrás del Wutach y distribuimos las tropas entre Eggingen y Wutöschingen, donde se hallaba nuestro cuartel general. Aquí, recibimos un documento aún más edificante del señor Sigel, que decía así:

> Orden. Cuartel general de Thiengen, 8 de julio de 1849. Al coronel Willich, en Eggingen. En vista de que el cantón de Schaffhausen adopta ya desde ahora una actitud de hostilidad hacia mí, me es imposible asumir la posición de que habíamos hablado. Deberás acomodar a esto tus movimientos y moverte hacia Griessen, Lauchringen y Thiengen. Partiré de aquí mañana para marchar hacia Waldshut o pasar detrás del Alb (es decir, hacia Säckingen). El general en jefe, *Sigel.*

Esto excedía ya todas las medidas. Al anochecer nos trasladamos Willich y yo a Thiengen, donde Schlinke, "jefe del cuartel general", nos confesó que, en efecto, se trataba de ir a Säckingen y de cruzar allí el Rin. Al principio, Sigel quiso imponer un poco su categoría de "general en jefe", pero Willich no se lo toleró y, por último, lo convenció de que ordenara dar media vuelta y marchar hacia Griessen. El pretexto de la marcha hacia Säckingen era reunirse con Doll, quien se había dirigido hacia aquel punto, y el ocupar una posición supuestamente firme. Esta posición, manifiestamente la

misma desde la que Moreau había presentado combate en 1800, no tenía más que un inconveniente: el de que daba frente a otro sitio completamente distinto de aquel por donde venía hacia *nosotros* el enemigo. Y, por lo que se refiere al noble señor Doll, éste no tardó en demostrar que sabía también pasar a Suiza sin el señor Sigel.

Entre los cantones de Zurich y Schaffhausen se intercala una pequeña faja de territorio badense en el que están situadas las localidades de Jestetten y Lottstetten, y que, fuera de un pequeño acceso, la comarca de Baltersweil se halla totalmente rodeada por Suiza. Allí debió mantenerse la última posición. Las alturas que hay detrás de Baltersweil, a ambos lados del camino, brindaban un magnífico emplazamiento para nuestros cañones, y nuestra infantería era todavía lo suficientemente numerosa para cubrirlas hasta llegar, en caso necesario, a territorio suizo. Allí se había convenido en aguardar hasta ver si los prusianos nos atacaban o intentaban rendirnos por el hambre. Allí estableció su campamento el grueso del ejército, al que se había unido Becker. Willich había localizado el emplazamiento para los cañones (más tarde, encontramos allí las municiones, donde debía estar su posición de combate). Nosotros formábamos la retaguardia y fuimos acercándonos lentamente al grueso de la tropa. El día 9, al atardecer, marchamos hacia Erzingen y el 10 hacia Riedern. Este mismo día celebramos en el campamento consejo general de guerra. Willich fue el único que se pronunció en favor de seguir manteniendo la defensa; Sigel y Becker y los demás apoyaron la retirada a territorio de Suiza. Se había presentado allí un comisario suizo, creo que el coronel Kurz, manifestando que Suiza denegaría el asilo si se libraba otro combate. A la hora de votar, se quedó solo Willich, con dos o tres oficiales. De nuestra unidad no estaba presente más que él.

Aún se hallaba Willich en el campamento, cuando la media batería que venía con nosotros recibió la orden de ponerse en marcha, en retirada, y se alejó sin decirnos absolutamente nada. Al resto de las tropas, con excepción de las nuestras, se le dio también la orden de concentrarse en el campamento. Por la noche, volví a tras-

ladarme con Willich al cuartel general de Lottstetten; de vuelta, amaneciendo ya, nos encontramos en el camino con todo el tropel de gente que abandonaba el campamento y se desplazaba hacia la frontera en medio del mayor desorden. El mismo día, el 11, por la mañana temprano, pasaron a territorio suizo el señor Sigel con su gente, por Rafz, y por Rheinau cruzaron la frontera el señor Becker y los suyos. Nosotros concentramos a nuestros hombres, fuimos al campamento y seguimos de allí a Jestetten. Aquí recibimos, hacia el mediodía, por medio de un oficial de ordenanza, una carta de Sigel fechada en Eglisau, haciéndonos saber que había llegado felizmente a Suiza, que los oficiales conservaban sus sables y que debíamos seguirle lo antes posible. No se les ocurrió pensar en nosotros hasta que ya pisaban terreno neutral.

Marchamos por Lottstetten hasta la frontera, vivaqueamos por la noche todavía en territorio alemán y, después de hacer una salva de fusilería el 12 por la mañana, entramos en territorio suizo; fuimos los últimos del ejército de Baden y el Palatinado en cruzar la frontera. El mismo día, al mismo tiempo que nosotros pasábamos a Suiza, abandonaba la ciudad de Constanza la unidad allí destacada. Una semana después, caía Rastatt por traición. Por el momento, la contrarrevolución se había adueñado de Alemania hasta su último rincón.

La campaña por la Constitución del Imperio sucumbió por quedarse a mitad de camino y por su misma ruindad interior. Desde la derrota de junio de 1848, el dilema para la parte civilizada del continente europeo estaba planteado así: o se imponía el proletariado revolucionario o se instauraban en el poder las clases que gobernaban antes de febrero. No había término medio. En efecto, la burguesía alemana se había revelado incapaz de imponer su dominación; sólo podía asegurar su poder frente al pueblo entregándolo de nuevo a la nobleza y a la burocracia. La pequeña burguesía, aliada a la ideología alemana, intentó lograr en la Constitución del *Reich* una imposible conciliación, con objeto de dar largas a la batalla decisiva. El intento estaba necesariamente llamado a fracasar;

quienes tomaban en serio el movimiento no tomaban en serio la Constitución y, viceversa, quienes tomaban en serio ésta no podían hacer lo mismo con el movimiento.

Pero ello no quiere decir que la campaña por la Constitución del Imperio no lograra resultados importantes. Contribuyó, sobre todo, a simplificar la situación. Cerró el paso a una serie interminable de intentos conciliatorios; después de su derrota, sólo pueden triunfar la monarquía burocrático-feudal con ciertos ribetes constitucionales o la verdadera revolución. Y, en Alemania, la revolución ya no terminará más que con el poder total del proletariado.

Además, en las regiones de Alemania en que aún no se hallaban nítidamente desarrolladas las contradicciones de clase, la campaña constitucional ha contribuido notablemente a su desarrollo. Sobre todo en Baden. Como hemos visto antes de la insurrección, apenas existían en Baden contradicciones de clase. De allí el reconocido predominio de los pequeñoburgueses sobre todas las clases de la oposición, y de allí también la aparente unanimidad de la población y la rapidez con que los badenses, lo mismo que los vieneses, pasan de la oposición a la insurrección, intentan un levantamiento apenas la ocasión se presenta y no rehúyen ni siquiera la lucha en campo abierto y contra un ejército regular. Pero tan pronto hubo estallado la insurrección, se manifestaron resueltamente las clases, se escindieron los pequeñoburgueses de los obreros y los campesinos. Y, en la persona de su representante Brentano, la pequeña burguesía se cubrió de ignominia para siempre. Y ahora se ve de tal modo empujada a la desesperación por la dominación prusiana del sable, que preferiría cualquier régimen, incluso el de los obreros, a la opresión actual. La pequeña burguesía participará mucho más activamente en el próximo movimiento que en cualquiera de los anteriores; pero, afortunadamente, ya nunca volverá a desempeñar el papel independiente y dominante que desempeñó bajo la dictadura de Brentano.

Los obreros y los campesinos, que sufren bajo el actual régimen del sable tanto como los pequeñoburgueses, no han pasado en vano

por la experiencia de la última insurrección; ya se cuidarán —teniendo, además, como tienen que vengar a sus hermanos caídos y asesinados— de que, en la próxima insurrección sean *ellos* y no la pequeña burguesía quienes empuñen el timón. Y si es cierto que ninguna clase de experiencias insurreccionales pueden sustituir al desarrollo de las clases, que sólo se logra mediante largos años de funcionamiento de la gran industria, no cabe duda de que Baden se ha incorporado, gracias a su última insurrección y a sus consecuencias, a las provincias alemanas que en la revolución que se avecina habrán de ocupar uno de los puestos más importantes.

Políticamente considerada, la campaña por la Constitución del Imperio nació ya frustrada. Y también desde el punto de vista militar. Su única posibilidad de triunfo residía fuera de Alemania, en la victoria de los republicanos de París el 13 de junio,[608] y el 13 de junio fracasó. Después de este acontecimiento, la campaña constitucional ya no podía ser más que una farsa más o menos sangrienta. Y no fue otra cosa. La imbecilidad y la traición dieron al traste con ella. Exceptuando a unos pocos, los jefes militares eran todos traidores o cobardes, incompetentes e ignorantes arribistas, y los pocos que representaban una excepción fueron dejados en la estacada por los demás y por el gobierno de Brentano. Y quien, ante la conmoción que se avecina, no pueda alegar otros títulos que el haber sido general de Hecker u oficial del ejército constitucional, merecerá que se le dé inmediatamente con la puerta en las narices. Y como los jefes, así también los soldados. El pueblo de Baden alberga en su seno los mejores elementos combativos; pero, en la insurrección, estos elementos se vieron desde el primer momento tan abandonados y expuestos a la corrupción, que ello llevó, como no podía ser por menos, a la grotesca situación que hemos descrito con todo detalle. Toda la "revolución" se convirtió en una verdadera comedia, y el único consuelo que ante ello nos cabe es que el enemigo, seis veces más fuerte, era al mismo tiempo seis veces más cobarde.

[608] Véase *supra*, nota 584.

Pero la comedia ha tenido un trágico final, gracias al carácter sanguinario de la contrarrevolución. Aquellos mismos combatientes que en las marchas o en el campo de batalla se vieron asaltados más de una vez por el pánico, han muerto como héroes en las casamatas de Rastatt. Ni uno solo ha implorado, ni uno solo ha temblado. El pueblo alemán no olvidará los fusilamientos en masa y las casamatas de Rastatt; no olvidará a los grandes señores que han ordenado estas infamias, como tampoco olvidará a los traidores que con su cobardía se hicieron responsables de ellas: a los Brentanos de Karlsruhe y de *Francfort.*

ÍNDICE BIBLIOGRÁFICO

I. *Libros, artículos y folletos*

"*Allerhöchste Cabinetsordre* vom 13. März 1833 betreffend den Ankaufsubhastirter grösserer Besitzungen polnischer Gutsbesitzer in der Provinz Posen für Rechnung des Staats und deren Wiederveräusserung an Erwerber deutscher Abkunft", en *Stenographischer Bericht über die Verhandlungen der deutschen constituierenden Nationalversammlung zu Frankfurt am Main,* 9 tomos, Francfort del Meno y Leipzig, 1848-1849, t. 2: 257

"*Allgemeines Landrecht* für die Preussischen Saaten", nueva edición, 2 tomos en 4 volúmenes, primera y segunda partes, Berlín, 1817: 235, 315, 390, 443, 694

"*Antwort* auf das Entlassungsgesuch der Minister", Sanssouci, 1 de septiembre de 1848, en *Neue Rheinische Zeitung,* núm. 102, del 14 de septiembre de 1848: 313-317

Ariosto, Ludovico, "L'Orlando furioso", Venecia, 1811: 267, 574

Arndt, Ernst Moritz, "Des Deutschen Vaterland", en *Ernst Moritz Arndts ausgewählte Werke,* edición, introducción y notas de Heinrich Meissner y Robert Geerd, 16 tomos, Leipzig [s. a.], t. 3: 277

Ateneo de Naucratis, "El banquete de los sofistas": 598

"*Aufruf* an die Deutschen", edición del Cuartel General de Kalisch, 13-25 de marzo de 1823, en *Urkunden der Deutschen Erhebung,* edición original en facsimilar de los más importantes decretos, proclamas, folletos, canciones y publicaciones periódicas, ed. de Friedrich Schulze, 1813: 212

"*Aufrut* des demokratischen Kongresses in Berlin an das deutsche Volk", del 29 de octubre de 1948, en *Volks-Blätter,* núm. 44, del 31 de octubre de 1848: 337-340

Bastiat, Fréderic, et Pierre Joseph Proudhon, "Gratuité du Credit. Discussion entre M. Fr. Bastiat et M. Proudhon", París, 1850: 638

"*Bekanntmachung* [über die Bildung eines Sicherheitsausschusses für Berlin]", Ber-

lín, 1 de junio de 1848, en *Königlich privilegierte Berlinische Zeitung von Staats— und gelehrten Sachen,* núm. 127, del 3 de junio de 1848: 68

Becker, Johan Philippy Christian Essellen, "Geschichte der süddeustchen Mai-Revolution des Jahres 1948", Ginebra, 1849: 799

Becker, Nicolaus, "Der deutsche Rhein", en *Gedichte,* Colonia, 1841: 177

Benkert, Franz Georg, "Joseph Bonavita Blank's... kurze Lebens-Beschreibung", Wurzburgo, 1819: 228

"*(Die) Bibel* oder die ganze Heilige Schrift des alten und neuen Testaments", versión en alemán de Martín Lutero: 597

———, Libro II de Moisés, 3:5: 195

———, Evangelio de Lucas, 10:2: 265

———, Libro de Job, 1:21: 401

———, Libro I de Moisés, 2, 1:3 y 39, 7:12: 570, 606

———, Libro I de Samuel, 18: 566

———, Evangelio de Mateo, 6:3. 585

Blanc, Louis, "Histoire des dix ans, 1830-1840", 5 tomos, París, 1841-1844: 206

———, "Histoire de la révolution française", 2 tomos, París, 1847: 206

Boisguillebert, Pierre Le Pesant, "Le détail de la France", en Eugène Daire, *Économistes financiers du XVIII[e] siècle,* París, 1843: 617

———, "Dissertation sur la nature des richesses, de l'argent et des tributs ou l'on découvre la fausse idée qui regne dans le monde a l'egard de ces trois articles", en *Économistes, op. cit.:* 617

———, "Factum de la France", en *Économistes, op. cit.:* 617

Brodowski, Kraszewski, Potworowski, "Zur Beurtheilung der polnischen Frage im Grossherzogthum Posen im Jahre 1848", Berlín [1848]: 229

Bürger, Gottfried August, (1748-1794) "Leonora": 67

"*Censur-Edict* vom 19. Dezember 1788", en *Sammlung Preussischer Gesetze und* Verordnungen, welche auf die allgemeine Deposital—, Hypotheken—, Gerichts—, *Criminal— und Städte-Ordnung, auf das allgemeine Landrecht, auf den Anhang zum allgemeinen Landrechte und zur allgemeinen Gerichtsordnung, auf die landschaftlichen Credit-Reglements und auf Provinzial— und Statutar— Rechte Bezug haben, nach der Zeitfolge geordnet von Carl Ludwig Heinrich Rabe,* t. 1, Sección VII, 1782-1789, Halle, 1823: 505

Cervantes Saavedra, Miguel de, "Vida y hechos del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha", La Haya, 1744: 261, 269, 291, 328, 719

"*Code Napoleón*", París y Leipzig, 1808: 195, 468, 692

"*Code pénal* (française)". Véase: "Gesetzbuch über der Strafen".

"*Compte rendu* des scéances de l'Assemblée Nationale", 10 tomos, París, 1849-1850, tomos 2 Y 4: 143, 144, 145, 148, 221

———, tomo 7: 492

"*Compte rendu* des scéances de l'Assemblée Nationale", 10 tomos, París, 1849-1850, tomo 9: 492

"*Charte* constitutionelle", 4 de junio de 1814, en *Le Moniteur Universel,* núm. 156, 5 de junio de 1814: 400

"*Declaration* wegen Einziehung und künftigen Verwaltung der geistlichen Güter, ingleichen der Starosteien und anderer königl. Güter in Südpreussen und der von den chemaligen Republik Polen neuerlich acquirirten Provinzen", Berlín, 28 de julio de 1796, en *Materialen zur Geschichte polnischer Landestheile unter preussischer Verwaltung,* Leipzig, 1861: 244

"*Edikt*, von 9. July [1788] die Religions-Verfassung in den Preussischen Staaten betr.", en *Sammlung Preussischer Gesetze und Verordnung,* etc., t. 1, Sección VII, 1782-1789, Halle, 1823: 503

"*Entwurf eine Gemeinde-Ordnung* nebst Motiven zu ihrer Erklärung", 13 de agosto de 1848, en *Stenographische Berichte über die Verhandlungen der zur Vereinbarund der preussischen Staats-Verfassung berufenen Versammlung,* Apéndice de *Preussischen Staats-Anzeiger,* t. 2, Berlín, 1848: 390-392

"*Entwurf eines Gesetzes,* betreffend die Aufhebung der Klasssensteuer-Befreiungen", 10 de julio de 1848, en *Stenographische Berichte über die Verhandlungen der zur Vereinbarung der preussischen Staats-Verfassung berufenen Versammlung,* apéndice de *Preussischen Staats-Anzeiger,* t. 1, Berlín, 1848: 394, 395

"*Entwurf eines Gesetzes,* die Aufhebung der Grundsteuer-Befreiungen betreffend", 20 de julio de 1848, en *Stenographische-Berichte über die Verhandlungen der zur Vereinbarung der preussischen Staats-Vefassung berufenen Versammlung,* apéndice de *Preussischen Saats-Anzeiger,* t. 1, Berlín, 1848: 394-395

"*Entwurf eines Gesetzes* über die Errichtung der Bürgerwehr, 6 de julio de 1848, en *Berichte über die Verhandlungen der zur Vereinbarung der preussischen Staats-Verfassung berufenen Versammlung,* apéndice de *Preussischen Staats-Anzeiger,* t. 1, Berlín, 1848: 390, 391

"*Entwurf eines Gesetzes* wegen unentgelttlicher Aufhebung verschiedener Lasten und Abgaben", en *Stenographische Berichte über die Verhadlungen der zur Vereinbarung der preussischen Staats-Verfassung berufenen Versammlung,* apéndice de *Preussischen Staats-Anzeiger,* t. 1, Berlín, 1848: 195-202

"*Entwurf eines Verfassungs-Gesetzes* für den preussischen Staat", 20 de mayo de 1848, en *Stenographische Berichte über die Verhandlungen der zur Vereinbarung der preussischen Staats-Verfassung berufenen Verummlung,* apéndice de *Preussischen Staats-Anzeiger,* t. 1, Berlín, 1848: 118

"*(Der) Erste Vereinigte Landtag* in Berlin 1847", edición al cuidado del encargado de la Oficina Central del ministro del Interior y de la Dieta Unificada, 14 tomos, Berlín, 1847, tomos 1, 2 y 3: 385-389, 394-398, 471, 506-508

Flottwell, Edgar Heinrich von, "Denkschrift des Oberpresidenten Hern Flottwel,

ueber die Verwaltung des Gross-Herzogthum Posen, vom Dezember 1830 bis zum Beginn des Jahres 1841", Estrasburgo [1841]: 257, 258, 272, 273

Freiligrath, Ferdinand, "Die Rose", en *Zwischen den Graben,* Stuttgart y Tubinga, 1849: 297-301.

"*Gesetz, betrettend die Sistirung* der Verhandlungen über die Regulierung der gutsherrlichen und bäuerlichen Verhältnisse und über die Ablösung der Dienste, Natural— und Geldabgaben, sowie der über diese Gegenstände anhängigen Prozesse", 9 de octubre de 1848, en *Gesetz-Sammlung für die Königlichen Preussischen Staaten,* núm. 45, 1848: 396, 397

"*Gesetz-Sammlung* für die königlichen Preussischen Staaten", Berlín [años] 1810, 1811, 1815, 1820, 1842, 1843, 1844, 1845, 1847, 1848: 49, 50, 311, 312

———, año 1815: 505-507

———, año 1819: 445, 446

———, año 1820: 382, 383, 507, 508

———, año 1844: 408, 409

———, año 1847: 382, 383

———, año 1848: 369, 370, 382, 383, 390, 391, 396-398, 399, 400, 409-411

———, año 1849: 518

"*Gesetz* über die Errichtung der Bürgerwehr" 17 de octubre de 1848, en *Gesetz-Sammlung für die königlichen Preussischen Staaten,* 1848: 390-391

"*Gesetz* über die Zusammenscharungen", París, 5 de junio de 1848, en *Neue Rheinische Zeitung,* núm. 10, del 10 de junio de 1848: 130, 131

"*Gesetzbuch über Strafen.* Aus dem Franz. nach der officiellen Ausg. übers, von Wilhelm Blanchard, zwyte verb. Aufl.", Colonia, 1812: 306, 307, 390, 391, 439-452, 454-456, 464, 465

Goethe, Johan Wolfgang, "Faust", en *Goethe's Werke,* 20 tomos, Stuttgart y Tubinga, 1815-1819, tomo 9: 267, 287

———, "Prometheus", en *Werke, op. cit.,* t. 2: 304

———, "Reinecke Fuchs", en *Werke, op. cit.,* t. 11: 92

"*(Il) Governo provvisorio* alla Nazione Germanica", Milán, 6 de abril de 1848, en *Racolta dei decreti, avvisi, proclami, bulletini ec. ec. emanti dal Governo provvisorio, dai diversi comitati e da altri dal giorno 18 Marzo in avanti,* Milán, 6 de abril de 1848: 184, 185

"*Grundrechte* des deutschen Volkes", en *Stenographischer Bericht über die Verhandlungen der deutschen constituierenden Nationalversammlung zu Frankfurt am Main,* 9 tomos, Francfort del Meno y Leipzig, 1848-1849, tomos 1 y 2: 192, 273-275, 325

Harries, Heinrich, "Lied für den dänischen Unterthan, an seines Königs Geburstag zu singen", en *Gedichte,* Segunda Parte, Altona, 1804: 106

Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, "Phänomenologie des Geistes", ed. por Johann Schulze, en *Georg Wilhelm Friedrich Hegel's Werke,* t. 2, 1832: 183

Heine, Heinrich, "An [Georg Herwegh]", en *Heinrich Heine's sämmtliche Werke,* 17 tomos, Hamburgo, 1868, t. 17: 192

———, "Atta Troll. Ein Sommernachtstraum", en *Sämmtliche Werke, op. cit.,* t. 17: 731

———, "Bei des Nachwächters Ankunft zu Paris", en *Sämmtliche Werke, op. cit.,* t. 17: 371

———, "Deutschland. Ein Wintermärchen", en *Sämmtliche Werke, op. cit.,* t. 17: 335

Heine, Heinrich, "Der Tannhäuser", en *Sämmtliche Werke, op. cit.,* t. 16: 331

———, "Der Wechselbag", en *Sämmtliche Werke, op. cit.,* t 17: 502

———, "Einleitung zu 'Kahldorf über den Adel, in Briefen an den Grafen M. von Moltke'", en *Sämmtliche Werke, op. cit.,* t. 14: 325

Herwegh, Georg, "Aus den Bergen", en *Gedichte eines Lebendigen,* nueva edición completa, 2 tomos, Zurich, 1848: 608

Hildebrandt, C., "Kuno von Schreckenstein oder die weissagende Traumgesult", 2ª ed., 2 tomos, Quedlinburg y Leipzig, 1840: 385

Hobbes, Thomas, "Elementa philosophica. De cive", editio nova accuriator, Basilea, 1782: 381

"*Homers* Ilias", ed. de Johann Heinrich Voss, Altona, 1793: 90, 747

Hugo, Victor. Véase: *Victor Hugo.*

"*Institutio* criminalis Carolina", en *Dei Carolina und ihre Vorgängerinnen,* con ejemplos históricos y notas aclaratorias de J. Kohler. I. "Die penliche Gerichtsordnung Kaiser Karls V. Constitutio criminalis Karolina", ed. crítica de J. Kohler y Willy Scheel, Halle, 1900: 349

Jordan, Wilhelm, "Glocke und Kanone", en *Schaum* (*Dichtungen von Wilhelm Jordan*), Leipzig, 1846: 261, 266

———, "Litthauische Volkslieder und Sagen", en *Schaum, op. cit.*: 260

———, "Der Schiffer und der Gott", en *Schaum, op, cit.*: 260

Juvenal, "Sátiras", II, 24: 679

Kant, Immanuel, "Der Rechtslehre Zweiter Theil. Das öffentliche Recht", en *Imanuel Kant's sämmtliche Werke,* ed. de Karl Rosenkranz y Friedrich Wilhelm Schubert, 12 tomos, Leipzig, 1838-1840, t. 2: 610

"*Kartel Konvention,* unterzeichnet von den Bevolkmächtigten Sr. Majestät des Königs von Preussen und Sr. Majestät des Kaisers von Russland, Königs von Polen,… ratifiziert und ausgewechselt am 3 July 1844", en *Gesetz-Sammlung für die Königlichen Preussischen Staaten,* núm. 22, 1844: 78

"*Königliche Ordre* an dast Staats-Ministerium, betreffend de naitionale Reorganisation des Grossherzogthum Posen", 26 de abril de 1848, en *Reden, Proklamationen, Botschafen, Erlasse und Ordres Sr. Majestät des Königs Friedrich Wilhelm IV…,* del 6 de marzo de 1848 al 31 de mayo de 1851, Berlín, 1851: 240-242

"*Königlich privilegierte* Berlinische Zeitung von Staats— und gelehrten Sachen", Berlín, 1848: 319-320, 362

Kortum, Karl Arnold, "Die Jobsiade" (un raro poema heroico), editado por F. Bobertag, Berlín y Stuttgart [1883]: 370

Kotzebue, "Odio y arrepentimiento", 1789: 176

Lelewel, Joachim, "Geschichte Polens", 2ª ed. corregida y aumentada, con una Introducción histórica y general desde los primeros hechos de Polonia, por J. P. Jordan, Leipzig, 1847: 261

Lelevel, Joachim, "Histoire de Pologne. Publié par les soins des Polonais", 2 volúmenes, París, 1844: 252

Leo, Heinrich, "Lehrbuch der Universalgeschichte", 4 tomos, Halle, 1835-1840: 263, 264

"*Manifest der Linken* in der Frankfurter Nationalversammlung", en *Neue Rheinische Zeitung,* núm. 7, del 7 de junio de 1848: 71-76

Marx, Karl, "1848 bis 1849", en *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue,* Londres, Hamburgo y Nueva York, 1850: 656, 657, 664, 665

———, "Der Achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte", 3ª ed., Hamburgo, 1885: 658

Marx, Karl y Friedrich Engels, "Manifest der Kommunistischen Partei", Londres, 1848: 655, 659, 669

Mehring, Franz, "Aus dem literarischen Nachlass von Karl Marx, Friedrich Engels und Ferdinand Lasalle", tomo III: 686

Mieroslawski, Ludwig, "Berichte des Generals Mieroslawski über den Feldzug in Baden", Berna, 1849: 780

Mieroslawski, Louis, "Débat entre la révolution et la contrarévolution en Pologne", Leipzig, 1848: 253

Moliere, Jean Baptiste, "Le bourgeois gentilhomme", en *Oeuvres completes,* t. 7, París, 1825: 380

Montesquieu, Charles de, "Der Geist der Gesetze", nueva edición en alemán, corregida y aumentada, con notas de A. Ellisen, 12 tomos, Leipzig, 1843: 314

"*Motiviertes Manifest der radikal-demokratischen Partei* in der konstituierenden National-Versammlung zu Frankfurt am Main", en *Neue Rheinische Zeitung,* núm. 6, del 6 de junio de 1848: 71-76

"*Neujahrsgratulation* 1849 an das Heer", Potsdam, 1 de enero de 1849, en *Preussischer Staats-Anzeiger,* núm. 3, 3 de enero de 1849: 495, 496, 506, 507

"*Patent* die ständischen Einrichtungen betreffend. Vom 3. Februar 1847", en *Gesetz-Sammlung für die Königlichen Preussischen Staaten,* núm. 4, 1847: 218-220, 383

"*Patent* über die Publikation des Reichgesetzes, betreffend das Verfahren im Falle gerichtlicher Anklagen gegen Mitglieder der verfassunggebenden Reichversammlung", 14 de octubre de 1848, en *Gesetz-Saminlung für die Königlichen Preussischen Staaten,* núm. 46, 1858: 408-409

Patow, Erasmus Robert von, "Promemoria, betreffend die Massregeln der Gesetzgebung, durch welche die zeitgemässe Reform das guts— und grundherrlichen Verhältnisse und die Beseitigung der noch vorhandenen Hemmungen der Landeskultur bezweckt wird", Berlín, 20 de junio de 1848, en *Stenographische Berichte über die Verhandlungen der zur Vereinbarung der preussischen Staats-Verfassung berufenen Versammlung,* apéndice de *Preussischen Staats-Anzeiger,* t. 1, Berlín, 1848: 198, 396

"*Polnische Konstitution* vom 3 Mai 1791", en [Potocki], *Vom Entstehen und Untergange der Polnischen Konstitution vom 3ten May 1791,* 2 tomos [s. l.], 1793, t. 1: 246, 252, 279

"*(Le) Programme du Parti Ouvrier* par Jules Guesde et Lafargue", París [1883]: 669

"*Protokolle* der Deutschen Bundesversammlung vom Jahre 1848", Francfort del Meno: 240-241

Raimund, Ferdinand, "Das Mädchen aus der Feenwelt oder der Bauer als Millionär", en *Ferdinand Raimund's dramatische Werke,* ed. por Leopold Rosner, Berlín y Leipzig, 1903, t. 1: 124, 125

"*Reichsverfassung* für das Kaiserthum Osterreich", Viena, 1849: 488

Rotteck, Karl von, "Allgemeine Geschichte vom Anfang der historischen Kentnniss bis auf unsere Zeiten (por un reflexivo amigo de la Historia)", 10ª ed., 9 tomos, Friburgo, 1834: 108, 371, 372

Ruge, Arnold, "Wahl-Manifest der radicalen Reformpartei für Deutschland", en *Die Reform,* núm. 16, del 16 de abril de 1848: 282-285, 287-288, 289

Sand, George, "Sämmtliche Werke", nueva edición alemana de Wilhelm Jordan, 2 tomos, Leipzig, 1847: 261

Schiller, Friedrich von, "An die Freude", en *Friedrich von Schiller's sämmtliche Werke,* 12 tomos, Stuttgart y Tubinga, 1812-1815, t. 3: 254, 412

———, "Die Jungfrau von Oreans", en *Sämmtliche Werke, op. cit.,* t. 10: 354

"*Schluss Acte* des wiener Congresses, vom 9. Juni 1815, und *Bundes Acte* oder Grundvertrag des deutschen Bundes, vom 8. Juni 1815", ambos textos editados por Johann Ludwig Klüber, 2ª ed., Erlangen, 1818: 506, 507

Shakespeare, William, "Hamlet, Prinz von Dänemark", en *Shakespeare's dramatische Werke,* trad. de August Wilhelm von Schlegel, con apéndices de Ludwig Tieck, 9 tomos, Berlín, 1825-1833, t. 6: 404

———, "König Heinrich der Vierte", en *Sämmtliche Werke, op. cit.,* t. 1: 762

———, "Troilus und Cressida", en *Sämmtliche Werke, op. cit.,* t. 7: 355

"*Stenographische Berichte* über die Verhandlungen der zur Vereinbarung der Preussischen Staats-Verfassung berufenen Versammlung", apéndice de *Preussischen Staats-Anzeiger,* tomos 1-3, Berlín, 1848: 57-59, 64, 77-81, 82, 83, 89, 90, 99-116, 195-201, 214-217, 315-317, 338, 339, 368, 370, 384-400, 477, 478

"*Stenographischer Bericht* über die Verhandlungen der deutschen constituierenden

Nationalversammlung zu Frankfurt am Main", basado en las resoluciones de la Asamblea Nacional, de acuerdo con la Comisión de redacción, por encargo de Franz Wigard, 9 tomos, Francfort del Meno y Leipzig, 1848-1849: 43-47, 125-126, 193, 227-291, 297, 325, 326

Sterne, Laurence, "The Life and Opinions of Tristam Shandy, Gentleman", en *The Works of Laurence Sterne in ten Volumes complete,* Londres, 1793, t. 1: 570

Struve, Gustav, "Geschichte des drei Volkserhebungen in Baden", Berna, 1849: 782-784, 801

———, "Die Grundrechte des deutschen Volkes", Birsfelden, 1848: 722

Sue, Éugène, "Les mystères de Paris", 14 tomos, Bruselas, 1843: 625

Unruh, Hans Victor von, "Skizzen aus Preussens neuester Geschichte", Magdeburgo, 1849. 284: 478

Vauban, Sebastien le Pretre de, "Projet d'une dime royale", en E. Daire, *Économistes financiers du XVIII[e] siècle,* París, 1843: 617

"*Verfassungs-Urkunde* für das Königreich Württemberg", edición facsimilar, Stuttgart, 1843: 192-194

"*Verfassungsurkunde* für den Preussischen Staat", 5 de diciembre de 1848, núm. 55: 370-372, 462, 470

"*Verhandlungen* der constituierenden Versammlung für Preussen. 1848", t. 9 (suplementario), Leipzig, 1849: 356, 357, 475, 484, 485

"*Verhandlungen des Deutschen Parlaments.* Officielle Ausg. Mit einer geschichtlichen Einl. über die Entstehung der Vetretung des ganzen deutschen Volkes", 2 tomos, Francfort del Meno, 1848: 213, 214

"*Verordnung* über die Bildung eines Ausschusses der Stände des Köngireichs Preussen. Vom 21. Juni 1842", en *Gesetz-Sammlung für die Königlichen Preussischen Staaten,* núm. 20, 1842: 219, 220

"*Verordnung* über die Bildung eines des Vereinigten Landtages. Vom 3. Februar 1847", en *Gesetz-Sammlung für die Königlichen Preussischen Staaten,* núm. 4, 1847: 219, 220, 383, 384

"*Verordnung* über die periodische Zusammenberufung des Vereinigten ständischen Ausschusses und dessen Befugnisse. Vom 3. Februar 1847", en *Gesetz-Sammlung für die Königlichen Staaten,* núm. 4, 1847: 219, 220

"*Verordnung* über die zu bildende Repräsentation des Volks. Vom 22sten Mai 1815", en *Gesetz-Sammlung für die Königlichen Preussischen Staaten,* núm. 9, 1815: 49, 383, 384, 507

"*Verordnung* über einige Grundlägen der künftigen Preussischen Verfassung", 6 de abril de 1848, en *Gesetz-Sammlung für die Königlichen Preussischen Staaten,* 1848: 370, 409, 462-466, 470, 485

"*Verordnung* wegen Bestrafung schriftlicher Beledigungen in den Provinzen, wo das französische Starfgesetzbuch vorläufig noch gesetztliche Kraft hat. Vom

5ten Juli 1819", en *Gesetz-Sammlung für die Königlichen Preussischen Staaten,* núm. 15, 1819: 441, 445, 446

"*Verordnung* wegen der künftigen Behandlung des gesammten Staatsschulden-Wesens. Vom 17ten Januar 1820", en *Gesetz-Sammlung für Königlichen Preussischen Staaten,* núm. 2, 1820: 80, 507, 508

Victor Hugo, "Les brugraves" (trilogía), Berlín, 1843: 642

Vidal, François, "De la répartition des richesses ou de la justice distributive en économie sociale", París, 1846: 631

Virgilio, Publio Marón, "Publii Virgilii Maronis Aeneis", ed. y notas de Carl Thiel, tomos 1 y 2, Berlín, 1834-1838: 89, 90

Voltaire, François Marie Arouet de, "La Henriade", París, 1823: 606

"*Wahlgesetz* für die zur Vereinbarung der Preussischen Staats-Verfassung zu berufende Versammlung. Vom 8. April 1848", en *Gesetz-Sammlung für die Königichen Preussischen Staaten,* 1848: 58, 59, 160, 370, 383, 464-470, 471, 485

Weichsel, F. F., "Deutschlands Einheit und der Entwurf des Deutschen Reichsgrundgesetzes", a cargo de los 17 "compromisarios", entregado el 26 de abril de 1848, Magdeburgo, 1848: 45, 46

Wildenbruch, Louis, "Note an die dänische Regierung", 8 de abril de 1848, en *Stenographische Berichte über die Verhandlungen der zur Vereinbarung der Preussischen Staats-Verfassung berufenen Versammlung,* Apéndice de *Preussischen Staats-Anzeiger,* t. 1, Berlín, 1848: 217, 218

Wrangel, Friedrich Heinrich Ernst, conde de, "Arme-Befehl", Potsdam, 17 de septiembre de 1848, en *Neue Rheinische Zeitung,* núm. 109, del 22 de septiembre de 1848: 400, 477

II. *Periódicos y revistas*

(*L'*) *Alba.* Giornale politico-litterario, Florencia, 1848: 185

(*L'*) *Assemblée Nationale,* París: 645

(*Die*) *Begriffene Welt.* Blätter für wissenschaftliche Unterhaltung, Leipzig, 1845-1846: 261, 263, 267

Berliner Zeitungs. Halle. Abendblatt, Berlín. Núm. 213, del 15 de septiembre de 1848: 319-321, 328

Berlinische Nachrichten von Staats— und Gelehrten Sachen, Berlín, 1848: 319

(*Der*) *Bote für Stadt und Land.* Pfälzisches Volksblatt, Kaiserlautern: 742

(*Le*) *Constitutionnel.* Journal politique, littéraire, universel, París: 183

———, núm. 181, del 29 de junio de 1848: 181

(*La*) *Démocratie Pacifique,* París: 598

———, núm. 161, del 13 de junio de 1848: 598, 599

(*La*) *Luche Populaire.* Première Tribune et Revue Mensuelle. Rédigée et publié par des ouvriers, París: 206
(*The*) *Manchester Guardian,* Manchester: 174
(*Le*) *Moniteur Universel,* París.
———, núm. 56, del 25 de febrero de 1848: 535
———, núm. 171, del 19 de junio de 1848: 604
———, núm. 172, del 20 de junio de 1848: 563
———, núm. 174, del 22 de junio de 1848: 550
———, núm. 177, del 25 de junio de 1848: 182
———, núm. 130, del 10 de mayo de 1849: 584
———, núm. 163, del 12 de junio de 1849: 594
———, núm. 171, del 20 de junio de 1949: 604
———, núm. 189, del 8 de julio de 1849: 604
———, núm. 250, del 7 de septiembre de 1849: 608
———, núm. 305, del 1 de noviembre de 1849: 624
———, núm. 315, del 11 de noviembre de 1849: 624
———, núm. 303, del 30 de octubre de 1850: 654
(*Le*) *Napoléon,* París: 625
(*Le*) *National,* París: 165, 177, 335, 336, 359, 412, 465, 485, 529, 535, 555, 562, 566, 567, 569, 570, 571, 576, 577, 579, 580, 586, 587, 590, 591, 601, 628, 648
Neue Preussische Zeitung, Berlín.
———, núm. 110, del 5 de noviembre de 1848: 349
———, núm. 113, del 9 de noviembre de 1848: 349-352
———, núm. 115, del 11 de noviembre de 1848: 349
Neue Rheinische Zeitung. Organ der Demokratie, Colonia.
———, núm. 1, del 1 de junio de 1848: 329
———, núm. 6, del 6 de junio de 1848: 70-74
———, núm. 7, del 7 de junio de 1848: 76, 82
———, núm. 10, del 10 de junio de 1848: 91
———, núm. 14, del 14 de junio de 1848: 119
———, núm. 23, del 23 de junio de 1848: 123, 125
———, núm. 24, del 24 de junio de 1848: 563
———, núm. 25, del 25 de junio de 1848: 396
———, núm. 26, del 26 de junio de 1848: 156
———, núm. 29, del 29 de junio de 1848: 149, 551
———, núm. 30, del 30 de junio de 1848.: 176, 177
———, núm. 31, del 1 de julio de 1848: 334
———, núm. 35, del 5 de julio de 1848: 439
———, núm. 37, del 7 de julio de 1848: 459-460

(*Le*) *Peuple de 1850*, París.
———, núm. 6, del 11 de agosto de 1850: 645
———, núm. 7, del 14 de agosto de 1850: 645
———, núm. 25, del 25 de septiembre de 1850: 649
(*Le*) *Populaire de 1841*. Journal de reorganisation, París: 206
(*Le*) *Pouvoir*, París: 648
(*La*) *Presse*, París: 605, 628
———, núm. 4499, del 19 de octubre de 1848: 335
———, núm. 4517, del 7 de noviembre de 1848: 358
———, núm. 4521, del 11 de noviembre de 1848.
Preussischer Staats-Anzeiger, Berlín: 359
———, núm. 229, del 19 de diciembre de 1848: 402
———, núm. 230, del 20 de diciembre de 1848: 402
(*Die*) *Reform*. Politische Zeitung, Leipzig, 1848. Núm. 16, del 16 de abril de 1848.
(*La*) *Réforme*, París: 206
(*Le*) *Représentant du Peuple*. Journal quotidien des Travailleurs, París. Núm. 96, del 8 de julio de 1848: 223
(*Le*) *Siècle*, París: 605, 628, 650
(*Le*) *Spectateur Républicain*, París, 1848: 303
(*The*) *Times*, Londres: 174
(*L'*) *Union*. Bulletin des ouvriers rédigée et publié par eux-mêmes, París: 206
Volks-Blätter, París. Núm. 44, del 31 de octubre de 1848: 337-340

ÍNDICE BIOGRÁFICO

Hobbes, Thomas (1588-1679). Filósofo materialista inglés, sistematizador del materialismo de Bacon. Su extensa bibliografía comprende desde traducciones de poemas latinos hasta tratados de la vida social, pasando por estudios metafísicos, lógicos, naturales y científicos. Su obra más conocida es *Leviathan:* 381

Höchster, Erns Hermann (c. 1810-). Magistrado en Elberfeld, demócrata pequeñoburgués; durante la insurrección de mayo de 1849 en Elberfeld, fue miembro de la Comisión de Seguridad; luego de la derrota de la revolución, emigró a París: 511, 706, 721

Hofer. Agricultor, pequeño propietario en Pomerania; en 1848 fue diputado en la Asamblea Nacional prusiana: 110

Hohenzollern (Casa de). Familia dinástica originaria de la región alemana del Danubio que dio origen al reino de Prusia: 91, 502-508, 766

Hüser, Hans Gustav Heinrich von (1782-1857). General y político prusiano, representante de la camarilla militar reaccionaria de Prusia; comandante militar en Mainz: 49, 50, 122, 140, 514

Itzenplitz. Familia ducal prusiana; terratenientes: 81

Jacobo II (de Inglaterra) y VII (de Escocia) (1633-1701). Hijo de Carlos I de Inglaterra. Se convirtió al catolicismo y estableció una alianza con Luis XIV de Francia: 350

Jacoby, Johann (1805-1877). Médico alemán radicado en Künigsberg; periodista y político, abiertamente demócrata; en 1848 fue miembro del Preparlamento y uno de los dirigentes del ala izquierda en la Asamblea Nacional prusiana; en 1849 fue miembro de la Asamblea Nacional de Francfort. Más tarde, fue un declarado adversario de Bismarck; miembro del partido socialdemócrata alemán desde 1872: 101, 111

Janiszewski, Johann (Jan) Chrysostomo (1818-1891). Teólogo y política polaco; en 1848 fue miembro de la Asamblea Nacional de Francfort: 269, 270, 274

Jellachich (Jelacic), Josip, conde de Buzim (1801-1859). General y político austriaco; aspirante a la regencia de Croacia, Eslavonia y Dalmacia con el apoyo del Imperio austriaco; fue uno de los

Rotteck, Karl Wenzeslaus Rodecker von (1775-1840). Historiador alemán, uno de los dirigentes liberales badenses: 108

Rougemont de Lowemberg. Banquero francés: 132

Ruge, Arnold (1802-1880). Periodista radical alemán, hegeliano de izquierda; demócrata pequeñoburgués; fue coeditor, con Marx, de los *Anales franco-alemanes;* en 1848 fue diputado en la Asamblea Nacional de Francfort (ala izquierda); después de 1866, fue un liberal nacionalista: 71, 277-291, 731

Russel, lord John (1792-1878). De origen normando, hijo del duque de Bedford. Ingresó al Parlamento inglés a los 22 años de edad; defendió siempre la reforma parlamentaria y fue uno de los jefes más señalados de los liberales ingleses (*wighs*). En 1832, luego de varios intentos, fue aceptado su proyecto sobre dicha reforma. Es también impulsor de una reforma municipal. Sus grandes adversarios fueron Peel y Palmerston: 286, 289

Sabina: 120

Safárik, Pavel Josef (1795-1861). Filósofo eslovaco, poeta, uno de los primeros científicos eslavos, historiador, literato y etnógrafo. Escribió en alemán y en checo: 120

Saint Priest: 649

San Pablo: 89, 269

Sand, George (seudónimo de Amandine Lucie Aurore Dupin, baronesa Dudevant) (1804-1876). Escritora francesa, la mayoría de sus novelas trata sobre temas sociales; con su obra llamó la atención de millones de lectoras hacia la emancipación de la mujer: 261

Saúl. Personaje bíblico, primer rey de los judíos: 566

Schaffgotsch. Familia silesiana de grandes terratenientes: 81

Schapper, Karl (c. 1812-1870). Uno de los dirigentes de la Liga de los Justos y miembro del Comité Central de la Liga de los Comunistas; en 1848 fue redactor de la *Nueva Gaceta Renana;* de febrero a marzo de 1849, presidente de la Asociación de Obreros de Colonia; en 1850, tras la división de la Liga de los Comunistas, dirigió junto con Willich la facción sectaria contra Marx; en 1865

Sebastiani, Horace, François Bastien, conde de (1772-1851). Estadista y diplomático francés, mariscal del ejército; de 1830 a 1832 fue ministro del Exterior y de 1835 a 1840 cónsul de Francia en Londres: 167, 551

Ségur d'Agessau, Raymond Joseph Paul, conde de (1803-1889). Abogado y político francés contrario a todos los partidos opositores; fue representante del Partido del Orden en la Asamblea Nacional Legislativa de Francia: 632

Senard, Antoine Marie Jules (1800-1885). Jurista y político francés, republicano burgués; en junio de 1848 fue presidente de la Asamblea Nacional Constituyente; de junio a octubre de 1848, durante el gobierno de Cavaignac, fue ministro del Interior: 145, 148

Senff, Emil. Juez en Inowroclaw, provincia del Posen; en 1848 fue diputado en la Asamblea Progresista: 253, 256, 258, 263, 272, 274

Sigel, Franz (1824-1902). Antiguo oficial badense, demócrata pequeñoburgués; en 1848-1849 tomó parte en el movimiento revolucionario de Baden como comandante general; más tarde emigró a Suiza y luego a Inglaterra: 718, 719, 791, 796, 798, 802-805

Simon. Demócrata pequeñoburgués, uno de los dirigentes de las llamadas Sociedades de Marzo en Alemania en los años 1848-1849: 71, 686

Simons, Ludwig (1803-1870). Jurista prusiano; en 1848 fungió como diputado en la Asamblea Nacional (ala derecha); fue ministro de Justicia de 1849 a 1860: 507

Smith, Adam (1723-1790*).* Economista inglés, representante de la economía clásica burguesa, autor de *La riqueza de las naciones,* uno de los tratados de la economía burguesa más importantes: 208

Sobrier, Marie Joseph (c. 1825-1854). Periodista francés, demócrata republicano, miembro de diversas sociedades secretas en los tiempos de la monarquía de Julio en Francia; de marzo a mayo de 1848 editó el diario *La Commune de Paris;* fue uno de los principales participantes y organizadores de las manifestaciones del 15 de mayo en París: 178, 589

Las revoluciones de 1848 se terminó de imprimir y encuadernar en agosto de 2006 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. En su composición se usaron tipos Minion de 11:14, 12:14 y 8:10 puntos.
La edición consta de 1 000 ejemplares.

LAS REVOLUCIONES DE 1848

CARLOS MARX / FEDERICO ENGELS

TESTIGOS EXCEPCIONALES DE SU TIEMPO, FUERON periodistas natos, no sólo en su carácter de inmejorables organizadores, sino como reporteros, corresponsales y analistas políticos. Luego de su trayectoria en varios diarios democráticos de Londres, Manchester, Bruselas y París, la *Nueva Gaceta Renana* constituyó para ambos la prueba más importante en esa etapa de transición: como lo confirman más tarde en el *New York Daily Tribune,* sabían crear un estilo periodístico incisivo, culto y antisolemne, cuyo sarcasmo solía ser prácticamente demoledor para aquello o aquellos que eran objeto de sus críticas. Al contrario de lo que podía suponerse, no hay un obstinado apego a los esquemas teóricos: su realismo político en el análisis de los hechos es en ambos inflexible, no se permiten concesión alguna frente a la realidad: las ideas pertenecen al orden del discurso y no pueden nunca suplantar los hechos, les sean o no favorables.

Los cientos de artículos que publicaron en la *Nueva Gaceta Renana* revisten especial interés, ya que lo esencial de dicho análisis lo confrontan con la acción política directa que se vieron obligados a llevar a cabo en el periodismo.

Los artículos que escribieron fueron en conjunto poco más de doscientos. Reproducimos aquí una apretada selección de ellos, considerando en lo fundamental aquellos que trataron directamente los movimientos revolucionarios de 1848.

— ALBERTO CUE


9 789681 677794

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA